BIBLIOTECA UNIVERSAL

Rousseau

Las Confesiones



Estudio preliminar de
JORGE ZALAMEA

Rousseau, hipocondríaco, enfermo, errante, desvalido, se levanta sobre sus miserias para hacernos el legado de este libro, nacido de aquella profunda reflexión que hace en el libro III: «Tratar de ocultar el propio corazón será siempre un mal sistema para leer en el corazón de los demás».

Lectulandia

Jean-Jacques Rousseau

Las Confesiones

ePub r1.0

IbnKhaldun 19.10.15

Título original: *Confessions*
Jean-Jacques Rousseau, 1782
Traducción: Rafael Urbano
Estudio preliminar: Jorge Zalamea
Diseño de cubierta: Manuel Guirado

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

Introducción

Hace ya algunos años un grupo señero de intelectuales, integrado por Alfonso Reyes (México), Francisco Romero (Argentina), Federico de Onís (España), Ricardo Baeza (Argentina) y Germán Arciniegas (Colombia), imaginaron y proyectaron una empresa editorial de divulgación sin paralelo en la historia del mundo de habla hispana. Para propósito tan generoso, reunieron el talento de destacadas personalidades quienes, en el ejercicio de su trabajo, dieron cumplimiento cabal a esta inmensa Biblioteca Universal, en la que se estableció un canon —una selección— de las obras literarias entonces propuestas como lo más relevante desde la epopeya homérica hasta los umbrales del siglo XX. Pocas veces tal cantidad de obras excepcionales habían quedado reunidas y presentadas en nuestro idioma.

En ese entonces se consideró que era posible establecer una selección dentro del vastísimo panorama de la literatura que permitiese al lector apreciar la consistencia de los cimientos mismos de la cultura occidental. Como españoles e hispanoamericanos, desde las dos orillas del Atlántico, nosotros pertenecemos a esta cultura. Y gracias al camino de los libros —fuente perenne de conocimiento— tenemos la oportunidad de reapropiarnos de este elemento de nuestra vida espiritual.

La certidumbre del proyecto, así como su consistencia y amplitud, dieron por resultado una colección amplísima de obras y autores, cuyo trabajo de traducción y edición puso a prueba el talento y la voluntad de nuestra propia cultura. No puede dejar de mencionarse a quienes hicieron posible esta tarea: Francisco Ayala, José Bergamín, Adolfo Bioy Casares, Hernán Díaz Arrieta, Mariano Gómez, José de la Cruz Herrera, Ezequiel Martínez Estrada, Agustín Millares Carlo, Julio E. Payró, Ángel del Río, José Luis Romero, Pablo Schostakovsky, Guillermo de Torre, Ángel Vasallo y Jorge Zalamea. Un equipo hispanoamericano del mundo literario. De modo que los volúmenes de esta Biblioteca Universal abarcan una variedad amplísima de géneros: poesía, teatro, ensayo, narrativa, biografía, historia, arte oratoria y epistolar, correspondientes a las literaturas europeas tradicionales y a las antiguas griega y latina.

Hoy, a varias décadas de distancia, podemos ver que este repertorio de obras y autores sigue vivo en nuestros afanes de conocimiento y recreación espiritual. El esfuerzo del aprendizaje es la obra cara de nuestros deseos de ejercer un disfrute creativo y estimulante: la lectura. Después de todo, el valor sustantivo de estas obras, y del mundo cultural que representan, sólo nos puede ser dado a través de este libre ejercicio, la lectura, que, a decir verdad, estimula —como lo ha hecho ya a lo largo de muchos siglos— el surgimiento de nuevos sentidos de convivencia, de creación y de entendimiento, conceptos que deben ser insustituibles en eso que llamamos civilización.

LOS EDITORES

Propósito

Un gran pensador inglés dijo que «la verdadera Universidad hoy día son los libros», y esta verdad, a pesar del desarrollo que modernamente han tenido las instituciones docentes, es en la actualidad más cierta que nunca. Nada aprende mejor el hombre que lo que aprende por sí mismo, lo que le exige un esfuerzo personal de búsqueda y de asimilación; y si los maestros sirven de guías y orientadores, las fuentes perennes del conocimiento están en los libros.

Hay por otra parte muchos hombres que no han tenido una enseñanza universitaria y para quienes el ejercicio de la cultura no es una necesidad profesional; pero, aun para éstos, sí lo es vital, puesto que viven dentro de una cultura, de un mundo cada vez más interdependiente y solidario y en el que la cultura es una necesidad cada día más general. Ignorar los cimientos sobre los cuales ha podido levantar su edificio admirable el espíritu del hombre es permanecer en cierto modo al margen de la vida, amputado de uno de sus elementos esenciales, renunciando voluntariamente a lo único que puede ampliar nuestra mente hacia el pasado y ponerla en condiciones de mejor encarar el porvenir. En este sentido, pudo decir con razón Gracián que «sólo vive el que sabe».

Esta colección de Clásicos Universales —por primera vez concebida y ejecutada en tan amplios términos y que por razones editoriales nos hemos visto precisados a dividir en dos series, la primera de las cuales ofrecemos ahora— va encaminada, y del modo más general, a todos los que sienten lo que podríamos llamar el instinto de la cultura, hayan pasado o no por las aulas universitarias y sea cual fuere la profesión o disciplina a la que hayan consagrado su actividad. Los autores reunidos son, como decimos, los cimientos mismos de la cultura occidental y de una u otra manera, cada uno de nosotros halla en ellos el eco de sus propias ideas y sentimientos.

Es obvio que, dada la extensión forzosamente restringida de la Colección, la máxima dificultad estribaba en la selección dentro del vastísimo panorama de la literatura. A este propósito, y tomando el concepto de clásico en su sentido más lato, de obras maestras, procediendo con arreglo a una norma más crítica que histórica, aunque tratando de dar también un panorama de la historia literaria de Occidente en sus líneas cardinales, hemos tenido ante todo en cuenta el valor sustantivo de las obras, su contenido vivo y su capacidad formativa sobre el espíritu del hombre de hoy. Con una pauta igualmente universalista, hemos espigado en el inmenso acervo de las literaturas europeas tradicionales y las antiguas literaturas griega y latina, que sirven de base común a aquéllas, abarcando un amplísimo compás de tiempo, que va desde la epopeya homérica hasta los umbrales mismos de nuestro siglo.

Se ha procurado, dentro de los límites de la Colección, que aparezcan representados los diversos géneros literarios: poesía, teatro, historia, ensayo, arte biográfico y epistolar, oratoria, ficción; y si, en este último, no se ha dado a la novela mayor espacio fue considerando que es el género más difundido al par que el más

moderno, ya que su gran desarrollo ha tenido lugar en los dos últimos siglos. En cambio, aunque la serie sea de carácter puramente literario, se ha incluido en ella una selección de Platón y de Aristóteles, no sólo porque ambos filósofos pertenecen también a la literatura, sino porque sus obras constituyen los fundamentos del pensamiento occidental.

Un comité formado por Germán Arciniegas, Ricardo Baeza, Federico de Onís, Alfonso Reyes y Francisco Romero ha planeado y dirigido la presente colección, llevándola a cabo con la colaboración de algunas de las más prestigiosas figuras de las letras y el profesorado en el mundo actual de habla castellana.

LOS EDITORES

Estudio preliminar

Jorge Zalamea

La época

Nace Juan Jacobo Rousseau cuando el siglo XVIII está recién nacido: aún no en mayoría de edad para recibir la cuantiosa herencia que le legaran los tres siglos anteriores. Por una milagrosa confabulación, la nueva edad recibe, en efecto, tres dones del espíritu, tres lecciones, tres normas fundamentales: el siglo XV, le da el Renacimiento; el XVI, la Reforma; el XVII, la filosofía cartesiana. Es como si tres ríos de luz, rumorosos de rimas, de graves palabras, de acordados números, desembocasen en un ancho golfo a cuyas orillas se alzasen las ciudades en que los hombres continúan buscando mayor sosiego y esplendor para su vida y un más claro y alto sentido para el universo que les sirve de escenario.

A medida que el siglo va madurando, es más clara la conciencia del legado que recibiera y más cálido y tumultuoso el deseo de hacerse digno de su administración y acrecentamiento. Con el afán juvenil de quien tiene en sus manos unos instrumentos bruñidos y buidos de tan nuevos, la inteligencia dieciochesca hace una revisión de cuanto alienta sobre la tierra o se oculta en los cielos. Conforme a D'Alembert, uno de los más destacados representativos: «Todo ha sido discutido, analizado, removido, desde los principios de las ciencias hasta los fundamentos de la religión revelada, desde la música hasta la moral, desde las cuestiones teológicas hasta las económicas y comerciales, desde la política hasta el derecho de gentes y el civil».

En esta ambiciosa empresa revisionista, se emplean con respeto y entusiasmo los instrumentos intelectuales recibidos de las generaciones anteriores: pero cada vez es más evidente la voluntad de forjar unas herramientas propias, características del nuevo espíritu. Así, por ejemplo, con la interpretación filosófica del universo, no se aviene ya la mente a disputar por único camino hacia la conquista de la verdad la deducción sistemática de Descartes y Spinoza; sino que aspira a un método, a una forma de entendimiento, a una posición vital, más libres en sus procedimientos, más concretas en sus experiencias, más prácticas en sus conclusiones. De esta manera el sistema deductivo se opone al analítico; a los principios generales y a los dogmas, los hechos y los fenómenos; a lo metafísico, lo positivo, y para que estas posiciones del entendimiento tengan un denominador común, se hace de la razón el *deus ex machina* de la nueva aventura intelectual.

También en las relaciones entre la naturaleza y la *razón*, entre el hombre y su escenario, ha de llegarse a un nuevo *status.* Ya no basta que la revelación y la fe sosieguen la curiosidad del espíritu y asienten el alma dentro de un marco de

certidumbres morales y religiosas. Ni es suficiente tampoco el sistema conciliador de los escolásticos, que pretendía buscar fuera de la naturaleza, y no en ella misma, la razón de su existencia, de sus perfecciones y de sus imperfecciones. Partiendo de las experiencias y teorías de Galileo, Kepler y Newton —que han sentado las bases de una ciencia natural matemática— los hombres de la Ilustración, es decir, la inteligencia del siglo XVIII, consideran la naturaleza en sí misma, en su trascendencia propia, independiente de toda voluntad superior, exenta de ocasionalismos, explicable por una serie de principios que están al alcance de la inteligencia humana si ésta cuenta, para descubrirlos o deducirlos, con la ayuda de las matemáticas, de la ciencia natural y de la razón analítica.

Otro tanto sucede en la revisión de las más altas cuestiones atañederas al hombre, a su vida. La religión, la sociedad, el Estado, el arte, deben ser analizados con arreglo a la forma de pensamiento característica del siglo XVIII y, si es posible, llevados a una relación nueva, más justa, más libre, más racional con el hombre. Dentro del limitado marco de esta introducción, no sería posible señalar siquiera las conclusiones de tan dilatada empresa. Forzoso nos será, pues, dejar tan tentador terreno para tratar de indagar a toda prisa cuáles fueron las peripecias y consecuencias de ella en más reducido círculo: en el de la sociedad francesa de la época. Y aun dentro de ella, apenas en sus relaciones con la literatura.

Desde el último cuarto del siglo XVI la conciencia europea había entrado en un período de crisis. El espíritu de libre examen, la razón crítica, la ciencia experimental, el relativismo moral se conjuraban para luchar contra el despotismo y el fanatismo en una de las empresas más tenaces, prolongadas y heroicas que acometiera nunca el espíritu humano. La poderosa inteligencia y el prestigio personal de dos hombres: Luis XIV y Jacobo Benigno Bossuet, lograron en Francia una pausa en la desatada guerra, pausa que el genio francés aprovechó para expresar sus más nobles cualidades a través de la tragedia y la poesía clásicas. Por un favor misterioso, por una razón secreta, se dio así ocasión a que se escucharan unas voces que en ninguna de las circunstancias anteriores o posteriores hubiesen podido tener el mismo noble tono, la misma eternal belleza, la misma hondura psicológica. Fue como si el mundo, con sus pasiones y sus luchas, sus abominaciones y sus furores, sus codicias y sus escándalos, quedase en suspenso para que en un intermedio de paz surgiese el alto y límpido chorro de la poesía para refrescar los cielos iracundos y ablandar la endurecida tierra. Pero aún no estaban mondos los huesos de Racine y La Fontaine, cuando se reanudaba la querella y la crisálida de una nueva edad se debatía en la sombra por llegar pronto al día.

El quebrantamiento del prestigio monárquico, iniciado en los últimos años de Luis XIV por razón de los reveses internacionales y la flaqueza de la hacienda pública, y aumentado considerablemente por la corte disoluta de la Regencia, se presenta como un aliado inesperado para los pequeños grupos que tratan, desde la sombra, de llevar la luz a los pueblos. Entre tanto, la aristocracia, que abriera en el

siglo anterior sus puertas a los poetas y aprendiera de ellos la galanura del lenguaje, el refinamiento de los sentidos y la compleja mecánica de los sentimientos, se engolosina ahora con la ciencia, y en los salones resplandecientes de espejos, candiles y sederías el miope sabio reemplaza al buido madrigalista. Las damas se agrupan con una seriedad recién nacida en torno de los físicos y naturalistas, para hacerse explicar el movimiento de los astros o la vida secreta de las plantas; y así como no vacilaran en el siglo XVII en competir con poetas y memorialistas, no hacen ahora remilgos para herborizar en los bosques que ciñen a París y Versalles, ni para hacer con sus finas manos complicadas y sangrientas disecciones en sus tocadores, convertidos transitoriamente en laboratorios.

Mientras así prepara la aristocracia su propia caída, los escritores se alelan leyendo a los poetas clásicos y se empeñan en imitarlos, sin lograr otra cosa que un eco frío, una rígida sombra de aquel caudal ardiente, de aquella augusta belleza. Oigamos a Paul Hazard explicar magistralmente el vano esfuerzo de estos hombres de razón por captar en yertas formas la esencia misteriosa y fugitiva de la poesía: «Poetas, no lo eran. Sus oídos estaban cerrados a la sonoridad, a la dulzura de las palabras y su alma había perdido el sentido del misterio. Inundaban todo lo real de una luz implacable, y querían que hasta sus mismas efusiones fueran ordenadas y claras. Si la poesía es una oración, ellos no oraban; si es una tentativa para llegar a lo inefable, ellos negaban lo inefable; si es una vacilación entre la música y el sentido, ellos jamás vacilaban. Sólo querían demostraciones y teoremas; cuando hacían versos, era para encerrar en ellos su espíritu geométrico». No puede expresarse mejor ni en menor número de palabras tan extraordinario sucedido. En verdad, la gente se hallaba embriagada por el vino nuevo de la razón y no entendía de cosa alguna que, como la poesía, fuese de esencia misteriosa. Más aun: después de los vanos intentos por sorprender el secreto de los clásicos, no vacila Lamotte-Houdar en decir que el verso sólo sirve para mutilar y oscurecer las ideas, y que sus reglas más son un estorbo para la razón que un adorno. Sí, realmente aquél era un siglo antipoético.

Otra era la tarea encomendada a los espíritus del siglo XVIII. Si habían dedicado su vida al culto de la razón, debían llevar ese culto hasta sus últimas consecuencias, proyectando sus luces sobre el mundo para contrastar los valores admitidos hasta entonces y reemplazarlos, si era el caso, por valores nuevos. Y realmente el mejor instrumento para esta empresa no era la poesía, sino la prosa. Hablar de razón y libre examen, de emancipación individual y derechos colectivos, era entregar desnuda y maniatada a la poesía en manos de la pomposa oratoria. Que fue lo que hicieron Saint-Lambert, Roucher, Louis Racine y tantos otros poetastros que habían resuelto que la poesía fuese un instrumento docente, un vehículo de enseñanzas morales, un amable medio para procurar el mejoramiento de los ciudadanos.

Veamos, finalmente, cómo esta gigantesca transformación de los sistemas filosóficos, de las costumbres sociales y aun de las tendencias literarias, se refleja en las clases sociales, dando a luz un tipo nuevo que habría de tener particular

preponderancia en los hechos políticos en que finalmente fermentaría toda esta levadura.

Ya en los siglos XVI y XVII, bajo el manto severo de la ciencia y el recamado traje de la literatura, el burgués había comenzado a infiltrarse en los castillos de la derrotada nobleza feudal y en los palacios de la monarquía unitaria; pero todavía su presencia en ellos era tímida y transitoria, más tolerada que aceptada, más próxima a los cuartos de servicio que a las habitaciones de huéspedes. El hombre de ciencia, el filósofo o el poeta conservaban aún, ante las clases rectoras, cierto carácter histriónico que justificaba su admisión en los cerrados círculos por la capacidad de diversión que para ellos tuviera, y aún los núcleos intelectuales no habían establecido con el pueblo el contacto directo y permanente que pudiese darles una fuerza propia, una categoría social y política.

Pero ya en los albores del siglo XVIII acaso por la influencia de Inglaterra y seguramente por la intensa labor de zapa que en la misma Francia realizaran los racionalistas, el burgués adquiere una preponderancia sólo comparable a la petulante seguridad con que asume sus nuevas funciones. Por fin se atreve a descararse con el gentilhombre, oponiendo a la nobleza de cuna, la aristocracia del saber; al brillo cortesano, la utilidad cívica; al prestigio del poder armado, la arrogancia natural del hombre libre; al puntilloso honor del espadachín, la severa honestidad del comerciante. Y así como el noble dobla el espinazo ante su rey, el burgués se inclina reverente ante el filósofo.

Esta última palabra no debe engañarnos. Para el hombre del siglo XVIII el filósofo no es un extravagante ciudadano ahíto de metafísica que se aísla del mundo y lo ignora mientras inventa un sistema para interpretarlo, transformarlo o gobernarlo; sino un hombre de razón que vive conforme a la naturaleza, amablemente; que no tiene reparo en expresar su libre juicio sobre todas las cosas y que ha hecho del examen crítico del mundo y los hombres la más constante y alta de las tareas de su inteligencia.

Durante el siglo XVII, no obstante la secreta virulencia de las nuevas doctrinas, la razón quiere hacerse aceptable socialmente, adoptando cierta actitud de mediadora entre la tradición y la revolución, entre el dogma y la ciencia, entre el autócrata y el ciudadano. Bastaría citar en Francia los nombres de Bossuet, Descartes, Malebranche y Fenelón para apreciar justamente los poderosos, ingeniosos y múltiples esfuerzos realizados para buscar la conciliación de esos contrarios. Pero en el siglo XVIII la razón se hace beligerante y se presenta ya definitivamente como «una potencia crítica».

Consideremos, finalmente, que hasta aquel momento las obras científicas, filosóficas y literarias que anunciaban y creaban para la humanidad una nueva era, se hallaban fuera del alcance del pueblo, ora por motivos de escasa y costosa difusión, ora por las persecuciones del Estado, ora por su carácter mismo, por su contenido teórico, por su base científica, inaccesibles al común de las gentes. Si se quería que el

espíritu de libertad, los descubrimientos y el uso de la razón crítica llegasen hasta el pueblo y éste los hiciese celosamente patrimonio suyo, se imponía una intensa labor de vulgarización, una campaña permanente contra los abusos políticos y los terrores del fanatismo, una aplicación inmediata del nuevo criterio a cada uno de los casos que más directamente impresionaban la sensibilidad popular o con mayor violencia vulneraban sus derechos naturales. Es decir, era preciso que entre el hombre de ciencia, el filósofo y el poeta, por una parte, y el pueblo, por la otra, se interpusiese el panfletista, el periodista, ese nuevo tipo de hombre de letras que haría llegar a las severas bibliotecas y a los incipientes laboratorios el clamor de las muchedumbres, y llevaría a éstas, ya desmigajadas y asimilables, las conclusiones magistrales de la razón. Que fue lo que hizo con singular eficacia y brillo Voltaire.

Lo que dejamos dicho es apenas un apresurado y torpe esquema del escenario en que vivirá Juan Jacobo Rousseau. Tratemos ahora de acercarnos a él, por ver qué clase de hombre fue y qué vida vivió.

El hombre Rousseau

Cuando un gran escritor y un agudo psicólogo, como lo fuera Juan Jacobo Rousseau, se ha tomado durante cinco años el trabajo de narrar prolija, sincera y crudamente su propia vida y cuando se está ofreciendo, como ahora lo hacemos nosotros, esa narración a los lectores, sería no sólo superfluo sino necio malgastar tiempo en tratar de reducir a borrosa miniatura lo que es un fresco monumental. Pero acaso no se juzgue impertinente anticipar un trasunto de lo que fue como hombre el autor de *Las Confesiones* y procurar que ese trasunto, por fantasmal que resulte, se acomode dentro del marco histórico que nos esforzamos por ensamblar en las páginas anteriores.

Por capricho del destino y mandato de los humores que albergaba en su cuerpo, no muy sano al parecer, Juan Jacobo, un poco a semejanza de su época, se presta como hombre a todas las experiencias; recorre, como ciudadano, todas las escalas de la vida social contemporánea y participa, como intelectual, en todas las aventuras del entendimiento que dieran al siglo XVIII su sabor propio, su especial textura.

Jamás comienzos de una vida parecieron más desamparados y confusos. Se diría que Rousseau (nacido en Ginebra el 28 de junio de 1712) fue el prototipo del huérfano, del niño desconcertado que pasa de unas manos a otras sin que ninguna acierte a retenerlo o acariciarlo. De las del padre, hombre sentimental pero violento, disipado pero moralista, pasa a las de su tío, el ingeniero, que se apresura a traspasar el pupilo a las de un pastor protestante. Luego será aprendiz de notario y aprendiz de grabador, escuelas de las que habrá de escaparse para ir a formar parte de un extraño grupo de prosélitos católicos, quienes lo enderezarán hacia los tiernos brazos de Madame de Warens, una intelectual campesina de la época, que satisface sus

aspiraciones espirituales con un vago deísmo y sus urgencias de temperamento con la amable práctica de un libertinaje atemperado por su buena índole. En los años decisivos de la niñez y de la adolescencia, Rousseau servirá como lacayo, estudiará como seminarista, ganará su vida como profesor de música, será limosnero de amor en los brazos de Madame de Warens, neófito y misionero en curiosas cofradías católicas y protestantes, secretario de un archimandrita griego que pretende la reconstrucción del Santo Sepulcro por suscripción popular, copista de músicas ajenas, autor de óperas, inventor de un nuevo sistema de escritura musical, secretario de Embajada en Venecia y, finalmente, para cerrar su primera juventud, servidor enamorado de la que años después sería su esposa: una mujer fea, inculta, estúpida, el pérfido reverso del hada madrina que le hiciera conocer en Les Charmettes algunos de los momentos más dulces de su desamparada existencia y le revelara las exquisiteces del sentimiento y las refinadas frivolidades del sentido.

Hasta este momento y no obstante hallarse a un paso de esa frontera decisiva que es la cuarentena, Juan Jacobo conserva cierta apariencia adolescente. No en lo físico, desde luego, sino en lo que atañe a los sentimientos, al sentido moral, a la manera de ver y juzgar a los hombres, al tono de sus relaciones y amores con ellos. Aunque se duela de haber conocido la perversidad y sufrido la injusticia, es notorio que el corazón prima en él todavía sobre la inteligencia y que el teatro del mundo y la participación en él de sus actores están transformados en Rousseau por los coloreados vidrios de su sensibilidad. Su extraordinaria afectividad le hace suponer una pareja abundancia cordial en sus semejantes, logrando de este modo olvidar su eterna condición de huérfano vagabundo para ponderar, con exageración ya típicamente romántica, las virtudes paternales de su descuidado progenitor, la ternura maternal de la señorita Lambercier, la belleza de espíritu y la fortaleza de alma de la señora de Vercellis, la inextinguible bondad y la franca alegría de la de Warens, la dulzura cariciosa de la de Basile, la gran nobleza revelada en el rostro del archimandrita de Jerusalén, el carácter puro, excelente y sin malicia de Teresa Le Vasseur, su lamentable querida, y para construirse, no obstante sus no menos típicas quejas, un hogar artificial en cada sitio a que llega.

El propio Rousseau, al iniciar el *Libro séptimo* de sus *Confesiones,* advierte a los lectores: «Se ha visto transcurrir mi apacible juventud en una vida uniforme, bastante dulce, sin mayores reveses ni prosperidades… ¡Cuán distinto es el cuadro que tendré que desarrollar en breve!».

¡Y en verdad que es diferente! Pero no por las razones que inventará la imaginación atormentada de Juan Jacobo, ni porque de súbito el mundo, los hombres, su semejanza, se hubiesen vuelto particularmente perversos y en vez del amor que lo acogiera hasta entonces en cada encrucijada, le mordieran los polvosos talones la envidia, la incomprensión o la injusticia. Por el contrario, después de que Diderot lo invitara a participar en la redacción de la *Enciclopedia* —esa *Summa* del espíritu dieciochesco—, la fama literaria y el prestigio mundano comienzan a rodearlo. Su

Discurso sobre las artes y las ciencias le ha ganado la estimación de filósofos y escritores; el estreno de *El adivino de la aldea* le ha abierto las puertas del favor real. Pero una especie de demonio contradictorio, malhumorado, receloso, perverso y pusilánime se ha apoderado de Juan Jacobo para no abandonarlo ya hasta los días de su perecimiento.

Cuando se le ofrece un importante cargo administrativo, lo rehúsa, acaso por temor a la responsabilidad, tal vez por no perder independencia. Cuando se le llama a la corte para pensionarlo, rehuye la invitación por timidez o por soberbia. Cuando en L'Hermitage le rodean consideración y amistad, se querella con Diderot y Grimm y no tarda en atacar a Voltaire. Y a medida que su obra se va cumpliendo y aparecen sus libros más importantes se acentúa el estado de beligerancia. El *Contrato social* lo ha indispuesto con la Monarquía. El deísmo sentimental del *Vicario saboyano,* en el que parecen palpitar las sombras arrebatadas de su propio padre y de Madame de Warens, lo ha hecho sospechoso a los ojos de la Iglesia a la par que a los de la filosofía racionalista. *La nueva Eloísa,* finalmente, ha logrado alarmar el pudor, despierto por sorpresa, de las gentes.

En 1762 el Parlamento de París condena su *Emilio* y el Arzobispado lanza una pastoral contra su autor, que huye a Prusia, desde donde, como un parto, replica a monseñor de Beaumont y dispara sus flechas contra la Constitución y el consejo ginebrinos, que también vetara el *Emilio.* Considerando su vida en peligro, pasa a Inglaterra como invitado de David Hume. No obstante la amistad con que lo recibe Londres, se revuelve contra la ciudad y logra hacerse huésped de un propietario del Derbyshire, en cuya mansión campesina escribirá buena parte de *Las Confesiones.* Como ya parece de rigor, se pelea con Hume y se cree perseguido por Jorge III y Federico II, quienes, en realidad, quisieron ser sus protectores, aunque el carácter atrabiliario de Rousseau les impidiera hacer práctica su largueza y eficaz su simpatía.

En 1767 regresa a Francia, en donde, como siempre, encuentra amigos y protectores que no piden nada mejor que alojarlo y ayudarlo, aunque sólo logren, a la vuelta de unos cuantos días, convertirse en nuevos amenazadores fantasmas en la mente de Juan Jacobo. En 1770 abandona toda amistad y, como si intentase una recuperación de tiempos más apacibles, reasume en París sus tareas de copista de música y se casa con su querida. Pero ni la soledad, ni el regreso a viejas costumbres y amores amortiguan su manía persecutoria. Un nuevo protector le ofrece asilo en Ermenonville, en donde habrá de morir el 2 de julio de 1778, en estado de querella y envuelto por los terrores de la insania. Contra el dictamen médico, algunos antiguos amigos hicieron circular la especie de que Juan Jacobo Rousseau se había suicidado. Como si se quisiese hacer creer que su última, definitiva lucha, hubiese sido consigo mismo.

Trascendencia de Rousseau

Siglo y medio después de muerto, Juan Jacobo continúa ejerciendo una influencia pasional sobre las almas que se acercan a la suya. Apenas desaparecido, los hombres de la Gran Revolución hacen de él, más que un maestro, un santón de su petulante y arrebatada religión laica; Napoleón reconoce en él a uno de los Prometeos que desencadenaron al hombre, lo que no le impide, desde luego, forjar nuevas cadenas para subyugar a sus súbditos; Byron lo ensalza como a uno de los príncipes de su rebelde paraíso; Chateaubriand aprovecha las lecciones de su estilo para forjar su propio, admirable lenguaje; los románticos se enorgullecen de su ascendencia; los psicólogos lo diputan precursor de sus más sutiles anotaciones; los demagogos hacen sonar su nombre entre oriflamas; filósofos, teólogos, pedagogos, sociólogos, políticos se preocupan de sus textos, los escudriñan, los citan; las almas cándidas lloran con él y las soberbias se asoman a su espejo para reconocerse y corroborarse.

Y, sin embargo, una fría revisión de su obra nos permitirá asegurar, sin pasión y sin petulancia, que Juan Jacobo Rousseau, por falta de preparación científica, por escasez de lógica, por debilidad de carácter, por indecisión de la mente, vaguedad del espíritu e inconstancia del corazón no pudo ser un filósofo, ni un moralista, ni un pedagogo, ni un tratadista político. Que jamás alcanzó el dominio del arte poético, ni fue un creador de seres vivos en el mundo del teatro; que tampoco fue un novelista y que todavía hoy es difícil encasillarlo exactamente en un género literario. De manera que si deseamos descubrir el secreto de su influjo permanente y la razón por la cual continúa ocupando un sitio tan destacado en la historia literaria, será preciso volver a su época y tratar de situarlo en mitad de sus corrientes intelectuales, para ver cuál es la fuente nueva que vierte en ellas, exprimiéndose el corazón, desjugando sus venas.

Ya dijimos que la poderosa corriente ideológica que soflamaría a los pueblos y los llevaría a conquistar nuevos derechos en 1789, se había iniciado en las postrimerías del siglo XVI. Pero lo que entonces fuera un riachuelo de pocas aguas y de corriente subterránea, comenzó a crecerse y engrosarse hasta convertirse en turbulento río que acabaría por arrasar los poderosos bastiones de la Monarquía y la Iglesia. So pretexto de buscar bases más lógicas para el sentimiento religioso y más claras explicaciones de los textos sagrados; con la excusa de estudiar las costumbres de los pueblos remotos; con la justificación de buscar en la ciencia la salud y el bienestar de los hombres, se unieron en vasta liga filósofos y moralistas, poetas y narradores, físicos y médicos, y se constituyeron poco a poco en tutores de los pueblos, en abogados de sus derechos, en curadores de sus libertades. Como es obvio, a medida que este movimiento ganaba en caudal, los literatos que participaran en él se apartaban cada vez más del arte puro para ir a la labor exegética y de propaganda. Por esta razón llamamos al siglo XVIII edad antipoética, y le dimos como símbolo al señor de Voltaire, el primer gran periodista —con Addison— de los tiempos modernos.

A finales del siglo XVII escribía Pierre Bayle a un su amigo: «Veo muy bien que mi insaciable afán de noticias es una de esas tercas enfermedades ante las cuales todos los remedios se diluyen; es una gran hidropesía, que exige más cuanto más se le

da». Pero no sólo era característica en Bayle, y en los que habrían de seguirle, esta avidez de conocimientos, sino también la tendencia a escribir gigantescas obras de carácter enciclopédico, en cuyas páginas se pretendía revisar, uno a uno, todos los conceptos, todas las ideas, todos los hechos. Era una secreta rebelión contra el texto sagrado único, contra la verdad revelada que tan incansable y dogmáticamente se opusiera durante largos siglos a los interrogantes del hombre. Dentro de este espíritu escribe Pierre Bayle su *Diccionario histórico y crítico,* que «continúa siendo, según la apreciación de Paul Hazard, la requisitoria más abrumadora que se haya hecho nunca para vergüenza y confusión de los hombres. Casi a cada nombre surge el recuerdo de una ilusión, de un error, de un fraude y aun de un crimen. Todos esos reyes que hicieron la desdicha de sus vasallos; todos esos papas que rebajaron el catolicismo al nivel de sus ambiciones y pasiones; todos esos filósofos que construyeron sistemas absurdos; todos esos nombres de ciudades y países que recuerdan guerras, expoliaciones, carnicerías…; todas esas indecencias y perversiones…; todas esas fábulas que nacen de la humana ligereza, de su necedad, de su avaricia o de su corrupción» fueron denunciadas por Bayle, que adquirió con su obra el prestigio de un precursor y apresuró el mar de lava que habría de sumergir finalmente las caducas construcciones del antiguo régimen.

Bernard de Fontenelle, completa en cierto modo la obra gigantesca de Bayle. Como Voltaire, será un admirable divulgador de la ciencia. Sobrino de Corneille, querrá seguir en un principio sus huellas escribiendo tragedias de un neoclasicismo hábil, en las que ya se revela su destreza en la pintura de los caracteres; pero, como buen hijo de un siglo antipoético, ignora la embriaguez divina de las palabras y no tarda en abandonar los prados paradisíacos de la poesía para entregarse definitivamente a la tarea de propagar los métodos y descubrimientos de la ciencia, usando para ello un estilo literario fluido y elegante, que realza con su agudo humorismo.

Más filósofo y escritor que Fontenelle, Charles de Secondat, barón de Montesquieu, se hace famoso en Francia con sus *Cartas persas.* Empleando un truco literario que ya se había hecho tradicional en su época, Montesquieu hace el análisis crítico y satírico de las costumbres e instituciones de Francia bajo los visos de un voluptuoso velo oriental. Acuciado por el afán del siglo, sólo se interesa en el atañedero a la sociedad humana, a su conducta, a su organización política. En sus consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos, atribuye al carácter del hombre su psicología, las vicisitudes de su historia y la bondad de sus instituciones, lo que no le impide más tarde, al escribir *El espíritu de las leyes,* adoptar el punto de vista opuesto; a saber, que son las instituciones políticas las que deciden de la conducta individual.

Acaso el escritor de esta época que más cabalmente representa ese tipo humano que llamaremos más tarde «hombre de letras», es Diderot. Desde su mocedad abandona carrera y posición para consagrarse totalmente a su obra literaria; sus

enormes conocimientos le permiten ser a la vez hombre de ciencia y novelista libertino, autor dramático y filófoso, poeta y crítico de arte. Efectivamente, con sus famosos *Salones* Diderot se nos aparece como el creador de la moderna crítica artística. Un admirable sentido psicológico y su formación científica le permiten crear en la literatura novelística y dramática caracteres tan definitivos como el de Jacobo, el fatalista y el bohemio fracasado de *El sobrino de Rameau.* Pero no obstante el singular valor de estas obras puramente literarias, la mayor fama concedida a Diderot se desprende de su participación decisiva en la redacción de esa obra monumental que fue la *Enciclopedia.* Siguiendo el ejemplo de los ingleses y esa tendencia peculiar del siglo que ya vimos en Pierre Bayle y en Voltaire, Diderot decide llevar a cabo una empresa intelectual que supere a todas las realizadas hasta entonces. Unido para su empeño con D'Alembert, tan buen hombre de ciencia como mediocre escritor, obtiene la colaboración de Montesquieu, Marmontel, Buffon, Voltaire, Condillac, Helvetius, Turgot, Raynal, Duclos, de todos los numerosos cortesanos de la ciencia que pretendían derivar del sistema experimental y del espíritu de Epicuro una nueva organización del universo y una más sana, alegre y sabia conducta para el individuo.

En una excelente síntesis, Louis Coquelin nos dice lo que fue la *Enciclopedia,* esa obra que tan profunda repercusión tendría sobre los acontecimientos posteriores y sobre la inteligencia y la moral de los revolucionarios de 1789: «La *Enciclopedia* se presentaba no solamente como un inventario de las ideas y conocimientos científicos, sino que concedía una grande y nueva importancia a las artes y los oficios, cosa por demás original e interesante para la época. Pero esto no le impedía continuar siendo esencialmente una máquina de guerra filosófica. En sus páginas se habituaba a los espíritus a considerar los problemas de la religión y la filosofía desde el punto de vista racionalista».

Mientras se adelanta esta gigantesca batalla que habrá de resolverse en las trágicas jornadas de Versalles y París, tres hombres mantienen en Francia la tradición de la literatura pura y retratan en sus obras la vida de sus contemporáneos, creando de paso la novela y el teatro de costumbres.

Es el primero Alain-René Lesage. Una curiosa simpatía ha hecho de este provinciano pobre y laborioso un infatigable lector y traductor de los autores españoles. Su realismo, el movimiento pintoresco de sus obras, su malicia y alegría, su predilección por los ambientes rurales —soleados y bulliciosos— antes que por las doradas y cerradas salas cortesanas, impresionan vivamente a Lesage, que logra con su *Gil Blas de Santillana* incorporar las mejores características de la novela española a la lengua y al espíritu de Francia.

Por el mismo sendero, pero ya no echando mano de personajes y caracteres exóticos, sino profundamente franceses, Pierre de Marivaux nos descubre en sus novelas el ambiente, las peripecias y los protagonistas de la vida campesina y burguesa de su tiempo. Por la profundidad de su análisis psicológico, el alado ritmo de su estilo, la delicadeza de sus trazos de retratista, Marivaux entra a formar parte

del Olimpo francés. Desde la fulgurante aparición de Racine, el teatro permanecía horro de valores auténticos, hasta que suben a la escena las tiernas, las frágiles, las sutiles heroínas de Marivaux. Conforme a las palabras de uno de sus críticos, «ha cimentado la comedia sobre el fino y suelto análisis del amor. Ha pintado, no el amor pasión, sino una tierna galantería impregnada de dulce ironía. Naturalmente, da el primer papel a las mujeres. Y encanta sobre todo en el diálogo, en el que la emoción se mezcla a la burla. Su estilo elegante y fácil tiene todos los matices y toda la vivacidad de la conversación; es a veces preciosista y amanerado, aunque en el *marivaudage* es preciso ver no tanto una manera de escribir, como una manera de pensar, resultante del refinado análisis de los más delicados sentimientos».

Con Marivaux se inicia, pues, una nueva actitud del espíritu, que tendrá, al menos en la literatura, una extraordinaria resonancia. Tímidamente empiezan a levantarse voces contra la razón, contra el espíritu de geometría, contra la dictadura de las normas que, a nombre del clasicismo, quisieran hacer del artista un artesano, un obrero mecánico al que sólo le está permitido vaciar sus ideas en moldes preestablecidos. El abate Dubos se hace vocero de este naciente descontento y denuncia con valor, con gracia y con sabiduría a quienes quieren hacer del arte una helada perfección, una yerta academia. Es preciso que el alma de los hombres vuelva a verter lágrimas de pasión sobre el triste destino de los héroes literarios y pueda fugarse del tedio por la ancha puerta de las sensaciones. Es preciso crear una nueva escala de valores estéticos, en cuyo ápice no esté ya la razón con su rostro impasible y sus quietos ojos de diamante, sino la pasión desmelenada que revela en cada uno de sus móviles rasgos el tumulto interior que la sacude. Es preciso que la inspiración vuelva a descender sobre el artista a manera de un ángel guerrero y lo turbe durante toda la noche con sus delirantes abrazos, como a Jacob.

El espíritu melodramático y difuso del abate Prévost aprende de memoria estas nuevas lecciones y se entrega a practicarlas con una libidinosidad sentimental desconcertante, de la que lo redime el haber escrito, entre tantas deyecciones románticas, una obra maestra: *Manon Lescaut.* Toda Francia se precipita sobre sus páginas impregnadas de lágrimas. ¡Por fin se han rehabilitado las razones del corazón y ha burlado la pasión a los centinelas de la geometría! Ahora están en sazón los tiempos para que aparezca en escena el personaje capaz de competir con el señor de Voltaire en los apasionados sufragios del siglo XVIII. Juan Jacobo Rousseau puede adelantarse hasta las candilejas.

Llegado a los treinta años, comienza a hacer oír su voz y a predicar una doctrina que confunde por su oposición a las ideas predominantes en su tiempo, pero que acaba por convencer, por la pasión febril con que se expresa y por la apelación constante a los sentimientos. Contra Voltaire, contra los enciclopedistas, contra el siglo mismo se levanta Rousseau para rehabilitar al hombre. No es la civilización la que perfecciona a éste, ni la razón la que mejor le sirve, ni la sociedad lo que más le conviene. Puro, bueno, generoso salió el hombre del seno de la naturaleza; pero las

leyes, las instituciones y la ciencia lo han corrompido y lo han consagrado a la desgracia; en su aislamiento primigenio el hombre desconocía la desigualdad, la envidia y la codicia, pero la sociedad le ha revelado sus diferencias, lo ha hecho duro y belicoso, insatisfecho y cruel. Es menester, pues, retornar a la naturaleza, acomodarse a sus lecciones, que no son interesadas, caprichosas ni falsas como las de la filosofía. El espíritu religioso del hombre no necesitará entonces de verdades reveladas ni de dogmas impuestos por el fanatismo social. Contemplando la naturaleza, identificándose con ella, encontrará su religión natural, hallará a su Dios, al que confluirán las aspiraciones de su corazón y las hermosuras de la tierra.

Oigamos una vez más a Coquelin sintetizar las consecuencias del mensaje espiritual traído al siglo XVIII por otro de sus hijos representativos: «Rousseau ha renovado, ha ampliado el sentimiento del mundo exterior; ya no separa al hombre de la naturaleza que lo rodea. Este utópico teorizante es un pintor admirable. Escritor elocuente, apasionado, melancólico, es el precursor del romanticismo francés. De ahora en adelante, no sin declamación y en contraste con la sequedad espiritual del clan "filosófico", torrentes de sensibilidad patética y de novelesca ternura inundarán las letras y el pensamiento francés, y las consecuencias de este cambio se prolongarán largamente en el siguiente siglo».

Es posible que las teorías filosóficas y sociales de Rousseau resulten hoy casi desdeñables. Es posible también que en los oídos modernos resulte declamatorio su estilo literario. Es posible que el *Contrato social* y el *Emilio* se nos caigan de las manos. Pero no es menos cierto que mientras aliente en el hombre el sentimiento de la solidaridad humana y haya en su corazón un hueco para alojar en él la verdad, la verdad heroica y la pasión, *Las Confesiones* de Juan Jacobo Rousseau continuarán siendo uno de los más nobles, ardidos y patéticos documentos literarios. Pocas veces se conoció mejor a sí mismo un hombre, y pocas veces se tuvo el valor incomparable de dar a sus semejantes una imagen más verídica y desnuda del propio autor. Sin el exhibicionismo con que se pretenderá más tarde emular con él, Rousseau, hipocondríaco, enfermo, errante, desvalido, se levanta sobre sus propias miserias y manías para hacernos el legado inestimable de este libro, que parece nacido de aquella profunda reflexión que hace en el libro III: «Tratar de ocultar el propio corazón será siempre un mal sistema para leer en el corazón de los demás».

Obras de Juan Jacobo Rousseau

Sin pretender una clasificación definitiva ni completa de una labor literaria que cubre cerca de medio siglo y en la cual, aparte de media docena de obras esenciales, se multiplican las cartas, ensayos y discursos en que Rousseau vertía sus ideas respecto a cuestiones de inmediata actualidad o relacionadas con su propia persona, hemos considerado conveniente agruparla en cuanto ello sea posible, conforme a sus géneros. Es obvio que pueden escapar de este breve índice algunos folletos o fragmentos que sólo un erudito en la materia habrá compulsado y anotado.

TEATRO:

Narciso, comedia escrita en 1733 y representada en 1752.
Las musas galantes, ópera, 1745.
El adivino de la aldea, opereta, 1752.
Pigmalion, melodrama, 1775.
Dafnis y Cloe, ópera, 1780.

MÚSICA:

Disertación sobre la música moderna, 1743.
Carta sobre la música francesa, 1753.
Carta de un músico de la Academia Real a sus compañeros de orquesta.
Carta a M. de Burney.
Diccionario de música, 1767.

NOVELA:

Julia, o la nueva Eloísa, 1761.

FILOSOFÍA, POLÍTICA, PEDAGOGÍA:

Discurso sobre las artes y las ciencias, 1749.
Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, 1754.
Carta a D'Alembert contra los espectáculos, 1758.
El contrato social, 1762.
Emilio, o De la educación, 1762.
Carta de J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra, a M. Cristóbal de Beaumont, Arzobispo de París, 1763.
Cartas de la Montaña, 1763-4.
Cartas sobre la legislación de Córcega, dirigidas a N. Buttafuocco, 1764-1765.
Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia, 1773.
Comentarios y juicios sobre la obra del abate Saint-Pierre.

POESÍA:

Consolaciones de las miserias de mi vida, canciones, 1781.

AUTOBIOGRAFÍA:

Las Confesiones, escritas de 1765 a 1770, publicadas en 1782.
Los diálogos, Rousseau juez de Juan Jacobo, 1775.
Ensueños de un paseante solitario. Escritos en los últimos años, aparecieron póstumamente, en 1782.
Correspondencia. De distintas épocas, la edición completa, por Dufour y Plan (1924 y sigs.), comprende 25 tomos.

Primera parte

Libro primero

1712-1719

Intus et in cute.
Persio. Sat. III, V. 30.

Emprendo una obra de la que no hay ejemplo y que no tendrá imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la Naturaleza y ese hombre seré yo.

Sólo yo. Conozco mis sentimientos y conozco a los hombres. No soy como ninguno de cuantos he visto, y me atrevo a creer que no soy como ninguno de cuantos existen. Si no soy mejor, a lo menos soy distinto de ellos. Si la Naturaleza ha obrado bien o mal rompiendo el molde en que me ha vaciado, sólo podrá juzgarse después de haberme leído.

Que la trompeta del Juicio Final suene cuando quiera; yo, con este libro, me presentaré ante el Juez Supremo y le diré resueltamente:

«He aquí lo que hice, lo que pensé y lo que fui. Con igual franqueza dije lo bueno y lo malo. Nada malo me callé ni me atribuí nada bueno; si me ha sucedido emplear algún adorno insignificante, lo hice sólo para llenar un vacío de mi memoria. Pude haber supuesto cierto lo que pudo haberlo sido, mas nunca lo que sabía que era falso. Me he mostrado como fui, despreciable y vil, o bueno, generoso y sublime cuando lo he sido. He descubierto mi alma tal como Tú la has visto, ¡oh Ser Supremo! Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes para que escuchen mis confesiones, lamenten mis flaquezas, se avergüencen de mis miserias. Que cada cual luego descubra su corazón a los pies de tu trono con la misma sinceridad; y después que alguno se atreva a decir en tu presencia: *Yo fui mejor que ese hombre*».

Nací en Ginebra en 1712.[1] Fueron mis padres los ciudadanos Isaac Rousseau y Susana Bernard. Mi padre no tenía más medio de subsistencia que su oficio de relojero, en el que era muy hábil, pues le correspondió muy poco, o casi nada, de una herencia pequeña a repartir entre quince hermanos. Mi madre, hija del reverendo Bernard, tenía más fortuna. Era bella y discreta. No sin trabajo pudo mi padre casarse con ella. Empezaron a quererse desde niños. Entre los ocho y los nueve años se paseaban juntos por la Treille; a los diez, ya no podían vivir separados. El sentimiento que había despertado en ellos la costumbre se afianzó por la simpatía y uniformidad de sus almas. Nacidos ambos tiernos y sensibles, sólo esperaban la ocasión de hallar igual disposición en otra alma, si es que esta ocasión no les esperaba a ellos mismos,

que entregaron su corazón al primero que encontraron dispuesto a recibirlo. La suerte, que parecía contrariar su pasión, no hizo más que encenderla. El joven amante, no pudiendo obtener a su amada, se consumía de dolor. Le aconsejó ella que viajara para olvidar, y él viajó sin fruto y volvió más enamorado que nunca al lado de la que había continuado fiel y llena de ternura. Después de esta prueba no quedaba más que amarse toda la vida. Se lo juraron y el cielo bendijo su juramento.

Gabriel Bernard, hermano de mi madre, se prendó de una de las hermanas de mi padre, la cual sólo consintió en dar su mano al joven si su hermana se casaba con mi padre, y he aquí cómo se encargó el mismo amor de componerlo todo, realizándose los dos matrimonios en un mismo día. Así, pues, mi tío carnal era el marido de mi tía carnal, y sus hijos fueron doblemente primos míos. Uno de cada matrimonio vino al mundo un año después; luego fue preciso separarse nuevamente.

Mi tío Gabriel Bernard era ingeniero; sirvió en el Imperio y en Hungría bajo las órdenes del príncipe Eugenio, distinguiéndose en el sitio y batalla de Belgrado.[2] Mi padre, después del nacimiento de mi único hermano, partió para Constantinopla, adonde fue llamado para ser relojero del Serrallo. Durante su ausencia, la belleza de mi madre, su entendimiento y sus méritos[3] atraían la admiración de todos. El señor de la Closure, residente de Francia, fue uno de sus más entusiastas; debió amarla apasionadamente, pues hablándome de ella treinta años después, lo vi enternecerse. Pero mi madre tenía algo más que virtud para eludir sus homenajes: amaba tiernamente a su marido. Instóle a que volviese, y él lo hizo, dejándolo todo. Yo fui el triste fruto de su regreso. Diez meses después nací débil y enfermo. Costé la vida a mi madre, y mi nacimiento fue el primero de mis infortunios.[4]

No sé cómo pudo mi padre soportar este golpe, pero sé que no logró consolarse nunca de él. Creía verla en mí, sin poder olvidar que yo había causado su muerte. Cada vez que me besaba, yo sentía que en sus suspiros y en sus convulsos abrazos iba mezclado un amargo recuerdo, haciéndolos más tiernos. Cuando me decía: «Hablemos de tu madre, Juan Jacobo», yo le respondía: «Bueno, padre; vamos a llorar», y estas palabras hacían brotar lágrimas de sus ojos. «¡Ah! —decía gimiendo —, devuélmela, consuélame de su pérdida; llena el vacío que en mi corazón ha dejado. ¿Te amaría yo tanto, por ventura, si no fueses más que hijo mío?». Murió cuarenta años después de haberla perdido, en brazos de una segunda mujer, pero con el nombre de mi madre en los labios y su imagen grabada en el corazón.

Tales fueron los autores de mis días. De cuantos dones les había concedido el cielo, sólo me legaron un corazón sensible, que, si a ellos los hizo dichosos, fue causa de todas las desgracias de mi vida.

Nací casi moribundo. Había pocas esperanzas de salvarme. Vine al mundo con el germen de una dolencia que los años han reforzado y cuyos intervalos sólo me sirven para sufrir más cruelmente de otra manera.[5] El cuidado extremo de una hermana de mi padre, amable y prudente mujer, me salvó tomándome a su cargo. En estos momentos vive aún, cuidando, a la edad de ochenta años, a un marido más joven que

ella, pero consumido por el abuso de la bebida. ¡Tía querida,[6] os perdono que me hayáis hecho vivir y siento no poder devolveros en vuestra vejez los desvelos que os costó mi infancia! Vive también mi buena Jaquelin, sana y robusta. Las manos que abrieron mis ojos al venir al mundo, podrán cerrarlos cuando lo deje.

Sentí antes de pensar: tal es el destino común de la humanidad, que yo experimenté más que nadie. No sé lo que hice hasta los cinco o seis años, ni cómo aprendí a leer. Recuerdo sólo mis primeras lecturas y el efecto que me causaban; desde entonces juzgo que empiezo a tener conciencia de mí mismo, sin interrupción. Había dejado mi madre algunas novelas, que leíamos por las noches, después de cenar, mi padre y yo. Al principio lo hacíamos para que yo me adiestrara en la lectura con libros entretenidos; pero pronto creció el interés de tal manera, que nos pasábamos las noches de claro en claro, leyendo alternativamente, sin dejar el libro hasta su conclusión. A veces mi padre, al oír el canto matutino de las golondrinas, me decía como avergonzado: «Vamos, vamos a dormir. Soy más niño que tú».

En poco tiempo adquirí, por tan peligroso método, no sólo una facilidad extraordinaria para leer y escucharme sino también un conocimiento, sin par a mi edad, de las pasiones humanas. Sin tener ninguna idea de las cosas, estaba yo familiarizado con todos los sentimientos. Cuando nada había concebido aún, ya lo había sentido todo. Estas confusas emociones que experimentaba sucesivamente no modificaron en nada mi razón, puesto que carecía de ella; pero la templaron de otra manera y me dieron ideas extrañas y novelescas acerca de la vida humana, de las que aún no han podido curarme por completo la experiencia y la reflexión.

(1719-1723). Con el verano de 1719 se concluyeron las novelas. Agotada la biblioteca de mi madre, tuvimos que acudir en el inmediato invierno a la parte que nos había tocado de la biblioteca de mi abuelo. Se encontraban en ella muy buenos libros, por fortuna, como no podía menos de ser procediendo de un pastor verdaderamente sabio, según la moda de entonces, y hombre de talento y buen gusto.

Fueron transportados al taller de mi padre la *Historia de la Iglesia y del Imperio,* por Le Sueur; el *Discurso sobre la Historia Universal,* de Bossuet; las *Vidas de varones ilustres,* de Plutarco; la *Historia de Venecia,* de Nanis; *Las metamorfosis,* de Ovidio; *Los caracteres,* de La Bruyère; *La pluralidad de los mundos* y *Los diálogos de los muertos,* de Fontenelle, y algunos tomos de Molière; y mientras él trabajaba, yo se los leía, tomándoles una afición rara, quizás única a mi edad. Plutarco fue, sobre todo, mi lectura favorita, curándome un poco de mi afición a las novelas el gusto que encontraba en releerlo. Bien pronto preferí Agesilao, Bruto, Arístides a Orondato, Artamenes y Juba. Estas interesantes lecturas y las conversaciones a que dieron lugar entre mi padre y yo, formaron ese espíritu libre y republicano, ese carácter indomable y altivo, enemigo de todo yugo y servidumbre, que siempre me ha torturado en las circunstancias menos oportunas para dejarle libre vuelo. Constantemente ocupado con Roma y Atenas, viviendo, como quien dice, con sus grandes hombres, nacido yo mismo ciudadano de una república e hijo de un padre

cuya pasión dominante era el amor a la patria, me entusiasmaba a ejemplo suyo y me creía un griego o un romano: convertíame en el personaje cuya vida estaba leyendo, y el relato de los rasgos de constancia y de intrepidez que me habían impresionado daba fuerza a mi voz y centelleo a mis miradas. Un día, que durante la comida hice el relato de Scévola, asusté a los circunstantes que me vieron poner la mano sobre un hornillo para representar su acción.

Tenía un hermano que me llevaba siete años, dedicado al oficio de mi padre. El entrañable cariño que a mí me tenían hacía que le tratasen con algún desvío, hecho que no apruebo de ningún modo; su educación se resintió por ello.

Entregóse al libertinaje antes de tener edad para ser un libertino. Pusiéronle de aprendiz en otra casa, de donde a menudo se escapaba, como lo había hecho de la casa paterna. Yo apenas lo veía, casi puedo decir que no lo conocía; pero no por esto dejaba de quererle tiernamente, y él me amaba como puede amar un pilluelo cualquier cosa. Recuerdo que un día en que mi padre, lleno de cólera, lo castigaba rudamente, yo me arrojé impetuosamente en medio de ellos y le abracé estrechamente, ocultándole así y recibiendo sobre mí los golpes que le iban dirigidos, y tal fue mi tenacidad en conservar aquella actitud, que fue preciso que mi padre lo dejara, ya fuese aplacado por mis ruegos y mis lágrimas, ya para no maltratarme más que a él. En fin, tanto se fue maleando, que desapareció de repente. Algún tiempo después supimos que estaba en Alemania, aunque no escribió una sola vez. Desde entonces nada se ha sabido de él, y he aquí cómo vine a quedar hijo único.

Si aquel pobre muchacho fue educado con descuido, no sucedió lo mismo con su hermano. Ni los hijos de los reyes podrán ser objeto de tanto esmero como lo fui yo durante mis primeros años; y, por caso raro, idolatrado de cuantos me rodeaban, siempre fui tratado como hijo querido pero nunca como hijo mimado. Hasta que salí del hogar paterno nunca me permitieron ir solo por la calle con los otros chicos; nunca tuvieron que reprimir en mí ni permitirme ninguno de esos caprichos que se imputan a la naturaleza y que son efecto sólo de la educación. Tenía, sí, los defectos propios de aquella edad; era hablador, goloso, algunas veces embustero. Hubiera robado fruta, dulces, cosas de comer; pero nunca me agradó hacer mal, perjudicar ni acusar a nadie, como tampoco molestar a los pobres animales. Recuerdo, sin embargo, haberme orinado un día en el puchero de una vecina, llamada la señora Clot, mientras ella estaba en el sermón, y confieso que todavía me hace reír este recuerdo, porque la buena mujer era la más gruñona que he conocido en mi vida. He aquí la corta y verídica historia de mis diabluras infantiles.

¿Cómo habría podido yo ser un malvado, no teniendo sino ejemplos de dulzura que imitar y hallándome rodeado de las mejores gentes que puedan darse? Mi padre, mi tía, mi ama, mis parientes, nuestros amigos y vecinos, cuantas personas trataba, no me obedecían, pero todos me amaban y yo les quería también. Me veía tan poco excitado y tan sin contrariedades, que nunca se me ocurría ser exigente ni mostrarme voluntarioso. Puedo jurar que hasta verme reducido a servir a un amo no supe lo que

era un capricho. Salvo los ratos dedicados a la lectura con mi padre, y a pasear con mi ama, estaba siempre junto a mi tía mirándola bordar y escuchando sus canciones, de pie o sentado cerca de ella, y era dichoso de este modo; su buen humor, su dulzura, su rostro agradable se hallan tan impresos en mi memoria, que aún me parece que veo su expresión, su mirada y su ademán; recuerdo sus cariñosas advertencias; podría describir su traje y su tocado, sin olvidar los dos rizos de negro cabello que adornaban sus sienes según la moda de aquel tiempo.

Seguro estoy de que a ella debo el gusto, o mejor, la pasión por la música, que no se desarrolló en mí hasta mucho tiempo después. Poseía un prodigioso caudal de canciones que cantaba con una voz dulcísima. La serenidad de alma de esta excelente mujer disipaba toda tristeza a su alrededor. Tanto me cautivaban sus canciones, que no sólo he conservado en la memoria muchas de ellas sino que aún hoy día, que casi la he perdido, algunas que tenía completamente olvidadas desde la infancia reaparecen a medida que voy envejeciendo, con un encanto que trataría en vano de explicar. ¿Quién diría que yo, viejo caduco, roído por las preocupaciones y los sufrimientos, me he sorprendido algunas veces llorando como un chiquillo al murmurar aquellos cantos con voz ya trémula y cascada? La melodía de uno de ellos, sobre todo, se ha reproducido en mi memoria, habiendo sido vanos todos mis esfuerzos para recordar la mitad de la letra, aunque hallo confusamente las rimas. He aquí cómo empieza y todo lo que de ella recuerdo:

Tirsis, je n'ose
Ecouter ton chalumeau
Sous l'ormeau;
Car on en cause
Déjà dans notre hameau.
………………………

… *un berger*
… *s'engager*
… *sans danger;*
Et toujours l'epine est sous la rose.[7]

No puedo explicarme en qué consiste el conmovedor encanto que encuentro en esta canción; pero me es completamente imposible llegar al último verso sin derramar lágrimas. Me ha tentado mil veces el deseo de escribir a París para saber el resto de las palabras que no puedo recordar, por si hay quien las recuerde todavía. Pero estoy seguro de que gran parte del placer que me causa el recuerdo de esta canción desaparecería al tener la prueba de que la han cantado otras voces que la de mi tía Susana.

Tales fueron las primeras emociones de mi vida: así empezó a formarse o darse a conocer mi corazón tan tierno a la vez y tan altivo, mi carácter afeminado y, sin

embargo, indomable, que fluctuando siempre entre el valor y la flaqueza, entre la molicie y la virtud, me ha puesto siempre en oposición conmigo mismo: y por esta causa no he tenido abstinencia, ni la sensualidad me ha vencido; no he sido prudente ni disipado.

Esta forma de educación fue interrumpida por un accidente cuyas consecuencias han influido en todo el resto de mi vida. Tuvo mi padre una riña con un capitán francés, llamado Gautier, que contaba con parientes en el Consejo. Este hombre, insolente y cobarde, echó sangre por la nariz, y para vengarse acusó a mi padre de haber usado la espada en la ciudad, obteniendo un auto de prisión contra el acusado. Mi padre se obstinaba en que se prendiese también al acusador con arreglo a la ley; mas, no pudiendo lograrlo, prefirió expatriarse para toda la vida, saliendo de Ginebra, a ceder en esta cuestión en que juzgó comprometidos la libertad y el honor.

Quedé bajo la tutela de mi tío Bernard, a la sazón empleado en las fortificaciones de Ginebra. Había muerto su hija mayor, quedándole un hijo de la misma edad que la mía, y ambos fuimos enviados a Bossey, donde nos pusieron de internos en casa del pastor Lambercier para que aprendiésemos, juntamente con el latín, toda la hojarasca de que rodean su enseñanza y a la que dan el nombre de educación.

Los dos años que permanecí en la aldea dulcificaron un tanto mi romana aspereza, restituyéndome a la infancia. Mientras había estado en Ginebra, donde a nada se me forzaba, hallé gratos el estudio y la lectura; casi no tenía otra diversión; pero en Bossey el trabajo hizo que me aficionase a los juegos que nos servían de descanso. Tan nuevo era el campo para mí, que no podía cansarme de él, y le tomé una afición que no se ha extinguido jamás. El recuerdo de los días felices que entonces transcurrieron me hizo echar de menos la vida del campo y sus placeres en todas las edades, hasta que pude satisfacer mi deseo. Era el señor Lambercier un hombre muy juicioso, que, sin descuidar nuestra instrucción, jamás nos recargaba con deberes excesivos. En prueba de ello diré que, a pesar de mi repugnancia a toda sujeción, nunca he recordado con disgusto aquellas horas de estudio y, aunque no fue gran cosa lo que me enseñó aquel hombre, eso poco lo aprendí bien y sin dificultad, no habiéndolo olvidado nunca.

Es inapreciable el bien que debí a la sencillez de la vida del campo, abriendo mi corazón a la amistad. No había conocido yo hasta entonces más que sentimientos elevados, pero imaginarios; la costumbre de vivir juntos en apacible vida me unió a mi primo Bernardo tan íntimamente, que en poco tiempo sentí por él un afecto mucho más intenso del que me inspiraba mi hermano, afecto que nunca se ha amortiguado. Era un muchacho alto y flaco, muy delicado, tan dulce de corazón como débil de cuerpo, que no abusaba de la predilección que por él tenían, por ser hijo de mi tutor. Eran idénticos nuestros gustos, nuestros pasatiempos, nuestras ocupaciones; estábamos solos, teníamos la misma edad y cada cual necesitaba un compañero. Separarnos era, en cierto modo, anonadarnos. Nuestra amistad era extrema, aunque tuviésemos pocas ocasiones de ponerla a prueba, de suerte que no sólo no podíamos

vivir un momento separados sino que tampoco concebíamos que pudiésemos estarlo nunca. Sensibles ambos al menor halago, serviciales cuando no se trataba de obligarnos, siempre estábamos de acuerdo. En presencia de nuestros preceptores, él era superior a mí por el favoritismo de que gozaba; pero en cambio, cuando quedábamos solos, tenía yo un ascendiente sobre él que restablecía el equilibrio. En el estudio le apuntaba la lección cuando él balbuceaba; concluido mi tema, le ayudaba a terminar el suyo, y en nuestros juegos siempre se dejaba llevar de mi gusto, más decidido que el suyo. Tal era, en fin, la armonía de nuestros caracteres, que en los cinco años que estuvimos juntos, así en Bossey como en Ginebra, debo confesar que nos pegamos muchas veces, pero nunca fue necesario que mediara nadie entre nosotros, nunca nuestras contiendas duraron más de un cuarto de hora, ni nos delatamos nunca uno a otro. Quizá todos estos detalles sean pueriles; pero resulta de ellos un hecho que tal vez no se haya repetido desde que hay niños en el mundo.

Tanto me agradaba el género de vida que hacíamos en Bossey, que hubiera bastado prolongar mi permanencia allí para que del todo se fijara mi carácter. Formaban su base los sentimientos tiernos, afectuosos y tranquilos. No creo que haya habido otro individuo de nuestra especie con menos vanidad natural que yo. El entusiasmo me llevaba a veces a raptos de sublimidad, de que pronto descendía cayendo en mi habitual languidez. El más ardiente de mis deseos consistió en ser querido de cuantos me rodeaban. Mi primo, nuestros preceptores y yo éramos todos apacibles; durante dos años enteros no fui víctima ni testigo de ninguna violencia; todo contribuía a fomentar las inclinaciones que mi corazón debía a la naturaleza; nada me parecía tan hermoso como tener contentas a cuantas personas trataban conmigo y verlas satisfechas. Siempre me acordaré de que al decir en el templo mi lección de catecismo, lo que más me conturbaba, en los momentos de vacilación, era la inquietud y pena que se dibujaban en el rostro de la señorita Lambercier. Más me dolía aun que la vergüenza de quedar mal públicamente, y esto, sin embargo, me daba una desazón extraordinaria; pues, aunque nunca la alabanza me ha movido, siempre me ha impresionado vivamente la vergüenza, pudiendo asegurar que el temor a una reprensión de la señorita Lambercier no me sobresaltaba tanto como la idea de haberla disgustado.

No dejaba, con todo, de mostrarse severa cuando era preciso, lo mismo que su hermano; pero como nunca se conducían violentamente, su severidad, casi siempre justa, me afligía en extremo sin que me irritara jamás. Sentía más desagradar que ser castigado y era para mí más cruel una señal de descontento que cualquier pena aflictiva. Es menester que explique esto mejor, aunque me sea muy embarazoso. Si se viera bien cuán lejos se está de obtener el resultado apetecido se abandonaría el método que en la educación de la juventud se emplea, siempre indistintamente y a menudo indiscretamente. El hecho que voy a referir, tan común como funesto, ofrece una gran lección y por eso me decido a contarlo.

El cariño, propio de una madre, que la señorita Lambercier nos profesaba, la

revestía de la autoridad de tal, y algunas veces usaba de ella imponiéndonos castigos merecidos. Durante mucho tiempo se concretó a la amenaza, pareciéndome espantosa la prometida pena, nueva enteramente para mí; pero desde que la sufrí me pareció mucho menos terrible de lo imaginado. Y lo más particular es que aquel castigo aun me aficionó más a lo que me lo había impuesto, de modo que fue necesaria mi natural dulzura y toda la verdad del afecto que le profesaba para que no tratara de conocer la repetición del mismo, mereciéndolo, porque encontré una mezcla de sensualismo en el deber y en la vergüenza del castigo, que me hacía desear recibirlo otra vez de la misma mano. Es verdad que había en ello cierta precocidad instintiva de sexo y, por lo tanto, el mismo tratamiento practicado por su hermano no me habría parecido tan gustoso. Pero, atendido su carácter, no había que pensar en semejante sustitución: y me abstenía de merecer el correctivo por temor de disgustar a la señorita Lambercier; pues tal es el imperio que sobre mí ejerce la benevolencia, aun aquella que debe su origen a mis sentidos, que siempre se sujetaron éstos a su ley en mi corazón.

Mas, aunque yo procuraba evitarlo, sin temerlo, llegó un día la repetición del castigo, sin culpa mía, a la verdad o al menos sin que me la hubiese yo procurado deliberadamente, y debo en conciencia confesar que aproveché la ocasión. Pero fue por segunda y última vez, pues habiendo ella observado, sin duda por alguna señal, que no lograba el fin que se proponía, declaró que renunciaba al procedimiento, añadiendo que se fatigaba demasiado. Hasta entonces habíamos dormido en su cuarto y a veces en su misma cama en las noches de mucho frío: dos días después se nos trasladó a otro cuarto y en adelante tuve el honor, que ninguna falta me hacía, de que me tratara como a un adolescente.

¿Quién creería que este castigo de chiquillo, recibido a la edad de ocho años, por mano de una mujer de treinta, fue lo que decidió mis inclinaciones, gustos y pasiones por todos los días de mi vida y precisamente en sentido contrario del que podría naturalmente imaginarse? Mientras por una parte se despertaron mis sentidos, tomaron tal giro mis deseos que se limitaron a lo que había experimentado: de modo que, dotado de una sensualidad ardiente desde la más tierna infancia, me conservé libre de toda impureza hasta la edad en que se desarrollan los temperamentos más lánguidos y tardíos. Hostigado largo tiempo sin saber por qué, devoraba con ardientes ojos las mujeres bellas que se presentaban a mi fantasía con insistencia, sin otro objeto que gozar a mi singular manera, convirtiéndolas en otras tantas señoritas Lambercier.

Pero este gusto extraño, siempre vivo, llevado al extremo de la locura, aun después de la pubertad, fue causa de que conservara las costumbres honestas que parece debía haberme arrebatado. Difícilmente se hallaría otra persona cuya educación haya sido más modesta, más casta que la mía. Mis tres tías no sólo eran de una prudencia ejemplar, sino también de una reserva que las mujeres no conocen hace mucho tiempo. Mi padre, hombre jovial, pero galante a la moda antigua, no dijo nunca una frase, aun a las mujeres que más amó en su vida, que pudiese ruborizar a la

más casta virgen, y es imposible mayor esmero en el respeto que se debe a los niños del que se observaba entre mi familia y en presencia mía. Había en este punto el mismo miramiento en casa del señor Lambercier, de suerte que una muy buena sirvienta fue despedida por una expresión algo libre que soltó en nuestra presencia.

No solamente no tuve una idea clara de la unión de sexos hasta la adolescencia, sino que esta idea confusa siempre se me representaba bajo una imagen odiosa y repugnante. Sentía por las mujeres públicas un horror que siempre se ha conservado vivo; no podía ver un libertino sin menosprecio, hasta me inspiraba terror. Mi aversión por el libertinaje era grande desde que, yendo un día a Petit-Saconnex por un camino hondo, vi a ambos lados unas cavidades que me dijeron ser los lugares donde aquellas gentes se entregaban a la licencia. Además, siempre que pensaba en eso, recordaba los acoplamientos de los perros, y este solo recuerdo me producía el mayor asco.

Estas preocupaciones, hijas de la educación, que bastaban por sí solas para retardar los primeros desbordamientos de un temperamento ardiente, fueron auxiliadas por la desviación que me produjo, como dejo dicho, el primer aguijón de la sensualidad. No imaginando sino lo que había sentido, a pesar de molestísimas efervescencias de la sangre, mis deseos se concretaban a la especie de sensualidad que me era conocida, no llegando nunca a la que me habían hecho aborrecible y que, sin que yo lo sospechara, estaba tan cerca de la otra. En mis necios antojos, en mis eróticos furores, en las acciones extravagantes a que a veces me conducían, valíame imaginariamente del sexo bello sin pensar que pudiese ofrecer otro concurso del que yo ardientemente deseaba.

Así fue cómo dotado de un temperamento ardiente, lascivo, precocísimo, no sólo pasé la pubertad sin anhelar y sin conocer más placeres de los sentidos que aquel cuya idea me había inocentemente sugerido la señorita Lambercier sino que, cuando ya fui hombre, esto mismo que hubiera debido precipitarme, fue la causa de conservarme sin mancilla. En vez de desvanecerse con el tiempo mi antigua afición de niño, de tal suerte se asoció a la que me enseñaron los sentidos ya despiertos, que nunca pude separarlas. Esta locura, unida a mi natural timidez, me ha quitado toda osadía con las mujeres, privado de decirlo todo o de satisfacer mi pasión; no pudiendo la especie de goce, que para mí era un preliminar indispensable, ser adivinado por la persona que podía dispensármelo ni ser usurpado por el mismo que siente tan extraño deseo. Así he pasado mi vida, anhelante y callado, junto a las personas que más he amado. No atreviéndome a declarar mi afición, la entretenía por medio de conexiones que despertaban su recuerdo en mi alma. Estar a los pies de una mujer imperiosa, obedecer sus mandatos y tener que pedirle mil perdones, eran para mí placeres inefables, y cuanto mayor impulso comunicaba mi viva imaginación a mi sangre, tanto más parecía un amante tímido.

Cualquiera concibe que semejante modo de enamorar debe producir exiguos resultados y es muy poco peligroso para la virtud del objeto amado. Por lo tanto, he

alcanzado poca cosa, aunque no he dejado de gozar mucho a mi manera; esto es, imaginariamente. He aquí cómo mi carácter tímido, mis sentidos y mi imaginación novelesca se aunaron para conservarme intacta la honestidad y puros los sentimientos, por efecto precisamente de una pasión que tal vez me habría sumido en un abismo de torpes deleites de haber sido menos vergonzoso.

He dado ya el paso primero y más difícil en el oscuro y cenagoso laberinto de mis confesiones. Ciertamente no cuesta tanto confesar lo criminal como lo vergonzoso y ridículo. Ahora no puedo temer que me falte resolución para decirlo todo. Calcúlense cuán penosas deben haber sido esas revelaciones cuando nunca pude atreverme a declarar mi locura a las mujeres que más he amado, ni aun en los momentos en que, arrebatado por la pasión, estaba sin sentido, poseído de un convulsivo temblor y privado de dominio sobre mí mismo, ni menos implorar el único favor que me faltaba obtener en las ocasiones de más íntima familiaridad. Una sola vez lo he obtenido, en la infancia, con una niña de mi edad, y aun no tomé yo la iniciativa.

Así, remontándome a las primeras manifestaciones de mi personalidad sensible, hallo elementos que, pareciendo a veces incompatibles han contribuido enérgicamente a la formación de un todo simple y uniforme, y hallo también otros que podrían creerse idénticos y que, por efecto de las circunstancias, han formado combinaciones tan diversas, que nunca se hubiera sospechado que entre ellos existiese relación alguna. Por ejemplo: ¿quién creería que uno de los más varoniles móviles de mi alma estuviese templado en la misma corriente que introdujo en mi sangre la molicie y la lujuria? Sin que me aparte del asunto de que acabo de hablar, se verá surgir de él una impresión completamente distinta.

Estaba un día estudiando la lección, solo, en el cuarto contiguo a la cocina. La criada había puesto a secar sobre la chimenea los peines de la señorita Lambercier, y cuando fue a cogerlos se halló con uno que tenía rotas todas las púas de un lado. ¿Quién podía haberlo hecho? Nadie más que yo había entrado en el cuarto. Me preguntan; niego haber tocado el peine. Júntanse mi preceptor y su hermana, me exhortan a que me confiese culpable, me apremian y amenazan; pero yo me sostengo firme. Su convicción era harto profunda y todas mis protestas fueron inútiles, aunque encontraron por vez primera tanta osadía en mí. Como el caso requería, fue tomado muy en serio, porque merecían castigo a la par la mentira y la terquedad. Pero esta vez no fue la señorita Lambercier quien se encargó de castigarme. Escribieron a mi tío Bernard, y éste vino. Mi pobre primo estaba acusado de otra falta no menos grave que la mía, y los dos recibimos el mismo tratamiento, que fue atroz. Si hubiesen querido ahogar para siempre mis instintos depravados buscando en el mal mismo su remedio, no habrían podido hacerlo mejor. Luego me dejaron tranquilo por mucho tiempo.

No lograron de ningún modo arrancarme la confesión que querían. Acosado por todos lados, me mantuve, sin embargo, inconmovible, y ellos se cansaron de torturarme. Resistí siempre, y hasta la misma fuerza tuvo que ceder ante la diabólica

terquedad de un chico. En fin, de esta prueba cruel salí destrozado, pero triunfante.

Hace ya unos cincuenta años que pasó el hecho y no he de tener castigo por aquella culpa. Pues bien, declaro a la faz del mundo entero que era inocente, que no rompí ni toqué el peine, ni estuve cerca de él, ni lo pensé siquiera. No me pregunten cómo pudo romperse, porque no lo sé ni lo comprendo. Lo que me consta es mi inocencia.

Imagínese ahora un carácter tímido y dócil en la vida corriente, pero altivo e indomable en sus pasiones; un niño dirigido siempre con la voz de la razón, tratado siempre con dulzura, equidad, benevolencia, extraño todavía a la idea de injusticia, víctima de ella por vez primera tan cruelmente y por parte de las personas que más respeta y quiere. ¡Qué cambio en las ideas, qué desorden en los sentimientos, qué trastorno tan grande en su corazón, en su cerebro, en todo su ser inteligente y moral! Digo que se imagine todo esto, si es posible, porque no me siento capaz de discernir y examinar el menor vestigio de cuanto pasó en mí por entonces.

Aún no tenía suficiente conocimiento para comprender cuán en mi contra estaban las apariencias, ni para colocarme en el lugar de los demás. Manteníame en el mío y no sentía más que el rigor del espantoso castigo aplicado por un delito que no había cometido. Aunque intenso, el sufrimiento del cuerpo me era indiferente; lo que me torturaba era la indignación, la ira, la desesperación. Mi primo, que se encontraba en un caso análogo al mío, castigado por una falta involuntaria tenida por premeditada, se irritaba y enfurecía, poniéndose, por decirlo así, al unísono conmigo. Juntos en una misma cama, nos abrazábamos convulsos y sofocados, y cuando nuestros jóvenes corazones nos daban una tregua para desahogar la cólera que los despedazaba, nos incorporábamos, gritando con todas nuestras fuerzas repetidas veces: *¡carnifex, carnifex, carnifex!*

Todavía al escribir esto siento bullir mi sangre; aquellos momentos, aunque viviese mil años, no se borrarían jamás de mi memoria. Tan profundamente grabada quedó en mi alma esta impresión de injusticia, que todas las ideas de este género me restituyen mi primera emoción, y este sentimiento, que en su origen a mí solo me atañía, tomó tal consistencia en sí mismo, desprendiéndose de todo interés personal, que mi corazón se inflama al ver o escuchar el relato de cualquier acto injusto, sea cual fuere su objeto y el lugar donde se cometa, como si a mí mismo me perjudicase. Cuando leo las crueldades de un tirano feroz, las sutiles falacias de un cura trapacero, volaría gustoso a hundir un puñal en su pecho miserable, aunque debiese costarme la vida una y mil veces. Frecuentemente he sudado a chorros persiguiendo a la carrera o a pedradas a un gallo, a una vaca, a un perro, a un animal cualquiera que atormenta a otro sólo por sentirse más fuerte. Quizá me sea natural este movimiento, y así lo creo también, pero tanto tiempo estuvo enlazado con el vivo recuerdo de la primera injusticia que he sufrido, que debe haber contribuido poderosamente a arraigarlo en mi alma.

Allí se acabó la paz de mi niñez; allí el goce de una felicidad pura, y aún hoy día

siento que allí está el límite de los gratos recuerdos de la infancia. Seguimos todavía en Bossey algunos meses. Estuvimos allí del modo que nos representan al primer hombre, aun en el paraíso terrenal, mas ya sin gozar en él: todo parecía seguir sin alteración, pero en el fondo había cambiado todo. El afecto, el respeto, la intimidad, la confianza; todos los lazos que unían a los discípulos con sus maestros estaban rotos; ya no veíamos en ellos a dos seres superiores que leían en nuestros corazones; ya no temíamos tanto el obrar mal como el ser descubiertos y ya empezábamos a disimular, a mentir y a rebelarnos. Corrompían nuestra inocencia y afeaban nuestros juegos todos los vicios que pueden tenerse en aquella edad. Hasta el campo perdió para nosotros ese carácter de sencillez y dulzura que mueve el corazón: parecíanos desierto y sombrío, como cubierto por un velo que ocultaba a nuestros ojos toda su belleza. Dejamos de cultivar nuestras hierbas y nuestras flores. Ya no íbamos a escarbar levemente la tierra y lanzar al viento voces de contento al descubrir el germen de la semilla que habíamos sembrado. Esta vida nos disgustaba, y nosotros no dábamos más que enojos. Por fin, mi tío nos sacó de allí y nos separamos de los señores Lambercier hartos unos de otros y sin que lo sintiéramos.

Transcurrieron cerca de treinta años desde que salimos de Bossey, sin que me haya sido grata, por una serie de recuerdos, la memoria del tiempo que allí estuvimos; pero cuando, pasada la edad madura, voy caminando hacia la ancianidad, renacen esos recuerdos a medida que se borran los demás y se fijan en mi memoria con caracteres cuya fuerza y encanto aumentan cada día; como si, al sentir que se me escapa la vida, quisiese recobrarla desde su principio. Me complace el recuerdo de hechos insignificantes de aquel tiempo, sólo por ser de aquel tiempo. Recuerdo todas las circunstancias de los lugares, de las personas, de las horas. Me parece ver a la muchacha y al criado andar de un lado a otro por el cuarto, una golondrina entrar por la ventana, una mosca posarse sobre mi mano al tiempo de estar yo diciendo la lección: veo todo el ajuar de nuestras habitaciones; a la derecha, el gabinete del señor Lambercier, en el que llamaban la atención una estampa con los retratos de los papas, un barómetro, un gran calendario, las frambuesas del jardín, que estaba más elevado que la casa y cuyas ramas daban sombra a la ventana y penetraban por ella algunas veces. Bien sé que todo esto poco importa al lector, pero yo tengo necesidad de contárselo. Contaría todas las minucias de aquella edad dichosa cuyo recuerdo me estremece de placer, si a tanto me atreviese, sobre todo cinco o seis anécdotas… Capitulemos, amable lector. Quiero dispensarte de cinco de ellas, con tal que me sea permitido gozar relatando una con toda la exactitud que me sea posible.

Si ahora tuviese otra mira que distraer al lector podría escoger la del trasero de la señorita Lambercier, que a consecuencia de una desgraciada caída en lo hondo del prado, fue expuesto ante el rey de Cerdeña, al tiempo que éste pasaba; pero la del nogal del jardín es más entretenida, para mí que fui actor de ella, que la de la voltereta de que fui simple espectador, y aun debo añadir que aquel incidente, si bien cómico por sí mismo, me hizo muy poca gracia, al recaer sobre una persona a quien

quería como a una madre, y tal vez más.

¡Oh lectores, que estáis impacientes por conocer la gran historia del nogal del patio, escuchad esa tragedia horrible y absteneos de temblar si os es posible!

Fuera de la puerta del patio había, a mano izquierda, una terraza donde a menudo acudíamos a pasar un rato después de comer, aunque nada había que nos protegiera de los rayos del sol, hasta que el señor Lambercier se decidió a plantar allí un nogal. Esta operación se hizo con toda solemnidad: los dos pensionistas eran padrinos, y, mientras cubrían el hoyo, nosotros sosteníamos el árbol y entonábamos cantos de triunfo; con objeto de regarlo, se hizo una concavidad alrededor del tronco. Mi primo y yo, entusiastas espectadores de aquel riego, nos convencíamos cada día más de que era más hermoso plantar un árbol en la terraza que una bandera en la brecha del enemigo, y tomamos la resolución de procurarnos esta gloria sin participación de nadie.

Cortamos con este objeto la rama de un sauce joven y la plantamos a ocho o diez pies del soberbio nogal, sin olvidarnos de cavar al pie del arbolillo su correspondiente socava para regarlo mejor. Pero ¿cómo llenarla?, porque no había agua sino bastante lejos y no nos dejaban ir a buscarla. Sin embargo, nuestro sauce la necesitaba indispensablemente. Durante algunos días pudimos procurárnosla valiéndonos de un sinnúmero de ardides, obteniendo tan feliz resultado que en breve le vimos echar botones y pequeñas hojas, cuyo crecimiento medíamos y espiábamos a cada instante, convencidos de que no habíamos de tardar en cobijarnos bajo su sombra, aunque el arbolito apenas se levantaba un palmo sobre tierra.

Como nuestro árbol nos preocupaba de tal modo que no estudiábamos nada, ni éramos capaces de la menor aplicación, y estábamos como locos, sin saber la causa de ello, nos acortaron las riendas. Así, viendo venir el momento en que no podríamos obtener el agua necesaria, nos afligió la idea de ver morir de sed a nuestro árbol. Por fin, la necesidad, madre de la industria, nos sugirió una invención para librarle a él y a nosotros de una muerte segura. Y fue construir un canal oculto que, partiendo del pie del nogal, llevara al nuestro una parte del agua que le regaba. La empresa, por lo pronto, no dio buen resultado, porque habíamos tomado mal el declive; el agua no corría, se desmoronaba la tierra y obstruía el canal. Se llenaba de lodo la entrada y todo se desbarataba. Pero no nos arredramos.

Labor omnia vincit improbus. Ahondamos más el hoyo y la reguera, sacamos de unas cajas unas tablillas y, colocando unas horizontalmente y otras en ángulo, puestas encima, formamos un canal triangular. Plantamos en el orificio algunos palillos haciendo con ellos una especie de reja o emparrillado, para que detuviese el barro y dejara paso al agua. Después tapamos cuidadosamente nuestra obra con tierra bien apretada, y el día que tuvimos dispuesto todo esperamos el riego del nogal, llenos de ansiedad y de esperanza. Llegó esa hora, por fin, tras un siglo de impaciencia. Acudió el señor Lambercier, como de costumbre, a presenciar el acto, durante el cual permanecimos nosotros detrás de él, a fin de ocultarle nuestro árbol, al que, por

fortuna, daba la espalda.

Apenas hubieron echado en el hoyo del nogal el primer cubo de agua, cuando la vimos acudir al nuestro. En ese instante, perdiendo la serenidad, prorrumpimos en gritos de alegría que llamaron la atención del señor Lambercier. Fue una verdadera lástima, porque estaba celebrando él la buena calidad de la tierra, que absorbía tan pronto el agua. Sorprendido de verla dividirse en dos partes, exhala también exclamaciones, observa, descubre la picardía y cogiendo bruscamente un azadón, revienta de un golpe nuestro canal, saltan dos o tres astillas, y gritando a voz en cuello: *¡un acueducto, un acueducto!*, golpea allá y acullá sin piedad, y cada golpe iba a dar en nuestros corazones. En un instante fue desecho el conducto, y las tablillas, el hoyo, el sauce, todo fue a rodar, sin que se oyera durante tan horrible estrago más que esta exclamación que no cesaba de repetir: *¡un acueducto, un acueducto!*

Creerá alguno que esta aventura tuvo un fin desastroso para los infantiles arquitectos; nada de eso: todo acabó aquí. El señor Lambercier no nos riñó ni una sola vez, ni nos puso mal gesto, ni nos dijo una palabra más sobre el asunto y aun poco después hallándose con su hermana, le oímos reírse a carcajada tendida, pues su risa se oía desde lejos, y lo más particular es que, pasada la impresión primera, nosotros mismos no nos sentimos extremadamente desconsolados. Plantamos en otro sitio un nuevo árbol, y a menudo recordábamos la catástrofe del primero, repitiendo enfáticamente la exclamación: *¡un acueducto, un acueducto!* Hasta entonces había tenido yo arrebatos de orgullo cuando me sentía un Arístides o un Bruto; pero en ese instante sentí el primer movimiento de vanidad bien determinada. Haber construido un acueducto con nuestras propias manos, haber puesto una rama en competencia con un grande árbol, me parecía el colmo de la gloria. A la edad de diez años juzgaba mejor en este punto que César a los treinta.

Tan fija ha permanecido o vuelto a mi memoria la idea de aquel nogal y de la historieta que con él se relaciona, que uno de los más gratos motivos que me condujeron a Ginebra el año 1754 fue ir a Bossey para visitar los monumentos de mis juegos infantiles, y sobre todo el nogal querido, que a la sazón contaría ya un tercio de siglo. Pero me vi tan asediado, sin tener un momento mío, que no encontré oportunidad para lograr mi anhelo. Ya no es probable que tenga otra ocasión de ir allá; sin embargo, conservo todavía este deseo y no he perdido aún la esperanza; estoy casi seguro de que, si alguna vez lograse volver a esos sitios amados, regaría con lágrimas mi querido nogal si lo encontrase todavía.

De vuelta a Ginebra, permanecí tres o cuatro años en casa de mi tío, mientras se resolviera lo que harían de mí. Como él trataba de que su hijo fuera ingeniero, hízole aprender nociones de dibujo y los *Elementos* de Euclides. Yo estudiaba lo mismo por acompañarle y me aficioné a ello, sobre todo al dibujo. Entre tanto deliberaban si me dedicarían a relojero, procurador o pastor. Yo prefería esto último, porque me parecía muy hermoso predicar; pero la parte que me tocaba de la exigua renta de mi madre,

que debía compartir con mi hermano, era insuficiente para pagar mis estudios. Como mi corta edad no exigía una resolución pronta, continué en casa de mi tío, casi perdiendo el tiempo, sin que dejase de pagar una pensión bastante cara.

Era mi tío jovial como mi padre, pero no poseía aquella cualidad tan bella de éste, que sabía complacerse en el cumplimiento de sus deberes, y se cuidaba muy poco de nosotros. Mi tía era una beata de austeridad algo afectada, que prefería cantar salmos a ocuparse de nuestra educación. Nos dejaban casi en completa libertad, de que jamás abusamos. Inseparables siempre, nos bastábamos mutuamente, y no teniendo el menor deseo de frecuentar el trato de los muchachos de nuestra edad, no adquirimos ninguno de los malos hábitos que nuestra ociosidad podía originar. Pero hago mal en suponernos ociosos, porque no lo fuimos, y lo más particular es que los varios entretenimientos de que sucesivamente nos apasionamos nos tenían ocupados dentro de casa, sin que tuviésemos siquiera la tentación de salir a la calle. Hacíamos jaulas, flautas, volantes, tambores, casitas, tacos y ballestas. Echábamos a perder las herramientas de mi anciano abuelo para construir relojes imitándole. Lo que más nos complacía era embadurnar papel, dibujar, lavar, iluminar y hacer un despilfarro de colores. Un día fuimos a ver a un titiritero italiano llamado Gamba-Corta, que vino a Ginebra; nos desagradó y no volvimos más, pero en seguida nos pusimos a imitar los títeres que llevaba; esos títeres representaban una especie de comedias, y nosotros también las compusimos para los nuestros. Faltos de práctica, imitábamos con la garganta la voz del Polichinela para dar aquellas deliciosas representaciones a que nuestros buenos parientes tenían la paciencia de asistir. Pero un día que mi tío Bernard leyó en casa un magnífico sermón suyo, quedaron arrinconados los muñecos, porque nos dedicamos a componer sermones. Indudablemente, todos estos detalles son escasamente interesantes; pero prueban claramente que nuestra primera educación debió llevar muy buen camino para que, casi enteramente dueños de nosotros mismos en edad tan temprana, nos sintiésemos poco inclinados al abuso. Tan poco nos importaba tener compañeros, que hasta evitábamos las ocasiones de adquirirlos. Siempre que íbamos de paseo veíamos sus juegos sin codicia, sin pensar en mezclarnos con ellos. Llenaba la amistad tan cumplidamente nuestros corazones, que nos bastaba estar juntos para hallar el colmo de la felicidad en los goces más insignificantes.

El vernos siempre juntos empezó a llamar la atención, tanto más cuanto que mi primo, muy alto, yo muy pequeño, formábamos una pareja bastante cómica. Su rostro largo y estrecho, cara de manzana cocida, su ademán flojo y su andar negligente incitaban a los muchachos a burlarse de él. En el lenguaje provinciano del país le llamaban *Barná Bredanná*, y cada vez que salíamos no se oía en derredor nuestro más que *Barná Bredanná* repetidas veces. Él lo sufría con paciencia; yo me incomodaba y quise pelearme. No buscaba otra cosa. Pegué y me pegaron; mi pobre primo quería ayudarme, mas era harto endeble, y de un puñetazo le tumbaban; entonces me enfurecí yo hasta la exasperación. A pesar de que me llevé una buena

ración de porrazos, a quien buscaban no era a mí sino a *Barná Bredanná;* pero empeoré yo tanto la cosa con mi embravecido coraje, que ya no nos atrevimos a salir más que durante las horas de clase, temerosos de ser silbados y perseguidos por los estudiantes.

Heme aquí convertido en un desfacedor de entuertos. Para ser un paladín en toda regla, sólo me faltaba una dama, y tuve dos. Iba yo a ver a mi padre de cuando en cuando a Nyon, pequeña ciudad del territorio de Vaud, donde se había establecido. Era tenido allí en mucho aprecio, que también a su hijo se extendía; de modo que durante las cortas temporadas en que permanecí en Nyon, todos se desvivían por obsequiarme. Especialmente una tal señora Vulson me hacía mil caricias, y para colmar la medida me tomó su hija por galán. Ya se sabe lo que es un galán de once años para una muchacha de veintidós; pero a todas esas bribonzuelas, ¡les gusta tanto poner por delante pequeños muñecos para encubrir los grandes, o para excitarlos con un simulacro cuyos atractivos conocen tan a fondo! Yo tomé la cosa por lo serio, sin advertir la discordancia, y me abandoné con todo mi corazón, o mejor dicho, con toda mi cabeza, porque mi amor era de esta especie, aunque rayase en locura y aunque mis raptos, sobresaltos y delirios diesen lugar a las escenas más risibles.

Dos modos bien diferentes de amar conozco, ambos verdaderos, entre los cuales nada de común existe, aunque son igualmente vehementes, y que en nada se parecen a la tierna amistad. Entre ambas clases de amores se ha deslizado mi vida, y aun las he sentido simultáneamente; así, por ejemplo, en esta época de que voy hablando, al tiempo que me enseñoreaba de la señorita de Vulson tan pública y tiránicamente que no sufría que ningún otro le hablase, tenía entrevistas con la linda señorita Goton, aunque cortas, bastante animadas, en que ésta se dignaba representar el papel de maestra de escuela, y nada más: pero este nada más, que para mí lo era todo, me parecía la mayor ventura, y presintiendo ya el valor de lo misterioso, aunque no sabía sacar de ello más que un partido pueril, sin que lo sospechase la señorita Vulson le pagaba la buena maña que empleaba en valerse de mí para encubrir sus otros amores. Mas, con grande sentimiento mío hubo de descubrirse el secreto, o quizá mi pequeña maestra de escuela no fue tan reservada como yo, porque a poco nos vimos separados.

¡Qué singular era aquella niña! Tenía, sin ser bella, un rostro que no podía olvidarse fácilmente. Todavía lo recuerdo, quizá harto a menudo para un viejo chocho. Ni su estatura, ni su porte, ni sobre todo sus ojos eran propios de su edad: tenía un ademán imperioso y altivo, muy adecuado a su papel, cuya idea nos había sugerido. Pero lo más raro era una mezcla incomprensible de audacia y de modestia. Permitíase conmigo las mayores libertades sin dejar que me tomara ninguna con ella; me trataba enteramente como un niño, lo cual me da a entender que había dejado ya de serlo ella, o que, por el contrario, todavía lo era bastante para no ver simplemente más que un juego en el peligro a que se exponía.

Yo pertenecía enteramente a cada una de las dos; tanto, que nunca estando al lado

de una se me ocurrió pensar en la otra. Por lo demás, el afecto que me inspiraban era del todo diferente. Habría pasado toda mi vida junto a la señorita Vulson, sin pensar nunca en dejarla; pero en su presencia sentía un placer tranquilo que jamás llegaba a la emoción. Donde la adoraba era en sociedad, a vista de todos; las bromas, los melindres y las mismas rivalidades me atraían, me interesaban; yo estaba radiante con mi victoria sobre los rivales mayores a quienes ella parecía dar celos. Estaba inquieto, pero me complacía este tormento. Los aplausos, las excitaciones y las bromas me enardecían y animaban en sociedad; tenía arranques y agudezas, estaba completamente arrebatado de amor. Los dos a solas, yo hubiera estado tímido, lánguido y hasta fastidiado. Sin embargo, me interesaba tiernamente por ella; cuando estaba enferma, yo sufría; hubiera dado mi salud para conservar la suya, y advertid que ya sabía por experiencia qué cosa era la salud y qué cosa la enfermedad. Lejos de ella me perseguía su memoria, la echaba de menos; en su compañía sus halagos conmovían mi corazón; no mis sentidos. Nuestra familiaridad no era peligrosa, pues mi fantasía no apetecía más de lo que buenamente me era concedido: con todo, no habría podido resistir verla conceder otro tanto a nadie más. La quería como un hermano, pero estaba celoso como un amante.

De la señorita Goton lo habría estado como un turco, como un furioso, como un tigre, si hubiese siquiera imaginado que podía dispensar a otro el mismo favor que yo gozaba; porque aun era esto una gracia que debía implorar de rodillas. Presentábame a la señorita de Vulson lleno de placer, pero sin turbarme; mientras que tan sólo de ver a la señorita Goton, se me iba la cabeza, quedando todo mi ser desconcertado. Con la primera, tenía confianza sin familiaridades; en presencia de la segunda, estaba tan tembloroso como agitado hasta en los instantes de mayor familiaridad. Creo que si hubiese seguido con ella mucho tiempo, me habría muerto sin remedio, ahogado por mis palpitaciones. Temía igualmente disgustarlas, pero era más complaciente con una de ellas y más obediente con la otra. Por nada de este mundo habría querido incomodar a la señorita de Vulson; pero si la de Goton me hubiese ordenado que me arrojase al fuego, creo que inmediatamente la hubiera obedecido.

Duraron poco tiempo mis amores, o mejor, mis entrevistas con esta última, felizmente para ella y para mí; y aunque mis relaciones con la de Vulson no fuesen temibles, tuvieron un fin catastrófico, después de haberse prolongado poco tiempo más. Era fácil prever que el desenlace de todo esto tendría un carácter algo romántico dando lugar a lamentaciones. Aunque mi trato con la señorita de Vulson fuese menos animado, tenía quizá más atractivo: cada vez que nos separábamos habían de derramarse lágrimas, y es notable el vacío insoportable que en mi corazón quedaba después de haberla dejado. Sólo de ella podía hablar y sólo en ella se ocupaba mi pensamiento. Era mi pesar muy verdadero, aunque creo que en el fondo, sin que de ello me hiciese cargo, buena parte de aquel heroico sentimiento provenía de las diversiones que su presencia animaba. Para templar el rigor de la ausencia, nos dirigíamos cartas tan patéticas que eran capaces de partir las piedras. Por fin tuve la

gloria de que, no pudiendo resistir por más tiempo, viniese ella a Ginebra; yo acabé de volverme loco; ebrio estuve durante los días de su permanencia entre nosotros. Cuando partió quise lanzarme al agua en su seguimiento y atroné los aires con mis voces. Ocho días después me remitió dulces y unos guantes, lo cual me hubiera parecido una fina galantería, si al propio tiempo no hubiese sabido que había contraído matrimonio y que aquel viaje con que tuvo la amabilidad de honrarme había tenido por objeto la compra de sus vestidos de boda. No describiré aquí mi coraje: ya se puede concebir. Juré en mi noble despecho no ver más a la pérfida, no hallando mayor castigo para ella, que no se murió por ello, pues veinte años más tarde, paseándome por el lago con mi padre, a quien fui a ver, pregunté quiénes eran unas señoras que se hallaban en otra barca no lejos de la nuestra. «¡Hombre!, replicó mi padre sonriendo, ¿no te lo dice el corazón?, son tus antiguos amores: la señora de Cristin, la señorita de Vulson». Estremecíme al oír este nombre, ya casi olvidado, y di orden a los remeros de cambiar de rumbo, juzgando que, si bien sería oportunidad de tomar el desquite, no valía la pena de ser perjuro, renovando una querella de veinte años con una mujer de cuarenta.

(1723-1728). Antes de que se decidiese cuál había de ser mi destino, se perdía el tiempo más precioso de mi infancia en esas frivolidades. Se celebraron prolongadas deliberaciones a fin de dedicarme a lo que en más armonía estuviese con mi disposición natural, y, decidiéndose finalmente por lo que menos me convenía, me colocaron en casa del señor Masseron, escribano de la ciudad, a fin de que aprendiese el útil arte de picapleitos, como decía el señor Bernard. Me repugnaba este nombre soberanamente. La esperanza de ganar dinero por medio de una ocupación innoble cuadraba mal a mi carácter altivo; aquella ocupación me parecía fastidiosa, insoportable; la asiduidad y la sujeción acabaron de desalentarme, y por eso no entré nunca en la oficina sin un sentimiento de repulsión profunda, cada día más creciente. El señor Masseron, además, descontento de mí, me trataba con desprecio, echándome en cara sin cesar mi indolencia y estolidez, repitiéndome a cada paso que mi tío le había asegurado *que yo sabía, que yo sabía,* siendo la verdad que no sabía nada; que le había prometido llevarle un muchacho listo y que le había metido allí un asno. En fin, fui echado ignominiosamente de la escribanía por inepto, y los amanuenses fallaron que yo sólo servía para manejar la lima.

Resuelta así mi vocación, me pusieron de aprendiz, no de relojero, sino de grabador. De tal modo me había humillado el desdén del escribano, que obedecí sin murmurar. Mi amo, el señor Ducommun, era un joven tosco y violento que en poco tiempo logró empañar el brillante recuerdo de mi niñez, embrutecer mi carácter vivo y cariñoso, reduciéndome a mi verdadera condición de aprendiz, tanto en lo intelectual como en lo económico. Mi latín, mis antigüedades, mi historia, todo fue olvidado en poco tiempo. Ya no me acordaba de que hubiese habido romanos en el mundo. Cuando iba a ver a mi padre, éste no hallaba ya en mí a su ídolo; yo tampoco era ya para aquellas gentes el galante Juan Jacobo; y yo mismo, sintiendo que los

señores de Lambercier no reconocerían en mí a su alumno, me avergonzaba de que me viesen, y desde entonces no les volví a ver. Los gustos más groseros y la más baja desvergüenza suplantaron a mis delicados entretenimientos, de los que no conservé ya memoria. Menester es que tuviese propensión a degenerar porque ese cambio se operó en breve tiempo. Jamás un César tan precoz pasó a convertirse en un Laridon.

No me disgustaba del todo aquel oficio, porque el dibujo me atraía muchísimo y encontré, además, muy entretenido el manejo del buril; y como el grabado para la relojería no es una cosa difícil, concebí la esperanza de perfeccionarme en él. Lo hubiera logrado, acaso, si la brutalidad del amo y la excesiva falta de recursos no me hubieran hecho aborrecer el trabajo. A hurtadillas me dedicaba a otros trabajos del mismo género, pero con el aliciente de la libertad, como grabar medallas para servirnos de orden de caballería, a mí y a mis compañeros, y en esta faena de contrabando fui cogido por el amo, que me molió a golpes diciendo que hacía moneda falsa porque las medallas tenían las armas de la República. Puedo jurar que no sólo no tenía idea alguna de la moneda falsa, sino que apenas la tenía de la corriente. Sabía mucho mejor cómo se hacía un as romano que nuestras monedas de tres sueldos.

La tiranía de aquel hombre acabó por hacerme insoportable un trabajo a que me habría aficionado y por llenarme de vicios que hubiera aborrecido: la mentira, la holgazanería, el robo. Nada me ha dado una idea tan clara de la diferencia que hay entre la dependencia filial y la esclavitud servil como el recuerdo de la metamorfosis que se verificó en mí. Naturalmente tímido y vergonzoso, de ningún defecto estaba tan lejos como de la desvergüenza; pero había gozado de una prudente libertad que hasta entonces se había ido restringiendo poco a poco y acabó por desvanecerse completamente. En el hogar paterno fui atrevido; libre, en casa del señor Lambercier; discreto, en la de mi tío; en casa de mi amo me volví temeroso, y desde aquel momento fui un perdido. Acostumbrado a una perfecta igualdad con mis superiores en cuanto al modo de vivir, a no ver una diversión que me fuese vedada, ni un manjar de que no participase; a no tener que ocultar ningún deseo; en fin, a tener el corazón en los labios, júzguese qué pude ser en una casa donde ni siquiera me atrevía a despegarlos; donde era preciso abandonar la mesa antes de concluirse la comida y salir del cuarto tan luego como nada tenía que hacerse en él; donde, amarrado al trabajo sin cesar, no veía más que satisfacciones para los demás y sólo privaciones para mí; donde la idea de la libertad del amo y de mis compañeros aumentaba el peso de mi servidumbre; donde no me atrevía a abrir la boca cuando se disputaba sobre cosas que sabía mejor que ellos; en fin, codiciaba todo cuanto veía sólo porque me veía privado de todo. Adiós, bienestar y alegría; adiós, felices ocurrencias que tan a menudo, en tiempos mejores, me habían valido el perdón de algún castigo. No puedo recordar sin reírme que un día, en casa de mi padre, habiendo sido condenado por alguna travesura a acostarme sin cenar, y pasando con un triste pedazo de pan por la cocina, olí y miré el asado dando vueltas al asador. Estaban todos alrededor del fuego,

y tenía que acercarme a dar las buenas noches; cuando hube saludado a todos, mirando de soslayo el asado, que tan buen aspecto tenía y olía tan bien, no pude menos de inclinarme también ante él, diciendo con tono lastimoso: *¡Adiós, asado!* Esta candorosa salida les hizo tanta gracia, que me hicieron quedar, levantándome el castigo. Tal vez habría obtenido el mismo éxito en casa de mi amo; pero es bien seguro que allí no se me hubiera ocurrido o, a lo menos, no me habría atrevido a hacer lo mismo.

He aquí cómo aprendí a codiciar en silencio, a disimular y mentir, a ser solapado y hasta ratero, antojo que nunca había tenido y de que no pude librarme luego completamente. Siempre conducen a esto la codicia y la impotencia. Por esto son bribones todos los criados y lo deben ser los aprendices; pero estos últimos pierden más tarde las vergonzosas inclinaciones adquiridas porque llegan a un estado de igualdad tranquilo, donde todo cuanto ven está a su disposición. No habiendo tenido yo tanta fortuna, tampoco toqué aquel resultado.

Casi siempre los buenos sentimientos mal dirigidos hacen dar a los niños el primer paso hacia el mal. A pesar de todas las privaciones y tentaciones continuas, hacía más de un año que estaba yo en casa de mi amo, sin que me resolviera a tomar nada, ni siquiera cosas de comer. Mi hurto primero fue asunto de complacencia; luego, introducción de muchos otros, cuyo objeto no era tan loable.

Había en casa de mi amo un camarada llamado Verrat, cuya casa vecina tenía jardín, algo separado, en que se criaban magníficos espárragos. Verrat, que andaba muy escaso de dinero, entró en deseo de robar a su madre unos espárragos, a la sazón en que daban sus primicias, y venderlos para hacer algún almuerzo divertido; pero como no quería exponerse y tampoco era muy ligero, me escogió a mí para la empresa. Después de varias zalamerías preliminares, que me engañaron tanto mejor cuanto que no adivinaba su fin, me hizo la propuesta como una ocurrencia del momento. Me negué, insistió él, y, como nunca supe resistir a las caricias, hube de rendirme al fin. Todos los días, por la mañana, iba a coger los mejores espárragos, que llevaba a Molard, donde alguna mujer, comprendiendo que acababa de robarlos, me lo echaba en cara para conseguirlos más baratos. Asustado, tomaba lo que querían darme por ellos y lo entregaba a Verrat, que lo convertía en un almuerzo en seguida, almuerzo que yo había procurado y que se zampaba con otro compañero, contentándome yo con algunas sobras, sin probar siquiera el vino.

Este tejemaneje duró algunos días sin que se me ocurriera robar al ladrón, cobrando mi diezmo del producto. Ejecutaba fidelísimamente la picardía, no llevando otro objeto que agradar al que me lo hacía cometer, y, sin embargo, si me hubieran cogido, ¡cuántos golpes, cuántas injurias y cuántos malos tratos habría sufrido!, mientras que el miserable, desmintiéndome, habría sido creído por su palabra y héchome castigar rigurosamente por el atrevimiento de disculparme con él, siendo oficial y yo simple aprendiz. He aquí de qué modo, en todos los tiempos, el culpable poderoso escapa a expensas del débil inocente.

Así llegué a comprender que el robo no era una cosa tan temible como había imaginado, y pronto fue tal el partido que saqué de mi descubrimiento, que nada de cuanto codiciaba estaba seguro a mi alcance. En casa de mi amo no comía del todo mal, y la sobriedad no me era penosa sino al verla tan poco practicada por los demás. La costumbre de echar a los niños de la mesa, precisamente cuando se trae lo que más les tienta, me parece el mejor medio de hacerlos tan golosos como bribones. Ambas cosas fui yo al mismo tiempo. Me iba con frecuencia muy bien, pero muy mal cuando me sorprendían.

Me hace temblar y reír a la vez el recuerdo de una caza de manzanas que me costó muy cara. Estaban guardadas en el fondo de una despensa que recibía la luz de la cocina por una reja bastante alta. Un día que estaba solo me encaré para ver, en aquel jardín de las Hespérides, el precioso fruto que no podía tocar. Fui a buscar el asador para ver si alcanzaría, pero era corto. Lo alargué añadiéndole otro más pequeño que servía para caza menuda, a la que mi amo tenía afición. Piqué varias veces sin provecho: pero, al fin, lleno de gozo, sentí que tenía una manzana. Voy tirando con cuidado, la manzana llega ya a la reja, ya está al alcance de mi mano; pero, ¡oh, dolor!, era tan grande que no pasaba por entre los hierros. ¡Cuántos medios puse en juego para cogerla! Tuve que buscar algo para sostener el asador, un cuchillo bastante largo para partirla y una pala para sostenerla. A fuerza de tiempo y de maña logré, por fin, partirla, para ir sacando los trozos uno por uno. Pero no había acabado de dividirla, cuando los trozos cayeron dentro de la despensa. ¡Oh, tú, compasivo lector, conduélete de mi aflicción!

No me descorazoné por esto, pero había perdido demasiado tiempo, y, temeroso de verme sorprendido, dejé para el día siguiente el probar nueva fortuna, volviendo a mi trabajo tan sereno como si nada hubiera hecho, sin pensar en los indiscretos testigos que habían quedado en la despensa y que me acusaban.

Al día siguiente, hallando nueva oportunidad, traté un nuevo ensayo.

Subo sobre mi caballete, alargo el asador y lo sujeto: ya estaba a punto de pillar una manzana… Por desgracia, el dragón no dormía. Se abre la despensa de repente: aparece mi amo, cruza los brazos, me mira y dice: «¡Adelante!…». Se me cae la pluma de las manos.

A fuerza de sufrir malos tratos, pronto fui menos sensible: me parecían una especie de compensaciones del robo, que me daban pie para continuar. En vez de mirar hacia atrás para ver el castigo, miraba hacia adelante para ver la venganza. Juzgaba que tratarme como a un pillo era autorizarme para serlo. Hallaba que iban juntos el robo y el castigo y constituían las cosas de tal modo que, llenando yo la parte que me correspondía, quedaba lo demás a cuidado de mi amo. Discurriendo así, me dediqué a robar más tranquilamente que antes. Decía yo para mí: ¿Qué puede suceder? Recibiré una paliza; bueno: yo he nacido para esto.

Me gusta comer, sin ser comilón: soy sensual, pero no goloso. Bastantes otros gustos me distraen de éste; nunca me he ocupado de la boca sino cuando mi corazón

ha estado ocioso y esto me ha sucedido tan raras veces durante toda mi vida, que me ha quedado muy escaso tiempo para pensar en los buenos bocados. Por esto mi rapacidad se limitó a las golosinas durante un tiempo muy breve, y pronto se extendió a cuanto me tentaba; y, si no llegué a ser un ladrón en toda regla, fue porque nunca me atrajo mucho el dinero. Dentro del taller común mi amo tenía otro reservado para sí, que cerraba con llave: yo encontré medio de abrir y cerrar la puerta sin que se conociera. Allí ponía a contribución sus buenas herramientas, sus mejores dibujos, sus grabados, todo lo que parecía alejar de mí y yo codiciaba. En el fondo, esos robos eran inocentes, porque al fin los hacía para emplearlos en servicio suyo: yo saltaba de gozo con tener en mis manos aquellas bagatelas; me parecía apoderarme del talento al coger sus productos. Por lo demás, había en cajitas recortes de oro y de plata, dijes, objetos de valor y dinero. Tener cuatro o cinco sueldos en el bolsillo, ya era mucho para mí; con todo, lejos de tocar nada de aquello, no recuerdo que nunca hubiera dirigido allí una mirada codiciosa; al contrario, lo veía más con espanto que con gusto. Creo firmemente que este horror a robar dinero y a lo que podía valerlo, procedía en gran parte de mi educación, porque en él iban envueltas vagas ideas de infamia, de privación, de tormentos y del patíbulo, que a tener semejante tentación me habrían horrorizado; mientras que mis maldades me parecían travesuras y no eran otra cosa ciertamente. Todas ellas no merecían más que una buena paliza de mi amo y a ello me atenía desde luego.

Pero, lo repito, no codiciaba lo bastante para tener que contenerme; no sentía en mí la necesidad de dominarme; no tenía necesidad de luchar conmigo mismo para refrenar mi codicia. Un solo pliego de papel, bueno para dibujar, me tentaba más que el dinero para comprar una resma. Esta rareza es debida a una singularidad de mi carácter, que ha influido tanto en mi conducta, que no puedo por menos de explicarla.

Son tan vehementes mis pasiones, que mientras estoy dominado por ellas, mi impetuosidad no tiene límites: no tengo miramientos, respeto, temor ni decoro. Me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido. No hay escrúpulo que me detenga ni peligro que me espante. Fuera del objeto que me preocupa, para mí no existe el mundo. Pero esto es sólo en el momento; después, caigo inmediatamente anonadado.

En los períodos de calma soy la indolencia y la timidez mismas. Todo me arredra, me desanima. El vuelo de una mosca me asusta. Alarma mi pereza tener que hacer un gesto o decir una palabra. El temor y la vergüenza me dominan hasta el extremo de que quisiera hacerme invisible a todo el mundo. Si conviene obrar, no sé qué hacer; si hablar, no sé qué decir; si me miran, me turbo. Apasionado, doy a veces con lo que debo decir, pero, en la conversación ordinaria, no encuentro absolutamente nada que decir; me es insoportable por el mero hecho de que me obliga a hablar.

Añádase a esto que ninguno de mis gustos puede satisfacerse con dinero. Necesito goces puros, y el oro los envenena todos. Por ejemplo: me gustan los placeres de la mesa: pero no pudiendo sufrir las molestias de la etiqueta, ni la crápula de las tabernas, no puedo disfrutarlos sino con un amigo, porque solo, me es imposible. En

este caso mi imaginación se ocupa en otras cosas y no hallo ningún goce en el comer. Si el ardor de la sangre me excita a los placeres sensuales, mi corazón conmovido exige también amor. Comprado, perdería a mis ojos su encanto, y dudo que pudiese aprovecharlo. Lo propio me sucede con todos los placeres que se hallan a mi alcance: pagados, son desabridos. Sólo me gusta lo que no pertenece más que al primero que sabe gozarlo.

El oro nunca me ha parecido tan precioso como se supone. Hay más: nunca me ha parecido muy cómodo; por sí mismo para nada sirve; para gozar de su posesión es preciso transformarlo; hay que comprar, regatear, verse engañado muchas veces, pagar bien para ser mal servido. Quisiera una cosa buena por su calidad: con mi dinero estoy seguro de obtenerla mala. Compro caro un huevo fresco y me lo dan pasado; una magnífica fruta, me resulta verde; me agrada una mujer, está deteriorada; me gusta el buen vino, pero ¿dónde lo encuentro? ¿En una taberna? Dondequiera que sea me darán veneno. ¿Quiero estar bien servido? ¡Cuántos apuros, cuántas dificultades! ¡Tener amigos, correspondencia, hacer encargos, escribir, ir y venir, esperar; y al fin, por lo común, verse engañado! ¡Cuánto embarazo con mi dinero! Es más de temer que de estimar el buen vino.

Durante y después de mi aprendizaje, tuve mil veces el deseo de comprar alguna golosina. Me llegaba a una confitería, veía mujeres en el mostrador, ya me figuraba verlas reírse del golosillo. Pasando por una frutería, observo de reojo unas hermosas peras, que exhalan un perfume tentador; en seguida veo dos o tres mancebos que me miran, o se encuentra allí delante un conocido; o veo de lejos venir una muchacha, ¿no es la criada de casa? Mi vista corta me engaña a cada instante. Todos los que pasan me parecen conocidos: siempre intimidado, contenido por algún obstáculo; crece mi cortedad con mi deseo, y me vuelvo un estúpido, devorado por el ansia y sin haberme atrevido a comprar nada, teniendo con qué.

Descendería a los más insulsos detalles si explicase el engorro, la vergüenza, la repugnancia, los inconvenientes y disgustos de todo género que siempre he experimentado en el empleo del dinero, ya fuese para mí, ya para otra persona. El lector lo irá comprendiendo sin que me tome la pena de decírselo, a medida que vaya conociendo mi carácter por el curso de mi vida.

Esto entendido, se comprenderá fácilmente una de las pretendidas contradicciones de mi carácter: la de reunir una avaricia casi sórdida, al mayor desprecio del dinero. Es para mí un mueble tan molesto, que ni aun me atrevo a desear el que no tengo, y cuando lo poseo estoy mucho tiempo sin gastarlo por no saber emplearlo a mi gusto; pero cuando se presenta ocasión agradable y oportuna, la aprovecho de tal modo, que mi bolsa queda vacía sin que yo lo note. Pero no se hallará en mí ese defecto de los avaros que consiste en gastar por ostentación; al contrario, lo hago secretamente y para recrearme: en vez de gloriarme de ello, lo oculto. Estoy tan penetrado de que el dinero no se ha hecho para mi uso, que me avergüenzo de tenerlo, cuanto más de servirme de él. Si por ventura hubiese tenido una renta suficiente para vivir

cómodamente, de seguro que jamás hubiese tenido la menor sombra de avaricia; disiparía mi renta por entero sin pensar en aumentarla: pero me tiene con temor mi situación precaria. Adoro la libertad, y aborrezco la molestia, la fatiga y la sujeción. Mientras me quede algún dinero no he de temer por mi independencia, y me dispensa de empeñarme en procurármelo nuevamente, necesidad que me pareció siempre horrible: así que, temeroso de verlo pronto agotado, lo sepulto. El oro que se tiene es instrumento de libertad; el que se busca lo es de servidumbre. He aquí por qué lo encierro y nada codicio, sin embargo.

Mi desinterés, por tanto, no es sino pereza; el gusto de poseer no vale el trabajo de adquirir; mis disipaciones mismas no son más que efectos de la pereza; cuando se presenta oportunidad de gastar a satisfacción, no puede aprovecharse demasiado. Menos me importa el dinero que los objetos, porque entre aquél y la cosa deseada siempre se halla un intermediario; mientras que entre el objeto y el que lo desea no existe nada. Veo el objeto y me tienta; pero si no veo más que el medio de poseerlo, ya no lo deseo. Por consiguiente, he sido ratero, y aún hoy día lo soy alguna vez, de bagatelas que me tientan y que prefiero tomar a pedirlas; pero no recuerdo haber tomado nunca un ochavo de nadie, salvo una vez, no hace quince años, que hurté siete libras y diez sueldos. La aventura vale la pena de contarse porque encierra un conjunto imperdonable de estupidez y descaro que difícilmente creería si me lo contaran de otra persona.

Ocurrió en París. Paseábame por el Palais-Royal con el señor de Francueil, a eso de las cinco de la tarde. Miró su reloj y me dijo: «Vamos a la Ópera. Convenido, vamos». Toma dos butacas de anfiteatro, me entrega una y sigue adelante; entra y yo le sigo. Encuentro ocupada la entrada, miro a uno y otro lado, veo que todo el mundo está todavía en pie; pienso que podría perderme entre tanta gente, o que, por lo menos, podría creerlo así el señor de Francueil, y, saliendo nuevamente, tomo el importe de mi billete y me largo, sin pensar que, apenas habría salido cuando estaría sentado todo el mundo y que entonces el señor Francueil vería claramente que yo había desaparecido.

Como nada estuvo más lejos de mi ánimo que un hecho semejante, lo consigno para demostrar que hay momentos de desvarío durante los cuales no puede juzgarse a los hombres por sus acciones. Esto no era precisamente robar dinero, sino desviarlo de su destino: cuanto menos tenía de robo tanto más tenía de infamia.

Nunca acabaría, si quisiese seguir todas las sinuosidades por las cuales pasé, durante mi aprendizaje, de la sublimidad del héroe a la vileza de un bribón. Pero, aunque tomé todos los vicios propios de mi estado, siempre me fue imposible tomar sus aficiones. Las diversiones de mis compañeros me aburrían, y cuando la excesiva sujeción me hubo disgustado del trabajo, todo me fastidiaba; y esto me trajo nuevamente a la afición a la lectura, que había olvidado hacía mucho tiempo; para satisfacerla usurpaba el tiempo al trabajo, resultando un nuevo delito que me costó nuevos castigos. El gusto, exaltado por la contrariedad, se convirtió en pasión y a

poco en frenesí. Una mujer llamada la Tribu, famosa alquiladora de libros, me los proporcionaba de todas las clases. Bueno y malo, todo pasaba; yo no escogía nunca; todo lo leía con idéntica avidez. Leía en el taller, leía por el camino siempre que me enviaban; leía en el retrete horas enteras, olvidándome de todo; a fuerza de leer se me iba la cabeza, y no hacía más que leer continuamente. Mi amo me vigilaba, me atrapaba, me pegaba y me cogía los libros. ¡Cuántos volúmenes fueron rasgados, quemados o tirados por la ventana! ¡Cuántas obras quedaron truncadas en casa de la Tribu! Cuando no tenía con qué pagarle, le daba las camisas, las corbatas, los vestidos; cada domingo le entregaba sin falta los tres sueldos que me daban de regalo.

Acaso se me dirá: he ahí el dinero hecho necesario. En efecto; pero eso fue cuando la lectura me hubo privado enteramente de la actividad. Entregado por completo a mi nuevo gusto, no hacía más que leer, ya no robaba nada. Y véase ahora otra de mis diferencias características. En los momentos en que más sujeto me tiene un hábito, la cosa más pequeña me distrae, me cambia, me domina, y por fin me apasiona; entonces todo queda olvidado; sólo pienso en el nuevo objeto que me preocupa. El corazón me latía de impaciencia por hojear el nuevo libro que llevaba en mi bolsillo; sacábalo tan pronto como quedaba sin testigos, y ya no me acordaba de registrar el gabinete de mi amo. Creo que aun cuando mis pasiones hubieran sido más costosas, nunca hubiera robado. Por ejemplo, en el presente caso, estaba muy lejos de pensar valerme de semejante medio para lo sucesivo. La Tribu me fiaba, los anticipos eran muy escasos, y, cuando tenía el libro, ya no me acordaba de nada; pero asimismo pasaba a esta mujer todo el dinero que me venía naturalmente, y cuando me pedía con premura, nada tenía tanto a mano como mis efectos. Robar anticipadamente hubiera sido harta previsión, y lo que es hacerlo para pagar, ni tentación siquiera.

A fuerza de altercados y de golpes, de lecturas a hurtadillas y mal escogidas, mi carácter se volvió taciturno y salvaje; empezaba a trastornarse mi cabeza, y vivía como un hurón. Con todo, si bien es verdad que mi gusto no me preservó de las lecturas insubstanciales y desabridas, tuve la fortuna de no entregarme a la de libros obscenos y licenciosos; no porque la Tribu, mujer en extremo tolerante bajo todos conceptos, tuviese escrúpulo en prestármelos, sino porque, a fin de darles importancia, me los nombraba con un aire de misterio que cabalmente me obligaba a rehusarlos, así por repulsión como por vergüenza; y la suerte fue tan favorable a mis púdicos instintos, que a los treinta años aún no había pasado los ojos por ninguno de esos peligrosos libros que una elegante mujer de mundo encuentra incómodos porque sólo pueden leerse con una mano.

En menos de un año agoté el mezquino almacén de la Tribu, y entonces me hallaba en mis ocios extremadamente fastidiado. Curado de mis gustos de niño y de pilluelo por el de la lectura, y hasta por efecto de lo que leía, pues aunque fuese desordenado y muchas veces malo, elevaba mi corazón, sin embargo, a sentimientos más nobles que los adquiridos en mi estado; todo lo que a mi alcance había me disgustaba y, viendo harto lejos cuanto pudiera tentarme, nada veía capaz de halagar

mi corazón. Mis sentidos, alterados hacía ya mucho tiempo, me pedían un goce que ni siquiera imaginaba en qué pudiera consistir: tan ajeno estaba del verdadero objeto, como si hubiese carecido de sexo, y ya en la pubertad y lleno de sensibilidad, pensaba alguna vez en mis locuras, pero nada veía más allá. En tan extraña situación, mi inquieta fantasía tomó un partido que me salvó de mí mismo, calmando mi naciente sensualidad. Consistió en alimentarse de las situaciones que me habían interesado en mis lecturas, recordarlas, variarlas y combinarlas, apropiármelas de tal modo que me convertía en uno de los personajes que imaginaba, viéndome colocado en las situaciones más adecuadas a mi gusto; en fin, el estado ficticio en que lograba encontrarme me hizo olvidar el verdadero, de que tan pesaroso estaba. Este cariño por los objetos imaginarios y la facilidad de embeberme en ellos acabaron de disgustarme de cuanto me rodeaba y determinaron este amor a la soledad, que desde entonces jamás me ha abandonado. Más de una vez se verán, en lo que sigue, los particulares efectos de esta predisposición tan misantrópica y sombría al parecer, pero que, en realidad, es hija de un corazón por demás afectuoso, amante y tierno, que no hallando otros que se le parezcan, se ve precisado a alimentarse de ficciones. Me basta, por ahora, haber indicado el origen y primera causa de una inclinación que ha modificado todas mis pasiones, y que, conteniéndolas por medio de ellas mismas, siempre me ha hecho perezoso para obrar por excesivo ardor en el deseo.

Así llegué a los dieciséis años, inquieto, cansado de todo y de mí mismo, fastidiado de mi situación, ajeno a los placeres propios de aquella edad, devorado por deseos cuyo objeto ignoraba, llorando sin motivo determinado, suspirando sin saber por qué; en fin, acariciando tiernamente mis quimeras, porque nada veía en derredor que les fuera equivalente. Venían todos los domingos mis compañeros a buscarme, al salir de la iglesia, para que fuera a divertirme con ellos. Si hubiese podido excusarme, lo habría hecho de muy buena gana; pero, una vez engolfado en sus juegos, me entusiasmaba más que todos ellos, y era muy difícil sosegarme ni detenerme. Por este tenor he sido constantemente: cuando íbamos a paseo fuera de la ciudad, seguía siempre adelante sin acordarme de la vuelta, a menos que los demás pensasen por mí. Dos veces llegué a la ciudad cuando estaban las puertas ya cerradas y tuve que quedarme fuera. Puede imaginarse cómo fui tratado al día siguiente, y me prometieron tal acogida para la tercera, que me propuse no exponerme a la prueba; sin embargo, esta temible reincidencia hubo de llegar un día. Mi vigilancia fue burlada por un maldito capitán, llamado Minutoli, que siempre cerraba la puerta donde estaba de guardia media hora antes que los otros. Volvía yo con dos compañeros, cuando a media legua de la ciudad oigo la retreta y redoblo el paso; suena el tambor y corro desalado; llego sin aliento y sudando a mares; el corazón me latía fuertemente; distingo de lejos a los soldados en sus puestos, corro, gritando con sofocada voz, pero ya era tarde. A veinte pasos de la avanzada veo levantar el primer puente y me estremezco ante el espectáculo de aquellas terribles astas en el aire, siniestro y fatal augurio de la desdichada suerte que entonces empezaba para mí.

En el primer arrebato de dolor, me dejé caer en el glacis y mordí la tierra; mis compañeros, riéndose de su desgracia, tomaron, desde luego, su partido; yo tomé también el mío, pero muy distinto. Allí mismo juré no volver a casa de mi amo, y cuando, al abrirse las puertas, entraron en la ciudad, me despedí para siempre de ellos, encargándoles solamente que dijeran a mi primo Bernard la resolución que había tomado y el sitio donde podría verme por última vez.

Cuando entré de aprendiz, hallándonos más separados que antes, nos veíamos menos. Durante las primeras semanas, todavía nos juntábamos todos los domingos; pero cada uno fue adquiriendo insensiblemente hábitos distintos, y nos fuimos así alejando, a lo que contribuyó mucho seguramente su madre. Él era un muchacho del barrio alto, mientras que yo, pobre aprendiz, era del barrio de San Gervasio.[8] No había entre nosotros igualdad, a pesar del nacimiento, y tratarse conmigo era rebajarse. No cesaron, sin embargo, nuestras relaciones completamente, pues, como tenía buenos sentimientos, se dejaba llevar a veces por el corazón, a pesar de las sugestiones de su madre. Tan pronto como supo mi resolución acudió, no para disuadirme de ella, sino para proporcionarme un alivio trayéndome algunos regalos, porque mis recursos no me permitían ir muy lejos. Entre otras cosas, me dio una espada pequeña, de la que estaba prendado, y que llevé hasta Turín, donde la necesidad me hizo venderla y comérmela, como vulgarmente se dice. Cuanto más he reflexionado después sobre la conducta que mi primo observó conmigo en tan crítico momento, más me he convencido de que obró por consejo de su madre y quizá también de su padre, porque es imposible que, siguiendo sus propias inspiraciones, no hubiese hecho ningún esfuerzo para detenerme o no hubiese tenido deseos de venirse conmigo; pero todo lo contrario: en vez de disuadirme, todavía me animó a llevar a cabo mi proyecto, y cuando me vio firmemente resuelto, se separó de mí sin muchas lágrimas. Nunca más nos hemos visto ni escrito, y es lástima, porque tenía un carácter esencialmente bueno y habíamos nacido para amarnos.

Séame permitido, antes de abandonarme a la fatalidad de mi destino, volver un instante los ojos hacia el que me aguardaba naturalmente si hubiese caído en manos de mejor amo. Nada más conforme a mi carácter, ni más propio para hacerme dichoso, que la oscura y tranquila posición de un buen artesano, sobre todo en ciertas clases como es en Ginebra la de grabador. Este oficio, bastante lucrativo para proporcionar una subsistencia cómoda, y poco a propósito para enriquecerse con él, habría limitado para siempre mi ambición y, dejándome tiempo suficiente para entregarme a sencillos recreos, me habría encerrado dentro de mi esfera sin ofrecerme ocasión para salirme de ella. Dotado de una imaginación bastante rica para revestir con sus quimeras cualquier posición, capaz de transportarme, digámoslo así, de un estado a otro a medida de mi gusto, poco me importaba aquel en que realmente me hallase. La distancia que mediara entre mi situación real y cualquier castillo en el aire no podía ser tan grande que no me fuera facilísimo salvarla. De aquí se sigue que la situación que mejor me convenía era la que exigiese menos bullicio o cuidados, que

me dejara el espíritu más libre, y ésta era cabalmente la mía. En el seno de mi religión, de mi patria, mi familia y mis amigos, habría vivido tranquila y dulcemente, cual convenía a mi carácter, en la monotonía de una ocupación grata y de una sociedad propia para mi corazón. Habría sido buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia, buen artesano; en resumen: un hombre de bien. Hubiera vivido satisfecho de mi profesión, quizá le hubiera hecho honor y, al final de una vida oscura y sencilla, pero dulce y uniforme, hubiera muerto en paz, rodeado de mis deudos y amigos, y, aunque olvidado al poco tiempo, a lo menos habría sido llorado mientras se hubiese conservado mi memoria.

En lugar de todo esto… ¡Qué espectáculo voy a presentar! ¡Ah, no nos anticipemos en hablar de las miserias de mi vida! Harto tendré que ocupar con tan triste motivo la atención de mis lectores.

Libro segundo

1728-1731

Cuanto más triste me pareció el primer momento en que el terror me sugirió el proyecto de la huida, más encantador me pareció el momento de ejecutarlo. Niño todavía, abandonar mi país, mis parientes, mis protectores y mis recursos; dejar una profesión sin haberla aprendido lo bastante para ganarme la vida con ella; entregarme a los horrores de la miseria sin medio alguno para combatirla; en la edad de la inocencia y la flaqueza, exponerme a todas las tentaciones de la desesperación y del vicio; ir al encuentro de los males, los errores, los engaños, la esclavitud y la muerte, bajo un yugo mucho más inflexible que el que no había podido soportar: a todo esto me lanzaba; ésta era la perspectiva que hubiera debido contemplar.

¡Cuán diferente era lo que yo me imaginaba! El sentimiento de la independencia que creía haber conquistado era lo único que me embargaba. Libre y dueño de mí mismo, creía poder hacerlo todo, lograrlo todo; no tenía más que lanzarme para elevarme y volar por los aires. Entraba con planta firme en el vasto espacio del mundo; mi mérito iba a llenarlo todo; iba a encontrar a cada paso festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos a servirme, mujeres ávidas de complacerme; el universo iba a llenarse con mi aparición; aunque no precisamente el universo todo: ya le dispensaba en parte de ello, no siéndome necesario tanto; contentábame con un círculo agradable; lo demás nada importaba. Mi moderación me inscribía en una esfera limitada, pero deliciosamente escogida, cuyo imperio tenía asegurado. Reducíase mi ambición a un solo palacio: ser el favorito de los señores, el amante de la hija, el amigo del hermano y el protector de los vecinos. Y ya estaba satisfecho; nada más necesitaba.

Mientras llegaba este modesto porvenir, anduve algunos días errante no lejos de la ciudad, acogido por algunos campesinos conocidos, que me recibieron con más amabilidad que lo hubieran hecho personas urbanas. Me acogían dándome alimento y abrigo harto buenos para ser tan sólo una acción meritoria. Tampoco podía llamarse una limosna, pues no se daban aires de superioridad.

A fuerza de viajar y recorrer el mundo, fui a parar a Confignon, país de Saboya, a dos leguas de Ginebra. El cura párroco se llamaba Pontverre. Este nombre, famoso en la historia de la República, me llamó sobremanera la atención. Tenía curiosidad de saber cómo eran los descendientes de los *Caballeros de la Cuchara*.[9] Fui, pues, a ver al señor de Pontverre, que me recibió muy bien: me habló de la herejía de Ginebra, de la autoridad de la santa madre Iglesia, y me dio de comer. Yo no sabía qué contestar a argumentos que acababan de tal manera, y juzgué que los párrocos

que daban tan buena comida valían, por lo menos, tanto como nuestros ministros. Seguramente sabía yo mucho más que el cura, a pesar de su nobleza; pero no podía ser tan buen teólogo como buen convidado; y su vino de Frangi, que me pareció excelente, argumentaba con tanta fuerza en favor suyo que me hubiera avergonzado de hacer callar a tan buen huésped. Cedía, pues, o al menos no le resistía de frente. Cualquiera que hubiese visto mis rodeos me hubiera creído falso, equivocadamente; lo cierto es que no era más que agradecido. La lisonja, o, mejor dicho, la condescendencia no es siempre un vicio; frecuentemente es más bien un acto virtuoso, sobre todo en la juventud. La bondad con que nos trata una persona nos atrae a ella y no cedemos para engañarla sino para no entristecerla, para no devolverle mal por bien. ¿Qué interés más que el mío propio podía mover al señor de Pontverre a darme hospitalidad y buen tratamiento y a querer convencerme? Mi joven corazón me lo decía y estaba lleno de reconocimiento y respeto hacia el buen sacerdote. Conocía mi superioridad, pero no quería agobiarlo en pago de su hospitalidad. No había en esta conducta la menor hipocresía; no tenía intención alguna de cambiar de religión, y, lejos de familiarizarme rápidamente con esta idea, me causaba tal horror que debía alejarla de mí durante mucho tiempo; sólo quería no disgustar a los que me halagaban con esta mira; quería mantener su benevolencia y dejarlos en la esperanza de lograr su objeto, apareciendo peor armado de lo que realmente estaba. Mi falta en esto se parecía a la coquetería de las mujeres honradas, que a veces, para lograr sus fines, sin permitir ni prometer nada, saben hacer esperar más de lo que se proponen conceder.

La razón, la piedad, el amor al orden, sin duda exigían que, lejos de favorecer mi locura, se me alejara de la perdición a que corría, volviéndome al seno de mi familia. Esto es lo que hubiera hecho o intentado cualquier hombre verdaderamente virtuoso; pero el señor de Pontverre estaba muy lejos de serlo, a pesar de ser un buen hombre; al contrario, era de éstos que no conocen otras virtudes que adorar los santos y rezar el rosario; una especie de misionero que no pensaba en nada mejor para el servicio de la fe que publicar folletos contra los pastores de Ginebra. Lejos de devolverme a mi casa, aprovechó mi deseo de alejarme de ella para imposibilitarme la vuelta, aun cuando yo lo hubiese deseado. Podía asegurarse que me ponía en camino de ser un granuja o de morir de miseria. Pero no reparó en ello. Él no vio más que un alma arrancada a la herejía y llevada a la Iglesia. ¿Qué le importaba que fuese yo un tunante o un hombre de bien, con tal de que fuese a misa? Pero no se crea que tal modo de pensar sea peculiar de los católicos; es propio de toda religión dogmática cuya esencia no consiste en obrar sino en creer.

«El Señor os llama —me dijo—; id a Annecy; allí encontraréis a una buena señora, muy caritativa, a quien los beneficios que el rey le dispensa le permiten apartar a otras almas del error en que ella misma se ha visto sumida». Referíase a la señora de Warens, recién conversa, a quien los curas obligaban a compartir una pensión que le tenía asignada el rey de Cerdeña con la gentuza que iba a vender su fe.

La necesidad de recurrir a una buena señora muy caritativa me humillaba. Me agradaba, sí, que me diesen lo necesario, pero no que me hiciesen limosna, y una devota no tenía para mí atractivo alguno. Mas empujado por el cura, por el hambre que me apretaba y por el deseo de emprender un viaje y de llevar un fin determinado, resolvíme, aunque con dolor, y partí a Annecy. Podía ir en un día fácilmente; pero no me apresuraba, y tardé tres. No divisaba castillo a derecha o izquierda del camino adonde no corriese en busca de las aventuras que estaba en la seguridad de que me esperaban en ellos. No me atrevía a entrar ni llamar a sus puertas porque mi timidez era extrema; pero cantaba al pie de la ventana que mejor me parecía, extrañándome sobremanera no ver asomarse, después de haberme desgañitado, damas ni doncellas atraídas por la belleza de mi voz o la gracia de las canciones, atendido que sabía algunas admirables, aprendidas de mis camaradas, y a que las cantaba divinamente.

Llegué, en fin, y vi a la señora de Warens. Aquella época de mi vida determinó mi carácter; no puedo resolverme a pasar por ella a la ligera. Tenía yo dieciséis años. Sin ser lo que se llama un joven guapo, era, aunque de baja estatura, bien formado; tenía el pie pequeño, la pierna bien contorneada, la expresión despejada, el rostro animado, la boca chiquita, las cejas y el cabello negros, los ojos pequeños y un poco hundidos, pero que lanzaban con vigor el fuego en que yo ardía. Por desgracia, ignoraba todo esto, y en mi vida sólo se me ha ocurrido pensar en mi aspecto cuando ya no era tiempo de valerme de él. A la timidez natural de mi edad se reunía la de un carácter afectuoso, turbado siempre por el temor de disgustar. Por otra parte, aunque mi entendimiento estaba regularmente cultivado, como no conocía el mundo, carecía completamente de urbanidad, y, lejos de suplirla, mis conocimientos no hacían más que aumentar mi timidez, porque me hacían comprender cuántos me faltaban todavía por adquirir.

Temiendo, por consiguiente, que mi presentación produjera mal efecto, me previne de otra suerte escribiendo una magnífica carta en estilo oratorio, en que, colocando frases que había encontrado en los libros, con locuciones de aprendiz, desplegué toda mi elocuencia para bienquistarme con la señora de Warens. En esta carta incluí la del señor cura, y me dirigí a la temible audiencia. Era el Domingo de Ramos del año 1728. Cuando llegué a la casa me dijeron que la señora acababa de salir y que se dirigía a la iglesia. Corro en su seguimiento, la diviso, la alcanzo, le hablo… Debo recordar aquel lugar venturoso que posteriormente he regado de lágrimas y cubierto de besos muchas veces. ¡Que no pueda rodearlo con una balaustrada de oro y atraerle el homenaje del mundo entero! Todo aquel que sea aficionado a honrar los monumentos que han salvado a los hombres no debería llegar hasta allí sin postrarse de rodillas.

Era un pasadizo que había detrás de su casa, entre un arroyo a la derecha que lo separaba del jardín y la pared del patio a la izquierda, y conducía a una puerta falsa de la iglesia de los franciscanos. Estaba ya junto a la puerta, cuando se volvió al oír mi voz. ¡Qué sorpresa la mía! Habíame figurado una beata vieja y ceñuda, pues no

podía ser de otro modo la *buena señora* del señor de Pontverre. Pero vi un rostro lleno de gracias, bellos ojos azules llenos de dulzura, una tez deslumbradora, una garganta de contorno encantador. Nada se escapó a la rápida ojeada del joven prosélito, porque lo fui suyo desde aquel instante, seguro de que una religión predicada por tales misioneros no podía por menos de conducir al Paraíso. Toma sonriendo la carta que, con mano trémula, le presenté; ábrela, pasa los ojos sobre la del cura y los vuelve a la mía, que lee toda, y que habría leído otra vez si un criado no le hubiera advertido que era hora de entrar. «¡Tan joven, y errante ya por el mundo!», me dijo con un tono que me hizo estremecer. «¡Es una verdadera lástima!». Luego añadió sin esperar mi respuesta: «Aguardadme en mi casa y decid que os den de almorzar, ya hablaremos cuando salgamos de misa».

Luisa Leonor de Warens era una señorita de la Tour de Pil, antigua y noble familia de Vevey, ciudad del país de Vaud.[10] Se había casado muy joven con el señor de Warens, de la casa de Loys, hijo mayor del de Villardin, de Lausanne. Este matrimonio, que no tuvo sucesión, fue desgraciado. Un día la señorita de Warens, impulsada por algún pesar doméstico, aprovechó la ocasión de hallarse el rey Víctor Amadeo en Evian, y, atravesando el lago, fue a echarse a sus pies, abandonando así a su marido, su familia y país por una ligereza muy semejante a la mía, y que igualmente ha tenido ocasión de lamentar.[11] El rey, amigo de mostrarse católico ferviente, la tomó bajo su amparo, señalándole una pensión de mil quinientas libras piamontesas, que para un príncipe tan poco pródigo era mucho, y, viendo que por esta acogida se lo juzgaba enamorado, la envió a Annecy con una escolta de guardias reales, donde, bajo la dirección de Miguel Gabriel de Bernex, obispo de Ginebra, abjuró en el convento de la Visitación.[12]

Seis años hacía entonces que allí estaba, y tenía veintiocho, habiendo nacido con el siglo. Era una de esas bellezas que se conservan, porque consisten más en la fisonomía que en los rasgos; así, la suya mantenía por completo su esplendor primero. Tenía el ademán cariñoso y tierno, muy dulce la mirada, la sonrisa angelical, la boca como la mía, los cabellos cenicientos de rara belleza, peinados con cierto descuido que le daba una expresión graciosísima. Era baja, muy baja, y un poco llena para su estatura, aunque sin deformidad; pero no puede darse una cabeza más hermosa, más bello seno, manos más delicadas y brazos mejor contorneados.

Su educación había sido muy variada; como yo, había perdido su madre al venir al mundo, y, adquiriendo conocimientos sin método, según se presentaban, aprendió un poco de su aya, un poco de su padre, un poco de sus maestros y mucho de sus amantes, principalmente de un señor de Tavel, que comunicó a la que amaba parte del buen gusto y de los conocimientos que le adornaban. Pero la diversidad de géneros hizo que se dañaran entre sí, y el orden incompleto que les impuso ella misma impidió que sus diferentes estudios alcanzaran el desarrollo que su capacidad permitía. Por esto, a pesar de conocer algunos principios de filosofía y de física, no pudo librarse de la afición de su padre a la medicina empírica y la alquimia;

componía elixires, tinturas, bálsamos, magisterios, y pretendía poseer secretos. Los charlatanes, aprovechándose de su debilidad, la arruinaron, y, entre drogas y hornillos, consumieron su ingenio, su talento y sus gracias, que hubieran podido hacer las delicias de la sociedad más escogida.

Pero si algunos malvados abusaron de su mal dirigida educación para oscurecer la luz de su inteligencia, su corazón excelente resistió a la prueba, conservándose siempre el mismo. Su carácter afectuoso y dulce, su compasión para los desgraciados, su bondad inagotable, su buen humor, franco y expansivo, no se alteraron jamás, y en las cercanías de la ancianidad, sumida en la indigencia, abrumada de males y calamidades, la serenidad de su alma le conservó, hasta el fin de su vida, la alegría de sus más hermosos días.

Sus errores provenían de un fondo de actividad inagotable que exigía una ocupación constante. No le convenían intrigas mujeriles, sino grandes empresas que combinar y dirigir. Había nacido para los grandes negocios. En su lugar, la señora de Longueville[13] no hubiera pasado de ser una enredadora. Ella, en cambio, habría gobernado el Estado. Su capacidad no fue convenientemente empleada y lo que la habría hecho célebre, colocada en una posición más elevada, sirvió para perderla en la que tuvo. En lo que estaba a su alcance, siempre organizaba un plan en su interior, viendo engrandecido su objeto; y de ahí resultaba que, empleando medios más bien proporcionados a sus miras que a sus fuerzas, fracasaba por culpa de los demás; y, una vez fracasados sus proyectos, quedaba arruinada donde otros no hubieran perdido sino muy poco. Este carácter emprendedor le proporcionó muchos males, haciéndole en cambio el gran bien de impedir que se recluyera para el resto de su vida en un convento, como tenía pensado hacerlo. La vida sencilla y monótona de las religiosas y su cháchara de locutorio no podían cautivar un carácter siempre inquieto que, trazando cada día planes nuevos, necesitaba libertad para entregarse a ellos. El buen obispo de Bernex, con menos inspiración, tenía muchos puntos de contacto con Francisco de Sales, y la señora de Warens, a quien llamaba su hija y que se parecía mucho a la señora de Chantal, hubiera podido parecérsele además en su retiro, si sus inclinaciones no la hubiesen desviado de la ociosidad del convento. Si aquella amable mujer no se dedicó a las minuciosas prácticas de devoción, que parecían convenir a una nueva convertida que vivía bajo la dirección de un prelado, no fue seguramente por falta de celo. Cualquiera que fuese el motivo que la indujo a cambiar de religión, fue sincera en la que había abrazado. Pudo haberse arrepentido de la falta cometida, pero no deseaba volver atrás; no solamente murió siendo buena católica, sino que vivió como tal, de buena fe, y yo, que creo haber leído en el fondo de su corazón, me atrevo a afirmar que si no se las echaba de devota en público era únicamente por aversión a las gazmoñerías. Poseía una piedad harto sólida para afectar devoción. Pero no es éste el momento oportuno para extenderme sobre sus principios; sobrarán ocasiones para tratar de ellos.

Expliquen, si pueden, los que niegan la existencia de las simpatías entre dos

almas, cómo desde la primera entrevista, desde la primera palabra, desde la primera mirada, no sólo me inspiró la señora de Warens un vivo afecto sino también una confianza completa que jamás se ha desmentido. Supongamos que mi afección por ella fuese verdadero amor, cosa que parecerá por lo menos dudosa a cualquiera que examine nuestras relaciones, ¿cómo pudo esta pasión ir, desde el primer instante, acompañada de los sentimientos que menos le convienen: la paz del corazón, la calma, la serenidad, la confianza, la seguridad? ¿Cómo, hallando por vez primera una mujer amable, fina, seductora, una señora de rango superior al mío, que no había conocido igual, de quien en parte dependía mi suerte, según el mayor o menor interés que por mí tomase; cómo, digo, con todo esto me encontré desde luego tan libre, tan tranquilo, cual si hubiese estado segurísimo de caerle en gracia? ¿Cómo no tuve un momento de embarazo, de timidez, de turbación? Naturalmente vergonzoso, retraído, sin conocer el mundo, ¿cómo, tratando con ella, hallé desde el primer día, desde el primer instante, las maneras fáciles, el lenguaje afectuoso, el tono familiar que tenía diez años después cuando la intimidad entre nosotros lo hizo natural? ¿Puede tenerse amor, no digo sin deseo, porque yo lo tuve, pero sin inquietudes, sin celos? ¿No se quiere saber a lo menos si es uno correspondido del objeto amado? Es una pregunta que en la vida se me ocurrió hacerle ni una sola vez, como preguntarme a mí mismo si yo me amaba; y ella tampoco se mostró nunca más curiosa conmigo. Hubo, sí, algo singular en mi cariño hacia aquella mujer encantadora, y en lo que sigue se hallarán extrañezas que no es fácil esperar.

Húbose de tratar de mi suerte, y, para hacerlo más despacio, me hizo quedar a comer. Por vez primera faltóme el apetito; y su doncella, que nos servía, declaró asimismo que no había visto faltarle a ningún viajero de mi edad y condición. Esta observación, que en nada me rebajaba a los ojos de su señora, caía de lleno sobre un palurdo que comía con nosotros y que devoró él solo una ración que hubiera sido decente para seis personas. En cuanto a mí, me hallaba tan extasiado que no pensaba en comer. Mi corazón se alimentaba de un sentimiento nuevo que inundaba todo mi ser y no me dejaba libertad de espíritu para ninguna otra cosa.

La señora de Warens quiso conocer los detalles de mi historia, en cuyo relato recobré todo el calor que había perdido en casa de mi amo. A medida que se interesaba en mi relación, más se lamentaba de la suerte a que iba a exponerme. Su tierna compasión se reflejaba en su semblante, en su ademán. No se atrevía a aconsejarme que volviese a mi casa; por su posición hubiera sido un crimen de leso catolicismo, y sabía muy bien cuán vigilada estaba y que todas sus palabras eran comentadas. Pero me habló de la aflicción que debió haber sufrido mi padre, en tono tan conmovedor, que bien claramente revelaba su aprobación a que fuera a consolarle. No sabía ella cómo, sin sospecharlo, abogaba en contra de sí misma. Aparte de que mi resolución, como creo haberlo dicho, era irrevocable, cuanto más elocuente, más persuasiva la encontraba, tanto más me interesaba y no podía resolverme a separarme de ella. Sabía que regresar a Ginebra era colocar entre los dos

una barrera casi insuperable, a menos de volver a las andadas, y para esto más valía continuar adelante. A esto me atuve. La señora de Warens, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, no llegó hasta comprometerse; pero, mirándome compasivamente, dijo: «Pobre niño, irás a donde Dios te llama; pero cuando seas hombre, te acordarás de mí». No creo yo que imaginase cuán cruelmente se cumpliría su predicción.

Quedaba en pie la misma dificultad. ¿Cómo subsistir, tan joven, lejos de mi país? A la mitad apenas de mi aprendizaje, estaba muy lejos de poder ejercer mi profesión, y, aunque la hubiese conocido bastante, tampoco hubiera podido vivir en Saboya, país harto pobre para que en él prosperasen las artes. El patán que comía por nosotros, obligado a hacer un alto para dar descanso a sus mandíbulas, emitió un pensamiento que dijo inspirado por el cielo y que, a juzgar por sus consecuencias, debió venir del lado opuesto: consistía en que fuese yo a Turín, donde hallaría, en un hospicio establecido para la instrucción de los catecúmenos, el alimento del cuerpo y del espíritu hasta tanto que, admitido en el seno de la Iglesia, encontrase almas caritativas que me proporcionasen una colocación conveniente. «En cuanto a los gastos del viaje, prosiguió nuestro hombre, su eminencia monseñor el obispo no dejará de proveer caritativamente, si la señora le propone tan santa obra; y la señora baronesa, añadió inclinándose sobre los platos, se apresurará también a contribuir seguramente».

Todas esas caridades las encontraba yo muy duras; tenía el corazón oprimido, no decía nada, y la señora de Warens, sin acoger este proyecto con tanto calor como fue expuesto, se contentó con responder que cada cual debía contribuir al bien según sus facultades, y que hablaría a monseñor; pero aquel hombre endemoniado, que tenía algún interés en el asunto, temiendo que ella no lo tomase con empeño, corrió a prevenir a los limosneros, y embaucó tan bien a aquellos buenos clérigos, que, al ir a ver al obispo, la señora de Warens, que temía por mí aquel viaje, todo lo encontró arreglado; de suerte que recibió de él desde luego el dinero destinado para mi pequeño viático. Ella no se atrevió a insistir para que me quedase; me iba acercando a una edad en que una mujer como ella no podía retenerme cerca de sí por decoro.

Así dispuesto mi viaje por las personas que por mí se interesaban, fue necesario someterme, y lo hice sin gran repugnancia. Aunque Turín estaba más lejos de allí que Ginebra, pensé que, siendo la capital, tendría con Annecy más relaciones que una ciudad extranjera y de otra religión; además, yéndome para obedecer a la señora de Warens, me consideraba bajo su dirección, y esto era más aun que vivir a su lado. En fin, la idea de un viaje, de un gran viaje, halagaba mi espíritu ambulante que ya empezaba a declararse. Parecíame muy bello a mi edad atravesar los montes y elevarme sobre mis camaradas desde toda la altura de los Alpes. Visitar un país es un incentivo a que no hay ginebrino capaz de resistir; di, por tanto, mi consentimiento. Nuestro palurdo debía marchar con su mujer a los dos días y les fui recomendado: les entregaron mi peculio aumentado por la señora de Warens; además, ésta me dio en secreto alguna cantidad que acompañó con amplias instrucciones, y partimos el

Miércoles Santo.

Al día siguiente de mi salida de Annecy, llegó allí mi padre siguiéndome los pasos con su amigo Rival, relojero también, hombre de ingenio y de singular talento, que componía mejores versos que La Motte y hablaba casi tan bien como éste; además, era hombre perfectamente honrado, pero cuya abandonada literatura no sirvió más que para hacer comediante a un hijo suyo.

Estos señores vieron a la señora de Warens y lloraron con ella mi suerte, en vez de seguir y alcanzarme, como hubieran fácilmente logrado, ya que ellos iban a caballo y yo a pie. Lo mismo ocurrió con mi tío Bernard. Fue a Confignon, desde donde volvió a Ginebra, sabiendo que yo había salido para Annecy. Parecía que mis parientes conspiraban con mi estrella para entregarme al destino que me esperaba. Mi hermano se perdió por una negligencia parecida y tan de veras, que nunca se supo lo que fue de él.

Era mi padre un hombre, no solamente de honor, sino de una probidad completa. Tenía una de esas almas fuertes que producen las grandes virtudes y, además, era un buen padre, sobre todo para mí. Me amaba tiernamente, pero amaba también sus placeres, y, desde que viví alejado de él, otros afectos entibiaron el afecto paternal. Se había casado en Nyon por segunda vez. Su mujer no estaba en edad de darle hijos, pero tenía padres, y de aquí resultó una nueva familia, nuevos objetos y una nueva casa que le impedía recordarme con tanta frecuencia. Mi padre envejecía y no podía contar con nada en su ancianidad; mi hermano y yo teníamos alguna cosa que nos había dejado mi madre, y, ausentes nosotros, para él quedaba nuestra renta. No es que le ocurriese esta idea y le impidiese cumplir con su deber; pero le movía ocultamente, sin que él mismo se percatase, y enfriaba algunas veces su celo, que sin esto hubiera sido más vivo. He aquí, según creo, por qué, siguiendo mis pasos hasta Annecy, no continuó hasta Chambéry, donde estaba moralmente seguro de alcanzarme. He aquí también por qué, habiendo ido a verle con frecuencia, después de mi huida, me prodigó siempre caricias paternales, pero sin hacer grandes esfuerzos para retenerme.

Semejante conducta de mi padre, cuya virtud y cariño he conocido tan bien, me han sugerido, acerca de mí mismo, reflexiones que han contribuido no poco a mantenerme sano el corazón. He sacado de esto una gran máxima moral, quizá la única que puede adaptarse a la práctica: evitar las ocasiones que colocan nuestros deberes en oposición con nuestros intereses y que ponen nuestra conveniencia en el daño ajeno, seguro de que en tales situaciones, por muy sincero que sea nuestro afecto, tarde o temprano sucumbimos sin sentirlo, haciéndonos injustos y malvados de hecho sin haber dejado de ser justos y buenos en los sentimientos.

Impresa profundamente esta máxima en mi alma y, aunque un poco tarde, puesta en práctica en la conducta, es una de las que me han hecho aparecer en público, y, sobre todo, a los ojos de mis conocidos, como extravagante y loco. Me han imputado querer ser original y obrar de modo distinto de los demás, cuando, en verdad, no pensaba en hacer lo que los otros, ni tampoco lo contrario. Deseaba sinceramente

hacer lo que estuviese bien. Con todas mis fuerzas huía de cualquier situación en que mi interés estuviese en oposición con el de otra persona, y, por consecuencia, pudiese sentir un deseo secreto, aunque involuntario, del mal de esta persona.

Hace dos años que milord Marechal quiso favorecerme, en su testamento, a lo que me opuse con todas mis fuerzas. Hícele observar que por nada del mundo quisiera saber que estaba incluido en el testamento de quien quiera que fuese, y mucho menos en el suyo, y cedió a mis instancias. Ahora quiere señalarme una pensión vitalicia, a lo que no me opongo. Se dirá que me conviene el cambio: puede ser; pero, ¡oh, bienhechor y padre mío!, si tengo la desgracia de sobreviviros, sé que al perderos lo pierdo todo y nada podré ganar.

Ésta es, a mi entender, la buena filosofía, la única verdaderamente conforme con el corazón humano. Cada día me convenzo más de su solidez, y la he desarrollado de mil modos en todos mis últimos escritos; pero el público, que es frívolo, no ha sabido reconocerla. Si sobrevivo al fin de este trabajo lo bastante para emprender otro, me propongo ofrecer en la continuación del *Emilio* un ejemplo tan notable y bello de esta misma máxima, que el lector se ve obligado a fijar su atención en ella. Mas para un viajero ya son muchas reflexiones y es tiempo de continuar nuestro camino.

Lo encontré más agradable de lo que podía esperar, y el patán no fue tan áspero como parecía. Era un hombre de mediana edad que llevaba en forma de coleta sus cabellos negros medio encanecidos; tenía aspecto de granadero y voz recia; era bastante divertido, buen andador, mejor comedor, y desempeñaba todos los oficios por no conocer ninguno. Se había propuesto establecer no sé qué industria en Annecy, plan en que la señora de Warens no dejó de trabajar, y hacía aquel viaje a Turín, bien pagado, para procurar que el ministro lo aprobara. Tenía nuestro hombre talento de intrigante, colándose siempre entre los curas, y haciéndose el solícito en servirles; aprendió en su escuela una jerga devota que usaba constantemente, preciándose de gran predicador. Hasta sabía en latín algún pasaje de la Biblia, y le valía tanto como si hubiese sabido mil, porque lo repetía mil veces cada día. Por lo demás, raras veces carecía de dinero, mientras supiese quien lo tenía. Era, sin embargo, más que pícaro, ladino, y endilgando siempre sus ramplones discursos con tono de reclutador, parecía Pedro el Ermitaño predicando la Cruzada con el sable al cinto.

En cuanto a la señora Sabran, su esposa, era una mujer bastante regular, más quieta de día que de noche. Como yo dormía siempre en su cuarto, frecuentemente me despertaban sus ruidosos insomnios, que más me habrían despertado al haber comprendido su causa. Pero ni siquiera la sospechaba, siendo tan ignorante sobre este capítulo, que mi instrucción quedó sólo al cuidado de la naturaleza.

Caminé alegremente con mi devoto guía y su bulliciosa compañera. Ningún accidente perturbó el viaje; yo me hallaba en la mejor disposición física y moral que haya experimentado en mi vida. Joven, vigoroso, tranquilo, lleno de salud y de confianza en mí mismo y en los demás, me hallaba en este breve, pero precioso período de la vida, en que su plenitud expansiva extiende nuestro ser por todas

nuestras sensaciones y embellece a nuestros ojos la Naturaleza entera con el encanto de nuestra existencia. Mi tierna zozobra tenía un objeto que la hacía menos errante y fijaba mi imaginación. Me consideraba como la obra, el discípulo, el amigo, casi el amante de la señora de Warens. Las cosas amables que me había dicho, sus caricias, sus atenciones, el interés tan tierno que pareció tomar por mí, sus hechiceras miradas, que me parecían llenas de amor, porque a mí me lo inspiraban, todo esto alimentaba mi mente durante el camino y me hacía soñar deliciosamente. Ningún temor ni duda de mi destino turbaban estos delirios. Enviarme a Turín era, a mi entender, obligarse a sostenerme allí, a colocarme convenientemente. No tenía cuidado por mí, otros se encargaban de ello. Así andaba yo ligero y libre de este peso; los deseos juveniles, la esperanza encantadora, los proyectos brillantes llenaban mi espíritu. Cuantos objetos veía me parecían fiadores de mi próxima felicidad. Imaginaba festines rústicos en las casas, en los prados bulliciosos juegos, paseos, baños, pescas en las riberas, sabrosa fruta en los árboles, voluptuosas entrevistas a su sombra, jarros de leche y de nata en las montañas, una agradable holganza, la paz, la sencillez, el placer de ir sin saber a dónde. En fin, cuanto se ofrecía a mis ojos llevaba a mi corazón algún motivo de gozo. La grandeza, la variedad, la belleza real del espectáculo que presenciaban lo hacían digno de la razón, la misma vanidad mezclaba en ello su partecita. Ir a Italia tan joven, haber visto ya tanto terreno, seguir a Aníbal atravesando montes, me parecía una gloria que estaba por encima de mi edad. Añádase a todo esto frecuentes y largas detenciones, mi buen apetito y tener con qué satisfacerlo, aunque a la verdad no valía la pena de hablar de ello, pues, comparado con el señor Sabran, lo que yo comía parecía nada.

No recuerdo haber tenido en todo el curso de mi vida un intervalo más perfectamente exento de cuidados y penas que el de los siete u ocho días que echamos en aquel viaje, porque el paso de la mujer de Sabran, al cual teníamos que adaptar el nuestro, lo convirtió en un paseo. Este recuerdo me ha dejado una afición viva a todo lo que con él se relaciona, sobre todo por las montanas y los viajes pedestres. No he viajado a pie más que en mis días hermosos y siempre agradablemente. Pronto los deberes, los negocios, tener que llevar un equipaje, me obligaron a echármelas de caballero y tomar un coche, donde subían conmigo el roedor desasosiego, el engorro y la molestia, y desde entonces, en lugar del placer de andar que antes sentía en mis viajes, sólo he sentido el anhelo de llegar pronto. Durante mucho tiempo he buscado en París dos amigos de igual gusto que el mío que quisiesen consagrar cada uno cincuenta luises y un año a un viaje por Italia hecho así, juntos, sin más equipaje que un saco de noche llevado por un muchacho que viniese con nosotros. Muchos se manifestaron prendados de este proyecto, pero en el fondo lo consideraban como un castillo en el aire, cosa que se proyecta en la conversación, pero que nadie tiene el designio de llevar a cabo. Recuerdo que, hablando apasionadamente de este proyecto con Diderot y Grimm, logré que desearan hacerlo. Esta vez ya creí la cosa resuelta; pero todo se redujo a querer hacer un viaje por

escrito, en el cual Grimm nada hallaba tan gracioso como hacer cometer muchas impiedades a Diderot y hacerme meter a mí en la Inquisición en lugar suyo.

El disgusto que me causó llegar tan pronto a Turín fue templado por el placer de visitar una gran ciudad y la esperanza de desempeñar en ella un papel digno de mí, porque ya los humos de la ambición se me subían a la cabeza; ya me juzgaba infinitamente por encima de mi antigua posición de aprendiz; ¡cuán lejos estaba de prever que dentro de poco iba a estar muy por debajo!

Antes de continuar debo dar al lector una excusa o, mejor dicho, justificar todos los pequeños detalles que acabo de enumerar y los que todavía relataré en adelante, y que a él poco le interesan. En la empresa a que me he lanzado de mostrarme enteramente al público, es preciso que no quede oscuro u oculto nada mío; es necesario que me ofrezca constantemente a sus ojos, que me siga en todas las vicisitudes de mi corazón, en todos los rincones de mi vida; que ni un solo instante me pierda de vista, temeroso de que, hallando en mi relato la menor laguna, el menor vacío, y preguntándose: ¿qué hizo en este tiempo?, me acuse de no haber querido decirlo todo. Ya doy bastante materia de crítica a la malignidad de los hombres con lo que refiero, para darle más aún con mi silencio.

Había desaparecido mi reducido peculio; charlé demasiado y mis guías no echaron la indiscreción en saco roto. La señora de Sabran encontró medio de arrancarme hasta una cinta guarnecida de plata que la señora de Warens me había dado para la espada; esta pérdida me dolía más que todo lo demás, y la misma espada hubiera quedado en sus garras si me hubiese resistido menos. Habían pagado fielmente mis gastos durante el camino, pero no me dejaron nada, y llegué a Turín sin vestidos, sin dinero, sin ropa blanca, quedándome enteramente el honor de la fortuna que iba a hacer por cuenta de mi solo mérito.

Llevaba algunas cartas, que presenté, y en seguida fui conducido al hospicio de catecúmenos para instruirme en la religión, a precio de la cual me vendían la subsistencia. Vi al entrar una gruesa puerta con barras de hierro que se cerró tras de mí, y alguien echó doble vuelta a la llave. Este principio me pareció más imponente que agradable y comenzaba a darme que pensar, cuando me hicieron entrar en una sala bastante grande, donde no había más muebles que un altar de madera y encima un gran crucifijo en el fondo de la sala; alrededor, cuatro o cinco sillas que parecían haber sido barnizadas, pero que estaban lustrosas a fuerza de servir y ser frotadas. Se hallaban en aquella sala de juntas cuatro o cinco horribles bandidos, mis compañeros de instrucción, que más parecían ministros del diablo que aspirantes a ser hijos de Dios. Dos de aquellos ruines perillanes eran esclavones, que se decían judíos o moros, y, como ellos mismos me lo confesaron, vivían recorriendo España e Italia, abrazando el cristianismo y haciéndose bautizar donde quiera que hallaban con ello un producto que valiese la pena. Abrióse otra puerta de hierro que dividía en dos un gran balcón que daba al patio, y entraron por ella nuestras hermanas las catecúmenas, que venían, como yo, a regenerarse, no por medio del bautismo, sino por una

abjuración solemne. Eran, sin duda, las más grandes prostitutas y las más repugnantes aventureras que han apestado jamás el aprisco del Señor. Sólo una me pareció bonita y algo interesante. Tenía poco más o menos mi edad, quizá uno o dos años más, y unos ojos ladinos que a veces se encontraban con los míos, lo que me inspiró el deseo de trabar conversación con ella; mas, durante los dos meses que todavía permaneció en aquella casa, donde estaba hacía ya otros tres, me fue absolutamente imposible acercarme a ella a causa de lo recomendada que estaba a nuestra vieja carcelera y lo asediada que la tenía el santo misionero, que trabajaba en convertirla con más celo que diligencia. Preciso es que fuese excesivamente estúpida, aunque no lo parecía, porque jamás se ha visto instrucción más larga. El santo hombre nunca la encontraba en estado de abjurar; pero ella se cansó de la clausura y declaró que se quería marchar, cristiana o no. Fue preciso cogerla por la palabra mientras aún consentía en serlo, por temor de que se rebelara y no quisiese.

En honor del recién venido se juntó toda la pequeña comunidad, y nos hicieron una corta exhortación: a mí para excitarme a corresponder a la gracia que Dios me hacía; a los otros para que me recomendasen en sus preces y me edificasen con su ejemplo. Después de esto, nuestras vírgenes entraron de nuevo en su clausura, y me quedó tiempo para sorprenderme a mi sabor de aquella en que yo estaba metido.

Al siguiente día por la mañana nos reunieron de nuevo para la conferencia, y entonces fue cuando empecé a reflexionar por primera vez en el paso que iba a dar y en las circunstancias que me habían arrastrado a ello.

He dicho ya, y repetiré quizá otras veces, algo de que cada día estoy más convencido: que si alguna vez se dio a un niño una educación razonable y sana, fue precisamente a mí. Hijo de una familia que se distinguía del pueblo por sus costumbres, no había recibido de todos mis parientes más que lecciones de buena conducta y ejemplos de honradez. Aunque amigo de diversiones, no sólo era mi padre un hombre de probidad intachable, sino también religioso. Galanteador en sociedad, cristiano en el seno de la familia, desde muy temprano me había inspirado los sentimientos de que estaba poseído. De mis tres tías, prudentes todas y virtuosas, las dos mayores eran devotas, y la tercera, joven llena de gracia, de viveza y talento a la vez, lo era quizá más que ellas, aunque con menos ostentación. Del seno de tan apreciable familia pasé a manos del señor Lambercier, quien, aunque hombre de iglesia y predicador, era creyente de puertas adentro y hacía casi tanto bien como decía. Él y su hermana cultivaron con una enseñanza juiciosa y agradable los principios de piedad que en mi corazón hallaron. Aquellas dignas personas emplearon con tal objeto medios tan verdaderos, tan discretos, tan razonables, que, lejos de aburrirme en el sermón, nunca salía sin estar interiormente conmovido y sin hacer propósito de bien vivir, a que faltaba raras veces. En casa de mi tía Bernard, la devoción me fastidiaba un poco más, porque hacía de ella una ocupación. En la de mi amo apenas me acordé de religión, sin pensar por esto de diferente modo, ni hallé compañeros que me pervirtieran; así es que me volví tunante, pero no disoluto.

Tenía, pues, toda la religión que puede tener un niño a la edad en que me encontraba, y aun más, pues, ¿a qué ocultar aquí mi pensamiento? Mi infancia no fue la de un niño; yo sentía y pensaba siempre como un hombre. Sólo he pertenecido a la clase vulgar a medida que me desarrollé y crecí, pues por mi nacimiento estaba fuera de ella. Cualquiera se reirá al ver que me doy modestamente por un prodigio. Enhorabuena; pero, cuando se haya reído bastante, que encuentre un niño que a la edad de seis años se aficione a las novelas, que tome interés en la lectura hasta el punto de llorar con ella a lágrima viva; entonces hallaré mi vanidad ridícula y convendré en que no tengo razón.

Así es que, al decir que de ningún modo convenía hablar de religión a los niños, si se quería que la tuviesen algún día, y que eran incapaces de conocer a Dios, aun a nuestra manera, he sacado esta convicción de mis observaciones, no de mi experiencia propia, porque sabía que no me podía servir de argumento para los demás. Encontrad otros Juan Jacobo Rousseau de seis años, y habladles de Dios a los siete; yo respondo de que no correréis peligro alguno.

Créese generalmente que el tener religión un niño, y hasta un hombre, consiste en seguir aquella en que ha nacido. Con el tiempo, a veces el fervor disminuye; otras, más raras, se robustece; la fe dogmática es un producto de la educación. Además de este principio común que me ataba al culto de mis padres, tenía al catolicismo la aversión peculiar a nuestra ciudad, donde lo consideraban como una horrible idolatría y nos pintaban al clero con los más negros colores. Este sentimiento era en mí tan dominante, que al principio no podía entrever el interior de una iglesia, encontrar a un sacerdote con sobrepelliz, ni oír la campanilla de una procesión, sin estremecerme de terror y miedo, que se disipó pronto en las ciudades, pero que se ha reproducido frecuentemente en las parroquias del campo, más semejantes al lugar donde lo había adquirido. Verdad es que esta repulsión era singularmente contrastada por el recuerdo de los halagos que prodigan de buen grado a los niños de Ginebra los párrocos de las cercanías. Mientras que la campanilla del Viático me hacía temblar, la campana que anunciaba la misa o las vísperas me recordaban un almuerzo, una merienda, manteca fresca, frutas o algún manjar aderezado con leche. La buena comida del señor de Pontverre había producido también su buen efecto. Así es que me había ilusionado agradablemente con todo esto. No considerando al papismo más que en su relación con las diversiones y las golosinas, me había familiarizado sin trabajo con la idea de vivir en su seno; pero no se me había ocurrido la de ingresar en él solemnemente sino en mi escapatoria y en un porvenir lejano. A la sazón, ya no había que engañarme y vi con el horror más vivo la suerte de compromiso que había contraído y su inevitable consecuencia. Los futuros neófitos que me rodeaban no eran muy a propósito para darme valor con su ejemplo, y no pude ocultar a mis ojos que la santa obra que iba a hacer no era más que un acto de bandido. Aunque muy joven, no dejaba de advertir que, sea cual fuere la religión verdadera, iba a vender la mía, y que, aun cuando escogiese bien, mentiría en el fondo de mi alma al Espíritu Santo y merecería el

desprecio de la humanidad. Cuanto más pensaba en ello más me indignaba contra mí mismo y me lamentaba de la suerte que me había conducido allí como si no hubiese sido cosa mía. Hubo momentos en que estas reflexiones fueron tan vivas que de haber encontrado la puerta de par en par me habría escapado: pero no me fue posible ni tampoco tenía una resolución muy enérgica.

Muchos deseos secretos la combatían para no vencerla. Desde luego, la persistencia en mi designio de no volver a Ginebra, la vergüenza, la dificultad de atravesar de nuevo las montañas, el embarazo de verme lejos de mi país sin amigos y recursos, todo ello concurría a presentarme los remordimientos de mi conciencia como arrepentimiento tardío; afectaba reprocharme lo que había hecho para disculpar lo que iba a hacer. Agravando los errores pasados, miraba al porvenir como una consecuencia necesaria. No me decía: «Todavía no hay nada hecho; si quieres, puedes ser inocente»; sino: «Llora el crimen que has cometido y que tú mismo te has puesto en la necesidad de consumar».

En efecto, ¿cuán rara fortaleza de espíritu no era necesaria a mi edad para revocar todo cuanto hasta entonces había podido prometer o dejar esperar, para romper las cadenas que me había puesto, para declarar intrépidamente que deseaba continuar en la religión de mis padres, arrostrando cuanto pudiera acontecer? Semejante fuerza no era propia de mis años, y es muy probable que no hubiera tenido feliz éxito. Se había ido demasiado lejos para que quisiesen sufrir un desaire, y, cuanto mayor hubiese sido mi resistencia, tanto más se hubieran empeñado de un modo u otro en sobrepujarla.

El sofisma que me perdió es el mismo de la generalidad de los hombres que se lamentan de carecer de energía cuando ya no es tiempo de necesitarla. Si la virtud nos cuesta trabajo, es por culpa nuestra, y si quisiésemos ser siempre buenos, rara vez tendríamos necesidad de ser juiciosos; pero nos dejamos llevar por inclinaciones fácilmente combatibles, cedemos a pequeñas tentaciones cuyo peligro despreciamos, e insensiblemente llegamos a encontrarnos en situaciones peligrosas que hubiéramos podido evitar muy fácilmente y de que luego no podemos escapar sino por medio de heroicos esfuerzos que nos espantan. Y caemos, al fin, en el precipicio clamando a Dios: «¿Por qué me hiciste tan débil?». Pero, a pesar nuestro, responde su voz en nuestras conciencias: «Te he hecho harto débil para salir del abismo, porque te he hecho bastante fuerte para no caer en él».

No tomé precisamente el partido de hacerme católico, sino que, viendo la ocasión aún lejana, me tomé tiempo para acostumbrarme a esta idea, figurándome que mientras tanto ocurriría algún imprevisto acontecimiento que me sacaría de apuros. Para ganar tiempo, me propuse defenderme lo mejor que pudiera, y a poco mi vanidad me dispensó de tener presente mi propósito, pues, tan luego como noté que a veces ponía en apuros a los que me querían enseñar, no necesité más para procurar confundirlos completamente. Hasta desplegué en la empresa un empeño ridículo, porque, mientras trataban de convencerme, yo quería hacer lo mismo con ellos. Creía

de buena fe que bastaba convencerlos para persuadirlos de que se hicieran protestantes.

Por consiguiente, no hallaron en mí tanta facilidad como esperaban, ya respecto a los conocimientos, ya respecto a la voluntad. Generalmente, los protestantes son más instruidos que los católicos. Es muy natural: la doctrina de los primeros exige discusión; la de los segundos, sumisión. El católico debe aceptar la decisión que le dan; el protestante debe conocer para decidirse. Esto lo sabían muy bien: pero no esperaban, por mi posición y mi edad, dificultad grande para gente ejercitada. Además, yo no había hecho todavía la primera comunión, ni recibido la enseñanza que con ella se relaciona, y esto lo sabían también; pero ignoraban que había sido, en cambio, muy bien enseñado en casa del señor Lambercier y que poseía por mi padre un pequeño caudal, que les era muy molesto, sacado de la historia de la Iglesia y del Imperio, que había aprendido casi de memoria en casa de mi padre y poco menos que olvidado después, pero que nuevamente recordaba a medida que la discusión se acaloraba.

Nos hizo la primera conferencia en común un anciano sacerdote, pequeño de cuerpo, pero bastante venerable. Para mis compañeros fue, más que controversia, catecismo, y más bien había que enseñarles que no resolver sus objeciones. No sucedió otro tanto conmigo. Cuando me tocó el turno, le detenía a cada paso, sin perdonarle ninguna de las dificultades que podía oponerle, lo que hacía la sesión larga y enojosa para los asistentes. El viejo hablaba por los codos, se acaloraba, desatinaba y salía de apuros diciendo que no comprendía bien el francés.

Al día siguiente me pusieron aparte, temerosos de que mis indiscretas objeciones escandalizasen a los demás, en otra sala y con otro sacerdote, más joven, que hablaba bien, es decir, que se expresaba en cláusulas extensas, doctor satisfecho de sí mismo, si los hay. Sin embargo, no me dejé subyugar, pese a su imponente gesto, y, conociendo que desempeñaba mi papel, empecé a responderle con bastante aplomo y atacarle por uno y otro lado lo mejor que podía. Se figuró aplastarme con San Agustín, San Gregorio y los otros Padres, y halló con increíble espanto que yo manejaba todos aquellos autores casi tan diestramente como él, y no es que los hubiese leído nunca, ni quizá él tampoco, pero recordaba muchos pasajes que había leído en mi Le Sueur, y así que aducía una cita, sin ponerla en duda, le replicaba con otra contraria del mismo Padre, que muchas veces le desconcertaba. Al fin, ganó la partida por dos razones: porque era el más fuerte, y yo, conociendo que me hallaba en sus manos, juzgué muy bien, a pesar de mi juventud, que no convenía apurarle, porque sabía que el sacerdote viejo no había visto con agrado mi erudición ni mi persona; la otra razón fue que el joven tenía estudios y yo no. De esto resultaba que no podía seguirle en el método de argumentación que empleaba, y, al verse estrechado por una objeción imprevista, la aplazaba para el día siguiente, diciendo que yo me salía del asunto. A veces rechazaba mis citas, sosteniendo que eran falsas, y, ofreciéndome traer el libro, me desafiaba a que las encontrara. Muy bien sabía que

con esto no corría gran riesgo, pues con toda mi prestada erudición tenía muy poca costumbre de manejar los libros, y no conocía bastante el latín para encontrar un pasaje en un gran volumen, aun teniendo la seguridad de que en él se hallaba. Sospecho que hasta echó mano de la infidelidad de que acusaba a los ministros, y de haber inventado algunos pasajes para librarse de objeciones que le confundían.

Mientras duraban éstas, y pasaban los días disputando, refunfuñando oraciones y haciendo el holgazán, me sucedió una aventurilla bastante desagradable y que estuvo a punto de traerme mal resultado.

No hay alma tan vil ni corazón tan bárbaro que no sea capaz de alguna especie de afecto. Uno de aquellos bandidos que pasaban por moros, me cobró gran cariño, y se me acercaba placentero, me hablaba en su jerga, era servicial conmigo, en la mesa me daba a veces parte de su porción y, sobre todo, me besaba muy a menudo con un calor que me era muy molesto. Por mucho que me repugnase aquella cara de pan de especia adornada con una cicatriz enorme, y aquella mirada encendida, que más parecía de furor que de ternura, soportaba sus caricias, diciéndome: Este pobre hombre siente por mí una amistad muy viva; yo haría mal en rechazarle. Gradualmente iba creciendo la viveza de sus demostraciones, y a veces me venía con unas conversaciones tan extrañas, que pensé que perdía la cabeza. Una noche quiso venir a dormir en mi cama, a lo que yo me opuse diciéndole que era muy pequeña; entonces se empeñó en que había de ir yo a la suya; rehusélo también, porque aquel miserable era tan sucio y olía tan fuertemente a tabaco mascado, que me daba náuseas.

Al día siguiente estábamos los dos sentados muy de mañana en la sala de juntas, y empezó a renovar sus caricias, pero con movimientos tan violentos que daba miedo. En fin, quiso pasar gradualmente a las más extravagantes confianzas y forzar mi mano a hacer lo mismo. Yo me desprendí bruscamente lanzando un grito y, dando un paso hacia atrás y sin revelar indignación ni coraje, pues no tenía la menor idea de lo que se trataba, di a entender con tanta energía mi sorpresa y disgusto, que me dejó en paz; pero, mientras daba fin a sus movimientos, vi dispararse hacia la chimenea y caer en tierra no sé qué de glutinoso y blancuzco que me dio náuseas. Me lancé al balcón, más agitado, más perturbado, más horrorizado de lo que había estado en toda mi vida, y a punto de caer enfermo.

No podía comprender qué tenía aquel infeliz, me lo figuré víctima de un ataque de epilepsia o de cualquier otro frenesí aun más terrible, y, en efecto, para una persona que esté en su sano juicio no creo que haya espectáculo más asqueroso que ese obsceno y sucio entretenimiento y ese rostro inflamado por la más brutal concupiscencia. Nunca he visto otro hombre en semejante estado; mas si estamos así con las mujeres, es preciso que se hallen muy fascinadas para que no les causemos horror.

El deseo de contar a todo el mundo lo que había pasado me apremiaba. Nuestra vieja intendenta me dijo que me callase, pero yo vi que mi relato la había trastornado

mucho y le oía murmurar entre dientes: *¡Can maledet!, ¡brutta bestia!* Como yo no comprendía por qué había de callarme, seguí divulgando el hecho a pesar de la prohibición, e hice tantos aspavientos, que a la mañana siguiente uno de los administradores vino a darme una reprimenda bastante viva, acusándome de comprometer el honor de una casa santa y meter mucho ruido por poco daño.

Prolongó su reprensión explicándome muchas cosas que yo ignoraba, pero que no creía él enseñarme, juzgando que me había defendido sabiendo lo que querían de mí. Me dijo, muy grave, que era un acto reprobado como la fornicación, pero que, por lo demás, la intención no podía ofender a la persona que lo inspiraba, y que no había que irritarse porque a uno lo encontrasen amable. Luego añadió sin rodeos que él había tenido el mismo honor en su juventud, y que habiendo sido cogido en ocasión en que no podía oponer resistencia, no había encontrado en ello nada de cruel. Llevó su impudencia hasta valerse de las voces propias, y, creyendo que la causa de mi resistencia era miedo al dolor, me aseguró que era un temor vano y que no había que alarmarse.

Escuchaba yo a aquel miserable con tanta mayor sorpresa cuanto que no hablaba para sí, pareciendo que me instruía para bien mío. Su discurso le parecía tan natural que ni siquiera procuró que estuviésemos solos, y teníamos allí un eclesiástico que no se sorprendía más que el otro. Esta naturalidad me produjo tal efecto que acabé por creer que era aquello, sin duda, una costumbre admitida en el mundo, que no había tenido ocasión de conocer hasta entonces. Esto hizo que lo escuchara sin enojo, aunque no sin disgusto. La idea de lo que me había sucedido, y sobre todo lo que había visto, quedó tan profundamente impresa en mi memoria que todavía me daban náuseas de sólo pensar en ello. Sin que yo mismo lo notara, la aversión que me inspiraba el hecho se extendió a su apologista y no pude contenerme lo bastante para que no viera el mal efecto de sus lecciones. Lanzóme una mirada muy poco cariñosa, y desde entonces no perdonó nada para hacerme desagradable mi estadía en el hospicio, y logró tan bien su objeto que, no viendo más que un solo medio de salir de allí, me apresuré a admitirlo, así como hasta entonces me había esforzado en alejarlo.

Esta aventura me libró en el futuro de los homosexuales, y la vista de los que pasaban por serlo me causaba tal horror, recordándome el horrible moro, que me costaba mucho trabajo disimularlo. Por el contrario, con esta comparación ganaron mucho en mi ánimo las mujeres: parecía deberles en ternura y deferencia la reparación de las ofensas de mi sexo, y la más fea tarasca me parecía un objeto adorable al recordar aquel falso africano.

En cuanto a éste, ignoro lo que le dirían, pero me pareció que, exceptuando la señora Lorenza, nadie le vio con peores ojos que antes. Sin embargo, no se me acercó ni me habló más. Ocho días después fue bautizado con toda solemnidad, vestido de blanco de pies a cabeza para representar el candor de su alma regenerada. Al siguiente día salió del hospicio y nunca más lo he vuelto a ver.

A mí me tocó el turno un mes más tarde, porque todo este tiempo fue necesario

para dar a mis directores el honor de una conversión difícil y me hicieron examinar todos los dogmas para triunfar de mi nueva docilidad.

En fin, suficientemente instruido y preparado a gusto de mis maestros, fui conducido en procesión a la iglesia metropolitana de San Juan, para abjurar allí solemnemente y recibir los accesorios del bautismo, aunque en realidad no volvieron a bautizarme: mas como la ceremonia es poco menos la misma, sirve para hacer creer al pueblo que los protestantes no son cristianos.

Iba yo envuelto en un ropaje gris guarnecido con alamares blancos, destinado para tales ocasiones. Dos hombres, uno delante y otro detrás de mí, recogían en una bandeja de cobre, que golpeaban con una llave, las limosnas que cada cual depositaba según su piedad o el interés que el recién convertido le inspiraba. Nada, en fin, del fausto católico fue omitido a fin de hacer la ceremonia más edificante para el público y más humillante para mí. Sólo me habría sido útil el vestido blanco; y no me lo dieron, como se lo habían dado al moro, en atención a que yo no tenía el honor de ser judío.

No paró aquí todo. Fue preciso ir a la Inquisición para que me absolvieran del crimen de herejía y entrar en el seno de la Iglesia con la misma ceremonia a que se vio sometido Enrique IV por su embajador. El semblante y ademán del muy reverendo padre inquisidor no eran lo más a propósito para disipar el secreto horror que me había inspirado aquel lugar a mi entrada. Después de varias preguntas sobre mis creencias, mi estado, mi familia, me preguntó bruscamente si mi madre estaba condenada. El espanto contuvo el primer movimiento de mi indignación y me contenté con responder que yo deseaba que no lo estuviese y que Dios pudo haberla inspirado en sus últimos momentos. Callóse el fraile, pero hizo una mueca que no me pareció de ningún modo un signo de aprobación.

Hecho todo esto, y cuando creía que iban a colocarme al fin según mis esperanzas, me plantaron en la calle con poco más de veinte francos que había producido la cuestación recogida para mí. Encomendáronme que viviese como buen cristiano, que fuera fiel a la gracia, me desearon buena fortuna, cerraron la puerta tras de mí, y todo se acabó.

Así, en un instante, se desvanecieron mis grandes esperanzas, y de mi comportamiento interesado no me quedó más que el recuerdo de haber sido apóstata y engañado a la vez. Fácil es comprender la brusca revolución que tuvo lugar en mis ideas cuando, desde la más brillante fortuna, me vi caer en la miseria más completa, y que habiendo por la mañana deliberado acerca del palacio que habitaría, me veía por la noche reducido a dormir en la calle. Creerá tal vez el lector que empecé por abandonarme a una desesperación tanto más cruel cuanto debía exaltarse el remordimiento de mis faltas, reprochándome que toda mi desdicha era obra mía. Nada de esto. Acababa de verme encerrado por vez primera en mi vida durante más de dos meses. Así, pues, el primer sentimiento que experimenté fue el de la libertad que había recobrado. Después de larga esclavitud me veía dueño de mí mismo y de

mis acciones, en medio de una gran ciudad donde abundaban los recursos, llena de personas de posición, donde mis talentos y méritos no podían menos de proporcionarme buena acogida tan luego como fueran conocidos. Tenía además tiempo para esperar y veinte francos en el bolsillo que me parecían un tesoro inagotable de que podía disponer a mi antojo sin que nadie pudiera pedirme cuentas. Era la vez primera que me veía tan rico. Lejos de abandonarme a la desesperación y a las lágrimas, no hice más que cambiar de esperanzas, y nada perdió en ello el amor propio. Jamás me había sentido con tanta confianza y seguridad; creía ya hecha mi fortuna, encontraba bellísimo no quedar por ello obligado a nadie más que a mí mismo.

La primera cosa que hice fue satisfacer mi curiosidad, y recorrí la población, aunque no fuese más que para hacer uso de mi libertad. Fui a ver montar la guardia, pues los aprestos militares me agradaban mucho. Seguí las procesiones; era aficionado al canto de los sacerdotes. Fui luego a ver el palacio del rey; acerquéme temeroso, pero viendo que otros entraban hice lo mismo, y me dejaron libre entrada, lo que debí tal vez al paquete que llevaba debajo del brazo; mas, sea como fuere, concebí una opinión ventajosa de mí mismo: hallándome dentro de aquel palacio, ya me consideraba casi como su habitante. En fin, a fuerza de ir y venir, me hallé fatigado, tenía apetito y hacía calor; entré en una lechería. Diéronme *giunca* y requesones, con excelente pan de Piamonte, que prefiero a cualquier otro, y por cinco o seis sueldos tuve una de las mejores comidas de mi vida.

Fue preciso buscar dónde albergarme, y, como ya conocía bastante el piamontés para darme a entender, no me fue difícil encontrarlo, y tuve la prudencia de escogerlo más conforme a mi bolsillo que a mi gusto. Me indicaron en la calle del Po la mujer de un soldado, en cuya casa dormían por un sueldo diario los criados que no tenían colocación. Allí había un lecho desocupado y quedó para mí. La mujer era joven y recién casada, aunque tenía ya cinco o seis hijos, y todos dormíamos en el mismo cuarto: la madre, los hijos y los huéspedes, siguiendo así mientras estuve en aquella casa. Era, en resumen, una buena mujer que juraba como un carretero, siempre despeinada y despechugada, pero de corazón blando, oficiosa, que me cobró afecto y que hasta llegó a serme útil.

Pasé muchos días entregándome únicamente a los placeres de la independencia y de la curiosidad. Iba errante dentro y fuera de la ciudad, huroneando, visitando cuanto me parecía curioso y nuevo; y todo lo era para un joven que acababa de salir del cascarón y aún no había visto ninguna capital. Sobre todo era muy asiduo en hacer la corte, asistiendo por las mañanas con toda regularidad a la misa del rey. Me agradaba verme en la capilla con aquel príncipe y su séquito; pero mi pasión por la música, que empezaba a declararse, influía en mi asiduidad más que la pompa de la corte, que, una vez vista, es siempre la misma y no llama la atención mucho tiempo. El rey de Cerdeña tenía entonces la mejor orquesta sinfónica de Europa: Somis, Desjardins, los Bezuzzi brillaban alternativamente. No se necesitaba tanto para atraer a un joven a

quien el sonido de cualquier instrumento, con tal de que fuera exacto y justo, trasportaba de gozo. Por lo demás, no sentía más que una admiración estúpida y sin codicia por aquella deslumbradora magnificencia. Lo único que me interesaba en todo el esplendor de la corte, era ver si habría alguna joven princesa que mereciera mis homenajes y con la cual pudiese vivir una novela.

Poco faltó para que la empezara, no en clase tan elevada, sino en otra donde, si la hubiese llevado a cabo, habría obtenido placeres mil veces más deliciosos.

Aunque vivía con suma economía, mi bolsillo insensiblemente se agotaba. Por otra parte, aquella economía era menos efecto de prudencia que de una sencillez de gustos que aun hoy día la costumbre de las mesas suntuosas no ha alterado en nada. No conocí ni conozco aún comida mejor que la de una mesa rústica.

Con lacticinios, huevos, hierbas, queso, pan moreno y vino regular, puede cualquiera regalarme seguramente; mi buen apetito hará lo demás, siempre que no me harten con su aspecto importuno un maestresala y un hatajo de lacayos. Entonces comía mucho mejor por seis o siete sueldos que después por seis o siete francos. Por tanto, era sobrio por carecer de tentación para no serlo, y aun no debo decir sobrio, porque en mis comidas procuraba satisfacer la sensualidad todo lo posible. Con algunas peras, mi *giunca,* mi queso, mis «grisines» y algunos vasos de vino común de Montferrato, que se podía cortar, era el más feliz de los golosos. Pero con todo esto podían acabarse mis veinte francos. Esto es lo que notaba más sensiblemente cada día, y, a pesar de la ligereza de mi edad, mi inquietud por el porvenir llegó hasta el espanto. De todos mis castillos en el aire no me quedó más que el de encontrar una ocupación que me permitiera vivir, y aun esto no era fácil. Pensaba en mi antiguo oficio, pero no lo conocía bastante para ir a trabajar en un establecimiento, y éstos no abundaban en Turín. Entre tanto me resolví a ir de tienda en tienda a ofrecerme para grabar cifras o escudos en las vajillas, esperando tentar por lo módico del precio, poniéndome a discreción. En esta prueba no fui muy afortunado: casi en todas partes me desairaban, y lo que encontraba era tan poca cosa que apenas me daba para comer algunas veces. Un día, sin embargo, pasando bastante temprano por la *Contra nova,* a través de los cristales de un escaparate vi a una joven tendera tan graciosa y seductora, que, a pesar de mi timidez con las mujeres, entré sin vacilar y le ofrecí mis pobres servicios. Esta vez no me vi rechazado: hízome sentar y referirle mi vida, y compadecióse de mí, diciéndome que tuviese valor y que los buenos cristianos no me abandonarían; luego, mientras enviaba a un platero vecino por las herramientas que dije necesitaba, subió a la cocina y me trajo de almorzar ella misma. Este comienzo me pareció de buen agüero, y el tiempo no lo desmintió. Pareció quedar satisfecha de mi pequeño trabajo y todavía más de mi conversación cuando me hube repuesto un poco; porque estaba tan compuesta y tan radiante que, a pesar de su afabilidad, me había impuesto. La acogida llena de bondad, su tono compasivo, sus maneras dulces y cariñosas me tranquilizaron. Vi que producía buen efecto y esto me hizo producirlo mejor. Mas, aunque italiana y demasiado bonita para no ser algo coqueta, era muy

modesta y yo tan tímido que difícilmente podíamos llegar a un desenlace en breve tiempo. No nos lo dejaron para llevar a término la aventura. Con el más grato placer recuerdo los cortos instantes que pasé con ella, y puedo decir que gocé en sus primicias los más dulces y más puros placeres del amor.

Era una morena muy viva y con tan buen natural reflejado en el rostro, que hacía más conmovedora aquella vivacidad. Se llamaba la señora de Basile. Su marido, de más edad y medianamente celoso, durante sus viajes la dejaba bajo la custodia de un dependiente harto desapacible para ser seductor, y que no dejaba de tener pretensiones, si bien no las manifestaba más que con su mal humor. Me tomó ojeriza, aunque me gustase a mí oírle tocar la flauta, lo que hacía bastante bien. Este nuevo Egisto gruñía siempre que me veía en casa de su señora, y me trataba con un desdén que ella le devolvía con creces. Hasta parecía complacerse en acariciarme en su presencia para atormentarle, y esta especie de venganza, muy de mi gusto, más lo hubiera sido sin testigos. No la llevó más allá, y a solas no se conducía del mismo modo.

Sea que me encontrase demasiado joven, sea que no supiese tomar la iniciativa, o que quisiese formalmente seguir honrada, observaba entonces una especie de reserva que, aunque no me rechazaba, me intimidaba sin saber por qué. Aunque no sentía hacia ella aquel respeto tan tierno como sincero que me inspiraba la señora de Warens, me sentía más temeroso y con menos familiaridad. Me hallaba embarazado, tembloroso; no me animaba a mirarla; a su lado no me atrevía a respirar, y, sin embargo, temía su ausencia más que la muerte. Miraba con ojos ávidos cuanto podía descubrir sin ser notado: los adornos de su vestido, la punta de su bonito pie, la parte de un brazo blanco y redondo que aparecía entre guante y manga, y el espacio que se formaba entre su garganta y su pañoleta al volver la cabeza. Cada objeto reforzaba la impresión de los demás. A fuerza de mirar lo que podía ver y algo más, mis ojos se turbaban, mi pecho se oprimía, mi respiración se tornaba de un momento a otro más dificultosa, me costaba mucho contenerla, y todo lo que podía hacer era dejar escapar suspiros ahogados, muy molestos por lo indiscretos en el silencio en que estábamos con frecuencia. Pero, ocupada en su labor, no lo notaba a lo que parecía; mas, alguna vez, como por una especie de simpatía, su pecho latía con bastante rapidez. Este peligroso espectáculo me acababa de perder, y, cuando yo estaba próximo a ceder a mi exaltación, me dirigía alguna palabra en tono tranquilo, que inmediatamente me volvía a mi sano juicio.

Así la vi a solas varias veces sin que jamás una palabra, un gesto o una mirada expresiva revelasen la menor inteligencia entre nosotros. Este estado, para mí penoso, era, sin embargo, mi delicia, y en la sencillez de mi corazón apenas podía imaginar en qué consistía mi tormento. Parecía que estas pequeñas entrevistas tampoco a ella le desagradaban; a lo menos, trataba que se repitiesen, cuidado seguramente inútil por el uso que de él hacía yo y por el que ella me permitía hacer.

Un día que, fastidiada de la estúpida conversación del dependiente, había subido a

su cuarto, procuré concluir mi pequeña tarea en la trastienda, donde estaba, y me apresuré a subir. Su habitación estaba entreabierta, y entré sin ser visto. Estaba bordando junto a la ventana, vuelta de espaldas a la puerta. No podía verme entrar, ni oírme, a causa del ruido que hacían los carros que pasaban por la calle.

Vestía siempre con esmero; pero aquel día lo estaba con un gusto que tenía asomos de coquetería. Hallábase en una actitud graciosa: su cabeza, un poco inclinada, dejaba ver su garganta; su cabello, recogido con elegancia, estaba adornado con flores, y en toda su figura reinaba un encanto que pude contemplar a mi sabor y trastornó mis sentidos. Echéme de rodillas a la entrada del cuarto, tendiendo los brazos hacia ella con un movimiento apasionado, convencido y seguro de que no podía verme ni oírme; pero había en la chimenea un espejo que me hacía traición. Ignoro el efecto que pudo producirle mi arrebato, porque, sin mirarme, sin decirme nada absolutamente, pero volviendo la cabeza, con un simple movimiento de la mano, me indicó la estera que a sus pies había. Estremecerme, lanzar un grito y precipitarme al sitio que me había señalado, fue obra de un instante; pero, lo que se creerá difícilmente, en esta situación nada osé emprender, ni pronunciar una sola palabra, ni levantar los ojos hacia ella, ni aun tocarla, en una actitud tan ocasionada para apoyarme un instante en sus rodillas. Estaba mudo, inmóvil, pero no seguramente tranquilo; todo indicaba en mí la agitación; el gozo, el agradecimiento, los deseos ardientes inciertos en su objeto, contenidos por el temor de disgustarla atormentaban mi joven corazón.

No parecía ella más tranquila ni menos tímida que yo. Turbada de verme allí, cortada por habérmelo permitido, y comenzando a sentir todas las consecuencias de un signo escapado, sin duda, antes de reflexionar, no me acogía ni me rechazaba; trataba de hacer como si no me hubiese visto a sus pies, no apartando los ojos de su labor; mas toda mi estolidez no me impedía ver que participaba de mi embarazo, quizá de mis deseos, y que se hallaba encogida por una vergüenza semejante a la mía, sin que esto me diera bastante fuerza para vencerla. Los cinco o seis años que tenía más que yo me parecía que la obligaban a que el atrevimiento estuviese de su parte, y yo me decía que, puesto que no hacía nada para excitar el mío, no quería que lo tuviese. Aún hoy día encuentro que juzgaba bien, y seguramente tenía ella harta penetración para no ver que un novicio como yo necesitaba, no sólo que le animasen, sino que le instruyesen.

No sé cómo habría concluido esta escena muda y viva, ni cuánto tiempo habría yo permanecido inmóvil, en un estado tan ridículo como delicioso, si no hubiésemos sido interrumpidos. En el momento más violento de mi agitación oí abrir la puerta de la cocina, situada junto a la habitación donde estábamos, y la señora de Basile, alarmada, me dijo vivamente con el gesto y la voz: «Levantaos; viene Rosina». Levantándome aprisa, tomé una de sus manos, que me tendía, y estampé en ella dos besos ardientes, sintiéndola, al segundo, oprimir ligeramente mis labios. En mi vida he tenido un momento tan dichoso; mas la ocasión que había perdido ya no volvió, y

nuestros jóvenes amores así quedaron.

Quizá por esto mismo conservo impresa en el fondo de mi alma la imagen de aquella amable mujer, con rasgos tan hermosos. Aun se ha ido haciendo más bella a medida que fui conociendo el mundo y las mujeres. Por poca experiencia que ella hubiese tenido, hubiera obrado de otro modo para animar a un jovencito; pero, si su corazón era débil, era también honrado; cedía involuntariamente a la inclinación que la arrastraba, y, según todas las apariencias, aquélla era su primera infidelidad, y tal vez me habría costado más vencer su vergüenza que la mía.

Sin llegar a esto, gocé junto a ella inexplicables dulzuras. Nada de cuanto me ha hecho sentir la posesión de las mujeres vale tanto como los dos minutos que pasé a sus pies, sin atreverme a tocar su ropa. No; no existen goces iguales a los que puede proporcionar una mujer honrada a quien se ama. Cuanto procede de ella son favores: una indicación con el dedo; una mano que apenas oprimieron mis labios, son los únicos favores que recibí de esta mujer, y el recuerdo de ellos me llena de gozo todavía.

Aunque los dos días siguientes estuve espiando con afán la ocasión de una entrevista a solas, no pude hallarla ni observé en ella empeño por lo mismo. Estuvo, si no más fría, más reservada que de costumbre, y creo que evitaba mis miradas, temiendo no poder contener las suyas. Su maldito dependiente estuvo más inoportuno que nunca y, burlón y chocarrero, díjome que me vería favorecido de las mujeres. Yo temía, además, haber cometido alguna indiscreción y, considerándome ya de inteligencia con ella, quise cubrir nuestro afecto con el misterio, del que hasta entonces no había tenido gran necesidad, por cuyo motivo fui más cauto en aprovechar las ocasiones y, a fuerza de serlo tanto, ya no encontré ninguna.

He aquí otra locura novelesca de que nunca pude desprenderme y que, unida a mi natural timidez, ha contribuido mucho a desmentir la predicción del dependiente. Amaba con mucha sinceridad y acaso demasiado bien para poder ser fácilmente afortunado. Nunca hubo pasiones más vivas ni a la vez más puras que las mías; nunca un amor más tierno, verdadero y desinteresado.

Habría sacrificado mil veces mi felicidad a la de la persona que amaba; su reputación me era más cara que mi vida, y por todos los placeres del mundo no hubiera querido comprometer su tranquilidad ni un solo instante. Esto me ha hecho emplear tanto cuidado, tanto secreto, tantas precauciones en mis empresas amorosas, que ninguna ha podido llegar nunca a buen término. Mi poca fortuna con las mujeres ha sido siempre el resultado de amarlas demasiado.

Volviendo al flautista Egisto, lo que ofrecía de singular era que, haciéndose más insoportable, el tunante parecía más complaciente. Desde el instante en que su señora me cobró afecto, había pensado colocarme en el almacén. Yo sabía bastante de aritmética, y le propuso que me enseñara a llevar los libros, pero mi regañón recibió muy mal la propuesta, temiendo quizá verse suplantado. Así es que, después del buril, todo mi trabajo se reducía a copiar algunas cuentas y notas, poner en limpio algunos

libros y traducir algunas cartas del italiano al francés.

De repente nuestro hombre pensó en la proposición que había rechazado, y dijo que me enseñaría la partida doble, poniéndome en estado de ofrecer mis servicios al señor Basile cuando estuviese de vuelta. Había en su tono y en su semblante un no sé qué de falso, de maligno, de irónico, que no me inspiraba confianza. Su ama, sin esperar mi respuesta, le dijo secamente que yo quedaba reconocido a sus ofertas y que ella esperaba que al fin la fortuna favorecería mis merecimientos, añadiendo que sería una gran lástima si yo, con tanta capacidad, no llegaba a ser más que un dependiente.

Varias veces me había dicho que quería hacerme conocer una persona que podría serme muy útil. Pensaba bastante cuerdamente para advertir que era tiempo de separarme de ella. Nuestras mudas declaraciones habían tenido lugar el jueves. El domingo dio una comida a la que asistí, y donde se halló también un dominico de agradable presencia a quien me presentó. El fraile me trató muy afectuosamente; me felicitó por mi conversión y me dijo varias cosas sobre mi historia, comprendiendo yo que ella se la había contado detalladamente, y después, dándome dos golpecitos en el carrillo con el revés de la mano, me dijo que fuese bueno, que tuviera valor y que fuese a verle para hablar más despacio.

Por las atenciones que le guardaban todos, imaginé que sería una persona de consideración, y, por el tono paternal con que hablaba a la señora de Basile, que era su confesor.

Recuerdo muy bien que su decente familiaridad iba mezclada con señales de estimación y aun de respeto hacia su penitente, que entonces me causaron menos impresión que ahora. Si hubiese conocido el mundo mejor, ¡cuánto no me hubiera conmovido ver que merecía el afecto de una mujer joven respetada por su confesor!

La mesa no era muy grande y hubo que utilizar otra pequeña donde yo estaba en la agradable compañía del señor dependiente. No perdí con ello nada, tocante a las atenciones y buena comida; muchos platos vinieron a la mesa pequeña, que no iban seguramente dirigidos al dependiente. Hasta aquí todo iba bien. Las mujeres estaban muy divertidas y los hombres muy galantes. La señora hacía los honores de la mesa con una gracia sorprendente; pero, a lo mejor de la fiesta, oyóse parar un coche a la puerta, y luego alguien que subía. Era el señor Basile. Todavía le estoy viendo como si fuese ahora, con un traje escarlata, color que desde entonces me ha repugnado, con botones de oro.

Era el señor Basile un hombre alto y guapo, que sabía presentarse muy bien. Entró con estruendo y con aire de quien sorprende a su gente, aunque no había allí más que amigos suyos. Su mujer le saltó al cuello, le cogió las manos y le hizo mil caricias, que él recibió sin devolverle. Saludó a los demás, púsose un cubierto para él y comió. Apenas se había empezado a hablar de su viaje cuando, dirigiendo la vista a la mesa pequeña, preguntó con tono severo: «¿Quién es ese muchacho que veo allá?». A lo cual contestó ella, explicándoselo con la mayor ingenuidad. Pregunta después si

vivo en la casa. Dícenle que no. «¿Por qué no? —replica groseramente—, estando aquí de día, bien puede estar de noche». El fraile tomó la palabra y, tras un elogio grave y verdadero de la señora, hizo brevemente el mío, añadiendo que, lejos de vituperar la piadosa caridad de su mujer, debía asociarse a ella, puesto que en nada se traspasaban los límites de la discreción. El marido contestó con mal disimulado humor, contenido por la presencia del fraile; pero lo bastante claro para darme a entender que tenía instrucciones con respecto a mí y que el dependiente se había despachado a su gusto.

Apenas se había levantado la mesa, cuando me compadeció éste con aire de triunfo, diciéndome de parte del amo que saliera inmediatamente de su casa para no volver a poner los pies en ella. El mensaje fue sazonado con cuanto podía hacerlo cruel y humillante. Salí sin decir palabra, con el corazón lacerado, no tanto por tener que apartarme de una mujer tan amable, cuanto por verla presa de la brutalidad de su marido. Sin duda tenía éste razón en querer que su mujer no le fuera infiel, mas, aunque juiciosa y bien nacida, era italiana, esto es, sensible y vengativa, y él obraba mal a mi entender, pues empleaba los medios más adecuados para atraerse la desdicha que temía. Tal fue el resultado de mi primera aventura. Dos o tres veces pasé por la calle, esperando ver nuevamente a esa mujer que echaba de menos mi corazón; pero, en su lugar, no hallé más que al marido y al vigilante dependiente, que, habiéndome visto, me hizo un signo más expresivo que halagüeño con la vara de medir. Viéndome tan espiado, perdí el valor y no pasé más. Quise a lo menos ir a ver al protector que ella me había procurado; mas por desgracia ignoraba su nombre. Varias veces rondé inútilmente el convento buscando hallarle, hasta que al fin otros sucesos me quitaron los gratos recuerdos de la señora de Basile, y a poco la olvidé tan completamente, que, tan simple y novicio como antes, ni siquiera me quedó afición a las mujeres hermosas.

Sin embargo, su liberalidad había aumentado un poco mi reducido equipaje, aunque con mucha modestia y con la precaución de una mujer prudente que se atenía más a la limpieza que al ornato, y que deseaba evitarme sufrimientos y no hacerme lucir. El traje que había traído de Ginebra todavía estaba en buen estado; a él sólo agregó un sombrero y alguna ropa blanca. Yo no tenía puños vueltos, y ella no quiso dármelos por más que mostré deseos de ellos. Contentóse con facilitarme medio de vestir con limpieza; cuidado que no era necesario recomendarme mientras tuve que andar en su presencia.

Pocos días después de esta catástrofe, mi patrona, que, como tengo dicho, me había cobrado afecto, me dijo que tal vez me había encontrado una colocación, y que una señora de posición quería verme. Al oír estas palabras creía de veras que iban a comenzar las famosas aventuras, porque ésta era siempre mi manía; pero no resultó ni con mucho lo que yo me había figurado. Fui a la casa de aquella señora acompañado por el criado que le había hablado de mí. Me interrogó, me examinó, no le desagradé, y en seguida quedé a su servicio, mas no en calidad de favorito sino de lacayo. Me

vistieron del color de sus criados, con la única diferencia que ellos llevaban agujetas y a mí no me las pusieron, y como en su librea no había galones, resultaba poco más o menos un traje ordinario. He aquí el inesperado término de mis grandes esperanzas.

La señora condesa de Vercellis, a cuyo servicio entré, era una viuda sin hijos: su marido era piamontés; a ella la he tenido siempre por saboyana, no pudiendo imaginar que una piamontesa hablara tan bien el francés y tuviese un acento tan puro. Era de mediana edad, noble figura, inteligencia cultivada, aficionada a la literatura francesa, que conocía bastante. Escribía mucho y siempre en francés. Sus cartas tenían el corte y casi la gracia de las de la señora de Sevigné, de suerte que con algunas de ellas era fácil equivocarse. Mi principal trabajo consistía en escribirlas, dictándome ella, porque no podía hacerlo por sí misma a causa de tener en el seno un cáncer que la hacía sufrir mucho.

La señora de Vercellis no sólo tenía mucho talento, sino también un alma fuerte y elevada. Yo seguí su última enfermedad, y la vi sufrir y morir sin dar nunca una señal de debilidad, ni hacer el menor esfuerzo por reprimirse ni apartarse un ápice de su carácter de mujer, y sin acordarse de que en ello hubiese filosofía, palabra que aún no estaba de moda y que ni siquiera conocía en el sentido que tiene hoy.

Esta entereza de carácter llegaba a veces a la sequedad. Siempre me pareció tan poco sensible para con los otros como para sí; cuando favorecía a los desgraciados, era para hacer el bien por el bien, pero no por una verdadera conmiseración. Esa insensibilidad la experimenté yo un tanto en los tres meses que estuve a su lado. Era natural que se interesase por un joven lleno de esperanzas, a quien tenía constantemente a la vista, y que pensase, sintiéndose morir, que al faltar ella, yo necesitaría apoyo y protección. Sin embargo, sea que no me creyese digno de particular atención, o que los demás no la dejaran pensar más que en ellos, lo cierto es que nada hizo por mí.

A pesar de todo, recuerdo perfectamente que había manifestado alguna curiosidad por conocerme. A veces me hacía preguntas y le agradaba que le enseñase las cartas que dirigía a la señora de Warens y que le diese a conocer mis sentimientos; pero para obtenerlo no seguía el buen procedimiento de mostrarme los suyos. Mi corazón era expansivo siempre que hallara otro que lo fuese. Las preguntas secas y frías, sin ningún signo de aprobación ni de censura a mis respuestas, no me inspiraban ninguna confianza. Como nada me indicaba si le era grata o no mi conversación, estaba siempre temeroso y, más bien que manifestar mi pensamiento, procuraba no decir nada que me pudiera perjudicar. Mucho después he observado que este modo seco de interrogar a las personas para conocerlas es un vicio bastante común en las mujeres que se precian de tener talento. Se imaginan que no dejando aparecer su modo de sentir, lograrán penetrar el de los demás; pero no comprenden que de este modo le quitan a uno el valor para exponerlo. Sólo por esta causa, la persona a quien se interroga comienza a ponerse en guardia y si cree que, sin tomarse por ella un interés verdadero, sólo se desea hacerla hablar, miente o se calla o anda con suma cautela,

prefiriendo pasar por tonta a ser juguete de la sola curiosidad. En fin, siempre es un mal sistema, para leer en el corazón ajeno, dar a entender que se oculta el propio.

La señora de Vercellis nunca dijo una palabra que revelase afección, ni piedad, ni benevolencia. Me interrogaba fríamente, yo respondía con reserva. Mis respuestas eran tan tímidas que debió hallarlas insulsas, y se fastidió, no preguntándome ya nada a la postre, ni hablándome más que para que yo la sirviera. Me juzgaba menos por lo que yo era que por lo que había hecho por mí, y a fuerza de no ver en mí más que un lacayo, no pude parecerle otra cosa.

Creo que desde entonces experimenté ese juego maligno de los intereses ocultos que ha perturbado toda mi vida y me ha inspirado una aversión muy natural hacia el orden aparente que los produce. No teniendo hijos la señora de Vercellis, la heredaba su sobrino, el conde de La Roque, que le hacía la corte asiduamente. Fuera de éste, sus criados principales, que veían su fin cercano, no se descuidaban, y había tantos oficiosos junto a ella, que difícilmente podía quedarle tiempo para acordarse de mí. Estaba al frente de todo en su casa un cierto señor Lorenzi, hombre mañoso, cuya mujer, más ladina aun, había sabido granjearse tan bien la voluntad de su ama, que estaba en su casa más bien como amiga que como sirvienta. Le había llevado por camarera a una sobrina suya llamada la señorita Pontal, muchacha astuta que se daba aires de doncella acompañante y ayudaba a su tía a asediar tan bien a su ama, que ésta no veía más que por sus ojos ni obraba más que por sus manos. Yo tuve el honor de no agradar a estas tres personas; las obedecía, pero no las servía, ni pensaba que, además de servir a nuestra común ama, tuviese también que ser criado de sus criados. Por otra parte, era yo para ellos una especie de personaje que les tenía intranquilos. Veían perfectamente que no estaba en el lugar que me correspondía, y temían que también lo viese la señora, y que lo que hiciese para colocarme convenientemente disminuyera sus porciones, porque esta clase de gente, harto ávida para ser justa, mira los legados hechos a los demás como usurpaciones de su parte. Así, pues, se confabularon para apartarme de su vista. Le gustaba escribir cartas; era en su estado una distracción para ella: pues se lo hicieron desagradable y lograron que se lo prohibiera el médico, persuadiéndola de que la fatiga. So pretexto de que yo no sabía cuidarla, en lugar mío pusieron dos palurdos de portasillas para servirla; en fin, se manejaron tan bien, que cuando se formuló el testamento, hacía ocho días que yo no había estado en su cuarto. Verdad es que después de esto entraba allí lo mismo que antes, y aun fui más asiduo que otro alguno, porque los padecimientos de aquella pobre mujer me desgarraban el corazón; la constancia con que los soportaba me la hacían en extremo respetable y querida, y en su cuarto he derramado muchas lágrimas sinceras sin que ni ella ni nadie lo notara.

En fin, la perdimos para siempre. Yo la vi expirar. Su vida había sido la de una mujer de talento y de juicio; su muerte fue la de un sabio. Puede decirse que ella me hizo amable la religión católica por la serenidad de espíritu con que llenó sus deberes, sin descuido ni afectación. Era naturalmente seria, y hacia el fin de su existencia tuvo

una especie de alegría demasiado constante para ser fingida, y que no era otra cosa sino compensación de la razón misma por la tristeza de su estado. Sólo guardó cama los dos días que precedieron al de su muerte, y nunca dejó de conversar con todo el mundo. Cuando dejó de hablar, y ya en el combate de la agonía, soltó una ruidosa ventosidad, y, volviéndose, dijo: «¡Bueno! Mujer que ventosea no está muerta». Tales fueron sus últimas palabras.

Había legado a sus criados inferiores un año de sueldo; mas, no hallándome incluido en la lista de sus servidores, no tuve nada. No obstante, el conde de La Roque me hizo dar treinta libras y me dejó el vestido nuevo que llevaba puesto y que el señor Lorenzi quería quitarme. Prometióme, además, que me colocaría, permitiéndome que fuese a verle. Fui dos o tres veces sin que pudiera lograrlo, y como a mí me costaba poco amostazarme, no volví más. Luego se verá que hice mal.

¡Cuánto siento que esto no sea todo lo que tenía que decir de mi permanencia en casa de la señora de Vercellis! Pero, si exteriormente mi situación siguió siendo la misma, no salí de su casa tal cual había entrado. De allí me llevé el indeleble recuerdo del crimen y el insoportable peso del remordimiento, del cual, después de cuarenta años, todavía mi conciencia está oprimida; pesar amargo que, lejos de debilitarse, se irrita a medida que voy envejeciendo. ¿Quién diría que el delito de un niño pudiera tener tan crueles consecuencias? De estas consecuencias más que probables es de lo que no podía consolarse mi corazón. Tal vez he hecho morir en el oprobio y en la miseria a una niña amable, honrada, apreciable y que, seguramente, valía más que yo.

Es muy difícil que la disolución de una casa no lleve consigo alguna confusión, y que no se pierdan cosas. Sin embargo, era tal la fidelidad de los criados y la vigilancia de los señores Lorenzi, que no se encontró que faltara nada en el inventario. Únicamente la señorita Pontal perdió una cinta rosa y plata, ya usada. Podía haber echado yo mano de innumerables cosas mucho mejores; pero sólo me tentó aquella cinta. La cogí y, como no tenía gran cuidado en ocultarla en seguida, me la encontraron. Me preguntaron dónde la había hallado. Yo me turbé, balbuceé y, al fin, poniéndome como una amapola, dije que Marion me la había dado. Marion era una muchacha maurienesa que la señora de Vercellis había puesto de cocinera cuando, dejando de dar comidas, había despedido la suya, porque necesitaba un buen caldo más bien que sabrosos manjares. No solamente era una linda muchacha, sino que tenía una frescura de color que no se halla más que en las montañas y, además, un ademán tan modesto que no era posible verla sin amarla, siendo también buena, discreta y de una probidad a toda prueba. Por esto, al nombrarla, todos quedaron sorprendidos. Pero como yo gozaba de igual confianza, fue el caso de averiguar cuál de los dos era el culpable. Hiciéronla comparecer; la asamblea era numerosa, y el conde de La Roque estaba allí presente. Así que llegó le mostraron la cinta y yo la acusé descaradamente; ella se quedó aterrada; se calló y me dirigió una mirada que habría desarmado al mismo diablo y a la que mi bárbaro corazón pudo resistir. En fin,

negó con firmeza, pero sin enojo; me apostrofó, me exhortó a que volviese en mí y a que no deshonrase a una joven inocente que ningún daño me había hecho; mas yo, con una impudencia infernal, confirmé mi declaración y sostuve cara a cara que ella me regaló la cinta. La pobre niña se echó a llorar y no me dijo más que estas palabras: «¡Ah, Rousseau, yo había creído que erais bueno! ¡Cuán desdichada me hacéis, pero yo no quisiera estar en vuestro lugar!». Nada más. Continuó defendiéndose con menor invectiva contra mí. Esta misma moderación, comparada con mi tono resuelto, le hizo daño, pues no parecía natural suponer de una parte tan diabólica audacia y tan angelical dulzura de la otra. Con todo esto no se falló terminantemente la cuestión, pero las apariencias inclinaban los ánimos en mi favor: con el trastorno que había no se detuvieron a deslindar la verdad, y el conde se contentó con decir, despidiéndonos a los dos, que la conciencia del culpable vengaría al inocente. No ha sido vana su predicción, porque ni un solo día deja de cumplirse.

Ignoro lo que ha sido de esta víctima de mi calumnia, mas no es de suponer que con aquel antecedente hallase con facilidad una buena colocación. Pesaba sobre su honor una acusación terrible bajo todos los conceptos. El robo no era más que una bagatela; pero al fin era un robo, y, lo que es peor, verificado para seducir a un joven; luego, ¿qué podía esperarse de la mentira y terquedad de quien tantos vicios reunía? Aun la miseria y el abandono a que la expuse no son los mayores peligros; ¿quién sabe a dónde pudo conducirla en aquella edad el desaliento de la inocencia envilecida? Y si el remordimiento de haber podido hacerla desgraciada es insoportable, júzguese cómo será el de haber podido hacerla peor que yo.

A veces este recuerdo me conturba y me trastorna hasta el punto de ver en mis insomnios venir hacia mí aquella pobre niña a reprocharme mi crimen como si lo hubiese cometido el día anterior. Mientras he vivido con tranquilidad poco me ha atormentado, pero, en medio de una vida borrascosa, me arrebata el consuelo más dulce la imagen de la inocencia perseguida, haciéndome experimentar lo que creo haber dicho en alguna obra: que los remordimientos se adormecen en el estado próspero y en la adversidad se recrudecen. Nunca he podido resolverme a aliviar mi corazón de este enorme peso, confesando mi culpa en el seno de un amigo; ni la confianza de la mayor intimidad me lo ha arrancado nunca, ni siquiera la señora de Warens. Todo lo que he podido hacer ha sido confesar que tenía que reprocharme una acción atroz; pero nunca dije en qué consistía. Por lo tanto, hasta hoy ha permanecido sin aligerarse mi conciencia, y puedo asegurar que el anhelo de libertarme de él en cierto modo ha contribuido a la resolución de escribir mis confesiones.

Lisa y llanamente he expuesto lo que acabo de hacer, y, a buen seguro, no dirá nadie que he procurado paliar la fealdad de mi delito. Pero faltaría al objeto de este libro si no manifestara la disposición de mi ánimo y temiese excusarme conforme a la verdad. Nunca ha estado la malicia más lejos de mí que en aquel cruel momento; cuando calumniaba a esa desdichada joven —será extravagante, pero es la verdad— fue por causa del amor que le tenía. Me excusé con la primera persona que se me

ocurrió y ella ocupaba mi mente. Acuséla de haber hecho lo que yo quería hacer: haberme dado la cinta, porque yo quería dársela. Así, cuando la vi comparecer se me desgarró el corazón, mas la presencia de tanta gente pudo más que mi arrepentimiento. Poco miedo me daba el castigo, sólo la vergüenza me causaba espanto, pero la temía más que a la muerte, más que al crimen, más que a todo en el mundo. Hubiera querido hundirme y ahogarme en el centro de la tierra. La invencible vergüenza imperó sobre todo, ella sola fue causa de mi impudencia, y cuanto más criminal era, tanto más osado me hacía el temor de confesarlo. Sentía tan sólo el horror de verme reconocido y públicamente declarado, en presencia mía, por ladrón, mentiroso, calumniador. Una turbación general me tenía ajeno a todo sentimiento fuera de éste. Sin duda habría declarado la verdad si me hubiesen dejado volver en mí, si el señor de La Roque me hubiese llamado aparte y me hubiese dicho: «No perdáis a esta pobre niña; si sois culpable confiádmelo a mí»; inmediatamente me hubiera echado a sus plantas, estoy seguro de ello; mas no hicieron sino intimidarme cuando debían haberme alentado. También hay que tener en cuenta la edad; yo apenas había salido de la infancia o, mejor dicho, estaba en ella todavía. Las verdaderas maldades son en la juventud aun más criminales que en la edad adulta; pero lo que es debilidad únicamente, lo es mucho menos, y en el fondo casi no era otra cosa mi delito. Por eso su recuerdo me aflige menos por el mal que era en sí, que por el que debe haber causado, y todavía le debo un bien: guardarme para siempre de toda acción que tendiese al crimen, a consecuencia de la terrible impresión que me ha dejado el único que en la vida he cometido; y conozco que mi adversión a la mentira proviene en grande parte del sentimiento de haber llegado a decir una tan enorme. Si es un crimen que puede ser expiado, como me atrevo a creerlo, debe haberlo sido por el cúmulo de males que me agobian hacia el fin de mi existencia, por cuarenta años de probidad y honradez en circunstancias difíciles; y la pobre Marion halla tantos vengadores en este mundo, que, por grande que sea el agravio que por mí le fue inferido, no temo mucho llevar conmigo el pecado. He aquí cuanto sobre este asunto tenía que decir. Séame permitido no volver a hablar de ello jamás.

Libro tercero

1728-1731

Salí de casa de la señora de Vercellis casi como había entrado. Regresé a la de mi antigua patrona, donde permanecí unas seis semanas, durante las cuales la salud, la juventud y la ociosidad excitaron con frecuencia mi temperamento. Estaba inquieto, distraído, meditabundo; lloraba, suspiraba y anhelaba un goce del que no tenía idea, pero cuya privación sentía. No puede discutirse semejante estado y son muy pocos los hombres que pueden imaginarlo, porque la mayor parte de ellos se adelantan a esta plenitud de vida que causa tormento y placer al mismo tiempo, ofreciendo en la embriaguez del deseo un preliminar del deleite. Mi sangre enardecida llenaba sin cesar mi mente de niñas y de mujeres; pero, no acertando a dar con su verdadero uso, las empleaba extravagantemente en mi imaginación sin saber hacer otra cosa, y estas ideas mantenían mis sentidos en una actividad muy molesta, de que, por fortuna, no me enseñaban a libertarme. Hubiera dado la vida por encontrar un cuarto de hora a otra señorita Goton. Pero ya habían cambiado los tiempos en que los juegos de la infancia conducían a esta clase de expansiones por sí mismos. Con los años había venido la vergüenza, compañera de la conciencia del mal; se había acrecentado mi timidez natural hasta el punto de hacerla invencible, y nunca, ni aquel tiempo ni después, he podido hacer una proposición lasciva como no haya sido empujado por la iniciativa de aquella a quien la hiciera, aun sabiendo que no era escrupulosa, y estando casi seguro de su consentimiento.

Creció mi agitación de suerte que, no pudiendo satisfacer mis deseos, los atizaba con los manejos más extravagantes. Buscaba pasadizos oscuros, sitios ocultos donde pudiese exponerme de lejos a las miradas de las mujeres en el estado en que hubiera querido hallarme a su lado. No era el objeto obsceno lo que veían, ni yo pensaba siquiera en ello, sino el ridículo. Es imposible describir el placer imbécil que experimentaba ofreciendo este espectáculo a sus ojos. De esto a lograr lo que deseaba no había más que un paso, y no me cabe duda de que alguna atrevida al pasar habría satisfecho mis deseos si yo hubiese tenido la audacia de aguardar. Esta locura tuvo un desenlace casi igualmente cómico, pero menos divertido para mí.

Un día fui a situarme en el extremo de un patio en que había un pozo, donde iban a menudo a buscar agua las muchachas de la casa. Había en aquel extremo del patio un ligero declive que conducía a unas cuevas por varios conductos. Pude sondear en la oscuridad aquellas avenidas subterráneas y, hallándolas lóbregas y prolongadas, pensé que no tenían fin, y que tendría allí un refugio seguro si me veía sorprendido. Con esta confianza ofrecía a las muchachas que iban a sacar agua un espectáculo más risible que seductor. Las más discretas fingieron no ver nada; otras se echaron a reír;

otras se alborotaron, creyéndose insultadas. Yo me oculté en mi retiro, pero fui perseguido. Oí una voz masculina con que no había contado, y que me alarmó. Entonces me interné en los subterráneos, a riesgo de perderme en ellos; el ruido, las voces, especialmente las de hombre, me seguían siempre. Había contado con la oscuridad, y vi luz. Entonces me estremecí, y me hundí más y más hasta que una pared me atajó los pasos, y no pudiendo ir más lejos fue preciso aguardar allí mi destino. En un momento fui alcanzado y cogido por un hombretón de bigotes enormes, que llevaba un gran sombrero y un sable descomunal, rodeado de cuatro o cinco viejas armadas con mangos de escoba, entre las cuales vi a la bribonzuela que me había descubierto y que sin duda quería verme la cara.

El hombre del sable, cogiéndome por un brazo, me preguntó rudamente qué hacía allí. Fácilmente se comprenderá que mi respuesta no fue muy pronta. Con todo, me rehíce un poco y esforzándome, en tan crítico momento, inventé un recurso novelesco que me salió bien. Con tono suplicante le dije que tuviese misericordia de mi edad y estado, que yo era un joven extranjero de elevada alcurnia, que había perdido la cabeza y me había escapado de la casa paterna porque me querían encerrar; que estaba perdido si él me daba a conocer; mientras que, si me hacía el favor de soltarme, quizás podría algún día probarle mi agradecimiento. Contra lo que yo esperaba, mis palabras y mi aspecto hicieron efecto; el hombre terrible se compadeció, y después de una corta reprensión me soltó suavemente dejándome sin preguntarme nada más. Por la actitud de la joven y las viejas, cuando me dejaron salir, conocí que el hombre que tanto miedo me inspiró me había servido de mucho y que con ellas solas no habría salido de allí tan bien librado. Las vi murmurar no sé qué, pero me tenía sin cuidado, pues mientras no se mezclaran en el asunto el sable ni el hombre, estaba seguro de librarme de ellas y de sus palos, porque me sentía ágil y vigoroso.

Algunos días después, yendo en compañía de un joven abate, vecino mío, por poco doy de hocicos con el hombre del sable, quien me reconoció al instante y me dijo, imitando burlonamente mi voz: «¡Soy príncipe; soy príncipe, y soy un cobarde: pero no trate su alteza de volver!». No agregó una palabra, y yo me escurrí con la cabeza baja, agradeciendo en el fondo de mi alma su discreción. Aquellas malditas viejas debían haberse burlado de su credulidad. Sea como quiera, por más que fuese un piamontés, era un buen hombre y su recuerdo va unido siempre a mi reconocimiento, pues el caso era tan chusco que, por sólo el gusto de hacer reír, cualquiera en su lugar me habría puesto en ridículo. Aunque no tuvo las consecuencias que podía tener, esta aventura no dejó de moderarme por mucho tiempo.

Mi estadía en casa de la señora de Vercellis me procuró algunas relaciones, que traté de cultivar con la esperanza de que podrían serme útiles. Una de ellas era la de un abate saboyano llamado el señor Gaime, preceptor de los hijos del conde de Mellarède. Joven aún, y poco conocido, era un hombre de buen sentido, probo,

ilustrado y uno de los más honrados que he conocido en mi vida. No me sirvió de nada en cuanto al móvil que a su casa me llevaba, pues no contaba con bastante influencia para poderme colocar; pero encontré en su trato ventajas más preciosas que me han servido durante toda la vida: las lecciones de la sana moral y las máximas de la razón. En el curso de mis gustos y de mis ideas, me había colocado siempre demasiado alto o demasiado bajo. Aquiles o Tersites, tan pronto un héroe como un tunante. El señor Gaime tomó a su cargo el trabajo de colocarme en mi lugar y hacer que me conociera yo mismo, sin perdonarme nada, pero sin desanimarme. Me habló muy favorablemente de mi sinceridad y de mis buenas prendas; pero añadió que de ellas mismas veía surgir los obstáculos para que pudiera aprovecharlas, de manera que, según él, no habrían de servirme como escalones para obtener fortuna sino como recursos para poder pasarme sin ella. Me trazó un cuadro exacto de la vida humana, de que yo no tenía más que ideas falsas; me hizo ver cómo en la adversidad el hombre juicioso puede encaminarse a la felicidad y seguir el derrotero más conveniente para alcanzarla; cómo no existe verdadera felicidad sin virtud y cómo ésta es compatible con todos los estados. Disminuyó mucho mi admiración por la grandeza, probándome que los que dominan a los demás no son más sabios ni más dichosos. Díjome una cosa que frecuentemente he tenido ocasión de recordar: si cada uno pudiese leer en el corazón de los otros, serían muchos más los que desearían bajar que los que desearían subir. Esta reflexión, cuya verdad choca y nada tiene de exagerada, me ha sido de suma utilidad durante el curso de mi vida para mantenerme tranquilamente en mi puesto. Él me dio las primeras ideas verdaderas de lo bueno, pues yo, con mi carácter ampuloso, sólo había conocido los extremos. Hízome notar que el entusiasmo por las virtudes sublimes era poco corriente en la sociedad; que, remontándose demasiado, estaba uno sujeto a las caídas; que la continuidad de los pequeños deberes, cumplidos siempre bien, no requería menos temple que las acciones heroicas; que aquéllos producían mejor resultado para nuestra honra y nuestra dicha, y que era infinitamente mejor poseer siempre la estimación de los hombres que su admiración alguna que otra vez.

Para determinar los deberes del hombre era preciso remontarse a su principio. Por otra parte, el paso que yo acababa de dar, de que no era más que una consecuencia la situación en que me hallaba, nos llevó a hablar de religión. Ya habrá comprendido el lector que el honrado señor de Gaime es, en gran parte a lo menos, el original del vicario saboyano.[14] Sólo que, obligado por la prudencia, se explicó con menos claridad sobre ciertos puntos; pero en los demás, sus máximas, sus sentimientos, sus opiniones fueron los mismos, y hasta el consejo de volver a mi patria, todo fue como lo he participado después al público. Así, pues, sin extenderme sobre estas entrevistas cuya sustancia es fácil reconocer, diré que sus prudentes lecciones, aunque infructuosas al principio, fueron un germen de virtud y de religión que jamás se extinguió en mi corazón, y que para fructificar no esperaba sino los cuidados de una mano más querida.

Aunque mi conversión no fuese por entonces muy firme, no dejaba de hallarme conmovido, y en vez de serme su conversación molesta, me aficioné a ella a consecuencia de su claridad, su sencillez y sobre todo de cierta sensibilidad que rebosaba de toda su persona. Tengo un corazón cariñoso y siempre me he sentido atraído por las gentes por lo que me han querido, más que por el bien que han hecho; y en esto casi nunca me engaña mi tacto. Así es que me aficioné al señor Gaime, siendo, por así decirlo, su segundo discípulo, y esto me hizo por lo pronto el inestimable beneficio de apartarme de la pendiente del vicio a donde me precipitaba la ociosidad.

Cuando menos lo pensaba, un día vinieron a buscarme de parte del señor conde de La Roque, en cuya casa había dejado de presentarme, cansado de no poder verle nunca, creyendo que me había ya olvidado o que conservaba de mí una impresión poco favorable. Pero me equivocaba: más de una vez había presenciado el placer con que llenaba mis deberes en casa de su tía e incluso le había hablado de ello, y en nuestra entrevista lo volvió a recordar cuando yo no pensaba en ello. Me recibió muy bien y me dijo que no había querido entretenerme con vagas promesas, sino que me había buscado una colocación, y habiéndomela encontrado me ponía en camino de ser alguna cosa, tocándome a mí hacer lo demás; que la casa donde iba a entrar era poderosa y distinguida; que no necesitaba otra protección para hacer carrera, y que si bien entraría al principio de simple criado, como lo había sido antes, podía estar seguro de que estaban dispuestos a no dejarme en tal estado si me juzgaban superior a él por mis sentimientos y mi conducta. El final de este discurso desmintió cruelmente las risueñas esperanzas que su principio me había hecho concebir. ¡Cómo, siempre lacayo!, dije para mí con amargo despecho. Mas luego recobré la confianza. Me sentía muy poco hecho para semejante condición, por lo que no temía que me dejasen en ella.

Condújome a casa del conde de Gouvon, primer escudero de la reina y jefe de la ilustre casa de Solar. El noble aspecto de aquel venerable anciano hízome más tierna la afabilidad de su acogida. Interrogóme afectuosamente, y yo le respondí con sinceridad. Y dirigiéndose al conde de La Roque le dijo que yo tenía una fisonomía agradable y que prometía ingenio; que le parecía no carecer de él efectivamente, pero que esto no bastaba y que convenía ver lo demás; luego, dirigiéndose a mí, añadió: «Hijo mío, casi todos los principios son difíciles; sin embargo, los vuestros no lo serán demasiado. Sed discreto y procurad aquí agradar a todos; ésta es, por ahora, vuestra obligación; por lo demás, estad tranquilo, pues no faltará quien cuide de vos». En seguida me presentó a su nuera, la marquesa de Breil, y luego al abate de Gouvon, hijo suyo.

Esta entrada me pareció de buen agüero, pues ya sabía por experiencia que no se tienen tantos miramientos para tomar un lacayo. En efecto, no me trataron como tal. Me destinaron a la mesa del antecomedor y no me dieron librea; y habiendo querido el conde de Favria, joven atolondrado, hacerme subir detrás de su carroza, su abuelo

prohibió que yo fuese detrás de ninguna y que acompañase a nadie fuera de casa. Sin embargo, servía a la mesa y hacía poco más o menos el quehacer de un lacayo; pero lo hacía hasta cierto punto voluntariamente, sin estar destinado expresamente al servicio de nadie. Fuera de algunas cartas que me dictaban y de los dibujos que me hacía recortar el conde de Favria, podía disponer a mi antojo de casi todo el día. Esta prueba, de que yo no me hacía cargo, era sumamente peligrosa; y no era tampoco muy humanitaria, porque tanta ociosidad podía hacerme contraer muchos vicios que de otra suerte no habría tenido.

Mas afortunadamente no ocurrió esto. Me hallaba bajo la impresión de las lecciones del señor Gaime, y las tomé tan a gusto que a veces hasta me escapaba para ir a escucharle. De seguro que quienes me veían salir a hurtadillas estaban lejos de sospechar a dónde iba. No puede imaginarse nada más sensato que los consejos que me dio acerca de mi conducta. Mi estreno había sido admirable; tenía una asiduidad, una atención y un celo que encantaban a todo el mundo. El abate Gaime me advirtió prudentemente que moderara este ardor primero, temeroso de que se debilitara y fuese notado. «Se os exigirá, me dijo, con arreglo a lo que hagáis ahora; procurad que podáis hacer más en adelante, pero guardaos de hacer nunca menos».

Como apenas habían examinado mis escasos conocimientos, y no me suponían más dotes de las que me había dado la Naturaleza, no parecía que pensaran utilizarme para nada, a pesar de lo que me había dicho el conde de Gouvon. Se atravesaron además algunas circunstancias y yo quedé poco menos que olvidado. Era entonces embajador en Viena el marqués de Breil, hijo del conde de Gouvon, y en la corte sobrevinieron acontecimientos que influyeron en la familia, de modo que durante algunas semanas reinó en ésta tal agitación que no hubo tiempo de pensar en mí. Con todo, hasta entonces me había maleado muy poco. Una cosa me hizo bien y mal a un mismo tiempo, alejándome por una parte de toda distracción exterior, pero distrayéndome por otra algo más de mi obligación.

La señorita de Breil era una joven poco más o menos de mi edad, bien formada, bastante hermosa, muy blanca, con el cabello muy negro, y cuyo semblante estaba, sin embargo, dotado de ese aire de dulzura propio de las rubias, al cual mi corazón nunca ha podido resistir. El traje de corte, que tanto favorece a la juventud, dibujaba su hermoso talle y hacía destacarse su seno y sus hombros, contribuyendo a dar mayor realce a su tez el luto que entonces llevaba.

Se dirá que un criado no debe advertir tales cosas. Efectivamente, hacía mal; mas con todo, las advertía, y no sólo yo. El maestresala y los ayudas de cámara hablaban de ella algunas veces con tanta grosería que me hacía sufrir cruelmente. Sin embargo, no perdía la cabeza hasta el punto de enamorarme de veras. No olvidaba mi situación; manteníame en mi lugar, y hasta mis deseos permanecían dormidos. Me agradaba ver a la señorita de Breil y oírle decir algunas palabras que revelaban talento, juicio y honestidad; ciñéndose mi ambición al placer de servirla, no traspasaba los límites de mi derecho. En la mesa espiaba las ocasiones de hacerlo valer. Si su lacayo se

apartaba un instante de su silla, en seguida ocupaba yo el puesto; fuera de esto, me situaba frente a ella, adivinando en sus ojos lo que iba a pedir y atisbando el momento de cambiar su plato. ¡Qué no habría hecho yo para que se dignase mandarme alguna cosa, dirigirme una mirada, decirme una sola palabra! Pero nada: tenía la mortificación de no existir para ella; ni siquiera echaba de ver que yo estuviese allí. Un día, sin embargo, su hermano, que alguna vez me dirigía la palabra en la mesa, me dijo no sé qué cosa desagradable y le di una respuesta tan delicada e ingeniosa que le llamó la atención y me dirigió una mirada que, aunque corta, no dejó de regocijarme. Al día siguiente se presentó nueva ocasión, y la aproveché. Dábase una gran comida, en que vi por primera vez al maestresala servir con la espada al lado y el sombrero puesto, lo que me sorprendió sobremanera. Por casualidad se habló de la divisa de la casa de Solar, que se veía en los tapices junto con los blasones: *Tel fiert qui ne tue pas.* Como los piamonteses no son generalmente muy fuertes en lengua francesa, alguno halló una falla de ortografía en la divisa, y dijo que en la palabra *fiert* sobraba la *t.*

El anciano conde de Gouvon iba a responder, mas, habiendo visto que yo me sonreía sin atreverme a decir nada, me ordenó que hablase. Entonces dije que no creía que estuviese de más la *t,* que *fiert* era una voz francesa anticuada que no venía de *ferus,* fiero, amenazador, sino del verbo *ferit,* golpea, hiere; así que no me parecía que la divisa dijese amenaza sino *Hiere el que no mata.*

Todos me miraron, y se miraron sin decir una palabra. Jamás se ha visto un asombro semejante. Pero lo que más me halagó fue la satisfacción que se pintaba claramente en el semblante de la señorita de Breil. Esta joven tan desdeñosa se dignó dirigirme otra mirada que, por lo menos, valía tanto como la primera; en seguida, volviéndose hacia su abuelo, parecía esperar con impaciencia el elogio que me debía, y que me tributó, en efecto, tan completo y con tan señaladas muestras de satisfacción, que todos los que estaban en la mesa se apresuraron a hacerle coro. Este instante fue corto, pero bajo todos conceptos delicioso. Fue uno de esos momentos harto raros que vuelven las cosas a su orden natural, y vengan al mérito rebajado de los ultrajes de la fortuna. Algunos minutos después, la señorita de Breil, levantando los ojos expresamente para mirarme, me rogó con un tono de voz tan tímido como afable que le sirviera de beber. Se comprende que no me hice esperar, mas al acercarme a ella se apoderó de mí tal turbación que, habiendo llenado demasiado el vaso, derramé una parte del agua sobre la servilleta y aun sobre su vestido. Su hermano me preguntó atolondradamente por qué temblaba de tal suerte. Esta pregunta fue poco a propósito para serenarme, y la señorita de Breil se puso como una amapola.

Aquí concluye la novela, donde se verá, así como me sucedió con la señora de Basile, y en todo el resto de mi vida, que soy muy poco afortunado en la conclusión de mis amores. Me aficioné inútilmente a la antecámara de la señora de Breil, pues jamás obtuve una sola prueba de atención por parte de su hija. Salía y entraba sin

mirarme, y yo apenas me atrevía a levantar los ojos a su paso. Y aun era tan imbécil y desdichado, que un día que, al pasar, se le había caído un guante, en vez de lanzarme a coger aquella prenda que hubiera querido comerme a besos, no me atreví a moverme de mi puesto, y dejé que lo cogiera un animal de criado a quien de buena gana hubiera aplastado.

Para acabar de intimidarme noté que no tenía el honor de agradar a la señora de Breil. No sólo no me mandaba nunca nada, sino que ni siquiera quería mis servicios. Hallándome en su antecámara, en dos ocasiones, me dijo con tono altanero si no tenía nada que hacer. Fue, pues, preciso renunciar a este caro refugio. Al principio me era muy doloroso, pero después vinieron las distracciones y no pensé más en ello.

Me consolé de los desdenes de la señora de Breil con las bondades de su suegro, que al fin se acordó de que yo estaba allí. La noche de la comida de que he hablado tuvo conmigo una conversación de que pareció quedar satisfecho, y que a mí me encantó. Aunque hombre de talento, este buen anciano distaba mucho de tener tanto como la señora de Vercellis; pero tenía más corazón, y adelanté más en su casa. Díjome que me arrimase a su hijo el abate Gouvon, que me quería, lo cual podría serme útil si yo sabía aprovecharlo, y proporcionarme lo que me faltaba para lo que se trataba de hacer conmigo. A la mañana siguiente fui a visitar al señor abate, que no me recibió como un criado, sino que, haciéndome sentar junto a la chimenea, me interrogó con la mayor dulzura, advirtiendo desde luego que había yo comenzado a aprender muchas cosas sin llegar a terminar ninguna. Viendo sobre todo que estaba muy atrasado en latín se propuso enseñármelo mejor, para lo cual quedamos en que iría yo todos los días temprano a su casa, por la mañana, como lo hice desde el siguiente. Así es que, por una de esas anomalías que se hallaron frecuentemente en mi vida, era a un tiempo discípulo y criado en la misma casa, teniendo allí mismo donde servía un maestro cuyo nacimiento le ponía en el caso de no serlo sino de hijos de reyes.

El abate de Gouvon era un segundón destinado por su familia al episcopado, por lo cual habían llevado su enseñanza mucho más allá de lo que suele hacerse con los hijos de las familias distinguidas. Había ido a la universidad de Siena, donde cursó muchos años y de donde trajo una dosis de cruscantismo[15] bastante considerable para ser en Turín, poco más o menos, lo que en otro tiempo en París era el abate Dangeau. El cansancio de la teología le había hecho entregarse a las bellas letras, cosa muy común en Italia a los que siguen la carrera de la prelatura, de modo que había leído los poetas; componía regulares versos italianos y latinos y, en una palabra, tenía el gusto necesario para formar el mío y poner algún orden en el fárrago de que estaba llena mi cabeza. Pero sea que mi locuacidad le hubiese ilusionado respecto a mi saber, sea que no pudiese sufrir el fastidio del latín elemental, el caso es que en seguida me adelantó demasiado, y apenas me había hecho traducir algunas fábulas de Fedro, cuando ya me metió en Virgilio, donde yo no entendía casi nada.

Como se irá viendo, yo estaba destinado a comenzar a menudo el estudio del latín

y a no saberlo jamás. Mientras tanto, trabajaba con bastante asiduidad, y el señor abate me prodigaba sus cuidados con tal bondad, que todavía su recuerdo me enternece. Pasaba con él una buena parte de la mañana, así para mi instrucción como para su servicio, aunque no para el de su persona, pues nunca permitió que le hiciese ninguno, sino para escribir al dictado y para copiar; y mi papel de secretario me aprovechó más que el de discípulo. No sólo aprendí de este modo el italiano en toda su pureza, sino que también adquirí gusto por la literatura y algún discernimiento de los buenos libros que no podía adquirirse en casa de la Tribu, y que me sirvió mucho cuando más tarde me puse a trabajar solo.

Ésta fue la época de mi vida en que, sin proyectos novelescos, con más razón podía entregarme a la esperanza de triunfar. El señor abate decía a todo el mundo lo contento que de mí estaba; y su padre me cobró tal cariño, que, según me dijo el conde de Favria, habló de mí al rey. Hasta la misma señora de Breil había dejado de ponerme aquel gesto de menosprecio. En fin, llegué a ser una especie de favorito en la casa, con notable envidia de los demás criados, que, viéndome favorecido con las lecciones del hijo de su amo, conocían muy bien que no sería para dejarme mucho tiempo igual a ellos.

Por lo que he podido colegir de algunas frases cogidas al vuelo, acerca de las cuales no he reflexionado sino cuando ya no era tiempo, respecto a lo que se proponían hacer conmigo, me ha parecido que, queriendo la casa de Solar consagrarse a la carrera de las embajadas y quizá más tarde a la del ministerio, hubiera deseado formar con tiempo una persona de mérito y capacidad que, debiéndoselo todo, hubiese podido merecer su confianza en lo sucesivo y serle de utilidad. Este proyecto del conde de Gouvon era noble, discreto, magnánimo y verdaderamente digno de un magnate previsor y benéfico: pero, además de que yo entonces no veía toda la extensión de este plan, era demasiado sensato para mi cabeza y exigía una sujeción harto prolongada. Mi loca ambición sólo buscaba la fortuna por medio de las aventuras: y no viendo mujer en todo esto, semejante modo de lograrla me parecía lento, penoso y triste; siendo así que hubiera debido hallarla tanto más honrosa y segura cuanto que no se mezclaban en ella las mujeres, puesto que las cualidades que ellas favorecen no valen seguramente lo que aquellas otras que me suponían.

Todo iba a las mil maravillas. Había obtenido, casi arrancado, la estimación de todos; había concluido el tiempo de las pruebas; en la casa me miraban, generalmente, como un joven que prometía mucho, que no estaba en su lugar y que era de esperar llegase a ocupar el puesto merecido. Mas no era mi destino el que me señalaban los hombres y debía llegar a él por caminos muy diferentes. Ahora tocamos uno de estos rasgos característicos que me son propios, y que basta exponer sin añadir ninguna reflexión.

Aunque había en Turín muchos conversos de mi especie, no me inspiraban simpatía, de modo que ni siquiera quise ver a ninguno. Pero había visto a algunos

ginebrinos que no lo eran, uno de los cuales se llamaba Mussard, por sobrenombre Bocatorcida, pintor miniaturista, algo pariente mío, quien descubrió mi residencia y vino a verme acompañado de otro ginebrino llamado Bacle, que había sido mi compañero durante mi aprendizaje. Era un joven muy alegre, chancero, lleno de agudezas burlonas que su edad hacía agradables. Heme aquí de repente apasionado del señor Bacle hasta el punto de no poder vivir sin él. Iba a partir en breve para volverse a Ginebra. ¡Qué pérdida para mí! Yo comprendí toda su magnitud. Y para aprovechar a lo menos todo el tiempo que faltaba, no me separé más de él, o mejor dicho, él no se separó de mí; porque al principio no perdí el juicio hasta el extremo de pasar con él fuera de casa todo el día sin pedir permiso; pero luego, viendo que me asediaba completamente, le prohibieron la entrada; yo me acaloré de tal suerte que, olvidándolo todo, menos a mi amigo Bacle, no me acercaba a casa del abate ni a la del señor conde, y no me veían en todo el día. Hiciéronme reflexiones que no escuché; me amenazaron con que me despedirían, y esta amenaza fue mi perdición, porque me hizo pensar en la posibilidad de que Bacle no se fuese solo. Desde aquel momento ya no imaginé otro placer, otra fortuna, otra felicidad que la de hacer un viaje semejante, y no veía en ello más que la dicha inefable de hacer el viaje, a cuyo término entreveía, para colmo de ventura, a la señora de Warens; pues en cuanto a volver a Ginebra no lo pensé nunca. Los montes, los prados, los bosques, los arroyos, los pueblos, se sucedían sin fin y sin intervalo con nuevos atractivos; este venturoso trayecto parecía que debía absorber mi vida entera. Acordábame con delicia de cuán hermoso me había parecido, a la venida, aquel viaje. ¡Qué no debía ser entonces, cuando a todos los atractivos de la independencia se juntaba el de hacer el camino con un compañero de mi edad, de mi gusto, y de buen humor; sin molestias, sin deberes, sin restricciones, sin obligación de andar o parar, ni más ley que nuestro antojo! Era preciso ser loco para sacrificar semejante suerte a proyectos ambiciosos de ejecución lenta, difícil, incierta, y que, suponiéndolos realizados algún día, con todo su esplendor, no valían un cuarto de hora de verdadero placer y libertad durante la juventud.

Llena la cabeza de semejantes ilusiones, me comporté de tal suerte que logré hacerme despedir, y a la verdad no fue sin mucho trabajo. Una noche, al volver a casa, el maestresala me notificó mi despedida de parte del señor conde. Esto era precisamente lo que yo deseaba, porque conociendo a pesar mío lo extravagante de mi conducta, para disculparme a mis propios ojos lo aumentaba con la injusticia y la ingratitud, creyendo que no era mía la culpa, pues tomaba este partido por necesidad. Me dijeron de parte del conde de Favria que fuese a hablarle a la mañana siguiente, antes de marcharme; y como ya se echaba de ver que no podía esperarse nada de mi extraviada cabeza, el maestresala me entregó, después de esta entrevista, algún dinero que me habían destinado, y que seguramente había ganado muy mal, porque, no queriendo dejarme de criado, no me habían fijado sueldo.

A pesar de su juventud y ligereza, el conde de Favria me hizo en aquella ocasión

las observaciones más sensatas, y casi me atrevo a decir las más afectuosas, tan halagüeña y tierna fue la exposición que me hizo de las atenciones de su tío y de las miras de su abuelo. En fin, después de haberme manifestado cuánto sacrificaba para correr en pos de mi perdición, me ofreció interceder en mi favor, exigiendo por toda condición que no viese más a aquel desgraciado muchacho que me había seducido.

Era tan claro que no me decía todo esto de *motu proprio,* que, a pesar de mi estúpida ceguedad, conocí toda la bondad de mi anciano señor y me conmoví; pero aquel caro viaje estaba harto impreso en mi fantasía para que hubiese nada capaz de contrarrestar su encanto. Estaba enteramente fuera de mí; me revestí de valor, me endurecí, echélas de orgulloso, y respondí con arrogancia que, pues me habían despedido, yo me había conformado; que ya no era tiempo de volver atrás, y que a pesar de todo lo que pudiera acontecerme en la vida, estaba resuelto a no hacerme despedir dos veces de una casa. Entonces, justamente irritado, me dio los dictados que yo merecía, me arrojó de su habitación, tomándome por los hombros, y cerró la puerta tras de mí. Yo salí triunfante, como si acabase de ganar una gran victoria, y por temor de verme obligado a sostener un nuevo combate, cometí la villanía de marcharme sin ir a dar las gracias al abate por sus bondades.

Para que pudiese juzgarse hasta dónde rayaba mi delirio, sería preciso conocer hasta qué punto es susceptible mi corazón de entusiasmarse con las cosas más insignificantes, y cuán locamente se embriaga con la imagen del objeto que lo seduce, por vano que sea muchas veces. Vienen a acariciar mi favorita idea los planes más caprichosos, más infantiles y más locos, presentándome como muy verosímil su realización. ¿Quién creerá que, cerca de los diecinueve años, pueda esperar alguien de una redomita vacía la subsistencia del resto de la vida? Pues prestad atención, amables lectores.

El abate Gouvon me había regalado algunas semanas atrás una pequeña fuente de Herón[16] muy bonita, de que yo estaba enamorado. A fuerza de hacer funcionar la fuente y hablar de nuestro viaje, el discreto Bacle y yo imaginamos que la primera podía muy bien servirnos para el segundo y prolongarlo. ¿Qué había más curioso en el mundo que una fuente de Herón? Ésa fue la base sobre la cual construimos todo el edificio de nuestra fortuna. En cada pueblo debíamos reunir gente alrededor de nuestra fuente, y allí las comidas y los agasajos debían de llover con tanta mayor abundancia cuanto que uno y otro creíamos de buena fe que los víveres nada costaban a los que los cogían, y que si no los daban a los caminantes era por pura mala voluntad. No imaginábamos otra cosa que bodas y festines por todas partes, contando con que sin emplear más que el aire de nuestros pulmones y el agua de nuestra fuente nos veríamos libres de todo gasto en el Piamonte, Saboya, Francia y en el mundo entero. Hacíamos proyectos de viajes interminables, y encaminábamos nuestra ruta primeramente hacia el Norte, más por el gusto de pasar los Alpes que por la supuesta necesidad de detenernos al fin en algún sitio.

(1731-1732). Tal fue el plan que puse en práctica, abandonando sin pesar a mi

protector, a mi maestro y mis estudios, mis esperanzas y la probabilidad de una fortuna casi segura para dar principio a una vida de verdadero vagabundo. Adiós capital, adiós corte, adiós ambición, vanidad, amor, mujeres hermosas y todas las grandes aventuras cuya esperanza me había guiado el año anterior. Partí con mi fuente y mi amigo Bacle, el bolsillo escasamente provisto, pero con el corazón henchido de júbilo y no pensando más que en gozar de esa felicidad ambulante a que súbitamente había limitado mis brillantes proyectos.

Aquel extravagante viaje lo llevé a cabo casi tan a gusto como me había prometido, pero no enteramente del mismo modo, pues, aunque nuestra fuente divertía algunos ratos a las dueñas y criadas de las posadas, no por ello nos librábamos de pagar el gasto a la salida. Pero esto nos inquietó muy poco, y no pensábamos en sacar partido de aquel recurso sino hasta que nos faltase el dinero. Un accidente nos evitó este trabajo: la fuente se rompió cerca de Bramante; ya era tiempo, porque sentíamos, sin atrevernos a comunicárnoslo, que empezaba a fastidiarnos. Esta desgracia nos puso más alegres que antes, y nos reímos grandemente de la ligereza que habíamos cometido olvidando que nuestros zapatos y vestidos se estropearían, o creyendo reemplazarlos por medio de nuestra fuente. Seguimos el viaje tan alegremente como lo habíamos empezado, caminando algo más de prisa hacia su término, adonde nos obligaba a llegar cuanto antes la circunstancia de irse agotando nuestro bolsillo.

En Chambéry empecé a meditar, no sobre la necedad que había cometido, porque nadie tomó nunca tan pronto ni tan resueltamente como yo su partido respecto del pasado, sino sobre la acogida que me esperaba en casa de la señora de Warens; porque yo miraba su casa ni más ni menos que si fuese la mía paterna. Habíale escrito mi entrada en casa del conde de Gouvon; ella sabía de qué modo estaba en la misma, y al felicitarme por ello, me había dado muy buenas lecciones sobre el modo cómo debía corresponder a la liberalidad que usaban conmigo. Consideraba hecha mi fortuna, si yo no la destruía por mi culpa. ¿Qué diría al verme llegar? Ni un instante siquiera pensé que podía rechazarme; pero me espantaba la idea del dolor que iba a causarle y temía sus reproches, más terribles para mí que la miseria; sin embargo, tomé la resolución de sufrirlo todo en silencio y hacer todo lo posible para apaciguarla. Nada veía en el mundo más que a ella; vivir en desgracia suya me era de todo punto imposible.

Lo que más me inquietaba era mi compañero de viaje, a quien no quería faltar, y no pensaba poder desembarazarme de él fácilmente. Para preparar nuestra separación, me conduje con él fríamente durante la última jornada. El pícaro me comprendió: era más atolondrado que necio. Me había figurado que mi inconstancia le daría pesadumbre, y estaba equivocado; a mi amigo Bacle nada le causaba profunda impresión. Al llegar a Annecy, apenas habíamos entrado en la ciudad, cuando me dijo: «Hete ahí en tu casa»; me abrazó, se despidió de mí, dio media vuelta y desapareció. Nunca más he oído hablar de él. Nuestras relaciones y nuestra amistad

duraron unas seis semanas; pero sus consecuencias durarán mientras yo viva.

¡Cómo latía mi corazón al acercarme a la casa de la señora de Warens! Temblábanme las piernas, cubría mis ojos un velo; nada oía, nada veía, ni habría reconocido a nadie; me vi obligado a detenerme varias veces para respirar y volver en mí. ¿Era tal vez el temor de no obtener el socorro que necesitaba lo que me ponía en tal estado? A la edad que yo tenía entonces, ¿produce tal inquietud el miedo de morir de hambre? No, no; lo digo con tanta verdad como orgullo, nunca, en ninguna circunstancia de mi vida, pudieron dilatar u oprimir mi corazón la prosperidad o la indigencia. En el transcurso de una vida desigual y memorable por sus vicisitudes, sin asilo y sin pan muy a menudo, siempre he mirado con iguales ojos la opulencia y la miseria. En caso necesario, hubiera podido mendigar o robar como otro cualquiera, pero no turbarme por verme reducido a tal extremo. Pocos hombres habrán sufrido tanto como yo, pocos habrán derramado tantas lágrimas; pero ni la pobreza ni el temor de caer en ella me han arrancado jamás un suspiro ni una lágrima. Capaz de resistir los vaivenes de la fortuna, mi espíritu no ha conocido otros bienes ni otros males sino aquellos que no dependen de él; y precisamente cuando no me ha faltado nada de lo necesario ha sido cuando me he sentido el más infeliz de los mortales.

Apenas me vi en presencia de la señora de Warens, me tranquilizó su semblante. Experimenté una gran conmoción al primer sonido de su voz, me precipité a sus pies y, en un rapto de la más viva alegría, apliqué mis labios a su mano. En cuanto a ella, ignoro si había tenido noticias de mi viaje; pero no vi pintada en su rostro gran sorpresa, ni la menor sombra de disgusto. «Pobre muchacho, me dijo con cariñoso acento, ¿hete aquí, pues, de vuelta? Bien sabía yo que eras harto joven para emprender este viaje; estoy contenta de que a lo menos no haya resultado tan mal como temía». Luego me hizo relatar mi historia, que no fue larga, y que hice con toda fidelidad, sin perdonarme ni excusarme nada, aunque suprimiendo algunos puntos.

Tratóse en seguida de mi albergue, y al efecto consultó con la doncella. Yo no me atrevía a respirar durante aquella deliberación, mas cuando oí que dormiría en la casa, con trabajo pude contenerme, y vi conducir mi reducido equipaje al cuarto que me destinaban, poco más o menos como Saint-Preux[17] vio meter su silla de posta en casa de la señora de Wolmar. Para colmo de ventura, supe que este alojamiento no sería interino, y en un momento en que me creían distraído en otra cosa, oí que decía: «Dirán lo que quieran; pero ya que la Providencia me lo devuelve, estoy resuelta a no abandonarle».

Heme al fin establecido en su casa. Sin embargo, aún no fue éste el principio de los días felices de mi vida: sirvió de preparación. Aunque esa sensibilidad de corazón que nos permite verdaderos goces íntimos sea obra de la Naturaleza, y tal vez un efecto del organismo, necesita situaciones propicias a su desarrollo. Sin esas causas ocasionales, una persona que hubiese nacido muy sensible no sentiría nada y moriría sin haberse conocido a sí misma. Tal, o poco menos, había sido yo hasta entonces y así probablemente habría continuado si no hubiese conocido a la señora de Warens o

si, aun habiéndola conocido, no hubiese vivido a su lado bastante tiempo para contraer el dulce hábito de los sentimientos afectuosos que me inspiró. Me atrevo a afirmar que aquel que sólo ha sentido amor no ha sentido lo más dulce que puede experimentarse. Conozco otro sentimiento, tal vez menos violento pero mil veces más delicioso, que puede hallarse junto con el amor pero que se presenta con frecuencia separado de él. Este sentimiento no es tampoco solamente amistad; es más voluptuoso, más tierno, y no creo que pueda existir entre personas de un mismo sexo; a lo menos yo he rendido culto a la amistad como el que más, y sin embargo no he experimentado nunca este sentimiento por ninguno de mis amigos. Esto no es muy inteligible, pero ya se aclarará con lo que sigue: los sentimientos no se describen bien sino por sus efectos.

Vivía la señora de Warens en una casa vieja, pero bastante grande para tener una hermosa habitación de reserva, que destinaba a sala de estrado, y allí fue donde me alojaron. Este aposento daba al pasadizo ya citado donde tuvo lugar nuestra primera entrevista; al otro lado del arroyo y de los jardines se extendía la campiña. Este espectáculo no era una cosa indiferente para mí.

Desde mi estancia en Bossey era la primera vez que veía el campo por mi ventana. Enterrado siempre entre paredes, no había tenido ante mis ojos más que tejados y el color gris de las calles. ¡Cuán agradable fue para mí esta diferencia! Aumentó en mucho mi predisposición a enternecerme. También consideraba aquel hermoso paisaje como uno de los favores de mi querida protectora; me parecía que lo había colocado allí expresamente para mi deleite; allí me situaba yo tranquilamente junto a ella; la veía por todas partes, entre las flores y la verdura; sus encantos y los de la primavera se confundían a mis ojos. Mi corazón, comprimido hasta entonces, se hallaba más a sus anchas en este espacio, y mis suspiros se exhalaban más libremente entre aquellos vergeles.

En casa de la señora de Warens no había la magnificencia que yo había visto en Turín; pero sí mucho aseo y una abundancia patriarcal que nunca se aviene con el fausto. Tenía poca vajilla de plata, nada de porcelana; no entraba caza en su cocina, ni vinos extranjeros en su bodega; pero una y otra estaban bien provistas y a la disposición de todo el mundo, y en sencillas tazas de loza ofrecía un café excelente. Cualquiera que iba a visitarla quedaba invitado a comer con ella o en su casa, y obrero, transeúnte o mandadero nunca salían de allí sin comer o beber. Su servidumbre se componía de una doncella friburguesa bastante linda, llamada Merceret, de un criado, paisano suyo, llamado Claudio Anet, de que hablaremos más adelante, de una cocinera y dos conductores de alquiler para la silla de manos, cuando iba de visita, cosa que hacía raras veces. Mucho era para una renta de sólo dos mil libras; sin embargo, su reducido peculio, bien administrado, habría sido suficiente en un país donde la tierra es muy buena y muy escaso el dinero. Desgraciadamente nunca fue la economía su virtud favorita; se llenaba de deudas, después pagaba, entraba el dinero por un lado y salía por otro, y así iba pasando.

El modo como estaba montada su casa era exactamente el que yo hubiera escogido; puede juzgarse por lo tanto, si me aprovecharía de ello con gusto. Lo que más me disgustaba era que teníamos que permanecer mucho tiempo en la mesa. La primera impresión del olor de la sopa y los manjares era para ella muy penosa, hasta el punto de que casi le hacía desmayarse, y esta penosa impresión duraba mucho rato, hasta que poco a poco se reponía y hablaba, pero no comía. Sólo después de media hora probaba el primer bocado. Yo habría comido tres veces en aquel intervalo, y hacía rato que había concluido cuando ella empezaba. Para acompañarla, volvía a comer; así es que comía por dos, y no me iba del todo mal. En fin, me entregaba tanto más al goce del bienestar que a su lado experimentaba cuanto que no iba mezclado con la menor inquietud acerca de los medios para poder sostenerlo. No estando aún iniciado en la íntima confidencia de sus negocios, la suponía en estado de continuar siempre bajo el mismo pie. En lo sucesivo, nunca dejé de hallar en su casa idénticas satisfacciones; pero mejor enterado de su posición real, y viendo que su renta se disipaba, ya no me fue posible gozarlas tan tranquilamente. La previsión ha amargado siempre mis goces. En vano me he preocupado por el futuro: nunca he podido evitarlo.

Desde el primer día se estableció entre nosotros la más dulce familiaridad en el mismo grado en que ha continuado el resto de su vida. Pequeño fue mi nombre y el suyo Mamá; y siempre seguimos siendo el Pequeño y la Mamá respectivamente, aun después que los años hubieron casi borrado la distancia que había entre los dos. Yo creo que estos nombres expresaban perfectamente nuestra posición respectiva, la sencillez de nuestras relaciones y sobre todo la correspondencia de nuestros corazones. Ella fue para mí la más tierna de las madres; jamás buscó su placer, sino mi bien; y si los sentidos se mezclaron en mi afecto hacia ella, no fue ciertamente para cambiar su naturaleza, sino sólo para hacerlo más exquisito, para embriagarme con el encanto de tener una mamá joven y hermosa que me complacía en acariciar; digo acariciar, al pie de la letra, porque nunca trató de escatimarme los besos y las más tiernas caricias maternales, ni jamás entró en mi corazón el deseo de abusar de ello. Se dirá que, no obstante, al fin hemos tenido relaciones de otra especie: convenido; pero es preciso esperar, no es posible decirlo todo de una vez.

El primer instante de nuestra primera entrevista fue el único verdaderamente apasionado que me inspiró; y aun fue un efecto de la sorpresa. Mis indiscretas miradas no se dirigían nunca a escudriñar debajo de su pañoleta, aunque un seno turgente mal velado hubiera podido muy bien atraerlas. A su lado no me acometían deseos ni arrebatos; me hallaba en un estado de calma sorprendente, gozando, pero sin saber de qué. Así habría pasado toda la vida y aun la eternidad sin fastidiarme ni un instante. Ella es la única persona con quien no he experimentado nunca esa sequedad de conversación que me hace hallar un suplicio en el deber de sostenerla. Nuestras conversaciones eran una charla interminable, que para acabar tenía que ser interrumpida. Lejos de costarme trabajo hablar, me tenía que violentar para callarme.

A fuerza de meditar sus proyectos, a menudo caía en una especie de ensimismamiento. Durante esta especie de éxtasis, yo me callaba, la contemplaba, y era el más dichoso de los hombres. Además, tenía yo una especie de mamá algo extraña. Sin pretender los favores de las conversaciones íntimas, las buscaba sin cesar, y el placer que en ellas experimentaba era tal, que degeneraba en furor cuando venía a turbarlas algún importuno. Tan luego como llegaba alguien, fuese hombre o mujer, salía yo murmurando, porque no podía sufrir la presencia de un tercero. Íbame a contar los minutos en su antecámara, maldiciendo mil veces a los pesados visitantes, y no pudiendo concebir que tuviesen tanto que hablar porque yo tenía que hablar más todavía.

No conocía toda la fuerza de mi cariño hacia ella sino cuando no la veía. Estando a su lado, no sentía sino contento; pero mi inquietud en su ausencia llegaba al punto de ser insoportable. La necesidad de vivir con ella me hacía prorrumpir en arranques de ternura que a menudo llegaban a hacerme llorar. Siempre me acordaré que un día de gran fiesta, ella había ido a vísperas, y entre tanto me fui a dar un paseo por las afueras, con el corazón enteramente ocupado con su imagen y el deseo ardiente de pasar toda la vida a su lado. Tenía bastante buen sentido para conocer que por entonces era esto completamente imposible, y que una felicidad en que tanto gozaba sería de corta duración. Esto comunicaba a mis pensamientos cierta tristeza que, no obstante, nada tenía de sombría, y que era templada por una esperanza halagadora. El sonido de las campanas, que siempre me ha conmovido de un modo singular, el canto de los pájaros, la belleza del día, la dulzura del paisaje, las casas de campo dispersas acá y allá, donde mentalmente colocaba nuestra común morada, todo me impresionaba de una manera tan viva y tierna, tan triste y patética, que me sentí en éxtasis transportado a ese venturoso tiempo y a esa feliz mansión en que, poseyendo mi alma toda la dicha que podía apetecer, la gozaba en arrobamiento inexplicable, sin soñar siquiera en el placer de los sentidos. No recuerdo haber sondeado nunca el porvenir con mayor fuerza e ilusión que en aquellos instantes; lo que más me impresionó de este sueño, cuando lo llegué a ver realizado, fue encontrar objetos tales exactamente como los había imaginado. Si el sueño de un hombre despierto pudo tener jamás el carácter de visión profética, fue aquél seguramente. Sólo me engañé en su duración imaginaria; pues en ella pasaban los días, los años y la vida entera en tranquilidad inalterable, mientras que en la realidad todo esto no duró más que un momento. ¡Ay de mí! La más constante dicha mía fue un sueño, y a su realización siguió casi instantáneamente el despertar.

No acabaría nunca si hubiese de entrar en detalles sobre todas las locuras que me causaba el recuerdo de esa querida mamá cuando no la tenía delante de mis ojos. ¡Cuántas veces besé mi cama pensando que se había acostado en ella y los cortinajes, y todos los muebles de mi estancia, recordando que le pertenecían, que sus hermosas manos los habían tocado, y hasta el mismo suelo, sobre el cual me prosternaba pensando que ella lo había hollado con sus plantas! A veces en su misma presencia

cometía extravagancias que sólo el más violento amor parecía capaz de inspirar. Un día, en la mesa, en el momento en que se llevaba un bocado a la boca, exclamé que había visto en él un cabello: ella dejó caer el bocado en el plato y entonces yo lo cogí con avidez y lo tragué. En una palabra, de mí al amante más apasionado había una diferencia única, pero esencial, y que hace mi situación casi del todo inconcebible.

Había vuelto de Italia, no enteramente tal como había ido, pero como tal vez nunca la haya dejado ningún joven de mi edad; había vuelto con mi virginidad, aunque no limpio de toda impureza. Con el vigor de la juventud, al fin se había manifestado mi naturaleza ardiente, y su primera erupción, enteramente involuntaria, me alarmó sobremanera, creyéndome presa de alguna enfermedad; lo que prueba, mejor que nada, el estado de inocencia en que hasta entonces había vivido. Empero, ya repuesto, conocí esa peligrosa sustitución que burla a la Naturaleza y evita innumerables desórdenes a los jóvenes de mi temperamento, a expensas de su salud, de su robustez y a veces de su vida. Este vicio, que tan cómodo hallan los tímidos y vergonzosos, tiene además un gran incentivo para las imaginaciones vivas, que consiste en disponer, por decirlo así, de todo el sexo femenino y poder servirse a su antojo de la hermosura que les incita sin necesitar su consentimiento. Seducido por esta funesta ventaja, destruía la buena constitución que había restablecido en mí la Naturaleza y a la que yo había dejado tiempo suficiente para formarse.

Añádase ahora a esta predisposición la circunstancia de mi alojamiento actual, viviendo en casa de una mujer hermosa, cuya imagen estaba grabada en el fondo de mi corazón, viéndola continuamente durante el día, rodeado durante la noche de objetos que excitaban su recuerdo, y durmiendo en un lecho donde me consta que ella se había acostado. ¡Cuántos estímulos! El lector que lo considere me juzgará ya medio muerto.

Por lo contrario, aquello que debía perderme fue precisamente lo que me salvó, a lo menos durante algún tiempo. Alucinado por el placer de vivir a su lado, por mi vehemente deseo de pasar así la vida, veía siempre en ella, ya estuviese ausente o presente, no más que una tierna madre, una hermana querida, o una agradable amiga. Así la veía siempre, siempre la misma, y sin ver nunca más que a ella. Ocupado completamente mi corazón con su imagen, no cabía otra alguna; era para mí la única mujer que existía; y la extraordinaria dulzura de los sentimientos que me inspiraba, quitando a mis sentidos toda ocasión de revelarse, me preservaba de ella misma y de todo su sexo. En una palabra, yo era prudente porque la amaba. Diga ahora quien pueda de qué especie era mi afecto hacia ella. Lo que yo puedo decir es que, si ahora parece ya muy extraordinario, aún lo irá pareciendo mucho más.

Pasaba el tiempo lo más agradablemente que pueda imaginarse en las ocupaciones que menos me agradaban: redactar proyectos, poner memorias en limpio, transcribir recetas, elegir hierbas, moler drogas, manejar alambiques. En medio de esto, venían a casa innumerables pasajeros, mendigos o visitas de todas clases. Era forzoso dar conversación al mismo tiempo a un soldado, a un boticario, a

un canónigo, a una hermosa dama, a un lego. Yo echaba pestes, refunfuñaba, profería improperios y mandaba al demonio toda esa baraúnda. Pero ella, que todo lo tomaba a risa, se divertía con mis arrebatos, que la hacían llorar de risa, y lo que todavía aumentaba su alegría era verme tanto más furioso cuanto que yo mismo no podía dejar de reírme. Estos cortos intervalos en que yo tenía el gusto de regañar eran preciosos; y si mientras me quejaba, venía otro importuno a interrumpirnos nuevamente, aun sabía sacar partido de ello para divertirse prolongando maliciosamente la visita y dirigiéndome de cuando en cuando una mirada por la cual le hubiera pegado. Ella contenía la risa a duras penas, viéndome, obligado por el bien parecer, lanzarle miradas furibundas, mientras en mi interior, y aun a pesar mío, hallaba estas escenas sumamente cómicas.

Todo esto, aunque en sí no me agradaba, me divertía porque formaba parte de un modo de ser que me era grato. Nada de cuanto tenía que hacer estaba de acuerdo con mis inclinaciones, pero sí con mi corazón. Creo que hasta me habría llegado a gustar la medicina si la aversión que me causaba no hubiese motivado escenas cómicas que nos divertían continuamente: quizá es la vez primera que este arte haya producido semejante efecto. Yo pretendía conocer en el olor los libros de medicina; y lo raro es que pocas veces me equivocaba. Ella me hacía probar las drogas más detestables. En vano trataba de huir o resistirme; a pesar de mi repugnancia, de mis horribles visajes, a pesar mío y de mis dientes, cuando veía sus hermosos dedos embadurnados aproximarse a mis labios, no podía menos de acabar por abrir la boca y chupar. Cuando todos los utensilios estaban reunidos en la misma estancia, cualquiera que nos hubiese oído correr y chillar riendo a carcajadas, hubiera creído que allí se representaba un sainete, lejos de imaginar que se confeccionaban opiatos o elixires.

Sin embargo, no todo el tiempo se pasaba en esas niñerías. Había hallado en mi cuarto algunos libros: *Le Spectateur,* Puffendorf, Saint-Evremond, *La Henriade,* y, aunque no sentía ya mi antiguo delirio por la lectura, leía un poco para entretenerme. Sobre todo *Le Spectateur* me gustó mucho y me fue provechoso. El abate de Gouvon me había enseñado a leer con menos avidez y más atentamente, de modo que sacaba mejor partido de lo que leía. Así me acostumbré a reflexionar sobre la elocución y las construcciones elegantes, y me ejercitaba en distinguir el francés puro de mis provincialismos. Por ejemplo, me corregí de una falta ortográfica que cometía, como todos los ginebrinos, leyendo estos dos versos de *La Henriade:*

> *Soit qu'un ancien respect pour le sang de leurs maîtres*
> *Parlât encor pour lui dans le cœur de ces traîtres.*[18]

Este vocablo *parlât,* que me llamó la atención, me dio a conocer que llevaba una *t* la tercera persona del subjuntivo, mientras que yo lo escribía y pronunciaba *parla,* como el perfecto del indicativo.

A veces hablaba de mis lecturas con ella, o leía a su lado, lo que hacía con gran

placer, y así me ejercitaba en leer bien, y también me fue de utilidad. He dicho que ella poseía una instrucción esmerada. Entonces estaba en toda su lozanía. Varios literatos se habían apresurado a complacerla y le habían enseñado a juzgar las obras literarias. Tenía, permítaseme la frase, el gusto un poco protestante: no hablaba más que de Bayle y tenía en mucha estima a Saint-Evremond, que hacía tiempo había muerto en Francia. Pero esto no obstaba para que conociese la buena literatura y le hiciera justicia. Había sido educada en medio de sociedades escogidas; y habiendo ido a Saboya, joven aún, con el agradable trato de la nobleza del país había perdido ese tono amanerado del país de Vaud, donde mujeres toman la afectación por buen tono y no saben hablar sino con epigramas.

Aunque no hubiese visto la corte sino de paso, una rápida ojeada le había bastado para conocerla. Siempre le quedaron amigos en ella, a pesar de la oculta envidia y de las murmuraciones a que daban pábulo su conducta y sus deudas, y jamás perdió su pensión. Sabía lo que es el mundo, y poseía el talento de aprovecharse de ello. Éste era el tema favorito de sus conversaciones y precisamente la clase de instrucción que me era más necesaria, atendidas mis quiméricas ideas. Juntos leíamos a La Bruyère, que prefería a La Rochefoucauld, libro triste y desconsolador, sobre todo para la juventud, que no gusta de ver al hombre tal cual es. Cuando se ponía a moralizar, se elevaba a veces a los espacios imaginarios; pero yo me armaba de paciencia, besándola en la boca o las manos de cuando en cuando, y no me fastidiaba.

Esta vida era demasiado dulce para que pudiese durar. Yo lo presentía, y el temor de verla acabarse era lo único que turbaba mi goce. En medio de nuestros juegos, mamá procuraba estudiarme; me observaba, me hacía preguntas, e imaginaba para mi porvenir innumerables proyectos bastante inútiles. Por fortuna no todo consistía en conocer mis disposiciones, mis aficiones, mi capacidad; era necesario encontrar o procurar ocasiones de aplicarlas, y todo esto no podía hacerse en un día. La misma opinión exagerada que la pobre se había formado de mi mérito retardaba el momento de ponerlo a prueba y aumentaba la dificultad para escoger los medios. En fin, todo iba a medida de mis deseos, gracias al buen concepto en que me tenía, pero fue preciso caer de aquella altura, y desde entonces, adiós tranquilidad. Vino a verla un pariente suyo llamado señor de Aubonne, hombre muy despejado, intrigante, amigo de proyectos, como ella misma, pero que no se arruinaba con ellos; una especie de aventurero. Venía de proponer al cardenal Fleury un proyecto de lotería muy complicado que no había sido admitido y se iba a ofrecerlo a la corte de Turín, donde fue adoptado y puesto en práctica. Detúvose en Annecy algún tiempo, y se prendó de la intendenta, señora muy amable, que me agradaba mucho y la única que veía con gusto en casa de mamá. El señor de Aubonne me vio allí; su parienta le habló de mí; él se encargó de examinarme, de ver a qué podía dedicarme con ventaja, y, si me encontraba disposición, procurar emplearme.

La señora de Warens me hizo ir a su casa dos o tres días seguidos, por la mañana, con el pretexto de encargos y sin prevenirme nada. Él se las compuso muy bien para

hacerme hablar, se familiarizó conmigo, hizo cuanto le fue posible para que yo estuviese a gusto, me habló de frivolidades y de diversas materias, todo sin dar a conocer que me observaba, sin la menor afectación y como si, distrayéndose conmigo, hubiese querido conversar sin cortapisas. A mí me tenía prendado. El resultado de sus observaciones fue que, a pesar de lo que prometían mi exterior y mi animado rostro, era, si no enteramente inepto, a lo menos un muchacho de poco talento, falto de ideas, casi sin instrucción, en una palabra, muy limitado bajo todo concepto, y que a lo más que podía aspirar era a llegar algún día a cura de aldea. Tal fue el informe que dio a la señora de Warens. Ésta fue la segunda o tercera vez que así me juzgaban, y no fue la última: el juicio del señor Masseron ha sido a menudo confirmado.

La causa de estas apreciaciones tiene harta relación con mi carácter para que haya necesidad de explicarla aquí; porque, como ya se comprenderá, yo no puedo admitirlas sinceramente, y, con toda la imparcialidad posible, a pesar de lo que hayan dicho los señores Masseron, de Aubonne y muchos otros, yo no podría creerles al pie de la letra.

En mí se juntan dos cosas casi incompatibles, sin que yo mismo pueda comprender cómo; un temperamento muy ardiente, pasiones vivas, impetuosas, y lentitud en la formación de las ideas, las cuales nacen en mi mente con gran trabajo y nunca se me ocurren hasta después que ha pasado su oportunidad. Parece que mi corazón y mi cabeza no pertenecen a un mismo individuo. El sentimiento, más rápido que una centella, se apodera de mi espíritu; pero, en vez de iluminarle, me quema y me deslumbra. Lo siento todo, pero nada veo. Estoy como arrebatado, pero estúpido; es preciso que esté tranquilo para pensar. Lo particular es que, no obstante, tengo bastante acierto, penetración y hasta agudeza de ingenio con tal que me dejen tiempo; haré una improvisación excelente si me aguardan, pero de repente nunca he sabido hacer ni decir cosa que valga la pena. Podría sostener magníficamente una conversación por correo, como dicen que los españoles juegan al ajedrez. Cuando leo el rasgo de un duque de Saboya que yendo de camino, se volvió para exclamar: *A vuestro gaznate mercader de París,* pienso: ése soy yo.

Esta lentitud de pensamiento y esta viveza de sensibilidad no sólo me dominan en la conversación, sino hasta cuando trabajo solo. En mi cerebro, las ideas se ordenan con una dificultad increíble; allí fermentan hasta conmoverme, enardecerme, ponerme en estado febril; y en medio de esta emoción, nada veo distintamente, no sabría escribir una palabra; es necesario que aguarde. Insensiblemente va cesando ese gran movimiento, se desembrolla el caos, y cada cosa viene a colocarse en su lugar, pero lentamente y después de una agitación confusa y prolongada. ¿Habéis visto alguna vez una ópera en Italia? En los cambios de decoración de esos grandes teatros reina un desorden desagradable, bastante prolongado; todo anda revuelto, por todas partes se ve un penoso vaivén, parece que todo se tumba; sin embargo, poco a poco todo se compone, no falta nada, y se queda uno sorprendido al ver que a tan

prolongado desbarajuste sucede un espectáculo maravilloso. Esa maniobra, poco más o menos, es la que se opera en mi cerebro cuando me propongo escribir. Si yo hubiese sabido primero esperar y en seguida referir con toda su belleza cuanto se me ha presentado así, pocos me habrían aventajado.

De aquí procede esa dificultad extrema que siento al escribir. Mis manuscritos, llenos de enmiendas, embrollados, mezclados, ininteligibles, prueban el trabajo que me han costado. Ni uno solo he dejado de tener que copiarlo cuatro o cinco veces antes de darlo a la prensa. Sentado a una mesa, con una pluma en la mano y el papel enfrente, jamás he podido hacer nada. En el paseo, en la montaña, en medio de los bosques, por la noche en la cama y durante mis insomnios, es cuando escribo mentalmente; júzguese con qué lentitud, sobre todo careciendo absolutamente de memoria verbal, pues en toda mi vida no he podido retener seis versos. Cláusulas hay que he formado y reformado durante cinco o seis noches en mi mente antes de estamparlas en el papel. De aquí proviene también que salga más airoso en las obras que exigen trabajo que en aquellas que requieren cierta ligereza, como las cartas, género de literatura a que nunca he podido acostumbrarme; de modo que el tener que escribir alguna es para mí un verdadero suplicio. No puedo escribir una carta sobre los más insignificantes asuntos que no me cueste lloras de fatiga, o, si quiero escribir de corrido lo que se me ocurre, no sé por dónde empezar ni por dónde acabar, y resulta una confusa profusión de palabras, que apenas puede entenderse.

No solamente me cuesta emitir las ideas, sino también concebirlas. He estudiado a los hombres; y me tengo por bastante buen observador; y sin embargo, no sé distinguir nada de lo que veo; no veo claro sino lo que recuerdo, y no tengo penetración más que en mis recuerdos. De cuanto se dice, de cuanto se hace, de cuanto pasa en mi alrededor, nada oigo, nada comprendo. Todo lo que veo es la superficie. Pero después me viene a la memoria: recuerdo el lugar, el tiempo, el tono, la mirada, el gesto, la ocasión; nada se me escapa. Entonces por lo que se hacía o decía, conozco lo que se pensaba, y raras veces me equivoco.

Siendo tan poco dueño de mí mismo cuando estoy solo, júzguese cómo debo hallarme en conversación, donde, para hablar a propósito, es preciso pensar en mil cosas a un tiempo, y rápidamente. La sola idea de tantas condiciones, con la seguridad de faltar a alguna de ellas, basta para intimidarme. Ni siquiera comprendo cómo hay quien se atreva a hablar en una reunión de diversas personas; porque a cada palabra sería preciso examinar a todos los presentes y conocer el carácter de cada uno y su historia para estar seguro de que a nadie se ofende. Con respecto a esto, los que frecuentan la sociedad tienen una gran ventaja; y es que, sabiendo mejor lo que conviene callar, están seguros de lo que dicen, aunque, a pesar de ello, a menudo se les escapan también tonterías. ¿Qué hará, pues, el que se encuentra en ella como caído de las nubes? Le será casi imposible hablar durante un momento impunemente. En el diálogo hay otro inconveniente que me parece todavía peor; y es la necesidad de hablar continuamente. Cuando uno habla, el otro ha de responder, y, si calla, es

necesario animar la conversación. Esta insoportable obligación hubiera bastado para disgustarme de la sociedad. No encuentro mayor tontería que tener que hablar siempre y a renglón seguido. ¡Ignoro si es efecto de mi eterna repugnancia hacia toda sujeción! Pero basta que me vea en la necesidad imprescindible de hablar para que diga una tontería infaliblemente.

Y lo peor es que, en vez de saber callar cuando nada tengo que decir, me aguijonea entonces la comezón de hablar para pagar más pronto mi deuda. Me apresuro a balbucear algunas palabras, sin idea ninguna, siendo harto afortunado cuando lo que digo no significa nada. Queriendo vencer u ocultar mi inepcia, rara vez dejo de ponerla de manifiesto. Entre mil ejemplos que podría citar, he aquí uno que no se refiere a mi juventud sino a una edad en que, habiendo vivido mucho tiempo en la buena sociedad, hubiera adquirido el tono, las maneras y la conveniente facilidad, si eso hubiera sido fácil para mí. Estaba una noche en compañía de dos grandes señoras y un caballero a quien puedo nombrar: el señor duque de Gontaut. No había nadie más en la sala y yo me esforzaba por decir algunas palabras, ¡Dios sabe cuáles!, en una conversación entre cuatro personas, de las que tres seguramente no necesitaban mi concurso. La dueña de la casa hizo traer una opiata que tomaba dos veces al día para el estómago. La otra dama, viéndola hacer gestos, le preguntó riendo: «¿Es una opiata del señor Tronchin?». «No lo creo», respondió la primera con el mismo tono. «No creo que sea mucho mejor», añadió galantemente el chistoso Rousseau.[19] Todos quedaron estupefactos: a nadie se le escapó la menor palabra ni la más leve sonrisa, y en seguida se cambió el curso de la conversación. Tratándose de otra persona, aquella necedad hubiera podido parecer una chanza; pero dirigida a una mujer harto amable para no haber hecho hablar bastante de sí, a quien yo no tenía el menor intento de ofender, era una burla insultante, y estoy persuadido de que los dos testigos, la otra señora y el duque, se vieron en apuros para contenerse. He ahí las agudezas que se me escapan por querer hablar cuando no tengo nada que decir. Ésta la olvidaré difícilmente; porque, además de ser bastante memorable por sí misma, se me figura que ha tenido consecuencias que me la recuerdan con sobrada frecuencia.

Lo dicho me parece bastante para hacer comprender cómo, sin ser un tonto, muchas veces he pasado por tal, aun entre personas que estaban en el caso de juzgar con exactitud; y he sido mucho más desdichado, pues cuanto más viveza revelaban mis ojos y mi rostro, tanto más chocante era mi estupidez. Este detalle, nacido de una circunstancia especial de la narración, no será inútil en el curso de la misma: pues encierra la clave de muchas cosas extrañas que se me han visto hacer y que han sido atribuidas a un carácter salvaje que no tengo en manera alguna. A mí me gustaría la sociedad tanto como al que más, si no estuviese seguro de aparecer, no sólo con desventaja, sino hasta enteramente distinto de lo que soy en realidad. El partido que he tomado de ocultarme y escribir es precisamente el que me convenía. En el trato social nunca se hubiera sabido lo que yo valía, ni siquiera se hubiera sospechado; y esto es lo que le sucedió a la señora Dupin, a pesar de ser una mujer de talento y a

pesar de que viví en su casa muchos años; después me lo ha dicho ella misma muchas veces. Por lo demás, esto tiene algunas excepciones, como veremos más adelante.

Determinado de este modo el límite de mis alcances, fijada ya la posición a que podía aspirar, sólo se pensó por segunda vez en hacerme seguir mi vocación. La única dificultad que se presentaba era que yo carecía de estudios y ni siquiera sabía bastante latín para ser cura de aldea. La señora de Warens se propuso hacerme instruir durante algún tiempo en el seminario, a cuyo efecto habló con el superior. Era éste un lazarista llamado Gros, un buen hombre, pequeño, medio tuerto, flaco, canoso, el más despejado y menos pedante de cuantos lazaristas he conocido; lo que no es mucho decir, a la verdad.

Venía algunas veces a casa de mamá, que lo recibía con agrado, le agasajaba y hasta a veces le hacía que le atara el corsé, a lo que él se prestaba con gusto. Durante esta operación, ella iba de uno a otro lado del cuarto, ya hacía esto, ya lo otro; el superior seguía gruñendo con el cordón en la mano y repetía a cada instante: «Pero, señora, no os mováis». De esto resultaba una escena bastante divertida.

El señor Gros se prestó gustoso a secundar el proyecto de mamá, y, contentándose con una pensión muy módica, se encargó de la instrucción. No faltaba más que el consentimiento del obispo, el señor de Bernex, que no solamente lo acordó sino que hasta quiso pagarme la pensión, y también permitió que siguiese usando el traje seglar hasta que por la prueba se hubiese visto lo que podía esperarse de mí.

¡Qué cambio! Pero fue preciso someterse. Iba al seminario como al suplicio. ¡Qué triste casa es un seminario para un joven que sale de la de una mujer adorable! Sólo un libro me llevé, que rogué a mamá me lo prestara, y que me sirvió de gran consuelo. No es fácil adivinar lo que sería: era un libro de música. Era éste uno de los conocimientos que ella no había descuidado; tenía buena voz, cantaba regularmente y tocaba un poco el clavicordio; había tenido la amabilidad de darme algunas lecciones de canto, y era preciso comenzar con los rudimentos, porque yo apenas conocía la música de nuestros salmos. Ocho o diez lecciones de canto dadas por una mujer, y aun muy interrumpidas, lejos de ponerme en estado de solfear, apenas me enseñaron la cuarta parte de los signos musicales. Con todo, tal era mi afición a este arte que me propuse ejercitarme solo. La obra que me llevé no era de las más fáciles; fueron las cantatas de Clérambault; júzguese, por consiguiente, cuál sería mi aplicación y mi empeño cuando, ignorando la trasposición y hasta la cantidad, logré descifrar y cantar sin cometer una sola equivocación la primera parte de *Alfeo y Aretusa;* verdad es que esa composición está tan bien medida, que con sólo recitar los versos al compás exacto se acierta con el compás de la melodía.

Había en el seminario un maldito lazarista que me tomó por su cuenta y me hizo aborrecer el latín que quería enseñarme. Tenía el cabello lacio, grasiento y negro, cara de pan de especias, voz de búfalo, mirada de lechuza, y por barba cerdas de jabalí; su sonrisa era sardónica y sus brazos se agitaban como los de un maniquí. He olvidado su odioso nombre, pero su cara repugnante y de aire dulzón me ha quedado impresa

en la memoria, y todavía me estremezco al recordarla. Todavía me parece que le encuentro en los corredores alargando su mugriento bonete con su movimiento que quería ser gracioso para indicarme que entrara en su celda, para mí más horrible que un calabozo. Considérese el contraste de semejante maestro con el abate cortesano de quien yo había sido discípulo.

Si hubiese seguido dos meses más a la disposición de aquel monstruo, estoy persuadido de que mi cabeza no hubiera podido resistirlo. Pero el buen señor Gros, que observó que yo estaba triste, que no comía, y enflaquecía, adivinó la causa de mi pesar, cosa que no era muy difícil, y, sacándome de aquellas garras, me entregó por un contraste aun más notable al más afable de los hombres, a un joven abate de Faucigny,[20] llamado Gatier, que se preparaba para ordenarse, y que, para complacer al señor Gros, y creo que también por humanidad, condescendió a distraer de sus estudios el tiempo necesario para dirigir los míos. Yo no he visto en la vida más dulzura en rostro humano. Era rubio, con la barba tirando a rojo: su semblante tenía el carácter general de los de su provincia, que parecen muy obtusos y son, sin embargo, muy despejados; pero lo más notable de aquel hombre era la sensibilidad de su alma, toda bondad y amor. Había en sus grandes ojos azules una mezcla de dulzura, de ternura y de tristeza, que hacía que no se pudiese verle sin quererle. Por la mirada y la voz de aquel pobre joven, hubiérase dicho que adivinaba su porvenir y que se sentía nacido para ser desgraciado.

Su carácter no desmentía su fisonomía: tenía una paciencia y una benevolencia sumas, y más parecíamos compañeros de estudio que no maestro y discípulo. No se necesitaba tanto para que yo le amase, pues me bastaba salir de las garras de su predecesor. A pesar de esto, del tiempo que me dejaba, de la buena voluntad que a uno y otro nos animaba y de que empleó todos los medios, yo adelantaba poco, trabajando mucho. Es muy singular que teniendo bastante facilidad de concepción, nunca he podido aprender nada con los maestros, excepto con mi padre y con el señor de Lambercier. Lo poco que sé, además de lo que éstos me enseñaron, lo he aprendido solo, como se verá luego. No pudiendo por mi carácter soportar ninguna clase de yugo, me es imposible sujetarme a la necesidad del momento; el mismo temor de no aprender me quita la atención; por miedo de impacientar al que me habla, hago como que le entiendo; él sigue adelante y no comprendo nada. Mi espíritu quiere seguir su inspiración y no puede someterse a la de otro.

Habiendo llegado la época de las órdenes, el señor Gatier se volvió de diácono a su país, llevándose mi cariño y mi agradecimiento. Hice por su felicidad votos que no fueron más escuchados que los que he hecho por mí mismo. Algunos años después supe que, siendo vicario de una parroquia, había tenido un hijo de una soltera, únicos amores que tuvo, a pesar de ser su corazón modelo de ternura. Esto fue un escándalo espantoso para una diócesis en que reinaba la mayor severidad. En buena regla, los clérigos no deben tener hijos sino de mujeres casadas. Por haber faltado a esta ley de conveniencia, fue preso, difamado y desterrado. Ignoro si en lo sucesivo habrá podido

rehabilitarse, pero el dolor que me causó su infortunio, grabado profundamente en mi alma, se renovó cuando escribí *Emilio;* y, fundiendo al abate Gatier con el abate Gaime, formé de esos dos dignos sacerdotes el original del vicario saboyano, y me lisonjeo de que la imitación no ha desvirtuado a sus modelos.

Durante mi permanencia en el seminario, el señor de Aubonne había tenido que salir de Annecy. Se le había ocurrido al señor intendente disgustarse porque aquél galanteaba a su mujer, lo cual equivalía a hacer como el perro del hortelano; pues, aunque la señora Corvezi era amable, el intendente se llevaba muy mal con ella; sus gustos ultramontanos la harían enteramente inútil para él, y la trataba tan brutalmente que se llegó a hablar de divorcio. El señor Corvezi era un hombre ruin, negro como un topo, ladrón como una urraca, y que a fuerza de vejaciones acabó por hacerse echar de su destino. Se dice que los provenzales se vengan de sus enemigos por medio de canciones; el señor de Aubonne se vengó del suyo componiendo una comedia, de que remitió un ejemplar a la señora de Warens, y ésta me lo enseñó. Leíla, me agradó y me dieron tentaciones de escribir una, para probar si sería tan estúpido como su autor me había calificado; pero no llevé a cabo mi propósito hasta que estuve en Chambéry, donde escribí *El amante de sí mismo.* Así, pues, cuando dije en el prólogo de esta comedia que la había escrito a los dieciocho abriles, cometí un error de algunos años.

Hacia esta época se refiere un hecho que tiene poca importancia en sí mismo, pero que ha tenido consecuencias para mí, por haber metido ruido cuando yo lo había olvidado. Salía yo una vez a la semana. A dónde iba, no creo que necesite decirlo. Un domingo, estando en casa de mamá, se incendió un edificio de los padres franciscanos, junto a la casa en que ella vivía. Aquel edificio estaba atestado de haces de leña seca. En breves instantes todo fue presa de las llamas, que pronto cubrieron nuestra casa, traídas por el viento, poniéndola en inminente peligro. Fue preciso desamueblar rápidamente, llevándolo todo al jardín que se hallaba situado debajo de mis antiguas ventanas, y al otro lado del arroyo que tengo mencionado. Me hallaba yo tan confuso, que tiraba por la ventana cuanto me venía a mano indistintamente, hasta un gran mortero de piedra que en cualquier otra ocasión hubiera levantado con trabajo, y, si no me hubiesen detenido, hubiera echado también un gran espejo. El bueno del obispo, que había venido a visitar a mamá, tampoco estuvo ocioso; llevósela al jardín, y allí se puso a rogar con ella y todos los que se hallaban presentes; de modo, que al llegar yo, pocos momentos después, vi a todo el mundo de rodillas, e hice como los demás. Durante la plegaria del santo varón, cambió la dirección del viento, mas tan bruscamente y tan a tiempo, que las llamas, que cubrían la casa y miraban ya por las ventanas, fueron llevadas al otro lado del patio, y la casa no sufrió ningún daño. Dos años después, habiendo muerto el señor de Bernex, los antoninos, sus antiguos hermanos, comenzaron a reunir los testimonios que podían servir para su beatificación. A ruego del padre Boudet, yo añadí a aquellos documentos un certificado del hecho que acabo de relatar, en lo cual obré bien; pero

hice mal en darlo por un milagro. Yo había visto al obispo orando, y durante su oración vi cambiar el viento con mucha oportunidad; he aquí lo que podía decir y certificar; pero no podía atestiguar que una de estas dos cosas fuese causa de la otra; eso no podía saberlo. Mas, por lo que puedo recordar de lo que pensaba entonces, sinceramente católico, obré de buena fe. Además, la afición a lo maravilloso, tan natural en el corazón humano, mi veneración hacia aquel virtuoso prelado, el secreto orgullo de haber quizá favorecido yo mismo el milagro, contribuyeron a seducirme; y es bien seguro que si hubiese sido efecto de las oraciones más ardientes, hubiera podido muy bien atribuirme una parte del mismo.

Más de treinta años después, cuando publiqué las *Cartas de la montaña*, el señor Fréron desenterró aquel certificado, no sé dónde, y se valió de él en sus escritos. Hay que confesar que fue un feliz descubrimiento, y la oportunidad me pareció a mí mismo muy grande.[21]

Estaba yo destinado a ser el desecho de todas las profesiones. Aunque el abate Gatier dio de mis adelantos el informe menos desventajoso que pudo, bien se veía que no eran proporcionados a mi trabajo, lo cual no alentaba a nadie a hacerme seguir los estudios.

Así es que el obispo y el superior se disgustaron y me devolvieron a la señora de Warens como un sujeto que ni siquiera servía para cura; «por lo demás, decían, es buen muchacho y nada vicioso», a pesar de lo cual, y de tantos calificativos desfavorables, ella no me abandonó.

Yo volví a casa con el libro de música en triunfo, por el partido que había sacado de él. El aria de *Alfeo y Aretusa* era casi todo lo que había aprendido en el seminario. Mi afición a este arte la hizo pensar en hacerme músico, y la ocasión era oportuna; entonces se dedicaba en su casa, lo menos un día a la semana, a dar pequeños conciertos, y el maestro de música de la catedral, que los dirigía, venía a verla muy a menudo. Era un parisiense llamado Le Maître,[22] buen compositor, vivaracho, divertido, joven aún, bien formado, no de gran capacidad, pero muy hombre de bien. Mamá me lo hizo conocer, yo me aficioné a él y no le desagradé. Se trató de la pensión, y quedaron convenidos. En conclusión: entré en su casa, donde pasé el invierno, tanto más agradablemente cuanto que, no distando la capilla más que unos veinte pasos de casa de mamá, en un momento nos llegábamos a verla, y todavía cenábamos juntos con frecuencia.

Como se comprenderá, la vida de la capilla, llena siempre de cantos y alegrías, con los músicos y los niños de coro me agradaba mucho más que la del seminario, con los padres de San Lázaro. Y no obstante, con ser más libre esta vida, no era menos uniforme y reglamentada. Yo había nacido para amar la independencia y no abusar nunca de ella. Durante seis meses no salí más que para ir a la iglesia o a ver a mamá, y ni siquiera tuve tentación de ir a ninguna otra parte. Este intervalo es uno de aquellos en que he vivido con la mayor tranquilidad, y que siempre he recordado con el mayor placer. En las diversas situaciones en que me he encontrado, algunas se

distinguen por un sentimiento tal de bienestar, que al recordarlas me parece que todavía me encuentro en ellas. No sólo recuerdo el tiempo, los lugares, las personas, sino hasta los objetos que nos rodeaban; la temperatura de la atmósfera, el olor, el color, cierto carácter local, cuya impresión sólo he sentido allí y cuyo vivo recuerdo me transporta nuevamente allí. Por ejemplo, cuanto en la capilla se ensayaba, cuando en el coro se cantaba, todo lo que allí se hacía, el bello y noble traje de los canónigos, las casullas de los sacerdotes, las mitras de los chantres, las facciones de los músicos, un anciano carpintero cojo que tocaba el contrabajo, un abate pequeñito, pelirrubio que tocaba el violín, la rota sotana que, después de haber dejado la espada, se ponía el señor Le Maître por encima de su traje seglar, y el magnífico sobrepelliz de tela fina que cubría los girones de la sotana para ir al coro; lo ufano que iba yo con mi clarinete a situarme en la orquesta, en la tribuna, para ejecutar un trozo de solo que el señor Le Maître había compuesto expresamente para mí; la buena comida que nos esperaba en seguida, el buen apetito que teníamos; este conjunto de objetos vivamente delineado en mi memoria me ha halagado mil veces tanto y más que en la realidad. Siempre he recordado con ternura mi trozo del *Conditor alme siderum*, que está en yambos, porque un domingo de adviento, desde la cama oí este himno que se cantaba antes del alba en las gradas de la catedral, según un rito de aquella iglesia. La señorita Merceret, doncella de mamá, sabía un poco de música; nunca olvidaré un motete *Afferte* que Le Maître me hizo cantar con ella y que su ama escuchaba con el mayor placer. En fin, todo, hasta la buena criada Petra, que era tan buena muchacha y a quien los chicos hacían rabiar tanto, todo, en el recuerdo de aquellos tiempos de ventura y de inocencia, viene a menudo a transportarme para luego entristecerme.

Vivía en Annecy hacía cerca de un año, sin que hubiese de mí la menor queja; todo el mundo estaba contento conmigo. Desde mi salida de Turín no había hecho ninguna tontería, y no cometí ninguna mientras estuve a la vista de mamá. Ella me guiaba siempre bien; mi cariño hacia ella había acabado por ser mi única pasión, y lo que prueba que no era una pasión loca, es que mi corazón formaba mi inteligencia. Cierto es que un sentimiento único, absorbiendo, por así decirlo, todas mis facultades, me dejaba en estado de no poder aprender nada, ni aun la música, a pesar de mis esfuerzos. Pero no era culpa mía; yo ponía de mi parte en el estudio toda mi asiduidad y la mejor voluntad. Estaba distraído, meditabundo y siempre suspirando: ¿qué había de hacer? Para que hiciese adelantos nada faltó por mi parte; pero tampoco me faltaba para cometer nuevas locuras más que algo que me las inspirase; la casualidad dispuso las circunstancias a propósito, y, como se verá, mi mala cabeza las aprovechó.

Una noche del mes de febrero, que hacía mucho frío, cuando estábamos todos arrimados a la lumbre, oímos llamar a la puerta de la calle. Petra toma la linterna, baja, abre: un joven entra con ella, sube, se presenta con naturalidad y saluda al señor Le Maître con brevedad y gracia, diciendo ser un músico francés a quien el mal estado de bolsa obliga a ir de ciudad en ciudad ofreciendo sus servicios a las capillas para seguir el camino. Al oír las palabras *músico francés*, el corazón le estalló de

gozo al buen Le Maître; amaba apasionadamente su país y su arte. Acogió benévolamente al pasajero, le ofreció la hospitalidad que tanto parecía necesitar, y éste la aceptó sin muchos cumplimientos. Yo estuve examinándole mientras se calentaba y charlaba esperando la cena. Era pequeño de estatura, pero ancho de espaldas; tenía un no sé qué de contrahecho, sin ninguna deformidad particular; era como una especie de jorobado sin joroba, y aun me parece que cojeaba un poco. Llevaba un traje negro más bien usado que viejo, que se le caía a pedazos, una camisa muy fina, pero muy sucia, unas elegantes mangas vueltas de flequillo, unos botines, en cada uno de los cuales le hubieran entrado ambas piernas, y, para resguardarse de la nieve, un sombrerito que podía llevar debajo del brazo. A pesar de este risible atavío había en su compostura un aire de nobleza que su semblante no desmentía, su fisonomía era agradable y revelaba finura: se expresaba muy bien y con facilidad, aunque con poca modestia. Todo contribuía a manifestar en él un joven libertino que había recibido una buena educación, y que no iba mendigando como un pobre, sino como un loco. Dijo llamarse Ventura de Villeneuve, que venía de París, que se había extraviado en el camino, y, olvidando un poco su papel de músico, añadió que iba a Grenoble a ver a un pariente que tenía en el Parlamento.

Durante la cena se habló de música, y lo hizo con mucho acierto. Tenía noticia de todos los artistas notables, de todas las obras célebres, de todos los cantantes, de todas las mujeres hermosas, de todos los grandes personajes. De cualquier asunto de que se tratara parecía estar al corriente; pero así que se había entablado la conversación, la embrollaba con alguna salida libre que hacía reír y olvidar lo que se trataba. Era sábado y al día siguiente había música en la catedral; el señor Le Maître le dijo si quería cantar. «Con mucho gusto», respondió. Le preguntó qué voz tenía y contestó que «de barítono»; y, sin añadir palabra, pasó en seguida a hablar de otra cosa. Antes de ir a la iglesia, le ofrecieron su papel para que se preparara, y ni siquiera quiso mirarlo. Al ver esta fanfarronada, el señor Le Maître me dijo al oído: «Vais a ver cómo no sabe una nota de música». «Mucho lo temo», repliqué, y les seguí con gran zozobra. Cuando empezaron, el corazón me latía fuertemente, porque aquel joven me inspiraba un interés extraordinario.

Pronto, empero, tuve motivo para tranquilizarme, porque cantó sus dos trozos a solo con toda la precisión y buen gusto imaginables, y, lo que es más, con muy buena voz. Pocas veces he tenido una sorpresa tan agradable. Acabada la misa, Ventura fue objeto de mil elogios y felicitaciones por parte de los canónigos y de los músicos, a los que respondía con bromas algo libres, pero siempre con mucha gracia. El señor Le Maître le abrazó con efusión, yo hice otro tanto, y pareció que se alegraba de verme tan contento.

Cualquiera convendrá conmigo en que, habiéndome prendado de Bacle, que, en resumidas cuentas, no pasaba de ser un aldeano, era muy fácil que me entusiasmara con Ventura, que había recibido una buena educación, que tenía conocimientos, ingenio, trato social, y que podía ser considerado como un libertino amable. Esto es

precisamente lo que me sucedió, como creo que le hubiera pasado a cualquier otro joven que se hubiese hallado en mi lugar, tanto más fácilmente cuanto más tacto hubiese tenido para apreciar el mérito y más gusto para aficionarse a él; porque tenía mérito sin duda alguna, sobre todo uno muy raro a su edad, el de no apresurarse a poner de manifiesto sus prendas. Cierto es que se jactaba de saber muchas cosas que ignoraba; pero en cuanto a las que sabía, y no eran pocas, nunca las sacaba a relucir: esperaba la ocasión oportuna, y entonces las hacía valer, aunque sin empeño, lo cual producía gran efecto. Y como a cada nueva dote que revelaba se detenía, sin mostrar las demás, nunca se sabía cuándo las acabaría de manifestar todas. Chancero, jocoso, inagotable, seductor en la conversación, sonriendo siempre sin reír jamás, decía con tanta gracia las cosas más groseras que todo lo hacía pasar. Las mujeres, aun las más modestas, no sabían darse cuenta de cómo le permitían tanta libertad. Por más que conociesen que era su deber enfadarse, no podían hacerlo. Lo que él necesitaba eran mujeres de costumbres licenciosas, y me parece que no había nacido para hacer conquistas sino para hacer las delicias de la sociedad en que se encontrase. Difícil era que, adornado de tan bellas cualidades, en un país donde se reconocen y se estiman, permaneciera mucho tiempo en la esfera de los músicos.

Aunque más vivo y más duradero, mi cariño por Ventura, como más razonable en su causa, fue menos extravagante en sus efectos que el que tuve a Bacle. Me agradaba verle y oírle; hallaba excelente cuanto él hacía; su voz era para mí la de un oráculo; pero mi pasión no me llevaba al extremo de no poder vivir sin él. Tenía allí cerca un gran preservativo contra tal exceso. Por otra parte, comprendiendo que sus máximas eran magníficas para él, conocía instintivamente que para mí no servían; yo necesitaba otra clase de placeres, que él ni siquiera sospechaba, y de que yo me guardaba muy bien de hablarle, seguro de que había de burlarse de mí. Con todo, hubiera deseado aliar esta adhesión con la que me dominaba. Yo hablaba de él a mamá con entusiasmo; Le Maître le elogiaba; así es que consintió en que se lo presentásemos. Mas esa entrevista no fue satisfactoria; él la juzgó presumida, ella lo juzgó libertino, y alarmada de que yo tuviese semejante amistad, no sólo me prohibió que volviese a conducirlo a su casa sino que me hizo una descripción tan enérgica de los peligros a que me exponía acompañando a ese joven, que traté de no entregarme a su amistad; en breve nos vimos separados, para bien de mi cabeza y mis costumbres.

Le Maître tenía los gustos propios de los que cultivan su arte; era aficionado al vino. Sin embargo, era sobrio en la mesa; pero trabajando en su gabinete, había de beber forzosamente. Su criada lo sabía tan bien, que tan luego como preparaba el papel para componer y cogía el violoncelo, llegaban el jarro y el vaso y el primero se renovaba de cuando en cuando. Sin hallarse jamás completamente ebrio, estaba casi siempre bebido; y era una verdadera lástima en un hombre de bien a carta cabal, y tan festivo que mamá le llamaba *el gatito.* Desgraciadamente tenía mucho cariño a su arte, trabajaba mucho y bebía de la misma manera. Esto comenzó por atacar su salud, y al fin llegó a resentirse su carácter; a veces estaba de un humor receloso y

sobremanera susceptible. Incapaz de cometer la menor grosería ni de faltar a ninguno, jamás dijo una mala palabra a nadie, ni aun a los niños del coro; pero también exigía que nadie le faltase, lo cual era muy justo. Lo malo era que, no teniendo gran penetración, no discernía los tonos ni los caracteres y a menudo se amoscaba por una minucia.

El antiguo cabildo de Ginebra, en que tenían a honra entrar tantos príncipes y prelados en otro tiempo, ha perdido su primitivo esplendor en el destierro, pero ha conservado su arrogancia. Para poder entrar en él es necesario ser gentilhombre o doctor de la Sorbona; y, si hay orgullo perdonable, después del que se funda en el mérito personal, es el que motiva el nacimiento. Ademas, los sacerdotes que tienen seglares a sueldo, los tratan generalmente con bastante altanería. Así trataban los canónigos con sobrada frecuencia al pobre Le Maître. Sobre todo el chantre, llamado el abate de Vidonne, que por lo demás, era un hombre muy cumplido, pero harto pagado de su nobleza, no siempre tenía con él los miramientos que sus prendas merecían, y el otro no sufría con resignación tales desdenes. Aquel año, durante la Semana Santa, tuvieron un altercado más vivo que de ordinario en una comida de regla que daba el obispo a los canónigos y a que siempre estaba invitado Le Maître. El chantre le hizo algún desaire, y le dijo alguna palabra dura que no pudo digerir, y desde aquel instante tomó la resolución de largarse a la noche siguiente; y nada fue capaz de hacerle desistir, aunque la señora de Warens, de quien fue a despedirse, no escaseó medio alguno para apaciguarlo. No quiso renunciar al placer de vengarse de aquellos tiranos, poniéndolos en un aprieto en las fiestas de Pascua de Resurrección, en cuya época era más necesario. Pero lo que le apuraba más eran sus obras musicales, que quería llevarse, y esto no era muy fácil, porque llenaban una caja bastante grande y muy pesada que no se podía llevar debajo del brazo.

Mamá hizo lo que yo hubiera hecho y lo que haría aún hoy mismo. Después de hacer en vano cuanto pudo para retenerle, viéndole resuelto a partir a toda costa, tomó el partido de ayudarle en cuanto le fuese posible. Casi me atrevo a decir que era un deber que ella tenía. Le Maître se había consagrado, por así decirlo, a su servicio. Ya se tratase de cosas de su arte, ya en punto a atenciones, siempre le tenía a sus órdenes, y el gusto con que la servía daba nuevo realce a su condescendencia. Por tanto, no hacía más que pagar a un amigo en una situación crítica, lo que él había hecho por ella en detalle durante tres o cuatro años, aunque para llenar semejantes deberes su corazón no necesitaba recordar que estaba obligado a ello. Me llamó a mí y me encargó que siguiera a Le Maître lo menos hasta Lyon, y que permaneciera a su lado todo el tiempo que me necesitara. Posteriormente me confesó que había entrado por mucho en este arreglo el deseo de alejarme de Ventura. Consultó con Claudio Anet, su fiel criado, acerca del modo de llevar la caja, y éste fue de parecer que, en vez de tomar una acémila en Annecy, que indudablemente nos descubriría, era preciso sacar la caja a brazos cuando fuese de noche, llevarla hasta cierta distancia y alquilar un asno en algún pueblo para transportarla hasta Seyssel, donde, una vez en

territorio francés, ya no correríamos ningún riesgo. Éste fue el consejo que siguió: salimos a las siete de aquella misma noche, y mamá, so pretexto de pagar el gasto que me correspondiese, reforzó el bolsillo del pobre *gatito* con un aumento que no le fue seguramente inútil. Claudio Anet, el jardinero y yo llevamos la caja como pudimos hasta el pueblo más cercano, donde nos relevó un asno, y aquella misma noche llegamos a Seyssel.

Ya creo haber hecho notar que hay ocasiones en que me parezco tan poco a mí mismo, que cualquiera me tomaría por otro enteramente distinto. Ahora se presenta un ejemplo de ello: El señor Reydelet, cura párroco de Seyssel, era canónigo de San Pedro, por consiguiente, conocido de Le Maître, y una de las personas de quienes más debía ocultarse. Pues bien, mi parecer fue que, por el contrario, fuésemos a visitarle y le pidiésemos hospitalidad bajo cualquier pretexto, como si estuviésemos allí con el beneplácito del cabildo. A Le Maître le agradó la idea, porque hacía chistosa y burlona su venganza. Por consiguiente, nos presentamos con la mayor audacia al señor Reydelet, quien nos acogió muy bien.

Le Maître le dijo que iba a Bellay, a ruego del obispo, a dirigir la música en las Pascuas, y que contaba volver a los pocos días; y yo, a favor de esta mentira, le endilgué otras muchas con tanta naturalidad, que al señor Reydelet le pareció que yo era un muchacho muy gracioso, y me hizo mil caricias. Allí estuvimos regaladamente y tuvimos buenas camas. El señor Reydelet no sabía cómo obsequiarnos, y nos despedimos quedando los más amigos del mundo y con promesa de que a la vuelta nos detendríamos más tiempo. Apenas estuvimos solos, cuando soltamos el trapo a la risa, y confieso que aún me dan impulsos de reírme cuando pienso en ello, porque difícilmente puede imaginarse una travesura mejor sostenida ni más afortunada. Ella sola hubiera bastado para alegrarnos toda la jornada, si el señor Le Maître, que no dejaba de beber y hacer de las suyas, no se hubiese visto dos o tres veces acometido de un ataque que sufría con frecuencia, y que se parecía mucho a la epilepsia. Esto me puso en apuros que me tuvieron en continuo sobresalto, de los que resolví salir del paso como pudiera.

Como habíamos dicho al señor Reydelet, fuimos a pasar las Pascuas en Bellay, donde, aunque no nos esperaban, fuimos acogidos por el maestro de música y por todo el mundo de muy buen grado. Le Maître gozaba de una reputación envidiable entre sus compañeros de arte, y era muy merecida. El maestro de música de Bellay le dio a conocer sus mejores obras, y procuró lograr la aprobación de juez tan competente, porque, además de ser perito, Le Maître era equitativo, sin tener nada de envidioso ni adulador. Era tan superior a todos los demás maestros de música de provincia, y ellos mismos estaban tan penetrados de ello, que más bien le consideraban como a su jefe que como a su colega.

Después de haber pasado en Bellay tres o cuatro días muy agradablemente, seguimos el camino sin otro accidente que los ya mencionados. Llegados a Lyon, fuimos a hospedarnos a Nuestra Señora de la Piedad, y, mientras esperábamos la caja,

que gracias a otra mentira habíamos embarcado en el Ródano, con la ayuda de nuestro buen patrón el señor Reydelet, Le Maître visitó a sus conocidos, entre ellos al padre Caton, franciscano, de quien tendremos que hablar más adelante, y al abate Dortan, conde de Lyon. Uno y otro le recibieron bien, pero le hicieron traición como vamos a verlo: su buena estrella se había eclipsado al salir de casa del cura Reydelet.

Dos días después de nuestra llegada a Lyon, en el momento en que pasábamos por una callejuela no distante de nuestra posada, le acometió a Le Maître uno de sus ataques, pero esta vez fue tan violento que yo me sobrecogí de espanto. Grité, pedí socorro, dije dónde vivía y supliqué que le hicieran llevar allá; luego, mientras se reunía gente y se agrupaba alrededor de un hombre que había caído en medio de la calle sin sentido, y echando espuma por la boca, éste fue abandonado por el único amigo con quien hubiera debido contar. Aproveché la ocasión en que nadie se acordaba de mí: volví la primera esquina de la calle, y desaparecí. A Dios gracias, he salido de esta tercera y penosa confesión. Si me quedaran muchas que hacer semejantes a ésta, abandonaría el trabajo comenzado.

De cuanto hasta ahora he dicho han quedado algunas huellas en todos los lugares donde he vivido; mas lo que tengo que decir en el Libro siguiente es casi enteramente ignorado. Son las mayores extravagancias de mi vida, y es una verdadera suerte que no hayan acabado peor. Pero mi cabeza, templada conforme a un instrumento extraño, estaba fuera de su diapasón, y lo recobró por sí misma; entonces cesaron mis locuras, o a lo menos fueron más conformes con mi carácter. Esta época de mi juventud es aquélla de que tengo una idea más confusa. Casi nada tuvo lugar entonces que interesase bastante a mi corazón para que haya conservado un recuerdo vivo, y es difícil que con tantas idas y venidas, con tantos cambios sucesivos, no haya algunas trasposiciones de tiempos o de lugares. Escribo enteramente de memoria, sin documentos y sin materiales que me la puedan recordar.

Hay acontecimientos en mi vida que tengo tan presentes como si acabasen de ocurrir; pero también hay lagunas y vacíos que no puedo llenar sino con relatos tan confusos como los recuerdos que me han quedado. Por consiguiente, puedo haber cometido algunos errores, y aun puede ser que en adelante los cometa acerca de hechos de poca monta, hasta la época en que tengo noticias más seguras de mí mismo; mas en cuanto a lo que verdaderamente importa, estoy seguro de ser exacto y fiel, como procuraré siempre serlo en todo: he ahí lo que se puede dar por seguro.

Tan luego como me hube desprendido del señor Le Maître, tomé decididamente el partido de volver a Annecy. La causa y el misterio de aquel viaje habían encaminado todo mi pensamiento a procurar la seguridad de nuestra retirada, y este interés me había distraído durante algunos días de lo que me hacía volver atrás; pero, desde el momento en que la seguridad me permitió tranquilizarme, recobró su lugar el sentimiento dominante. Nada me halagaba, nada me tentaba, no tenía más deseo que el de volver al lado de mamá. La ternura y la verdad de mi cariño hacia ella habían desarraigado de mi alma todos los proyectos imaginarios, todos los delirios de la

ambición. No veía ya otra felicidad que la de vivir a su lado, y no daba sin dolor un solo paso que contribuyese a alejarme de ella. Así, pues, tan pronto como me fue posible, volvíme sin vacilar un momento. Tan rápida fue mi vuelta y tan lleno estaba mi espíritu con su idea, que, a pesar de recordar con tanto placer todos mis demás viajes, no tengo de éste el menor recuerdo, nada de él tengo presente más que mi salida de Lyon y mi llegada a Annecy. ¡Considérese, sobre todo, si esta última época se habrá borrado de mi memoria! A mi llegada, no encontré a la señora de Warens: había salido para París.

Nunca he sabido bien el objeto de aquel viaje. Estoy seguro de que me lo habría dicho si yo la hubiera instado a ello; pero no creo que tenga nadie menos curiosidad que yo por saber los secretos de sus amigos: mi corazón, ocupado todo con el presente, se llena de él por completo y, fuera de los placeres pasados, que son en adelante mis únicos goces, no queda en él un solo rincón vacío para lo que ya no existe. Cuanto he podido entrever en lo poco que me dijo sobre este viaje es que, con la revolución ocurrida en Turín tras la abdicación del rey de Cerdeña, temió quedar olvidada; y, a favor de las intrigas del señor de Aubonne, quiso probar si podría obtener el mismo beneficio de la corte de Francia, donde me había dicho varias veces que lo hubiera preferido, porque el cúmulo de asuntos importantes hace que no se vea uno tan desagradablemente vigilado. Si así es, parece extraño que a su vuelta no le pusiesen peor cara y que siempre haya recibido su pensión sin interrupción alguna. Muchas personas han creído que le fue encomendada una misión secreta, ya por parte del obispo, que tenía entonces asuntos pendientes en la corte de Francia, adonde se vio obligado a ir él mismo, ya por alguien más poderoso, que supo procurarle un feliz regreso. Lo seguro, si así sucedió, es que la embajadora no fue mal escogida, y que, joven y bella todavía, tenía todas las condiciones necesarias para salir airosa en una negociación.

Libro cuarto

1731-1732

Llego y no la encuentro. ¡Júzguese cuál sería mi sorpresa y mi dolor! Entonces fue cuando empecé a arrepentirme de haber abandonado cobardemente al señor Le Maître, y fue mayor mi pesar cuando supe la desgracia que había caído sobre él. Su caja de música, que contenía toda su fortuna, aquella preciosa caja salvada con tanto trabajo, había sido detenida al llegar a Lyon, gracias a la diligencia del conde de Dortan, a quien el cabildo había hecho escribir participándole esta sustracción furtiva. En vano había reclamado Le Maître lo que constituía su fortuna y su único medio de ganarse la subsistencia, el trabajo de toda su vida. La propiedad de aquella caja estaba cuando menos en litigio; pero no hubo litigio. La cuestión quedó resuelta al instante por la ley del más fuerte, y el pobre Le Maître perdió así el fruto de su talento, el trabajo de su juventud y el recurso de su ancianidad.

Nada faltó para hacer más abrumador el golpe que recibí. Pero me hallaba en una edad en que los pesares dejan poca huella, y no tardé en procurarme yo mismo algún consuelo. Esperaba tener en breve noticias de la señora de Warens, aunque ignoraba su paradero y ella no sabía mi regreso; y en cuanto a mi deserción, bien considerado, no la hallaba tan culpable. Había ayudado a Le Maître durante su retirada, y éste era el único servicio que podía prestarle. Si hubiese permanecido con él en Francia, no le hubiera curado su enfermedad, no hubiera podido salvar su caja, ni hubiera hecho otra cosa que aumentar sus gastos sin poder servirle de nada. He aquí cómo pensaba entonces, ahora pienso de muy distinta manera. Una mala acción que cometemos no nos atormenta inmediatamente sino mucho tiempo después, porque su recuerdo no se extingue.

Lo mejor que podía hacer para obtener noticias de mamá era esperarlas. ¿Cómo había de hallarla en París? Y además, ¿con qué había de hacer el viaje? No había lugar más seguro que Annecy para averiguar tarde o temprano dónde estaba; por consiguiente, allí me quedé, pero me porté bastante mal. No fui a ver al obispo, que me había protegido y todavía podía protegerme; como ya no estaba mamá para auxiliarme, temía sus reprensiones por nuestra evasión. Menos aun pensaba en acercarme al seminario; ya no estaba allí el señor Gros. No vi a ninguna persona conocida; sin embargo, de buena gana hubiera visitado a la señora intendenta, pero no pude atreverme. Aun hice peor que todo esto; hallé otra vez a Ventura, en quien, a pesar de todo mi entusiasmo, ni siquiera había pensado desde mi salida de Annecy. Halléle radiante y festejado por todas partes; las damas se lo disputaban. Aquel éxito acabó de trastornarme la cabeza, y ya no vi sino a Ventura, y por poco éste me hizo olvidar a la señora de Warens. Para aprovechar mejor sus lecciones, le propuse, cosa

que admitió, de compartir su albergue. Estaba alojado en casa de un zapatero, hombre divertido y chocarrero, que, en su dialecto, no daba a su mujer otro nombre que el de *gorrina,* y a la verdad lo merecía bastante. A cada momento tenían altercados que Ventura procuraba prolongar fingiendo querer apaciguarlos. Con la mayor sangre fría les dirigía, en su acento provenzal, algunas palabras que producían el mayor efecto, dando lugar a escenas capaces de hacernos desternillar de risa. Así pasaba sin sentir toda la mañana; a las dos o las tres, tomábamos un bocado; Ventura se iba a sus reuniones, donde cenaba, y yo a pasearme solo, meditando sobre lo mucho que él valía, admirando, codiciando su raro talento, y maldiciendo mi mala estrella que me negaba aquella dichosa vida. ¡Ah, qué malamente juzgaba! La mía hubiera sido mil veces más hermosa, si yo hubiera sido menos simple y hubiese sabido aprovecharla mejor.

La señora de Warens se había hecho acompañar solamente por Claudio, y había dejado a Merceret, la doncella de que he hablado, a quien hallé ocupando todavía la vivienda de su ama. La señorita Merceret era una joven un poco mayor que yo, no hermosa, pero sí bastante agradable; una buena friburguesa sin malicia, en quien no observé otro defecto que el de ser a veces un poco rebelde con su ama. Yo iba a menudo a visitarla; era una antigua conocida que me recordaba otra más querida, lo cual me hacía quererla. Tenía varias amigas, entre ellas una ginebrina, llamada la señorita Giraud, que, por culpa de mis pecados, tuvo el capricho de prendarse de mí. Continuamente rogaba a Merceret que me llevase a su casa; yo me dejaba conducir, pues quería bastante a esta última y allí encontraba a otras jóvenes que no me desagradaban. En cuanto a la señorita Giraud, que me hacía toda clase de arrumacos, me causaba una aversión profunda. Cuando me acercaba a la cara su negro y seco hocico embadurnado de rapé, me acometían los más violentos deseos de escupirle; pero la soportaba con paciencia. Fuera de esto, me hallaba perfectamente en compañía de aquellas muchachas; y ya fuese para agradar a la Giraud, ya por mí mismo, el caso es que todas me festejaban a porfía. Yo en todo esto no veía más que amistad. Después he comprendido que habría dependido de mí el que hubiera algo más, pero no me daba cuenta de ello ni lo pensaba siquiera.

Por otra parte, las costureras, las doncellas y las tenderillas me tentaban poco; yo necesitaba señoritas. Cada cual tiene sus manías; ésta ha sido siempre la mía; y en este punto no pienso como Horacio. Pero no se crea por esto que me atraiga la vanidad de la posición y de la jerarquía, sino la tez mejor conservada, las manos más bellas, más gracia en el vestir, cierto aire de finura y limpieza en toda la persona, un gusto más delicado en el habla y en el arreglo, vestidos más elegantes, un calzado más bonito, cintas, encajes y un peinado más lindo. Siempre preferiría la menos bonita, como reuniese mejor estas cualidades. Confieso que yo mismo hallo ridícula esta preferencia, pero la siente mi corazón a pesar mío.

¡Pues bien! Se me presentó también la ocasión de satisfacer este capricho, y sólo de mí dependió el aprovecharme de ella. ¡Cuánto me gusta volver de vez en cuando a

los momentos agradables de mi juventud! ¡Fueron tan dulces! ¡Fueron tan breves, tan raros, y los disfruté a tan poca costa, que su solo recuerdo inunda mi corazón de una voluptuosidad pura, de la cual necesito para reanimar mi valor y conllevar los achaques de mis años!

Un día la aurora me pareció tan hermosa que, vistiéndome precipitadamente, me lancé al campo para presenciar la salida del sol. Gocé de este placer en todo su encanto. Esto fue una semana después de San Juan. La tierra, adornada con todas sus galas, estaba cubierta de verdor y flores; los ruiseñores, en lo más alto del ramaje, se complacían en reforzarlo. Todos los pájaros despedíanse a coro de la primavera; saludaban el alba de un hermoso día de verano, de uno de esos bellos días que ya no se gozan a mi edad y que no se han visto nunca en el triste suelo donde vivo ahora.

Habíame alejado insensiblemente de la ciudad, el calor aumentaba y yo marchaba por la sombra de un valle a lo largo de un riachuelo. De pronto oí detrás de mí pisadas de caballos y voces de muchachas que parecían hallarse en algún apuro, lo cual no les impedía reír bulliciosamente. Me volví; oí que me llamaban por mi nombre; me acerqué y encontréme con dos jóvenes conocidas mías, la señorita de Graffenried y la de Galley, que, no siendo jinetes excelentes, no sabían cómo componérselas para obligar a sus cabalgaduras a pasar el río.

La de Graffenried era una joven hermosa, muy amable, que hallándose expatriada por causa de alguna locura propia de su edad, había imitado a la señora de Warens, en cuya casa la había visto yo algunas veces, pero que, no teniendo una pensión como ella, había sido harto afortunada pudiendo ampararse en la señorita Galley, que había rogado a su madre que se la tomase por compañera mientras no encontrara medio de colocarse. La de Galley, que tenía un año menos que ella, era más hermosa todavía; tenía un no sé qué de mayor distinción, de más delicadeza; al mismo tiempo era más niña y físicamente más adulta, lo cual constituye el momento más favorable para una joven. Ambas se amaban con la mayor ternura, y el buen carácter de ambas debía prolongar indefinidamente su amistad, si no venía a estorbarla algún amante. Dijéronme que iban a Toune, antiguo castillo de la señora Galley, e imploraron mi socorro para hacer pasar sus caballos, no pudiéndolo hacer por sí solas. Yo quise valerme del látigo; pero temieron por mí que me alcanzara alguna coz, y por ellas los saltos de los caballos. Entonces me valí de otro medio, y fue tomar por la rienda el de la señorita Galley y llevarlo así hasta pasado el riachuelo, con lo cual siguió el otro fácilmente, y yo me mojé hasta media pierna. Esto hecho, quise despedirme, yéndome como un bendito, mas ellas se dijeron algunas palabras en voz baja, y la señorita de Graffenried, dirigiéndose a mí, dijo: «¡Oh, no, no, señor, no nos dejaréis de este modo! Os habéis mojado por nuestra causa; por consiguiente, estamos obligadas a facilitaros el medio de poderos secar; es preciso, si no os molesta, que vengáis con nosotras, os hacemos prisionero». A mí me dio un vuelco el corazón, y consulté el rostro de la señorita Galley. «Sí, sí —añadió ésta riendo al ver mi gesto azorado—, prisionero de guerra; montad a la grupa de su caballo; queremos dar

cuenta de vuestra conducta». «Pero, señorita, yo no tengo el honor de conocer a vuestra señora madre; ¿qué va a decir cuando me vea?». «Su madre, repuso la de Graffenried, no está en Toune, estamos solas; volvemos al anochecer y volveréis con nosotras».

Estas palabras me produjeron un efecto tan rápido como el de la electricidad. Temblaba de gozo al lanzarme sobre el caballo de la señorita de Graffenried; y cuando fue preciso abrazarme a ella para sostenerme, el corazón me latía con tanta fuerza que ella lo notó, y me dijo que a ella le latía también por el miedo de caerse; esto en mi posición casi era invitarme a examinarlo, mas no me atreví, y durante la travesía mis brazos ciñeron su cintura, algo apretados en verdad, pero sin moverse un instante. Mujer habrá que al leer esto me daría de bofetones, y tendría sobrada razón.

La alegría que reinaba en esa excursión y la charla de aquellas dos niñas aguzaron la mía de tal modo que hasta la noche, y mientras estuvimos reunidos, no callamos un momento. Hallábame tan a gusto, que mi lengua hablaba tanto como mis ojos, aunque no dijese lo mismo. Solamente los breves instantes en que me quedaba a solas con una de las dos, la conversación se hacía algo más dificultosa; mas la que se hallaba ausente venía en seguida y no nos dejaba tiempo para vencer aquella dificultad.

Llegados a Toune almorzamos, después de haberme secado. Luego fue preciso preparar la comida. Ellas, mientras hacían la cocina, besaban de cuando en cuando a los hijos de la granjera, y el pobre marmitón tenía que mirarlo tascando el freno. Habían enviado provisiones de la ciudad y tenían con qué disponer una excelente comida, sobre todo en punto a golosinas; pero desgraciadamente habían olvidado el vino. Esto no era de extrañar tratándose de una comida para jóvenes que apenas lo bebían; pero a mí me contrarió porque había contado un poco con él para animarme. También ellas lo sintieron, quizá por la misma razón, aunque no lo creo. Su alegría viva y simpática era la inocencia misma; y, además, ¿qué habrían hecho de mí entre las dos? Enviaron a buscar vino por todos los alrededores y no pudo encontrarse, tan pobre y sobria es la gente de aquel país. Como ellas me encarecieron cuánto lo sentían, yo les dije que no valía la pena y que no tenían necesidad del vino para embriagarme. Ésta fue la única galantería que me atreví a decirles en todo el día; aunque yo creo que las picarillas veían muy bien que la tal galantería era una realidad.

Comimos en la cocina de la granja, sentadas las dos amigas en bancos, una a cada lado de una larga mesa, y su huésped en un escabel de tres pies, en la cabecera. ¡Qué comida! ¡Qué recuerdo tan lleno de satisfacciones! ¿Por qué correr desalado en busca de otros placeres, pudiendo gozarlos a tan poca costa? Ninguna de esas cenas galantes que tienen lugar en ciertas casas de París puede compararse con aquella comida, no ya por el buen humor que reinó en ella, por la dulce alegría, sino por la misma sensualidad.

Acabada la comida, hicimos una economía: en vez de tomar el café que nos había

sobrado del almuerzo, lo guardamos para saborearlo con la crema y los pastelillos que habían traído; y para excitar el apetito, fuimos a poner fin a la comida comiendo cerezas en el huerto. Yo me encaramé al árbol y les tiraba manojitos de cerezas, cuyos huesos me devolvían al través de las ramas. Hubo una ocasión en que la señorita Galley, avanzando el delantal e inclinando atrás la cabeza, se presentó tan bien y yo apunté con tanto acierto, que le dejé caer un manojito en el seno; ¡cuánto no nos reímos con eso! Yo decía para mis adentros: «Lástima que mis labios no sean también cerezas, que de buena gana se los echaría de la misma manera».

Así pasamos el día retozando con la mayor libertad; y siempre con la mayor decencia. No se oyó una sola frase de doble sentido, ni se hizo la menor broma atrevida. Y esta discreción no nos la imponíamos, sino que surgía naturalmente; era el eco de nuestros corazones. En fin, tal fue mi modestia (otros dirían mi simpleza), que la mayor libertad que se me escapó fue la de besar una sola vez la mano de la señorita Galley. Verdad es que nuestra situación daba más precio a este pequeño favor. Nos hallábamos solos, yo respiraba con dificultad, ella tenía los ojos bajos; mis labios en vez de encontrar palabras, no supieron más que estamparse en su mano, y ella la retiró despacio luego de besada, dirigiéndome una mirada que no respiraba enojo. No sé qué hubiera podido decirle, pero entró su amiga, que por cierto en este momento me pareció fea.

Al fin se acordaron de que no convenía esperar la noche para volver a la ciudad, y sólo nos quedaba el tiempo preciso para el camino si queríamos llegar de día; por eso nos apresuramos a partir, yendo en la misma forma que habíamos venido. Si yo me hubiese atrevido, habría permutado, porque la mirada de la señorita Galley me había conmovido hondamente; pero no tuve valor para proponerlo, y a ella no le correspondía. Al volver, camino de la ciudad, íbamos lamentando que se acabase el día; aunque en vez de hallar que había sido corto, estuvimos conformes en que habíamos encontrado el secreto de prolongarlo por medio de las diversiones que habíamos sabido proporcionarnos.

Dejélas poco más o menos en el mismo sitio donde nos habíamos reunido. ¡Con cuánto sentimiento nos separamos! ¡Con cuánto buen deseo nos propusimos volver a vernos! Doce horas que pasamos juntos valían tanto como siglos de familiaridad. Nada les costaba el dulce recuerdo de aquella jornada a esas amables niñas; el tierno lazo que nos unía a los tres valía tanto como otros placeres más vivos, con los cuales no hubiera subsistido; nos amábamos sin vergüenza y sin misterio, y así queríamos amarnos siempre.

La inocencia de las costumbres tiene también su voluptuosidad, que bien equivale a la otra, porque carece de intervalos y es constante. En cuanto a mí, sólo diré que el recuerdo de un día tan hermoso me es más grato, más conmovedor, se despierta más frecuentemente en mi espíritu, que el de cualquier otro placer que haya gozado en la vida. Aquellas jóvenes me interesaban vivamente, sin que yo mismo me pudiese dar cuenta del móvil de tan tierno afecto. No digo que si hubiese podido escoger, hubiera

dividido mi corazón entre ellas, porque me sentía algo más inclinado a una que a otra. Ser el amante de la de Graffenried hubiera sido mi dicha; pero me parece que, a estar en mi mano, la hubiera preferido por confidenta. Como quiera que sea, al despedirme de ellas me parecía que ya no podría vivir sin las dos. ¡Quién había de decirme que no las vería más en la vida, y que allí morirían nuestros efímeros amores!

Los que esto lean no dejarán de reírse de mis aventuras amorosas, viendo que, después de tantos preliminares, las que van más allá acaban con un beso en una mano. ¡Oh, lectores míos, no os dejéis engañar por este solo hecho! Quizá he gozado yo más en mis amores terminados con un beso en la mano, que vosotros en los vuestros, al comenzarlos, al menos, por allí.

Ventura, que se había acostado muy tarde la víspera, entró poco después de mí. Esta vez no le vi con tanto gusto como de costumbre, y me guardé muy bien de explicarle cómo había pasarlo el día. Aquellas señoritas me habían hablado de él con menosprecio, y me habían parecido bastante descontentas de saber que me hallaba en tan malas manos; esto lo rebajó mucho en mi concepto; y además, todo cuanto me distrajera de ellas no podía serme agradable. Sin embargo, pronto me hizo pensar en él, y en mí mismo, recordándome mi situación. Era demasiado crítica para que pudiese seguir así. Aun cuando mis gastos fuesen muy reducidos, mi escaso peculio se agotaba, y yo no tenía ningún recurso. No se recibían noticias de mamá; no sabía qué hacer, y me oprimía cruelmente el corazón ver al amigo de la señorita Galley reducido a la mendicidad.

Ventura me dijo que había hablado de mí al señor teniente-juez, con quien me llevaría a comer al día siguiente; que era un hombre que podía favorecerme por sus buenas relaciones; hombre, por otra parte, de agradable trato, de ingenio, y que tenía estudios; hombre de muchas prendas y que sabía apreciarlas en los demás; luego, mezclando, como de costumbre, las mayores frivolidades con las cosas más serias, me enseñó unas graciosas coplas, venidas de París, adaptadas a la melodía de una ópera de Mouret que a la sazón se representaba. Estas coplas agradaron tanto al señor Simon (éste era el nombre del teniente-juez), que quiso escribir otras, sobre el mismo tema; había dicho a Ventura que también él hiciese algunas; y éste tuvo el capricho de inducirme a que también yo escribiera otras, con el objeto, dijo, de que al día siguiente se viesen aparecer las coplas como las parihuelas de la Novela Cómica.

No pudiendo conciliar el sueño por la noche, compuse las coplas como pude. Para ser las primeras que hice, salieron bastante regulares, y mejores, o a lo menos hechas con más gusto que lo habrían sido la víspera, por ser el tema una situación muy tierna, para la cual me hallaba predispuesto. A la mañana siguiente enseñé a Ventura mis versos, y, hallándolos bonitos, se los metió en el bolsillo, sin decirme si había hecho los suyos.

Fuimos a comer a casa del señor Simon, que nos hizo muy buena acogida. La conversación fue agradable, como no podía menos de ser entre dos hombres de ingenio que habían leído mucho y con provecho. Yo desempeñaba mi papel a las mil

maravillas, escuchando y callando. Ni uno ni otro hablaron de las coplas, y yo tampoco; y nunca, que yo sepa, se habló de las mías.

Parece que al señor Simon le agradó mi porte, y poco más o menos fue todo lo que vio de mí en aquella entrevista. Me había visto ya diferentes veces en casa de la señora de Warens, sin que fijara en mí su atención. Puede decirse que de aquella comida dató nuestro conocimiento, que de nada me sirvió, respecto al motivo que me impulsó a adquirirlo, pero con el que logré otras ventajas que me lo recuerdan agradablemente.

Estaría mal que no hiciese su retrato, pues por su calidad de magistrado y por el ingenio de que se envanecía, nadie podría figurárselo. Seguramente no tenía dos pies de estatura. Sus piernas rectas, delgadas y aun bastante largas, le hubieran levantado un poco si hubiesen sido verticales; pero las tenía oblicuas como las de un compás muy abierto. Su cuerpo no sólo era corto, sino delgado y de una pequeñez tal en todo sentido, que difícilmente puede concebirse. Desnudo debía parecer una langosta. Su cabeza, de un tamaño regular, con el rostro bien formado, el semblante noble, los ojos bastante bellos, parecía una cabeza postiza colocada sobre un muñón. Hubiera podido excusarse de gastar nada para vestir, porque su enorme peluca le cubría enteramente de pies a cabeza.

Tenía dos voces enteramente distintas, que se oían constantemente mezcladas en su conversación, formando un contraste que al principio tenía gracia, pero que no tardaba en hacerse desagradable; una, grave y sonora, era, por decirlo así, la de la cabeza; otra, clara, aguda y penetrante, parecía la voz de su cuerpo. Cuando hablaba con parsimonia, escuchándose a sí mismo y sin esforzarse, podía conservar su voz grave; mas por poco que se animase y se expresara con energía, su acento parecía el silbido de una llave, y no podía recobrar la otra sin gran trabajo.

Con todo, a pesar de la figura que acabo de describir sin la menor exageración, era un hombre galante, gran narrador de anécdotas y agudezas, y llevaba hasta en la coquetería el ornato de su persona. Como procuraba colocarse siempre en el terreno más ventajoso, gustábale dar en la cama las audiencias de la mañana; porque al ver tan bella cabeza sobre la almohada, nadie hubiera imaginado que ahí se acababa todo. Esto daba lugar, a veces, a escenas que todavía recuerda, seguramente, el pueblo entero de Annecy.

Una mañana que esperaba a los litigantes en la cama, o mejor dicho, sobre la cama, cubierto con un magnífico gorro de dormir muy blanco y fino, adornado con dos grandes lazos de cinta color de rosa, llega un campesino y llama a la puerta. La criada había salido. El señor juez, oyendo llamar repetidas veces, exclamó: *Adelante*, con su voz aguda, por haber tenido que hablar un poco recio. Entra el hombre, busca de dónde proviene aquella voz de mujer; y viendo en aquel lecho una cofia, una especie de moño, quiere retirarse pidiendo a la señora mil perdones. El señor Simon, incomodado, grita en tono aún más agudo. El campesino, creyendo su idea confirmada, empieza a echarle pullas, diciéndole que por lo visto no sería más que

una aventurera pelandusca, y que el señor teniente no daba muy buen ejemplo en su casa. Furioso el juez, y no hallando a mano otra cosa que su vaso de noche, iba a tirarlo a la cabeza de aquel pobre hombre, cuando llegó la sirvienta.

Aquel enano, tan desfavorecido por la Naturaleza en cuanto a la figura, había sido recompensado en la parte moral; era naturalmente simpático y había tenido buen cuidado de cultivar y embellecer sus facultades. Aunque, según era fama, fuese un buen jurisconsulto, no tenía apego a su carrera, y se había dedicado a la amena literatura con buen éxito. Sobre todo había adquirido esa brillante superficie, ese barniz que hace el trato agradable, aun con las mujeres. Sabía de memoria todos los chistes, cuentos y agudezas publicados en colecciones, y poseía el arte de darles realce, refiriendo con interés, con cierto misterio y como cosa de la víspera, lo que había sucedido sesenta años antes. Sabía música y cantaba con su voz de hombre que daba gusto oírle; en fin, para ser un magistrado, poseía multitud de agradables dotes. A fuerza de requebrar a las damas de Annecy, se había puesto de moda entre ellas y le tenían tras de sí como un mono. Hasta pretendía sus favores, y esto las divertía en extremo. Cierta señora de Épagny decía que el último favor para él era besar a una mujer en la rodilla.

Como conocía los buenos libros y se complacía en hablar de ellos, su conversación, además de ser agradable, era instructiva. Después, cuando me aficioné al estudio, cultivé su amistad, que me fue muy grata. Desde Chambéry, donde entonces me encontraba, iba a verle algunas veces; él alababa y animaba mi emulación, y con frecuencia me daba prudentes consejos sobre lo que leía, que me fueron muy provechosos. Desgraciadamente aquel cuerpo tan raquítico encerraba un alma por demás sensible, y un disgusto que tuvo pocos años después lo llevó así al sepulcro. Fue una gran lástima, porque era un hombrecillo de quien empezaba uno por reírse y a quien acababa por querer. Aunque su vida y la mía se hallen tan poco enlazadas, como recibí de él algunas lecciones útiles, he creído que debía consagrarle este recuerdo.

En cuanto me vi libre corrí a la casa donde vivía la señorita Galley, imaginándome que vería entrar o salir a alguien o abrirse por lo menos alguna ventana; pero nada; no apareció ni una rata, y todo el tiempo que permanecí allí siguió la casa cerrada, como si hubiera estado deshabitada; y como la calle era pequeña, y estaba desierta, una persona en ella era notada en seguida. De cuando en cuando pasaba alguno, entraba o salía alguien de la vecindad, así es que yo me hallaba corrido, imaginándome que todos adivinaban por qué estaba allí, y esta idea me atormentaba sobremanera, pues siempre he preferido a mi placer el buen nombre y la tranquilidad de las personas que me eran queridas. En fin, cansado de hacer el papel de amante español, y no teniendo guitarra, resolví escribir a la señorita Graffenried. Hubiera preferido escribir a su amiga, pero no me atreví, y, además, convenía empezar por la que me había hecho conocer a la otra y con la cual tenía mayor familiaridad. Escrita una vez la carta, fui a llevarla a la señorita Giraud, como

habíamos convenido con aquellas señoritas al separarnos. La señorita Giraud era tapicera, y como trabajaba a veces en casa de la señora Galley, tenía entrada en ella. No me pareció, sin embargo, bien escogida la mensajera; pero temí que si manifestaba mi repugnancia, no me propusieran otra. Además, no me atreví a decir que aquélla pretendía trabajar por su cuenta, pues me sentía humillado de que osara creer que yo había de considerarla como del mismo sexo que ellas. En fin, preferí admitir aquella medianera a quedarme sin ninguna, y la acepté a todo riesgo.

A las primeras palabras, la señorita Giraud me comprendió, lo que no era difícil; aunque la misión de llevar una carta a unas jóvenes no hubiese bastado por sí sola, me hubieran descubierto la turbación y el embarazo con que hice el encargo. Como se comprende, semejante comisión fue muy poco de su gusto; pero ella la tomó por su cuenta y la desempeñó fidelísimamente. Por la mañana temprano fui a su casa volando y encontré la respuesta. ¡Con qué ansiedad me apresuré a salir para ir a verla y besarla sin testigos! No tengo necesidad de decirlo; pero lo que hay que saber es el partido que tomó la señorita Giraud, con el que me demostró más delicadeza y discreción de lo que hubiera podido esperar de ella. Comprendiendo demasiado que con sus treinta y siete años, sus ojos de liebre, su nariz empolvada, su voz agria y su piel negra no podía luchar contra dos jóvenes llenas de gracia y en todo el apogeo de su belleza, no quiso traicionarlas ni servirlas, y prefirió perderme a que yo fuese para ellas.

(1732). De algún tiempo atrás la Merceret, viendo que nada se sabía de su ama, pensaba volver a Friburgo; la Giraud la hizo determinarse a efectuar el viaje, le dio a entender que sería conveniente que alguien la acompañase a casa de su padre, y le propuso que ese alguien fuese yo. Merceret, a quien yo no desagradaba tampoco, encontró la idea muy buena y me hablaron del arreglo aquel mismo día como si fuera cosa hecha; como no halle nada que me disgustase en este modo de disponer de mí, consentí en ello, creyendo que aquel viaje sería a lo más asunto de ocho días. La Giraud, que no pensaba de igual modo, lo dispuso todo. Preciso fue confesar el estado de mi bolsa. No se apuraron por esto: Merceret se encargó de pagar por mí; y para resarcirla en parte, a mi ruego, se resolvió enviar delante el equipaje y que nosotros fuésemos a pie haciendo jornadas cortas, y así se hizo.

Ya me molesta tener que presentar tantas muchachas enamoradas de mí; pero como no puedo envanecerme por el resultado obtenido de todos esos amores, me parece que puedo decir la verdad sin ningún escrúpulo. Más joven y menos ladina que la Giraud, Merceret nunca me acarició con tanta viveza; pero imitaba el tono de mi voz y mi acento, repetía mis palabras, me prodigaba las atenciones que yo hubiera debido usar con ella, y, como era muy miedosa, procuraba siempre que durmiésemos en un mismo cuarto; identidad que se limita a esto raras veces entre un joven de veinte años y una muchacha de veinticinco.

Sin embargo, a esto se redujo. Tal fue mi bobería que, a pesar de que Merceret nada tenía de desagradable, no se me ocurrió siquiera en todo el viaje la menor

tentación, ni la menor idea que remotamente pudiese despertarla, y aun cuando se me hubiese ocurrido semejante pensamiento, era incapaz de aprovecharlo. Yo no comprendía cómo podían llegar a acostarse juntos un joven y una muchacha, y me parecía que se necesitaban siglos para preparar una cosa tan terrible. Si la pobre Merceret creyó resarcirse del gasto que le ocasionaba, se llevó un buen chasco, y llegamos a Friburgo tal como habíamos salido de Annecy.

Al pasar por Ginebra, no fui a ver a nadie, pero casi me sentí enfermo al llegar a los puentes. Jamás he visto las murallas de esa dichosa ciudad, nunca he entrado en ella sin sentir una especie de desmayo procedente de un exceso de enternecimiento. Al mismo tiempo que elevaba mi alma la noble imagen de la libertad, la igualdad y la fraternidad y la dulzura de las costumbres me conmovían hasta arrancarme lágrimas y me inspiraban un dolor intenso por haber perdido todos aquellos beneficios. ¡Cuánto me equivocaba, pero cuán natural era mi sentimiento! Creía ver todo esto en mi patria, porque lo llevaba en mi corazón.

Habíamos de pasar por Nyon. ¡Cómo no ir a ver a mi padre! Si no hubiese tenido valor para hacerlo, hubiera muerto de remordimiento. Dejé a Merceret en la posada y fui a verle a todo riesgo. ¡Ah, qué poca razón tenía en temerle! A mi llegada abrió su corazón a los sentimientos paternales de que estaba henchido. ¡Cuántas lágrimas derramamos abrazados! Al principio creyó que volvía yo al hogar paterno, pero le manifesté mi resolución, después de contarle mi historia. Combatióla débilmente, haciéndome ver los peligros a que me exponía, y me dijo que las locuras más cortas eran las mejores. Por lo demás, no tuvo siquiera la intención de retenerme a la fuerza, y creo que en esto hizo muy bien; pero, a la verdad, no hizo cuanto pudo para obligarme, ya fuera juzgando que no debía volverme atrás después del paso que había dado, ya porque se encontrase embarazado para saber qué podría hacer de mí a la edad que a la sazón tenía. Después he sabido que se formó una opinión injusta de mi compañera de viaje, y que estaba muy lejos de la verdad, pero que era muy natural. Mi madrastra, buena mujer y algo meliflua, aparentó querer que me quedara a cenar. Yo no accedí, pero les dije que a la vuelta pensaba detenerme un poco más en su compañía y les dejé en depósito mi hatillo, que había venido por el barco y me molestaba. Partí a la madrugada siguiente satisfecho de haber visto a mi padre y de haber sabido cumplir con mi deber.

Llegamos a Friburgo con toda felicidad. Hacia el fin del viaje, disminuyeron un poco las atenciones de Merceret, y después de nuestra llegada no me manifestó más que frialdad. Su padre, que no nadaba en la abundancia, tampoco me hizo una gran acogida, y me fui a un bodegón. Al día siguiente fui a verles, me invitaron a comer, y acepté. Nos separamos sin derramar una lágrima; por la noche volví a mi figón y me marché a los dos días de haber llegado, sin saber a punto fijo a dónde pretendía ir.

He ahí otra circunstancia de mi vida en que la Providencia me ofrecía precisamente lo que yo necesitaba para ser dichoso. Merceret era una buena muchacha, no encantadora, ni hermosa siquiera, pero tampoco fea; poco vivaracha,

muy razonable, que si bien tenía ratos de mal humor, se desahogaba llorando y nunca tenían consecuencias borrascosas. Me quería de veras; hubiera podido casarme con ella sin trabajo y seguir el oficio de su padre,[23] que mi afición a la música me hubiera hecho agradable, y me hubiera establecido en Friburgo, ciudad de poca importancia, nada hermosa, pero habitada por muy buenas gentes. Indudablemente habría perdido grandes placeres; pero habría vivido en paz hasta el fin de mi vida; y yo debo saber mejor que nadie que no hay que vacilar en esta alternativa.

Partí, pero no fui a Nyon, sino a Lausanne. Quería satisfacer mi anhelo de ver el hermoso lago que desde allí se descubre en toda su extensión. La mayor parte de los secretos motivos de mis determinaciones no han sido más sólidos que éste en ninguna ocasión, pues las miras muy lejanas raras veces son capaces de hacerme adoptar una resolución. La incertidumbre del porvenir me ha hecho mirar siempre los proyectos de ejecución lenta como señuelos engañosos. Yo me entrego a la esperanza como otro cualquiera, mientras nada me cueste alimentarla; pero si es preciso una prolongada molestia, ya no soy hombre para ello. El placer más insignificante que se ofrece a mano me atrae más que los goces del paraíso. Exceptúo, sin embargo, los placeres que traen aparejado el dolor; éstos no me tientan, porque sólo me agradan los placeres puros, y jamás se obtienen tales cuando se sabe que han de ir seguidos del arrepentimiento.

Sentía una necesidad grande de llegar a un lugar u otro, cualquiera que fuese, y el mejor era el más cercano; pues habiéndome extraviado en el camino, al anochecer me encontré en Moudon, donde gasté lo poco que me quedaba, exceptuando diez kreutzers, que volaron al día siguiente para comer; llegado por la noche a un lugar cercano a Lausanne, entré en un mesón sin tener un sueldo con qué pagar mi alojamiento y sin saber lo que sería de mí. Tenía un hambre atroz; procuré poner buen semblante y pedí de cenar como si tuviese con qué pagar de sobra. Me acosté sin inquietarme, me dormí tranquilamente, y al día siguiente, después de haber almorzado y pedido la cuenta, quise dejar la chupa en prenda por los siete batz a que ascendía. El bueno del mesonero lo rehusó y me dijo que, a Dios gracias, nunca había desnudado a nadie; que no quería empezar por siete batz, que guardase mi chupa y que yo le pagaría cuando pudiese. Su bondad me conmovió, pero no tanto como debía y como después me ha conmovido al recordarlo. No tardé mucho en enviarle el dinero y las más rendidas gracias por medio de una persona segura; pero cuando, quince años después, volví a pasar por Lausanne, a mi vuelta de Italia, tuve un verdadero sentimiento por haber olvidado el nombre del mesón y el del mesonero. Habría ido a verle; hubiera tenido un placer en recordarle su buena obra y en probarle que no había caído en mal terreno. Otros servicios sin duda más importantes pero prestados con más ostentación, no me han parecido tan dignos de gratitud como los humanitarios sentimientos de aquel buen hombre revelados sin vanagloria y con tanta sencillez.

Al acercarme a Lausanne, iba pensando en la estrechez a que me veía reducido y

en el modo de salir de ella sin ir a manifestarla a mi madrastra; y en esta peregrinación pedestre me comparaba a mi amigo Ventura cuando llegó a Annecy. Tanto me penetré de semejante idea, que, sin tener en cuenta que no contaba con su despejo ni su instrucción, se me puso en la cabeza que había de ser en Lausanne un segundo Ventura, enseñar música, aunque no sabía para mí, y hacerme pasar por parisiense, aunque nunca había estado en París. En consecuencia, resuelto a llevar a cabo este proyecto, y como no había capilla donde ir a ofrecerme, y por otra parte no tenía ningún deseo de alternar con los músicos de la población, empecé por enterarme de dónde podría hallar posada decente, sin que fuese cara. Diéronme noticia de un tal Perrotet que tenía pupilos, y resultó ser un hombre que se caía de bueno y me dispensó muy buena acogida. Hícele una mentirosa relación, tal como me la tenía estudiada, y me prometió darme a conocer y procurarme lecciones, añadiendo que no me pediría dinero hasta que lo hubiese ganado. Costaba el hospedaje cinco escudos blancos, lo cual era bien poco, pero mucho para mí. Así, pues, me aconsejó que al principio no me pusiese más que a media pensión, que consistía en una buena sopa y nada más a la comida, y en una confortable cena al anochecer. Yo convine en ello, y el pobre Perrotet me hizo todos los adelantos con la mejor buena voluntad, y nada escaseó para favorecerme.

¿Cómo es que, habiendo hallado tan buenas gentes en mi juventud, tan escasamente las encuentro a una edad avanzada? ¿Será que se ha extinguido su raza? No; sino que la categoría donde ahora tengo necesidad de buscarlas no es la misma en que en otro tiempo las hallaba. Entre la gente del pueblo, que sólo siente las grandes pasiones por intervalos, la voz de la Naturaleza se hace escuchar más a menudo. En las clases elevadas permanece completamente ahogada, y sólo hablan la vanidad o el interés bajo la máscara del sentimiento.

Desde Lausanne escribí a mi padre, que me envió el equipaje, dándome varios consejos excelentes de que hubiera debido hacer más caso. Ya he dado a conocer que me hallaba a veces poseído de una especie de delirio, durante el cual era yo un hombre enteramente distinto. He ahí uno de los ejemplos más notables. Para que se comprenda hasta qué punto había perdido la cabeza, cuán venturizado, por así decirlo, me hallaba, basta ver cuántas extravagancias hice a un tiempo. Heme constituido en maestro de canto sin saber leer música siquiera; pues aun cuando hubiese aprovechado los seis meses que permanecí al lado de Le Maître, nunca habría sido suficiente; además de esto, me enseñaba un gran maestro, y esto era lo bastante para que no aprendiera nada. Parisiense de Ginebra y católico en un país protestante, creí deber cambiar de nombre, así como de religión y patria. Siempre imitaba a mi gran modelo en cuanto era posible. Él se había llamado Ventura de Villeneuve; yo hice del nombre Rousseau el anagrama de Vaussore, y me llamé Vaussore de Villeneuve. Ventura sabía de composición, aunque no lo hubiese dicho; yo, sin conocerla, me jactaba de compositor delante de todo el mundo, siendo incapaz de poner en música una copla. Habiendo sido presentado al señor de Treytorens,

profesor de Derecho, que era aficionado a la música y daba conciertos en su casa, quise ofrecerle una muestra de mi talento, y me puse a escribir una pieza para el concierto, con tanto atrevimiento como si hubiese conocido el terreno perfectamente. Tuve la constancia de estarme quince días componiendo esa gran obra, ponerla en limpio, sacar las diferentes partes y distribuirlas con tanta confianza como si hubiese sido una obra maestra de armonía. En fin, aun cuesta trabajo creerlo, y, sin embargo, es la pura verdad, para coronar dignamente esa producción sublime puse al fin un lindo minué, que se oía por las calles, y que tal vez muchos recuerden aún con ayuda de estas palabras tan conocidas en otro tiempo:

Quel caprice!
Quelle injustice!
Quo! ta Clarice
Trahirait tes feux!, etc.[24]

Ventura me había enseñado el aire con el contrabajo acompañado de otra letra indecorosa, con ayuda de la cual yo lo había retenido. Así, pues, coloqué al final de mi composición este minué, con el contrabajo, suprimiendo la letra, y lo di por mío tan resueltamente como si hubiese tratado con los habitantes de la Luna.

Reuniéronse los músicos para ejecutar mi composición; expliqué a cada uno el corte y gusto de ella, y les distribuí los papeles; andaba muy atareado. Ensayaron unos y otros durante cinco o seis minutos que para mí fueron siglos. En fin, todo dispuesto, di con un rollo de papel sobre mi pupitre magistral los cinco o seis golpes preliminares de atención. Reinó un momento de completo silencio: empecé con la mayor gravedad a llevar el compás, y sonaron los instrumentos… Desde que existen óperas francesas, jamás se oyó una cencerrada semejante. Por muy mal concepto que se hubiesen podido formar de mí como músico, el efecto fue peor de lo que parecían esperar. Los músicos reventaban de risa, el auditorio abría desmesuradamente los ojos y quería taparse los oídos; pero no hubo remedio: mis verdugos, los sinfonistas, que querían divertirse, rascaban de modo que eran capaces de romper un tímpano de cuero. Tuve la constancia de seguir siempre adelante, a la verdad sudando a mares; pero retenido por la vergüenza, no me atrevía a escaparme dejándolo todo plantado. Por todo consuelo oía en derredor que hablando unos al oído de otros, o mejor, a los míos, decían: «En esta pieza no hay nada que pueda tolerarse», o bien: «¡Qué música de los diablos!», o bien: «¡Qué demonio de algazara es ésta!». ¡Pobre Juan Jacobo! Cuán lejos estabas de esperar en aquel cruel momento que un día, en presencia del rey de Francia y toda su corte, tus armonías excitarían murmullos de sorpresa y aplauso, y que en todos los palcos a tu alrededor las damas se dirían a media voz: «¡Qué música tan hermosa! ¡Esto conmueve las más hondas fibras del corazón!».

Pero lo que regocijó a todo el mundo fue el minué. Apenas se escucharon los primeros compases, cuando oí resonar las carcajadas de todos lados. Todos me

felicitaban por mi buen gusto; me repetían que aquel minué me haría célebre y que mis inspiraciones merecían ser cantadas por todo el ámbito del globo. No necesito describir mi angustia ni confesar cuán merecida la tenía.

Al día siguiente vino a verme uno de los músicos, llamado Lutold, y fue bastante amable para no felicitarme por tan rotundo éxito. El profundo sentimiento que me había causado mi solemne tontería, la vergüenza, el arrepentimiento, mi desesperación por el precario estado en que me hallaba, la imposibilidad de tener el corazón cerrado en medio de tantas aflicciones, hicieron que me franqueara con él; solté la rienda al llanto, y, en vez de contentarme con la confesión de mi ignorancia, se lo dije todo, suplicándole que me guardara el secreto, lo cual me prometió, cumpliendo como puede imaginarse. Aquella misma noche, todo Lausanne supo quién era yo; y lo notable es que nadie me lo dio a entender, ni aun el mismo Perrotet, quien, a pesar de todo, no se desentendió de alimentarme y darme alojamiento.

Yo vivía, mas ¡cuán tristemente! Con semejante estreno naturalmente mi estancia en Lausanne no fue muy feliz. Los discípulos no venían en tropel; ni siquiera se presentó una alumna, ni una sola persona de la ciudad. Tuve, en total, dos o tres Teutsches, casi tan estúpidos como yo ignorante, que me aburrieron a más no poder y que de mis manos no salieron grandes músicos.

Sólo en una casa me llamaron, donde a un diablo de chiquilla le dio la ocurrencia de mostrarme varias piezas de música de las cuales no pude leer una nota, y que tuvo la malicia de cantar en seguida delante del señor maestro para enseñarle cómo se hacía. Tan lejos me hallaba de leer una pieza a primera vista, que en el brillante concierto de que he hablado no me fue posible seguir la ejecución ni un solo instante para saber si se ejecutaba bien lo que tenía delante de los ojos y lo que había compuesto yo mismo.

En medio de tantas humillaciones, tenía un consuelo en las cartas que de cuando en cuando recibía de mis dos encantadoras amigas. Siempre he hallado en el sexo femenino una virtud extraordinaria para proporcionar algún consuelo; y nada calma tanto mi aflicción en mis quebrantos como ver que una persona amable se interesa por mí. Sin embargo, esa correspondencia se acabó al poco tiempo y nunca más fue reanudada. Cuando me trasladé a otro punto no tuve el cuidado de participárselo, y, obligado por la necesidad a pensar continuamente en mí mismo, pronto las olvidé completamente.

Tiempo hace que no hemos hablado de mi pobre mamá, mas no se crea que por eso la olvidaba. No dejaba nunca de pensar en ella y deseaba hallarla nuevamente, no sólo por la necesidad de mi subsistencia sino principalmente por la de mi corazón. Por más vivo y tierno que fuese, el cariño que le tenía no cerraba mi corazón a otros amores; pero no eran de la misma especie. Todas debían el afecto que me inspiraban a sus atractivos; pero mi corazón no amaba otra cosa en las demás y no habría sobrevivido a ellos, mientras que mamá podía volverse vieja y fea sin que yo dejase de amarla con igual ternura. El homenaje rendido al principio a su belleza se había

transmitido enteramente a su persona; y cualquier cambio que experimentase, mientras fuese ella misma, no podía hacerme cambiar de sentimientos. Ya sé muy bien que le debía agradecimiento; pero a la verdad no pensaba en ello. Que hubiese hecho o no mucho por mí, siempre hubiera sido lo mismo; no la amaba por deber, ni por interés, ni por conveniencia; la amaba porque había nacido para amarla. Confieso que cuando me prendaba de otra, me distraía un poco y pensaba en ella con menos frecuencia; pero siempre la recordaba mi corazón con idéntico placer, y, enamorado o no, jamás he pensado en ella sin comprender que no podía existir en el mundo dicha verdadera para mí mientras no viviese a su lado.

A pesar de que hubiera transcurrido tanto tiempo sin tener noticias suyas, nunca creí haberla perdido, ni que ella hubiese podido olvidarme.

Yo me decía: «Ella sabrá tarde o temprano dónde me hallo errante, y dará señales de que vive; volveré a encontrarla, estoy seguro de ello». Entre tanto me servía de consuelo vivir en su país natal, recorrer las calles por donde ella había pasado, pasar por delante de las casas donde había vivido; y todo esto lo hacía por conjeturas, pues consistía una de mis mayores tonterías en no atreverme a informarme de nada que tuviese relación con ella ni pronunciar su nombre sin la más estricta necesidad. Me parecía que al nombrarla daba a entender el afecto que me inspiraba, que mis labios revelaban el secreto de mi corazón y que hasta cierto punto la comprometía; y creo que también me hallaba dominado por cierto temor de que me hablasen mal de ella, porque su partida había dado mucho que hablar y se había murmurado un poco de su conducta. Por temor de que no me hablasen de ella como yo quería prefería que no me dijeran nada.

Como mis alumnos no me ocupaban mucho y su pueblo natal no distaba más de cuatro leguas de Lausanne, fui a pasar allí dos o tres días, durante los cuales no me abandonó una dulce emoción. El aspecto del lago de Ginebra y de sus admirables orillas tuvo siempre a mis ojos un atractivo particular que no sabría explicar y que no sólo consiste en la belleza del espectáculo sino también en no sé qué de interesante que me conmueve y enternece. Cada vez que me aproximo al país de Vaud, experimento una sensación compuesta del recuerdo de la señora de Warens, que nació en él; de mi padre, que en él vivió; de la señorita de Vulson, que obtuvo en él las primicias de mi corazón: de muchos viajes de recreo que hice por él durante mi infancia, y me parece que de alguna otra causa más secreta y todavía más viva.[25] Cuando viene a inflamar mi imaginación el ardiente deseo de esta vida feliz y dulce que huye de mí y para la cual he nacido, siempre me la represento en el país de Vaud, a orillas del lago, en medio de campiñas deliciosas. No puedo prescindir de un huerto precisamente junto a este lago, con exclusión de cualquier otro; necesito un amigo seguro; una mujer amable; una vaca y una barquilla. Yo no gozaré una felicidad verdadera en este mundo hasta que tenga todo esto. Cuando pienso en la simpleza con que varias veces he ido a Vaud en busca de esa felicidad imaginaria no puedo menos de reírme. Siempre me sorprendía encontrar que sus habitantes, y sobre todo las

mujeres, eran completamente distintos de lo que yo me imaginaba.

¡Cuánto me chocaba esto! El país y el pueblo que lo habita nunca me han parecido formados el uno para el otro.

En esta excursión a Vevey, siguiendo aquella hermosa orilla, me entregaba a la más dulce melancolía; mi alma se lanzaba ardientemente en pos de los más inocentes placeres; me enternecía, suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas veces, deteniéndome para llorar, sentado en una gran piedra, me he entretenido en contemplar cómo caían mis lágrimas en el agua!

Llegado a Vevey, me hospedé en *La Llave*, y durante los dos días que permanecí en aquella población, sin ver a nadie, le cobré tal cariño que su recuerdo me ha seguido siempre en todos mis viajes, y al fin me ha hecho colocar allí al protagonista de mi novela. Yo diría a los que tienen buen gusto y son muy sensibles: «Id a Vevey, visitad el país, examinad sus paisajes, paseaos por el lago y decidme si la Naturaleza no parece haber creado aquel hermoso lugar para una Julia, una Clara y un Saint-Preux; pero no los busquéis allí».

Volvamos a mi historia.

Como yo era católico y por tal pasaba, seguía públicamente y sin escrúpulo el culto que había abrazado. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, iba a oír misa en Assens, a dos leguas de Lausanne. Generalmente hacía esas excursiones en compañía de otros católicos, sobre todo de un bordador parisiense, cuyo nombre se me ha olvidado. Éste no era un parisiense de Dios, honrado como un champañés. Amaba tan entrañablemente su patria, que jamás quiso dudar de que fuese también la mía por temor de perder la ocasión de hablar de ella. El señor Crouzas, lugarteniente del bailío, tenía un jardinero, parisiense también, pero menos complaciente, y que juzgaba comprometida la gloria de su patria si alguien osaba afirmar que había nacido en ella, no teniendo semejante honor. Me hacía preguntas en el tono de quien está seguro de coger en falta a su interlocutor, y luego sonreía maliciosamente. Un día me preguntó qué había de notable en el Mercado Nuevo. Como es fácil de comprender, respondí con un desatino. Ahora, después de haber vivido en París por espacio de veinticinco años, debo conocerlo un poco. Hoy mismo, sin embargo, si me hicieran una pregunta semejante, me vería en idénticos apuros para satisfacerla, de donde podría deducirse que nunca había estado en París. Tan fácil es fundarse en principios erróneos, aun cuando se dé con la verdad. No podría decir exactamente cuánto tiempo permanecí en Lausanne. No llevé de allí gratos recuerdos, y sé tan sólo que, no encontrando medios de vivir, partí para Neufchâtel, donde pasé el invierno. En esta ciudad lo pasé mejor, pues tuve algunos discípulos y pude ganar con qué satisfacer a mi buen amigo Perrotet, que me había remitido fidelísimamente mi reducido equipaje, a pesar de haberme ido debiéndole bastante dinero. Enseñando música, iba aprendiéndola insensiblemente. Mi vida era bastante tranquila. Un hombre razonable hubiera podido contentarse con ella; pero mi corazón inquieto me pedía otra cosa. Los domingos y los días libres iba a recorrer la campiña y los bosques vecinos,

errante, meditabundo y suspirando siempre; y, una vez salido de la ciudad, no volvía a entrar en ella hasta la noche. Un día, hallándome en Boudry, entré a comer en una taberna; vi a un hombre con una gran barba y un traje griego de color violeta, un gorro guarnecido de pieles, aire y traje que revelaban bastante nobleza. Mi hombre se veía a cada paso en apuros para hacerse comprender, porque hablaba una jerga apenas inteligible, aunque se parecía algo al italiano. Yo comprendía casi todo lo que decía y era el único. Con el mesonero y la gente del país no podía entenderse más que por señas. Dirigíle algunas palabras en italiano y me entendió perfectamente; entonces se levantó y vino a abrazarme con la mayor alegría. A poco rato había establecido un amistoso vínculo entre los dos; en adelante le serví de intérprete. Su comida era buena, la mía menos que mediana; me invitó a comer con él, y yo acepté sin hacerme rogar mucho. Bebiendo y chapurreando acabamos de familiarizarnos, y al terminar la comida éramos inseparables. Díjome que era prelado griego y archimandrita de Jerusalén, y que estaba encargado de hacer una cuestación en Europa para el restablecimiento del Santo Sepulcro. Me enseñó unas magníficas patentes de la zarina y del emperador, y las tenía de varios otros soberanos. Estaba bastante satisfecho de lo que hasta entonces había recogido; pero se había visto en increíbles apuros en Alemania, a causa de no entender una palabra de alemán, latín ni francés, viéndose reducido a expresarse en griego, en turco y, como último recurso, en lengua franca, lo cual hacía que obtuviese poco resultado en el país donde se había metido. Hízome la proposición de irme con él de secretario e intérprete. A pesar de mi traje color de violeta, nuevecito, y que no cuadraba mal con mi nuevo empleo, tenía yo aire de tan poca ropa que creyó ganarme fácilmente, y no se equivocó. Pronto nos arreglamos: yo no pedí nada y él me prometió mucho. Sin garantía, sin ninguna seguridad ni conocimiento, me entregué en su manos, y desde el día siguiente heme aquí camino de Jerusalén.

Empezamos nuestra expedición por el cantón de Friburgo, donde obtuvo poca cosa. La dignidad episcopal no le permitía hacer el papel de mendigo y pedir limosna a los particulares; pero dimos parte de nuestra misión al senado, que le entregó una pequeña suma, y nos dirigimos a Berna. Nos alojamos en el Halcón, posada excelente entonces, donde se hallaba uno en buena compañía. La mesa era numerosa y bien servida. Mucho tiempo hacía que yo andaba mal comido, así es que tenía gran necesidad de reponerme; entonces se ofreció la ocasión y no dejé de aprovecharla. Monseñor el archimandrita era un buen comensal, alegre, que se expresaba muy bien con los que le entendían, bastante instruido y que revelaba su erudición griega de un modo bastante agradable. Un día, a los postres, rompiendo avellanas, se hizo una cortadura bastante honda en un dedo, y como le saliese sangre con alguna abundancia, dijo riéndose y mostrando el dedo a la concurrencia: *Mírate, signori, questo è sangue pelasgo.*

En Berna mi concurso le fue de alguna utilidad, y no desempeñé mi cometido tan mal como temía. Fui más atrevido y me expresé mucho mejor que lo hubiera hecho

tratándose de mí mismo. La cosa no fue tan sencilla como lo había sido en Friburgo: hubo necesidad de tener frecuentes y prolongadas conferencias con los principales personajes del Estado, y el examen de los títulos no fue cosa de un día. En fin, una vez todo en debida forma, fuele concedida una audiencia por el senado. Yo entré con él como intérprete y me dijeron que hablase. Nada estaba más lejos de mi ánimo, y ni siquiera se me ocurrió que, después de haber hablado tanto con los miembros del senado, fuese preciso dirigirse a todos en conjunto como si nada se hubiese dicho.

Considérese el apurado caso en que me hallaba. Un vergonzoso como yo tener que hablar no solamente en público, sino ante el senado de Berna, y de improviso, sin tener siquiera un minuto para prepararme. En verdad, que había sobrado motivo para sentirme anonadado. Sin embargo, ni siquiera me asusté. Expuse sucinta y sencillamente la misión del archimandrita; elogié la piedad de los príncipes que habían hecho generosos donativos; excitando la emulación de sus Excelencias, dije que no había que esperar menos de su acostumbrada munificencia: y luego traté de probar que aquella buena obra lo era igualmente para todos los cristianos sin distinción de sectas, y concluí prometiendo las bendiciones del cielo a todos los que a ella contribuyeran. No diré que mi discurso produjese efecto, pero es lo cierto que fue oído con gusto, y que al salir de la audiencia el archimandrita recibió un presente nada mezquino, y además fue felicitado por el despejo y facilidad de su secretario, cumplidos que tuve el satisfactorio encargo de traducirle, pero que no me atreví a transmitir al pie de la letra. He aquí la única vez en mi vida que he hablado en público y ante un soberano, y quizá también la única que lo he hecho bien y con osadía. ¡Qué diferencia en el modo de ser de una misma persona! Tres años hace que, habiendo ido a Yverdun a ver a mi antiguo amigo Roguin, vino una comisión a cumplimentarme porque había regalado algunos libros a la biblioteca de aquella ciudad. Los suizos son grandes oradores; me echaron un discurso, y yo me creí obligado a contestar; pero me embrollé de tal modo en la contestación, y perdí la cabeza a tal extremo, que me quedé cortado y fui objeto de burla. Aunque naturalmente tímido, en mi juventud he sido atrevido algunas veces; pero en edad avanzada, nunca. Cuanto más he conocido el mundo, tanto menos he podido hacerme a sus maneras.

Al salir de Berna, fuimos a Soleure, pues el archimandrita se proponía tomar nuevamente el camino de Alemania y volverse por Hungría o Polonia, lo que constituía una ruta muy larga; pero como durante el camino se llenaba su bolsillo más que se vaciaba, le importaban poco los rodeos. En cuanto a mí, que casi me gustaba tanto ir a caballo como a pie, nada más hubiera querido que pasar así la vida; pero estaba escrito que no iría tan lejos.

Lo primero que hicimos al llegar a Soleure fue presentarnos al embajador de Francia. Desgraciadamente para el obispo, este embajador era el marqués de Bonac, que lo había sido de la Puerta, y que debía estar al cabo de todo lo relativo al Santo Sepulcro. El archimandrita tuvo con él una entrevista que duró alrededor de un cuarto de hora, a la cual no fui admitido, porque el señor embajador entendía la lengua

franca y hablaba el italiano por lo menos tan bien como yo. Cuando salió el griego, quise seguirle, pero me detuvieron, y llegó mi vez. Habiéndome dado por parisiense, entraba de lleno bajo la jurisdicción de su Excelencia. Preguntóme quién era y me exhortó a que dijese la verdad. Yo se lo prometí, pidiéndole una audiencia particular que me fue concedida. Condújome a su despacho y cerró la puerta; entonces, arrojándome a sus pies, cumplí mi palabra. Lo mismo hubiera dicho aun cuando nada hubiese prometido, porque una indefinible necesidad de expansión me pone continuamente el corazón en los labios; y después de haberme confiado a Lutold, no tenía para qué echarlas de misterioso con el marqués de Bonac. Tanto le agradó mi relato y la efusión con que vio que lo hacía que, tomándome por la mano y entrando en las habitaciones de la señora embajadora, me presentó a ella, haciéndole un compendio de mi historia. La señora de Bonac me acogió bondadosamente, diciendo que no convenía dejarme ir con el monje griego; y se decidió que me quedaría en palacio, mientras se resolvía lo que había de hacerse conmigo. Yo quise ir a despedirme del pobre archimandrita, a quien había cobrado afecto, mas no me lo permitieron. Enviaron a darle cuenta de mi detención, y un cuarto de hora después vi llegar mi pequeña maleta.

Fui en cierto modo encargado al secretario de la embajada, señor de La Martinière, quien, al indicarme el aposento que se me destinaba, me dijo: «Esta habitación ha sido ocupada, cuando estaba de embajador el conde del Luc, por un hombre célebre, de vuestro mismo apellido; sólo de vos depende el reemplazarle bajo todos conceptos y hacer que se diga algún día: Rousseau primero, Rousseau segundo». Esta conformidad, que entonces estaba lejos de mi ánimo, no habría halagado tanto mis deseos si hubiese podido prever a qué precio la compraría.

Lo que me había dicho el señor de La Martiniére despertó mi curiosidad. Entonces leí las obras de aquel cuyo aposento ocupaba; y, creyendo tener disposición para la poesía por el cumplido de que había sido objeto, compuse, por vía de ensayo, una cantata en loor de la señora de Bonac. Esta afición no duró mucho. De cuando en cuando he hecho versos regulares; es un ejercicio bastante bueno para hacerse a las construcciones elegantes y aprender a escribir mejor en prosa; pero nunca he hallado bastante atractivo en la poesía francesa para entregarme a ella por completo.

El señor de La Martinière, deseando conocer mi estilo, me pidió que pusiera por escrito la misma relación que había hecho al embajador. Escribíle una larga carta que, según entiendo, conserva el señor de La Marianne, quien desde hacía largo tiempo tenía frecuente trato con el marqués de Bonac, y que después sucedió a La Martinière, siendo embajador el señor Courteilles. He suplicado al señor de Malesherbes que procurase lograr una copia, y, si puedo obtenerla por su intermedio o el de algún otro, se hallará entre los documentos que deben unirse a las *Confesiones.*

La experiencia que comenzaba a tener moderaba poco a poco mis proyectos novelescos; así, por ejemplo, no sólo no me enamoré de la señora de Bonac, sino que

desde luego conocí que no podía hacer carrera en casa de su marido. Colocado La Martinière, y teniendo como presunto sucesor a de La Marianne, no me permitían esperar más que un empleo de subsecretario, que no me era sumamente halagüeño. De ahí provino que, cuando me consultaron acerca de lo que deseaba hacer, manifesté vehementes deseos de ir a París, idea que agradó al señor embajador, pues a lo menos tendía a desembarazarle de mi persona.

El secretario intérprete de la embajada, señor de Merveilleux, dijo que su amigo Godard, coronel suizo en el ejército francés, deseaba hallar un ayo para su sobrino que iba a entrar muy joven en el ejército, y añadió que le parecía que yo serviría para el caso. Tomando, pues, este consejo con bastante ligereza, se resolvió mi marcha; y yo muy contento, porque se trataba de emprender un viaje a cuyo fin estaba París. Diéronme algunas recomendaciones, cien francos para los gastos del viaje y una porción de excelentes advertencias, y me marché.

En este viaje empleé unos quince días, que pueden contarse entre los más dichosos de mi vida. Era joven, morigerado, tenía bastante dinero y muchas esperanzas; viajaba a pie y solo. Podría alguien extrañarse al oírme incluir la última circunstancia en esa enumeración de ventajas si no estuviesen ya los lectores familiarizados con mi carácter. Me hacían compañía mis gratas quimeras, y nunca las imaginó más bellas mi ardiente fantasía. Cuando me ofrecían algún asiento vacío en los coches o se me acercaba alguien por el camino, me incomodaba viendo desbaratarse la fortuna cuyo edificio construía mientras iba marchando. Esta vez eran marciales mis ideas. Iba a juntarme con un militar y a serlo yo también, pues se había tratado que yo entraría de cadete. Ya me veía vestido con el uniforme de oficial, con un magnífico plumero blanco. Mi corazón se dilataba con ese noble pensamiento. Sabía algunas nociones de geometría y fortificación, y tenía un tío ingeniero; por consiguiente era en cierto modo hijo de la milicia. Ofrecía algún obstáculo mi miopía, pero no me apuraba por esto, contando suplir esta falta a fuerza de intrepidez y sangre fría. Había leído que el mariscal Schomberg era muy corto de vista, ¿por qué no había de poder serlo el mariscal Rousseau? Tanto me entusiasmaba con esos desvarios, que no veía sino tropas, murallas, gaviones, baterías, y me consideraba en medio del humo y del fuego dictando órdenes tranquilamente, con el anteojo en la mano. Sin embargo, cuando atravesaba campiñas agradables con sotos y riachuelos, su delicioso aspecto me hacía suspirar por tener que abandonarlos; en medio de mis lauros, el corazón me decía que no había nacido para tanto estruendo; y de repente, sin saber cómo, me hallaba rodeado de mis caros vergeles, renunciando para siempre a los trabajos de Marte.

¡Cómo se desvaneció la idea que tenía formada de París, cuando llegué a tocarle! La decoración que presencié al ver Turín, la belleza de sus calles, la simetría y alineamiento de las casas, me hacían buscar algo aún más hermoso en París. Me había figurado una ciudad tan noble como grande, de imponente aspecto, donde no se veían sino soberbias calles, palacios de mármoles y oro. Al entrar por el arrabal de

Saint-Marceau sólo vi callejuelas sucias y hediondas, casas feas, negras, con todos los caracteres del descuido y la pobreza, mendigos, carreteros, remendones, vendedoras de tisanas y de sombreros viejos. Todo esto me causó un efecto tal que, cuando después he visto la verdadera magnificencia de París, no he podido borrar aquella impresión primera y siempre me ha quedado una secreta repugnancia a vivir en esa capital. Puede decirse que todo el tiempo que permanecí más tarde en ella lo empleé en procurarme medios para poder irme a otro lado. Tal es el fruto de una imaginación demasiado activa que exagera las mismas exageraciones humanas y siempre ve más de lo que le dicen. Tanto me habían alabado a París que me lo había figurado como la antigua Babilonia, de la que tal vez hubiera formado más desventajosa idea que la que tengo si hubiera llegado a vivir en ella. Lo mismo me sucedió con el teatro de la Ópera, donde me apresuré a ir al día siguiente de mi llegada; lo mismo en Versalles, y lo mismo me sucedió también más tarde cuando vi el mar; y siempre me sucederá otro tanto cuando llegue a ver lo que me hayan pintado con exageración, porque es imposible a los hombres sobrepujar la riqueza de mi imaginación y hasta muy difícil a la misma Naturaleza.

Por el recibimiento que me hicieron las personas para quienes llevaba recomendaciones, consideré hecha mi fortuna. A quien iba más especialmente recomendado, y fue el que me hizo menos cumplidos, era al señor de Surbeck, militar retirado, que vivía filosóficamente en Bagneux, donde fui a verle varias veces sin que jamás se dignase ofrecerme un vaso de agua. La señora de Merveilleux, cuñada del secretario intérprete, y su sobrino, oficial de la guardia, fueron los que se portaron mejor: no solamente me recibieron bien, así la madre como el hijo, sino que me ofrecieron su mesa, donde comí varias veces durante mi permanencia en París.

La señora de Merveilleux me pareció que debía haber sido bella. Sus hermosos cabellos negros formaban, con arreglo a la antigua moda, un bucle sobre cada sien. Le quedaba lo que los años no arrebatan; un bello carácter. Parecióme que le agradaba el mío, e hizo cuanto pudo para ayudarme; pero nadie la secundó, y pronto me desengañé de aquel interés tan grande que parecían tomar por mí unos y otros. Sin embargo, hay que hacer justicia a los franceses; no se deshacen, tanto como se dice, en protestas, y las que hacen son casi siempre hijas de la sinceridad; pero tienen un modo de manifestar el interés que uno les inspira que engaña más que las palabras mismas. Los burdos cumplimientos de los suizos no pueden engañar más que a los tontos; los modales de los franceses son más seductores, por lo mismo que son más sencillos; parece que no dicen todo lo que piensan hacer para proporcionar una agradable sorpresa. Aun me atrevo a decir más: no hay falsedad en sus demostraciones; son naturalmente obsequiosos, humanitarios, benévolos y, dígase lo que se quiera, hasta más sinceros que otra nación cualquiera; pero son ligeros y volubles. Sienten efectivamente lo que manifiestan; pero este sentimiento desaparece con la misma facilidad que nace. Mientras están hablando con una persona, son suyos completamente; así que vuelven la espalda, ya la olvidan. Nada hay permanente en su

corazón: todo es en ellos obra del momento.

Por consiguiente, me hallé muy agasajado y poco favorecido. El coronel Godard, a cuyo sobrino me habían destinado, resultó ser un viejo ruin y avaro, quien, con ser un hombre forrado en oro, al ver mi pobreza, quiso tenerme por nada. Pretendió que fuera una especie de criado sin sueldo, más bien que un verdadero ayo, dedicado constantemente a él, y, por lo tanto, dispensado del servicio; había de vivir de la paga de cadete, es decir, de soldado; y ni aun siquiera quería pagarme el uniforme; hubiera querido que me contentase con el del regimiento. La misma señora de Merveilleux, indignada al ver tales proposiciones, me indujo a rechazarlas, y su hijo fue de la misma opinión. Dieron pasos para procurarme alguna vocación, pero no encontraron nada. Entre tanto yo comenzaba a verme en apuros, pues los cien francos, de los cuales había tenido que pagar el viaje, no podían durar mucho. Por fortuna recibí una pequeña cantidad que me remitía el señor embajador, y me hizo un favor grande; y aun creo que no me habría abandonado si yo hubiese sabido tener paciencia; pero consumirse, esperar, solicitar son para mí cosas imposibles. Me fastidié, no aparecí más, y todo concluyó. No dejaba de acordarme de mamá, pero ¿dónde encontrarla? ¿A dónde ir a buscarla? La señora de Merveilleux, que sabía mi historia, me había ayudado a buscarla mucho tiempo inútilmente. Por fin averiguó que se había vuelto hacía más de dos meses; pero ignoraban si había ido a Saboya o a Turín, y hasta algunos afirmaban que había vuelto a Suiza. No necesité más para resolverme a seguirla, seguro de que a dondequiera que hubiese ido la encontraría más fácilmente que en París.

Antes de partir ejercité mi nuevo talento poético en una epístola al coronel Godard, satirizándole a mi gusto. Enseñé aquel mamarracho a la señora Merveilleux, que, en lugar de censurar mi conducta como debió hacerlo, se rió grandemente con mis sarcasmos, lo mismo que su hijo, quien no creo tuviese el menor cariño por su padre, si bien hay que decir que no era éste muy amable. Estuve tentado de enviarle mis versos, y ellos me animaron para hacerlo. En efecto, los puse en un sobre a su dirección y, como no había entonces en París correo interior, los guardé en el bolsillo y los envié desde Auxerre a mi paso. Todavía me río alguna vez, figurándome los gestos que habría de hacer leyendo el panegírico, donde estaba retratado rasgo por rasgo. Empezaba así:

> *Tu croyais, vieux pénard, qu'une folle manie*
> *D'élever ton neveu m'inspirerait l'envíe.*[26]

Esta pequeña composición, mala en verdad, pero que no carecía de sal y revelaba algún talento para la sátira, es, sin embargo, el único escrito satírico que ha salido de mi pluma. Tengo un corazón poco rencoroso para prevalerme de semejante ventaja, pero creo que por algunas polémicas escritas de cuando en cuando para defenderme puede verse, según yo entiendo, que si hubiese tenido un temperamento batallador

hubiera hecho reír más de una vez a costa de mis contrarios.

Lo que más siento, en punto a detalles de mi vida que se me han olvidado, es no haber hecho un diario de mis viajes. Nunca he pensado tanto, existido y vivido, ni he sido tan yo mismo, si se me permite la frase, como en los viajes que he hecho a pie y solo. El andar tiene para mí algo que me anima y aviva mis ideas; cuando estoy quieto, apenas puedo discurrir: es preciso que mi cuerpo esté en movimiento para que se mueva mi espíritu. La vista del campo, la sucesión de espectáculos agradables, la grandeza del espacio, el buen apetito, la buena salud que se logran caminando, la libertad del mesón, el alejamiento de todo lo que me recuerda la sujeción en que vivo, de todo lo que me recuerda mi situación, desata mi alma, me comunica mayor audacia para pensar, parece que me sumerge en la inmensidad de los seres para que los escoja, los combine y me los apropie a mi gusto sin molestias ni temores. Así dispongo como árbitro de la Naturaleza entera; mi corazón, vagando de un objeto a otro, se asocia, se identifica con los que le halagan, se rodea de encantadoras imágenes, se embriaga de sentimientos deliciosos. Si para darles mayor fijeza me entretengo en describirlos dentro de mí mismo, ¡qué pincel tan vigoroso, qué frescura de colorido, qué energía de expresión logro comunicarles! Dícese que en mis obras se ha encontrado algo de todo esto, a pesar de haber sido escritas en el ocaso de mi vida. ¡Ah, si se hubiesen visto las de mis primeros años, las que he hecho durante mis viajes, todas las que he compuesto, pero que no he escrito nunca!… ¿Por qué no escribirlas?, se dirá. —¿Y para qué?, replicaré yo; ¿por qué desprenderme del encanto de mis goces para decir a los demás cuánto gozaba? ¿Qué me importaban a mí los lectores, ni el público, ni la tierra, mientras yo me cernía en los espacios? Y además, ¿llevaba acaso papel ni plumas? Si hubiese pensado en ello no se me hubiera ocurrido nada. Yo no preveía que tendría más tarde ideas que revelar al mundo. Se me ocurren cuando ellas quieren, no cuando yo quiero. O no se me ocurren, o vienen en tropel y me anonadan por su fuerza y por su número. No habrían bastado diez volúmenes diarios. ¿Ni cómo tener tiempo para tanto? Cuando llegaba a un punto, no pensaba más que en comer bien; cuando me ponía en marcha, sólo en hacer mi camino. Conocía que un nuevo paraíso me esperaba fuera, y no tenía otro pensamiento que ir en su busca.

Nunca sentí todo esto con tanta fuerza como al salir esta vez de París. Cuando a él me dirigía, mis ideas se reducían a lo que iba a hacer. Lanzábame a la carrera en que iba a entrar, y la había recorrido gloriosamente; pero no me llamaba mi corazón a ella, y los seres reales molestaban a los imaginarios. El coronel Godard y su sobrino hacían un mal papel al lado de un héroe como yo. Gracias al cielo ya estaba libre de todos esos obstáculos; podía internarme a mi sabor en los países imaginarios, pues nada más tenía en perspectiva. Así divagué de tal modo que realmente me extravié varias veces y hasta me hubiera disgustado haber ido más derecho, porque, advirtiendo que al llegar a Lyon iba a encontrarme otra vez en la tierra, hubiera querido no llegar jamás.

Un día, habiéndome desviado a propósito para contemplar más de cerca un paisaje admirable, me extasié de tal modo y di tantas vueltas en derredor que al fin me perdí completamente. Después de una correría de algunas horas buscando en vano el camino, cansado ya y muerto de hambre y de sed, entré en una casa de campo que no tenía muy buen aspecto, única que se divisaba en todo el contorno. Yo creí que sería como en Ginebra y en Suiza, donde todos los habitantes se hallan en estado de ejercer la hospitalidad a su gusto; por consiguiente, pedí a un hombre que hallé en la casa que me diese de comer pagando, y me dio leche desnatada y un pedazo de un tosco pan de cebada, diciéndome que era cuanto tenía. Bebí la leche con el mayor placer y me comí el pan con pajas y todo; pero esto era muy poco para quien estaba extenuado de fatiga. El campesino, que me estaba contemplando, juzgó por mi apetito de la verdad de mis palabras. De pronto, después de decirme que ya veía que yo era un hombre de bien,[27] y que no había ido para venderle, levantó una pequeña trampa que había cerca de la cocina, bajó y al poco rato volvió con pan de trigo candeal, un jamón muy apetitoso, aunque empezado, y una botella de vino cuyo aspecto me regocijó más que todo lo demás. A esto añadió una tortilla bastante espesa y tuve una comida como no la habrá conocido nadie que no haya viajado a pie. Cuando fui a pagar, volvieron a apoderarse de él la inquietud y los temores; no quería absolutamente tomar el dinero que le ofrecía, rechazándolo con una turbación extraordinaria, y lo singular era que no podía yo imaginar cuáles eran sus temores. Por fin pronunció, estremeciéndose, las terribles palabras de empleado del fisco y visitador de bodegas. Diome a entender que ocultaba el vino a causa de las contribuciones; que escondía el pan por miedo a los tributos, y que era hombre perdido si llegaban a olfatear que no se moría de hambre.

Todo lo que me dijo sobre este particular, del que no tenía yo la menor idea, me causó una impresión indeleble que no se borrará nunca. Éste fue el germen de ese odio inextinguible que después se creció en mi corazón contra las vejaciones que sufre el pueblo desdichado y contra sus opresores. Aquel hombre, a pesar de ser medianamente acomodado, no se atrevía a comer el pan que había ganado con el sudor de su frente y si quería evitar su ruina no tenía más remedio que manifestar una miseria igual a la que le rodeaba. Salí de su casa tan indignado como enternecido y deplorando el destino de esas bellas regiones que la Naturaleza ha favorecido para hacerlas presa de los bárbaros publicanos.

Éste es el único recuerdo preciso que conservo de aquel viaje. Tengo presente también que cuando me hallé cerca de Lyon, me dieron impulsos de continuar el camino hasta las márgenes del Lignon, pues, entre las novelas que había leído con mi padre, figuraba la *Astrea,* y era la que venía más a menudo a mi memoria. Pregunté por el camino de Forez, y una posadera me dijo que era un país ventajoso para los obreros, pues había muchas herrerías y se trabajaba muy bien el hierro. Este elogio calmó de repente mi curiosidad novelesca y no me pareció conveniente ir en busca de Silvandros y Dianas a una población de herreros. La buena mujer que de tal suerte me

animaba seguramente me había tomado por un oficial de cerrajero.

No me dirigía a Lyon sin algún fundamento. En cuanto llegué, fui a las Chasottes a visitar a la señorita du Châtelet, amiga de la señora de Warens, quien me había entregado una carta para ella cuando salí con el señor Le Maître; así es que ya era una persona conocida. La señorita du Châtelet me dijo que, efectivamente, su amiga había pasado por Lyon, pero que ignoraba si habría seguido hasta el Piamonte, y añadió que ella misma al marcharse, vacilaba en detenerse en Saboya, y que si yo quería, ella escribiría para tener noticias suyas, y que el mejor partido que podía tomar era esperar dichas noticias en Lyon. Acepté la oferta; pero no me atreví a decir que tenía prisa por conocer la respuesta y que mi escaso caudal no me permitía esperar mucho. Lo que me contuvo no fue que me recibiese mal; por el contrario, me recibió con mucho agasajo, y me trataba con una igualdad que me quitó las fuerzas para revelar el estado en que me hallaba y descender del lugar de amigo al de mendigo infeliz.

Paréceme ver con bastante claridad la continuación de cuanto dejo consignado en este libro. Sin embargo, creo que me acuerdo de haber hecho otro viaje a Lyon, dentro de este mismo intervalo, pero no puedo apreciar la fecha y sólo recuerdo que me hallaba ya bastante apurado. Nunca lo olvidaré a causa de una aventurilla que me sucedió y que no es fácil de relatar.

Un día me hallaba en Bellecour, después de una miserable cena, meditando en los medios de salir de apuros, cuando vino a sentarse a mi lado un hombre con gorra, que parecía uno de esos tejedores de seda a quienes en Lyon llaman tafetaneros. Dirigióme la palabra, yo le respondí. Apenas hacía un cuarto de hora que estábamos conversando, cuando, siempre con la misma tranquilidad y sin cambiar de tono, me propuso que nos divirtiésemos juntos. Yo esperaba que me explicase en qué había de consistir la diversión; pero, sin añadir palabra, creyó de su deber darme el ejemplo. Casi nos tocábamos y la oscuridad de la noche no era tanta que no me permitiese ver a qué clase de ejercicio se preparaba. Parece que no pretendía nada de mí, a lo menos nada vi que revelase lo contrario y además el sitio no le hubiera sido favorable; no quería sino exactamente lo que me había dicho, divertirse y que yo me divirtiera, cada cual por su lado; y la cosa le parecía tan sencilla que ni siquiera se le ocurrió que a mí pudiese no parecérmelo tanto. Yo me asusté de tal modo al ver tanta impudencia, que me levanté precipitadamente, sin responderle, y me eché a correr a escape, creyendo que aquel miserable me perseguía. Tan turbado me hallaba, que en vez de dirigirme a casa por la calle de Santo Domingo, me metí por el lado del malecón, y no me detuve hasta pasado el puente de madera, temblando como si acabase de cometer un crimen. Yo era presa del mismo vicio, pero este recuerdo me libró de él por mucho tiempo.

En este viaje tuve otra aventura poco más o menos del mismo género, pero que me puso en mayor peligro. Viendo que mi dinero se acababa por momentos, empleé con mayor economía lo poquísimo que me quedaba. Comía con menos frecuencia en la posada, y a poco no volví a comer en ella, pudiendo llenar el estómago en una

taberna por cinco o seis sueldos lo mismo que allí por veinticinco. No yendo a comer, no sabía cómo ir a dormir a la posada, no porque debiese gran cosa, sino porque me daba vergüenza ocupar un cuarto sin dejar ganancia a la posadera. La estación era agradable; una noche que hacía mucho calor, me resolví a pasarla al raso, y ya me había acomodado sobre un banco, cuando un clérigo que pasaba: viéndome acostado en aquel sitio, se acercó preguntándome si no tenía dónde ir a dormir. Yo le confesé mi situación, que pareció afligirle; se sentó a mi lado y entramos en conversación. Hablaba bastante bien, y por lo que me dijo, formé de él la opinión más ventajosa. Cuando me vio bien dispuesto me dijo que su vivienda no era muy holgada, que no tenía más que un cuarto, pero que de todos modos no me dejaría dormir a la intemperie; que ya era tarde para procurarme alojamiento, y que, por aquella noche, me ofrecía la mitad de su cama. Yo acepté el ofrecimiento, esperando adquirir un amigo que pudiese favorecerme. Marchamos, hizo fuego con el pedernal, entramos en el cuarto, que me pareció limpio en su pequeñez, e hizo los honores con mucha urbanidad. Sacó de un bote de vidrio algunas cerezas en aguardiente, comimos un par cada uno, y nos acostamos.

Aquel hombre tenía las mismas aficiones que mi judío del hospicio, pero no las revelaba tan brutalmente. Ya sea que, sabiendo que podían oírme, temiese obligarme a defenderme, ya que en efecto no estuviese tan resuelto en su propósito, el hecho es que, no atreviéndose a hacerme una proposición abiertamente, procuraba conmoverme sin molestarme. Más instruido que la vez primera, pronto comprendí su intento, lo que me hizo estremecer, e ignorando en dónde ni en poder de quién me hallaba, temí, si metía ruido, pagarlo con la vida. Fingí no comprender lo que quería; pero dando a entender que sus caricias me molestaban y mostrando la resolución de no permitir su curso, logré que se viese obligado a contenerse. Entonces le hablé con toda la dulzura y toda la firmeza de que era capaz y, sin manifestar que sospechase nada, le expliqué mi inquietud, contándole lo que me había pasado en el hospicio, y procuré hacerlo con tal expresión de aversión y de horror, que me parece que a él mismo se le revolvió el estómago y renunció por completo a su repugnante designio. Tranquilamente pasamos el resto de la noche; hasta me dijo una porción de cosas muy buenas, llenas de buen sentido, y seguramente no era hombre que careciera de algún mérito, aunque fuese un gran sinvergüenza.

Por la mañana, el señor abate, que no quería parecer disgustado, habló de almuerzo, y suplicó a una de las hijas de la huéspeda, que era bonita, que lo hiciese traer. Ella respondió que no tenía tiempo. Entonces se dirigió a la otra hija, que no se dignó responder. Nosotros espera que espera, y el almuerzo no venía. Al fin nos dirigimos a la sala, donde ellas estaban. Al señor abate lo recibieron de modo muy poco halagüeño, y yo todavía tuve menos de qué envanecerme. La mayor, al volverse, apoyó su agudo tacón sobre la punta de mi pie, donde un callo que me dolía en extremo me había obligado a cortar el zapato; la otra retiró bruscamente una silla que estaba detrás de mí, donde iba a sentarme; su madre me salpicó la cara tirando

agua por la ventana; donde quiera que me colocaba, me hacían apartar para buscar alguna cosa; en la vida me había visto en semejante fiesta. En sus miradas insultantes y burlonas se descubría un odio oculto que tuve la estupidez de no comprender. Pasmado, estupefacto, próximo a creerlas poseídas del demonio, empezaba a espantarme de veras, cuando el abate, que hacía como si no viera ni oyera, conociendo que era de todo punto inútil esperar el almuerzo, se resolvió a salir; yo me apresuré a seguirlo, muy contento de poder escapar de entre aquellas furias. Mientras íbamos andando, me propuso ir a almorzar al café; yo no quise aceptar, aunque tenía un hambre canina; él no insistió mucho, y nos separamos a la tercera o cuarta esquina; yo alegrándome de perder de vista cuanto se relacionaba con aquella maldita casa, y él muy satisfecho, si no me equivoco, por haberme alejado lo bastante para que no me fuese fácil reconocerla. Como nunca en París ni en ninguna otra ciudad me ha sucedido nada semejante a estas dos anécdotas, me ha quedado de Lyon una impresión desagradable, y siempre he mirado esta ciudad como la más corrompida de Europa.

Tampoco contribuye a hacerme grata la memoria de aquella población el recuerdo del extremo a que me vi en ella reducido. Si yo hubiese sido como otros y hubiese sabido pedir prestado y hacer trampa en el mesón, fácilmente hubiera salido del paso; pero en este punto mi ineptitud igualaba a mi repugnancia. Para hacerse cargo de hasta dónde llegan una y otra, basta saber que, después de haber pasado casi toda la vida en la escasez y a menudo próximo a carecer de pan, nunca me ha sucedido que habiéndome pedido dinero algún acreedor, no se lo haya dado al momento. Nunca he sabido comprar al fiado, y siempre he preferido sufrir privaciones a quedar debiendo.

No hay duda de que es doloroso verse reducido a pasar la noche en la calle, y esto me ha sucedido en Lyon diferentes veces. Prefería emplear en comer mejor que en dormir los pocos sueldos que me quedaban, porque, después de todo, era menos fácil morir de sueño que de hambre. Lo sorprendente es que en medio de tan aflictiva situación no me hallaba inquieto ni afligido. No me importaba nada el porvenir, poco ni mucho, y esperaba la contestación que debía recibir la señorita du Châtelet, acostándome al raso, y durmiendo tendido en tierra o sobre un banco tan tranquilamente como sobre un lecho de rosas. Recuerdo que hasta pasé una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que seguía el curso del Ródano o del Saona, no sé fijamente cuál de los dos. Adornaban el camino jardines escalonados por el lado opuesto al río; era el crepúsculo vespertino de un día muy caluroso; el relente humedecía la marchita hierba; no se sentía ni un átomo de viento. Se presentaba una noche tranquila; el aire era fresco sin ser frío; después de puesto el sol, había dejado el cielo lleno de rojos matices, cuyo reflejo teñía el agua de color de rosa; los árboles de los jardines estaban llenos de ruiseñores que se respondían unos a otros. Yo me paseaba poseído de una especie de éxtasis, abandonando mis sentidos y mi corazón al goce de tanta belleza, lamentando únicamente el gozar de ella solo. Absorbido en dulce arrobamiento, continué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin observar que

me hallaba fatigado. Al fin hube de notarlo. Me acosté voluptuosamente sobre la meseta de una especie de nicho o puerta falsa que había en la pared de uno de los huertos; el techo de mi cama eran las copas de los árboles; precisamente se hallaba un ruiseñor posado en una de las ramas que sobre mí se extendían, y me dormí arrullado por su canto; dulce fue mi sueño; más dulce el despertar. Era ya bien de día: al abrir los ojos vi el agua, el verdor, un paisaje admirable. Me levanté, me limpié la ropa y me dirigí alegremente a la ciudad, resuelto a gastar en un buen almuerzo dos piezas de seis blancas que me quedaban todavía. De tan buen humor estaba, que fui cantando todo el camino; y hasta me acuerdo que entonaba una cantata de Batistin, titulada *Los baños de Thomery,* que sabía de memoria. Bendito sea el buen Batistin y su cantata, que me valió un almuerzo mucho mejor de lo que yo me imaginaba, y una comida mejor todavía. He ahí que, a lo mejor de mi canto y de mi camino, oigo que alguien camina detrás de mí, me vuelvo y veo un antonino[28] que venía detrás y parecía oírme con gusto. Se me acercó, me saludó y me preguntó si sabía de música. Contesté que un poco, para dar a entender que mucho. Siguieron las preguntas y le conté parte de mi vida. Me preguntó si había copiado música alguna vez. Respondíle que a menudo, y era la verdad: el mejor modo como podía aprenderla era copiándola. «Pues bien —me dijo—, venid conmigo; podré daros ocupación algunos días, durante los cuales no os faltará nada, con tal que os conforméis con no salir de la habitación». Yo consentí de buena gana y me fui con él.

Ese antonino se llamaba Rolichon; era aficionado a la música, la conocía y cantaba en unos pequeños conciertos que daba con sus amigos. Nada había en esto que no fuese inocente y digno; pero esa afición degeneraba al parecer en furor y se veía obligado a ocultarla en parte. Condújome a un pequeño aposento donde quedé instalado, en el que hallé mucha música copiada por él. Diome otras piezas para copiar y en especial la mencionada cantata, que él había de cantar al poco tiempo. Allí estuve tres o cuatro días, copiando constantemente todas las horas que no empleaba en comer, porque en la vida había estado tan hambriento ni había tenido tan buena mesa. Él mismo me traía de comer de la cocina; y por cierto que había de ser buena, si su comida correspondía a la mía. En la vida he comido con tanto gusto: si bien hay que confesar que esos bocados vinieron muy a tiempo, porque yo estaba como una espátula. Casi trabaja con tanto ahínco como comía, que no es poco decir; si bien es cierto que no era tan correcto como diligente. Algunos días después encontré por la calle al señor Rolichon, que me dijo que mis copias habían puesto la música de modo que no podía ejecutarse, pues estaban llenas de omisiones, repeticiones y trasposiciones. Preciso es confesar que escogí la ocupación que menos me convenía; no es que mis copias no fuesen limpias y hasta bellas; pero el fastidio de un trabajo interminable me causa tales distracciones que paso más tiempo raspando que escribiendo, y si no pongo la mayor atención en confrontar las partes, siempre hago estropear la ejecución. Por eso, queriendo trabajar bien, lo hice bastante mal, y por ir de prisa cometí disparates. Esto no impidió que el señor Rolichon me

tratase siempre bien, y cuando hube concluido me dio un escudo, por cierto muy mal ganado, que fue mi salvación; pues a los pocos días recibí noticias de mamá, que se hallaba en Chambéry, y dinero para ir a reunirme con ella, lo que hice con la mayor satisfacción. Desde entonces mi caudal ha sido frecuentemente muy reducido, pero nunca hasta el extremo de que me haya visto en el caso de quedarme en ayunas. Recuerdo esta época de mi vida con gratitud hacia la Providencia. Es la última vez que he sufrido hambre y miseria. Todavía permanecí siete u ocho días en Lyon, esperando los encargos que mamá hizo a la señorita du Châtelet, a quien durante ese tiempo visité con más frecuencia, teniendo el placer de hablar con ella de su amiga y no sintiéndome ya perturbado por la desdicha cruel que me obligaba a ocultar mi situación. La señorita du Châtelet no era joven ni hermosa, pero no carecía de cierta gracia; era franca y afable, y su viveza daba realce a su familiaridad. Tenía esa moral observadora que induce a estudiar a los hombres, y de ella me ha provenido en primer lugar esa misma tendencia. Era aficionada a las obras de Le Sage, principalmente al *Gil Blas;* hablóme de él, y me lo prestó; yo lo leí con gusto; pero no tenía aún bastante madurez para esa clase de lecturas; necesitaba novelas llenas de grandes sentimientos. Así pasaba el tiempo en la reja de la señorita du Châtelet, con tanto gusto como provecho; y es muy cierto que las interesantes conversaciones de una mujer de talento son más eficaces para formar a un joven que toda la pedantesca filosofía de los libros. En las Chassotes conocí a otras amigas suyas y pensionistas, entre ellas a una niña de catorce años, llamada la señorita Serre, en quien no fijé mucho la atención entonces, pero de quien me apasioné ocho o nueve años más tarde, y con razón, porque era una joven adorable.

Absorbida mi atención por la idea de ver pronto a mamá, di alguna tregua a mis quimeras, y la felicidad real que me esperaba me dispensó de buscarla en mis visiones. No solamente volvía a encontrarla sino que a su lado y por ella obtenía una posición agradable, pues me indicaba que me había encontrado una ocupación que habría de convenirme y que me permitiría permanecer a su lado. Yo me deshacía en conjeturas para adivinar cuál sería esa ocupación, y, a la verdad, para acertar hubiera tenido que devanarme los sesos. Me encontraba con dinero bastante para hacer el viaje con comodidad y la señorita du Châtelet quería que tomase un caballo; mas no quise de ningún modo, y tuve sobrada razón; hubiera perdido el placer del último viaje a pie que he hecho en mi vida, pues no puedo dar este nombre a las excursiones que a menudo hacía a los alrededores, cuando vivía en Motiers.

Es singular que nunca se remonte más agradablemente mi imaginación como cuando me hallo en un estado menos agradable; y, al contrario, cuando todo ríe en derredor mío, entonces es menos risueña mi fantasía. Mi mala cabeza no puede sujetarse a la realidad. No puede embellecer, necesita crear. Cuando más, los seres reales se pintan en ella, tales como son; no sabe adornar más que los objetos imaginarios. Si quiero describir la primavera, es preciso que me halle en el invierno; si quiero pintar un hermoso paisaje, he de hallarme entre cuatro paredes; mil veces he

dicho que si algún día me hallase preso en la Bastilla, haría el cuadro de la libertad. Al salir de Lyon, no veía otra cosa que un grato porvenir, estaba tan contento y tenía tantos motivos para estarlo como los tenía para sentirme disgustado al salir de París. Sin embargo, durante este viaje no tuve aquellos deliciosos delirios que en el otro me habían acompañado. Tenía el corazón tranquilo, y nada más. Me aproximaba enternecido a la excelente amiga que iba a ver nuevamente; gozaba por anticipado, pero sin delirio, el placer de vivir con ella; siempre lo había esperado; era como si nada nuevo me hubiese sucedido. Me inquietaba lo que iba a hacer, como si hubiese habido por qué inquietarse. Mis ideas eran agradables y apacibles, no celestiales y arrobadoras. Me fijaba en todo lo que veían mis ojos, ponía atención en los paisajes, observaba los árboles, las casas, los riachuelos; me detenía a deliberar en las encrucijadas; temía extraviarme, pero no me extraviaba. En resumen, ya no me hallaba en el empíreo; me hallaba tan pronto en el sitio en que realmente me encontraba, tan pronto en el lugar hacia donde me dirigía, pero nunca más allá.

Refiriendo mis viajes soy lo mismo que cuando los hacía; no sé nunca llegar a su término. Al aproximarme a mi cara mamá, el corazón me latía de gozo y sin embargo no apresuraba el paso. Me gusta andar tranquilamente y detenerme cuando me acomoda. La vida ambulante es la que mejor me conviene. Ir de camino con buen tiempo, por un país hermoso, sin llevar prisa, y tener un objeto agradable por término del viaje, he ahí, de todos los modos de vivir, el que más me agrada. Sabido es lo que yo entiendo por un país hermoso. Nunca me lo ha parecido el que está formado de llanuras, por más que realmente lo sea. Yo quiero torrentes, peñas, abetos, bosques sombríos, montañas, caminos escabrosos por donde tener que subir y bajar; precipicios que me hagan estremecer. Este placer tuve al acercarme a Chambéry, y lo gocé con todo su atractivo. No lejos de una montaña cortada, llamada el Paso de la Escala, debajo de la carretera abierta en la roca, en el lugar llamado Chailles, corre y bulle por un espantoso abismo un riachuelo que parece haber empleado millares de siglos en abrirse paso. A lo largo del camino hay un parapeto para evitar las desgracias que podrían ocurrir; así es que podía contemplar el fondo y tener el gusto de experimentar vértigos a mi satisfacción, porque lo más extraño que hay en mi afición a los lugares escarpados es que me causan desvanecimientos y esto me agrada con tal de que no corra peligro de caerme. Apoyado en el parapeto, avanzaba la cabeza, y así pasaba horas enteras entreviendo de cuando en cuando la espuma y el agua azulada cuyo mugido oía, mezclado con los chillidos de los cuervos y las aves de rapiña que volaban de una a otra roca y de una a otra maleza, a cien toesas debajo de mí. En los puntos donde la pendiente era bastante lisa y la maleza no muy espesa, de modo que dejase pasar los guijarros, iba a buscarlos, aunque hubiese de andar bastante, tan grandes como me permitían mis fuerzas, los amontonaba sobre el parapeto, y luego, lanzándolos uno tras otro, me deleitaba viéndolos rodar y dar botes y romperse con estrépito antes de llegar al fondo del precipicio.

Más cerca de Chambéry presencié un espectáculo semejante, pero en sentido

contrario. El camino pasa junto a la cascada más hermosa que he visto en mi vida. La montaña es tan escarpada, que el agua se desprende completamente y cae en arco bastante abierto para permitir pasar entre el agua y la peña, a veces sin temor de mojarse; pero, si no se va con cuidado, es muy fácil verse burlado, como a mí me sucedió; pues a causa de la gran altura de donde cae, una parte del agua se divide en polvo, y el que se aproxima demasiado a aquella nube, sin hacerse cargo por el momento de que se está mojando, luego se encuentra calado.

Llegué por fin, y la volví a ver. No estaba sola. En el momento de mi llegada, se hallaba en su casa el intendente general. Ella, sin decirme una palabra, me cogió por la mano y me presentó a él con aquella gracia que le granjeaba todos los corazones. «He aquí —dijo— este pobre joven; dignaos protegerle mientras lo merezca, y ya quedo tranquila por el resto de su vida». Luego añadió, dirigiéndose a mí: «Hijo mío, vais a servir al rey; dad las gracias al señor intendente que os da el pan». Yo abría desmesuradamente los ojos, sin decir palabra, sin saber qué pensar; a punto estuve de abandonarme a la naciente ambición y verme hecho ya todo un señor intendente. No resultó mi fortuna tan brillante como me había parecido en aquella introducción; pero mientras tanto era lo suficiente para vivir, y para mí era mucho. He aquí de lo que se trataba.

El rey Víctor Amadeo juzgaba, por el éxito de las guerras precedentes y por la situación del antiguo patrimonio de sus mayores, que aquél se le escaparía de entre las manos algún día, y no procuraba otra cosa que agotarlo. Hacía algunos años que, deseando obligar a la nobleza a que pagase los pechos, había dado orden de que se hiciese un catastro general en todo el país, a fin de que, al realizar el tributo, pudiese hacerse el reparto con más equidad. Este trabajo, comenzado en vida del padre, fue concluido en el reinado del hijo. Se emplearon en él doscientos o trescientos hombres, entre agrimensores que se llamaban geómetras y escribientes que se llamaban secretarios, y mamá me hizo inscribir entre los últimos. Era un empleo que, sin ser lucrativo, daba para vivir con holgura en aquel país. El mal estaba en que era por cierto tiempo; pero daba espacio para buscar otra cosa y esperar, y ella, por previsión procuró obtenerme la protección particular del intendente, a fin de que, terminada la tarea, pudiese pasar a otro empleo más permanente.

Pocos días después de mi llegada empecé a desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es como después de cuatro o cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé a ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia bajo ciertos puntos de vista, he sido por otra parte niño durante mucho tiempo, y todavía lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido a presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y, para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan

menos que su recuerdo, y todas mis ideas consisten en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido posteriormente más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican a los que les siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera que en cierto modo mi alma fuera transparente a los ojos del lector; y para esto procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de modo que no pase inadvertido ningún movimiento, a fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase a mi cargo describir el resultado y le dijese: Éste es mi carácter, podría pensar, si no precisamente que quiero engañarle, a lo menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuanto me ha pasado, todo lo que he hecho, pensado y sentido, no puedo inducirle en error, a lo menos de intento y a sabiendas; y aun cuando lo quisiera, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que componen; el resultado será obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles; también deben ser exactos. A mí no me corresponde juzgar la importancia de los hechos; debo decirlos todos, y dejarle el cuidado de escoger. A esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, tal vez los lectores impacientes se fastidien, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa: y no es decir demasiado o decir mentiras, mas no decirlo todo y callar verdades.

Libro quinto

1732-1736

Creo que era en 1732 cuando llegué a Chambéry y comencé a desempeñar un empleo en el Catastro, al servicio del rey. Tenía yo veinte años pasados, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu, estaba bastante formado para mi edad; pero mi juicio distaba mucho de estarlo y para aprender a conducirme me eran muy necesarias las manos en que me hallaba, porque algunos años de experiencia no habrían sido suficientes para curarme radicalmente de mis novelescas visiones. Además, a pesar de todos los males que había sufrido, conocía tan poco el mundo y los hombres como si no hubiese aprendido muy caras sus lecciones.

Vivía en mi casa, es decir, en casa de mamá; pero no volví a encontrar mi aposento de Annecy, y perdí el jardín, el río y el paisaje. La casa que había tomado era triste y sombría, y mi habitación la más triste y sombría de la casa. Por toda vista tenía una pared; por todo desahogo, un callejón sin salida. El poco aire, la escasa luz, lo reducido del espacio, los grillos, los ratones y las podridas tablas del piso me hacían poco grata la habitación; pero estaba en su casa, junto a ella. Pasaba el tiempo en mi despacho o en su habitación, sin pensar en la fealdad de la mía. Parecerá extraño que mamá fuera a establecerse expresamente en Chambéry para vivir en aquella casa abominable; éste fue un rasgo de habilidad de su parte que no debo pasar en silencio. Iba a Turín con repugnancia, sabiendo que después de las recientes revoluciones, y cuando aún estaba agitada la corte, no era oportuno presentarse en ella. Pero sus negocios lo exigían; temía ser olvidada o que no quisieran favorecerla y, sobre todo, sabía que el conde de Saint-Laurent, intendente general de hacienda, no le era favorable. Tenía éste una casa en Chambéry, tan ruinosa y mal situada, que nadie quería alquilarla; mamá la alquiló y se instaló en ella. Esto le valió más que un viaje: no le suprimieron la pensión, y desde entonces el conde de Saint-Laurent le fue siempre adicto.

Hallé la casa dispuesta poco más o menos como antes, y al fiel Claudio Anet siempre con ella. Como ya creo haberlo dicho, Anet era un campesino de Moutru, que en su infancia herborizaba en el Jura para hacer té suizo, y a quien mamá había tomado por criado a causa de su afición a la farmacia, hallando muy cómodo tener un sirviente herbolario. Él se apasionó de tal modo por el estudio de las plantas, y ella favoreció tan bien esta inclinación, que llegó a ser un verdadero botánico; si no hubiese muerto joven, se hubiera conquistado un nombre en esta ciencia, como lo merecía entre los hombres de bien. Como era una persona formal y hasta grave, y yo era más joven que él, vino a ser para mí una especie de ayo que me evitó muchas locuras, pues su presencia me imponía respeto, y ante él no me atrevía a dejarme

llevar de mi carácter. Aun a su propia ama hacía contener en cierto modo, pues ella conocía su buen sentido, su rectitud y el inviolable afecto que le profesaba y se lo pagaba perfectamente. Claudio Anet era, sin disputa, un hombre raro y el único en su género que he conocido: lento, grave, reflexivo, circunspecto en su conducta, frío en sus maneras, lacónico y sentencioso en sus palabras; sus pasiones eran de una secreta impetuosidad que le devoraba, encerrada en su interior, y que en toda su vida no le arrastró más que una vez a cometer un disparate, pero terrible: el de envenenarse. Esta trágica escena tuvo lugar poco después de mi llegada, y fue preciso que así sucediera para que yo llegase a saber la intimidad que existía entre aquel joven y su ama; porque si no me lo hubiese dicho ella misma, yo jamás lo hubiera sospechado. Indudablemente, si el cariño, el celo y la fidelidad pueden merecer semejante recompensa, le era bien debida; y en prueba de que era digno de ella, es que nunca abusó de su posesión. Raras veces tenían cuestiones y éstas acababan siempre bien. Sin embargo, hubo de ocurrir una que acabó mal; su ama, en un arrebato de cólera, le dirigió una frase injuriosa que él no pudo digerir; no escuchando más que su desesperación, y hallando a mano un frasco de láudano, Claudio Anet se lo bebió, yéndose a dormir tranquilamente. Contaba con no despertar jamás. Por fortuna, la señora de Warens, inquieta y agitada igualmente por su parte, errando de uno a otro lado de la casa, halló el frasco vacío y adivinó lo que había sucedido. Los gritos en que prorrumpió corriendo a socorrerle me sobresaltaron, y acudí a ver qué los motivaba. Entonces ella me lo confesó todo, imploró mi ayuda, y al fin, con harto trabajo, logró hacerle vomitar el opio. Yo, testigo de esta escena, me asombraba de la simpleza mía en no haber ni remotamente sospechado las relaciones que había entre ellos. Pero Claudio Anet era tan discreto, que otros más listos que yo se hubiesen engañado. La reconciliación fue tal, que yo también me conmoví profundamente, y desde entonces al aprecio que le tenía se añadió el respeto, y vine a ser discípulo suyo en cierto modo, con lo que no me encontré mal.

Sin embargo, no dejó de causarme pena saber que había quien pudiese vivir con ella en más intimidad que yo. Nunca había pensado siquiera en desear para mí aquel puesto; pero, como es natural, me desagradaba verle ocupado por otro. Con todo, en vez de sentir antipatía por el que me había suplantado, comprendí que a él se extendía el cariño que ella me inspiraba. Mi mayor deseo era que fuese dichosa; puesto que le necesitaba para serlo, me consolaba de que también él lo fuese.

Por su parte, él se acomodaba perfectamente a las miras de su ama y cobró una amistad sincera por el amigo que ella se había escogido. Sin afectar conmigo la autoridad que su posición le permitía, adquirió naturalmente la que le daba la superioridad de su inteligencia. Yo no me atrevía a hacer nada que no pareciese de su agrado, y él no desaprobaba sino lo que merecía serlo. Así vivíamos felices, unidos por un lazo que sólo pudo romper la muerte. Una de las pruebas de la excelencia del carácter de esa apreciable mujer es que aquellos que la querían también se amaban entre sí. Los celos, la misma rivalidad cedían al sentimiento dominante que inspiraba,

y no he visto nunca que existiese el menor rencor entre las personas que la rodeaban. Los que me lean suspendan un momento su lectura en este elogio, repasen su memoria y, si encuentran alguna mujer de quien se pueda decir lo mismo, únanse a ella para la paz de su vida, aunque fuese la última ramera.[29]

Aquí principia, después de mi llegada a Chambéry hasta que marché a París en 1741, un intervalo de ocho o nueve años durante los cuales tendré pocos acontecimientos que referir, porque mi vida fue tan sencilla como apacible, y esta uniformidad era precisamente lo que más necesitaba para que acabase de formarse mi carácter, al que una continua agitación impedía madurar. Durante ese precioso intervalo fue cuando mi educación, falta de orden y unidad, tomó consistencia, haciéndome lo que he sido siempre, aun a través de las tempestades que me esperaban. Esa formación fue insensible y lenta; durante ella ocurrieron pocos hechos memorables; mas por esto no merece menos que aquí siga su curso y que la desarrolle.

Al principio casi no me ocupaba más que de mi obligación, porque la oficina no me permitía pensar en otra cosa. El poco tiempo que me quedaba libre lo pasaba al lado de la buena mamá; tampoco me aguijoneaba el deseo de leer, por falta de tiempo para ello. Mas cuando mi trabajo vino a convertirse en una especie de rutina, embargaba menos mi espíritu, y entonces reapareció mi inquietud y me fue necesaria la lectura; y, como si la dificultad de satisfacerla hubiese siempre dado pábulo a esta inclinación, habría llegado a ser apasionada si otras aficiones no me hubieran distraído de ella.

Aunque nuestras operaciones en la oficina no requieran una aritmética muy trascendental, se necesitaba bastante para que me hallase a veces apurado. Para vencer esta dificultad, compré libros de aritmética y la aprendí bien, porque la estudié solo. La aritmética práctica se extiende más de lo que parece, cuando se quiere llegar a una exactitud precisa. Tiene operaciones larguísimas en que he visto perderse a buenos matemáticos. La reflexión unida a la práctica aclara las ideas, y entonces se hallan procedimientos abreviados, cuyo descubrimiento halaga el amor propio, cuya exactitud satisface la inteligencia, y que dan por resultado el que se haga con gusto un trabajo de suyo ingrato. Yo me dediqué a él de tal modo, que no había problema soluble por las solas cifras que me fuera difícil resolver; y aún hoy mismo, que se va borrando de mi memoria cada día cuanto he sabido, este conocimiento subsiste todavía en parte, después de un intervalo de treinta años. No hace muchos días que en un viaje que hice a Devenport, asistía en casa de mi huésped a la lección de aritmética de sus hijos, e hice, sin equivocarme y con increíble satisfacción, una de las operaciones más intrincadas. Cuando iba escribiendo las cifras me parecía hallarme todavía en Chambéry, y en mis mejores días. Era volver atrás desde muy lejos.

El lavado de los mapas de nuestros geómetras me hizo cobrar también afición a la pintura. Compré colores y me dediqué a pintar flores y paisajes. Es una lástima que no haya tenido más disposición para este arte, porque tuve hacia él una afición

decidida. Habría pasado sin salir de casa meses enteros, en medio de mis lápices y mis pinceles. Cuando vieron que esta ocupación me dominaba demasiado, trataron de distraerme de ella. Lo mismo me sucede con todas las cosas a que empiezo a dedicarme; me encariño con ellas, me apasiono, y luego ya no existe para mí en el mundo otra cosa más que aquella que me domina. La edad no ha bastado para curarme de este defecto, ni siquiera para disminuirle; y en la época en que esto escribo estoy entusiasmado como un viejo chocho con otro estudio inútil de que no entiendo una palabra,[30] y que hasta los mismos que lo han cultivado desde su juventud se ven obligados a abandonarlo a la edad en que yo pretendo empezarlo.

Entonces hubiera sido tiempo, pues las circunstancias eran favorables; y alguna vez tuve intención de aprovecharlas. La satisfacción que veía asomar a los ojos de Anet, cuando venía cargado de plantas nuevas, me tuvo dos o tres veces a punto de irme a herborizar con él. Casi estoy seguro de que, si hubiese ido una vez siquiera, me habría cautivado; y tal vez hoy día fuera un gran botánico, pues no conozco otro estudio que mejor se avenga con mis naturales inclinaciones que el de las plantas; y la vida que llevo en el campo de diez años a esta parte casi no es más que una continua herborización, sin progresos y sin objeto, a decir verdad; pero entonces, no teniendo la menor idea de la botánica, la miraba con una especie de menosprecio y aun de repugnancia, pareciéndome un estudio de boticario. Mamá no se servía de él para otra cosa, porque le gustaba la farmacia; no buscaba más que las plantas usuales para componer sus específicos. Así es que la botánica, la química y la anatomía se hallaban mezcladas en mi mente y formando un todo confuso a que llamaba medicina, que me ofrecía materia abundante para chancearme todo el día y ganarme algunos bofetones de cuando en cuando. Por otra parte, se iba desarrollando en mi espíritu la afición a otro estudio muy diferente y por demás contrario a aquél, que pronto absorbió todas mis aficiones. Me refiero a la música. Fuerza es que haya nacido para este arte, puesto que desde mi infancia me ha cautivado siempre, siendo el único a que he tenido un amor constante en todas las épocas de mi vida. Lo más notable es que, a pesar de haber nacido con esta predisposición, me ha costado tantísimo su estudio, y he obtenido tan lentos resultados, que nunca he logrado, después de una práctica de toda la vida, cantar de repente con seguridad. Lo que entonces me hacía este estudio más agradable que otro alguno era poder practicarlo con mamá. Como nuestros gustos eran muy diferentes, para nosotros era la música un punto de reunión que yo me complacía en frecuentar. Ella no se excusaba; entonces estaba yo poco más o menos tan adelantado como ella; en dos o tres lecturas descifrábamos un aire. A veces, viéndola atareada alrededor de un hornillo, le decía: «Mamá, he aquí un dúo que, o mucho me equivoco, o ha de hacer que vuestras drogas huelan a quemado». «A fe mía, replicaba, te juro que si se me queman por tu culpa te las he de hacer tragar». Así, mientras disputábamos, yo la arrastraba hacia el clavicordio; una vez allí todo quedaba olvidado; luego hallaba calcinado el extracto de enebro o de ajenjos, lo cogía y venía a mancharme la cara; todo esto era delicioso.

Como se ve, no obstante el poco tiempo que me quedaba libre, tenía muchas cosas en qué emplearlo. Pues todavía vino a aumentarlas una nueva diversión que sirvió para dar más incentivo a las demás.

Vivíamos en un calabozo tan estrecho, que a menudo teníamos necesidad de ir a tomar el aire. Anet logró que mamá alquilase un jardín en los arrabales para cultivar en él algunas plantas. Aquel jardín tenía una casita de campo bastante linda, que se amuebló simplemente con lo más necesario. A menudo íbamos allí a comer, y yo me quedaba algunas noches, a cuyo efecto pusieron una cama. Insensiblemente me fui aficionando a ese retiro, me llevé a él algunos libros y muchas estampas; me pasaba adornándolo una parte del tiempo de que podía disponer y preparando alguna sorpresa agradable para cuando mamá iba a pasearse por el jardín. Me separaba de ella para ir a ocuparme de ella, para verla con mayor placer en mi fantasía: otra excentricidad que no trataré de excusar ni de explicar, pero que confieso porque así sucedía. Recuerdo que un día la señora de Luxembourg me hablaba con sorna de un hombre que se alejaba de su amada para escribirle. Respondíle que yo hubiera podido muy bien ser aquel hombre y aun podía añadir que lo había sido algunas veces. Sin embargo, al lado de mamá jamás he sentido esta necesidad de alejarme de ella para quererla más; pues en su compañía me hallaba tan a mis anchas como estando solo, cosa que no me ha sucedido con nadie más, ni hombre ni mujer, por más cariño que les haya tenido. Pero era tan frecuente verla asediada de personas que no me agradaban, que el despecho y el fastidio me lanzaban a mi asilo, donde la tenía como yo deseaba, sin temor de que nos siguiesen importunos.

Mientras yo vivía en tan grato sosiego distribuyendo el tiempo entre mi trabajo, mi instrucción y mis placeres, no estaba Europa tan tranquila como yo. Francia y el Emperador acababan de declararse la guerra; el rey de Cerdeña estaba metido en la contienda, y el ejército francés atravesaba por el Piamonte para penetrar en el Milanesado. Por Chambéry pasó una columna, y, entre otros, el regimiento de Champaña, cuyo coronel era el duque de la Trimouille, a quien me presentaron, que me hizo muchas promesas, y seguramente no se acordó más de mí. Nuestro jardincito se hallaba situado precisamente en lo alto del arrabal por donde entraban las tropas, de suerte que yo iba a saciar el gusto que hallaba en verlas pasar, y me interesaba por el éxito de aquella guerra como si me hubiese importado sobremanera. Hasta entonces nunca había pensado en ocuparme de los asuntos públicos; y por vez primera me puse a leer los periódicos, pero con tal parcialidad a favor de Francia, que me saltaba el corazón de gozo al saber que había obtenido alguna ventaja, aun la más insignificante, y sus reveses me afligían tanto como si hubiesen recaído sobre mí. Si esto hubiese sido una locura pasajera, no la habría mencionado, pero se ha arraigado en mi corazón tan hondamente sin razón ninguna, que cuando más tarde he hecho en París el papel de antidéspota y de indomable republicano, a despecho mío experimentaba una secreta predilección por esa nación que yo calificaba de servil y por ese gobierno que trataba de vituperar. Lo gracioso es que, avergonzándome de

tener una inclinación tan contraria a mis ideas, no me atrevía a confesarla a nadie, y ridiculizaba a los franceses por sus derrotas, mientras que me desgarraban el corazón más que a ellos mismos. Yo soy indudablemente el único que, viviendo en una nación que adoraba y de la cual se veía bien tratado, haya fingido desdeñarla. En fin, tan desinteresado ha sido este afecto, tan profundo, tan constante, tan invencible, que aun después de mi salida del reino, después que el gobierno, los magistrados y los escritores se han desencadenado a porfía contra mí, después que se puso de moda agobiarme a fuerza de ultrajes e injusticias, no he podido curar de mi locura. Les amo a pesar mío, aunque me maltraten.

Durante mucho tiempo he procurado inquirir la causa de esta parcialidad, y no he podido hallarla sino en la que le dio origen. Un gusto creciente por la literatura me apegaba a los libros franceses, a los autores de esos libros y al país de esos autores. Precisamente cuando veía desfilar el ejército francés, estaba leyendo los grandes capitanes de Brantôme. Tenía llena la cabeza de los Clisson, los Bayard, los Lautrec, los Coligny, los Montmorency, los de la Trimouille, y me interesaba por sus descendientes como herederos de su valor y de sus prendas. A cada regimiento que pasaba, me parecía ver aquellas famosas bandas negras que antiguamente habían llevado a cabo tantas proezas en el Piamonte. En fin, aplicaba a lo que veía las ideas que había bebido en los libros, y mis continuadas lecturas, que versaban acerca de obras de la misma nación, alimentaron mi cariño hacia ella y engendraron una pasión ciega que nada ha podido dominar. Posteriormente he tenido ocasión de observar en mis viajes que esta impresión no me era peculiar, y que, hallándose más o menos en todos los países, entre las personas aficionadas a leer y las que se dedican a la literatura, equilibraba el odio general que inspira el aire petulante de los franceses. Las novelas les atraen las simpatías de las mujeres más bien que las de los hombres de todos los países; sus obras maestras dramáticas aficionan la juventud a su teatro. Innumerables extranjeros acuden al de París, llamados por su fama, y vuelven entusiasmados. En fin, el excelente gusto que campea en su literatura les gana la voluntad de todas las personas de gusto, y he visto que sus autores y filósofos han sostenido la gloria del nombre francés, debilitada por sus soldados en la desdichada guerra que han tenido últimamente.

Por tanto, yo era francés ardiente, y esto me hizo novelero. Íbame con la multitud de papamoscas que acuden a la plaza a esperar la llegada de los correos; y, más tonto que el asno de la fábula, me inquietaba por saber cuál sería el amo que me pondría la albarda; porque se decía entonces que pasaríamos a poder de Francia, la cual cambiaría la Saboya por el Milanesado. Preciso es convenir, sin embargo, en que yo tenía por qué temer el resultado de la guerra, pues si la suerte hubiese sido contraria a los aliados, la pensión de mamá corría gran riesgo. Pero yo confiaba enteramente en mis buenos amigos; y esta vez, a pesar de la sorpresa del señor de Broglie, no salieron fallidas mis esperanzas gracias al rey de Cerdeña, en quien yo ni siquiera había pensado.

Mientras se batían en Italia, en Francia se cantaba. Las óperas de Rameau empezaban a meter ruido y dieron a conocer sus obras teóricas, que, habiendo permanecido ignoradas, poseían muy pocos. Por casualidad oí hablar de su *Tratado de la armonía,* y no me sosegué hasta que lo hube adquirido. Por otra casualidad, caí enfermo. La enfermedad era inflamatoria; fue violenta y corta, pero larga la convalecencia, y en todo un mes no pude salir de casa. Durante ese tiempo devoré mi Rameau; pero era tan largo, tan difuso, tan desordenado, que vi que necesitaría mucho tiempo para estudiarlo y desembrollarlo. Suspendí, pues, mi aplicación y me recreé con la música. No se me iban de la cabeza las cantatas de Bernier, en las que me ejercitaba. Aprendí cuatro o cinco de memoria, y entre ellas una titulada *Los amores dormidos,* que no he visto más desde entonces y que, sin embargo, todavía sé casi de memoria, lo mismo que *El amor picado por una abeja,* cantata muy linda de Clérambault, que aprendí poco más o menos en aquel entonces.

A mayor abundamiento llegó del valle de Aosta un joven organista, llamado el abate Palais, buen músico, buen hombre y que acompañaba muy bien con el clavicordio. Nos conocimos y nos hicimos inseparables. Él era discípulo de un monje italiano, gran organista. Me habló de sus teorías, que comparé con las de Rameau, y me llené la cabeza de acompañamientos, de acordes y de armonías. A todo esto era preciso educar el oído; propuse a mamá que diéramos un pequeño concierto cada mes, y consintió en ello. Desde aquel momento me dediqué con tal ardor a organizarlo, que ni de día ni de noche me ocupaba de otra cosa; y realmente me ocupaba, y mucho, para reunir las piezas, los concertantes, los instrumentos, sacar las partes, etc. Mamá cantaba, el padre Catón, de quien he hablado y de quien tendré que hablar todavía, cantaba también; un maestro de baile, llamado Roche, y su hijo, tocaban el violín; Canavas, músico piamontés, empleado en el catastro, y que después se ha casado en París, tocaba el violoncelo; el abate Palais acompañaba con el clave; yo tenía el honor de dirigir las piezas, sin olvidar el bastón del leñador. Júzguese lo magníficos que serían aquellos conciertos. Si no eran como el de casa del señor Treytorens, no les faltaba mucho.

Los pequeños conciertos de la señora de Warens, neófita que vivía, al decir de las gentes, de las limosnas del rey, daban pábulo a las murmuraciones de los beatos; mas para muchas gentes de bien era una diversión agradable. No sería fácil adivinar a quién me refiero en primer lugar en esta ocasión; a un monje, pero hombre de mérito y apreciable, cuyas desgracias me afectaron vivamente más tarde, y cuya memoria, ligada con la de mis días hermosos, me es cara todavía. Era el padre Catón, franciscano, que, junto con el conde de Dortan, había hecho detener en Lyon la caja de música del pobre *gatito;* hecho que no constituye seguramente el rasgo más bello de su vida. Era bachiller de la Sorbona; había vivido mucho tiempo en París, en el gran mundo, y había logrado introducirse, principalmente en casa del marqués de Antremont, entonces embajador de Cerdeña. Era alto, bien formado, con el rostro lleno y los ojos algo salientes; cabello negro, formando sin afectación bucles sobre

las sienes, porte a la vez noble, franco y modesto, que se presentaba muy bien y con naturalidad, no teniendo las maneras insolentes o hipócritas de los frailes ni la desenvoltura de un personaje a la moda del día, aunque realmente lo era, sino la serenidad de un hombre de bien que, sin avergonzarse de su hábito, se honra a sí mismo y se halla siempre en su puesto entre las personas honradas. Aunque no tuviese grandes conocimientos para ser un doctor, el padre Catón era muy instruido para hombre de mundo, y, no teniendo prisa por revelar su erudición, la usaba tan a propósito que parecía poseer mucha más. Habiendo vivido mucho en sociedad, se había dedicado más a la instrucción amena que a los estudios serios. Tenía ingenio, hacía versos, se expresaba bien, cantaba mejor, tenía una voz agradable, tocaba el órgano y el clave. Para verse solicitado, no eran necesarias tantas dotes; así es que se le buscaba; pero esto le estorbaba tan poco para atender a los cuidados propios de su estado que, a pesar de celosos competidores, llegó a ser nombrado definidor de su provincia, o, como se dice, uno de los padres graves de la orden.

Este padre Catón conoció a mamá en casa del marqués de Antremont. Oyó hablar de nuestros conciertos y quiso tomar parte en ellos, contribuyendo a que fuesen más brillantes. Pronto estuvimos ligados por nuestra común afición a la música, que, tanto para él como para mí, era una pasión muy viva; con la diferencia de que él era un verdadero músico, y yo era una media cuchara. Íbamos con Canavas y el abate Palais a su cuarto, donde dedicábamos buenos ratos a la música, y alguna que otra vez cantábamos acompañados de su órgano, los días de fiesta. A menudo comíamos en su modesta mesa; pues lo sorprendente para ser un fraile es que, además, era generoso, magnífico, y sensual sin grosería. Los días de concierto cenaba en casa de mamá. Aquellas cenas eran muy divertidas y agradables; allí se hablaba sin ambages; allí se cantaban dúos; yo me hallaba a mi sabor; nunca me faltaban chistes y felices ocurrencias; el padre Catón estaba encantador, y mamá, adorable; el abate Palais, con su voz de buey, era el blanco de las bromas. ¡Dulces instantes de la bulliciosa juventud, cuánto tiempo ha que habéis desaparecido!

Como no tendré que hablar ya más de ese pobre padre Catón, permítaseme concluir aquí en dos palabras su triste historia. Los otros frailes, celosos o más bien furiosos al ver que se distinguía por su mérito, por una elegancia en sus costumbres que nada de común tenía con la crápula monástica, le cobraron odio, porque no era tan odioso como ellos. Los jefes se confabularon en contra suya y concitaron a los frailezuelos que envidiaban su posición y que antes no se atrevían a mirarle. Hiciéronle mil afrentas, le destituyeron, quitáronle su aposento, que él había amueblado con gusto, aunque con sencillez; confináronle no sé dónde, y en fin, aquellos miserables le agobiaron con tantos ultrajes, que su espíritu recto y con justicia altivo no pudo resistirlos; y, después de haber hecho las delicias de las reuniones más agradables, sucumbió de dolor, muriendo sobre un lecho miserable, en un rincón de una celda o calabozo, siendo sentido y llorado por cuantas personas honradas le habían conocido, quienes no le hallaron otro defecto que el de ser fraile.

Con este sencillo modo de vivir resultó que a poco a poco absorbido enteramente por la música, me hallaba completamente imposibilitado de pensar en otra cosa. Ya no iba a la oficina sino con disgusto; la sujeción y asiduidad me hicieron considerar el trabajo un suplicio insoportable, y acabé por querer abandonar el empleo para dedicarme a la música. Ya se comprenderá que esta locura no pasó sin oposición. Dejar una ocupación decente y de un provecho seguro para ir en pos de lecciones problemáticas, era una resolución harto insensata para agradar a mamá. Aun suponiendo mis progresos futuros, tan grandes como yo me figuraba, reducir mi ambición a quedarme en la esfera de músico toda la vida era limitarla muy modestamente. Ella, que siempre formaba proyectos magníficos, y que de ningún modo me juzgaba como el señor de Aubonne, veía con pesar que me entregaba seriamente a una ocupación que consideraba tan frívola, y frecuentemente me repetía este proverbio provinciano, algo menos exacto en París, que *el que bien canta y bien danza trabaja mucho y no avanza*. Por otra parte me veía arrastrado por una afición irresistible; mi pasión iba siendo excesiva, y era de temer que, resintiéndose el trabajo de mis distracciones, me despidiesen, y creía por consiguiente preferible que me retirase. Además, le hice presente que mi empleo no podía durar mucho, que me era necesario un medio de ganarme la vida, y que era más seguro acabar de adquirir por medio de la práctica aquel a que me inclinaba mi gusto, y que ella misma me había escogido, que ponerme a merced de las protecciones, o hacer nuevos ensayos que podían salir mal, y quedarme sin recurso para ganarme el pan, después de haber pasado la edad de aprender. En fin, arranqué su consentimiento más bien a fuerza de importunidades y caricias que de razones que la satisficiesen. Inmediatamente fui a despedirme del señor Coccelli, director general del catastro, con tanta satisfacción como si acabase de ejecutar el hecho más heroico y abandoné voluntariamente mi empleo sin motivo, sin razón, sin pretexto, con mucho más gusto del que había tenido en hallarlo dos años hacía escasamente.

Por más que fuese un disparate, este paso me granjeó una especie de consideración en el país, que me fue útil. Unos me supusieron recursos que no tenía, otros, viéndome exclusivamente dedicado a la música, juzgaron de mi talento por mi sacrificio; y creyeron que, teniendo tal pasión por este arte, debía poseerlo a la perfección. En tierra de ciegos, el tuerto es rey; allí pasaba por un buen maestro, porque todos los que había eran malos. Por lo demás, no careciendo de cierto gusto en el canto, favorecido por la edad y la figura, en poco tiempo tuve más alumnos de los que necesitaba para reemplazar mi sueldo de secretario.

Para hacerme agradable la vida, ciertamente no podía pasar con mayor rapidez de uno a otro extremo. En el catastro tenía que estar ocho horas diarias ocupado en un trabajo de los más fastidiosos, rodeado de gentes más fastidiosas todavía, encerrado en una triste oficina apestada con el aliento de todos aquellos patanes, la mayor parte sucios y desgreñados; de suerte que a veces casi me causaban mareos la atención, el hedor, la fatiga y el tedio. En lugar de todo eso, heme ahí de improviso lanzado en

medio de la buena sociedad, admitido y solicitado en las mejores casas; siendo bien recibido en todas partes, acariciado y festejado; señoritas amables bien compuestas me esperaban y recibían con efusión; no veía más que objetos agradables, ni olía más que azahar y rosa; siempre cantando, conversando, riendo y divirtiéndome; no salía de un sitio sino para ir a hacer lo mismo en otra parte. Nadie negará que, siendo igual el provecho, no había que vacilar en la elección. Así es que me hallaba tan satisfecho de la mía, que jamás me ha venido a la mente arrepentirme de ella, ni aun ahora mismo en que examino el peso de la razón de las acciones de mi vida y en que me hallo libre de los motivos poco sensatos que me han podido guiar en ocasiones.

Ésta es quizá la única en que, no escuchando más que mis deseos, no han salido fallidas mis esperanzas. El modo tan cortés de recibir a las personas que tienen los habitantes de aquel país, su afabilidad y franqueza me hizo amable el trato social; y el gusto que en él hallé entonces, me ha probado completamente que si no me agrada vivir entre los hombres es culpa de ellos más bien que mía.

Es lástima que los saboyanos no sean ricos, o quizá sería lástima que lo fuesen; porque, tales como son, constituyen el pueblo mejor y más sociable que conozco. Si existe en el mundo una pequeña ciudad donde se gocen las dulzuras de la vida en un trato agradable y sincero, es Chambéry. La nobleza de la provincia que se halla en él reunida no tiene más bienes que los necesarios para vivir, no tiene lo bastante para medrar, y, no pudiendo entregarse a la ambición, sigue por necesidad el consejo de Cineas. Pasa su juventud en la milicia, y luego vuelve a envejecer tranquilamente en su casa. El honor y la razón presiden a este arreglo. Las mujeres son hermosas y podrían pasar sin serlo, porque poseen todo lo que puede dar realce a la belleza y hasta suplirla. Es notable que, llamado por mi profesión a ver muchas jóvenes, no recuerdo haber visto en Chambéry una sola que no fuese encantadora. Se dirá, no sin razón, quizá, que me hallaba predispuesto a encontrarlas tales; mas para esto no tenía necesidad de poner nada de mi parte. No puedo traer a la memoria sin complacerme el recuerdo de mis jóvenes alumnas. ¡Que no pueda, al ir nombrando a las más amables, una a una, hacerles volver, y a mí con ellas, a la dichosa edad en que estábamos cuando pasaba en su compañía momentos tan dulces como inocentes! Fue la primera una vecina, la señorita de Mellarède, hermana del discípulo del señor Gaime. Era una morena muy viva, mas de una viveza agradable, llena de gracia y de discreción. Era algo delgada, como la mayor parte de las niñas de su edad; pero sus ojos brillantes, su gracioso talle y su simpático semblante no necesitaban la gordura para agradar. Iba a su casa por la mañana, y generalmente la hallaba todavía sin vestir, sin más tocado que el cabello sencillamente recogido, adornado con algunas flores que le ponían cuando yo llegaba y se quitaba para peinarse cuando yo salía. Nada temo tanto en el mundo como una mujer hermosa en traje de casa o de mañana; la temería mil veces menos estando compuesta. La señorita de Menthon, a cuya casa iba por la tarde, lo estaba siempre, y me hacía una impresión igualmente dulce, pero enteramente distinta. Tenía el cabello rubio ceniciento; era muy linda, muy tímida y

blanca; una voz clara, melodiosa y dulce, pero que no osaba desplegarse. Tenía en el seno la cicatriz de una quemadura de agua hirviendo, que no ocultaba enteramente la pañoleta de felpilla que llevaba. Esta señal llamaba a veces hacia aquel sitio mi atención, que no tardaba en fijarse en otras cosas distintas de ella. Otra vecina, la señorita de Challes, era una mujer ya hecha, alta, de formas robustas, llena y fresca; había sido muy bella. Ya no era una hermosura; pero sí una mujer notable por su gracia, por su constante buen humor y la natural bondad de su carácter. Su hermana, la señora de Charly, la mujer más hermosa de Chambéry, ya no aprendía música; pero la hacía enseñar a su hija, aunque era muy niña todavía, y cuya naciente belleza hubiera prometido igualar a la de su madre, si desgraciadamente no hubiera sido un poco roja. En la Visitación tenía una jovencita francesa, cuyo nombre he olvidado, pero que merece un lugar en la lista de mis preferencias. Había tomado el tonillo lento y monótono de las monjas, y con aquella languidez decía cosas que revelaban una agudeza mal avenida con su porte. Por lo demás era perezosa, poco amiga de tomarse la molestia de revelar su ingenio, y era esto un favor que no dispensaba a todo el mundo. Sólo después de uno o dos meses de lecciones y de negligencia, se decidió a valerse de este medio para obligarme a ser más asiduo; pues yo nunca he podido serlo por mi sola voluntad. Cuando estaba en las lecciones, gozaba en ellas; pero no me gustaba estar obligado a acudir ni verme sujeto al imperio de la hora; yo no puedo soportar la molestia y la sujeción en nada; y me harían aborrecer el placer mismo. Se dice que entre los mahometanos, a la hora del alba, pasa un hombre por la calle para dar a los maridos orden de cumplir con su deber conyugal. Yo a semejante hora hubiera sido un pésimo turco.

También tenía algunas alumnas entre la clase media, una de las cuales fue causa indirecta de un cambio de relación de que tengo que hablar, puesto que, al fin, he de decirlo todo. Era hija de un especiero y se llamaba señorita Lard, verdadero modelo de estatua griega, y no vacilaría en decir que es la más bella joven que en la vida he visto, si existiese alguna belleza verdadera sin alma ni vida. Su indolencia y su frialdad llegaban a un extremo increíble. Tan difícil era complacerla como disgustarla, y estoy convencido de que si alguien se hubiese tomado alguna libertad con ella, no se hubiera resistido por pura estupidez. Su madre, que no quería correr este riesgo, no la perdía de vista un solo instante. Hacerle aprender música con un maestro joven, era el mejor medio para animarla; pero no dio resultado. Mientras el maestro impacientaba a la hija, la madre impacientaba al maestro, y todo andaba de mal en peor. La señora Lard unía a su natural viveza la que hubiera debido tener su hija. Era una mujer de carita despierta, apergaminada y picada de viruelas. Tenía los ojos pequeños, muy ardientes y un tanto rojos, a causa de tenerlos malos con mucha frecuencia. Cada mañana, a mi llegada, hallaba preparado el café con leche, y la madre no se olvidaba nunca de recibirme con un beso bien aplicado en la boca, y que, por curiosidad, yo hubiera querido devolver a la hija, para ver cómo lo tomaba. Por lo demás, todo esto se hacía tan sencillamente y tan sin consecuencia, que los melindres

y los besos no se omitían cuando el señor Lard estaba presente. Era un bonachón, exactamente el padre de la hija, a quien su mujer no engañaba porque no tenía necesidad de hacerlo.

Yo me prestaba a todas esas caricias con mi proverbial candidez, tomándolas simplemente por señales de pura simpatía. Con todo, a veces me importunaban; pues la vehemente señora de Lard no dejaba de ser exigente; de modo que si hubiese pasado alguna vez por delante de su casa sin entrar en la tienda, habría habido trifulca. Así es que me veía precisado a dar un rodeo para pasar por otra calle, cuando tenía prisa; pues ya sabía que no era tan fácil salir como entrar en su casa.

La señora de Lard se ocupaba demasiado de mí para que yo no me ocupase de ella. Sus atenciones me conmovían mucho. Hablaba de ellas a mamá como de una cosa sin misterio, y, aunque lo hubiese habido, no hubiera podido por menos de decírselo, pues tener para ella un secreto, fuese el que fuese, me hubiera parecido imposible: mi corazón estaba abierto a sus ojos lo mismo que a los de Dios. Ella no tomó la cosa con la misma sencillez que yo. Creyó ver ciertos preliminares donde yo no había visto más que amistad; juzgó que la señora Lard, empeñándose en no dejarme tan ignorante como me había hallado, quería hacerse entender de un modo o de otro, y, aparte de que no era conveniente de que otra mujer se encargara de la educación de su discípulo, tenía otros motivos más dignos de ella para ponerme a cubierto de los lazos a que mi edad y mi estado me exponían. Al mismo tiempo me tendieron uno de otro género más peligroso, al que pude escapar, pero que le hizo ver que los peligros que sin cesar me amenazaban exigían todas las prevenciones de que podía echar mano.

La señora condesa de Menthon, madre de una discipula mía, era una mujer de bastante ingenio y, según fama, de no menos malicia. Decíase que había sido causa de muchas disensiones, una de las cuales había tenido consecuencias fatales para la familia Antremont. Mamá había estado bastante relacionada con ella para conocer su carácter; habiendo agradado muy inocentemente a cierta persona, sobre la que tenía pretensiones la señora de Menthon, imputó ésta como un delito una preferencia que no había sido buscada ni admitida, y desde entonces la señora de Menthon se empeñó en jugar a su rival malas pasadas, aunque ninguna surtiese efecto. Citaré una de las más cómicas, a título de ejemplo. Estaban las dos en el campo con varios caballeros de las cercanías, y entre ellos el referido pretendiente. Un día, la señora de Menthon había dicho a uno de aquellos señores que la señora de Warens era una remilgada, que carecía completamente de gusto, que vestía mal, que se tapaba el pecho como las plebeyas. «En cuanto a esto último —replicó su interlocutor, que era un bromista—, no le falta motivo para hacerlo; yo sé que tiene impresa en el pecho la figura de un feo ratonazo, pero tan a lo vivo, que parece estar corriendo». El odio, lo mismo que el amor, hace crédulas a las personas. La señora de Menthon se propuso sacar partido de este descubrimiento; y un día que mamá estaba jugando con el ingrato favorito de la dama, ésta fue muy quedo a colocarse detrás de su rival, y luego, medio derribando

su silla, le apartó el pañuelo con destreza; pero, en lugar del ratón, el caballero vio otra cosa muy distinta, tan difícil de olvidarla como de ver, y no era esto lo que buscaba la dama.

Yo no era un personaje digno de ocupar a la señora de Menthon, que sólo quería rodearse de gente de alto copete; con todo, me prestó un poco de atención, no por mi persona, pues de fijo nada le importaba, sino por el ingenio que me suponían y que hubiera podido servirle para satisfacer sus gustos. Tenía una afición decidida a la sátira, y le gustaba componer versos y canciones sobre las personas que le desagradaban. Si hubiese encontrado en mí bastante ingenio para escribírselas, entre los dos habríamos revuelto a todo Chambéry en poco tiempo. Se habría buscado el manantial de esos libelos; la señora de Menthon habría salido del paso sacrificándome a mí, y yo hubiera estado preso tal vez por todo el resto de mi vida, para enseñarme a hacer el papel de Apolo al servicio de las damas.

Afortunadamente nada de esto sucedió. La señora de Menthon me hizo quedar a comer dos o tres veces, para hacerme hablar, y encontró que yo era un tonto. Yo mismo lo conocía, y me afligía, envidiando las cualidades de mi amigo Ventura, cuando hubiera debido agradecer a mi insuficiencia los peligros que me evitaba. Para la señora de Menthon no fui más que el maestro de canto de su hija; pero viví tranquilo y estimado de todos, y esto era mejor que ser un ingenio para ella y un escorpión para el resto del país.

Sea lo que fuere, mamá vio que para librarme de los peligros de mi juventud, era el momento de tratarme como a hombre; y esto es lo que hizo, mas del modo más singular que jamás haya empleado mujer en caso semejante. La hallé más formal, y en la conversación más moral que de ordinario. La bulliciosa jovialidad que comúnmente se mezclaba a sus instrucciones fue repentinamente sustituida por un tono constante que, sin ser familiar ni severo, parecía preparar una explicación. Después de haber intentado en vano adivinarla, le pregunté cuál era la causa de semejante cambio; esto era lo que esperaba. En contestación, me propuso un paseo por el jardín para el siguiente día. Desde por la mañana nos dirigimos a él. Había tomado sus precauciones para que nos dejasen solos todo el día, y lo empleó en prepararme para los favores que me quería dispensar, mas no como una mujer vulgar, con melindres y agasajos, sino por medio de conversaciones llenas de afecto y de buen sentido, más bien encaminadas a mi enseñanza que a mi seducción, y que hablaban más a mi corazón que a mis sentidos. Sin embargo, por más excelentes y útiles que fuesen sus razonamientos, aunque no tuviesen nada de fríos y tristes, no les presté toda la atención que merecían, y no los grabé en mi memoria como en cualquier otra ocasión lo hubiera hecho. Su modo de empezar, aquella especie de preparación, me habían causado inquietudes; mientras ella hablaba, yo, a mi pesar meditabundo y distraído, estaba menos atento a lo que me decía que a penetrar el término a que se encaminaba; y tan pronto como lo hube comprendido, lo que no logré sin dificultad, la novedad de esta idea, que ni una sola vez se me había ocurrido

desde que vivía con ella, absorbiendo entonces todas mis facultades, no me permitió pensar en lo que me decía. No hacía sino pensar en ella, pero sin escucharla.

Querer que los jóvenes estén atentos a lo que se les dice, dejándoles entrever por término un objeto que les interese en extremo, es un contrasentido muy común en los maestros, y que tampoco he podido evitar en mi *Emilio*. El joven, arrebatado por el objeto que se le ofrece, se ocupa de él exclusivamente, y salta por encima de los discursos preliminares para llegar más pronto a donde se le conduce con sobrada lentitud para su gusto. Si se quiere que escuche, es preciso que no pueda adivinar el fin de antemano; y en esto mamá fue poco diestra. Por una singularidad, hija de su espíritu sistemático, tomó la vana precaución de imponerme condiciones, mas tan luego como supe su precio, ni siquiera las oía y me apresuré a consentir en todo. Creo que no hay un hombre en toda la tierra que en paso semejante sea bastante franco o tenga bastante valor para andar regateando, ni una sola mujer capaz de perdonar al que lo haya hecho. Por consecuencia de la misma singularidad, acompañó este convenio con las mayores formalidades, y me dio para pensarlo ocho días, que yo le aseguraba no necesitar, faltando a la verdad; pues para colmo de extrañeza, me vino perfectamente este plazo; tanto me había sorprendido la novedad de semejantes ideas y tal trastorno experimentaba en las mías, que necesitaba tiempo para reponerme.

Se creerá que esos ocho días duraron para mí ocho siglos; todo lo contrario: hubiera querido que lo fuesen en realidad. No sé cómo describir el estado en que me hallaba, lleno de miedo, con mezcla de impaciencia, temiendo lo que deseaba, hasta el extremo de buscar de todas veras en mi mente algún medio decoroso para evitar la dicha que me esperaba. Considérese mi temperamento ardiente y lascivo, mi sangre inflamada; mi corazón ebrio de amor, mi robustez, mi juventud y mi estado perfecto de salud. Recuérdese que en tal situación, ávido de mujeres, aún no había tocado a ninguna; que la fantasía, la necesidad, la vanidad y la curiosidad concurrían para devorarme con el deseo ardiente de ser hombre y parecerlo. Añádase a todo esto —lo que sobre todo no debe olvidarse— que el cariño vivo y tierno que le tenía, lejos de entibiarse, no había hecho más que aumentar cada día; que no me hallaba bien sino a su lado; que no la dejaba sino para pensar en ella; que mi corazón estaba completamente dominado, no sólo por sus mercedes y por su amabilidad, sino por su sexo, por su semblante, por su persona, por ella; en una palabra, por todos los conceptos que podían hacérmela querer. Y no vaya a creer el lector que teniendo diez o doce años más que yo, estuviese envejecida o me pareciese tal; no; desde que había experimentado aquella emoción tan dulce que me causó su primera vista, habían pasado cinco o seis años; ella había cambiado poquísimo, y a mí me parecía idéntica. A mis ojos siempre ha sido hermosa, y todavía lo era a los de todos. Sólo estaba algo más gruesa. Por lo demás, eran los mismos ojos, la misma tez, el mismo seno, las mismas facciones, el mismo hermoso cabello rubio, la misma jovialidad, todo, hasta la misma voz, esa voz argentina de la juventud, que siempre me impresionó tan vivamente, de suerte que aún hoy día no puedo oír sin emoción el sonido de una bella

voz de niña.

Naturalmente, lo que tenía que temer, esperando la posesión de una persona tan querida, era anticipar el plazo y no poder dominar bastante mis deseos y mi imaginación para mantenerme dueño de mí mismo. Más adelante se verá que, en una edad avanzada, la sola idea de los más ligeros favores que esperaba de la persona amada, inflamaba mi sangre hasta el punto de serme imposible atravesar impunemente el corto espacio que de ella me separaba. ¿Por qué prodigio, en la flor de la juventud, tuve tan poca solicitud para el primer goce? ¿Por qué pude ver aproximarse la ocasión con más sentimiento que placer? ¿Por qué, en lugar de la voluptuosidad que debía embriagarme, sentía casi repugnancia y miedo? Es indudable que si hubiese podido escapar a mi ventura sin hacer mal papel, lo hubiera hecho con el mayor gusto. He prometido extrañezas en la historia de mi amor hacia ella; he aquí una, seguramente inesperada.

El lector, ya indignado, creerá que, perteneciendo ella a otro hombre, se degradaba a mis ojos dividiendo su amor, y que un sentimiento de menosprecio entibiaría los que me había inspirado; si tal piensa se equivoca. A la verdad, compartirla me causaba un cruel pesar, tanto por mi delicadeza, por demás natural, como porque, en efecto, me parecía poco digno de ella y de mí; pero no alteraba de ningún modo el afecto que suscitaba en mí, y puedo jurar que jamás la amé con mayor ternura que cuando tan poco deseaba su posesión. Conocía demasiado la castidad de su corazón y su temperamento de hielo para que pudiese creer ni un momento que el placer de los sentidos pudiese tener parte alguna en este abandono de sí misma; estaba completamente seguro de que sólo el deseo de preservarme de los peligros, que de otro modo eran casi inevitables, y conservarme entero para mí y para mis obligaciones, le hacía faltar a una que no consideraba como la consideran las mujeres, conforme lo explicaré más adelante. A mí me daba lástima, y yo mismo me compadecía. Hubiera querido decirle: «No, mamá, no es necesario; os respondo de mí sin esto». Pero no me atrevía, primero, porque no debía decirlo, y luego porque en el fondo conocía que no era la verdad, sino que, efectivamente, sólo una mujer había que pudiera preservarme de las demás y ponerme a cubierto de toda tentación. Sin que anhelara su posesión, me agradaba que me quitase el deseo de poseer a otras; tan cierto es que consideraba como una desventura todo lo que podía contribuir a distraerme de ella.

La costumbre de vivir juntos y vivir con inocencia, lejos de entibiar al afecto que me inspiraba, lo había acrecentado; pero al propio tiempo le había comunicado un carácter especial que le hacía más cariñoso, quizá más tierno, pero menos voluptuoso. A fuerza de llamarla mamá y de usar con ella la familiaridad de un hijo, me había acostumbrado a considerarme como tal. Esto creo que era realmente la causa de la poca solicitud que tenía para obtener su posesión, a pesar de quererla tanto. Recuerdo muy bien que al principio mi cariño, sin ser más vivo, encerraba más sensualidad. En Annecy me hallaba como embriagado; en Chambéry ya no era lo mismo. Siempre la

amaba lo más apasionadamente que puede imaginarse; pero la amaba más por ella y menos para mí, o a lo menos más bien buscaba a su lado mi felicidad que mi placer; para mí era más que una hermana, más que una madre, más que una amiga, más aun que una amada. En fin, la quería demasiado para codiciarla; he ahí lo que veo más claro en mis ideas.

Ese día, más bien temido que deseado, llegó por fin. Lo prometí todo y no mentí. Mi corazón confirmaba mis promesas, sin desear su premio. Pero lo obtuve, sin embargo. Por vez primera me vi en los brazos de una mujer que adoraba. ¿Fui dichoso? No: sólo gusté el placer. Yo no sé qué invencible tristeza lo envenenaba; me hallaba como si hubiese cometido un incesto. Por dos o tres veces, abrazándola con efusión, inundé su pecho de lágrimas. En cuanto a ella, no estaba triste ni alegre, sino cariñosa y tranquila. Como era muy poco sensual y de ningún modo había buscado voluptuosidad, no sintió sus delicias ni tuvo jamás el remordimiento de ellas.

Lo repito: todas sus faltas provenían de sus errores, nunca de sus pasiones. Era bien nacida, su corazón puro amaba la discreción; sus propensiones eran rectas y virtuosas; su gusto, delicado; había nacido para vivir en una elegancia de costumbres a que fue siempre aficionada y nunca practicó, porque en vez de seguir las inclinaciones de su corazón, que la guiaban bien, no escuchaba más que a su razón, que la aconsejaba mal. Cuando la descarriaron los falsos principios, siempre fueron desmentidos por sus verdaderos sentimientos; pero desgraciadamente se preciaba de filósofa, y la moral que se había formado corrompió la que su corazón le dictaba.

El señor de Tavel, su primer amante, fue su maestro de filosofía, y le enseñó los principios que le convenían para seducirla. Hallándola fiel a su marido y a sus deberes, siempre fría, razonadora e inexpugnable del lado de los sentidos, la atacó con sofismas, y logró hacerle considerar aquellos deberes a que tan adicta era como una charlatanería doctrinaria, formada únicamente para entretener a los niños; la unión de los sexos, como el acto más indiferente en sí; la fidelidad conyugal, como una apariencia obligatoria, cuya sola moralidad consistía en la opinión; la tranquilidad de los maridos, como la única regla del deber de las mujeres; de suerte que las infidelidades ignoradas, nulas para aquel a quien ofendían, también lo eran para la conciencia; en fin, logró convencerla de que en sí mismo el hecho no era nada, que sólo tomaba cuerpo por el escándalo, y que toda mujer que parecía honrada, por esto sólo lo era en efecto. Así es cómo aquel hombre funesto logró su objeto, corrompiendo la razón de una niña cuyo corazón no había podido pervertir. Pero lo pagó con los celos más devoradores, persuadido de que se conducía con él del mismo modo que le había enseñado a obrar con su marido. Ignoro si se equivocó, pero el ministro Perret pasaba por su sucesor. Lo que puedo asegurar es que la frialdad de su temperamento, que hubiera debido preservarla de este sistema, fue cabalmente lo que la privó de renunciar a él en lo sucesivo. No podía concebir que se diese tanta importancia a una cosa que para ella no tenía ninguna. Jamás quiso honrar con el nombre de virtud una abstinencia que tan poco le costaba guardar.

Por consiguiente, a ser por ella, no habría abusado de este falso principio; pero lo hizo por los demás, y a causa de otra máxima casi igualmente falsa, aunque más conforme con la bondad de su corazón. Siempre creyó que lo que más contribuía a que un hombre quisiese a una mujer era la posesión; y ella, aunque no sintiese nada más que amistad por las personas que le eran queridas, sentía un afecto tan tierno, que empleaba todos los medios que estaban a su alcance para granjearse mejor su cariño. Lo que hay de extraordinario es que le salió bien casi siempre. Era verdaderamente tan digna de ser amada, que cuanto mayor era la intimidad en que con ella se vivía, tantos más motivos se hallaban para quererla. Hay otra cosa notable: después de su primera debilidad, no favoreció más que a seres desgraciados; los personajes distinguidos que la requerían perdían el tiempo; pero había de ser muy poco apreciable un hombre, para que, empezando ella por compadecerle, no acabase por amarle. Cuando hizo elecciones poco dignas de ella, lejos de ser efecto de bajas inclinaciones, que jamás tuvieron cabida en su corazón, se debieron únicamente a su carácter generoso, humano, compasivo y sensible por demás, que no siempre la guió con bastante discernimiento.

Si algunos principios falsos la desviaron, ¡cuántos otros admirables no tenía, de los que no se apartaba jamás! ¡Con cuántas virtudes no rescataba sus flaquezas, si puede darse tal nombre a los errores en que para nada entraban los sentidos! El mismo hombre que la engañó en una cosa, sobre otras mil la instruyó excelentemente; y permitiéndole sus pasiones, que nada tenían de fogosas, seguir la luz de su razón, iba bien encaminada cuando sus sofismas no la extraviaban. Los motivos que la guiaban eran laudables hasta en sus faltas; cuando se engañaba, podía obrar mal, pero no podía querer nada que fuese malo. Aborrecía la doblez y la mentira; era justa, equitativa, humana, desinteresada; fiel a su palabra, a sus amigos, a los deberes que reconocía por tales; incapaz de sentir ni odio ni venganza, no consideraba mérito alguno el perdonar. Y volviendo a lo menos disculpable que tenía, sin estimar sus favores en lo que valían, jamás hizo de ellos un vil comercio; los prodigaba, pero no los vendía, a pesar de hallarse continuamente en apuros para vivir; y me atrevo a decir que si Sócrates pudo estimar a Aspasia, hubiera seguramente respetado a la señora de Warens.

Atribuyéndole una naturaleza sensible y un temperamento frío, ya sé de antemano que se me acusará de contradicción, como de ordinario y con la misma razón que siempre. Tal vez obró mal la Naturaleza y no debió formar semejante combinación; pero lo cierto es que existía. Cuantas personas conocieron a la señora de Warens, muchas de las cuales viven todavía, pudieron convencerse de que realmente era ésta su naturaleza. Y aun me atrevo a añadir que no conoció más que un solo placer verdadero en el mundo: el de complacer a las personas que amaba. Con todo, cualquiera está en su derecho de argumentar sobre esto a sus anchas y probar doctamente que no es cierto. Mi obligación es decir la verdad, pero no imponerla.

Cuanto acabo de decir lo supe, poco a poco, en las conversaciones que tuvimos

después de nuestra unión, que sólo por las mismas, fue deliciosa. Con razón había esperado que su condescendencia me sería útil; pues me sirvió de mucho para mi instrucción. Hasta entonces me había hablado de mí solo, como a un niño; desde aquel momento empezó a tratarme como a un hombre, y me habló de sí misma. Me interesaba tanto cuanto me decía, me conmovía a tal punto, que, concentrándome en mí mismo sacaba de sus confidencias un provecho mayor del que había sacado de sus lecciones. Cuando sentimos que realmente habla el corazón, el nuestro se abre para recibir sus expansiones; y toda la moral de un pedagogo no valdrá nunca tanto como la locuacidad afectuosa y tierna de una mujer sensata a quien se quiere.

Habiendo tenido ocasión de juzgarme más favorablemente por la intimidad en que vivía con ella, creyó que, a pesar de mi torpeza, merecía que se tomase el trabajo de instruirme para vivir en sociedad, y que si algún día aparecía en ella con cierto apoyo me hallaría en estado de hacer carrera. Con esta idea procuraba formar, no sólo mi razón, sino también mis maneras, a fin de hacerme tan amable como digno de aprecio: y si es cierto (lo que yo no creo) que puede aliarse la virtud con los triunfos en sociedad, estoy cierto, por lo menos, de que no hay otro camino que el que ella había tomado y quería enseñarme. Porque la señora de Warens conocía a los hombres y poseía en alto grado el arte de tratar con ellos sin falsedad y sin imprudencia, sin engañarles ni disgustarles. Pero este arte radicaba más bien en su carácter que en sus lecciones; lo ponía en práctica mejor que lo enseñaba, y yo era el hombre menos apto del mundo para aprenderlo. Por lo tanto, fue poco menos que inútil todo el trabajo que se dio para lograrlo. Lo mismo debo decir del cuidado que puso en procurarme maestros de baile y de armas; a pesar de ser ágil y de ser airoso, no pude aprender a bailar ni un minué. De tal modo me había acostumbrado a caminar, apoyándome en el talón, a causa de mis callos, que Roche no pudo quitarme dicha costumbre; y, a pesar de mi donaire, jamás he podido saltar una zanja regular. Todavía fue peor en la sala de armas. Después de tres meses de lección, tiraba todavía contra la pared, siendo incapaz de sostener el asalto, y nunca tuve la muñeca bastante flexible o el brazo bastante firme para retener el florete cuando el maestro quería hacérmelo saltar. Añádase a ello que sentía una aversión invencible hacia este ejercicio y hacia el maestro que trataba de enseñármelo. Nunca hubiera imaginado que pudiese infundir tanto orgullo enseñar a matar a un hombre. Para poner a mi alcance su vasta ciencia, se expresaba siempre por medio de comparaciones sacadas de la música, que ignoraba completamente. Hallaba sorprendentes analogías entre las estocadas en tercera y cuarta y los intervalos musicales del mismo nombre. Cuando quería hacer una finta, me decía: «Cuidado con este sostenido», porque antiguamente los sostenidos se llamaban *fintas;* cuando me había hecho saltar el florete de la mano, decía en tono de zumba que ésa era *una pausa.* En fin, no he visto en mi vida un pedante más insufrible que aquel pobre hombre con su penacho y su peto.

Por tanto, adelanté poco con estos ejercicios, que abandoné luego por falta de afición; pero hice mayores progresos en otro arte más útil: el de contentarme con mi

suerte y no desear otra más brillante, para la que empezaba a sentir que no había nacido. Entregado por completo al anhelo de que mamá fuese dichosa, cada día me agradaba más permanecer a su lado, y, cuando era forzoso dejarla para recorrer la ciudad, a pesar de mi pasión por la música, empezaba a sentir la molestia de mis lecciones.

Yo no sé si Claudio Anet notó la intimidad de nuestras relaciones, pero tengo algún motivo para creer que no fue un misterio para él. Era un joven muy despejado, pero muy discreto, que jamás decía lo que no pensaba, aunque no siempre declaraba su pensamiento. Sin darme a entender en lo más mínimo que estuviese enterado, parecía estarlo por la conducta que seguía; y ésta no provenía seguramente de bajeza de sentimientos sino de que, habiendo aceptado los principios de su ama, no podía desaprobar que obrase con arreglo a ellos. Aunque tan joven como ella, era tan juicioso y grave que nos consideraba casi como dos niños dignos de indulgencia, y nosotros, tanto ella como yo, veíamos en él un hombre respetable, cuya estimación debíamos conservar. Mamá, hasta después de haberle sido infiel, no me demostró todo el cariño que tenía por él. Como sabía que yo no pensaba, ni sentía, ni respiraba sino por ella, me dejó ver cuánto le quería, a fin de que yo le amase igualmente; y se fundaba menos en su amor que en su estimación, porque era el sentimiento que yo podía compartir más de lleno. ¡Cuántas veces nos enterneció y nos hizo abrazarnos con las lágrimas en los ojos, diciéndonos que ambos éramos necesarios para la felicidad de su vida! Y no se sonrían maliciosamente las mujeres que esto lean; pues, dado el temperamento que tenía, esta necesidad no era equívoca; era exclusivamente la de su corazón.

Así fue cómo entre los tres se estableció una unión tal vez sin ejemplo en toda la tierra. Nuestras aspiraciones, nuestros cuidados, nuestros corazones estaban unánimes, y nada traspasaba los límites de este reducido círculo. La costumbre de vivir juntos y con exclusión de otro alguno fue tan grande que, si a las horas de comer faltaba alguno de los tres o sobrevenía un cuarto, todo se desbarataba; y, a pesar de nuestras relaciones particulares, las entrevistas a solas nos eran menos gratas que la reunión. Lo que evitaba que estando juntos nos hallásemos molestos, era la recíproca confianza, y el estar todos muy ocupados ahuyentaba el fastidio. Mamá, siempre con sus proyectos y siempre activa, nos dejaba pocos momentos de ocio a uno y otro, y además cada cual teníamos por nuestra parte en qué emplear el tiempo completamente. La ociosidad es en la sociedad, a mi entender, un mal tan grande como la soledad. Nada envilece tanto el entendimiento; nada engendra más fruslerías, chismes, murmuraciones, enredos y mentiras que el estar continuamente varias personas en una habitación, mirándose las caras, y reducidas a la necesidad de charlar continuamente por toda ocupación. Cuando cada cual tiene su quehacer, nadie habla sino cuando tiene algo que decir; pero cuando no se hace nada, es forzoso estar hablando siempre; y he ahí la más incómoda y peligrosa de todas las sujeciones. Y aun me atrevo a ir más lejos y afirmar que para formar una reunión verdaderamente

agradable, es necesario, no solamente que cada cual haga alguna cosa, sino que esta cosa exija alguna atención. Hacer punto de malla es no hacer nada, y se necesita tanto cuidado para distraer a una mujer en ello entretenida como a la que está de brazos cruzados. Pero si está bordando es otra cosa: ya se halla bastante distraída para llenar los intervalos de silencio. Lo más chocante y ridículo es ver a una docena de gaznápiros levantarse, sentarse, ir y venir, girar sobre sus talones, manosear doscientas veces las figurillas de la chimenea, y apurar su facundia para mantener un interminable flujo de palabras: ¡laudable ocupación! Esas gentes, por más que hagan, siempre fastidiarán a los demás y se fastidiarán mutuamente. Yo, cuando estaba en Motiers, me iba a hacer cordones a casa de mis vecinas; si volviese a la vida de sociedad, llevaría siempre un dominguillo en mi faltriquera, y me estaría jugando todo el día para no tener que hablar cuando no supiese qué decir. Si todos hiciesen lo mismo, los hombres serían menos perversos, su trato más formal y, a mi entender, más agradable. Finalmente, y ríanse cuanto quieran los burlones, yo afirmo que la única moral aplicable al presente siglo es la del dominguillo.

Por lo demás, apenas nos dejaban ocasión de evitarnos el fastidio nosotros mismos, y los importunos nos lo traían con sobrada abundancia por su afluencia, para que lo experimentásemos al quedar solos. La impaciencia que en otro tiempo me causaban las visitas no había disminuido; no había más diferencia, sino que en la época de que voy hablando tenía menos lugar para entregarme a ella. La pobre mamá conservaba su antigua propensión a las empresas y proyectos; cuanto más apremiantes iban siendo sus necesidades domésticas, tanto más se entregaba a sus visiones para proveer a ellas; cuanto más reducidos eran sus recursos presentes, tanto más discurría para lo porvenir.

Con el transcurso de los años iba en aumento su manía, y, a medida que iba perdiendo la afición a los placeres del mundo y de la juventud, la sustituía con la que tenía a los secretos y proyectos. La casa no cesaba de estar llena de charlatanes fabricantes, alquimistas, empresarios de todas clases, quienes, contando el oro a montones, concluían por tener necesidad de un escudo. Ninguno salía de su casa sin llevarse algo, y una de las cosas que más me admiran es que hubiese podido bastar tanto tiempo a tanta profusión, sin agotar jamás los recursos ni fatigar a sus acreedores.

El proyecto que a la sazón la preocupaba más, que seguramente no era el más descabellado de los suyos, era el de establecer en Chambéry un jardín real de plantas, con un encargado bien remunerado, cuya plaza ya se comprende de antemano a quién se destinaba. El hallarse esta ciudad situada en medio de los Alpes le daba condiciones favorables para la botánica; y mamá, que siempre procuraba apoyar un proyecto con otro, añadió a aquél un colegio de farmacia, que, en verdad había de ser muy útil en un país tan pobre, donde casi no hay otros médicos que los mismos farmacéuticos. La circunstancia de hallarse retirado en Chambéry el proto-médico Grossi, desde la muerte del rey Víctor, le pareció muy favorable a esta idea, y tal vez

también se la sugirió. Sea como fuere, empezó a agasajar a Grossi, a pesar de ser muy poco agradable, pues era el hombre más brutal y mordaz que en mi vida he conocido. Voy a citar dos o tres de sus rasgos, por los cuales podrá conocerse su carácter.

Estaba un día en consulta con otros médicos, uno de los cuales había sido llamado de Annecy, y era el médico de cabecera. Éste, joven y todavía poco experto, se atrevió a no ser del mismo parecer que el señor proto; él, por toda contestación, le preguntó cuándo se volvía, por qué camino y qué coche tomaba. El otro, después de haberle satisfecho, le preguntó a su vez si se le ofrecía algo. «Nada, nada —replicó Grossi—, sino que voy a situarme en mi ventana, para tener el placer de ver pasar un asno a caballo». Era tan avaro como rico e insensible. Un amigo suyo le pidió prestado con buenas fianzas. «Amigo mío —le dijo, apretándole el brazo y rechinando los dientes—, aunque San Pedro bajara del cielo para pedirme diez pistolas, y en garantía me ofreciese la Trinidad, no se las prestaría». Un día, que fue convidado a comer en casa del conde Picon, gobernador de Saboya, hombre muy devoto, llegó antes de la hora. Su excelencia se hallaba ocupado en rezar el rosario, y le propuso este recreo. No sabiendo cómo excusarse, se puso de rodillas haciendo una horrible mueca; mas apenas había rezado dos avemarías, cuando, no pudiendo aguantar más, se levantó bruscamente, tomó su bastón, y se fue sin decir una palabra. El conde Picon corrió tras él, exclamando: «Señor Grossi, señor Grossi, no os vayáis; abajo tenéis, en el asador, una excelente perdiz roja». «Señor conde —replicó el otro volviéndose—, no me quedaría aunque me dieseis un ángel asado». He ahí quién era el protomédico Grossi, a quien mamá se propuso y logró amansar. A pesar de que estaba sumamente ocupado, se fue acostumbrando a frecuentar su casa, cobró cariño a Anet, dio a entender que estimaba en mucho sus conocimientos, hablaba de él con aprecio y, lo que no podía esperarse de semejante oso, afectaba tratarle con cierta consideración para borrar las impresiones del pasado. Porque, si bien es verdad que Anet ya no estaba como criado, se sabía que lo había sido, y bien se necesitaba el ejemplo y la autoridad del señor proto-médico para que aquél fuese tratado con un tono que ningún otro habría logrado imponer. Con su casaca negra, su peluca bien peinada, su aspecto, grave y digno, su conducta prudente y circunspecta, sus conocimientos bastante vastos en medicina y botánica, y con la protección del jefe de la Facultad, Claudio Anet podía con fundamento esperar que desempeñaría con buen éxito el puesto de encargado real de las plantas, si se llevaba a cabo el establecimiento proyectado, cuyo plan había gustado realmente a Grossi, y para proponerlo a la corte no esperaba más que el momento en que la paz permitiese pensar en las cosas de utilidad y disponer de fondos para realizarlas.

Mas este proyecto, que si hubiese llegado a plantearse, probablemente me habría hecho dedicarme a la botánica, para cuyo estudio paréceme haber nacido, fracasó a causa de uno de esos golpes inesperados que desbaratan los designios mejor concertados. Yo estaba destinado a ir siendo por grados un ejemplo de las miserias de la humanidad, pues parece que la Providencia que me destinaba a esas grandes

pruebas se empeñó en apartar de mi camino todo lo que podía contribuir a que no lo fuese. En una excursión que hizo Anet a lo alto de las montañas en obsequio del señor Grossi en busca de jenipa, planta rara que sólo se cría en los Alpes, el pobre joven se fatigó tanto, que le sobrevino una pleuresía, de la cual no pudo salvarle la misma planta jenipa, a pesar de ser específico para dicho mal, según es fama, ni todo el arte de Grossi, indudablemente hombre muy hábil; y, a pesar de los infinitos cuidados de su buena ama y míos, expiró al quinto día en nuestros brazos, después de la agonía más cruel, durante la cual no tuvo otras exhortaciones que las mías, y se las prodigué con arranques de dolor y de celo que, caso de que se hallara en estado de comprenderme, debían servirle de algún consuelo. He aquí cómo perdí el amigo más fiel de toda mi vida; hombre apreciable y raro, en quien la Naturaleza suplió la falta de educación, que tuvo en la servidumbre todas las virtudes de los grandes varones y a quien no le faltó más que ocasión y vida para manifestarse como tal a la faz del mundo.

Al día siguiente hablé de él a mamá con la más viva y sincera aflicción, y, de repente, en medio de la conversación, tuve el vil e indigno pensamiento de que heredaba cuanto poseía, y sobre todo una magnífica casaca negra de que estaba prendado. Así lo pensé y así lo dije; pues estando con ella era una misma cosa. Nada le hizo sentir tanto la pérdida que acababa de sufrir como esta miserable y odiosa expresión, puesto que el desinterés y la nobleza de alma eran cualidades que el difunto había poseído en alto grado. La pobre mujer, sin responder palabra, volvió la cabeza y se echó a llorar. ¡Oh queridas y preciosas lágrimas, os comprendí y caísteis una a una sobre mi corazón lavando las últimas huellas de un sentimiento bajo y ruin! Jamás ha abrigado otro mi corazón desde entonces.

Esta desgracia causó a mamá tanto daño como dolor; desde aquel momento sus intereses fueron en continua decadencia. Anet era un joven cuidadoso y muy mirado que mantenía el orden en casa de su ama. Se temía su vigilancia, y esto hacía disminuir el despilfarro. Ella misma temía su censura y era más contenida en sus gastos; porque no le bastaba su cariño, quería conservar su estimación y temía el justo cargo, que algunas veces se aventuraba a hacerle, de que prodigaba lo mismo lo ajeno que lo propio. Yo pensaba lo mismo que él y también se lo decía, pero no tenía el mismo ascendiente sobre ella y mis razones no se le imponían como las suyas. Faltando él me vi obligado a ocupar su puesto, para el que tenía tan poca aptitud como afición, desempeñándolo así mal. Yo era descuidado, muy tímido y, refunfuñando en mi interior, dejaba que las cosas siguiesen el camino que llevaban. Había obtenido, por lo demás, la misma confianza, pero no la misma autoridad. Veía el desorden, me lamentaba de él; pero no era escuchado. Era demasiado joven y exaltado para tener el derecho de ser razonable, y, cuando quería echármelas de censor, mamá me daba unos cachetitos, llamándome su joven mentor, y me obligaba a adoptar el papel que me correspondía.

El profundo sentimiento de la estrechez, a que debían reducirla más o menos

tarde sus gastos desmesurados, me impresionó tanto más vivamente cuanto que, viniendo a ser el inspector de la casa, vi por mí mismo el desequilibrio entre el *debe* y el *haber.* Yo creo que de aquí dimana la inclinación que desde entonces he sentido a ser avaro. Nunca he sido muy pródigo, sino en épocas de borrascoso desarreglo, pero hasta entonces jamás me había preocupado el tener poco o mucho dinero. Por primera vez me fijé en ello y cuidé de mi bolsillo. Me volví tacaño por un motivo generoso, porque en verdad no pensaba más que en procurar para mamá algún recurso en la catástrofe que preveía. Temía que sus acreedores se apoderasen de su pensión y le fuese completamente suprimida; y me imaginaba, en mis estrechas miras que mis pequeños ahorros le serían entonces de provecho. Pero para realizarlos, y sobre todo para conservarlos, era menester ocultarme de ella; pues no me convenía que supiese que, mientras ella se hallaba apurada, yo tenía guardado algún dinero. Yo iba, pues, buscando escondrijos por todas partes, donde ocultaba algunos luises, contando aumentar incesantemente este depósito hasta que llegase la ocasión de ponerlo a su disposición. Pero era tan desgraciado al elegir mis escondrijos, que siempre ella los descubría; luego, para darme a entender que los había encontrado, quitaba el oro que yo había puesto y en su lugar colocaba otros objetos de más valor. Entonces, todo corrido, llevaba mi pequeño tesoro al bolsillo común, que nunca dejaba ella de emplear en bagatelas o en objetos para mi uso, como una espada de plata, un reloj u otras cosas por el estilo.

Convencido ya de que no sería posible acumular y que para ella sería un recurso mezquino, comprendí que el único que me quedaba contra la desgracia que temía era ponerme en estado de poder por mí mismo proveer a su subsistencia, cuando, dejando ella de proveer a la mía, se viera próxima a carecer de pan. Desgraciadamente, echando mis cálculos del lado de mis gustos, me obstinaba locamente en buscar mi fortuna en la música; y, sintiendo nacer en mi cabeza cantos e ideas, me hice la ilusión de creer que tan pronto como fuese capaz de aprovecharlos, iba a ser un hombre célebre, un Orfeo moderno, cuyos sones debían atraer todo el oro del Perú. Como ya comenzaba a leer regularmente música, a mi entender no había más que aprender composición. La dificultad estaba en hallar quien me la enseñase, porque sólo con mi Rameau no esperaba poder conseguirlo; y desde que se fue Le Maître no había quedado en toda Saboya quien entendiese nada de armonía.

Aquí se verá una de esas inconsecuencias de que está llena mi vida, y que tan a menudo me han hecho tomar una dirección contraria, cuando precisamente creía encaminarme en línea recta al fin que me proponía. Ventura me había hablado mucho del abate Blanchard, su maestro de composición, hombre de mucho valer y gran talento, que en aquel entonces era maestro de capilla de la catedral de Besançon, y lo es hoy día de la de Versalles. Se me puso en la cabeza que había de ir a Besançon a tomar lecciones del abate Blanchard; y me pareció tan razonable esta idea, que logré que la aceptara mamá. Hela aquí trabajando en mi pequeño equipaje, con la profusión que ponía en todo. Así, con objeto de prevenir una bancarrota y reparar en el porvenir

las consecuencias de su prodigalidad, empezaba en aquel mismo instante por causarle un gasto de ochocientos francos; aceleraba su ruina para ponerme en estado de remediarla. Por más loca que fuese esta conducta, nos había ilusionado completamente; uno y otro estábamos persuadidos, yo de que trabajaba para serle útil, ella de que trabajaba para mi utilidad.

Creí encontrar a Ventura todavía en Annecy y pedirle una carta para el abate Blanchard; pero se había marchado. Tuve que contentarme por toda recomendación con una misa a cuatro voces, compuesta por él y escrita de su propio pulso, que Ventura me había dejado. Con este documento fui a Besançon, pasando por Ginebra, donde fui a visitar a mis parientes, y por Nyon, donde vi a mi padre, que me recibió como de costumbre y se encargó de remitirme el equipaje, que venía tras de mí, porque yo iba a caballo. Llegado a Besançon, el abate Blanchard me recibió afectuosamente; me prometió enseñarme y me ofreció sus servicios. Ya estábamos dispuestos a comenzar, cuando supe por una carta de mi padre que mi equipaje había sido detenido y confiscado en las Rousses, aduana francesa de la frontera suiza. Sorprendido con esta noticia, me valí de las relaciones que había adquirido en Besançon para averiguar el motivo de esta confiscación; porque, seguro como estaba de no llevar nada de contrabando, no podía imaginar en qué habían podido fundarla. Súpelo al fin, y bueno será decirlo, pues es un hecho curioso.

En Chambéry había conocido a Duvivier, un viejo lionés, muy buen hombre, que fue empleado en tiempo de la regencia, y que habiendo quedado sin empleo entró a trabajar en el catastro. Había vivido en la buena sociedad, era sujeto de relevantes prendas, de vastos conocimientos, de carácter afable y muy cortés; sabía de música, y como trabajábamos en la misma sala, nos habíamos hecho amigos, manteniéndonos separados de todos aquellos patanes mal educados que nos rodeaban. Él tenía amigos en París que le remitían esas novedades efímeras, fruslerías que corren sin saber por qué, mueren sin saber cómo, y que nadie se acuerda más de ellas cuando han cesado de estar en boga. Como algunas veces lo llevaba a comer a casa de mamá, me hacía la corte, en cierto modo, y, para hacerse agradable, procuraba aficionarme a esas frivolidades, por las cuales sentí siempre tal repugnancia, que jamás he leído una por mi propio gusto. Desgraciadamente, uno de esos malhadados papeles había quedado en la faltriquera de la chupa de un traje nuevo, que sólo había llevado dos o tres veces para estar en regla con los demás oficinistas. Este papel era una parodia jansenista bastante insulsa de la hermosa escena de *Mitrídates* de Racine, que había dejado olvidada en el bolsillo, habiendo leído apenas diez versos. He aquí lo que produjo la confiscación de mi equipaje. Los empleados hicieron en el preámbulo del inventario de mi maleta un magnífico proceso verbal, en que, suponiendo que aquel escrito se remitía de Ginebra con el intento de ser impreso y distribuido en Francia, se extendían en piadosas invectivas contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y en elogios de su fervorosa vigilancia, que había evitado la ejecución de este infernal proyecto. Sin duda encontraron que mis camisas olían a herejía, porque en virtud de

este terrible papel fue confiscado todo, sin que jamás me hayan dado cuenta ni noticia alguna de mi pobre pacotilla. Los empleados de hacienda, a quienes se acudió en reclamación, exigían tantas instrucciones, señas, certificados y memoriales, que, perdiéndome mil veces en este laberinto, me vi obligado a abandonarlo todo. Siento en gran manera no haber conservado el proceso verbal del resguardo de las Rousses, pues era un documento que debía figurar preferentemente en la colección de los que han de acompañar a este trabajo.

Esta pérdida me hizo volver en seguida a Chambéry sin haber hecho nada con el abate Blanchard; y bien considerado, viendo que la desgracia me perseguía en todas mis empresas, resolví unir en todo mi suerte a la de mamá, y no inquietarme más por un porvenir contra el cual nada podía. Ella me recibió como si hubiese venido cargado de tesoros; poco a poco volvió a proveerme de ropas, y mi desgracia, bastante grande para ambos, fue olvidada tan pronto como sucedió.

Aunque este contratiempo entibió mis esperanzas en la música, no dejaba de estudiar siempre mi Rameau, y a fuerza de trabajo logré al fin entenderlo y hacer algunos pequeños ensayos de composición, cuyo buen éxito me animó. El conde de Bellegarde, hijo del marqués de Antremont, volvió de Dresde después de la muerte del rey Augusto. Había vivido mucho tiempo en París, tenía una afición extraordinaria a la música, y era apasionado por la de Rameau. Su hermano el conde de Nangis tocaba el violín, y su hermana la señora condesa de la Tour cantaba un poco. Esto hizo que la música se pusiese de moda en Chambéry, cuya dirección quisieron al principio encomendarme, pero luego echaron de ver que era cargo superior a mis fuerzas, y se arreglaron de otra manera. Con todo, no dejaba yo de dar algunos trozos de mi cosecha, y entre ellos una cantata, que fue muy aplaudida. No era una pieza acabada, pero estaba llena de cantos nuevos y de efectos que no se esperaban de mí. Aquellos señores no pudieron creer que, leyendo la música tan mal, me hallase en estado de poder componer algo que pudiera pasar y no dudaron de que me había engalanado con plumas ajenas. Para cerciorarse de ello, vino a buscarme una mañana el señor de Nangis, con una cantata de Clerambault, en la cual había cambiado el tono, según decía, para comodidad de la voz, y a la que era preciso poner un acompañamiento nuevo, porque el cambio de tono hacía inejecutable el de su autor. Yo respondí que esto era un trabajo considerable y que no podía hacerse de repente, lo cual le hizo creer que trataba de buscar una evasiva, y me instó para que a lo menos compusiese el de un recitado.

Lo hice mal, sin duda, pues para dejar un trabajo bien acabado necesito estar con libertad y a mis anchas; pero a lo menos me ajusté a las reglas, y como fue en su presencia, no pudo dudar de que poseía los elementos de la composición. Así que no perdí mis alumnas, pero se enfrió un poco mi afición a la música, viendo que se daba un concierto y se prescindía de mí.

Fue poco más o menos por aquella época cuando, habiéndose firmado la paz, el ejército francés volvió a pasar los montes. Varios oficiales visitaron a mamá, entre

ellos, el señor conde de Lautrec, coronel del regimiento de Orleáns, después ministro plenipotenciario en Ginebra y posteriormente mariscal de Francia, a quien me presentó. Por lo que le dijo, pareció que él se interesaba mucho en mi favor y me hizo varias promesas de que no se volvió a acordar hasta el último año de su vida, cuando ya no lo necesitaba. El joven marqués de Sennecterre, cuyo padre era embajador entonces en Turín, pasó por Chambéry al mismo tiempo. Un día que comía en casa de la condesa de Menthon, asistía yo también a la comida, y, acabada ésta, se trató de música, que él conocía perfectamente. Se habló de la ópera *Jephté,* que a la sazón estaba en boga, la trajeron, y me hizo temblar proponiéndome que entre los dos la ejecutásemos. Abriendo el libro al acaso se encontró con este trozo a dos coros:

> *La terre, l'enfer, le ciel même,*
> *Tout tremble devant le Seigneur.*[31]

Me dijo: «¿De cuántas partes queréis encargaros? Yo, por mi parte, tomo estas seis». No estaba yo acostumbrado todavía a la petulancia francesa, y aunque hubiese tarareado algunas partituras, no comprendía cómo una misma persona podía cantar seis voces a un mismo tiempo, ni siquiera dos. Nada me ha costado tanto en el ejercicio de la música como saltar con facilidad de una parte a otra, sin perder de vista el conjunto de la partitura. Por la manera de salir del paso, el señor de Sennecterre debió sospechar que yo no sabía música. Quizá para comprobarlo, me propuso que anotase una canción que quería ofrecer a la señorita de Menthon. No pude excusarme de hacerlo; la cantó y yo la escribí sin hacérsela repetir mucho. En seguida la leyó y encontró que estaba correctamente escrita. Como había visto mi embarazo, se complació en divulgar este pequeño triunfo, a pesar de ser una cosa muy sencilla. En el fondo, yo conocía bien la música; no me faltaba más que esa facilidad de la primera ojeada que jamás tuve en ninguna cosa y que no se adquiere en música sino por una práctica consumada. Sea como quiera, le agradecí en el alma el buen cuidado que tuvo de borrar del ánimo de los demás y del mío el pequeño fiasco que había cometido, y doce o quince años después, habiéndome encontrado con él en diversas casas de París, tuve varias veces la tentación de recordarle esta anécdota, y probarle que conservaba este recuerdo. Mas como entonces había perdido él la vista, temí renovar su pena, trayéndole a la memoria el uso que había sabido hacer de ella, y me callé.

Llegó el momento que empieza a ligar mi pasado con mi presente. Algunas amistades de aquel tiempo conservadas hasta ahora, me han sido muy preciosas. Con frecuencia me han puesto en el caso de echar de menos aquella feliz oscuridad en que los que se llamaban amigos míos lo eran por mí, por pura benevolencia, no por vanidad de tener amistad con un hombre conocido o por el secreto deseo de tener más ocasiones de perjudicarle. De esta fecha data mi primer conocimiento con mi antiguo amigo Gauffecourt, que lo ha sido siempre, a pesar de los manejos que se han puesto

en juego para quitarme su amistad. Siempre no, ¡ay de mí! Acabo de perderle, pero no ha dejado de quererme sino al dejar de existir; nuestra amistad sólo ha terminado con su vida. El señor de Gauffecourt era uno de los hombres más amables que han existido; era imposible verle sin quererle; imposible vivir en intimidad con él sin serle adicto de corazón. Jamás he visto fisonomía más franca, más simpática, que revelase más serenidad, más sensibilidad y más talento, y que inspirase mayor confianza. Por más reservado que uno fuese, desde la primera entrevista no podía menos de familiarizarse con él, como si le conociera de veinte años. Y yo, que generalmente no estoy a gusto cuando trato por vez primera a una persona, experimenté con él todo lo contrario desde el primer momento. Su tono, su acento, su conversación concordaban perfectamente con su fisonomía. Su hermosa voz de bajo, limpia, robusta, de buen timbre, sonora y vibrante, llenaba el oído y llegaba al corazón. Es imposible tener un carácter más alegre, afable y entero; una gracia más verdadera y sencilla y un talento natural cultivado con tanto gusto. Añádase a todo esto un corazón cariñoso; pero que lo era demasiado para todo el mundo; un carácter obsequioso, sin distinción de personas; servía a sus amigos con celo, o mejor se hacía amigo de aquellos a quienes podía servir; y sabía hacer con certeza su negocio, al paso que gestionaba con gran calor los ajenos. El señor Gauffecourt era hijo de un simple relojero, arte que también había él ejercido; pero su porte y sus méritos le llamaban a una esfera más elevada donde no tardó en colocarse. Trabó relaciones con el señor de la Closure, ministro residente de Francia en Ginebra, que le cobró afecto y le procuró otras relaciones en París que le fueron útiles, y por medio de las cuales logró tener el suministro de sales del Valais, que le valía veinte mil libras de renta. Su fortuna bastante halagüeña se limitó a esto respecto de los hombres, mas en cuanto a las mujeres se lo disputaban, así es que pudo escoger a su antojo e hizo lo que quiso. Lo más singular y lo que más le honra es que, estando relacionado con gente de todas condiciones, fue estimado en todas partes, solicitado por todo el mundo sin que jamás excitase el odio ni la envidia de nadie; y creo que murió sin tener un solo enemigo. ¡Hombre feliz! Todos los años iba a los baños de Aix, donde se reúne la buena sociedad de las comarcas vecinas. Relacionado con toda la nobleza de Saboya, desde Aix iba a Chambéry a visitar al conde de Bellegarde y a su padre el marqués de Antremont, en cuya casa le conoció mamá y me hizo conocerle. Esta amistad, que no parecía conducir a nada y siguió sin interrupción durante largos años, se renovó en la ocasión que diré, convirtiéndose en una cordial intimidad. Esto sólo me autoriza para hablar de un amigo, con quien he estado tan estrechamente unido; más aun cuando no tuviese ningún interés personal en recordar su memoria, era un hombre tan amable y dotado de tan relevantes cualidades que lo creería digno de eterna recordación para honra de la especie humana. No obstante ser tan buen sujeto, no dejaba de tener sus defectos como los demás, como se verá más adelante; pero, si no los hubiese tenido, tal vez no hubiera sido tan amable. Para que fuese todo lo interesante posible convenía que tuviese algo que perdonársele.

Otra amistad adquirida por esta misma época no se ha extinguido todavía y aún me ilusiona con esa esperanza que tenemos de la felicidad temporal y que difícilmente se apaga en el corazón del hombre. El señor de Conzié, gentilhombre saboyano, que era entonces un joven amable, tuvo el capricho de aprender música, o mejor de trabar relaciones con el que la enseñaba. Al ingenio y afición a los bellos conocimientos unía el señor de Conzié una dulzura de carácter que le hacía complaciente, y yo lo era también mucho con las personas en quienes hallaba esta cualidad. Pronto nos hicimos amigos.[32] El germen de literatura y de filosofía, que empezaba a fermentar en mi cerebro, y que sólo aguardaba un poco de cultivo y estímulo para desarrollarse enteramente, los encontró en él. El señor de Conzié tenía escasa disposición para la música, y esto redundó en provecho mío, porque pasábamos las horas de lección en cosa muy distinta del solfeo. Almorzábamos, conversábamos, leíamos algunas noticias, sin hablar una palabra de la música. Entonces metía ruido la correspondencia de Voltaire con el príncipe real de Prusia,[33] y a menudo tratábamos de estos dos hombres célebres, uno de los cuales, que ascendió al trono hace poco,[34] se dejaba ya adivinar tal como después debía mostrarse al mundo; y el otro, tan desacreditado entonces como admirado ahora, nos movía a una compasión sincera por la desgracia que lo perseguía y que tan frecuentemente es el patrimonio de los grandes talentos. El príncipe de Prusia había sido poco afortunado en su juventud, y Voltaire parecía haber nacido para no serlo nunca. El interés que ambos nos inspiraban se extendía a todo lo que con ellos se relacionaba. Nada de cuanto escribía Voltaire se nos escapaba. La afición que entonces cobré a estas lecturas me inspiró el deseo de aprender a escribir con elegancia, y hacer lo posible para imitar el buen colorido de este autor que me tenía prendado. Poco tiempo después aparecieron sus *Cartas filosóficas* que, a pesar de no ser seguramente su mejor trabajo, fue el que más me aficionó al estudio, y esta naciente afición no se ha extinguido en mí desde entonces.

Pero no había llegado todavía el momento de entregarme a ella formalmente. Aún tenía un carácter veleidoso, un deseo de ir y venir, que más bien se hallaba amortiguado que extinguido y que alimentaba el tren de la casa de la señora de Warens, harto ruidoso para mi natural solitario. Este fárrago de desconocidos que afluían a ella cada día de todas partes, y la persuasión en que yo estaba de que toda aquella gente no buscaba otra cosa más que engañarla, cada cual a su manera, convertían mi morada en un verdadero tormento. Desde que, por haber sucedido a Claudio Anet en la confianza de su ama, me hallaba más al corriente del estado de sus intereses, veía una decadencia tan rápida que me asustaba. Mil veces se lo había hecho presente, la había apremiado, suplicado, siempre en vano. Me había echado a sus pies, haciéndole una viva pintura de la catástrofe que le amenazaba; la había exhortado fuertemente a que redujese sus gastos, empezando por mí; a que prefiriese sufrir un poco siendo joven todavía, a multiplicar continuamente sus deudas y acreedores, exponiéndose a sus vejaciones y a la miseria en la vejez. Ella, agradecida

a la sinceridad de mi celo, se enternecía conmigo y me hacía las más halagüeñas promesas, pero llegaba un tunante, y al momento quedaba todo olvidado. Después de haber repetido muchísimas veces esta prueba inútilmente, ¿qué me quedaba hacer, sino apartar la vista de un mal que no podía evitar? Me alejaba de la casa cuya puerta no podía guardar; emprendía excursiones a Nyon, a Ginebra, a Lyon, que si adormecían algo mi dolor secreto, aumentaban sus motivos a causa de mis gastos. Juro que me habría abstenido de todo con el mayor gusto si mamá hubiese sabido aprovecharse verdaderamente de mis ahorros; pero, seguro de que los bribones se hubieran apoderado de mis economías, abusaba de su condescendencia para compartir los gastos con ellos, y, cual perro que vuelve del matadero, me llevaba una porción de lo que no podía salvar.

No me faltaban pretextos para todos estos viajes, y mamá por sí sola me los hubiera dado, tantas eran las relaciones que tenía en todas partes, negocios, quehaceres y misiones de confianza. No deseaba otra cosa que enviarme; yo no pensaba más que en partir; de donde había de resultar para mí una vida asaz vagabunda. Estos viajes me facilitaron algunas buenas relaciones, que en lo sucesivo me han sido gratas o de utilidad; entre ellas la del señor Perrichon, que adquirí en Lyon y me arrepiento de no haber cultivado bastante, en atención a las bondades que me dispensaba; la del buen Parisot, de quien hablaré a su tiempo; en Grenoble, las de la señora Deybens y de la señora presidenta de Bardonanche, mujer de gran talento y que me hubiera cobrado afecto, si hubiese estado en mi mano verla más a menudo; en Ginebra, la del señor de la Closure, ministro residente de Francia, que me hablaba con frecuencia de mi madre, de cuyo recuerdo no había podido desprenderse su corazón, a pesar de su muerte y del tiempo transcurrido; la de los dos Barillot, de los que el padre, que me llamaba su nieto, tenía un trato muy agradable y era uno de los hombres más dignos de cuantos he conocido. Durante las agitaciones de la República, estos dos ciudadanos militaron en partidos contrarios: el hijo en el del pueblo, el padre en el de los magistrados; yo les vi, cuando en 1737 Ginebra se levantó en armas, salir armados de la misma casa cada cual en dirección a su cuartel, seguros de que al cabo de dos horas habían de hallarse el uno frente al otro, expuestos a degollarse mutuamente. Este horrible espectáculo me causó una impresión tan viva, que juré allí mismo no mezclarme jamás en ninguna guerra civil, ni sostener en el interior la libertad con las armas, ni de palabra, ni de hecho, si algún día recobraba mis derechos de ciudadano, juramento que aseguro haber guardado en ocasión delicada; y el lector juzgará, según pienso, que esta moderación tuvo algún mérito.

Pero entonces no me hallaba todavía en la primera fermentación de patriotismo que Ginebra sublevada excitó en mi corazón. Cuán lejos me hallaba de ella, podrá comprenderse por un hecho muy grave en contra mía, que había olvidado de referir en su lugar y no debe omitirse.

Desde algunos años atrás, mi tío Bernard se hallaba en la Carolina para construir la ciudad de Charlestown, cuyo plano había diseñado, muriendo allí a poco tiempo.

Mi pobre primo había muerto también al servicio del rey de Prusia, y mi tía perdió su hijo y su marido en plazo breve. Estas pérdidas aumentaron su amistad hacia el más próximo pariente que le quedaba, que era yo. Cuando iba yo a Ginebra paraba en su casa, donde me entretenía en revolver y hojear los libros y papeles que mi tío había dejado. Encontré escritos curiosos y cartas, cuya existencia difícilmente se sospecharía. Mi tía, que hacía poco caso de estos papelotes, me hubiera permitido llevarlo todo si yo hubiera querido; pero me contenté con dos o tres libros comentados por mi abuelo, el ministro Bernard, entre otros las obras póstumas de Rohault, en cuarto, cuyas márgenes estaban llenas de excelentes escolios que me hicieron aficionarme a las matemáticas. Este libro quedó entre los de la señora de Warens, y siempre me ha dolido no haberlo guardado. A éstos añadí cinco o seis Memorias manuscritas y sólo una impresa que era del famoso Micheli Ducret, hombre de gran talento, sabio esclarecido pero turbulento, que fue tratado con excesiva crueldad por los magistrados de Ginebra, y finalmente murió en la fortaleza de Arberg, donde estuvo encerrado largos años, según se decía, por hallarse complicado en la conspiración de Berna.

Esta Memoria era un juicio crítico bastante razonado del grande y ridículo plan de fortificación que en parte se ha adoptado en Ginebra, con escándalo de los entendidos, que ignoran el móvil secreto que inducía al Consejo a llevar a cabo esa grande empresa. Habiendo sido excluido de la comisión de fortificaciones por haber vituperado este plan, el señor Micheli había creído que, en calidad de miembro del Consejo de los Doscientos, y hasta como simple ciudadano, podía dar su parecer más por extenso, y esto es lo que había hecho con su Memoria, que tuvo la imprudencia de mandar imprimir, aunque no para publicarla porque no hizo más ejemplares que los que remitía a los Doscientos y fueron interceptados en el correo por orden del consejo local. Yo la encontré entre los papeles de mi tío juntamente con la réplica que éste recibió el encargo de hacer, y me llevé una y otra. Esto fue durante un viaje que realicé poco después de mi salida del catastro, quedando en amistad con su jefe, el abogado Coccelli. Algún tiempo después, el director de la aduana me rogó que le tuviera un hijo en las pilas bautismales y me dio por comadre a la señora Coccelli. Los honores me volvían loco; y, orgulloso de emparentar casi con el señor abogado, las echaba de hombre importante para mostrarme digno de semejante distinción.

Con esta idea pensé que nada podía hacer mejor que enseñarle la Memoria impresa de Micheli, que realmente era un documento raro, para probarle que yo pertenecía a los notables de Ginebra que conocían los secretos del Estado. Sin embargo, por una semirreserva, que me sería difícil explicar, no le manifesté la respuesta de mi tío a esta Memoria, quizá porque estaba manuscrita y al señor abogado no le interesaba más que lo impreso. Pero tan bien apreció lo que valía el escrito que cometí la necedad de confiarle, que nunca más he podido rescatarlo, ni volver a verlo; y, plenamente convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, haciendo de la necesidad virtud, transformé este robo en regalo. No me cabe duda de que este

trabajo le valió mucho en la corte de Turín, a pesar de ser un objeto más curioso que útil, y que tuvo buen cuidado de hacerse reembolsar de un modo u otro el dinero que hubiera debido costarle su adquisición. Afortunadamente, la contingencia de que en lo porvenir el rey de Cerdeña ponga sitio a Ginebra es muy poco probable; pero, como no hay nada imposible, siempre culparé a mi estúpida vanidad el haber puesto a la vista de su tradicional enemigo los defectos capitales de esta plaza fuerte.

Así pasé dos o tres años entre la música, el magisterio, los proyectos, los viajes, fluctuando incesantemente entre varias cosas, deseando fijarme sin saber en qué, pero sintiéndome arrastrado por grados al estudio, tratando con literatos, oyendo hablar de literatura, mezclándome de vez en cuando en estas conversaciones y aprendiendo más bien la jerigonza de los libros, que los conocimientos en ellos contenidos. En mis viajes a Ginebra, iba de cuando en cuando a ver de paso a mi antiguo amigo el señor Simon, que fomentaba mucho mi naciente estímulo con las novedades más recientes en la república de las Letras, sacadas de Baillet o de Colomies. También veía con frecuencia en Chambéry a un dominico profesor de física; he olvidado el nombre de este buen fraile, que a menudo hacía pequeños experimentos con gran satisfacción de mi parte. A ejemplo suyo, quise fabricar tinta simpática y, al efecto, después de haber llenado una botella hasta casi la mitad, de cal viva, oropimente y agua, la tapé bien. La efervescencia empezó a desarrollarse casi de pronto con la mayor violencia, corrí a destaparla pero no llegué a tiempo y me saltó a la cara como una bomba. Tragué oropimente y caí y estuve a la muerte. Más de seis semanas quedé ciego y aprendí así a no meterme en experimentos sin los previos estudios elementales.[35]

Esta aventura perjudicó notablemente mi salud, que desde tiempo atrás se alteraba visiblemente. Ignoro de dónde provenía, que teniendo un buen estómago y no cometiendo exceso de ningún género, decaía de manera ostensible. Ancho de espaldas y bastante robusto de pecho, mis pulmones debían funcionar con desahogo, y, sin embargo, era corto de resuello, me sentía oprimido, suspiraba involuntariamente, tenía palpitaciones, arrojaba sangre y me sobrevino una fiebre lenta, de que jamás me he curado por completo. ¿Cómo es posible caer en semejante estado, en la flor de la juventud, sin tener ninguna víscera dañada ni haber hecho algo que pudiera destruir mi salud?

La espada gasta la vaina, dice el proverbio. He aquí mi historia. He vivido de mis pasiones y mis pasiones me han matado. —¿Qué pasiones? —me preguntarán—. Pequeñeces; las cosas mas pueriles del mundo; pero que me afectaban como si se hubiese tratado de la posesión de Elena o del trono del Universo. Al principio fueron las mujeres; cuando hube poseído una, mis sentidos se calmaron, pero mi corazón jamás; las necesidades del amor me devoraban en medio del placer. Poseía una tierna madre; una amiga querida; pero me faltaba una amante. Yo me la representaba en su lugar; la imaginaba de mil modos para satisfacerme a mí mismo. Si cuando mamá se hallaba en mis brazos hubiera recordado yo que era ella, no la hubiera estrechado contra mi corazón con menor viveza; pero todos mis deseos se habrían amortiguado;

hubiera sollozado de ternura, sin gozar. ¡Gozar! ¿Es acaso posible para el hombre? ¡Ah! ¡Si una sola vez en mi vida hubiera gustado en toda su plenitud todas las delicias del amor, creo que mi frágil existencia no hubiera podido resistirlo y hubiera muerto al instante!

Me hallaba, pues, ardiendo de amor, sin objeto, y es así como tal vez aniquila más. Me sentía inquieto y atormentado por el estado de los intereses de mi pobre mamá y de su imprudente conducta, que no podía dejar de causarle su ruina en plazo breve. Mi cruel imaginación, que siempre se anticipa a las desgracias, me representaba la suya sin cesar con toda su extensión y consecuencias. Me veía de antemano inevitablemente separado por la miseria de aquella a quien había consagrado la vida y sin la cual me hubiera sido imposible vivir. He aquí cómo mi espíritu estaba constantemente agitado. Los deseos y los temores me consumían alternativamente. La música era para mí otra pasión menos fogosa, pero no me dañaba menos por el ardor con que a ella me consagraba, por el tenaz estudio de las oscuras obras de Rameau, por mi obstinación invencible en querer recargar mi poca memoria, por mis constantes idas y venidas; por las compilaciones inmensas que amontonaba, pasando muy a menudo noches enteras copiando. ¿Y por qué he de detenerme en las cosas duraderas cuando todas las locuras que se sucedían en mi voluble mente, los placeres fugitivos de un solo día, un viaje, un concierto, una cena, el tener que dar un paseo, que leer una novela, que ver una comedia, todo lo más accidental de mis diversiones o de mis asuntos se convertía para mí en otras tantas pasiones violentas que en su ridícula impetuosidad me daban un verdadero tormento? La lectura de las desgracias imaginarias de Cleveland, ardorosamente hecha y frecuentemente interrumpida, creo que me hizo más daño que las propias.

Había un ginebrino, llamado el señor Bagueret, que estuvo empleado en la corte de Rusia, en el reinado de Pedro el Grande; era el hombre más feo y uno de los mayores locos que he visto en mi vida, siempre cargado de proyectos tan disparatados como él, que hacía caer los millones cual lluvia, y que cuidaba poco de economizar los ceros. Habiendo venido este hombre a Chambéry, por algún proceso en el Senado, se amparó en mamá, como acontecía de ordinario, y en cambio de los tesoros de ceros que le prodigaba generosamente, se llevaba sus pobres escudos uno a uno. Esto me exasperaba, él lo veía, cosa muy fácil conmigo, y no había bajeza que no emplease para engatusarme. Entonces se le ocurrió enseñarme el ajedrez, que él conocía un poco; lo ensayé casi a pesar mío; y después de haber aprendido medianamente a mover las piezas, mi progreso fue tan rápido, que antes de concluir la primera sesión yo le daba la torre, que él me había dado en las primeras partidas. Esto fue bastante para que este juego absorbiese todo mi espíritu. Me proporcioné un tablero, y compré el Calabrés;[36] me encerré en mi cuarto, en donde pasaba días y noches empeñado en aprender de memoria todas las partidas; quería encajarlas en mi entendimiento de buen o mal grado, jugando solo sin descanso ni fin. Al cabo de dos o tres meses de este divertido ejercicio y de esfuerzos inauditos, fui al café, delgado,

amarillo y atontado. Me ensayé y volví a jugar con el señor Bagueret; me ganó una vez, dos, veinte veces; se habían enredado tantas combinaciones en mi mente, y mi imaginación se había ofuscado de tal manera, que delante de mí no veía más que una nube. Cuantas veces quise ejercitarme en el estudio de jugadas con el libro de Filidor,[37] o con el de Stamma,[38] me ocurrió lo mismo, y, después de haberme extenuado con la fatiga, me encontré más decaído que antes. Por lo demás, que haya abandonado el ajedrez o que jugando me haya repuesto, no he adelantado un ápice desde la primera sesión y me he encontrado siempre en el mismo punto en que me hallaba al concluirla. Aunque estuviera ejercitándome millares de siglos, siempre acabaría por poder dar la torre a Bagueret y nada más. He aquí un tiempo bien empleado, se dirá, y que no fue poco; no cejé en este primer ensayo hasta que me faltaron las fuerzas. Cuando me dejaba ver saliendo de mi cuarto, parecía un cadáver, y de haber persistido en este empeño no lo hubiera parecido mucho tiempo. Como se comprenderá, es difícil, sobre todo en el ardor de la juventud, que una cabeza como la mía deje gozar siempre al cuerpo de salud.

La alteración de mi salud influyó en mi carácter y templó la impetuosidad de mi fantasía; sintiéndome decaer, me aquieté un poco, y se entibió mi furor por los viajes. Más sedentario, se apoderó de mí, no el fastidio, pero sí la melancolía; la displicencia sucedió a las pasiones, mi languidez se transformó en tristeza; lloraba y suspiraba por los motivos más insignificantes; sentía escapárseme la vida sin haberla disfrutado, me condolía del estado en que dejaba a mi pobre mamá, y de aquél en que la creía próxima a caer, y puedo afirmar que era mi única pena abandonarla a su desconsuelo. En fin, caí gravemente enfermo; ella me cuidó como jamás madre alguna cuidó a su hijo, y esto fue provechoso para ella misma, distrayéndola de los proyectos, y manteniendo alejados a los proyectistas. ¡Cuán dulce hubiera sido mi muerte, si hubiese llegado entonces! Poco había gozado del mundo, mas tampoco había experimentado sus miserias; mi alma podía partir tranquila sin el sentimiento cruel de la injusticia humana, que emponzoña la vida y la muerte. Tenía el consuelo de sobrevivirme en la mitad mejor de mí mismo; esto apenas era morir. A no ser por las inquietudes que me agobiaban acerca de su suerte, habría muerto con la tranquilidad del que se duerme, y aun estas mismas inquietudes tenían un objeto afectuoso y tierno, que templaba su amargura. Yo le decía: «Heos aquí depositaria de todo mi ser; procurad que sea dichoso». Por dos o tres veces, cuando más enfermo estaba, me sucedió levantarme por la noche y arrastrarme hasta su cuarto, para darle acerca de su conducta consejos que estoy cierto de que contenían un gran fondo de verdad y buen sentido. Mas el interés que por su suerte me tomaba, era el que más resaltaba en ellos. Como si las lágrimas fuesen para mí un alimento y un remedio, me sentía reanimado por las que vertíamos juntos, sentado yo sobre su cama y teniendo sus manos entre las mías. Las horas se deslizaban en estas nocturnas conversaciones, y me volvía mejor de lo que había ido. Contento y tranquilizado por las promesas que me había hecho y las esperanzas que me había infundido, me dormía con la paz en el corazón y

resignado a la voluntad de la Providencia. Plegue a Dios que, después de tantos motivos para aborrecer la vida, de tantas tempestades como han agitado la mía convirtiéndola en una pesada carga, la muerte que debe ponerle término sea tan poco cruel como lo hubiera sido en aquellos momentos.

A fuerza de cuidados, de vigilancia y de inexplicables penas, ella me salvó, y ciertamente nadie más hubiera podido lograrlo. Tengo poca fe en la medicina de los médicos, pero la tengo grande en la de los verdaderos amigos; las cosas de que depende nuestra ventura se hacen siempre mucho mejor que las demás. Si en la vida existe algún sentimiento delicioso, es el que experimentamos recobrando al amigo que creíamos perdido. Nuestro mutuo cariño no se aumentó, pues era imposible; mas adquirió cierto no sé qué de mayor intimidad y de más ternura en medio de su gran sencillez. Venía a ser obra suya, enteramente su hijo, y más que si ella hubiera sido mi verdadera madre. Sin advertirlo, comenzamos a no separarnos más uno de otro, confundiendo en cierto modo nuestra existencia en una sola, y, sintiendo que no sólo nos éramos necesarios, sino que nos bastábamos recíprocamente, nos acostumbrábamos a no pensar en nada extraño a ambos, a limitar absolutamente nuestra dicha y nuestros deseos a esta posesión mutua y quizá única entre los humanos, que de ningún modo era, como llevo dicho, la del amor, sino una posesión más esencial que, sin radicar en los sentidos, en el sexo, en la edad, en la figura, consistía en todo lo que constituye el ser en sí y que no puede perderse más que dejando de existir.

¿De qué dependió que aquella preciosa crisis no trajera la felicidad para el resto de sus días y de los míos? No fue mía la culpa, lo cual me sirve de consuelo; tampoco lo fue suya, a lo menos de su voluntad. Estaba escrito que el invencible carácter natural recobraría en breve su imperio; mas no se verificó de repente la fatal reincidencia. A Dios gracias, hubo un intervalo; intervalo corto y precioso que no terminó por mi causa y que no tengo que arrepentirme de haber aprovechado mal.

Aunque curado de mi grave dolencia, no había recobrado mi vigor; mi pecho no estaba aún restablecido, y me quedaba siempre un resto de fiebre, que me mantenía en estado de languidez. Sólo anhelaba acabar mis días al lado de la que tanto amaba, sostenerla en sus buenas resoluciones, hacerle comprender en qué consistía el verdadero encanto de una vida feliz y hacer tal vez la suya en cuanto de mí dependiese. Mas veía y hasta experimentaba que, viviendo en una casa sombría y triste, acabaríamos por hallar triste nuestra misma soledad. El remedio se presentó por casualidad. Mamá me había prescripto la leche y quería que fuese a tomarla en el campo; yo consentí en ello bajo condición de que ella me acompañaría; no necesitó más para resolverse, faltando únicamente escoger el lugar. El jardín del arrabal no estaba propiamente en el campo; rodeado de casas y de otros jardines, no tenía los atractivos de un retiro campestre. Por otra parte, después de la muerte de Anet, habíamos dejado este jardín por razón de economía, puesto que ya no teníamos empeño en cultivar plantas, y otras miras hacían que no echásemos de menos aquel

sitio.

Aprovechando ahora la aversión que en ella observaba hacia la ciudad, le propuse abandonarla enteramente y establecernos en un lugar solitario y agradable, en alguna casita bastante oculta para alejar a los importunos. Ojalá lo hubiese hecho, y esta resolución que mi buen ángel y el suyo me sugería nos hubiera asegurado probablemente días dichosos y tranquilos hasta el momento en que la muerte nos separase. Mas semejante situación no era la que nos destinaba la Providencia. Mamá debía experimentar todas las penalidades de la indigencia y del malestar, después de haber pasado su vida en la abundancia, para que sintiese menos perderla. Yo, por un cúmulo de males de todo género, había de servir de ejemplo a todo aquel que, inspirado por el solo amor del bien público y de la justicia, se atreva, escudado únicamente en su inocencia, a decir a los hombres la verdad abiertamente, sin apoyarse en las intrigas y sin procurarse partidarios que le sostengan.

Un malhadado temor la detuvo; le faltó valor para abandonar su desagradable vivienda por miedo de incomodar al propietario. «Tu proyecto de retiro es magnífico —me dijo— y muy de mi gusto; mas es preciso contar con medios de vivir. Si dejo mi prisión, me expongo a perder el pan, y, cuando en el bosque se nos haya concluido, preciso será volver a buscarlo en la ciudad. Para tener menos necesidad de venir, no la dejemos del todo; paguemos esta pequeña pensión al conde de Saint-Laurent a fin de que me deje la mía; busquemos algún sitio bastante lejano para vivir en paz, mas no tanto que no sea fácil volver siempre que lo necesitemos». Así se hizo. Después de haber buscado un poco, nos fijamos en las Charmettes, tierra del señor de Conzié, a las puertas de Chambéry, mas solitaria y oculta como si hubiera estado a cien leguas. Entre las dos laderas de bastante altura, hay un pequeño valle que se extiende de Norte a Sur, en cuyo fondo se desliza un arroyo entre árboles y guijarros. A lo largo de ese valle, en la falda de la ladera, hay situadas algunas casas dispersas muy agradables para quien busque un asilo agreste y retirado. Después de habernos detenido en dos o tres casas de éstas, escogimos finalmente la más bonita, propiedad de un gentilhombre que estaba en el servicio, llamado Noiret. Se podía vivir en ella. Por delante tenía un jardín en forma de terraza, coronado por una viña y a cuyo pie se extendía un huerto. Detrás había un bosque de castaños, con una fuente cercana. Más arriba, en la montaña, prados para el ganado. En fin, todo cuanto podía desearse para la vida sencilla que allí queríamos llevar. Por lo que puedo recordar de las épocas y de las fechas, fue a fines del verano de 1736 cuando allí nos instalamos. Yo me hallaba transportado de gozo el primer día que allí dormimos: «¡Oh mama —dije a aquella cara amiga, abrazándola e inundando su seno con lágrimas de ternura y de alegría—, ésta es la mansión de la dicha y de la inocencia! ¡Si aquí no la encontramos, el uno con el otro, no hay que buscarla en ninguna otra parte!».

Libro sexto

1736

«Hoc erat in votis: modus agri ita magnus,
Hortus uti et tecto vicinus jugis aquæ fons,
Et paullum sylvæ super his foret…».[39]

No puedo agregar:

«Auctius atque
Dî melius fecere».[40]

pero no importa; no necesitaba más, ni para nada quería la propiedad. Me bastaba gozarla, y hace ya mucho tiempo que he dicho y observado que el propietario y el poseedor son a menudo dos personas muy distintas, aun dejando aparte los maridos y los amantes.

En esta época comienza el breve tiempo de mi felicidad en la vida, y transcurren los apacibles, si bien rápidos instantes que me dan derecho a decir que he vivido. ¡Instantes preciosos y tan echados de menos! ¡Ah, empezad de nuevo para mí vuestro agradable curso; deslizaos por mi memoria más lentamente que lo hicisteis en realidad durante vuestra fugitiva sucesión! ¿Cómo podré prolongar a mi gusto este relato tan sencillo y conmovedor para repetir siempre lo mismo sin fastidiar más a mis lectores, recordándoles que yo no me fastidiaba, empezando de nuevo sin cesar? Si al menos consistiese todo en hechos, en acciones, en palabras, me sería fácil describirlo y representarlo en cierto modo; mas ¿cómo he de referir lo que no era dicho ni hecho, ni siquiera pensado, sino gozado, sentido, sin que pueda indicar otro objeto de mi felicidad que este mismo sentimiento? Me levantaba con el sol y era dichoso; me paseaba y era dichoso; veía a mamá y era dichoso; me apartaba de ella y era dichoso; recorría los bosques, las cuestas, divagaba por los valles, leía, estaba ocioso, trabajaba en el jardín, cogía la fruta, ayudaba al arreglo de la casa y por todas partes me seguía la felicidad; no se hallaba ésta en ningún objeto determinado; estaba toda en mí mismo sin poder abandonarme un solo instante.

Nada de cuanto me sucedió en aquella grata época, nada de cuanto hice, dije o pensé en todo el tiempo de su duración se ha borrado de mi memoria. Los tiempos anteriores y posteriores se reproducen en ella por intervalos; los recuerdo desigual y confusamente; pero a éste lo tengo tan presente como si durase todavía. Mi imaginación, que en mi juventud iba sin cesar adelante y ahora retrocede, compensa

con estos dulces recuerdos la esperanza que he perdido para siempre. Nada veo ya en lo por venir; sólo las excursiones a lo pasado son capaces de halagarme, y estos recuerdos tan vivos y verdaderos de la época a que me remonto me hacen vivir frecuentemente feliz a pesar de mis infortunios.

Sólo pondré un ejemplo de estos recuerdos para que pueda juzgarse de su fuerza y verdad. El primer día que fuimos a pernoctar en las Charmettes, mamá iba en silla de manos y yo la seguía a pie. Nos encontramos con una cuesta; ella pesaba bastante y, temiendo fatigar demasiado a los conductores, quiso bajar, poco más o menos, a la mitad del camino para andar el resto a pie. Siguiendo nuestra marcha, vio algo azul en el vallado y me dijo: «Mira, una vincapervinca aún en flor». Yo no había visto nunca esta planta; no me bajé para examinarla, y tengo la vista demasiado corta para distinguir las plantas en la tierra desde la altura de mis ojos. Solamente eché un vistazo sobre ésta al pasar, y han trascurrido casi treinta años sin que yo haya visto vincapervinca, o si la he visto no me he dado cuenta de ello. En 1764 hallándome en Cressier con mi amigo du Peyrou, subíamos a una pequeña montaña en cuya cima existe un bonito salón, a que da con razón el nombre de Bellavista; yo empezaba entonces a herborizar un poco. Al subir mirando entre las breñas, lancé un grito de alegría, exclamando: «¡Ah, una vincapervinca!», y lo era en efecto. Du Peyrou notó mi emoción, mas ignoraba la causa; espero que la sabrá, leyendo esto algún día. El lector está en el caso de apreciar por la impresión de tan pequeño objeto, la que han debido causarme todos los que se refieren a la misma época.

Sin embargo, el aire del campo no me volvió mi primitiva salud; mi estado era lánguido y lo fue más. No pude soportar la leche, y me vi obligado a dejarla. Entonces estaba de moda el aplicar el agua para todo remedio; me dediqué al agua con tan poca discreción que por poco me cura, no de mis dolencias, sino de la vida. Cada mañana al levantarme me iba a la fuente con una gran copa y bebía sucesivamente, paseándome, hasta un par de botellas. Dejé enteramente el vino en mis comidas. El agua que bebía era algo cruda y de difícil digestión, como lo son la mayor parte de las aguas de montaña. En una palabra, lo hice tan bien, que en menos de dos meses me eché a perder completamente el estómago, que había conservado muy bueno hasta entonces. No pudiendo digerir, comprendí que no había ya que esperar mi curación. Por este mismo tiempo, me ocurrió un accidente tan singular por sí mismo como por sus consecuencias, que durarán mientras viva.

Una mañana, sin estar más enfermo que de costumbre, levantando una pequeña mesa sobre su pie, experimenté en todo mi cuerpo una revolución súbita y casi inconcebible; con nada puedo compararla mejor que con una especie de tempestad que se levantó en mi sangre y recorrió en un solo instante todos mis miembros. Mis arterias latían con tanta fuerza, que no solamente sentía sus sacudidas sino que hasta las oía, sobre todo las de las carótidas. A esto se unió un gran ruido en los oídos, ruido que era triple o mejor cuádruple, a saber: un zumbido grave y sordo; un murmullo más claro, como de agua corriente; un silbido muy agudo, y la agitación

arriba mencionada, cuyas pulsaciones podía contar fácilmente sin tocarme el pulso ni el cuerpo con las manos. Este ruido interior era tan grande que me quitó la delicadeza de oído que antes tenía y me dejó, no enteramente sordo, pero sí con una dureza que la conservo desde aquel entonces.

Júzguese de mi sorpresa y mi espanto. Me creía muerto: me metí en cama; se llamó al médico; le referí el hecho estremeciéndome, y pensando que no tenía cura. Yo creo que él fue de igual parecer; no obstante desempeñó su papel. Me endilgó una serie de razonamientos, de que no entendí palabra; luego, en consecuencia de su sublime teoría, empezó *in anima vili* la cura experimental que le plugo ensayar. Pero era tan penosa, tan desagradable, y obraba tan poco, que me cansé pronto, y al cabo de algunas semanas, viendo que no mejoraba ni empeoraba, abandoné el lecho, volviendo a la vida ordinaria con la agitación de mis arterias y mis zumbidos, que desde aquella fecha, es decir, desde hace treinta años, no me han dejado un solo instante.

Hasta entonces había sido muy dormilón. La completa privación del sueño, que se agregó a todos aquellos síntomas y que hasta ahora los ha acompañado constantemente, acabó de persuadirme de que me quedaba poco tiempo que vivir y esta persuasión me tranquilizó por algún tiempo respecto al cuidado de curarme. No pudiendo prolongar mi existencia, resolví sacar todo el partido posible de la poca vida que me quedaba, lo que, por un singular favor de la Naturaleza, me era posible, y, a pesar de hallarme en tan fatal estado, no sufría los dolores que parece debía acarrearme. Me sentí importuno y molestado por este ruido: no iba acompañado de ninguna otra incomodidad habitual más que del insomnio y a todas horas de una respiración corta que no llegaba al asma y no se dejaba sentir sino cuando yo corría o me agitaba demasiado.

Este accidente, que debía matar mi cuerpo, no mató más que mis pasiones y cada día bendigo al Cielo por el efecto excelente que en mi espíritu produjo. Puede decirse muy bien que no empecé a vivir hasta que me tuve por muerto. Dando a las cosas, que iba a dejar, su verdadero valor, comencé a ocuparme de otras más elevadas como anticipándome a las que habrían de ocuparme en seguida y que hasta entonces había descuidado. Con frecuencia había disfrazado la religión a mi manera, pero sin dejar de tener alguna; así, me costó menos volver a esta materia, tan triste para mucha gente, como dulce para el que hace de ella un objeto de esperanza y de consuelo. Mamá en esta ocasión me fue mucho más útil que todos los teólogos.

Ella, que nunca dejaba de sistematizar, no había dejado de hacerlo con la religión, y su sistema estaba compuesto de ideas incoherentes, unas sanísimas, otras muy locas, y de sentimientos relativos a su carácter y preocupaciones hijas de su educación. En general los creyentes se hacen un Dios a su imagen y semejanza; los buenos, bueno; los malos, malo; los beatos, rencorosos y biliosos; como ellos quisieran condenar a todo el mundo, no ven más que el infierno, en que apenas creen las almas dulces y amantes; y una de las cosas que menos puedo explicarme es ver al

bondadoso Fenelón hablar de él en su *Telémaco,* cual si creyera de veras; pero confío en que mintió entonces, porque al fin, por muy verídico que uno sea, siendo obispo, es necesario que mienta alguna vez. Mamá no mentía conmigo, y aquella alma sin hiel que era incapaz de concebir un Dios vengativo y siempre airado, sólo veía clemencia y misericordia donde los devotos no descubren más que justicia y castigo. A menudo decía que Dios no sería justo, si obrara justamente con nosotros; pues, no habiéndonos dado lo necesario para serlo, exigiría que le devolviésemos más de lo que nos había dado. Lo más singular es que, sin creer en el infierno, no dejaba de creer en el purgatorio. Esto procedía de que no sabía qué hacerse de las almas de los malos, no pudiendo condenarlas ni colocarlas entre las de los buenos hasta que lo fuesen; preciso es convenir en que efectivamente, así en este mundo como en el otro, los malos son siempre un gran estorbo.

Otra rareza: como se ve, toda la doctrina del pecado original y de la redención queda destruida con este sistema; conmueve la base del cristianismo vulgar, y por lo menos con ella el catolicismo no puede subsistir. Sin embargo, mamá era buena católica o pretendía serlo, y es bien seguro que lo pretendía de buena fe. Le parecía que se interpretaban las Escrituras demasiado literal y duramente. Todo lo que en ellas se lee de los tormentos eternos le parecía conminatorio o figurado. La muerte de Jesucristo era para ella un ejemplo de caridad, verdaderamente divino, para enseñar a los hombres a amar a Dios y a sus semejantes. En una palabra, fiel a la religión que había abrazado, admitía de ella sinceramente toda la profesión de fe; mas, descendiendo a pormenores, se descubría que sus creencias divergían mucho de las de la Iglesia, a la que, sin embargo, se sometía. En esta materia tenía una sencillez de corazón, una franqueza más elocuente que todos los ergotismos y que frecuentemente ponía en aprietos a su confesor; pues ella nada le ocultaba. «Yo soy, le decía, buena católica y quiero serlo siempre; adopto con todas mis fuerzas las decisiones de la Santa Madre Iglesia; no soy dueña de mi fe, pero lo soy de mi voluntad; la someto sin reserva y quiero creerlo todo; ¿qué más exigís de mí?».

Aunque no hubiese habido moral cristiana, opino que ella la habría seguido; de tal modo se acomodaba ésta a su carácter. Practicaba cuanto estaba prescrito, pero, caso que no lo hubiese estado, su conducta habría sido la misma. En las cosas indiferentes le era agradable obedecer; y, si no le hubiera estado permitido y hasta prescrito comer carne, habría ayunado a solas con Dios y su conciencia sin que la prudencia hubiese intervenido para nada. Mas toda esta moral estaba subordinada a los principios del señor de Tavel, o más bien, ella pretendía no ver en la suya nada contradictorio. Se hubiera acostado con veinte hombres cada día con la conciencia tranquila, y sin sentir más escrúpulo que deseos. Sé perfectamente que muchas devotas tampoco son en esto muy escrupulosas; mas la diferencia está en que a éstas las seducen las pasiones, y a ella sus sofismas. En las conversaciones más patéticas, y me atrevo a decir más edificantes, tocó este punto sin cambiar de tono ni de expresión y sin creer contradecirse ella misma. En caso necesario, hubiera dejado la conversación para

pasar al hecho, y luego la hubiera seguido con la serenidad de antes; tan íntimamente estaba convencida de que todo eso no era más que máxima de buen orden social, que toda persona sensata podía interpretar y aplicar o no, según las circunstancias, sin el menor riesgo de ofender a Dios. Aunque en este punto yo no era a buen seguro de su parecer, confieso que no me atrevía a replicarle, porque me avergonzaba el papel poco galante que hubiera debido hacer para ello. Hubiera procurado con gusto establecer la regla para los demás, procurando descartarme; pero, además de que su temperamento era bastante para evitar el abuso de sus principios, sé muy bien que no era mujer a propósito para admitir la permuta, y que reclamar la excepción para mí era dejársela para todos los que quisiesen. Por otra parte, cuento aquí accidentalmente esta inconsecuencia entre las demás, aunque produjo poco efecto en su conducta y entonces no produjo ninguno; mas he prometido exponer fielmente sus principios, y quiero cumplir esta promesa. Volvamos de nuevo a mí.

Hallando en ella todas las máximas que necesitaba para poner mi alma a cubierto de los terrores de la muerte y de sus efectos, me sumergía con seguridad en este piélago de confianza. Me entregaba a ella más que nunca; hubiera querido trasladarle toda mi vida, que sentía próxima a abandonarme. De esta superabundancia de afecto hacia ella, de la persuasión de que me quedaba poco tiempo de vida, de la profunda seguridad en mi futura suerte, resultaba un estado habitual muy tranquilo y hasta sensual; pues, apagando todas las pasiones que prolongan nuestros temores y nuestras esperanzas, me permitía gozar, sin inquietudes ni recelos, de los escasos días que me quedaban. Una cosa contribuía a hacerlos más agradables, y era el deseo de alimentar su gusto por el campo por medio de todas las diversiones que me era posible acumular. Haciéndole amar su jardín, sus crías de animales domésticos, sus palomas, sus vacas, yo mismo me aficionaba a todo esto; y estas ligeras ocupaciones, que me entretenían todo el día sin turbar mi tranquilidad me valieron más que la leche y más que todos los remedios para conservar mi pobre máquina y aun restablecerla en lo posible.

Las vendimias, la recolección de los frutos, nos divirtieron el resto de ese año y nos aficionaron más y más a la vida rústica en medio de las buenas gentes que nos rodeaban. Vimos con dolor aproximarse el invierno y regresamos a la ciudad, como si fuera un destierro; y más aún, como aquel que, no esperando ver la primavera, creía despedirse de las Charmettes para siempre, las abandoné no sin besar la tierra y los árboles y sin volverme varias veces al marcharnos. Habiendo dejado mis alumnas desde mucho tiempo, y perdido el gusto de las diversiones y reuniones de la ciudad, ya no salía de casa, ni veía a nadie, exceptuando a mamá y al señor Salomón, que desde hacía poco era su médico y el mío; hombre honrado y de ingenio, gran cartesiano, que hablaba bastante bien del sistema del mundo y cuyas gratas e instructivas conversaciones me fueron más provechosas que todas sus recetas. Jamás he podido tolerar ese cúmulo insignificante y tonto de las conversaciones ordinarias; mas las útiles y sólidas siempre me han causado un gran placer y nunca las he

rehusado. Me aficioné a las del señor Salomón; me parecía que hablando con él me anticipaba a los profundos conocimientos que iba a adquirir mi espíritu cuando hubiese roto sus trabas. El placer que me proporcionaba se hizo extensivo a los asuntos de que trataba, y empecé a buscar los libros que podían ayudarme a comprenderle mejor. Los que unían la devoción a la ciencia eran los que más me convenían: tales eran particularmente los del Oratorio y de Port-Royal. Me entregué a su lectura con inaudito afán. Vínome a las manos uno del padre Lamy intitulado *Conversaciones sobre las ciencias*, que era una especie de introducción al estudio de los libros que tratan de ellas; lo leí y releí muchas veces, resolviendo tomarlo por mi guía. En fin, me sentí arrastrado poco a poco a pesar de mi estado, o mejor, a causa de mi estado, al estudio con una fuerza irresistible; y, creyendo que cada día era el último de mi vida, estudiaba con tanto ardor como si me hubiese creído inmortal. Decían que esto me dañaba; yo creo que me hizo bien, y no solamente a mi espíritu sino también a mi cuerpo; porque esta aplicación, que degeneró en pasión, me fue tan deliciosa que, no pensando más en mis males, me torturaban mucho menos. Es, sin embargo, muy cierto que nada me producía un alivio real; pero, no sintiendo dolores vivos, me acostumbré a languidecer, a no dormir, a meditar en vez de obrar y, en fin, a ver la decadencia sucesiva y lenta de mi organismo, que sólo podía contener la muerte.

Esta opinión no sólo me libró de todos los vanos cuidados de la vida sino de la molestia de los remedios a que hasta entonces me habían sometido a mi pesar. Salomón, convencido de que sus drogas eran ineficaces para salvarme, me ahorró la obligación de tragarlas y se contentó con mitigar el dolor de mi pobre mamá dándome algunas de esas recetas indiferentes que engañan la esperanza del enfermo, manteniendo el crédito del médico. Abandoné el estrecho régimen; volví a usar el vino y todo el método de vida de un hombre lleno de salud, según la medida de mis fuerzas, sobrio en todo, mas sin abstenerme de nada. Hasta salí de casa y reanudé mis relaciones, sobre todo las que me unían con el señor de Conzié, cuyo trato hallaba sumamente agradable. En fin, sea que me pareciese conveniente estudiar hasta mi última hora, sea que se ocultase en el fondo de mi corazón un resto de esperanza de vivir, la perspectiva de la muerte, lejos de entibiar mi afición al estudio, parecía animarlo; y me apresuraba a adquirir algunos conocimientos para el otro mundo, como si hubiese creído que no tendría en él más que lo que de éste me hubiese llevado. Me aficioné a la tienda de un librero llamado Bouchard, en que se reunían algunos literatos, y al aproximarse la primavera, que no creía volver a ver, me proveí de algunos libros para leer en las Charmettes, en el caso de que tuviese la dicha de pasar allí otra temporada.

Se realizó este deseo y lo aproveché cuanto pude. El placer con que vi apuntar las primeras yemas es inexplicable: ver la nueva primavera era para mí resucitar en el paraíso. No bien comenzaron a fundirse las nieves, abandonamos nuestro calabozo y llegamos a las Charmettes a tiempo para gozar las primicias del ruiseñor. Desde aquel

momento ya no pensé en morir; y realmente es muy extraño que jamás haya sufrido enfermedades graves en el campo. He padecido mucho en él, pero nunca me he visto obligado a guardar cama. Con frecuencia, sintiéndome más enfermo que de ordinario, he dicho: «Cuando me veáis próximo a la muerte, llevadme a la sombra de una encina; os prometo revivir».

Aunque me hallaba débil, desempeñé de nuevo mis funciones campestres, pero en proporción a mis fuerzas. Sentí vivamente no poder cuidar el jardín yo solo; mas cuando había dado seis golpes con la azada, quedaba sin aliento, me inundaba el sudor y no podía más. Cuando me inclinaba, las pulsaciones de mi sangre se redoblaban y me subían a la cabeza con tanta violencia, que me obligaba a enderezarme rápidamente. Limitado a cuidados menos fatigosos, me dediqué, entre otros, al del palomar, y me encariñé con él de tal suerte, que hubo días que me entretuvo largas horas sin sentirlo. La paloma es muy tímida y difícil de domesticar; sin embargo, logré inspirar a las mías una confianza tan grande, que me seguían por todas partes y se dejaban coger sin ningún temor. Lo mismo era salir al jardín o al corral, que volaban a posárseme dos o tres en los brazos y en la cabeza, llegando al extremo de que, a pesar de lo mucho que me divertía este cortejo, me llegó a ser tan molesto que me vi obligado a enfriar esa familiaridad. Siempre he gustado en gran manera de amansar a los animales, especialmente los tímidos y salvajes. Me parecía encantador infundirles una confianza, que no fue burlada por mí. Quería que me amasen con libertad.

Dije que me había llevado algunos libros; me serví de ellos, pero de tal suerte que antes contribuían a anonadarme que a instruirme. La errónea idea que tenía de las cosas me inducía a creer que, para leer un libro con provecho, era necesario poseer todos los conocimientos que el mismo suponía, bien lejos de sospechar que con frecuencia carecía de ellos el mismo autor, quien iba a buscarlos en otros libros a medida que los necesitaba. Con esta falsa idea, me veía obligado a detenerme a cada instante para recorrer incesantemente uno y otro libro; y a veces, antes de llegar a las diez páginas del que quería estudiar, hubiera tenido que apurar bibliotecas enteras. Sin embargo, me obstiné de tal modo en seguir este extravagante método, que perdí en ello mucho tiempo, y por poco me embrollo de tal suerte, que me inutilizara para comprender ni saber nada. Afortunadamente eché de ver que andaba por mal camino y que me extraviaba en un laberinto inmenso, de donde me salí antes de perderme por completo.

Por poco apego que se tenga a las ciencias, lo primero que se experimenta al dedicarse a ellas es su enlace, que hace que se atraigan mutuamente, se ayuden y se aclaren, y que una no pueda subsistir sin la otra. Aunque la inteligencia humana no baste para abarcarlas todas y sea siempre preciso dedicarse a una con preferencia a las demás, si se carece de nociones de las otras, aun en la preferida se halla uno con frecuencia a oscuras. Yo conocía que lo que había emprendido era bueno y útil en sí mismo y que sólo debía cambiar de método. Tomando por de pronto la *Enciclopedia*,

la iba distribuyendo por sus distintas ramas; y vi que era mejor hacer todo lo contrario; esto es, tomarlas por separado y elevarse en cada una separadamente hasta el punto de concurrencia. Así vine a parar a la síntesis común; mas como hombre que sabe lo que hace. La meditación en este punto reemplazaba en mí los conocimientos, y una reflexión muy natural me ayudaba a encaminarme bien. Sea que viviese o que muriese, no tenía tiempo que perder. No saber nada a la edad cercana a los veinticinco años, y querer aprenderlo todo, es obligarse a aprovechar mucho el tiempo. Ignorando en qué punto podía detener mi celo la suerte o la muerte, me proponía a todo trance adquirir ideas sobre todas las cosas, así para sondear mis inclinaciones naturales, como para juzgar por mí mismo cuál de ellas merecía mejor ser cultivada.

De la ejecución de este plan saqué otra ventaja que no había esperado, y fue la de aprovechar mucho el tiempo. Preciso es que yo no haya nacido para el estudio, porque una atención continuada me fatiga de tal modo, que me es imposible ocuparme con actividad durante media hora sin interrupción de una misma cosa, sobre todo siguiendo ideas ajenas; pues algunas veces me ha sucedido que, a pesar de detenerme mayor tiempo en las mías, he logrado un resultado favorable. Cuando me he fijado en algunas páginas de un autor que debe ser leído con atención, mi espíritu le abandona y se cierne en los espacios. Si me obstino, me fatigo inútilmente, se agotan mis fuerzas y nada veo; pero cuando se suceden asuntos diferentes, aun sin interrupción, uno me hace descansar del otro, y sin necesidad de descanso sigo más fácilmente. En mi plan de estudio me valí de esta observación, y lo varié de tal manera, que trabajaba todo el día sin fatigarme jamás. Cierto es que los cuidados domésticos y campestres hacían el papel de muy útiles diversiones; mas en mi creciente fervor, hallé en breve el medio de cercenar el tiempo de éstas para aumentar el del estudio y ocuparme en dos cosas a la vez sin pensar que se perjudicaban mutuamente.

En el relato de tantos detalles que a mí me halagan y con los que frecuentemente canso al lector, uso, sin embargo, una discreción que éste no sospecharía si yo no cuidara de advertirle de ella. Ahora, por ejemplo, me acuerdo con fruición de todos los diferentes ensayos que hice para distribuir el tiempo de modo que me produjese a la vez tanta utilidad como deleite; y bien puede decirse que aquel tiempo en que viví retirado y siempre enfermo, ha sido aquél en que estuve menos ocioso y menos aburrido. Dos o tres meses pasaron así tanteando la inclinación de mi espíritu y gozando, en la mejor estación del año y en un lugar que la primavera convertía en un jardín encantado, de las delicias de la vida, cuyo valor tan bien experimentaba, de las de una compañía tan libre como dulce, si puede darse semejante nombre a una unión tan perfecta, y del placer de los bellos conocimientos que me proponía adquirir; pues para mí era como si ya los poseyese, o mejor dicho, era más todavía, porque el gusto de aprender entraba por mucho en mi felicidad.

Es necesario pasar por alto todos estos ensayos, que para mí eran goces, pero

harto simples para poder explicarse. Hay más: el verdadero placer no se describe; sólo se siente, y tanto más cuanto menos puede describirse, porque no resulta de un conjunto de hechos sino de un estado permanente. Incurro en frecuentes repeticiones, pero incurriría en muchas más si dijera una cosa tantas veces como se me ocurre. He aquí poco más o menos la distribución del tiempo, cuando por fin mi método de vida, a menudo modificado, comenzó a seguir un curso uniforme.

Todos los días me levantaba al amanecer; por un vergel vecino subía a un hermoso camino, que se extendía por encima de la viña y seguía la cuesta hasta Chambéry. Allí, mientras me paseaba, hacía mi oración, que no consistía en balbucear algunas vanas palabras sino en una sincera elevación de espíritu hacia el autor de esa admirable Naturaleza, cuyas bellezas se desplegaban ante mis ojos. Nunca me ha gustado hacer mis oraciones en una habitación; me parece que las paredes y todas esas pequeñas obras del hombre se interponen entre Dios y yo. Me gusta contemplarle en sus obras, mientras mi corazón se eleva hasta Él. Mis preces eran puras y por lo tanto dignas de ser escuchadas; no pedía, para mí y para aquella de quien en mis aspiraciones jamás me separaba, más que una vida inocente y tranquila, exenta de vicio, de dolores, de penosas necesidades; la muerte de los justos y su suerte en la posteridad. Por lo demás, este acto consistía más en admiración y contemplación que en súplicas; y no ignoraba que el mejor medio de obtener del Dispensador de los verdaderos bienes los que nos son necesarios es, más que pedirlos, merecerlos. Al volver, daba un rodeo bastante largo, embebido en considerar con interés y voluptuosidad los objetos campestres que me rodeaban, únicos que jamás fatigan los ojos ni el corazón. De lejos observaba si mamá estaba levantada; cuando veía abiertas las maderas de su ventana, me estremecía de gozo y acudía volando; si estaba cerrada, entraba en el jardín, esperando que despertase, entreteniéndome en repasar lo que había aprendido la víspera o bien trabajando en el jardín. Así que se abría la ventana, iba a abrazarla en su lecho, a menudo medio dormida; y este abrazo, tan puro como tierno, hacía brotar de su misma inocencia un encanto que nunca va unido a la voluptuosidad de los sentidos.

Nos desayunábamos de ordinario tomando café con leche. Era la hora del día en que estábamos más tranquilos, en que hablábamos con más desahogo. Estas conferencias, por lo regular largas, me han dejado una viva afición a los desayunos; y prefiero infinitamente la costumbre de Inglaterra y de Suiza, en que se reúnen todos para el desayuno, a la de Francia, en donde cada cual se desayuna solo en su cuarto y aun con más frecuencia no se desayuna. Después de una o dos horas de conversación, me iba a mis libros hasta la hora de comer. Empezaba por alguno de filosofía, como la *Lógica* de Port-Royal, el *Ensayo* de Locke, Malebranche, Leibnitz, Descartes, etc. Pronto eché de ver que todos estos autores estaban en perpetua contradicción entre sí y formé el quimérico proyecto de concertarlos, proyecto que me fatigó mucho y me hizo perder bastante tiempo. Me llenaba de confusión la cabeza y no adelantaba nada. También renuncié a este método y adopté otro infinitamente mejor, al que atribuyo

cuantos progresos puedo haber hecho, a pesar de mi escasa capacidad; porque es muy cierto que siempre he tenido muy poca para el estudio. Al leer cada autor, me impuse la obligación de seguir el curso de sus ideas sin mezclar en ello las mías ni las de otro alguno y sin discutir con él. Decía para mi: Empecemos por formar un almacén de ideas, verdaderas o falsas, pero claras, hasta tanto que mi cabeza posea datos suficientes para comparar y escoger. Ya sé que este método no está exento de defectos, pero me ha producido buen resultado para mi objeto, que era instruirme. Al cabo de algunos años empleados en no pensar más que en amoldarme a las ideas de otros sin reflexionar, por decirlo así, y casi sin raciocinar, me encontré con un fondo de conocimientos harto considerable para bastarme a mí mismo y meditar sin auxilio ajeno. Desde entonces, cuando los viajes y los quehaceres me han quitado los medios de consultar los libros, me he entretenido en repasar y comparar lo que había leído, en pesar cada cosa con la balanza de la razón y a veces en juzgar a mis maestros. Por haber comenzado tarde a ejercitar mi raciocinio, no he notado que hubiese perdido su vigor; y cuando he dado a luz mis propias ideas, nadie me ha acusado de servil discípulo y de jurar *in verba magistri.*

De aquí pasé a la geometría elemental, porque nunca he ido más allá, obstinándome en vencer mi falta de memoria a fuerza de volver cien y cien veces atrás y empezar de nuevo sin cesar la misma marcha. No me gustó la de Euclides, quien más bien busca el encadenamiento de las demostraciones que la trabazón de las ideas; preferí la del padre Lamy, que desde entonces fue uno de mis autores favoritos y cuyas obras siempre leo con gusto. Siguió el álgebra y continuó siendo mi guía el padre Lamy; cuando me hallé más adelantado tomé *La ciencia del cálculo* del padre Reynault, luego su *Análisis demostrado,* que no hice más que hojear. Nunca he estado a bastante altura para conocer en toda su extensión la aplicación del álgebra a la geometría. Era poco amigo de ese método que tienen algunos de operar sin ver lo que se hace; y me parecía que resolver un problema de geometría por medio de ecuaciones era tocar una sonata dando vueltas a un manubrio. La primera vez que encontré por medio del cálculo que el cuadrado de un binomio estaba compuesto del cuadrado de cada una de sus partes y del doble producto de la una por la otra, a pesar de la exactitud de la multiplicación, no quise creerlo hasta que hube construido la figura. Y no es que me agradase en extremo el álgebra, que no considera más que la cantidad en abstracto; mas, una vez aplicada a la extensión, quería ver las operaciones en los cuerpos, y no siendo así nada comprendía.

Después de esto venía el latín. Éste era mi estudio más penoso y en el cual jamás he adelantado mucho. Al principio seguí el *Método latino* de Port-Royal, pero sin fruto. Aquellos versos ostrogodos me daban calentura y no podían pegarse a mi oído. Me perdía en aquel cúmulo de reglas, y al aprender la última olvidaba todo lo que le precedía. Un estudio de palabras no es conveniente para un hombre sin memoria, y precisamente para obligar la mía a desarrollarse, me empeñaba en este ejercicio: mas al fin hube de abandonarlo. Comprendía la construcción lo bastante para entender un

autor fácil con ayuda del diccionario y seguí este camino, que me fue mucho mejor. Dediquéme a la traducción, no escrita sino mental, y no pasé de aquí. A fuerza de práctica he logrado leer con bastante facilidad los autores latinos, pero jamás he podido hablar ni escribir en esta lengua; cosa que me ha puesto en apuros con frecuencia cuando, sin saber cómo, me he hallado afiliado entre los literatos. Otro inconveniente, consecuencia de este modo de estudiar, es que nunca he sabido la prosodia y menos aún las reglas de la versificación; sin embargo, deseando conocer la armonía de la lengua en verso y en prosa, me he esforzado en lograrlo, mas estoy convencido de que sin aquello es casi imposible. Habiendo aprendido la composición del más fácil de los versos, que es el hexámetro, tuve la paciencia de medir casi todos los pies y la cantidad; luego, cuando dudaba de si una sílaba era larga o breve, consultaba mi Virgilio. Como se comprende, esto me hacía cometer muchos errores a causa de las licencias consentidas por las reglas de la versificación. Mas si el estudiar solo tiene sus ventajas, tiene también grandes inconvenientes y sobre todo produce un trabajo increíble. Yo sé esto mejor que nadie.

Antes de mediodía dejaba los libros, y, si la comida no estaba pronta, hacía una visita a mis palomas o me entretenía en el jardín aguardando la hora. Cuando me llamaban, acudía en seguida muy contento y con gran apetito, pues es otra cosa digna de anotarse que éste nunca me falta por más enfermo que me halle. Comíamos apaciblemente, hablando de nuestros asuntos, mientras llegaba el momento que mamá pudiese empezar a comer. Dos o tres días a la semana, cuando hacía buen tiempo, íbamos a tomar el café detrás de la casa en una deliciosa glorieta cubierta de árboles, y que yo había adornado con lúpulo, donde nos recreábamos durante el calor; allí permanecíamos una hora escasa visitando nuestras legumbres, nuestras flores, y conversando sobre nuestro modo de vivir, lo cual nos hacía saborear mejor su dulzura. En el extremo del jardín tenía yo otra pequeña familia; eran las abejas. No me descuidaba, y mamá conmigo muchas veces, en ir a visitarlas; tomaba gran interés por su trabajo; me divertía grandemente viéndolas volver a la pecorea, tan hartas de néctar que apenas podían andar. Al principio, la curiosidad me hizo indiscreto y me picaron dos o tres veces, pero luego hicimos buenas relaciones y por más que me acercase no me molestaban. Cuando las colmenas estaban tan repletas que casi no quedaba espacio para los enjambres, éstos me rodeaban a veces y tenía abejas en las manos y en la cara, sin que jamás me picase ninguna. Todos los animales desconfían del hombre, no sin razón; pero, desde el momento en que tienen la seguridad de que no quiere dañarles, cobran una confianza tan grande que es preciso ser más que bárbaro para abusar de ella.

Volvía luego a mis libros; pero mis ocupaciones de la tarde, más que verdadero estudio, eran pasatiempo. Jamás he podido sobrellevar un trabajo atento y sedentario después de haber comido, y en general ninguna clase de faena durante las horas de calor. Por consiguiente, me ocupaba, sin orden ni molestia, en leer sin estudiar. Lo que seguía con más exactitud era la Historia y la Geografía; y como éstas no exigían

ningún esfuerzo, adelantaba cuanto lo permitía mi falta de memoria. Quise estudiar el padre Pétau, y me sumergí en las tinieblas de la cronología;[41] pero me cansé de la parte crítica, que no tiene fondo ni orillas, y me aficioné preferentemente a la exacta medida de los tiempos y al curso de los cuerpos celestes. También me habría apasionado por la Astronomía, si hubiese tenido instrumentos; pero tenía que contentarme con algunos elementos hallados en los libros y algunas observaciones verificadas con un anteojo de larga vista para conocer solamente la situación general del cielo; pues mi cortedad de vista no me permitía distinguir con bastante claridad los astros. Sobre esto me viene a las mientes una aventura, cuyo recuerdo me ha proporcionado alegres ratos. Había comprado un planisferio para estudiar las constelaciones; lo puse en un marco, y durante las noches en que el cielo estaba sereno lo colocaba sobre cuatro piquetes de mi altura de modo que el planisferio mirase hacia abajo, y, para iluminarle sin que el viento apagase la bujía, la coloqué en un cubo, en tierra entre las cuatro estacas; luego, examinando alternativamente el planisferio que tenía a la vista y los astros con el anteojo, me ejercitaba en conocer los astros y las constelaciones. Creo haber dicho que el jardín del señor Noiret tenía forma de terraza; de modo que desde el camino se veía todo lo que allí acontecía. Una noche, pasando algunos campesinos en hora algo avanzada, me vieron en un traje extraño ocupado en mi operación. La luz que se reflejaba en mi planisferio, cuyo origen quedaba oculto a sus ojos por los bordes del cubo, los cuatro palos, aquel gran papel manchado con figuras, aquel marco y el movimiento de mi anteojo que veían ir y venir, daba a todo esto un aspecto fantasmagórico que les espantó. Mi apariencia no era muy a propósito para tranquilizarles; un sombrero alicaído puesto sobre mi gorra y una bata acolchada de mamá, que ésta me obligó a ponerme, ofrecía a sus ojos la imagen de un verdadero brujo; y, como era cerca de medianoche, se figuraron que comenzaba el aquelarre. No queriendo ver más, huyeron despavoridos despertando a los vecinos para contarles su visión; y la historia se divulgó tanto, que desde el día siguiente supo todo el vecindario que en casa del señor Noiret tenía lugar un aquelarre. Ignoro lo que hubiera podido resultar de este rumor, si uno de los campesinos, testigo de mis conjuros, no hubiese ido el mismo día a lamentarse con los jesuitas, que nos visitaban, y que, sin saber de qué se trataba, por de pronto les desengañaron. Nos refirieron la historia; yo les revelé la causa y nos reímos grandemente. Sin embargo, por temor de reincidencia, resolvimos que en adelante haría mis observaciones sin luz, yendo luego a consultar el planisferio en la casa. Los que hayan leído mi magia de Venecia en las *Cartas de la montaña,* no me cabe duda que verán que tenía desde hacía largo tiempo gran vocación para ser hechicero.

Tal era mi método de vida en las Charmettes cuando no me ocupaba de los cuidados domésticos, pues éstos eran siempre preferidos, y en los que no eran superiores a mis fuerzas trabajaba como un patán; si bien es verdad que mi extrema debilidad me dejaba en este punto casi únicamente el mérito de la buena voluntad. Por otra parte quería hacer dos cosas a la vez, y por esta razón no salía bien con

ninguna. Se me puso en la cabeza adquirir memoria a la fuerza y me obstinaba en retener mucho; al efecto siempre me llevaba algún libro, que con increíble trabajo estudiaba y repasaba trabajando. No sé cómo mi tenacidad en continuar tan vanos esfuerzos no acabó por atontarme. Lo menos he aprendido veinte veces las églogas de Virgilio, de las que no sé una palabra. He perdido o truncado una multitud de libros por la costumbre que tenía de llevarme algún volumen a todas partes, al palomar, al jardín, al huerto, a la viña. Cuando algo me distraía, colocaba mi libro al pie de un árbol o sobre la cerca; luego me olvidaba de recogerlo, y me sucedió muchas veces hallarlo al cabo de quince días podrido o bien estropeado por las hormigas y los caracoles. Este furor de aprender se convirtió en una manía que me dejaba como entontecido, estando sin cesar ocupado en murmurar entre dientes alguna cosa.

Leyendo con más frecuencia las obras de Port-Royal y del Oratorio me había vuelto medio jansenista, y, a pesar de toda mi confianza, su dura teología a veces me espantaba. El terror del infierno, que hasta entonces había temido muy poco, turbaba lentamente mi serenidad, y si mamá no hubiese tranquilizado mi alma, esta horrible doctrina hubiera acabado por trastornarme completamente. Mi confesor, que lo era también suyo, contribuía por su parte a mantenerme en debido lugar. Era éste el padre Hemet, jesuita, bueno y sabio anciano, cuya memoria veneraré siempre; a pesar de ser jesuita, era sencillo como un niño, y su moral, menos austera que dulce, era cabalmente la que me convenía para contrarrestar la influencia del jansenismo. Este buen hombre y su compañero, el padre Coppier, venían a menudo a visitarnos en las Charmettes, no obstante ser muy áspero el camino y asaz largo para personas de su edad. Sus visitas me hacían mucho bien, así Dios se lo premie a sus almas, pues ya eran entonces harto viejos para presumir que vivan todavía. Yo iba igualmente a verles en Chambéry; me familiaricé poco a poco con su casa, y su biblioteca estuvo a mi disposición. El recuerdo de este dichoso tiempo se enlaza con el de los jesuitas hasta el punto de hacerme amar el uno por el otro, y, aunque su doctrina me haya parecido siempre peligrosa, jamás he podido aborrecerles de corazón.

Yo quisiera saber si por los corazones de los demás pasan puerilidades semejantes a las que a veces pasan por el mío. En medio de mis estudios y de la vida más inocente que darse puede, y a pesar de cuanto me hubiesen dicho, aún me agitaba frecuentemente la idea del infierno. Preguntábame de cuando en cuando: «¿En qué estado me hallo? Si muriese en este momento, ¿sería condenado?». Según mis jansenistas no había que dudarlo: pero según mi conciencia me parecía que no. Siempre temeroso y fluctuando en esta cruel incertidumbre, para librarme de ella acudía a los medios más ridículos y por los cuales de buena gana haría encerrar a un hombre a quien viese hacer otro tanto. Un día, pensando en este triste asunto, me entretenía maquinalmente en tirar piedras a los troncos de los árboles, y esto con mi habitual destreza, es decir, sin acertar casi ninguna vez. En medio de este lindo ejercicio, tuve la feliz ocurrencia de hacerme una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dije para mí: «Voy a tirar esta piedra contra el árbol situado enfrente

de mí: si le toco, será señal de salvación; si yerro, signo de condenación». Al decir esto lanzo la piedra con trémula mano y estremeciéndose horriblemente mi corazón, mas con tan buena fortuna, que di de lleno en medio del tronco, lo que ciertamente no era muy difícil, pues había tenido buen cuidado de escogerlo cercano y muy grueso. Desde entonces no he dudado más de mi salvación. No sé si al recordar este rasgo he de reírme o compadecerme a mí mismo. Felicitaos, grandes hombres, vosotros que seguramente os reís; pero no insultéis mi miseria, pues os juro que la siento perfectamente.

Por lo demás, estas turbaciones, estas alarmas, quizá inseparables de las creencias religiosas, no constituían un estado permanente. Por lo común estaba bastante tranquilo, y la impresión que en mi alma producía la idea de una muerte próxima no era tanto de tristeza como de una apacible languidez, que hasta encerraba sus dulzuras. No ha mucho que he encontrado entre mis papeles viejos una especie de exhortación que yo me hacía a mí mismo, donde me felicitaba por morir a la edad en que se siente uno con bastante valor para arrostrar la muerte, y sin haber padecido grandes males de cuerpo ni de espíritu durante mi vida. ¡Cuánta razón tenía! Un presentimiento me impulsaba a temer que viviría para sufrir; parecía prever la suerte que esperaba a mi vejez. Jamás he estado tan cerca de la sabiduría como en esta feliz etapa. Sin grandes remordimientos por mi pasado, libre de cuidados por el porvenir, el sentimiento siempre dominante en mi espíritu era gozar del presente. Los devotos tienen comúnmente una pequeña sensualidad muy viva, que les consiente saborear con delicia los inocentes placeres que les son permitidos. Los mundanos se lo achacan a crimen, ignoro por qué razón; o mejor, la sé muy bien: es porque envidian a los demás el goce de los placeres sencillos, para los cuales han perdido el gusto. Éste lo tenía yo y me encantaba poder satisfacerlo con la conciencia tranquila. Mi corazón, joven todavía, se abandonaba con la alegría de un niño, o más bien, si se me permite la frase, con una sensualidad de ángel; porque, a la verdad, esos tranquilos goces envuelven la serenidad de los del Paraíso. Comidas hechas sobre la hierba en Montañola, cenas debajo del emparrado, la recolección de los frutos, las vendimias, las veladas en que agramábamos con nuestros labradores, todo esto constituía para nosotros otras tantas diversiones en que mamá disfrutaba tanto como yo mismo. Los paseos solitarios tenían un atractivo mayor todavía, porque el corazón se esparcía con más holgura. Realizamos, entre otros, uno que ha hecho época en mi memoria; un día de San Luis (nombre de mamá), salimos juntos y solos, muy temprano, después de la misa que había venido a celebrar un carmelita al amanecer en una capilla de la casa. Yo había hecho la proposición de ir a recorrer la falda de la montaña opuesta a la nuestra y que no habíamos visitado todavía. Enviamos provisiones de antemano, porque la excursión debía durar todo el día. Aunque algo gruesa y pesada, mamá no andaba con dificultad; íbamos de colina en colina y de bosque en bosque, ya expuestos a los rayos del sol, ya cobijados por la sombra, reposando de cuando en cuando y olvidándonos así horas enteras; hablando de nosotros, de nuestra unión, de

la dulzura de nuestra apacible suerte y haciendo por su duración votos, que no fueron escuchados. Todo parecía coadyuvar a la felicidad de esta jornada; poco antes había llovido; no se levantaba polvo alguno y corrían los arroyos; el céfiro ligero agitaba las hojas blandamente, el aire era puro, limpio el horizonte; reinaba la serenidad en el cielo como en nuestros corazones. Comimos en casa de un campesino, acompañándonos toda su familia, que nos bendecía de corazón. ¡Cuán buenos son esos pobres saboyanos! Acabada la comida, nos colocamos a la sombra de unos frondosos árboles, donde, mientras yo recogía algunas ramas secas para hacernos el café, mamá se entretenía en herborizar entre la maleza; y con las flores del ramillete, que andando el camino había compuesto para ella, me hizo observar en su estructura mil cosas curiosas que me complacieron mucho y que debían infundirme gusto por la botánica; mas no era llegado el momento de dedicarme a ella todavía; me distraían sobrados estudios. Vino a distraerme de las flores y de las plantas una idea que me sorprendió. La disposición de espíritu en que me hallaba, cuanto habíamos dicho y hecho aquel día, cuantos objetos me habían admirado, trajeron a mi memoria la especie de sueño que había tenido en Annecy estando despierto, siete u ocho años antes, y que referí en su lugar.[42] La conexión entre éste y la realidad era tan singular, que al pensar en ello me conmoví hasta saltárseme las lágrimas. En un rapto de ternura abracé a esta querida amiga. «Mamá —le dije apasionadamente—, este día me fue prometido mucho tiempo hace y nada veo superior a él. Gracias a vos, mi felicidad llega a su colmo; ¡ojalá no decaiga en adelante! ¡Ojalá tarde tanto en acabar como en dejar de agradarme, pues entonces no concluiría sino con mi vida!».

Así corrieron mis días felices y tanto más dichosos cuanto no vislumbrando nada que pudiese turbarlos, me figuraba que en efecto no habían de tener fin sino con los míos. Y no es que la causa de mis recelos hubiese cesado por completo; pero la veía tomar otro curso que yo encaminaba lo mejor que podía a objetos útiles, a fin de que en sí misma encerrase su remedio. Mamá tenía una inclinación natural al campo, gusto que seguramente no se entibiaba conmigo. Poco a poco lo halló en los entretenimientos campestres; le agradaba cuidar de las tierras, y en esta materia poseía conocimientos de que hacía uso con placer. No contenta con lo que estaba anejo a la casa que había tomado, ya arrendaba un campo, ya un prado, y en fin, aplicando su carácter emprendedor a los objetos de agricultura, en vez de permanecer ociosa en su casa, se encaminaba a ser en breve una gran agricultora. No me agradaba mucho el verla tomar tanto vuelo y me oponía cuanto me era dable, seguro de que ella siempre se vería engañada y de que su carácter liberal y pródigo conduciría a que constantemente fuera mayor el gasto que el provecho. Sin embargo, me consolaba con la idea de que éste no sería nulo y que por lo menos ayudaría a vivir. De cuanto estaba en su mano emprender, esto me parecía lo menos ruinoso, y sin esperar resultados como ella, consideraba que tenía una ocupación continua que la libraba de los negocios malos y de los estafadores. Con esta idea deseaba recobrar ardientemente toda la fuerza y la salud que me eran necesarias, a fin de velar por sus

intereses, para ser el sobrestante de sus trabajadores, o su primer jornalero, y el ejercicio que esto me imponía, distrayéndome naturalmente de mis libros y de mi estado, debía mejorarlo.

(1737-1741). Al volver Barillot de Italia, el invierno siguiente, me trajo algunos libros, entre ellos el *Bontempi* y la *Cartella per musica* del padre Banchieri, que me aficionaron a la historia de la música y a las investigaciones teóricas sobre este bello arte. Barillot permaneció varios días con nosotros y, como hacía algunos meses que yo había entrado en la mayor edad, convinimos en que a la primavera siguiente me iría a Ginebra a reclamar la herencia de mi madre o por lo menos la parte que me correspondía, hasta saber qué había sido de mi hermano. Y así fue; pasé a Ginebra, adonde por su parte acudió mi padre, quien iba allí, hacía mucho tiempo, sin que nadie le molestara a pesar de no haber cumplido nunca la pena que le impusieron; mas como se apreciaba su valor y se le respetaba por su probidad, hicieron como que se había olvidado; y los magistrados, que se ocupaban del gran proyecto que salió a luz después,[43] no querían asustar a la clase media recordándole inoportunamente su antigua parcialidad.

Yo temía que se me opusieran dificultades por haber cambiado de religión, mas no fue así. Las leyes de Ginebra son en este punto menos duras que las de Berna, donde el que cambia de religión pierde, no solamente su estado, sino también sus bienes. Los míos, por tanto, no me fueron disputados, pero se encontró, no sé cómo, que quedaban reducidos a muy poca cosa. Aun cuando tuviesen la casi seguridad de que mi hermano había muerto, no existía prueba alguna jurídica; me faltaban títulos suficientes para reclamar su parte, y la dejé con gusto para ayudar a vivir a mi padre, que disfrutó de ella hasta el fin de su vida. Tan luego como fueron cumplidas las formalidades judiciales y hube recibido mi dinero, empleé una parte en libros y volé a depositar el resto a los pies de mamá. El corazón me latía de gozo durante el camino, y el momento en que le entregué ese dinero me fue mil veces más grato que aquél en que lo recibí. Ella lo tomó con esa sencillez de las almas nobles que, haciendo esas cosas sin esfuerzo, las ven sin admiración. Casi todo se empleó para mí, y esto con un desprendimiento igual, empleo que hubiera sido exactamente el mismo si ella lo hubiese recibido por otro conducto.

Con todo eso, mi salud no se restablecía; al contrario, decaía visiblemente; estaba pálido como un muerto y flaco como un esqueleto; la agitación de mis arterias era terrible, más frecuentes mis palpitaciones; me sentía constantemente oprimido, y en fin, caía en tanta debilidad que me costaba trabajo moverme; no podía apurar el paso sin que me dieran vértigos, era incapaz de levantar el peso más mínimo; me hallaba reducido a la inacción más atormentadora para un hombre tan inquieto como yo. Cierto es que en todo esto se mezclaba mucho flato, que es la enfermedad de las personas felices; ésta era la mía: las lágrimas que derramaba a menudo sin razón de llorar, los sobresaltos que me causaba el ruido de una hoja o de un pájaro, la falta de fijeza viviendo en la calma de la más dulce vida; todo indicaba este fastidio del

bienestar, que hace, por decirlo así, desbarrar a la sensibilidad. Es tan cierto que no hemos sido hechos para ser felices acá abajo, que es fuerza que sufra el alma o el cuerpo cuando no padecen los dos y que el buen estado del uno casi siempre dañe al otro. Cuando hubiera podido gozar deliciosamente de la vida, la decadencia de mi organismo lo impedía, sin que fuese fácil acertar dónde estaba la causa de ello. En lo sucesivo, no obstante el declinar de los años y a pesar de males muy reales y muy graves, parece que mi cuerpo ha recobrado fuerzas para sentir mejor mis desgracias; y a la hora en que esto escribo, doliente y casi sexagenario, encorvado por sufrimientos de todo género, me siento para sufrir con más vigor y más vida que tuve para gozar en la flor de mi edad y en el seno de la más verdadera felicidad.

Para concluir conmigo, habiendo enlazado con mis lecturas un poco de fisiología, me había entregado al estudio de la anatomía; y examinando la multitud y el juego de las piezas que componían mi máquina, se me figuraba que todo esto se me había de descomponer veinte veces cada día; lejos de extrañar hallarme moribundo, me sorprendía que viviese aún, y no podía leer la descripción de una enfermedad que no creyese ser la mía. Estoy seguro de que si no hubiese estado enfermo, hubiera enfermado con este fatal estudio. Hallando en cada enfermedad síntomas de la mía, creía tenerlas todas y contraje una más cruel de que me conceptuaba libre: el anhelo de curar; y es una enfermedad difícil de evitar cuando se leen libros de medicina. A vueltas de buscar, de reflexionar y de comparar, vine a creer que la base de mi mal era un pólipo en el corazón, y Salomón mismo pareció impresionado por semejante idea. Razonablemente, yo debía partir de esta opinión para confirmarme en mi precedente resolución. Lejos de hacerlo así, puse en juego todas las fuerzas de mi espíritu para averiguar cómo podía curarse un pólipo en el corazón, resuelto a emprender esta maravillosa cura. En un viaje que Anet había hecho a Montpellier para visitar el jardín de plantas y a su encargado, el señor Sauvages, le dijeron que el señor Fizes había curado un pólipo semejante. Mamá se acordó y me habló de ello. No necesité más para alentar el deseo de ir a consultar al señor Fizes. La esperanza de curar me infundió valor y fuerzas para emprender este viaje, para lo cual nos sirvió el dinero de Ginebra. Mamá, lejos de disuadirme, me animó; y heme aquí en camino a Montpellier.

No tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar el médico que me interesaba. El caballo me fatigaba demasiado y había tomado una silla en Grenoble. En Moirans llegaron detrás de mí cinco o seis sillas más. Esto era verdaderamente la aventura de las angarillas. La mayor parte de esas sillas eran el cortejo de una recién casada llamada la señora de Colombier. Iba con ella otra mujer llamada de Larnage, menos joven y bella, pero no menos amable, y que desde Romans, donde ésta se detenía, debía proseguir su camino hasta la villa de Saint-Andiol, junto a Pont-Saint-Esprit. Con mi timidez, ya se deja comprender que no trabé en seguida conocimiento con mujeres de distinción y con el séquito que las rodeaba; pero fui siguiendo el mismo camino, parando en las mismas posadas, y, como so pena de sentar plaza de hurón,

estaba obligado a presentarme en la misma mesa, era forzoso que trabásemos relaciones. Así sucedió, y aun más pronto de lo que hubiera querido; porque aquel barullo convenía poco a un enfermo, y sobre todo a un enfermo de mi genio. Mas la curiosidad hace a esas pícaras tan insinuantes, que para conocer a un hombre comienzan por encapricharle. Así me sucedió. La señora de Colombier, por demás asediada de sus mequetrefes, apenas tenía tiempo para dedicarme su atención, y por otra parte tampoco valía la pena, puesto que íbamos a separarnos; mas la de Larnage, menos importunada, debía procurarse compañía para el resto del camino; he aquí que me toma por su cuenta y, adiós, pobre Juan Jacobo, o mejor, adiós fiebre, flato y pólipo; a su lado desapareció todo, a excepción de ciertas palpitaciones que me quedaron y de que seguramente no quería curarme. El mal estado de mi salud fue el primer motivo de nuestro conocimiento. Bien se echaba de ver que estaba enfermo; era sabido que me dirigía a Montpellier; preciso es que mi semblante y mis maneras no anunciasen un disoluto, pues claramente se echó luego de ver que no se había sospechado que fuese allá con el objeto de tomar las fumigaciones. Aunque el estado de enfermedad no sea para un hombre una gran recomendación para con las mujeres, me hizo, sin embargo, interesante a los ojos de éstas. Por la mañana enviaban a preguntar por mi salud y se informaban de cómo había pasado la noche. Una vez, según mi loable costumbre de hablar sin pensar, respondí que no lo sabía. Esta respuesta les hizo creer que estaba loco, y me examinaron más, examen que no me dañó seguramente. En una ocasión oí que la señora de Colombier decía a su amiga: «Le falta mundo, pero es amable». Esto me tranquilizó mucho y me hizo serlo en efecto.

Familiarizándose, preciso era hablar de mí mismo, decir de dónde venía, quién era. Esto me molestaba, pues conocía muy bien que entre personas distinguidas, como entre meretrices, la palabra neófito iba a aplastarme. No sé por qué extravagancia se me ocurrió pasar por inglés; me di por jacobita; y me tomaron por tal; me llamé Dudding, y me llamaron señor Dudding. Un maldito marqués de Torignan, que estaba enfermo como yo, viejo por añadidura, y de bastante mal humor, se le antojó trabar conversación con el señor Dudding. Me habló del rey Jacobo, del pretendiente, de la antigua corte de Saint-Germain. Yo estaba sobre ascuas; no sabía de todo esto más que lo poco que había leído en Hamilton y en las gacetas; sin embargo, utilicé tan bien este poco, que salí del paso; por fortuna no se le ocurrió hacerme preguntas acerca de la lengua inglesa, de que no sabía una palabra.

Toda la compañía fraternizaba y veía con sentimiento el instante de separarse, así es que hicimos jornadas de tortuga. Hallándonos un domingo en San Marcelino, la señora de Larnage quiso ir a misa, yo fui con ella, y esto por poco me pone en un conflicto. Yo me conduje como siempre, y por mi continente modesto y recogido, me creyó devoto, y formó de mí la peor opinión del mundo, según me lo confesó dos días después. Mucha galantería hube de usar después para borrar esta mala impresión; o más bien la señora de Larnage, como mujer de experiencia y que no se desalentaba

fácilmente, quiso correr el riesgo de ser la primera en insinuarme para ver cómo saldría yo del paso. De tal modo se insinuó, que, bien lejos de presumir por mi figura, creí que se burlaba de mí. Con esta loca idea no hubo tontería que no hiciese; era peor que el marqués *du Legs.* Aquella señora supo aguantarse, me agasajó tanto y me dijo cosas tan tiernas, que un hombre mucho menos tonto con trabajo hubiera podido tomarlo seriamente. Cuanto más hacía, más me confirmaba en mi idea; y lo que más me atormentaba era que entre tanto me enamoraba de ella de veras. Yo me decía y le decía suspirando: «¡Ah, todo esto no es verdad!, yo sería el más feliz de los hombres». Creo que mi sencillez de novicio no hizo más que avivar su fantasía, y no quiso verse desairada.

En Romans habíamos dejado a la señora de Colombier y su séquito. Nosotros continuamos nuestra ruta del modo más pausado y agradable, la señora de Larnage, el marqués de Torignan y yo. El marqués, aunque enfermo y regañón, era bastante buen hombre, pero no le gustaba comer su pan seco al olor de un buen asado. La de Larnage disimulaba tan poco la preferencia que yo le merecía, que él lo notó antes que yo mismo; y sus malignos sarcasmos hubieran debido inducirme a la confianza que no me atrevía a adquirir en vista de las bondades de la dama, si por una singularidad de carácter, de que yo sólo era susceptible, no hubiera imaginado que estaban de común acuerdo para burlarse conmigo. Tamaña estupidez acabó de trastornarme la cabeza y me hizo representar el papel más ridículo en una situación en que, estando mi corazón realmente cautivado, me lo podía inspirar asaz brillante. No concibo cómo no se desanimó con mi grosería y no me despidió con el más solemne chasco. Mas era una mujer de ingenio que conocía con quién se las había, y veía perfectamente que en mi proceder había más inocencia que tibieza.

Por fin logró darse a entender, aunque no sin trabajo. Habíamos arribado a Valence a la hora de comer, y, según nuestra laudable costumbre, continuamos allí el resto del día. Nos albergamos en Saint-Jacques, fuera de la ciudad; siempre me acordaré de esta posada, así como de la habitación que en ella ocupaba la señora de Larnage. Después de comer, quiso dar un paseo; sabía que el marqués no se hallaba en estado de andar, y éste era el medio más a propósito para facilitar una entrevista a solas, de la cual estaba resuelta a sacar partido; pues no había ocasiones que desperdiciar. Nos paseamos alrededor de la ciudad y a lo largo de los fosos. Allí volví a empezar la larga historia de mis querellas, a que respondía con un tono tan tierno y apretando a veces mi brazo contra su corazón, que era necesaria toda mi estupidez para no averiguar si hablaba con formalidad. Lo chocante era que yo mismo me hallaba excesivamente conmovido. He dicho que era amable: el amor la hacía encantadora; le devolvía todo el atractivo de la juventud, y sabía comunicar a sus halagos tanto arte, que hubiera seducido a un hombre de mármol. Por tanto yo me hallaba cortado y siempre con impulsos de soltar la rienda; mas el temor de ofender o de disgustar, el miedo mayor todavía de verme burlado, silbado y objeto de zumba, de dar motivo para un cuento de sobremesa y de ser felicitado por mis empresas por

el implacable marqués, me retuvieron hasta el punto de que yo mismo me indignaba por mi estólida vergüenza y por no poder vencerla, aun echándomela en cara. Me hallaba en un potro; había ya abandonado mi propósito de hacer el amor por lo fino, cuyo completo ridículo conocía; no sabiendo qué papel tomar, ni qué decir, me callaba; parecía mohíno, en fin, hacía todo lo indispensable para que me aplicaran el trato que merecía. Por fortuna la señora de Larnage tomó una resolución más humana; interrumpió bruscamente este silencio, pasando el brazo alrededor de mi cuello y de improviso su boca se expresó con harta claridad sobre la mía, para dejarme en mi error. La crisis no podía venir más oportunamente y me volví amable; ya era tiempo. Me había dado esta prueba de confianza, cuya falta casi siempre me ha privado de demostrarme como soy. Entonces lo logré. Mis ojos, mis sentidos, mi corazón y mi boca jamás se han expresado tan bien; jamás he reparado tan completamente mi torpeza, y, si esta pequeña conquista había costado tanto trabajo a esta señora, tuve motivos para creer que no le dolía.

Aunque viviese cien años, siempre me sería grato el recuerdo de aquella encantadora mujer. Digo encantadora, aunque no fuese joven y hermosa; mas, no siendo tampoco fea ni vieja, no había nada en su figura que impidiese producir el mejor efecto a su ingenio y a su donaire. Al contrario de las demás mujeres, lo menos fresco que tenía era la cara, sin duda a la que había perjudicado el colorete. No dejaba de tener sus motivos para mostrarse asequible, pues era el mejor medio de hacer conocer cuánto valía. Se la podía ver sin amarla, mas no poseerla sin adorarla. Y esto prueba, a mi entender, que no prodigaba siempre sus favores, como lo hizo conmigo. Se había aficionado demasiado pronto y con harta viveza para ser disculpable; mas era un afecto en que el corazón entraba por lo menos tanto como los sentidos; y durante el corto y delicioso espacio que permanecí a su lado, tuve ocasión de convencerme, por las limitaciones que me imponía, de que, a pesar de ser sensual y voluptuosa, anteponía mi salud a su placer.

Al marqués no le pasó inadvertida nuestra familiaridad, mas no por esto dejó de atormentarme; al contrario, más que nunca me trataba como a un pobre amante tímido, mártir de los rigores de su dama. Jamás se le escapó una palabra, ni una sonrisa, ni una mirada que pudiese inducirme a sospechar que hubiese adivinado nuestra intimidad; y yo le hubiera creído engañado si la señora de Larnage, que veía más que yo, no me hubiera dicho que no lo estaba, pero que era un hombre galante, y en efecto no pueden darse más finas atenciones, ni comportamiento más urbano que el que usó constantemente, hasta conmigo, salvo sus sátiras, sobre todo después de mi triunfo. Quizá me atribuía el honor de haberlo logrado, y me suponía menos estúpido de lo que antes le había parecido. Se equivocaba, como se ha visto; mas no importa; yo me aproveché de su error, y lo cierto es que entonces las ventajas estaban de mi parte; por esta razón no me importaba servir de blanco de buena voluntad a sus epigramas; algunas veces le pagaba con la misma moneda y con acierto, orgulloso de hacer gala al lado de la señora de Larnage del valor que me había infundido. Ya no

era yo el mismo hombre.

Nos hallábamos en un país y en una estación en que se comía espléndidamente, lo que habíamos hecho en todo el viaje, gracias al buen cuidado del marqués. Sin embargo, le hubiera agradecido que no lo extendiera a las habitaciones, pues enviaba por delante a su lacayo para tomarlas; y el tunante, ya fuese por inspiración propia, ya por mandato de su amo, le colocaba siempre al lado de la de Larnage, y a mí me arrinconaba al otro extremo de la casa. Mas esto me ofrecía poca dificultad, y dio nuevo estímulo a nuestras entrevistas. Esta deliciosa vida duró cuatro o cinco días, durante los cuales me embriagué en la más dulce voluptuosidad. La gocé pura, viva, sin la más ligera sombra de pesar fue la primera y la única que he gozado; y puedo afirmar que debo a la señora de Larnage no morir sin haber conocido el placer.

Si lo que por ella sentía no era precisamente amor, por lo menos era una correspondencia tan afectuosa por el que ella me manifestaba, con una sensualidad tan ardiente en el placer, y una intimidad tan dulce en la conversación, que tenía todo el embeleso de la pasión sin contener su frenesí, que hace perder la cabeza y arrebata el verdadero goce. No he sentido el verdadero amor más que una vez en mi vida, y seguramente no fue hacia ella. Tampoco la quería como había amado y amaba aún a la señora de Warens; mas por esto mismo la poseía cien veces mejor. Con mamá, mi sensualidad estaba siempre turbada por un sentimiento de tristeza, por una secreta opresión de espíritu, que no podía vencer sin trabajo; en vez de felicitarme de que fuese mía, me hacía un cargo de ello porque la envilecía. En cambio, con la señora de Larnage, satisfecho de ser hombre y afortunado me entregaba a mis sentidos con gusto, con confianza; la satisfacción de ambos era de igual intensidad, tenía bastante dominio sobre mí mismo para contemplar mi triunfo con tanta vanidad como voluptuosidad y para conseguir de este modo aumentarlo.

No recuerdo bien dónde nos dejó el marqués, que era hijo del país; pero nos encontramos solos antes de llegar a Montélimart, y desde aquel momento la señora de Larnage mandó a su doncella a mi silla, y yo pasé a la suya con ella, y de esta manera no nos fastidiaba el camino; me vería apurado para decir cómo era el país que recorrimos. En Montélimart algunos negocios la detuvieron tres días, durante los cuales no me abandonó más de un cuarto de hora para recibir una visita, que le trajo desoladoras importunidades e invitaciones, que tuvo buen cuidado de no aceptar. Pretextó molestias, que, sin embargo, no impedían que fuésemos a pasear juntos todos los días por el más bello país y bajo el cielo más hermoso del mundo. ¡Oh, qué tres días! Alguna vez he tenido que echarlos de menos; no han vuelto a presentarse jamás otros semejantes.

Los amores de viaje se olvidan fácilmente; fue preciso separarnos, y confieso que ya era tiempo, no porque me sintiese saciado ni próximo a ello: cada día me aficionaba más, pero, a pesar de toda la discreción de la dama, casi no me quedaba más que la voluntad. Nos consolamos del sentimiento que experimentábamos amándonos, formando proyectos para volver a vernos. Se decidió que, pues me

convenía aquel régimen, me sometería a él, yendo a pasar el invierno en la villa de Saint-Andiol, bajo la dirección de la señora de Larnage. Sólo debía permanecer en Montpellier cinco o seis semanas para que ella tuviese tiempo de preparar las cosas de manera que se cubriesen las apariencias. Diome amplias instrucciones acerca de lo que debía decir y de mi conducta. Entre tanto habíamos de escribirnos; me habló detenidamente y con mucha formalidad de mi salud, me exhortó a consultar a gente entendida, que tuviese cuidado con lo que me prescribiesen, y se encargó de hacerme ejecutar sus órdenes, por más severas que fuesen, mientras permaneciese a su lado. Yo creo que hablaba sinceramente, porque me quería; mil pruebas me dio de ello más elocuentes que sus favores. Por mi equipaje conoció que yo no nadaba en la opulencia; aunque tampoco ella fuese rica, al separarnos quiso obligarme a partir su bolsillo, que de Grenoble traía bien repleto; y me vi apurado para rehusárselo. En fin, me separé de ella llevando su imagen en el corazón, dejándole, a lo que me parece, un verdadero afecto hacia mí.

Concluí mi camino, repasándolo en mi memoria, y entre tanto satisfecho de ir en buena silla para soñar más ampliamente en los placeres que había gozado y los que me aguardaban. No pensaba más que en la villa de Saint-Andiol y en la venturosa vida que en ella me esperaba; no veía más que a la señora de Larnage y sus allegados; el resto del Universo nada era para mí; hasta mamá quedaba olvidada. Me ocupaba en combinar en mi fantasía todos los detalles en que entraba la señora de Larnage para formarme una idea de su vivienda, de su vecindad, de su sociedad y de todo su modo de vivir. Tenía una hija, de que repetidas veces me habló como madre cariñosa. Esta hija contaba quince años cumplidos; era vivaracha, graciosa y de un carácter amable. Se me había prometido que la hallaría cariñosa; yo no había olvidado esta promesa y tenía gran empeño en imaginar cómo trataría la señorita de Larnage al buen amigo de su madre. Tales fueron los motivos de mis delirios desde Pont-Saint-Esprit hasta Remoulin. Me habían dicho que fuese a ver el puente del Gard y no dejé de hacerlo. Después de haberme desayunado con excelentes higos, tomé un guía y fui a visitar el puente del Gard. Era éste el primer monumento romano que veía; yo esperaba encontrar una obra digna de sus constructores, y por esta vez, única en mi vida, la realidad sobrepujó mis esperanzas. Sólo a los romanos era dado obtener tal resultado. El aspecto de esa sencilla y admirable obra me llamó la atención, tanto más cuanto que se halla situada en medio de un desierto, donde el silencio y la soledad hacen el objeto más admirable y la impresión más viva; el pretendido puente no era más que un acueducto. Uno se pregunta cómo piedras tan enormes se trasladaron a aquel lugar tan alejado de toda cantera y cómo se reunieron millares de hombres para trabajar en un punto tan desierto. Recorrí los tres pisos de este soberbio edificio, que el respeto casi me impedía hollar con mis plantas. El eco de mis pisadas bajo aquellas inmensas bóvedas me hacía imaginar la potente voz de los que las habían levantado. Me perdía como un insecto en su inmensidad. Al considerarme pequeño, sentía un no sé qué que elevaba mi alma, y suspirando me decía: «¿Por qué no nací romano?».

Allí permanecí largas horas en una contemplación arrobadora. Volvíme pensativo y delirante, y este delirio fue muy poco favorable para la señora de Larnage. Ella había pensado en precaverme de las mujeres de Montpellier, mas no del puente del Gard. Nunca se piensa en todo.

En Nîmes fui a visitar el anfiteatro; es una obra muy superior al puente del Gard y que me impresionó mucho menos, sea que mi admiración se hubiese agotado con el primer objeto, sea que la situación del otro en medio de una ciudad fuese menos propia para excitarla. Este vasto y magnífico circo está rodeado de casas pequeñas y feas, y otras más pequeñas y más feas llenan su arena; de suerte que el conjunto no produce más que un efecto chocante y confuso, donde el sentimiento y la indignación ahogan el placer y la sorpresa. Posteriormente, he visto el circo de Verona, mucho más pequeño y menos hermoso que el de Nîmes, pero cuidado y conservado con toda la decencia y propiedad posibles, y que por esto mismo me causó una impresión más viva y agradable. Los franceses no tienen cuidado de nada y no respetan ningún monumento. Son todo fuego para emprender y no saben concluir ni conservar nada.

De tal modo cambié, y mi sensualidad puesta en ejercicio tan bien se había despertado, que un día me detuve en el *Pont de Lunel*, para comer en alegre compañía de los que en él se encontraban. Esta fonda, la más acreditada de Europa entonces, merecía serlo. Los que la tenían habían sabido sacar partido de su favorable situación, para mantenerla escogida y abundantemente provista. Realmente era una cosa curiosa hallar en una casa sola y aislada en medio del campo una mesa donde aparecían pescados de mar y de agua dulce, excelente caza, vinos delicados, servidos con finura y diligencia que sólo se encuentra en las casas de los grandes y de los ricos, y todo por treinta y cinco sueldos. Mas no permaneció mucho tiempo bajo este pie el *Pont de Lunel*, y, a fuerza de extenderse su reputación, al fin la perdió completamente.

Durante el camino me había olvidado de que estaba enfermo, y me acordé de ello al llegar a Montpellier. Mi flato se había curado, pero los otros males me quedaban todos; y aunque la costumbre hizo que no los sintiera tanto, eran lo bastante para que cualquiera que se sintiese atacado por ellos repentinamente se creyese muerto. En efecto, eran menos dolorosos que terribles, y hacían sufrir más en el espíritu que en el cuerpo, cuya destrucción parecían anunciar. De ahí provenía que al distraerme vivas pasiones, ya no pensaba en mi estado; mas como no era imaginario, lo conocía tan pronto como recobraba mi sangre fría. Por lo tanto, pensaba seriamente en los consejos de la señora de Larnage, y en el objeto de mi viaje. Fui a consultar a los más famosos prácticos, sobre todo al señor Fizes, y por exceso de precaución me interné en casa de un señor médico. Era éste un inglés llamado Fitz-Moris, que tenía una mesa bastante numerosa de estudiantes de medicina; el enfermo hallaba en su casa la ventaja de que Fitz-Moris se contentaba con una módica pensión por la manutención y no llevaba nada a sus pensionistas por sus cuidados como médico. Se encargó de ejecutar las prescripciones de Fizes y velar por mi salud. Pronto se cobró su trabajo por medio del régimen; en aquella pensión estaba uno seguro de no pardecer nunca

indigestiones; y, aunque no doy gran importancia a esa clase de privaciones, los términos de comparación estaban tan cercanos, que no pude menos de convenir conmigo mismo que el señor de Torignan era mejor proveedor que Fitz-Moris. Sin embargo, como tampoco se moría uno de hambre, y todos aquellos jóvenes eran muy divertidos, este modo de vivir me fue realmente provechoso, evitándome caer de nuevo en mi languidez. Empleaba la mañana en tomar medicinas, sobre todo no sé qué aguas, creo que las de Vals, y escribiendo a la señora de Larnagie; pues la correspondencia era activa, y Rousseau se encargaba de retirar la correspondencia de su amigo Dudding; a medio día iba a dar un paseo por la Canourgue con algunos de nuestros jóvenes comensales, que eran todos muy buenos muchachos; luego nos reuníamos para ir a comer. Después de comer, la mayor parte de nosotros se ocupaba en un asunto importante, cual era jugar la merienda en dos o tres partidas de mallo. Yo no jugaba, pues me faltaban fuerzas y destreza, pero apostaba, y, siguiendo con el interés de la apuesta a los jugadores y sus bolas a través de caminos ásperos y pedregosos, hacía un ejercicio grato y saludable que me era conveniente. Merendábamos en una fonda fuera de la ciudad. No necesito decir que estas meriendas eran alegres; y debo añadir bastante decentes, a pesar de que las muchachas de la fonda eran lindas. Fitz-Moris, gran jugador de mallo, era nuestro presidente; y, no obstante la mala reputación de los estudiantes, puedo decir que hallé mejores costumbres y honradez en aquella juventud de las que hubiera podido encontrar entre hombres formales. Eran más bullangueros que crapulosos, más divertidos que libertinos; y yo me adapto tan fácilmente a un método de vida, cuando es voluntario, que sólo hubiera deseado que éste durase siempre. Entre aquellos estudiantes había algunos irlandeses, con los cuales procuré aprender algunas palabras inglesas por precaución, previniéndome para ir a Saint-Andiol, época que ya se acercaba. La señora de Larnage me apremiaba a cada correo, y yo me disponía a obedecerla.

Era evidente que mis médicos, que no habían entendido nada de mis dolencias, me tomaban por un enfermo imaginario, y me trataban en consecuencia con su quina, aguas y suero. Enteramente al revés de los teólogos, los médicos y los filósofos no admiten como verdadero sino lo que pueden explicar, y hacen de su inteligencia la medida de lo posible. Estos señores no entendían nada de mi enfermedad; luego yo no estaba enfermo; pues, ¿cómo suponer que unos doctores no lo supiesen todo? Vi que no buscaban más que entretenerme y hacerme perder el dinero; y juzgando que su sustituto de Saint-Andiol obtendría igual resultado que ellos, pero más agradablemente, resolví darle la preferencia, y con esta sana intención larguéme de Montpellier.

Partí a fines de noviembre, después de haber permanecido mes y medio o dos en esta ciudad, donde dejé una docena de luises sin provecho alguno para mi salud ni para mi instrucción, fuera de un curso de anatomía que había comenzado con Fitz-Moris y que me vi obligado a abandonar a causa de la horrible hediondez de los

cadáveres que se disecaban y que me fue imposible soportar.

Mal satisfecho de mí mismo por mi resolución, iba reflexionando camino de Pont-Saint-Esprit, que lo era igualmente de Saint-Andiol y de Chambéry. El recuerdo de mamá y sus cartas, aunque menos frecuentes que las de la señora de Larnage, despertaban en mi alma el remordimiento que había ahogado al principio de mi marcha, y a la vuelta llegó a ser tan vivo que, equilibrando el amor con el gusto, me pusieron en situación de oír la razón sola. Desde luego, en el papel de aventurero que iba a tomar nuevamente, podía ser menos afortunado que la vez primera; bastaba que hubiese en toda la villa de Saint-Andiol una sola persona que hubiese estado en Inglaterra, que conociese a los ingleses o su lengua, para desenmascararme. La familia de la señora de Larnage podía mirarme y tratarme con poco miramiento. También me inquietaba su hija, en quien pensaba, a pesar mío, más de lo que era menester; temblaba de enamorarme de ella, y este miedo hacía por sí solo la mitad del trabajo. ¿Iba yo a ir a corromper a la hija, a trabar las más detestables relaciones, introducir las disensiones, la deshonra, el escándalo el infierno en su casa, en premio a las bondades de la madre? Esta idea me causó horror, tomé la firme resolución de combatirme y vencerme a mí mismo, si desgraciadamente se apoderaba de mí esta inclinación. Mas ¿para qué exponerme a este debate? ¡Qué modo de vivir tan miserable con la madre, que al fin me saciaría; ardiendo por la hija sin poder abrirle mi corazón! ¿Qué necesidad tenía yo de ir en busca de semejante estado, y exponerme a los disgustos, a las afrentas, a los remordimientos, en cambio de placeres cuyo mayor encanto había gozado ya de antemano? Porque es muy cierto que mi fantasía había perdido su primer fuego. El gusto del placer existía todavía, mas la pasión había desaparecido. A todo esto se agregaban reflexiones referentes a mi situación, a mis deberes, a aquella mamá tan buena, tan generosa, que, agobiada ya de deudas todavía lo estaba más con mis insensatos dispendios, que se arruinaba por mí mientras yo la engañaba tan vilmente. Este reproche creció tanto, que al fin ganó la partida. Próximo a Saint-Esprit, tomé la determinación de no pararme en Saint-Andiol y pasar de largo. Lo ejecuté valerosamente, no sin algunos suspiros, lo confieso; mas también con la satisfacción interior, que experimentaba por vez primera, de poder decirme: «Merezco mi propia estimación; sé preferir mi deber a mi placer». He aquí lo primero que debo verdaderamente al estudio; por él había aprendido a reflexionar y comparar. Con la pureza de principios que había adoptado hacía poco tiempo, con las reglas de prudencia y de virtud que me había formado y que tan satisfecho estaba de seguir, la vergüenza de ser tan poco consecuente conmigo mismo, de desmentir tan pronto y tan escandalosamente mis propias máximas, triunfó sobre la voluptuosidad. Quizá tomó tanta parte en mi resolución el orgullo como la virtud; mas si este orgullo no es la virtud misma produce efectos tan semejantes que es disculpable confundirlos.

Una de las ventajas de las acciones buenas es elevar el alma y disponerla a otras mejores; porque tal es la flaqueza humana que hay que colocar en el número de las

buenas acciones la abstinencia de un mal que se ha tenido tentaciones de cometer. Así que hube tomado esta resolución, me convertí en otro hombre, o mejor, volví a ser el de antes y que había desaparecido en un momento de embriaguez. Henchido de buenos sentimientos y de buenas resoluciones, continué mi camino con el buen intento de expiar mi falta, proponiéndome arreglar en adelante mi conducta a las leyes de la virtud, consagrarme sin reserva a la mejor de las madres, a ofrecerle tanta fidelidad como cariño le profesaba y no escuchar otro amor que el de mis deberes. ¡Ay de mí! La sinceridad con que me restituí al bien parecía prometerme otro destino, mas el mío estaba ya escrito y comenzado; y cuando mi corazón, lleno de amor por el bien y la pureza, no veía en la vida más que inocencia y ventura, tocaba ya al funesto momento que debía inaugurar la larga cadena de mis desdichas.

La prisa de llegar me hizo ser más diligente de lo que había pensado. Desde Valence, le había anunciado el día y la hora de mi llegada, y, habiendo adelantado media jornada sobre mi cálculo, permanecí igual tiempo en Chaparillan con el fin de llegar exactamente a la hora que le había indicado. Quería gozar con todo su atractivo el placer de volver a verla, prefiriendo diferirlo un poco, para aumentarlo con el de ser esperado. Esta precaución siempre me había dado buen resultado, siempre había visto señalarse mi llegada por medio de una especie de fiesta; no esperaba menos esta vez, y su ansiedad, que tanto me halagaba, valía muy bien el trabajo de procurarla.

Llegué, pues, exactamente a la hora indicada. De lejos iba mirando si la vería aparecer en el camino, y el corazón me latía más fuertemente a medida que me aproximaba. Llego jadeante, pues había dejado el coche en la ciudad; a nadie veo en el patio, la puerta ni la ventana. Empecé a turbarme temiendo algún accidente. Entro, la más completa tranquilidad; los trabajadores comían en la cocina, y no se notaba preparativo alguno. La criada se sorprendió de verme; ignoraba mi llegada. Subo, y veo al fin a esta querida mamá tan tierna, tan pura, tan vivamente amada; corro, me precipito a sus plantas. «Hola, hijo mío —dijo abrazándome—: ¿has tenido buen viaje? ¿Cómo estás?». Este recibimiento me cortó un poco. Le pregunté si no había recibido mi carta; me contestó que sí. «Yo hubiera creído que no», repliqué; y aquí acabaron las explicaciones. Estaba con ella un joven a quien conocía yo por haberle visto en la casa antes de mi partida; mas esta vez parecía establecido en ella, y lo estaba en efecto. En una palabra, hallé mi puesto ocupado.

Este joven era del país de Vaud, hijo de un tal Vintzenried, conserje, por más que él se llamaba capitán, del castillo de Chillon. El hijo del señor capitán era un oficial peluquero, y recorría el mundo en calidad de tal cuando se presentó a la señora de Warens, quien le acogió bien, como hacía con todos los transeúntes, y sobre todo con los de su país. Era hombre muy insulso, pelirrubio, bastante bien formado, de fisonomía y alma vulgares, que hablaba como el bello Leandro; confundía todos los tonos, todas las aficiones de su profesión con la larga historia de sus conquistas; no nombraba más que a la mitad de las marquesas con quienes había tenido relaciones íntimas, y pretendía no haber peinado mujer bonita cuyo marido no hubiese quedado

igualmente peinado; vano, estúpido, ignorante e insolente, aunque por lo demás era un buen muchacho. Tal fue el que me sustituyó en mi ausencia y el asociado que se me ofreció a mi regreso.

¡Ah, si las almas desprendidas de las terrestres trabas ven aún desde el seno de la luz eterna lo que pasa entre los mortales, perdonad, sombra querida y respetable, si no encubro más vuestras faltas que las mías y si levanto igualmente el velo que cubre unas y otras a los ojos de los lectores! Debo, quiero ser veraz por vos, como por mí mismo; siempre perderéis en ello mucho menos que yo. Además, ¡cuán bien no compensan y expían vuestro carácter amable y dulce, la inagotable bondad de vuestro corazón, vuestra sencillez y todas vuestras relevantes virtudes, vuestras flaquezas, si tales pueden llamarse los extravíos de vuestra razón! Tuvisteis errores, pero no vicios; vuestra conducta fue reprensible, pero vuestro corazón se conservó siempre puro.

El advenedizo se había mostrado celoso, diligente, exacto en todas sus pequeñas comisiones, que eran siempre en gran número, y se había convertido en capataz de sus trabajadores. Tan activo como yo quieto, se hacía ver y sobre todo oír a la vez en el arado, en los henos, en el bosque, en la cuadra y en el corral. No descuidaba más que el jardín, porque era un trabajo harto apacible y en el cual no podía meterse ruido. Su mayor placer consistía en cargar y acarrear, en aserrar o partir leña; siempre se le veía empuñando el hacha o el azadón; se le oía correr, golpear y gritar a voz en cuello. No sé de cuántos hombres hacía el trabajo, pero metía ruido por diez o doce. Esa algazara subyugó a mi pobre mamá, que creyó hallar en él una alhaja para sus intereses, y, queriendo granjeárselo, empleó todos los medios que le parecieron conducentes, sin olvidar aquél en que más confiaba.

Ya debe conocerse mi corazón, sus sentimientos más constantes, más verdaderos, sobre todo los que a la sazón me conducían al lado de ella. ¡Qué rápido trastorno en todo mi ser! Póngase cada cual en mi lugar para juzgarlo. En un instante vi desvanecerse para siempre todo el porvenir de ventura que yo me había imaginado: todas las ideas placenteras, que tan afectuosamente acariciaba, huyeron; y yo, que desde mi infancia no podía concebir mi existencia separada de la suya, me encontré solo por primera vez; este momento fue espantoso, los que le siguieron fueron siempre sombríos. Yo era joven todavía, mas la dulzura de las ilusiones y de las esperanzas que vivifican la juventud me abandonó para siempre. Desde entonces el ser sensible permaneció medio muerto. Ya no vi para lo por venir más que los tristes restos de una vida insípida; y si alguna vez todavía dio algún aliento a mis deseos una imagen de felicidad, no era ésta la que me convenía; presentía que, aun obteniéndola, no sería realmente dichoso.

Era yo tan simple y mi confianza tan completa que, a pesar de que el advenedizo usaba un tono familiar que me parecía efecto de la franqueza de mamá, que atraía hacia sí a todo el mundo, nunca se me hubiera ocurrido sospechar la verdadera causa a no habérmela revelado ella misma; mas se apresuró a hacerme esta confesión con

una franqueza capaz de aumentar mi coraje, si éste hubiese podido entrar en mi corazón, hallando ella por su parte la cosa muy sencilla, echándome en cara mi negligencia en la casa, y alegando mis frecuentes ausencias, como si su temperamento la hubiese inducido a llenar el vacío que yo con mis viajes dejaba. «¡Oh, mamá —le dije con el corazón oprimido por el dolor—, cómo tenéis valor de decirme eso! ¡Qué pago para un afecto semejante al mío! ¡Me habéis conservado la vida mil veces sólo para quitarme lo que me la hacía estimable! Moriré, pero vos me echaréis de menos». Ella me respondió, con tono tranquilo capaz de volverme loco, que yo era un niño, y que nadie se moría por esto; que nada perdería con ello; que no dejaríamos por eso de ser tan buenos amigos y tan íntimos en todo sentido; que su tierno afecto hacia mí no podía cesar sino con su vida. En una palabra me dio a entender que todos mis derechos permanecían los mismos, y que no se me privaba de ellos, aunque los compartiera con otro.

Jamás la pureza, la verdad, la fuerza de mi cariño hacia ella, la sinceridad, la honestidad de mi alma y la fuerza de mis sentimientos se revelaron mejor ante mí mismo que en ese momento. Me precipité a sus pies y abracé sus rodillas deshecho en lágrimas. «No, mamá —le dije con efusión—; os amo demasiado para envileceros; vuestra posesión me es demasiado querida para compartirla; el pesar que acompañó su adquisición ha crecido con mi amor; no, no puedo conservarla al mismo precio. Siempre os adoraré; haceos digna de ella; todavía me es más necesario honraros que poseeros. Os cedo a vos misma, ¡oh mamá!; sacrifico todos mis placeres a la unión de nuestros corazones. ¡Muera yo mil veces antes de permitir nada que degrade al objeto de mi amor!».

Cumplí esta resolución, me atrevo a decirlo, con una constancia digna del sentimiento que me indujo a tomarla. Desde este momento ya no vi a esta mamá tan querida sino con los ojos de un verdadero hijo; y es de notar que, aunque en su interior no aprobaba mi resolución, como tuve ocasión de observarlo, jamas empleó, para hacerme renunciar a ella, insinuaciones, ni caricias, ni ninguna de esas diestras zalamerías que tan bien manejan las mujeres sin comprometerse y que raras veces dejan de salirles bien. Reducido a procurarme una posición independiente de ella, y no pudiendo siquiera imaginarla, pronto pasé al extremo opuesto y la busqué en ella exclusivamente. Y tanto me empeñé en lograrlo, que casi llegué a olvidarme de mí mismo. El deseo ardiente de verla feliz a toda costa, absorbía todas mis afecciones; por más que ella separase de la mía su felicidad, yo consideraba la suya como mía a despecho suyo.

Así con mis desgracias comenzaron a germinar mis virtudes, cuya semilla estaba en el fondo de mi alma; el estudio las había cultivado, y para desarrollarse no esperaba más que el fermento de la adversidad. El primer fruto de esta disposición tan desinteresada fue alejar de mi corazón todo sentimiento de odio y de envidia contra el que me había suplantado; al contrario, quise con sinceridad bienquistarme con ese joven, dedicarme a formarle, a educarle, darle a conocer todo el precio de su fortuna,

convertirlo en digno de ella, si posible fuese, y en una palabra, hacer por él todo lo que Anet hizo por mí en ocasión semejante. Mas faltaba la paridad entre las personas. Teniendo yo mayor dulzura y más luces, carecía de la sangre fría y firmeza de Anet, así como de aquella entereza de carácter que imponía y que tanto hubiera necesitado para salir adelante en mi empresa. Además tampoco hallé en aquel joven las cualidades que Anet había encontrado en mí: la docilidad, el afecto, la gratitud, sobre todo el sentimiento que a mí me animaba de la necesidad de sus cuidados y el deseo ardiente de procurar que me fuesen de utilidad. Ahora faltaba todo esto. Aquel a quien yo quería formar no veía en mí más que un pedante que sólo tenía cháchara. Es más: hasta se admiraba a sí mismo como a un hombre importante en la casa, y, midiendo los servicios que creía prestar por el ruido que metía, consideraba sus hachas y azadones como infinitamente más útiles que todos mis librotes. Hasta cierto punto no le faltaba razón, mas lleno de esta idea se daba una importancia capaz de hacer reventar de risa. Se las echaba con los labradores de hidalgo lugareño; a poco hizo lo mismo conmigo y al fin hasta con mamá. Pareciéndole poco noble su nombre de Vintzenried, lo cambió por el de señor de Courtilles, y bajo este último fue conocido después en Chambéry y en Maurienne, donde se ha casado.

En fin, tanto las echó de ilustre personaje, que acabó por ser el todo de la casa, y yo nada. Como cuando yo tenía la desdicha de disgustarle, era a mamá a quien regañaba y no a mí, el temor de exponerla a sus brutalidades me hacía dócil a sus exigencias y cada vez que partía leña, empleo que desempeñaba con singular altanería, preciso era que yo permaneciese allí como espectador ocioso y como tranquilo admirador de su proeza. Sin embargo, este muchacho no carecía enteramente de buen fondo; quería a mamá, porque era imposible no quererla; a mí mismo no me tenía aversión; y cuando los intervalos de su impetuosidad permitían hablarle, a veces nos escuchaba con bastante docilidad y convenía francamente en que era un mentecato; después de lo cual, no dejaba de cometer nuevas tonterías. Por otra parte, su inteligencia era tan limitada y sus gustos tan bajos, que difícilmente se podía razonar con él y era casi imposible complacerse en su trato. A la posesión de una mujer llena de encantos añadió la salsa de una doncella vieja, de pelo rojo y desdentada, cuyo desagradable servicio mamá tenía la paciencia de soportar, aunque le revolvía el estómago. Yo eché de ver este nuevo manejo, que me exasperó de indignación; pero observé también otra cosa que me afectó más vivamente todavía y me hundió en un profundo abatimiento más que todo cuanto hasta entonces había sucedido, y fue la frialdad de mamá conmigo.

La privación que yo me había impuesto, y que ella había hecho como que aprobaba, es una de las cosas que las mujeres no perdonan nunca, aunque no lo demuestren, no tanto por la privación que para ellas resulta, cuanto por la indiferencia con que se mira su posesión. Supóngase la mujer más filosófica, menos afecta al goce de los sentidos: el crimen más imperdonable que el hombre que menos le interese puede cometer con ella es que, pudiendo poseerla, no lo haga. Forzoso es que esta

regla no tenga excepción, pues una abstinencia que no reconocía más causa que virtud, estimación y afecto alteró una simpatía tan natural y tan fuerte. Desde entonces cesé de encontrar en ella esa afinidad de los corazones que fue siempre la mayor dulzura para el mío. Ya no se desahogaba conmigo sino cuando tenía que lamentarse del recién venido; cuando estaban en armonía, me daba muy poca parte de sus confidencias. En fin, poco a poco fue haciéndose a un modo de vivir en el cual yo no tomaba ya parte alguna. Mi presencia la complacía aún, mas ya no le era indispensable; y, aunque hubiese pasado días enteros sin verme, no se hubiera hecho cargo de ello.

Insensiblemente me hallé aislado y solo en esta casa de la cual antes había sido el alma y donde, por decirlo así, estaba ahora como un suplente. Poco a poco me acostumbré a separarme de cuanto en ella se hacía, como también de los que la habitaban; y, para ahorrarme continuas amarguras, me encerraba con mis libros, o me iba a suspirar o llorar en la soledad de los bosques. Pronto me fue esta vida del todo insoportable. Comprendía que la presencia personal y el alejamiento de corazón de una mujer que tanto amaba, irritaba mi dolor, y que cesando de verla sentiría menos cruelmente la separación. Formé el proyecto de abandonar la casa, se lo dije, y, lejos de oponerse, convino en ello. Tenía en Grenoble una amiga, llamada la señora de Ibens, cuyo marido estaba relacionado con el señor de Mably, gran preboste de Lyon. El señor de Ibens me propuso el cargo de maestro de los hijos del señor de Mably, yo acepté y partí para Lyon sin dejar tras de mí, ni casi sentir, el menor pesar por una separación cuya sola idea nos hubiera costado en otro tiempo las angustias de la muerte.

Poseía casi todos los conocimientos necesarios para un preceptor y creía tener la disposición indispensable para serlo; mas durante el año que permanecí en casa del señor de Mably, tuve ocasión de desengañarme. La dulzura de mi carácter me hubiera hecho muy a propósito para el caso, si el arrebato no hubiese dado lugar a tempestades. Mientras todo iba bien y veía que mis cuidados y fatigas producían resultado, ningún trabajo me dolía y era un ángel; mas era un diablo cuando iban mal. Cuando mis alumnos no me entendían me exasperaba; y cuando manifestaban indocilidad, les habría matado; esto no era por cierto el mejor medio de hacerlos sabios y prudentes. Tenía dos de genio diferentes. Uno de ocho a nueve años, llamado Saint-Marie; era de buena figura, de inteligencia bastante despejada, vivo, bullicioso y muy tarambana, pero divertido y alegre en su malignidad. El menor, llamado Condillac[44] parecía casi estúpido, huraño, más testarudo que un borrico, e incapaz de aprender nada. Como puede suponerse, con este par de cabezas de nada servía mi trabajo. A fuerza de paciencia y sangre fría, tal vez habría salido del paso, mas faltándome una y otra, no hice nada que valiese la pena, y mis alumnos no adelantaban. No me faltaba asiduidad, pero sí entereza y sobre todo prudencia. No sabía emplear con ellos más que tres medios inútiles siempre y frecuentemente perniciosos con los niños: el sentimiento, los razonamientos y el enojo. Ya me

enternecía con Saint-Marie hasta derramar lágrimas; quería enternecerle, como si el muchacho hubiese sido capaz de una emoción verdadera, ya me fatigaba haciéndole discursos, como si hubiese podido entenderme; y como a veces me contestaba con mucha sutileza, le tomaba de veras por razonable, porque era razonador. El pequeño Condillac era todavía más embarazoso, pues sin entender nada, ni responder nada, ni conmoverse por nada y obstinado a toda prueba, nunca triunfaba mejor de mí como cuando me había encolerizado; entonces él era el juicioso, y yo el niño. Yo veía todas mis faltas y me dolían; estudiaba el carácter de mis alumnos, penetraba perfectamente en su interior y no creo que ni una sola vez me viese engañado por sus mañas. Mas ¿de qué me servía el mal sin saber aplicar el remedio? Conociéndolo todo, nada evitaba, nada lograba, y hacía todo lo que no debía hacer. No obtenía casi mejor resultado para mí que para mis discípulos. La señora de Ibens me había recomendado a la de Mably. Aquélla había rogado a ésta que procurase formar mis maneras y enseñarme el tono de sociedad. Ésta hizo algo para conseguirlo, y quiso que yo aprendiese a hacer los honores de su casa; pero los hice tan mal, era tan tímido, tan simple, que pronto se disgustó y me dejó plantado. Esto no impidió que, según mi costumbre, me enamorase de ella, lo que dejé traslucir lo bastante para que se hiciese cargo de ello, mas nunca osé declararme. No la encontré dispuesta a tomar la iniciativa y me quedé con mis miradas y mis suspiros, de que luego me cansé yo mismo viendo que a nada conducían.

En casa de mamá había perdido enteramente mi afición a robar bagatelas, porque perteneciéndome todo, nada tenía que robar. Además, los elevados principios que me había formado debían hacerme en lo sucesivo superior a tales bajezas, y es muy cierto que desde entonces generalmente lo he sido; pero no es tanto por haber cortado la raíz como por haber aprendido a vencer mis tentaciones; y temería mucho volver a robar, como en mi infancia, si me viese sujeto a iguales deseos. Se me ofreció una prueba de esto en casa del señor de Mably. Rodeado allí de varias chucherías, que ni siquiera miraba, se me antojó codiciar cierto vinillo blanco de Arboix, muy agradable, a que me habían aficionado algunos vasos que de vez en cuando bebía en la mesa. Estaba algo espeso; yo creía saber clarificarlo; me lo confiaron y lo clarifiqué deteriorándolo, aunque sólo a la vista; pues fue siempre sabroso, y esto hizo que me apoderase de algunas botellas de cuando en cuando, para beberlo a mis anchas particularmente. Desgraciadamente, nunca he podido beber sin comer; mas ¿cómo componérmelas para tener pan? Guardarlo era imposible; mandarlo comprar por los lacayos era descubrirme y casi insultar al amo de la casa, y no me atreví a comprarlo yo mismo; todo un caballero con espada al cinto, ¿podía ir a buscar un pedazo de pan en casa de un tahonero? Me acordé entonces de lo que contestó una princesa a quien dijeron que los labradores no tenían pan, y ella dijo: «Que coman tortas». ¡Cuántas dificultades tuve para lograrlas! Saliendo sólo para este objeto recorría a veces toda la ciudad y pasaba por delante de treinta pastelerías antes de entrar en ninguna. Preciso era que no hubiese en la tienda más que una persona y que su fisonomía me inspirase mucha

confianza para que me atreviese a pisar el umbral. Mas una vez dueño de mi cara torta y encerrado en mi cuarto, iba a sacar mi botella del fondo de un armario. ¡Qué deliciosas comidillas hacía allí solo, leyendo algunas páginas de novela! Porque leer comiendo fue siempre mi mayor capricho, a falta de mejor compañía: es el suplemento de la sociedad que me falta. Alternativamente devoro una página y un bocado; es como si mi libro comiese conmigo.

Jamás he sido disoluto ni crapuloso, ni me he embriagado en la vida. Así, pues, mis pequeños robos no eran muy indiscretos: sin embargo, fueron descubiertos; las botellas me vendieron, No me lo dieron a entender, pero me quitaron el encargo de la bodega. En todo esto el señor de Mably se conducía con discreción y prudencia. Era un hombre muy galante, que bajo un aspecto, tan duro como su empleo, poseía un carácter verdaderamente dulce y una rara bondad de sentimientos; era juicioso, equitativo y, lo que no podría esperarse de un oficial de la prebostería, hasta muy humano. Agradeciendo su indulgencia, le cobré mayor afecto, y esto fue causa de que prolongase mi estancia en su casa más de lo que de otra suerte lo hubiera hecho. Mas, al fin, disgustado de un empleo para el cual no servía, y de una situación muy embarazosa que nada tenía de agradable para mí, después de un año de prueba, durante el cual no escaseé mis cuidados, me resolví a dejar a mis discípulos, profundamente convencido de que jamás lograría educarlos bien. El mismo señor de Mably lo veía tan bien como yo; sin embargo creo que nunca se hubiera resuelto a despedirme, si yo no le hubiese ahorrado este trabajo, exceso de condescendencia que yo no apruebo seguramente en semejante caso.

Lo que me hacía más insoportable mi estado era la continua comparación que establecía entre él y el que anteriormente tenía; el recuerdo de mi querida casa de las Charmettes, de mi jardín, de mis árboles, de mi fuente, de mi vergel, y sobre todo, de aquella para quien yo había nacido, que daba vida a todo esto. Volviendo a pensar en ella, en mis placeres, en nuestra inocente vida, se me oprimía el corazón, y el ahogo me dejaba sin aliento para hacer nada. Cien veces me acometió el deseo de partir repentinamente y a pie para volar a su lado; con tal que la viese una vez siquiera, hubiera muerto contento en seguida. Al fin no pude resistir tan tiernos recuerdos que me impelían hacia ella a toda costa. Yo me decía que no había sabido tener suficiente paciencia, que no había sido bastante complaciente y cariñoso; que todavía podía vivir feliz en el seno de una amistad tan dulce, poniendo algo más de mi parte. Formé los más bellos proyectos del mundo y estaba frenético por ejecutarlos. Entonces lo dejé todo, renuncié a todo, partí, volé, llegué con todo el arrebato de mi juventud primera, y me encontré de nuevo a sus pies. ¡Ah, hubiera muerto allí de gozo, si hubiese vuelto a encontrar en su acogida, en sus ojos, en sus caricias, en su corazón, en fin, la cuarta parte de lo que en ella encontraba en otro tiempo y de lo que yo le llevaba todavía!

¡Horrible ilusión de las cosas humanas! Me recibió con aquella excelencia de corazón que no podía acabar sino con ella, mas yo iba en busca de un pasado que ya

no existía y cuyo renacimiento era imposible. Apenas transcurrida media hora, cuando sentí muerta para siempre mi antigua felicidad. Nuevamente me hallé en la misma situación desoladora que me había visto forzado a abandonar, y esto sin que pudiese achacarlo a nadie; porque en el fondo Coutilles no era malo y pareció verme con más gusto que desagrado. Mas ¿cómo sufrir verme de supernumerario cerca de aquella para quien lo había sido todo y que no podía dejar de serlo todo para mí? ¿Cómo vivir cual extraño en la casa donde había sido el hijo? El aspecto de los objetos de mi pasada felicidad me representaban la comparación más cruel. En otra vivienda no hubiera sufrido tanto, pero ver incesantemente seres que me recordaban momentos tan dulces, era irritar el dolor de mi pérdida. Consumido por vanos pesares, sumergido en la más negra melancolía, volví a tomar la costumbre de permanecer solo, fuera de las horas de comer. Encerrado con mis libros, buscaba en ellos distracción provechosa; y sintiendo el peligro inminente que antes tanto había temido, me mortificaba con el fin de hallar en mí mismo los medios de remediarlo cuando mamá quedase exhausta de recursos. Yo había dispuesto en su casa las cosas de modo que marchase todo sin empeorar; pero después de mi salida, todo había cambiado. Su mayordomo era un disipador; quería brillar, lucir buen caballo y buen tren; le gustaba presentarse a lo noble a los ojos de los vecinos; acometía sin cesar empresas de que no entendía palabra; la pensión, de la cual le retenían la cuarta parte, se gastaba por adelantado, los alquileres estaban atrasados y las deudas iban siguiendo. Yo preveía que esta pensión sería embargada en breve y quizá suprimida. En fin, no vislumbraba más que ruina y desastres, y me parecía tan cercano el momento, que experimentaba con anticipación todos sus horrores.

Mi querido gabinete era mi única distracción. A fuerza de buscar en él remedios contra la turbación de mi espíritu, me apliqué a buscarlos contra los males que presentía y, volviendo a mis antiguas ideas, me llené la cabeza de nuevos planes utópicos para sacar a mamá de la fatal estrechez en que la veía próxima a caer. No me sentía con bastantes conocimientos ni bastante ingenio para figurar en la república de las letras y adquirir una fortuna por este camino, y una nueva idea que se me presentó me inspiró la confianza que no podía darme la medianía de mi capacidad. No había abandonado la música, aunque hubiese dejado de enseñarla; al contrario, había estudiado la teoría lo bastante para considerarme perito en esa parte. Reflexionando sobre el trabajo que me había costado aprender y descifrar las notas musicales, y en el que me costaba todavía cantar de repente, pensé que esta dificultad podía muy bien provenir tanto de la cosa como de mí, sobre todo sabiendo que en general el aprender música no es para nadie cosa fácil. Examinando la combinación de los signos, a menudo me parecían mal inventados. Muy anteriormente, había pensado en anotar la escala por medio de cifras, a fin de evitar tener que trazar siempre líneas y pentagramas cuando se había de escribir la más pequeña cantata. Pero me había detenido la dificultad de las octavas y la del compás y de los valores de las notas. Esta antigua idea se reprodujo en mi mente, y, discurriendo de nuevo sobre ella, vi

que estas dificultades no eran insuperables. Medité acerca del asunto con buen éxito y logré anotar alguna pieza de música por medio de mis cifras con la mayor exactitud y puedo añadir que con la mayor sencillez. Desde este momento, di por hecha mi fortuna; y con el ardiente deseo de compartirla con aquella a quien todo lo debía, no tuve otro deseo que marchar a París, convencido de que, presentando mi innovación a la Academia, causaría una revolución. Me había traído de Lyon algún dinero, vendí mis libros, y en quince días mi resolución quedó tomada y ejecutada. En fin, lleno de las magníficas ideas que me la habían inspirado, y siendo siempre el mismo en todos los tiempos, partí de Saboya con mi sistema de música, como partí en otro tiempo de Turín con mi fuente de Herón.

Tales han sido los errores y las faltas de mi juventud. He narrado su historia con una fidelidad de que mi corazón se siente satisfecho. Si en lo sucesivo he honrado mi edad madura con algunas virtudes, con igual franqueza lo hubiera referido, y éste era mi designio; mas es preciso detenerme aquí. El tiempo puede levantar muchos velos. Si mi memoria llega a la posteridad, quizá sepa ésta algún día lo que tenía que decir. Entonces se sabrá por qué me callo.

Segunda parte

Libro séptimo

1741

Después de dos años de silencio y de paciencia, a despecho de mi resolución, vuelvo a tomar la pluma. Lector: suspende tu juicio acerca de los motivos que me obligan a ello, porque no puedes juzgar hasta después de haberme leído.

Se ha visto deslizarse mi apacible juventud en una vida tranquila, bastante dulce, sin grandes reveses ni grandes prosperidades. Esta medianía fue, en gran parte, efecto de mi naturaleza ardiente pero endeble, más propia para descorazonarme que para emprender; la cual, saliendo del reposo por medio de sacudidas violentas, pero volviendo a él por cansancio y por gusto, conduciéndome siempre lejos de las grandes virtudes y más aun de los grandes vicios, a la vida ociosa y tranquila para la cual me sentía nacido, no me permitió nunca en bien ni en mal, lanzarme a nada grande.

¡Qué cuadro tan diferente tendré que trazar dentro de poco! La suerte, que durante treinta años favoreció mis inclinaciones, las contrarió durante otros treinta, y de esta oposición continuada entre mi situación y mis inclinaciones se verán nacer faltas enormes, inauditas desventuras y, excepto la fuerza, todas las virtudes que pueden honrar a la adversidad.

La primera parte de mi vida ha sido escrita toda de memoria y por lo tanto he debido cometer muchos errores. Obligado a escribir la segunda de memoria también, probablemente cometeré muchos más. Los dulces recuerdos de mis bellos años, pasados con tanta tranquilidad como inocencia, me han dejado mil gratas impresiones, que me halaga de continuo recordar. Pronto se verá cuán diferentes son los del resto de mi existencia. Recordarlos es renovar su amargura. Lejos de agriar la de mi situación con estos tristes recuerdos los evito cuanto puedo; y a veces lo he logrado hasta el punto de no poder hacerlos revivir cuando me ha convenido. Esta facilidad de olvidar los males es un consuelo que el cielo me ha concedido en medio de los que un día la suerte debía acumular sobre mí. Mi memoria, que únicamente me recuerda los objetos agradables es el feliz contrapeso de mi espantada fantasía, que sólo me hace prever desdichas en el porvenir.

Todos los papeles que había juntado para suplir a mi memoria y guiarme en esta empresa han pasado a otras manos y jamás volverán a las mías.

Sólo me queda un guía fiel con que poder contar: es la cadena de sentimientos que han señalado la sucesión de mi ser y, por ellos, la de los acontecimientos que han sido sus causas o sus efectos. Fácilmente olvido mis pesares, mas nunca mis faltas, y menos aún mis buenos sentimientos. Me es harto grato su recuerdo para que se borre de mi corazón. Puedo cometer omisiones en los hechos, transposiciones, errores de

fechas, mas no puedo equivocarme acerca de lo que he sentido, ni acerca de lo que mis sentimientos me han inducido a ejecutar; y he aquí de lo que se trata principalmente. El verdadero objeto de mis confesiones es hacer comprender exactamente mi interior en todas las situaciones. He prometido la historia de mi alma; y para escribirla con fidelidad, no necesito otros recuerdos: me basta, como lo he hecho hasta aquí, entrar dentro de mí mismo.

Hay felizmente, sin embargo, un intervalo de seis a siete años del cual tengo datos seguros en una colección de copias de cartas, cuyos originales obran en poder del señor Du Peyrou. Esta colección, que acaba en el año 1760, comprende todo el tiempo de mi permanencia en el Ermitage, y de mi gran rompimiento con los que se llamaban amigos míos; época memorable de mi vida que fue el manantial de todas mis desdichas. Con respecto a las cartas originales más recientes que pueden quedarme, y que son en número muy reducido, en vez de transcribirlas al final de la colección, harto voluminosa para que pueda esperar sustraerla a la vigilancia de mis Argos, las copiaré en este mismo escrito, cuando me parezca que pueden derramar alguna claridad, ya sea en favor, ya en contra mía; pues no temo que el lector olvide jamás que escribo mis confesiones creyendo que hago mi apología; mas tampoco debe esperarse que me calle la verdad cuando ésta me enaltezca.

Por lo demás, esta segunda parte no tiene de común con la primera más que la verdad, ni tiene sobre ella más ventaja que la importancia de los hechos. Fuera de esto, no puede menos de serle inferior en todo. Escribía la primera con placer, con complacencia, a mi satisfacción, en Wooton o en el castillo de Trye;[45] todos los recuerdos que tenía que renovar eran otros tantos goces. Los refrescaba sin cesar con nueva fruición y podía dar vueltas a mis descripciones sin dificultad hasta que me satisficiesen. Hoy mi memoria y mi cabeza, debilitadas, me reducen a la incapacidad para todo trabajo; me ocupo en éste casi por fuerza, y con el corazón oprimido por la angustia. No me ofrece más que desventuras, traiciones, perfidias, recuerdos tristes y desgarradores. Quisiera por todo en el mundo encerrar en la noche de los tiempos lo que tengo que decir; y, obligado a hablar contra mi voluntad, me veo reducido también a ocultarme, a valerme de astucias, a procurar engaños, a envilecerme con las cosas menos adecuadas a mi naturaleza. El suelo que piso tiene ojos, las paredes que me rodean tienen oídos; cercado de espías y vigilantes malévolos que me celan, inquieto y perturbado echo presuroso sobre el papel algunas palabras interrumpidas, que apenas tengo tiempo de releer, y menos aún de corregir. Sé que, a pesar de las inmensas barreras que amontonan en derredor mío, siempre temen que la verdad se escape por alguna hendidura. ¿Cómo saltarlas? Lo intento con escasa esperanza. Júzguese si así pueden trazarse agradables cuadros y comunicarles un colorido halagüeño. Advierto, pues, a los que quieran emprender esta lectura, que al proseguirla nada puede distraer su fastidio, si ya no es el deseo de acabar de conocer a un hombre y el amor sincero de la justicia y de la verdad.

Dejé la primera parte cuando, partiendo con pesar, depositando mi corazón en las

Charmettes, y forjándome mi última ilusión, proyecté llevar allá algún día a los pies de mamá los tesoros que hubiese adquirido, y contando con mi sistema musical como con una fortuna segura.

Me detuve algún tiempo en Lyon con objeto de visitar allí a mis conocidos, para hacerme con algunas recomendaciones para París y vender los libros de geometría que me había llevado. Todos me dispensaron buena acogida. Los señores de Mably manifestaron el placer que les causaba mi visita y me dieron de comer por algunos días. En su casa trabé conocimiento con el abate de Mably, así como lo había hecho ya con el abate Condillac, los cuales habían venido a visitar a su hermano. El de Mably me dio algunas cartas para París, entre ellas una para Fontenelle y otra para el conde de Caylus. Ambas relaciones me fueron muy gratas, sobre todo la primera; Fontenelle no ha cesado de manifestarme amistad hasta su último instante y de darme en nuestras entrevistas consejos que hubiera debido aprovechar mejor.

Volví a ver al señor de Bordes, que conocía de mucho antes y que a menudo me había favorecido gustoso y con verdadera satisfacción. En este momento lo encontré como siempre. Por mediación suya pude vender mis libros y me dio o me procuró recomendaciones para París. Vi de nuevo también al señor intendente, cuyo conocimiento debí a Bordes y a quien debí también una recomendación al duque de Richelieu, que fue a Lyon por entonces. Fuile presentado por el señor Pallu: me recibió bien y me dijo que fuese a verle en París, lo que hice varias veces, y, no obstante el conocimiento de tan elevado personaje, de quien hablaré con frecuencia, nunca me fue útil para nada.

Vi de nuevo al músico David, que me había ayudado en la estrechez que pasé durante uno de mis viajes precedentes. Me había dado o prestado un gorro y unas medias, que no le he devuelto más ni me ha pedido nunca, a pesar de haberle visto varias veces desde entonces. Posteriormente, sin embargo, le hice un regalo, equivalente poco más o menos, y aun diría de más valor, si se tratara de lo que he adeudado; mas se trata de lo que he hecho y desgraciadamente no es lo mismo.

También vi nuevamente al noble y generoso Perrichon, quien me dio pruebas de su ordinaria magnificencia, pues me dispensó el mismo obsequio que antes había hecho al gentil Bernard, pagándome el puesto de la diligencia. Volví a ver al cirujano Parisot, el mejor y más bondadoso de los hombres; volví a ver a su querida Godefroy, a quien sustentaba hacía diez años y cuya dulzura de carácter y bondad de corazón constituían casi todo su mérito, mas a quien no se podía tratar sin interés ni dejar sin enternecerse, pues se hallaba en el último grado de una tisis que la mató al poco tiempo. Nada manifiesta tanto las verdaderas inclinaciones de un hombre como las clases de relaciones que contrae.[46] El que veía a la dulce Godefroy conocía al buen Parisot.

Yo estaba obligado a todas esas gentes. En lo sucesivo, de todos me olvidé, no por ingratitud a buen seguro, sino a causa de esa pereza invencible que con frecuencia me ha hecho parecer ingrato; jamás se ha borrado de mi corazón la gratitud que les debo;

pero me hubiera costado menos darles de ello una prueba evidente que manifestárselo con mi asiduidad. La exactitud en escribir ha estado siempre por encima de mis fuerzas; cuando empiezo a dejar pasar tiempo, la vergüenza y la dificultad de reparar mi falta me la hacen agravar, y ya no escribo. Por lo tanto he guardado silencio y ha parecido que les olvidaba. Parisot y Perrichon ni siquiera se han fijado en ello, y siempre han sido lo mismo para mí; mas en cuanto a Bordes, se verá veinte años después, hasta dónde llega la venganza del amor propio de un hombre presumido, que se cree menospreciado.

Antes de salir de Lyon no debo olvidar a una amable persona, que volví a ver con más placer que nunca, y que dejó en mi corazón tiernos recuerdos: es la señorita de Serre, de quien he hablado en la primera parte, y con quien había trabado nuevas relaciones mientras estuve en casa del señor de Mably. Teniendo más espacio en este viaje, la vi más a menudo; mi corazón se prendó grandemente de ella y tuve motivos para creer que el suyo no me era hostil; pero me hizo una revelación que me quitó todo deseo de abusar de su amor. Ella no tenía nada, yo tampoco; nuestras situaciones eran harto semejantes para unirnos, y, con las miras que yo llevaba, estaba muy lejos de pensar en el matrimonio. Me hizo saber que un joven comerciante, llamado Genève, parecía querer casarse con ella. Le vi en su casa una o dos veces, me pareció hombre de bien, y por tal pasaba. Persuadido de que con él sería dichosa, deseé que se unieran, como se efectuó posteriormente; y, para no turbar sus inocentes amores, me apresuré a partir, haciendo votos por la felicidad de esta encantadora joven, votos que no han sido oídos aquí abajo, sino por breve tiempo; pues supe que había muerto al cabo de dos o tres años de casada. Ocupado durante todo el camino con el recuerdo de mi dulce pesar, sentí y he sentido posteriormente a menudo, pensando de nuevo en ello, que si los sacrificios que se hacen en aras del deber y de la virtud exigen un esfuerzo, queda éste bien recompensado por los recuerdos dulces que deja en el fondo de nuestro corazón.

Así como en mi primer viaje había visto a París por su lado feo, en el presente lo vi por su lado brillante; no me refiero ciertamente a mi morada; pues gracias a unas señas que me había dado el señor Bordes, fui a parar a la fonda de San Quintín, calle des Cordeliers, cerca de la Sorbona, fea calle, fea fonda y feo cuarto, pero donde, sin embargo, se habían albergado hombres de mérito tales como Gresset, Bordes, los abates de Mably, de Condillac, y muchos otros de los que por desdicha no encontré a ninguno; mas hallé a un cierto señor de Bonnefond, hidalgüelo cojo, litigante, que se las echaba de purista, a quien debí el conocimiento del señor Roguin, decano ahora de mis amigos, y por su conducto el del filósofo Diderot, de quien tendré que hablar mucho en lo sucesivo.

Llegué a París por el otoño de 1741 con quince luises de moneda corriente, mi comedia *Narciso* y mi proyecto de música por todo recurso, teniendo, por consecuencia, poco tiempo que perder para sacar de él algún provecho. Me apresuré a presentar mis recomendaciones. Un joven que llega a París, teniendo una regular

figura, y que se anuncia con cierto talento, está siempre seguro de hallar buena acogida. Tal fue la mía, y esto me proporcionó buenos ratos sin conducirme a gran cosa. De todas las personas a quienes fui recomendado, sólo tres me sirvieron: el señor Damesin, gentilhombre saboyano, entonces caballerizo y creo que favorito de la señora princesa de Carignan; el señor de Boze, secretario de la Academia de las Inscripciones y conservador de las medallas del gabinete del rey, y el padre Castel, jesuita, autor del clave ocular. Todas esas recomendaciones, excepto la del señor Damesin, me provenían del abate de Mably.

El señor Damesin proveyó lo más necesario por medio de dos relaciones que me procuró: la una del señor de Gase, presidente con birrete en el parlamento de Burdeos, y que tocaba perfectamente el violín; la otra del señor de Léon, que a la sazón vivía en la Sorbona, joven caballero muy amable, que murió en la flor de su edad, después de haber brillado breve tiempo en el mundo bajo el nombre de Rohan. Uno y otro tuvieron la humorada de aprender la composición. Les di lección algunos meses, y esto contribuyó a sostener un poco mi moribundo bolsillo. El abate de Léon me cobró amistad y quiso tomarme por su secretario, mas, como no era rico, no pudo ofrecerme más que ochocientos francos, que rehusé con pesar, ya que no eran suficientes para mi vivienda, mi alimentación y demás atenciones.

El señor de Boze me recibió muy bien; apreciaba los conocimientos y los tenía también, mas era un poco pedante. Su señora hubiera podido ser su hija; era brillante y petimetra. Yo comía algunas veces en su casa y no puede darse un aspecto más soso ni más estúpido que el que yo tenía, colocado enfrente de ella. Me intimidaba su desenfado, poniendo más de relieve mi cortedad. Cuando me presentaban un plato, yo adelantaba mi tenedor para tomar modestamente un cachito de lo que me ofrecían; de suerte que ella daba a su lacayo el plato que me había destinado, volviéndose para ocultar su risa. No sospechaba siquiera que en la cabeza de un lugareño como yo hubiese capacidad alguna. El señor de Boze me presentó al de Réaumur, amigo suyo que iba a comer a su casa todos los viernes, día de sesión en la Academia de Ciencias. Le habló de mi proyecto y de mi deseo de someterlo al examen de la Academia. El señor de Réaumur se encargó de la proposición, que fue atendida. El día señalado fue introducida y presentada por él en persona, y el mismo día 22 de agosto de 1742 tuve el honor de leer a la Academia la Memoria que al efecto tenía preparada. Aunque esta ilustre Academia fuese en verdad muy imponente, me encontré ante ella menos tímido que ante la señora de Boze y quedé regularmente con mis lecturas y respuestas. La Memoria produjo buen efecto y me granjeó felicitaciones que me sorprendieron tanto como me halagaron, imaginando apenas que, ante una Academia, cualquiera que a ella no pertenezca puede tener sentido común. Los comisionados examinadores fueron los señores Mayran, Hellot y Fouchi, personas seguramente de mérito, pero que ninguna sabía música, al menos lo bastante para hallarse en aptitud necesaria de apreciar mi proyecto.

(1742). Durante mis conferencias con esos señores, me convencí con tanta

seguridad como sorpresa que, si a veces los sabios tienen menos preocupaciones que los demás hombres, en cambio están más aferrados a las suyas. Por débiles y falsas que fueran la mayor parte de sus objeciones, y aunque yo respondiese con mucha timidez, como lo confieso, y me explicase mal, pero por razones perentorias, ni una sola vez logré hacerme entender y satisfacerles. A mí me tenían siempre absorto al ver con qué facilidad por medio de algunas frases sonoras me refutaban sin haberme comprendido. No sé de dónde desenterraron que un monje llamado el padre Souhaitti había ideado mucho tiempo antes el pentagrama con cifras, y con esto tuvieron bastante para pretender que mi sistema no era nuevo. Y esto aún puede pasar, pues —aunque yo jamás hubiese oído hablar del padre Souhaitti y aunque su modo de escribir las siete notas del canto, llano, sin soñar siquiera en las octavas, de ningún modo mereciese compararse con mi sencilla y cómoda invención para anotar cualquier música imaginable, llaves, pausas, octavas, compases, tiempos y valores de las notas, cosas en que ni siquiera había pensado el padre Souhaitti— venía por lo menos muy a propósito para decir que en cuanto a la expresión elemental de las siete notas era él el primer inventor. Pero, además de haber dado a esta invención primera más importancia de la que merecía, no se contentaron con sólo esto; y tan luego como quisieron hablar del fondo del sistema, no hicieron más que desbarrar. La ventaja mayor del mío era suprimir las transposiciones y las llaves, de suerte que el mismo trozo se hallaba anotado y transpuesto a voluntad, en cualquier tono que se quisiese, con el cambio de una letra inicial al principio de la composición. Aquellos señores habían oído a los musiquillos de París que el método de ejecutar la música por transposición no valía nada; en esto se apoyaron para formular una invencible objeción contra la más notable ventaja de mi sistema, y resolvieron que mi anotación era buena para la parte vocal y mala para la instrumental, cuando hubieran debido juzgarla buena para la vocal y mejor para la instrumental. Con semejante dictamen, la Academia me concedió un certificado lleno de halagüeñas frases, en cuyo fondo se traslucía que no consideraba mi sistema útil ni nuevo. No creí, por consiguiente, deber acompañar con semejante documento la obra titulada *Disertación sobre la música moderna*, por medio de la cual apelé del fallo de la Academia al público.

Con esta ocasión pude ver cómo aun con escaso talento, el conocimiento único, pero profundo, de una materia es preferible para juzgar bien de ella a todas las luces que da la cultura de las ciencias, cuando no se agrega a la misma el estudio particular de la materia que se trata. La única objeción sólida que podía oponerse a mi sistema la hizo Rameau. Apenas se lo hube explicado, cuando vio su lado flaco. «Vuestros signos —me dijo— son muy buenos en cuanto determinan sencilla y claramente los valores, en cuanto representan visiblemente los intervalos y muestran siempre lo simple en lo complicado, cosas todas que no tiene la anotación ordinaria; pero son malos por cuanto exigen una operación de la inteligencia que no siempre permite seguir la rapidez de la ejecución. La posición de nuestras notas —continuó— se manifiesta a la vista sin el concurso de este trabajo. Si dos notas, una muy alta y otra

muy baja, se hallan enlazadas por una serie de notas intermedias, desde la primera ojeada veo la progresión de una a otra por grados continuos; mas, para estar seguro de esta progresión con vuestro sistema, es indispensable deletrear todas las cifras una a una; la primera ojeada no sirve para nada». Esta objeción me pareció que no tenía réplica y convine en ello al instante mismo; aunque sea natural y salte a la vista, sólo una dilatada práctica del arte puede sugerirla, y nada tiene de extraño que no se le hubiese ocurrido a ningún académico; pero sí lo es que todos esos grandes sabios, que saben tantas cosas, ignoren que no deberían juzgar de lo que no entienden.

Mis frecuentes visitas a los comisionados y a otros académicos me permitieron trabar relaciones con lo mejor de París en cuanto a literatura; y de ahí resultó que estas relaciones estaban ya contraídas cuando me vi inscrito de repente entre ellos. Concretándome al caso presente, concentrado en mi sistema de música, me obstiné en querer causar por su medio una revolución en el arte, y lograr así una celebridad que, tratándose de bellas artes, en París va siempre unida con la fortuna. Me encerré en mi cuarto y me estuve trabajando dos o tres meses con inexplicable afán refundiendo en una obra destinada para el público la Memoria que había leído a la Academia. La dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomar mi manuscrito, atendiendo a que había que hacer algunos gastos para los caracteres nuevos, que los libreros no prodigan su dinero para las obras de los escritores noveles, y que, sin embargo, me parecía muy justo que mi obra me valiese el pan que había comido escribiéndola.

Bonnefond me puso en relaciones con Quillau padre, que hizo conmigo un tratado estipulando que los beneficios serían por mitad, sin contar el privilegio, que pagué yo. Tan bien se manejó el citado Quillau, que perdí lo que me costó el privilegio y jamás he sacado un ochavo de esta edición, que probablemente obtuvo una venta mediana, aunque el abate Desfontaines[47] me había prometido hacerla correr y aunque los otros periodistas la recomendaron.

El mayor obstáculo con que tropezaba mi sistema era el temor de que si no se extendía era perdido el tiempo que se emplease en aprenderlo. A esto decía yo que la práctica de mi anotación aclaraba de tal modo las ideas, que, aun para aprender la música con los caracteres ordinarios, todavía se ganaba tiempo empezando por los míos. Para ofrecer una prueba de ello enseñé gratis música a una joven americana, la señorita de Roulins, que me había hecho conocer el señor Roguin. En tres meses se halló en estado de descifrar con mi anotación cualquier pieza de música que se le presentase, y aun de cantar repentinamente mejor que yo mismo cualquiera que no estuviese erizada de dificultades. Este resultado fue sorprendente, pero ignorado. Otro que no hubiese sido yo, lo hubiera pregonado por medio de los diarios; mas, con alguna capacidad para encontrar cosas útiles, siepre fui nulo para hacerlas valer.

He aquí cómo se rompió mi nueva fuente de Herón; mas a la sazón contaba treinta años y me hallaba en París, donde no puede vivirse sin contar con algo. La resolución que adopté en esa extremidad no parecerá extraña a los que hayan leído la

primera parte de estas Memorias. Acababa de darme un trabajo tan grande como inútil y necesitaba tomar aliento. En vez de abandonarme a la desesperación me eché tranquilamente en brazos de mi pereza y de la Providencia; y, para darle tiempo de obrar, me comí sin precipitación algunos luises que me restaban todavía, arreglando el gasto de mis indolentes placeres, pero sin suprimirlos, no yendo al café más que un día sí y otro no, y al teatro sólo dos veces a la semana. En cuanto a muchachas, no tuve que reformar nada, pues en mi vida he empleado un sueldo en comprar sus favores, esto exceptuando una sola vez, de que hablaré en breve.

La seguridad, la voluptuosidad, la confianza con que me entregaba a esta vida indolente y solitaria, careciendo de medios para subsistir así tres meses, es una de las particularidades de mi vida y una de las rarezas de mi carácter. La extrema necesidad en que me hallaba de que alguien me protegiese, era precisamente lo que me quitaba el valor de presentarme, y la necesidad de hacer visitas me las hizo insoportables, hasta el punto de cesar de ver a los académicos y otros literatos con quienes me hallaba ya relacionado. Marivaux, el abate de Mably, Fontenelle fueron casi los únicos a quienes continué viendo. Al primero hasta le mostré mi comedia *Narciso*, que le agradó y tuvo la complacencia de revisar. Más joven que ellos, Diderot, poco más o menos de mi edad, era aficionado a la música, cuya teoría conocía, y hablábamos los dos sobre la materia; también me hablaba de los proyectos de sus obras, de donde en breve resultó una mayor intimidad que ha durado quince años y probablemente no se hubiera extinguido si, desgraciadamente y sólo por su culpa, yo no me hubiese entregado a trabajos del mismo género que los suyos.

Difícilmente se adivinaría en qué empleé el corto y precioso intervalo que me quedaba todavía antes de verme reducido a mendigar el pan; me dediqué a estudiar de memoria pasajes de poetas, que había aprendido y olvidado cien veces. Cada mañana, a eso de las diez, iba a pasearme por el Luxemburgo con un Virgilio o un Rousseau en la faltriquera; y allí, hasta la hora de comer, recordaba ya una oda sagrada, ya una bucólica, sin disgustarme porque, repasando la del día, no dejaba de olvidar la de la víspera. Me acordaba de que, después de la derrota de Nicias en Siracusa, los atenienses cautivos se ganaban la vida recitando los poemas de Homero. El partido que saqué de este rasgo de erudición para precaverme de la miseria fue ejercitar mi feliz memoria en retener todos los poetas.

Otro medio tenía no menos sólido en el ajedrez, al que consagraba regularmente en casa de Maugis todas las tardes que no iba al teatro. Allí conocí al señor de Legal, a Husson, a Philidor, y demás grandes jugadores de ajedrez de aquel tiempo, lo cual no fue bastante para que yo adelantara mucho. No dudaba, sin embargo, de que al fin sería más fuerte que todos ellos; esto bastaba, a mi entender, para servirme de recurso; cualquier locura que me entusiasmase siempre me daba ocasión para razonar del mismo modo. Yo me decía: «El que sobresale en alguna cosa, siempre se ve solicitado. Estemos, pues, en primera línea, no importa en qué fuere; seré buscado, se ofrecerán ocasiones, y lo demás depende de mi mérito». Esta niñada no era un

sofisma de mi razón, sino de mi indolencia. Asustado de los grandes y rápidos esfuerzos que hubiera tenido que hacer para animarme, procuraba halagar mi pereza ocultando la vergüenza por medio de argumentos dignos de ella.

Así esperaba tranquilamente que se acabase mi dinero; y creo que hubiera llegado al último sueldo sin agitarme, si el padre Castel, a quien veía de cuando en cuando en el café, no me hubiese arrancado de mi letargo. El padre Castel era un loco, pero por lo demás un buen hombre, y estaba disgustado de ver que me consumía así sin hacer nada. «Puesto que no podéis salir con bien de los músicos ni de los sabios, tocad otro registro y ved a las mujeres. Quizá por este lado logréis un éxito más lisonjero. He hablado de vos a la señora de Beuzenval, id a verla de mi parte; es una buena mujer que recibirá con gusto a un paisano de su hijo y de su marido. En su casa veréis a su hija la señora de Broglie, mujer de talento. También he hablado de vos a la señora Dupin: llevadle vuestra obra; desea veros y os recibirá muy bien. En París nada se hace sino por mediación de las mujeres: son como las líneas curvas, cuyas asíntotas son los sabios; constantemente se acercan a ellas, pero sin tocarlas jamás».

Después de haber dilatado uno y otro día ese terrible trabajo, al fin me revestí de valor y fui a ver a la señora de Beuzenval, que me recibió afectuosamente. Habiendo entrado en su cuarto la señora de Broglie, le dijo: «Hija mía, he aquí al señor Rousseau, de quien nos habló el padre Castel». La de Broglie me felicitó por mi obra y, conduciéndome a su clavicordio, me demostró que la conocía. Viendo que era cerca de la una, quise marcharme; mas la señora de Beuzenval me dijo: «Vuestra casa está muy lejos, quedaos y comeréis aquí». Yo no me hice rogar, y un cuarto de hora después comprendí por algunas palabras que me convidaban a comer a segunda mesa. La señora de Beuzenval era muy buena mujer, mas de cortos alcances, y harto hinchada con su ilustre nobleza polaca, no tenía idea de los miramientos debidos al talento. En esta ocasión me juzgaba más por mi aspecto que por mi traje, que, aunque muy sencillo, era muy decente, y de ningún modo indicaba un hombre digno de comer con la servidumbre. Había olvidado el camino hacía demasiado tiempo para querer emprenderlo nuevamente. Sin manifestar todo mi despecho, dije a la señora de Beuzenval que un pequeño asunto que se me ocurría entonces me llamaba a casa, y quise marcharme. La señora de Broglie se acercó a su madre y le dijo al oído algunas palabras que produjeron efecto. La de Beuzenval se levantó para retenerme y me dijo: «Cuento que nos dispensaréis el honor de comer en nuestra mesa». Yo creí que hacer el orgulloso sería hacer el tonto y me quedé. Por otra parte, la bondad de la señora de Broglie me había conmovido y me la hizo interesante. Me halagó comer con ella, y esperé que, conociéndome mejor, no se arrepentiría de haberme proporcionado este honor. El señor presidente de Lamoignon, grande amigo de la casa, comió también en ella. Éste, lo mismo que la señora de Broglie, usaba esa jerigonza de París, compuesta de palabritas y agudas alusiones, en que estaba muy lejos de poder brillar el pobre Juan Jacobo. Yo tuve el buen sentido de no querer echarlas de agudo a despecho de Minerva, y me callé. Ojalá hubiese sido siempre tan prudente, que no gemiría en el

abismo en que me hallo sumido.

A mí me desolaba mi tosquedad y no poder justificar a los ojos de la señora de Broglie lo que había hecho en favor mío. Después de comer, acudí a mi ordinario recurso: llevaba en la faltriquera una epístola en verso dirigida a Parisot durante mi permanencia de Lyon. Este trozo no carecía de movimiento; la leí con algún calor, e hice llorar a los tres. Ya sea vanidad, ya la verdad de mis interpretaciones, ello es que creí leer en las miradas que la señora de Broglie dirigía a su madre: y bien, mamá, ¿no tenía razón de deciros que ese hombre era más a propósito para comer con nosotras que con vuestras criadas? Hasta este momento había tenido el corazón algo oprimido; mas, después de haberme así vengado, me hallé satisfecho. La señora de Broglie, llevando demasiado lejos el ventajoso juicio que de mí había formado y para guiar mi inexperiencia, me dio las *Confesiones del conde de* ***. «Este libro —me dijo— es un mentor que necesitaréis en sociedad: haréis bien en consultarlo algunas veces». Más de veinte años he guardado este ejemplar con agradecimiento por las manos de quien procedía, mas riéndome a menudo de la opinión que aquella dama parecía tener de mi cualidad de galanteador. Desde el momento en que hube leído esta obra concebí el deseo de obtener la amistad de su autor. Mi inclinación me inspiraba muy bien, pues es el único amigo verdadero que he tenido entre los literatos.[48]

Desde entonces me atreví a esperar que la señora baronesa de Beuzenval y la marquesa de Broglie, interesándose por mí, no me dejarían mucho tiempo sin recursos, y no me equivoqué. Mas ahora hablemos de mi entrada en casa de la señora Dupin, que ha tenido consecuencias de más bulto.

La señora Dupin era, como es sabido, hija de Samuel Bernard y de la señora Fontaine. Eran tres hermanas que podían llamarse las tres gracias. La señora de Latouche, que se fugó a Inglaterra con el duque de Kingston; la señora de Arty, querida, o mejor, amiga, la única y sincera amiga del príncipe de Conti, mujer adorable tanto por su dulzura y bondad de carácter como por su genio placentero y constantemente risueño; en fin, la señora Dupin, que era la más hermosa de las tres, y la única a quien no se haya podido reprochar nada en su conducta. Ella fue el premio a la hospitalidad del señor Dupin, a quien su madre se la dio con una fortuna inmensa, agradecida por el buen acogimiento que le había hecho en su provincia. Cuando yo la vi por primera vez, todavía era una de las más bellas mujeres de París. Me recibió en su tocador: estaba con los brazos desnudos, suelto el cabello y mal compuesto el peinador. Esta introducción era enteramente nueva para mí; mi pobre cabeza no pudo resistirla; me turbó, me alucinó y, en una palabra, me enamoré de la señora Dupin.

Mi turbación no debió traslucirse y ella no la echó de ver. Acogió el libro y al autor; me habló de mi proyecto, como persona enterada; cantó acompañándose con el clave; me retuvo a comer y me colocó a su lado. No se necesitaba tanto para volverme loco, y efectivamente así fue. Me permitió visitarla. Yo usé y abusé de este

permiso. Iba casi todos los días, quedándome a comer dos o tres veces a la semana. Me ahogaba el deseo de hablar, mas no me atreví nunca. Varios motivos reforzaban mi natural timidez. La entrada en una casa opulenta era una puerta abierta a la fortuna y en mi situación no quería exponerme a cerrármela yo mismo. La señora Dupin, a pesar de toda su amabilidad, era seria y fría y no encontraba yo en sus maneras una incitación que me animara. En su casa, entonces tan brillante como la que más de París, se daban reuniones que sólo les faltaba ser menos numerosas para contener lo más florido por todos conceptos. Le gustaba ver todas las personas que se distinguían: magnates, literatos, mujeres hermosas: no se veían en su casa más que duques, embajadores, y cordones azules. La princesa de Rohan, la condesa de Forcalquier, la señora de Mirepoix, la de Brignolé, milady Hervey podían considerarse como amigas suyas. El señor de Fontenelle, el abate de Saint-Pierre, el abate Sallier, Fourmont, Bernis, Buffon, Voltaire formaban parte de su círculo y de su mesa. Si su vida privada no atraía mucho a los jóvenes, su sociedad de lo más escogido era aún más imponente, y el pobre Juan Jacobo no tenía por qué envanecerse de lo que lucía en medio de tanto brillo. Dicho se está con esto que no osé despegar los labios; mas, no pudiendo callar más tiempo, me aventuré a escribirle. Dos días guardó mi carta sin decirme palabra; al tercero me la devolvió dirigiéndome verbalmente una ligera exhortación con tono tan frío que me dejó helado. Quise hablar, mas las palabras se extinguieron en mis labios: mi súbita pasión se apagó con la esperanza, y continué siendo para ella como antes sin volver a hablar con ella, ni aun con los ojos.

Yo creí olvidada mi tontería, pero me equivoqué. El señor de Francueil, hijo del señor Dupin e hijastro de la señora, era poco más o menos de su edad y de la mía. Era vivo y de buena figura; podía tener buenas pretensiones, y se decía que las tenía respecto de ella, quizá sólo porque le habían casado con una mujer muy fea, pero buena, que vivía en perfecta armonía con ambos. El señor de Francueil estimaba y cultivaba el estudio y la música, que él conocía perfectamente, lo cual fue un motivo de vínculo entre nosotros dos. Le traté con frecuencia y le cobré afecto. De repente me dio a entender que la señora Dupin hallaba sobrado frecuentes mis visitas y me rogaba que las suspendiese. Este cumplido podía estar en su lugar cuando me devolvió la carta; mas ocho o diez días después, y sin ningún otro motivo, me parece que venía fuera de propósito. Esto constituía una posición tanto más extraña cuanto que yo seguía siendo tan bien recibido como antes por los señores de Francueil; sin embargo, fui con menos frecuencia; y habría cesado completamente de visitarles, si por otro capricho inesperado la señora Dupin no me hubiese hecho rogar que me encargase por ocho o diez días de su hijo, que por cambiar de ayo debía quedar solo durante ese intervalo. Pasé estos ocho días en un suplicio que sólo podía hacerme soportable el gusto de obedecer a la señora Dupin; pues el pobre Chenonceaux entonces ya tenía la mala cabeza que al fin había de causar la deshonra de su familia y que le condujo a acabar sus días en la isla de Borbón. Mientras a su lado estuve,

impedí que se hiciese daño a sí mismo y a los demás, y nada más; y aun no me costó poco trabajo; de suerte que no habría seguido ocho días más aun cuando en recompensa la misma señora Dupin se me hubiese entregado.

El señor de Francueil me cobró amistad; yo trabajaba con él, y juntos empezamos un curso de química con Roulle. Para estar más cerca de él, dejé mi fonda de San Quintín, yendo a alojarme en el juego de pelota de la calle Verdelet, que da a la calle Platrière, donde vivía el señor Dupin. Allí, de resultas de un resfriado mal cuidado, cogí una pulmonía que por poco acaba con mi vida. En mi juventud he sufrido enfermedades inflamatorias, pleuresías, y sobre todo anginas a que era muy propenso, cuyo número no recuerdo y que me han hecho ver la muerte bastante cerca para familiarizarme con su imagen. Durante mi convalecencia tuve tiempo de reflexionar acerca de mi estado y deplorar mi timidez, mi debilidad y mi indolencia, que, a pesar del fuego en que me sentía arder, me dejaba languidecer en la ociosidad de espíritu siempre a las puertas de la miseria. La víspera del día en que caí enfermo, había ido a una ópera de Roger que entonces se representaba y cuyo título he olvidado. A pesar de mi preocupación acerca de los talentos ajenos, que siempre me ha hecho desconfiar del mío, no pude menos de encontrar débil, sin calor y sin invención aquella música. A veces no podía menos de decirme: «Parece que yo haría algo mejor que esto». Mas la idea terrible que tenía de la composición de una ópera, y la importancia que según vi daban los músicos a esta empresa, me desalentaba en el mismo instante, avergonzándome de haberme atrevido a pensar en ello; y por otra parte, ¿dónde hallar quien quisiese escribirme el libreto y se tomase el trabajo de componer los versos a mi voluntad? Durante mi enfermedad, me asaltaron de nuevo estas ideas de música y de ópera, y en el delirio de la fiebre componía cantos, dúos y coros. Estoy seguro de haber compuesto dos o tres trozos *di prima intenzione* dignos quizá de la admiración de los maestros, si hubiesen podido oírlos ejecutar. ¡Ah, si pudiesen escribirse los delirios del que padece fiebre, cuántas cosas grandes y sublimes se verían surgir de su delirio!

Estos motivos de música y ópera siguieron ocupándome, aunque más tranquilamente, durante mi convalecencia. A fuerza de pensar en ello, aun a pesar mío, quise salir de dudas y probar a hacer una ópera yo solo, música y letra. Éste no era mi primer ensayo: en Chambéry había compuesto una ópera-tragedia titulada *Iphis y Anaxarète*, que había tenido el buen acuerdo de arrojar al fuego. En Lyon había compuesto otra titulada el *Descubrimiento del nuevo mundo*, que después de haberla leído a los señores Bordes, al abate Mably, al abate Trublet y a otros, había acabado por hacer lo mismo con ella, aunque ya había compuesto la música del prólogo y del primer acto y a pesar de que al verla David me dijo que tenía trozos dignos de *Buononcini*.

Esta vez, antes de poner manos a la obra, tomé tiempo para meditar el plan. Ideé un baile heroico en tres actos, cada uno de los cuales debía tener su acción bien distinta y música de diferente carácter; y tomando para cada asunto los amores de un

poeta, intitulé esta ópera *Las musas galantes.* El primer acto, con música enérgica, era el Tasso; el segundo, cuyo género de música era tierno, Ovidio; el tercero, titulado *Anacreonte,* debía respirar la alegría del ditirambo. Empecé a ensayar el primer acto y me entregué a ello con un ardor que me hizo gozar por vez primera las delicias del numen en la composición. Una noche, próximo a entrar en la ópera, me sentí atormentado, dominado por mis ideas; volví a meterme el dinero en mi bolsillo, y corrí a encerrarme en mi casa; me metí en cama, después de haber cerrado bien las cortinas para que la luz no penetrase en ellas, y allí, entregándome a todo el estro poético y musical, compuse rápidamente en seis o siete horas la mejor parte del acto. Puede decirse que mi amor hacia la princesa de Ferrara (pues entonces yo me convertí en el Tasso) y mis sentimientos nobles y altivos para con su injusto hermano, me proporcionaron una noche cien veces más deliciosa que la que hubiese logrado en brazos de la misma princesa. Por la mañana recordaba solamente una pequeña parte de lo que había compuesto; mas este poco, casi borrado por la fatiga y el sueño, no dejaba de revelar aún la energía de los trozos cuyos residuos ofrecía.

Esta vez no llevé mucho más allá mi trabajo, porque me distrajeron de él otros asuntos. Mientras continuaba siendo asiduo a casa de la señora Dupin, las señoras de Beuzenval y de Broglie, que seguí visitando de cuando en cuando, no me habían olvidado. El conde de Montaigu, capitán de la guardia, acababa de ser nombrado embajador en Venecia. Era un embajador hechura de Barjac,[49] a quien hacía asiduamente la corte. Su hermano el caballero de Montaigu, gentilhombre de manga de monseñor el Delfín, era conocido de estas damas y del abate Alary, de la Academia francesa, a quien yo visitaba también de cuando en cuando. La señora de Broglie, sabiendo que el embajador buscaba un secretario, me propuso para este cargo. Entramos en tratos y pedí cincuenta luises, lo que era muy poco para un empleo que me obligaba a figurar. Él no quería darme más que cien pistolas y que yo hiciese el viaje a costa mía. Esta proposición era ridícula y no pudimos ponernos de acuerdo. El señor de Francueil, que se esforzaba en retenerme, ganó la partida. Yo me quedé y el de Montaigu partió llevando otro secretario llamado Follau, que le recomendaron en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Apenas llegaron a Venecia se malquistaron. Follau, viendo que tenía que habérselas con un loco, le dejó plantado. Montaigu, que no tenía más que un joven abate llamado Binis, escribiente a las órdenes del secretario, que no estaba en el caso de poder reemplazarle, hubo de recurrir a mí. Su hermano, hombre listo, me supo engañar tan bien, dándome a entender que había ciertos derechos anejos al empleo en cuestión, que me hizo aceptar mil francos. Me dieron veinte luises para gastos de viaje y partí.

(1743-1744). Al pasar por Lyon tenía grandes deseos de tomar el camino de Mont-Cenis para ver de paso a mi pobre mamá; pero seguí Ródano abajo yendo a embarcarme en Tolón, tanto por causa de la guerra y razón de economía como para tomar un pasaporte del señor de Mirepoix, que entonces gobernaba en Provenza y a quien me habían recomendado. No sabiendo cómo componérselas sin mí, el señor

Montaigu me dirigía carta tras carta a fin de que apresurara mi viaje, que retrasó un incidente.

Era el tiempo en que reinaba la peste en Mesina: la flota inglesa allí anclada visitó el buque en que yo iba, lo que nos valió una cuarentena de veintiún días al llegar a Génova, después de una larga y penosa travesía. Dieron a escoger a los pasajeros entre pasarla a bordo o en el lazareto, donde nos previnieron que no hallaríamos más que paredes, pues no habían tenido tiempo para amueblarlo. Todos se quedaron en el buque. Lo insoportable del calor, la falta de espacio, la imposibilidad de andar y la miseria me hicieron preferir el lazareto a todo trance. Fui conducido a un gran edificio de dos pisos enteramente vacío, donde no hallé ventana, ni mesa, ni cama, ni silla, ni siquiera un mal taburete para sentarme, ni un haz de paja donde reclinarme. Trajéronme mi capa, mi saco de noche y mis dos maletas; cerraron tras de mí enormes puertas con grandes cerrojos, y yo quedé allí dueño de pasearme a mi antojo de cuarto en cuarto y de uno a otro piso hallando por todas partes la misma soledad e idéntica desnudez.

Con todo esto no me arrepentí de haber escogido el lazareto con preferencia al buque; y, como un nuevo Robinson, me dediqué a arreglarme para los veintiún días, como si fuese para toda la vida. Lo primero que tuve que hacer fue librarme de los piojos que se me habían pegado a bordo; cuando, a vueltas de cambiar de ropa interior y exterior, hube al fin logrado quedar limpio, procedí a amueblar el cuarto que había escogido. Me arreglé un buen colchón con mis chupas y mis camisas, sábanas con varias servilletas cosidas, un cobertor con mi bata, y con mi capa arrollada una almohada. Me sirvió de silla una maleta puesta de plano y de mesa otra, puesta de canto. Del papel hice un escritorio, y dispuse una docena de libros que llevaba en forma de biblioteca. En una palabra, me arreglé tan bien que, exceptuando las cortinas y las ventanas, me hallaba casi tan cómodamente en ese lazareto enteramente vacío como en mi juego de pelota de la calle Verdelet. Me servían la comida con mucha pompa; venía escoltada por dos granaderos con bayoneta calada; mi comedor era la escalera, la meseta me servía de mesa y el peldaño inferior de silla; cuando estaba la comida, en el acto de retirarse, tocaban una campanilla para advertírmelo. Entre comida y comida, cuando no leía ni escribía o no trabajaba en el ajuar, me iba a dar un paseo por el cementerio de los protestantes, que me servía de patio, o subía a una linterna que daba al puerto, desde donde podía ver entrar y salir los buques. Así pasé catorce días y habría pasado los veinte completos sin aburrirme un solo instante, si el señor de Fonvielle, enviado de Francia, a quien dirigí una carta avinagrada, perfumada y medio quemada, no hubiese hecho que me rebajaran ocho días; fui a pasarlos en su casa, donde confieso que hallé mejor albergue que en el lazareto. Me agasajó mucho. Dupont, su secretario, era un buen muchacho, que me acompañó a varias casas, así de Génova como del campo, donde se divertía uno mucho; y trabé con él amistad, entablando una correspondencia que seguimos largo tiempo. Proseguí agradablemente mi viaje a través de la Lombardía; vi a Milán,

Verona, Brescia, Padua, llegando al fin a Venecia, esperado impacientemente por el señor embajador.

Encontré una aglomeración de despachos, tanto de la corte como de otros embajadores, que él no había podido leer porque estaban en cifra, aunque tenía todas las cifras necesarias para ello. No habiendo yo estado nunca ocupado en despacho alguno ni visto una cifra de ministro, me creí por de pronto verme con dificultades; mas hallé que era lo más sencillo, y en menos de ocho días lo descifré todo, y seguramente no valía la pena, pues además de que la embajada de Venecia estaba siempre ociosa, es indudable que a nuestro hombre no le hubieran confiado la menor negociación. Hasta mi llegada, se había visto muy embarazado, pues no sabía dictar, ni escribir inteligiblemente. Yo le servía de mucho; él lo conocía y me trató bien. Otro motivo le inducía a ello. Desde que a su predecesor, el señor de Froulay, se le había trastornado la cabeza, el cónsul de Francia señor Le Blond había quedado encargado de los negocios de la embajada; y desde la llegada del señor de Montaigu continuaba desempeñándolos hasta tanto que le hubiese puesto al corriente. Montaigu, celoso de que otro desempeñase su cometido, aunque él fuese incapaz, vio con malos ojos al cónsul; y, tan pronto como yo llegué, le quitó las funciones de secretario de la embajada para dármelas a mí. Éstas eran inseparables del título, y me dijo que lo tomase. Mientras estuve con él, me envió siempre en este concepto al senado y a sus conferencias; y en el fondo era muy natural que prefiriese tener por secretario de la embajada una persona adicta a él que no a un cónsul o un empleado nombrado por la corte.

Esto me proporcionaba una situación bastante agradable e impidió a sus gentileshombres, que eran italianos, así como a sus pajes y la mayor parte de su servidumbre, disputarme la primacía de su casa. Me valí con buen éxito de la autoridad que le estaba aneja para mantener su derecho de nómina, es decir las franquicias de su departamento, contra las tentativas que se hicieron varias veces para infringirlas, y a que sus empleados italianos no eran capaces de resistir. Mas tampoco permití jamás que allí se refugiaran bandidos, a pesar de que me hubiera proporcionado ventajas, y de que S. E. no desdeñaría su parte.

Hasta S. E. se atrevió a reclamarla sobre los derechos de secretaría que se llaman de cancillería. Se estaba en guerra y por ende no dejaba de haber numerosos expedientes de pasaporte. Cada uno de estos pasaportes pagaba un zequí al secretario que lo expedía y refrendaba. Todos mis predecesores se habían hecho pagar indistintamente este zequí así por los franceses como por los extranjeros. Yo juzgué injusto este uso, y, sin ser francés lo abrogué para los franceses; mas exigí mi derecho de cualquier otro con tanto rigor que, habiéndome hecho pedir un pasaporte el marqués Scotti, hermano del favorito de la reina de España, sin enviarme el zequí, se lo hice pedir; atrevimiento que el vengativo italiano no echó en saco roto. Así que se supo la reforma que yo había introducido en la tasa de los pasaportes, se presentaron a tomarlos multitud de pretendidos franceses, que, hablando jergas abominables,

decían ser uno provenzal, otro picardo, borgoñón otro; mas como tengo el oído bastante fino, pocas veces pudieron engañarme, y dudo mucho que ningún italiano me soplase el zequí ni que lo pagase ningún francés. Cometí la tontería de decir al señor de Montaigu lo que había hecho, pues él lo ignoraba todo. La palabra zequí le sonó bien al oído; y, sin decirme su parecer acerca de la supresión del de los franceses, pretendió participar del producto de los otros, prometiéndome otras ventajas equivalentes. Indignado más por la bajeza, que afectado por mi propio interés, rechacé resueltamente su proposición. Insistió, yo me irrité y le dije enérgicamente: «No señor, guarde V. E. lo que le pertenece y déjeme lo que es mío; jamás le cederé un sueldo». Cuando vio que nada podía sacar por este lado, tanteó otro y no se avergonzó de decirme que, pues me daba provecho su cancillería, era justo que yo pagase los gastos de la misma. Yo no quise regatear; y desde entonces pagué de mi bolsillo tinta, papel, lacre, bujías, balduque, hasta el sello que mandé hacer nuevo sin que me haya resarcido por él un solo maravedí. Esto no impidió dar una pequeña parte del producto de los pasaportes al abate de Binis, buen muchacho que no pensaba en pretenderlo. Si era complaciente conmigo, yo no era menos atento con él, y siempre vivimos bien juntos.

En las funciones de mi cargo hallé menos dificultades de lo que había temido para un hombre sin experiencia como yo junto a un embajador, que no la tenía mayor y que por añadidura con su ignorancia y obstinación parecía complacerse en contrariar todo lo que el buen sentido y mis luces me inspiraban de útil a su servicio y al del rey. Lo más razonable de cuanto hizo fue entablar amistad con el marqués de Mari, embajador de España, hombre hábil y fino que le hubiera llevado del cabestro si hubiese querido; pero que, vista la afinidad de intereses de ambas coronas, ordinariamente le encaminaba bien si el otro no hubiese maleado sus consejos con lo que quería poner de su cosecha. Lo único que tenían que hacer juntos era inducir a los venecianos a mantener la neutralidad. Éstos hacían protestas de fidelidad mientras suministraban públicamente municiones a las tropas austríacas y hasta reclutas a título de desertores. El señor de Montaigu, que, a lo que creo, quería agradar a la República, no dejaba por su parte, a pesar de mis representaciones, de hacerme asegurar en todos los despachos que ella no quebrantaría jamás la neutralidad. La terquedad y estupidez de ese pobre hombre me forzaban a escribir y cometer a cada instante extravagancias, porque había de pasar como agente suyo, puesto que así lo quería, y a veces me hacía mi empleo insoportable y casi insostenible. Por ejemplo, quería que casi todos los despachos que dirigía al rey o al ministro fuera en cifra, aunque ni unos ni otros exigían absolutamente esta precaución. Yo le demostré que no había suficiente tiempo para hacerlo desde el viernes, en que llegaban los despachos de la corte, hasta el sábado, en que expedíamos los nuestros, sin contar con la mucha correspondencia que tenía que despachar por el mismo correo. Él encontró a esto una solución admirable, y fue comenzar desde el jueves la contestación a los despachos que habían de llegar al día siguiente. Esta idea le pareció tan feliz, a pesar

de mostrarle yo lo absurda que era y la imposibilidad de su ejecución, que tuve que pasar por ello; y, mientras con él estuve, habiendo tomado nota de algunas palabras al vuelo, que me decía durante la semana, y con algunas noticias triviales recogidas acá y allá, sin otros materiales, no dejaba nunca de presentarle el jueves por la mañana un borrador de los despachos que debían expedirse el sábado, salvo algunas adiciones y correcciones hechas a prisa en presencia de los que llegaban el viernes y a que los nuestros servían de respuesta. Otro capricho tenía muy chocante, que comunicaba a su correspondencia un carácter ridículo y difícil de concebir; consistía en volver cada noticia a su origen, en vez de hacerla seguir su curso. Al señor Amelot le indicaba las noticias de la corte, las de París al señor de Maurepas, al señor de Havincourt las de Suecia, y las de San Petersburgo al señor de la Chetardie, y a veces dirigía a cada uno las que había recibido del mismo, disfrazadas por mí con términos diferentes. Como de cuanto le presentaba para firmar no repasaba nada más que los despachos de la corte, y firmaba los de los otros embajadores sin leerlos, de mí dependía dar a los demás el corte que mejor me parecía, y a lo menos hacía cruzarse las noticias. Pero me fue imposible dar un estilo razonable a los despachos importantes, y gracias aun si no se le antojaba intercalar de improviso en ellos algunas líneas de su cosecha, que me obligaban a transcribirlos de nuevo y precipitadamente, adornados con esta nueva impertinencia que era preciso honrar poniéndola en cifra, sin cuyo requisito no habría firmado. Por amor a su gloria, varias veces estuve tentado de cifrar otra cosa distinta de lo que él había puesto; mas conociendo que nada podía autorizar semejante infidelidad, le dejaba delirar a su riesgo, satisfecho de hablarle con franqueza y a lo menos de cumplir.

Esto es lo que hice siempre con una rectitud, un celo y un valor que merecía otra recompensa de la que me dio al fin. Ya era tiempo de que una vez siquiera ocupase el lugar que me correspondía en atención a las dotes que me había dispensado el cielo, de la educación que recibí de la mejor de las mujeres y de la que yo mismo me había dado. Entregado a mí mismo, sin consejeros, sin experiencia, en país extranjero, sirviendo a una nación extranjera, en medio de una muchedumbre de tunantes que por interés propio y para alejar el escándalo del buen ejemplo me excitaban a imitarles; lejos de obrar así, serví bien a Francia, aunque nada le debía, y mejor aun, como era justo, al embajador en cuanto de mí dependía. Irreprochable en un puesto bastante visible, merecí y obtuve el aprecio de la República, el de todos los embajadores con quienes estábamos en correspondencia y el afecto de todos los franceses establecidos en Venecia, sin exceptuar el mismo cónsul, a quien suplantaba con pesar en las funciones que yo sabía le correspondían y que me causaba más molestia que placer.

El señor de Montaigu, entregado sin reserva al marqués de Mari, quien no se mezclaba en los pormenores de sus deberes, los descuidaba a tal extremo que sin mí los franceses que había en Venecia no se hicieran cargo de que había allí un embajador de su nación. Siempre despedidos sin ser escuchados cuando necesitaban su protección, se fastidiaron, y ya no se veía ninguno en su comitiva ni en su mesa, a

la que jamás les invitaba. A menudo hacía yo por mi cuenta lo que debiera haber hecho él, dispensando a los franceses que reclamaban su apoyo o el mío todos los servicios que estaban en mi mano. En cualquier otro país hubiera hecho mucho más; pero, no pudiendo moverme de mi lugar a causa de mi empleo, me veía obligado a recurrir al cónsul; y éste, que se hallaba establecido en el país donde tenía su familia, debía guardar ciertos miramientos que le impedían hacer lo que quería. Sin embargo, algunas veces, viéndole ceder y que no se atrevía a hablar, me aventuraba a dar pasos atrevidos, de los cuales algunos me salían bien. Recuerdo uno que todavía me da risa: nadie imaginaría que los aficionados al teatro de París me debieron a mí el tener a Coralina y su hermana Camila; sin embargo, nada es más exacto. Su padre, Veronese, se había contratado con sus hijas para la compañía italiana; y, después de haber recibido dos mil francos para el viaje, en vez de partir se había metido tranquilamente en el teatro de San Lucas,[50] adonde Coralina, muy niña todavía, atraía mucha gente. El señor duque de Gesvres, como primer gentilhombre de cámara, escribió al embajador reclamando al padre y a la hija. El de Montaigu, dándome la carta, me dijo por toda instrucción: *ved esto.* Yo fui a casa del señor Le Blond a rogarle que hablase al patricio a quien pertenecía el teatro de San Lucas y que era, según creo, un Zustiniani, a fin de que despidiese a Veronese, que estaba contratado por el rey. Le Blond, a quien le importaba poco, desempeñó mal la comisión. Zustiniani se incomodó, y Veronese no fue despedido. Yo me piqué. Estábamos en carnaval, y tomando la palmeta y la máscara, híceme conducir al palacio Zustiniani. Cuando vieron entrar mi góndola con el distintivo de la embajada quedaron sorprendidos, pues jamás en Venecia se había visto cosa semejante. Entro y me hago anunciar bajo el nombre de *una siora maschera.* Tan luego como hube entrado, me quité la máscara y me di a conocer; el senador palideció y quedó estupefacto. «Caballero —le dije en veneciano—, siento importunar a V. E. con mis visitas; pero tenéis en vuestro teatro de San Lucas a un hombre llamado Veronese que está contratado al servicio del rey y que se os ha reclamado inútilmente; vengo a reclamarlo en nombre de S. M.». Mi corta arenga produjo efecto. Apenas hube salido, cuando nuestro hombre corrió a dar cuenta del hecho a los inquisidores del Estado, quienes le reprendieron. El mismo día se despidió a Veronese; yo le hice decir que si no partía dentro de ocho días le pondría preso, y partió.

En otra ocasión saqué de apuros al capitán de un buque mercante, por mí solo y casi sin el concurso de nadie. Se llamaba el capitán Olivet de Marsella; el nombre del buque lo he olvidado; su tripulación había tenido disputas con los esclavones que estaban al servicio de la República, y, habiendo llegado a las manos, se había embargado el buque con tal severidad, que nadie, exceptuando únicamente el capitán, podía entrar ni salir de a bordo sin permiso. Acudieron al embajador, que les mandó a paseo; fueron al cónsul, quien les dijo que, no siendo asunto de comercio, no podía mezclarse en ello. No sabiendo ya qué hacer, volvieron a mí. Yo di a entender al señor Montaigu que debía permitirme presentar al senado una Memoria sobre este

hecho. No recuerdo bien si consintió en ello y si presenté la Memoria, pero lo cierto es que el embargo no se levantaba y tomé una resolución que nos sacó del atajo.

Puse la relación del hecho en un despacho dirigido al señor de Maurepas, y me costó bastante hacer que el señor de Montaigu consintiese en dejarlo pasar. Yo sabía que aunque no valiese la pena de hacerlo, nuestros despachos se abrían en Venecia misma, pues tenía una prueba de ello en los artículos insertos en la *Gaceta,* en donde se veía claramente; había tratado en vano de inducir al embajador a que se quejara. Mi objeto, al hablar de esta vejación en el despacho, era sacar partido de su curiosidad, metiéndoles miedo y obligarles a dejar el buque libre, pues si para ello se hubiese tenido que esperar la respuesta de la corte, antes de que ésta llegase, hubiera el capitán quedado arruinado. Hice más aún: me presenté a bordo a fin de interrogar a la tripulación, llevando conmigo al abate Patizel, canciller del consulado, que vino de mala gana; pues aquellas pobres gentes temían en gran manera disgustar al Senado. No pudiendo subir a bordo por causa del interdicto, me quedé en mi góndola y llevé a cabo mi interrogatorio, preguntando sucesivamente y en alta voz a todos los tripulantes, y haciendo las preguntas de modo que las respuestas les fuesen ventajosas. Quise que el interrogatorio y el proceso verbal lo hiciese Patizel, pues en efecto era esto más de su incumbencia que de la mía, mas no pude lograrlo; no dijo una palabra y apenas logré que firmase el proceso verbal después de mí. Este procedimiento algo atrevido produjo, sin embargo, buen efecto, y el buque fue desembargado mucho tiempo antes de que llegase la respuesta del ministro. El capitán quiso hacerme un regalo, mas yo, sin incomodarme por ello, tocándole amigablemente en el hombro: «Capitán —le dije—, ¿te figuras que el que no cobra de los franceses un derecho de pasaporte que halla establecido, será capaz de venderles la protección del rey?». Entonces quiso darme a lo menos una comida a bordo, que acepté, llevando conmigo al secretario de la embajada de España, llamado Carrió, hombre de talento y muy amable, que posteriormente fue secretario de embajada en París y encargado de negocios, con el cual estaba íntimamente ligado, siguiendo el ejemplo de nuestros embajadores.[51]

Por dichoso me daría si cuando con el mayor desinterés hacía todo el bien que me era dable, hubiese sabido poner bastante orden y atención en todos estos pequeños detalles para no salir burlado sirviendo a los demás a costa mía. Mas en los empleos como el mío, donde las menores faltas no dejan de traer consecuencias, empleé toda mi atención a fin de no cometer ninguna en mi servicio. Hasta el fin obré con el mayor orden y con la mayor exactitud en todo lo referente a mis deberes esenciales. Aparte de algunos errores que una precipitación forzada me hizo cometer escribiendo en cifra y de que una vez se quejaron los subordinados del señor Amelot, ni el embajador ni nadie tuvo que echarme en cara jamás el menor descuido en el ejercicio de mis funciones; hecho que es de notar, siendo, como soy, tan negligente y atolondrado; mas a veces me faltaba la memoria y el buen cuidado en los asuntos particulares que a mi cargo tomaba, y el amor a la justicia me ha hecho siempre sufrir

el perjuicio espontáneamente antes que nadie tuviese ocasión de quejarse. Sólo citaré un hecho que se refiere al tiempo de mi salida de Venecia, cuyas consecuencias sufrí en París posteriormente.

Nuestro cocinero, llamado Rousselot, había traído de Francia un pagaré antiguo de doscientos francos que el peluquero de unos amigos suyos había recibido de un noble veneciano, llamado Zanetto Nani, en pago de algunas pelucas. Rousselot me trajo ese pagaré, suplicándome que procurase cobrar alguna cosa por vía de arreglo. Yo sabía y él también que la costumbre constante de los nobles venecianos es no pagar, de vuelta a su país, las deudas contraídas en el extranjero, y cuando se les quiere obligar, aburren al desdichado acreedor a fuerza de dilaciones y de gastos hasta que se cansa y acaba por abandonarlo todo, o conviene en aceptar casi nada. Yo rogué a Le Blond que hablase a Zanetto, éste reconoció el pagaré, mas no se avino a pagarlo. A fuerza de batallar, prometió al fin tres zequíes, mas cuando Le Blond le llevó el pagaré no estaban dispuestos los tres zequíes, y fue preciso esperar. Entre tanto sobrevino mi disputa con el embajador y mi salida de su casa. Dejé los papeles de la embajada en el mayor orden, mas el pagaré de Rousselot no se encontró. Le Blond me aseguró habérmelo devuelto, y a mí me constaba que era un hombre harto honrado para dudar de su palabra; pero me fue imposible recordar qué había sido de este pagaré. Como Zanetto había confesado la deuda, supliqué a Le Blond que procurase cobrar los tres zequíes contra un recibo, o inducirle a renovar el pagaré por duplicado. Pero Zanetto, al saber que se había perdido el pagaré, no quiso hacer lo uno ni lo otro: yo ofrecí a Rousselot, de mi bolsillo, los tres zequíes para indemnizarle. Mas él los rehusó diciendo que ya me arreglaría en París con el acreedor, cuya dirección me dio. El peluquero, teniendo noticia de lo que había pasado, exigió el pagaré o su importe completo. ¡Qué no habría dado yo en mi indignación por encontrar ese maldito pagaré! Pagué los doscientos francos, y a fe mía que a la sazón me hallaba apurado. He aquí cómo la pérdida del pagaré le valió al acreedor la suma entera mientras que si desgraciadamente para él se hubiese vuelto a encontrar, difícilmente habría sacado los diez escudos prometidos por S. E. Zanetto Nani.

La disposición que creí descubrir en mí para este empleo fue causa de que lo desempeñara con gusto; y aparte la compañía de mi amigo Carrió y del virtuoso Altuna, de quien en breve tendré que hablar, aparte las inocentes diversiones de la plaza de San Marcos, de los espectáculos y de algunas visitas que casi siempre hacíamos juntos, toda mi satisfacción consistió en el cumplimiento de mis deberes. Aunque no fuese el mío un trabajo muy penoso, sobre todo con el auxilio del abate de Binis, como la correspondencia era muy extensa y nos hallábamos en guerra, no dejaba de estar bastante ocupado. Pasaba trabajando buena parte de la mañana, y los días de correo a veces hasta medianoche, consagrando el tiempo que me quedaba libre a estudiar la carrera que empezaba, en la cual confiaba, visto mi primer ensayo, que obtendría en lo sucesivo un empleo más ventajoso. En efecto, no había más que

una opinión respecto de mí, comenzando por el embajador, que se felicitaba en gran manera de mis servicios, que no se quejó jamás y cuyo disgusto provino únicamente de que, habiéndome quejado inútilmente, yo mismo quise al fin marcharme. Los embajadores y los ministros del rey con quienes estábamos en correspondencia le dirigían felicitaciones por el mérito de su secretario, que hubieran debido halagarle, mas en su mala cabeza produjeron un efecto contrario. Sobre todo recibió una en circunstancias especiales que jamás me ha perdonado. Esto vale la pena de explicarse.

Tanto le costaba molestarse, que aun el sábado, día de casi todos los correos, no podía esperar para salir a que estuviese concluido el trabajo y, hostigándome sin cesar para que expidiera los despachos del rey y de los ministros, los firmaba precipitadamente, y en seguida se iba corriendo no sé a dónde, dejando sin firmar la mayor parte de las otras cartas, lo que me obligaba, cuando no eran más que simples noticias, a expedirlas a manera de boletín; mas cuando se trataba de negocios referentes al servicio del rey, preciso era que firmase alguien y firmaba yo. Así lo hice en un aviso importante que acabábamos de recibir del señor Vincent, encargado de los negocios del rey en Viena. Era esto cuando el príncipe de Lobkowitz iba a Nápoles y el conde de Gages llevó a cabo aquella famosa retirada, que es el hecho de armas más notable del presente siglo y de que no se ha hablado en Europa cuanto merecía.[52] Decía el aviso que un hombre, cuyas señas nos había dado el señor Vincent, salía de Viena y, pasando por Venecia, debía llegar furtivamente al Abruzzo con la misión de sublevar el pueblo al aproximarse los austríacos. Ausente el señor conde de Montaigu, que no tomaba interés por nada, hice pasar tan acertadamente este aviso al marqués de l'Hôpital, que quizá la casa de Borbón deba a este pobre Juan Jacobo, tan escarnecido, la conservación del reino de Nápoles.

El marqués de l'Hôpital, felicitando a su colega, como correspondía, le habló de su secretario y del servicio que acababa de prestar a la causa común. El conde de Montaigu, que debía avergonzarse por la negligencia con que había procedido en este asunto, creyó entrever un reproche en aquel cumplido y me habló de ello malhumorado. Me había visto en el caso de hacer con el conde de Castellane, embajador en Constantinopla, lo mismo que con el marqués de l'Hôpital, aunque por asuntos de menos monta. Como no había otro medio de comunicación con Constantinopla que los correos expedidos por el Senado, de cuando en cuando, a su bailío, se daba aviso de la salida de estos correos al embajador de Francia, a fin de que por este conducto pudiese escribir a su colega, si lo juzgaba a propósito. Este aviso se recibía ordinariamente con uno o dos días de anticipación; mas tan poco caso se hacía del señor de Montaigu, que se contentaban con enviárselo una o dos horas antes de salir el correo, lo que me puso en el caso de expedir el correo muchas veces en su ausencia. El conde de Castellane, al contestar, hacía mención de mí en términos halagüeños; el señor de Joinville desde Ginebra hacía lo mismo; todo lo cual producía otros tantos agravios.

Confieso que yo no desperdiciaba las ocasiones de darme a conocer, mas tampoco las buscaba inmotivadamente; sirviendo bien me parecía justo aspirar al premio natural de los buenos servicios, que es la estimación de los que se hallan en el caso de comprenderlos y recompensarlos. Yo no afirmaré que mi exactitud en llenar mis funciones fuese por parte del embajador un motivo de queja; pero sí diré que hasta el día de nuestra separación fue el único que tuvo.

Su casa, que yo había puesto en buen pie, se llenaba de gentuza; en ella los franceses se veían maltratados y los italianos cobraban ascendiente, y hasta de estos mismos, los buenos servidores, afectos de mucho tiempo a la embajada, fueron echados de mala manera: entre ellos su primer gentilhombre, que lo había sido del conde Froulay y que me parece se llamaba el conde Peati o algo parecido. El segundo gentilhombre, escogido por el señor de Montaigu, era un bandido de Mantua, llamado Dominico Vitali, a quien confió el embajador el cuidado de su casa, quien a fuerza de embelecos y de miserables mezquindades ganó su confianza y fue su favorito, con gran perjuicio de las pocas personas honradas que aún quedaban y del secretario que estaba al frente de ellas. La integridad de un hombre de bien es siempre antipática a los malvados. Esto sólo hubiera bastado para granjearme el odio de aquél; mas este odio tuvo además otra causa que lo hizo más enconado. Preciso es decirla a fin de que se me condene si fui culpable.

Según era costumbre, tenía el embajador un palco en cada uno de los cinco teatros. En la mesa, decía todos los días a qué teatros quería ir; yo escogía después de él, y los gentileshombres disponían de los demás. Al salir tomaba la llave del palco que había escogido; mas un día, en que Vitali no estaba presente, encargué al lacayo que me trajese la mía a una casa que le indiqué. Pero Vitali, en vez de enviarme la llave, me mandó decir que había dispuesto de ella. Yo estaba tanto más despechado cuanto que el lacayo me había dado cuenta de mi comisión en presencia de todo el mundo. Por la noche Vitali quiso dar alguna excusa, mas yo la rechacé, diciéndole: «Mañana vendréis a darme satisfacción en la casa donde he recibido la afrenta y ante las personas que han sido testigos de ella, o de lo contrario, suceda lo que suceda, os prevengo que pasado mañana o vos o yo saldremos de aquí». El tono decidido con que hablé le impuso y vino al lugar y hora indicados a darme una pública satisfacción digna de él; pero tomó sus medidas con anticipación, y, mientras se humillaba, trabajaba tan a la italiana que, no pudiendo lograr que el embajador me despidiera, me puso en la necesidad de marcharme yo mismo.

Semejante miserable no era seguramente capaz de conocerme, pero conocía de mí lo que servía a su intento; sabía que era bueno y tolerante por demás para soportar las faltas involuntarias, altivo y transigente para las ofensas premeditadas, amigo de la decencia, de la dignidad y de las cosas convenientes y no menos exigente respecto a las consideraciones que se me debían que atento a las que debía a los demás. Por aquí es por donde emprendió y logró desanimarme. Trastornó toda la casa, hizo perder en ella cuanto yo había logrado de orden, subordinación, limpieza y propiedad. Una casa

sin mujer necesita una disciplina algo severa para que reine en ella la modestia, compañera inseparable de la dignidad. Pronto convirtió la nuestra en un lugar de crápula y de licencia, en una guarida de bribones y libertinos. En lugar del segundo gentilhombre, que había hecho despedir, puso a otro alcahuete como él, que tenía burdel público en la Cruz de Malta; la indecencia de estos dos infames, puestos de acuerdo, corría parejas con su insolencia. Exceptuando únicamente la estancia del embajador, y que ni siquiera estaba en toda regla, no había en la casa un solo rincón que fuese tolerable para un hombre honrado.

Como S. E. no cenaba en casa, teníamos los gentileshombres y yo una mesa particular, donde comían también el abate de Binis y los pajes. En el más asqueroso figón se servía la comida mejor, más aseadamente, con más decencia, con más limpieza; nos daban sólo una vela pequeña y negra, platos de estaño y tenedores de hierro.

Pase aun para lo que se hacía en casa, pero me quitaron mi góndola, siendo yo el único de los secretarios de embajada que me veía obligado a alquilar una o andar a pie; y sólo llevaba la librea de S. E. para ir al Senado. Por otra parte nada de cuanto pasaba en casa se ignoraba en la ciudad, toda la servidumbre clamaba a grito herido, y Dominico, única causa de todo, era el que más gritaba, sabiendo perfectamente que la indecencia con que éramos tratados me afectaba a mí más que a ningún otro. Yo era el único de la casa que nada decía fuera de ella; pero me quejaba vivamente con el embajador de todo y de él mismo, que, inducido secretamente por aquel hombre rastrero, me infería nuevas afrentas cada día. Obligado a gastar mucho para mantenerme al igual de mis compañeros y como correspondía a mi empleo, me era imposible ahorrar un sueldo; y cuando le pedía dinero, me hablaba de su aprecio y de su confianza, como si con ella hubiese debido llenarse mi bolsillo y proveer a todo.

Esos dos bandidos acabaron por hacer perder completamente a su amo la cabeza, que ya no tenía muy segura, y le arruinaban con una truhanería continua, presentándole negocios falaces so capa de gangas. Le hicieron alquilar en la Brenta un *palazzo* por el doble de su valor, cuyo exceso partieron con el propietario. Las habitaciones estaban incrustadas con mosaicos y adornadas con columnas y pilastras de magníficos mármoles al estilo del país. El señor de Montaigu mandó cubrirlo todo espléndidamente de abeto, por la sola razón de que así se acostumbraba en París. Por un motivo semejante fue el único de los embajadores que había en Venecia que quitó a sus pajes la espada y el bastón a sus lacayos. He aquí cuál era el hombre que quizá siempre por el mismo motivo me tuvo entre ceja y ceja, únicamente porque le servía con fidelidad.

Yo sufrí con paciencia sus desdenes, su brutalidad y sus malos tratos mientras no creí ver odio en ellos, porque revelaban mal humor; mas desde el momento en que advertí el designio de privarme de la consideración que merecía por mi buen comportamiento, resolví tomar otro camino.

La primera manifestación que vi de su mala voluntad fue con motivo de una

comida que debía dar al señor duque de Modène y su familia, que estaban en Venecia, y a la cual me indicó que yo no asistiría. Yo le contesté picado, aunque sin enojo, que teniendo el honor de comer todos los días en su mesa, si el señor duque de Modène exigía que yo no lo hiciera cuando él viniese, la dignidad de S. E. y mi deber no debían consentirlo. «¡Cómo —dijo airado—, mi secretario, que ni siquiera es gentilhombre, pretende comer con un soberano, cuando no lo obtienen mis gentileshombres!». «Sí, señor —le repliqué yo—; el puesto con que V. E. me ha honrado me ennoblece tanto, mientras en él permanezca, que estoy por encima aun de vuestros gentileshombres o lo que sean, y soy admitido donde ellos no pueden serlo. Vos no ignoráis que el día en que seáis recibido solemnemente, yo estoy llamado por la etiqueta y por una costumbre inmemorial a seguiros en traje de ceremonia y a comer con vos en el palacio de San Marcos; y no comprendo por qué causa, el que puede y debe comer en público con el dux y el Senado de Venecia, no ha de poder comer privadamente con el duque de Modène».

Aunque el argumento no tenía réplica, el embajador no se dio por vencido; mas no tuvimos ocasión de renovar la disputa, pues el duque de Modène no comió en su casa.

Desde entonces no dejó nunca de darme motivos de disgusto y de hacerme desaires, esforzándose en quitarme las pequeñas prerrogativas anejas a mi empleo, para transmitirlas a su estimado Vitali; y estoy seguro de que, si se hubiese atrevido, hasta le hubiera enviado al Senado en lugar mío. Comúnmente se valía del abate de Binis para escribir en su gabinete sus cartas particulares y de él se valió para remitir al señor de Maurepas una relación del asunto del capitán Olivet, en la cual, lejos de hacerle ninguna mención de mí, único que me había ocupado de ello, me quitaba hasta el honor del proceso verbal, de que le envió un duplicado, para atribuirlo a Patizel, que ni siquiera había dicho una palabra. Quería mortificarme y complacer a su favorito, pero sin deshacerse de mí, pues conocía que no le sería tan fácil hallarme un sucesor como le había sido encontrarlo para el señor Follau, pues éste ya lo había dado a conocer. Necesitaba imprescindiblemente un secretario que supiese el italiano a causa de las respuestas del Senado; que despachara todas las notas y todos sus asuntos sin que él se metiese en nada; que al mérito de servir bien uniese la bajeza de complacer a todos sus bellacos y gentileshombres. Por consiguiente quería conservarme, abatirme teniéndome lejos de mi país y del suyo, sin dinero para volverme, y tal vez lo habría conseguido, si se hubiese portado con moderación. Pero Vitali, que tenía otras miras y quería impelerme a tomar una resolución, logró su objeto. Desde el momento en que vi que todos mis cuidados eran trabajo perdido, que el embajador tenía por crímenes mis servicios en vez de agradecérmelos, que no tenía que esperar de él más que ingratitud dentro e injusticias fuera y que el descrédito general en que habían caído sus malos oficios podían dañarme, sin que los buenos pudiesen servirme, me resolví a marcharme dándole tiempo para que buscase otro secretario; pero, sin decirme que sí ni que no, siguieron las cosas el mismo curso que

antes. Viendo que nada se adelantaba y que nada hacía para encontrarme un sucesor, escribí a su hermano detallando mis motivos y suplicándole que obtuviese de S. E. el permiso de retirarme, añadiendo que de todos modos me era imposible continuar.

Largo tiempo estuve esperando sin obtener respuesta alguna, y ya empezaba a estar muy molesto cuando el embajador recibió al fin una carta de su hermano. Preciso es que fuese muy enérgica, porque motivó arrebatos muy feroces, tales como jamás los había visto. Después de deshacerse en torrentes de abominables injurias y no sabiendo ya qué decir, me acusó de haber vendido sus cifras. Yo me eché a reír y le pregunté en tono zumbón si creía que hubiese en toda Venecia una persona siquiera que diese por ellas un solo escudo. Esta respuesta le hizo echar espumarajos de ira, hizo ademán de llamar a los criados para hacerme, según dijo, arrojar por la ventana. Hasta entonces yo había permanecido muy tranquilo, mas, al oír esta amenaza, la cólera y la indignación me arrebataron a mi vez; me lancé a la puerta y, tirando del picaporte que la cerraba por dentro le contesté, dirigiéndome a él con paso grave: «No, señor conde, contentaos con que vuestros servidores no se mezclen en este asunto, que esto quede entre nosotros». Mi acción y mi semblante le calmaron instantáneamente, y se dibujó en su rostro el sobresalto y la sorpresa. Cuando le vi repuesto de su furia, me despedí de él en pocas palabras; luego, sin esperar su respuesta, abrí de nuevo la puerta, salí y avancé pausadamente por la antecámara en medio de sus servidores, que se levantaron, como de ordinario, y que más bien se hubieran puesto de mi lado que del suyo. Sin subir siquiera a mi habitación bajé la escalera, y salí inmediatamente de palacio para no volver jamás a pisarlo.

Fui directamente a casa de Le Blond a contarle el lance, que le sorprendió poco, pues conocía a nuestro hombre. Me invitó a comer, y esta comida, aunque improvisada, fue magnífica; a ella asistieron todos los franceses de consideración que se hallaban en Venecia, y el embajador no tuvo a su lado a nadie. El cónsul refirió la aventura a los presentes, a cuyo relato no hubo más que una opinión, que seguramente no fue favorable a S. E. No me había ajustado la cuenta ni me había dado un solo sueldo; y, reducido por todo recurso a algunos luises que tenía, me hallaba con dificultades para volverme. Todos me ofrecieron su bolsillo y tomé unos veinte zequíes de Le Blond y otros tantos del señor de Saint-Cyr, con quien, después de aquél, tenía mayor intimidad, dando las gracias a los demás, y entre tanto me albergué hasta el día de mi partida en la cancillería del consulado para probar al público que la nación no era cómplice de las injusticias del embajador. Furioso éste al verme obsequiado en mi infortunio y él abandonado, no obstante ser todo un embajador, perdió completamente la cabeza y se portó como un loco, olvidándose hasta el extremo de presentar al Senado una Memoria para hacerme detener, y, habiéndome dado aviso de ello el abate de Binis, determiné permanecer quince días más, en vez de marcharme al día siguiente, como había contado. Mi conducta había sido conocida y aprobada y yo era generalmente apreciado.

El Senado ni siquiera se dignó responder a la extravagante Memoria del

embajador, y por intermedio del cónsul me dijo que podía quedarme en Venecia cuanto tiempo quisiese sin inquietarme por las exigencias de un loco. Seguí visitando a mis amigos, fui a despedirme del embajador de España, que me recibió muy bien y del conde Finochietti, ministro de Nápoles, a quien, por no haberle encontrado, le escribí una carta y me contestó en los términos más halagüeños.

Al fin partí, no dejando, a pesar de mi estrechez, más deudas que los préstamos que acabo de citar y unos cincuenta escudos en casa del mercader Morandi, que Carrió se encargó de satisfacer y que jamás le he devuelto a pesar de habernos visto a menudo desde entonces; pero los dos citados préstamos los satisfice con toda exactitud tan pronto como me fue posible.

No dejemos a Venecia sin decir algo de las célebres diversiones de la ciudad o a lo menos de la pequeña parte que en ellas tomé durante mi permanencia. En el transcurso de mi juventud ya se ha visto cuán poco he gustado los placeres de esta edad o a lo menos los tenidos por tales. En Venecia no cambié de gustos; pero mis ocupaciones, que por otra parte me los hubieran impedido, hicieron más picarescos los sencillos recreos que me permitía. El primero y más grato era la compañía de las personas de mérito, los señores Le Blond, Saint-Cyr, Carrió, Altuna, y un noble de Forli,[53] cuyo nombre siento mucho haber olvidado, y cuyo amable recuerdo nunca deja de conmoverme; de cuantos hombres he conocido en mi vida era el que poseía un corazón más semejante al mío. Éramos también amigos de dos o tres ingleses muy despejados e instruidos, apasionados por la música como nosotros. Todos estos señores tenían mujer, amiga o querida; es tas últimas, casi todas eran jóvenes de ingenio, en cuyas casas se daban conciertos o bailes. También se jugaba, aunque muy poco; nos hacían insípido este entretenimiento los placeres vivos, las diversiones y los espectáculos. El juego no es más que un recurso de las personas que se fastidian. Yo había traído de París la preocupación que allí domina contra la música italiana, mas también había recibido de la Naturaleza la sensibilidad contra la cual nada pueden las preocupaciones. Pronto me inspiró la pasión que alienta a los que han nacido para comprenderla. Al escuchar las barcarolas, conocí que nunca había oído cantar hasta entonces, y de tal modo me aficioné a la ópera que, fastidiado de charlar, comer y jugar en los palcos, cuando no hubiera querido hacer otra cosa que escuchar, me apartaba a menudo de la compañía para ir a otro lado. Allí, solo, encerrado en mi palco, me entregaba, a pesar de la duración del espectáculo, al placer de gozarlo a mi gusto hasta el fin. Un día me quedé dormido en el teatro de San Crisóstomo y más profundamente que si estuviera en mi cama. Los pasajes más ruidosos y brillantes no pudieron despertarme; mas ¿quién pudiera expresar la deliciosa sensación que me causaron la dulce armonía y los angélicos cantos del trozo que me despertó? ¡Qué despertar, qué arrobamiento, qué éxtasis cuando a un mismo tiempo abrí los ojos y los oídos! El primer pensamiento fue creerme en el paraíso. Ese trozo encantador que todavía recuerdo y jamás olvidaré, empezaba así:

Conservami la bella
Che sí m'accende in cor.

Quise poseer este trozo, lo conseguí y lo he guardado largo tiempo; pero mejor lo conservaba en mi memoria que sobre el papel donde constaban seguramente las mismas notas, pero no era aquello mismo. Esta divina aria sólo en mi mente puede ser ejecutada, como lo fue en efecto el día que me despertó.

A mi modo de ver hay una música muy superior a la de las óperas y que no tiene semejante en Italia ni en el resto del mundo, y es la de las *scuole*. Las *scuole* son casas de caridad establecidas para dar educación a niñas pobres, a quienes dota luego la república casándolas o haciéndolas monjas. Entre los conocimientos que cultivan esas niñas, la música ocupa el primer lugar. Cada domingo en la iglesia de cada una de esas cuatro *scuole*, durante las vísperas, se ejecutan motetes a gran coro y a gran orquesta, compuestos y dirigidos por los más grandes maestros de Italia, ejecutados en tribunas enrejadas, únicamente por niñas, de las cuales la mayor no cuenta veinte años. Nada conozco tan voluptuoso, tan conmovedor como esta música; las maravillas del arte, el gusto exquisito de los cantos, la belleza de las voces, la exactitud de la ejecución, todo, en fin, en esos deliciosos conciertos concurre a producir una impresión que no es seguramente muy saludable, pero de que no creo que haya corazón capaz de librarse. Ni Carrió ni yo dejábamos nunca de asistir a esas vísperas en los *Mendicanti*, y no éramos los únicos. La iglesia estaba llena siempre de aficionados, y hasta los mismos actores de la ópera iban a estudiar el verdadero gusto del canto con estos excelentes modelos. Lo que me desconsolaba eran aquellas malditas rejas que, dando sólo paso a los sonidos, me ocultaban los bellos ángeles que tales voces tenían. Yo no hablaba de otra cosa. Un día, conversando de ello en casa de Le Blond, éste me dijo: «Si tenéis curiosidad por conocer a esas niñas, fácil es satisfaceros. Yo soy uno de los administradores de la casa y quiero que podáis merendar en su compañía». Yo no le dejé punto de reposo hasta que hubo cumplido su palabra. Al entrar en el salón que encerraba esas codiciadas bellezas sentí una emoción amorosa que jamás había experimentado. El señor Le Blond me presentó, una tras otra, todas aquellas cantatrices célebres, de quienes no conocía más que la voz y el nombre. «Venid, Sofía…». Era horrible. «Venid, Cattina…». Era tuerta. «Venid, Battina…». Estaba desfigurada por las viruelas. Apenas había una que no tuviese un defecto notable. El malvado se reía de mi cruel sorpresa. Sin embargo, hubo dos o tres que no me parecieron del todo feas: mas no cantaban sino en los coros. Yo estaba desconsolado. Durante la merienda, las estimularon y estuvieron animadas. La fealdad no excluye las gracias, y las encontré en ellas. Yo me decía: no se canta así sin alma; por consiguiente, deben tenerla. En fin, mi manera de verlas cambió del tal modo que salí prendado de todas aquellas feítas. Apenas me atrevía a volver a sus vísperas, mas en breve me tranquilicé y continué hallando sus cantos

deliciosos, y sus voces prestaban en mi mente tal encanto a sus rostros, que siempre que cantaban, a pesar de mis ojos, me empeñaba en hallarlas bellas.

Tan poco cuesta la música en Italia, que no hay que privarse cuando se tiene gusto por ella. Alquilé un clavicordio, y por un escudo tenía en mi casa cuatro o cinco sinfonistas con quienes me ejercitaba una vez a la semana ejecutando los trozos que más me gustaron. También hice ensayar algunos trozos de mis *Musas galantes.* Sea que agradase o que quisiesen halagarme, ello es que el maestro de baile de San Juan Crisóstomo me hizo pedir dos, que tuve el placer de oír ejecutar por aquella admirable orquesta, y fueron bailados por una joven llamada Bettina, linda y sobre todo amable muchacha, mantenida por un español, amigo nuestro, llamado Fagoaga y a casa de la cual íbamos a pasar la velada

Mas, a propósito de muchachas, seguramente no es en una ciudad como Venecia donde uno se abstiene de ellas, y podría decírseme: ¿nada tenéis que confesar sobre este punto? Sí; en efecto, algo tengo que decir y voy a proceder a esta confesión con la misma ingenuidad que he usado en todas las otras.

He tenido siempre aversión a las mujeres públicas y en Venecia no tenía otra cosa más a mi alcance, pues a causa de mi empleo me estaba prohibida la entrada en la mayor parte de las casas. Las hijas de Le Blond eran muy amables, pero muy difíciles, y yo apreciaba demasiado a sus padres para pensar siquiera en codiciarlas.

Más me hubiera gustado la señorita Cataneo, hija del agente del rey de Prusia; pero Carrió estaba enamorado de ella y hasta se trató de casamiento. Él estaba acomodado y yo nada tenía; él tenía cien luises de sueldo, mientras que el mío no era más que cien pistolas; y, además de que yo no quería hacerle competencia a un amigo, sabía que en todas partes, y sobre todo en Venecia, con un bolsillo tan escuálido no debe uno meterse a galanteador. Yo no había perdido el funesto hábito de engañar a mis necesidades y, harto atareado para sentir vivamente las que causa el clima, viví en esa ciudad cerca de un año con tanta prudencia como lo había hecho en París, y salí de ella al cabo de dieciocho meses sin haberme acercado a las mujeres más que en dos ocasiones y en las singulares circunstancias que voy a referir.

La primera me fue proporcionada por el pulcro gentilhombre Vitali, poco tiempo después de la satisfacción que le obligué a darme en toda regla. Se hablaba en la mesa de las diversiones de Venecia. Aquellos señores reprochaban mi indiferencia por la más incitante de todas, ponderando el gracejo de las cortesanas venecianas y diciendo que no tenían rival en el mundo. Dominico añadió que había de conocer a la más amable de todas, que él me acompañaría y que yo se lo habría de agradecer. Me reí de ese ofrecimiento oficioso, y el conde Peati, hombre ya viejo y venerable, dijo, con una franqueza que no podía esperarse de un italiano, que me creía harto prudente para que me dejase llevar por mi enemigo a una casa de muchachas. En efecto, yo no tenía ni ánimo ni intención de ir, mas, por una de esas inconsecuencias que ni yo mismo comprendo, acabé por dejarme arrastrar contra mi gusto, mi corazón, mi razón y hasta contra mi voluntad, únicamente por flaqueza, por vergüenza de manifestar

desconfianza, y, como allí se dice, *per non parer troppo coglione*. La paduana a quien visitamos era bastante linda y aun hermosa, pero no de mi gusto. Dominico me dejó con ella: yo mandé traer sorbetes; la hice cantar, y al cabo de media hora quise marcharme dejando un escudo sobre la mesa, mas tuvo el singular escrúpulo de no admitirlo sin haberlo ganado y yo la singular estupidez de quitar sus escrúpulos.

Volvíme a palacio tan persuadido de que estaba contaminado que lo primero que hice al llegar fue llamar al médico para pedirle tisanas. Es inexplicable la inquietud que sufrí durante tres semanas, a pesar de que no la justificase ninguna dolencia real ni signo alguno aparente. Yo no podía concebir que pudiese salir impune de los brazos de la paduana; el mismo médico no logró tranquilizarme sino con gran trabajo, persuadiéndome de que estaba conformado de un modo particular que hacía muy difícil que pudiese quedar infestado; y, aunque yo me haya expuesto quizá menos que otro a esta experiencia, por ese lado jamás ha sufrido menoscabo mi salud, lo cual prueba la razón del médico. Sin embargo, esta opinión no me ha hecho temerario, y, si efectivamente he recibido de la Naturaleza esta ventaja, puedo decir que no he abusado de ella.

La otra aventura, aunque también con una cortesana, fue de un género muy diferente, así por su origen como por sus consecuencias. Ya dije que el capitán Olivet había dado a bordo una comida a la que llevé al secretario de España. Me esperaba un saludo de ordenanza; la tripulación nos recibió con alegría, pero sin disparar una salva, lo que me mortificó mucho por Carrió, a quien vi un poco picado, y es lo cierto que en los buques mercantes se saluda con disparos a personas de menor categoría que la nuestra, y además yo creía merecer alguna distinción del capitán. No pude disimular, puesto que siempre me ha sido imposible, y, aunque la comida fuese muy buena y Olivet hiciese muy bien los honores de la mesa, la empecé de mal humor comiendo poco y hablando menos.

Al primer brindis, al menos, yo esperaba una salva, pero no se oyó un tiro. Carrió, que leía en mi alma, se reía al verme refunfuñar como un chiquillo, y a cosa del tercio de la comida veo aproximarse una góndola. «A fe mía, caballero —me dijo el capitán —, id con cuidado, pues se acerca el enemigo». Yo le pregunté qué quería decir, y me respondió bromeando. La góndola atracó y vi salir de ella a una joven deslumbradora, graciosamente vestida y muy libre, que en tres saltos se plantó en la cámara y la vi sentada a mi lado antes que pudiese hacerme cargo de que se había puesto otro cubierto. Era tan bella como vivaracha; una morenita de veinte abriles lo más. No hablaba más que el italiano; y sólo su acento hubiera bastado para hacerme perder la cabeza. Siguiendo así la comida y conversando me miró, se fijó un momento y luego exclamó: «¡Virgen María! ¡Ah, mi caro Brémond! ¡Cuánto tiempo hace que no te había visto!». Se arrojó en mis brazos, aplicó su boca a la mía y me abrazó frenéticamente. Sus grandes ojos negros a la oriental lanzaban centellas a mi corazón; y aunque la sorpresa motivó al principio alguna distracción, la voluptuosidad me subyugó rápidamente hasta el punto que, a pesar de los espectadores, fue necesario

que esta hermosa me contuviese, porque yo estaba ebrio, o mejor, furioso. Cuando me vio en el punto que me quería, moderó un tanto sus caricias, aunque no sin vivacidad, y cuando le plugo explicarnos la causa verdadera o falsa de toda esta petulancia, nos dijo que me parecía de tal modo al señor de Brémond, director de las aduanas de Toscana, que era muy fácil equivocarse; que se había apasionado de este Brémond, que todavía estaba loca por él, que lo había dejado porque era una tonta, que me tomaba a mí en su lugar, que quería amarme porque así le placía, que por la misma razón era forzoso que yo la amase mientras le conviniese a ella y que, aunque me dejase plantado, yo tendría paciencia, como lo había hecho su querido Brémond. Como lo dijo, lo hizo; tomó posesión de mí como si le perteneciese, dándome a guardar los guantes, el abanico, su *cinda,* su papalina; me mandaba esto o aquello y yo obedecía. Me dijo que fuese a despedir su góndola, pues quería servirse de la mía, y obedecí; me dijo que me levantara de mi asiento y rogase a Carrió que lo ocupase pues tenía que hablarle y lo cumplí. Largo tiempo conversaron juntos y en voz baja. Yo les dejé. Ella me llamó y volví. «Oye, Zanetto —me dijo—, yo no quiero de ningún modo que me hagas el amor a la francesa, y además no sería agradable; en el primer momento de fastidio, vete; pero te advierto que no te quedes a medias». Acabada la comida fuimos a visitar la fábrica de vidrios en Murano, donde compró una porción de bagatelas, que nos dejó pagar sin cumplimientos, pero ella gastó luego por todas partes sumas más fuertes que lo que nosotros habíamos pagado. Por la indiferencia con que tiraba su dinero y nos dejaba tirar el nuestro, se veía que no tenía para ella ningún valor. Cuando hacía pagar a otro, era más bien por vanidad que por avaricia; se envanecía del aprecio que se hacía de sus favores.

Al anochecer la condujimos a su casa. Conversando vi dos pistolas sobre su tocador, y tomando una, dije: «Hola, hola, he aquí una caja para lunares de nueva invención; ¿podría saberse para qué sirve? Yo conozco otras armas más temibles que éstas». Después de algunas bromas sobre el mismo tema, con una ingenua altivez que la hacía aún más interesante, nos dijo: «Cuando dispenso mis bondades a personas a quienes no amo, les hago pagar el fastidio que me causan, como es justo; mas, si sufro sus caricias, no quiero aguantar sus insultos y el que una vez me falte no lo contará».

Al separarnos quedamos citados para el día siguiente y nos dimos hora. No la hice esperar. La encontré *in vestito di confidenza;* en un traje de mañana más que galante que sólo se conoce en los países meridionales y que no me detendré a describir, aunque lo recuerdo muy bien. Sólo diré que sus vuelos y su gola eran bordados de seda, guarnecido con borlitas o madroños de color de rosa. Esto me pareció que daba nueva vida a un cutis hermosísimo, luego vi que era la moda de Venecia y me sorprende que esta moda no se haya introducido nunca en Francia. No tenía la menor idea de las voluptuosidades que me aguardaban. He hablado de la señora de Larnage en los raptos que su recuerdo me proporciona a veces; pero, todavía ¡cuán vieja y fría era comparada con Zulietta! No es posible que el lector imagine el atractivo y las

gracias de esta encantadora niña, porque se quedaría muy corto; las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las beldades de los serrallos menos vivas, las huríes del paraíso menos incitantes. Jamás se ofreció al corazón y los sentidos de un mortal más dulce goce. ¡Ah!, si a lo menos hubiese sabido gozarlo enteramente y con toda su plenitud una vez siquiera… Lo gocé, pero sin ilusión; emboté toda mi delicia; la destruí como de propósito. No, la Naturaleza no me ha hecho para gozar; ha colocado en mi mala cabeza el veneno de esta felicidad inefable, cuyo apetito depositó en mi corazón.

Si hay alguna circunstancia de mi vida que pinte bien mi carácter, es la que voy a relatar. La viveza con que se me representa en este momento el objeto de mi libro, hará que desprecie aquí el falso miramiento que podría detenerme en contarlo. Los que queréis conocer a un hombre, quienquiera que seáis, leed las dos o tres páginas siguientes: conoceréis plenamente a Juan Jacobo Rousseau.

Entré en la alcoba de una cortesana como en el santuario del amor y de la belleza, cuya divinidad creí ver en su persona. Jamás había creído que sin respeto y estimación se hubiera podido sentir nada semejante a lo que ella me hizo experimentar. Así que desde las primeras familiaridades hube conocido el precio de sus gracias y de sus caricias, cuando, por miedo de perder el fruto, de antemano quise apresurarme a cogerlo; mas de repente, en vez del fuego que me devoraba, sentí un frío mortal que me recorría todas las venas; las piernas me flaqueaban, y, sintiéndome desfallecer, empecé a llorar como un niño.

¡Quién fuera capaz de adivinar la causa de mis lágrimas y lo que en aquel instante pasaba por mi mente!

Yo me decía: este ser que está a mi disposición es la obra maestra de la Naturaleza y del amor; el espíritu y el cuerpo son perfectos; es tan buena y generosa como amable y bella: los grandes y los príncipes deberían ser esclavos suyos y a sus pies deberían rendirse los cetros. Sin embargo, es una miserable cortesana, entregada al público; un capitán mercante dispone de ella y viene por sí misma a entregarse a mí, sabiendo que nada poseo; a mí, cuyo mérito, que ella es incapaz de conocer, es nulo a sus ojos. Hay en esto algo de incomprensible: o mi corazón me engaña, fascina mis sentidos y me convierte en juguete de una indigna ramera o es fuerza que algún secreto defecto, que yo ignoro, destruya el efecto del embeleso y la haga odiosa a los que deberían disputársela. Entonces me apliqué a buscar este defecto, dominado por una lucha interna singular, y ni siquiera se me ocurrió la idea de que el gálico pudiese tomar parte en ello. La frescura de sus carnes, el brillo de su tez, la blancura de sus dientes, la suavidad de su aliento, la pulcritud de toda su persona, alejaban de mí esta idea tan completamente, que, conservando aún alguna duda sobre el estado de mi salud desde la paduana, hasta sentía el temor de no hallarme bastante sano para ella; y estoy bien persuadido de que en este punto mi confianza no me engañaba.

Estas reflexiones tan oportunamente sugeridas me conmovieron hasta el punto de hacerme llorar. Zulietta, para quien era esto un espectáculo nuevo en semejantes

circunstancias, quedó cortada por un momento; mas, habiendo dado una vuelta por el cuarto y pasado por delante del espejo, comprendió y mis ojos le confirmaron que no era el desagrado la causa de semejante fiasco, de que no le fue difícil curarme y borrar esta nimia vergüenza; mas en el momento en que estaba próximo a desfallecer sobre aquel seno, que parecía recibir por vez primera la boca y la mano de un hombre, observé que le faltaba un pezón. Sorprendí, examiné y creí que no estaba formado como el otro. Echéme a buscar en mi mente cómo podía ser eso, y, persuadido de que era debido a un vicio de la Naturaleza, a fuerza de dar vueltas a esta idea, vi claro como la luz del día que, en la persona de la más encantadora muchacha que pudiese imaginar, no tenía en mis brazos más que una especie de monstruo, desecho de la Naturaleza, de los hombres y del amor. Llevé mi estupidez hasta el extremo de hablarle de este pecho defectuoso. Al principio, ella lo tomó a broma, y, con su carácter bullicioso, dijo e hizo cosas capaces de hacerme morir de amor; mas como yo conservaba un fondo de inquietud, que no pude ocultarle, vi al fin encenderse su rostro, abrocharse de nuevo, levantarse, y sin decir palabra ir a asomarse a la ventana. Yo quise colocarme a su lado; ella se apartó, yendo a sentarse sobre un canapé, levantándose en seguida; y, paseándose por la estancia, abanicándose, me dijo en tono frío y desdeñoso: *Zanetto, lascia le donne, e studia la matematica.*

Antes de marcharme, pedíle otra entrevista para el siguiente día, que alejó ella hasta el tercero, añadiendo con una sonrisa irónica que yo tendría necesidad de reposo. Yo pasé este tiempo incómodo, embriagado por sus encantos y gracias, sintiendo mi extravagancia, echándomela en cara y afligiéndome por haber empleado tan mal un tiempo que de mí solo hubiera dependido que fuese el más dulce de mi vida; esperé con la mayor impaciencia el de reparar la pérdida, y, sin embargo, inquieto todavía, no pudiendo conciliar las perfecciones de esta adorable moza con la bajeza de su estado. A la hora citada corrí, volé a su casa. Ignoro si su temperamento ardiente se hubiera satisfecho con esta visita; a lo menos lo hubiera sido su orgullo, pues de antemano yo experimentaba un placer delicioso imaginando cómo sabría demostrarle de todas maneras que sabía reparar mis faltas. Prueba excusada. El gondolero que le envié al atracar, volvió diciendo que había partido la víspera para Florencia. Si no había sentido toda la fuerza de mi amor al poseerla, la sentí cruel por demás al perderla. Mi insensato pesar no me ha abandonado. Por más amable, por más encantadora que a mis ojos fuese, podía consolarme de perderla; mas de lo que no he podido consolarme, lo confieso, es de que no haya podido guardar de mí más que un recuerdo de menosprecio.

Éstas son mis dos anécdotas. Los dieciocho meses pasados en Venecia no me dan motivo para referir otra cosa, a no ser un simple proyecto. Carrió era galanteador; fastidiado de no tratar más que con muchachas que pertenecían a otros, tuvo el capricho de tener una también; y, como éramos inseparables, me propuso el arreglo, en Venecia nada raro, de tomarla para los dos. Yo consentí en ello; tratóse de

encontrar una de confianza: tanto buscó que al fin desenterró una niña de once a doce años, a quien su indigna madre quería vender. Fuimos a verla juntos; mis entrañas se conmovieron viendo aquella criatura; era rubia y dulce como un cordero; nadie la hubiera tomado por italiana. En Venecia se vive barato; dimos algún dinero a la madre y nos encargamos de la manutención de la hija, y, teniendo ésta buena voz, a fin de procurarle un recurso para vivir, dímosle una espineta y un maestro de canto. Apenas nos costaba todo esto dos zequíes mensuales a cada uno; mas, como era preciso aguardar a que estuviese desarrollada, era sembrar mucho antes de recoger. Sin embargo, satisfechos con ir allí a pasar las veladas, hablando y jugando muy inocentemente con esta niña, nos divertíamos quizá más gratamente que si la hubiésemos poseído; tan cierto es que lo que más nos atrae hacia las mujeres es más que la incontinencia cierto placer que se experimenta viviendo con ellas. Insensiblemente iba amando a la pequeña Anzoletta, pero con un cariño paternal, en que tan poca parte tenían los sentidos que a medida que iba aumentando me hubiera sido menos posible que se dejaran sentir; y yo conocía que me hubiera horrorizado gozar de aquella niña, llegada su edad núbil, como de un incesto abominable, y vi que los sentimientos del buen Carrió, sin que él lo echara de ver, seguían el mismo camino. Así nos proporcionamos naturalmente placeres no menos dulces, aunque muy diferentes de los que nos propusimos al principio; y estoy cierto de que por más hermosa que hubiese podido llegar a ser aquella pobre criatura, lejos de ser jamás los corruptores de su inocencia, habríamos sido sus protectores. La catástrofe que me ocurrió poco tiempo después de eso no me dejó el necesario para tomar parte en esta buena obra, y no puedo envanecerme en este asunto más que de la inclinación de mi alma. Volvamos a mi viaje.

El primer proyecto que formé al salir de la casa de Montaigu fue retirarme a Ginebra esperando que una suerte mejor, apartando los obstáculos, pudiese reunirme a mi pobre mamá. Mas el ruido que había metido nuestro rompimiento y la tontería que él cometió de escribirlo a la corte, me hizo tomar la resolución de ir yo mismo a dar cuenta de mi conducta y quejarme de un loco. Desde Venecia participé mi resolución al señor du Theil, encargado interino de los negocios extranjeros desde la muerte del señor de Amelot. Partí al mismo tiempo que la carta, tomando el camino por Bérgamo, Como y Domodossola, y atravesé el Simplón. En Sión, el señor de Chaignon, encargado de negocios de Francia, me dispensó mil finezas, y otro tanto hizo en Ginebra el señor de la Closure. Aquí renové mi conocimiento con el señor de Gauffecourt, quien debía entregarme algún dinero. Había pasado por Nyon sin ver a mi padre, y no es que no me costase gran trabajo, mas no pude resolverme a mostrarme a mi madrastra después de mi desastre, seguro de que ella me juzgaría sin oírme. El librero Duvillard, antiguo amigo de mi padre, me lo reprochó. Yo le dije la causa, y, para reparar mi falta sin exponerme a ver a mi madrastra, tomé una silla y fuimos juntos a Nyon parando en la taberna. Duvillard fue a buscar a mi pobre padre, que acudió volando a mis brazos. Cenamos juntos, y, después de haber pasado una

velada grata a mi corazón, a la mañana siguiente volví a Ginebra con Duvillard, a quien siempre he agradecido el bien que en esta ocasión me hizo.

El camino más corto no era el de Lyon, pero quise pasar por allí a fin de descubrir una miserable intriga del señor de Montaigu. Yo me había hecho traer de París una cajita que contenía una chupa bordada en oro, algunos pares de vueltas y seis de medias de seda blancas; nada más. Habiéndomelo propuesto él mismo, hice unir esta cajita a su equipaje. En la cuenta de boticario que quiso darme en pago de mis honorarios y que había escrito de su propio puño, había puesto esa cajita, a que llamaba fardo, atribuyéndole un peso de quince quintales, cuyo porte ascendía a un precio enorme. Por mediación del señor Boy de la Tour, a quien estaba yo recomendado por su tío el señor Roguin, se averiguó por los registros de las aduanas de Lyon y de Marsella que el expresado fardo no pesaba más que cuarenta y cinco libras y no había pagado el porte más que a razón de este peso. Junté este extracto auténtico a la cuenta del señor de Montaigu; y pertrechado con estos documentos y con muchos otros del mismo género, me trasladé a París, impaciente por hacer uso de ellos. Durante esta larga travesía tuve algunas aventurillas en Como, en Valais y otros puntos. Vi varias cosas, y entre otras las islas Borromeas, que merecerían ser descritas; pero me falta tiempo, me rodean los espías; me veo obligado a hacer aprisa y mal un trabajo que exige el espacio y la tranquilidad que me falta. Si alguna vez la Providencia vuelve a mí los ojos y me procura días más calmos, los destino a refundir esta obra si me es posible, o a lo menos a ponerle un suplemento que conozco necesita en gran manera.[54]

El ruido de mi historia se me había adelantado, y al llegar hallé en las oficinas y fuera de ellas a todo el mundo escandalizado por las locuras del embajador. A pesar de esto, a pesar de mi reputación en Venecia, a pesar de las pruebas irrefutables que yo exhibía, no pude obtener justicia. Lejos de obtener satisfacción y reparación, hasta fui dejado a discreción del embajador en cuanto a mis haberes, y esto por la única razón de que, no siendo francés, no tenía derecho a la protección nacional, y de que esto era un asunto particular entre él y yo. Todo el mundo convino conmigo en que yo estaba ofendido y perjudicado; en que el embajador era un extravagante, cruel inicuo, y que este hecho lo deshonraba para siempre. Pero ¡no importa! Él era embajador y yo nada más que secretario. El buen orden o lo que así se llama exigía que yo no obtuviese la menor justicia, y no logré ninguna. Me imaginé que a fuerza de gritar y tratar a este loco como se merecía, al fin me dirían que callase, y esto era lo que esperaba resuelto a no obedecer hasta que se hubiese sentenciado la causa. Pero no había ministro de Relaciones Exteriores entonces y me dejaron gritar; es más, me animaron y me hacían coro; mas aquí paró todo, hasta que, cansado de tener siempre razón y nunca justicia, me desanimé y abandoné el asunto.

La única persona que me recibió mal, y de quien menos lo habría esperado, fue la señora de Beuzenval. Hinchada con sus prerrogativas de jerarquía y de nobleza, jamás le pudo entrar en la cabeza que un embajador pudiese no tener razón contra su

secretario. La acogida que me dispensó fue conforme a ese prejuicio. Yo me piqué de tal modo que, al salir, le dirigí una carta de las más violentas que haya escrito en mi vida y no me presenté más en su casa. El padre Castel me recibió mejor; pero, a través de su melosidad jesuítica, le vi seguir con bastante exactitud una de las grandes máximas de la Orden, que es inmolar siempre al más débil en aras del poderoso. El vivo sentimiento de la justicia de mi causa y mi altivez natural no me permitieron sufrir con paciencia esta parcialidad. Dejé de ver al padre Castel, y por consiguiente a los jesuitas, pues a él sólo conocía. Por otra parte el espíritu tiránico e intrigante de sus cofrades, tan diferente de la hombría de bien del buen padre Hemet, me alejaba tanto de su trato, que no me he relacionado con ningún otro desde entonces, exceptuando al padre Berthier, a quien vi dos o tres veces en casa del señor Dupin, con quien trabajaba con todas sus fuerzas en la refutación a Montesquieu.

Acabemos, para no acordarnos más de ello, con lo que me resta decir del señor de Montaigu. En nuestras disputas le había dicho que no le convenía un secretario, sino un pasante de procurador. Él siguió este parecer y realmente me dio por sucesor uno muy largo de manos, que en menos de un año le robó veinte o treinta mil libras. Lo echó, lo hizo poner preso, echó igualmente a sus gentileshombres vergonzosamente y con escándalo; dio motivo a mil querellas, recibió afrentas, que no sufriría el menor criado, y a fuerza de locuras acabó por ser destituido de su empleo. A lo que parece, en medio de las reprensiones que recibió de la corte no quedó olvidado el asunto que tenía pendiente conmigo; a lo menos poco tiempo después de su regreso, me envió su maestresala para saldar mi cuenta y darme dinero. En aquellos momentos me hallaba necesitado; mis deudas de Venecia, deudas de honor si las hay, pesaban sobre mi corazón como losa de plomo, y aproveché el medio que se me presentaba para desembarazarme de ellas, así como del pagaré de Zanetto Nani. Tomé lo que quisieron darme; pagué todas mis deudas, y me quedé sin blanca, como antes, pero aliviado de un peso que me era insoportable. Desde entonces no he oído hablar más del señor de Montaigu hasta que por la voz pública supe su muerte. ¡Dios conceda la paz a este pobre hombre! Tan propio era para el cargo de embajador como lo había sido yo en mi infancia para el de procurador. Sin embargo, sólo de él dependió poder sostenerse honrosamente por medio de mis servicios, y hacerme adelantar rápidamente en la carrera a que el conde de Gouvon me había destinado en mi juventud, y para la cual me había hecho apto por mí mismo en edad más avanzada.

La justicia e inutilidad de mis clamores dejaron en el fondo de mi alma un germen de indignación contra nuestras estúpidas instituciones civiles, en que el verdadero bien público y la verdadera justicia quedan siempre sacrificadas a no sé qué orden aparente, destrucción real de todo orden, que sólo sirve para agregar la sanción de la autoridad pública a la opresión del débil y a la iniquidad del fuerte. Dos cosas concurrieron para impedir que por entonces se desarrollara ese germen como lo ha hecho posteriormente; la primera, que en este asunto se trataba de mí, y que el interés privado, que jamás ha producido nada grande y noble, no hubiera sido capaz de

suscitar en mi corazón los divinos impulsos que sólo puede provocar en él el más puro amor de lo justo y de lo bello; la otra fue la dulzura de la amistad que templaba y calmaba mi cólera por medio del ascendiente de un sentimiento más dulce. Había conocido en Venecia a un vizcaíno amigo de mi querido Carrió, y digno de serlo de todo hombre de bien. Este amable joven, nacido para poseer todos los talentos y todas las virtudes, acababa de recorrer Italia para adquirir el gusto de las bellas artes; y, pareciéndole que nada más tenía que adquirir, quería volverse directamente a su patria. Yo le dije que las artes no eran más que un descanso para un ingenio como el suyo, apto para el cultivo de las ciencias, y le aconsejé que para aficionarse a ellas fuese a vivir seis meses en París. Me creyó y fue allá, donde me esperaba cuando llegué. Su habitación era sobrado grande para él y me ofreció la mitad, que acepté. Halléle en el fervor de los grandes conocimientos. Nada estaba fuera de su alcance; todo lo devoraba y digería con prodigiosa rapidez. ¡Cuánto me agradeció haber procurado este alimento a su espíritu, atormentado por la necesidad de saber sin que lo sospechase él mismo! ¡Qué tesoro de luces y de virtudes encontré en esta alma de temple fuerte! Conocí que era el amigo que me convenía, y llegamos a ser íntimos. Nuestros gustos no eran iguales, siempre estábamos disputando; tercos ambos, jamás estábamos acordes en punto alguno, y, sin embargo, no podíamos separarnos; y, mientras sin cesar nos hacíamos la oposición, ninguno de los dos hubiera querido que el otro fuese de distinta manera.

Ignacio Manuel de Altuna era uno de esos hombres raros que sólo produce España, aunque demasiado pocos para su gloria. No tenía esas pasiones violentas nacionales, comunes en su país; la idea de la venganza no podía entrar en su mente, como tampoco podía tener cabida en su corazón el deseo de la misma. Era demasiado altivo para ser vengativo, y le he oído decir muchas veces con la mayor sangre fría que ningún mortal podía inferir una ofensa a su alma. Era galante sin ser tierno; jugaba con las mujeres como si fuesen lindas criaturas. Se divertía con las queridas de sus amigos, mas nunca le vi tener ninguna ni desearla tampoco. El fuego de la virtud que alimentaba su corazón no permitió nunca que brotara el de sus sentidos.

Acabados sus viajes, se casó; murió joven dejando hijos, y estoy persuadido como de mi propia existencia de que su mujer fue la primera y la única que le hizo conocer los placeres del amor. En lo exterior era devoto a la española, mas en su interior tenía la piedad de un ángel.

A no ser yo mismo, no he visto en la vida otra persona más tolerante que él; jamás se informó de cómo pensaba nadie en materia de religión. Poco le importaba que su amigo fuese judío, protestante, turco, beato o ateo, con tal que fuese hombre de bien. Obstinado, testarudo en materias de poca importancia, desde el momento que se trataba de religión, y aun de moral, se contenía y callaba, o decía simplemente: *no tengo que ocuparme sino de mí.* Parece increíble que pueda aunarse tanta elevación de alma con un espíritu de detalle llevado hasta la minuciosidad. De antemano fijaba la distribución del día por horas, cuartos de hora y minutos, y seguía esta distribución

tan escrupulosamente que, si hubiese dado la hora en el momento en que estaba leyendo una frase, hubiera cerrado el libro sin acabarla. Para cada cosa tenía su tiempo señalado: para la meditación, para la conversación, para el oficio divino, para Locke, para el rosario, para las visitas, para la música, para la pintura; y no había placer, ni tentación, ni complacencia capaz de alterar este orden; sólo hubiera podido alterarlo el tener que cumplir con un deber. Cuando me refería la lista de su distribución a fin de que yo hiciese lo propio, empezaba por reírme y acababa por llorar de admiración. Nunca molestaba a nadie ni toleraba ninguna molestia; y se mostraba brusco con todos los que por cortesía querían molestarle. Sin ser colérico, era mohíno. Le he visto a menudo acalorado, pero nunca enfadado. Nada tan alegre como su carácter; sabía aguantar las bromas y le agradaba darlas; es más, brillaba en ellas y hasta tenía el talento del epigrama. Cuando le animaban, era vocinglero y hasta escandaloso de palabra; su voz se oía de lejos, pero, al paso que gritaba, se le veía sonreír; y a lo mejor, en medio de sus arranques, se le ocurría alguna frase chistosa que hacía reír a todo el mundo; no tenía ni el color ni la calma de los españoles; su cutis era blanco, las mejillas sonrosadas, el cabello de un castaño casi rubio. Era alto y gallardo. Su cuerpo estaba formado para contener su alma.

Este hombre, profundo lo mismo de corazón que de cabeza, distinguía a los hombres y fue mi amigo. Es cuanto respondo a quienquiera que no lo sea. De tal suerte nos unimos, que proyectamos vivir juntos. A la vuelta de algunos años debía yo pasar a Azcoitia para vivir con él en sus tierras.

La víspera de su partida, arreglamos todos los detalles de este proyecto. Sólo faltó lo que no depende de los hombres en los proyectos mejor concertados. Los acontecimientos posteriores, mis desastres, su casamiento, y, por fin, su muerte, nos separaron para siempre.[55]

Diríase que sólo logran buen resultado los miserables complots de los malvados; los inocentes proyectos de los buenos casi nunca se cumplen. Habiendo tocado de cerca el inconveniente de la dependencia, prometíme no exponerme nunca más a ella. Habiendo visto desmoronarse desde su principio los proyectos de ambición que las circunstancias me habían hecho formar, desanimado en cuanto a entrar en la carrera que tan bien había comenzado y de la cual, como quiera que sea, acababa de ser expulsado, resolví no ligarme a nadie sino conservar mi independencia sacando partido de mis conocimientos, cuyo valor comenzaba a conocer al fin y que hasta entonces había juzgado con harta modestia. Emprendí de nuevo el trabajo de mi ópera, que había interrumpido para ir a Venecia, y, a fin de dedicarme a ello con más tranquilidad, cuando se hubo marchado Altuna, me alojé nuevamente en mi antigua fonda de San Quintín, que, situada en un barrio solitario y no lejos del Luxemburgo, me era más cómodo para trabajar a mis anchas que la ruidosa calle de Saint-Honoré. Allí me esperaba el único consuelo real que me ha concedido el cielo en medio de mi desgracia, y el único que me la hace soportable. Ésta no es una relación pasajera, y es conveniente que entre en algunos detalles acerca del modo de adquirirla.

Teníamos una buena patrona natural de Orleáns, que tomó para trabajar en la ropa blanca una paisana suya de unos veintidós a veintitrés años, la cual comía con nosotros. Esta joven, llamada Teresa Le Vasseur, era de buena familia, hija de un oficial de la fábrica de moneda de Orleáns y de una tendera, los cuales tenían muchos hijos. No funcionando ya la casa de moneda de Orleáns, quedó su padre sin empleo; y la madre, después de haber sufrido grandes pérdidas comerciales, dejó el comercio y se vino a París con su marido e hija, que mantenía a los tres con su trabajo.[56]

La primera vez que vi aparecer a esta joven en la mesa me maravilló su aspecto modesto y más aun su mirada viva y dulce que para mí jamás tuvo semejante. Había en la mesa, además del señor Bonnefond, varios abates irlandeses, gascones y otra gente de igual estofa. Nuestra huéspeda también había llevado una vida algo desarreglada y allí era yo la única persona que hablaba y obraba con decencia. Empezaron a molestar a la muchacha; yo tomé su defensa e inmediatamente llovieron sobre mí las pullas y los sarcasmos. Aun cuando no hubiese sentido naturalmente ninguna inclinación hacia la pobre joven, la compasión y la contradicción me la habrían inspirado. Siempre me ha atraído la modestia en las maneras y en las palabras, sobre todo en el sexo débil; por consiguiente, vine a ser abiertamente su campeón. La vi sensible a mis cuidados, y sus miradas, animadas por el agradecimiento que no osaba expresar con palabras, fueron todavía más penetrantes.

Ella era muy tímida, yo lo mismo. Las relaciones que esta común disposición parecía alejar, se establecieron, sin embargo, con gran rapidez. La patrona, que lo echó de ver, se puso furiosa; y sus brutalidades acrecentaron más aún mi ascendiente sobre el ánimo de la muchacha, que, no teniendo otro apoyo que yo en toda la casa, me veía salir con pesar y suspiraba por la vuelta de su protector. La correspondencia de nuestros corazones y el concurso de nuestras disposiciones produjeron bien pronto su natural efecto. Ella creyó ver en mí un hombre honrado, y no se equivocó; yo creí ver en ella una joven tierna, sencilla y sin coquetería, y tampoco me equivoqué. De antemano le declaré que jamás la abandonaría, aunque no me casaría tampoco. El amor, la estimación y la candorosa sinceridad fueron los agentes de mi triunfo; y fui afortunado sin ser emprendedor, porque su corazón era honesto y tierno.

El temor que se apoderó de ella de que yo me incomodase no hallando lo que creía que yo deseaba, retardó mi felicidad más que ninguna otra cosa. La vi cortada y confusa antes de entregarse, querer explicarse y no atreverse a ello. Lejos de dar con la verdadera causa de su inquietud, imaginé otra muy falsa y afrentosa para su conducta; y, creyendo que ella me advertía que mi salud corría riesgo, caí en una perplejidad que no me contuvo, pero que envenenó mi felicidad durante muchos días. Como no nos entendíamos uno a otro, nuestras conversaciones en este punto eran otros tantos enigmas y baturrillos completamente risibles. Ella estuvo a punto de creerme completamente loco, yo próximo a no saber qué pensar de ella. Al fin nos explicamos; ella me confesó llorando una falta única cometida apenas salida de la infancia, fruto de su ignorancia y de la habilidad de un seductor. Así que la hube

comprendido lancé un grito de alegría: «Virginidad —exclamé—, ¿se puede buscar en París a los veinte años? ¡Ah, Teresa mía, ya soy harto afortunado poseyéndote prudente tal cual eres, y sana, aunque no halle lo que no buscaba!».

Al principio no me había propuesto encontrar más que un pasatiempo; mas luego vi que había hecho algo más y me había proporcionado una compañera. Un poco de trato con esta excelente joven y el reflexionar sobre mi situación, me hicieron conocer que pensando sólo en mis placeres había ganado mucho para mi felicidad. En lugar de la extinguida ambición necesitaba otro sentimiento que llenase mi corazón. En una palabra, necesitaba una sucesora de mamá; puesto que no debía ya vivir con ella, necesitaba alguien que viviese con su discípulo y reuniese la sencillez y docilidad de corazón que ella había hallado en mí. Era preciso que la dulzura de la vida privada y doméstica me indemnizaran del brillante porvenir a que renunciaba. Cuando vivía enteramente solo, estaba mi corazón vacío; pero no se necesitaba más que otro corazón para llenarlo. La suerte me había quitado, enajenado, a lo menos en parte, aquel que la Naturaleza había formado para mí, y desde entonces yo estaba solo, pues para mí no había término medio entre todo y nada. En Teresa hallé el suplemento que necesitaba; por su medio viví feliz cuanto podía serlo dado el curso de los acontecimientos.

Al principio, me propuse formar su inteligencia, mas fue tiempo perdido. Su capacidad era lo que la Naturaleza la había hecho; el cultivo y el trabajo no le servían de nada. No me avergüenzo de confesar que nunca ha sabido leer bien, a pesar de que escribe regularmente. Cuando fui a vivir en la calle Neuvedes-Petits-Champs en la fonda de Pontchartrain, frente a mis ventanas había un cuadrante en el cual me esforcé durante más de un mes en hacerle conocer las horas; hoy día apenas las conoce. Jamás ha podido seguir el orden de los meses del año, y no conoce una sola cifra, no obstante todo el cuidado que he puesto para enseñárselas. No sabe contar el dinero ni el precio de nada. La palabra que se le ocurría hablando, era a menudo la opuesta a lo que quería expresar. Tiempo atrás hice un diccionario de sus frases para divertir a la señora de Luxembourg, y sus *quid pro quos* han sido célebres en las reuniones que he frecuentado. Sin embargo, esta persona tan limitada, y si se quiere tan estúpida, razona de un modo excelente en las ocasiones difíciles. A menudo en Suiza, en Inglaterra, en Francia, en las catástrofes que he sufrido, ella ha visto lo que yo mismo no veía; me ha dado los mejores consejos, me ha sacado de peligros en que yo ciegamente me precipitaba, y ante las damas de la más elevada jerarquía, ante los grandes y los príncipes, sus sentimientos, su buen sentido, sus respuestas y su conducta le han granjeado la estimación universal; y a mí parabienes, de cuya sinceridad no podía dudar, sobre su mérito.

Junto a las personas amadas, el sentimiento nutre la inteligencia lo mismo que el corazón y se tiene poca necesidad de buscar otras ideas en otra parte. Vivía con mi Teresa casi tan agradablemente como si fuese el más bello ingenio de la Naturaleza. Su madre, orgullosa por haberse criado al lado de la marquesa de Monpipeau, se

preciaba de ilustrada, quería dirigirla, y con su astucia echaba a perder la sencillez de nuestras relaciones. El fastidio de esta importunidad me hizo vencer algún tanto la necia vergüenza de no presentarme en público con Teresa; juntos dábamos pequeños paseos campestres y hacíamos meriendas deliciosas. Veía que me amaba sinceramente y esto redoblaba mi ternura. Esta dulce intimidad me bastaba y el porvenir ya no me importaba nada, o por lo menos no lo consideraba más que como una prolongación del presente, y sólo deseaba asegurar su duración.

Por causa de este sentimiento hallé superfluas e insípidas todas las demás disipaciones. No salía más que para ir a casa de Teresa, que vino a ser casi la mía, y esta vida retirada fue tan ventajosa para mi trabajo, que en menos de tres meses concluí mi ópera, letra y música. Sólo faltaban algunos acompañamientos y partes accesorias, trabajo material que me aburría. Propuse a Philidor si quería hacerlo dándole una parte en los beneficios. Vino dos veces e hizo algunos accesorios en el acto de Ovidio; mas no pudo halagarle un trabajo tan asiduo con la perspectiva de una ganancia lejana y aun incierta. No vino más, y yo mismo terminé mi tarea.

Terminada la obra, era preciso sacar de ella algún provecho: otro trabajo mucho más difícil todavía. En París nada consigue el que se halla aislado. Pensé abrirme camino por medio del señor de la Poplinière, a quien me había presentado Gauffecourt a su regreso de Ginebra. Era aquél el mecenas de Rameau, y su mujer su más humilde alumno. Rameau era, como vulgarmente se dice, el todo en aquella casa. Creyendo que tendría gusto en proteger una obra de un discípulo suyo, quise mostrársela, mas él no quiso mirarla, diciendo que no podía leer partituras porque se fatigaba demasiado. A esto la Poplinière dijo que podía hacérsela oír y me ofreció reunir los músicos necesarios para ejecutar algunos trozos. No deseaba yo otra cosa. Rameau consintió en ello gruñendo y repitiendo sin cesar que debía ser cosa muy linda una composición de un hombre que no pertenecía al gremio teatral y que se había aprendido la música él solo.

Yo me apresuré a disponer cinco o seis trozos escogidos. Diéronme una docena de músicos, y Albert, Bérard y la señorita Bourbonnais fueron los cantores. Desde la introducción comenzó a dar a entender con sus exagerados elogios que no podía ser mía. No dejó pasar un solo trozo sin dar muestras de impaciencia; mas en un aria de contralto, cuyo canto era vigoroso y sonoro, y muy brillante el acompañamiento, no pudo contenerse y me apostrofó con una brutalidad que asustó a todo el mundo, sosteniendo que una parte de lo que acababa de oír debía ser obra de un maestro consumado y lo demás de un ignorante que apenas sabía de música. Y es la verdad que mi trabajo desigual y sin arte tan pronto era sublime como trivial, como debe serlo el de cualquiera que sólo posee arranques de genio y no se halla sostenido por la ciencia. Rameau pretendió no ver en mí más que un plagiario falto de gusto y de talento, pero los demás presentes, y sobre todo el dueño de casa, no fueron del mismo parecer. El señor de Richelieu, que por aquel entonces visitaba mucho al señor y, como es sabido, a la señora de Poplinière, oyó hablar de mi trabajo y quiso oírlo

completo, teniendo el propósito de presentarlo a la corte si le gustaba. Se ejecutó a grandes coros y a toda orquesta a expensas del rey en casa de Bonneval, intendente de la ropa blanca. Francoeur dirigía la orquesta. Produje un efecto sorprendente; el señor duque no cesaba de proferir exclamaciones y de aplaudir; y al concluirse un coro en el acto del Tasso, se levantó y, viniendo hacia mí, me tendió la mano diciendo: «Caballero Rousseau, ésta es una armonía que entusiasma; jamás he oído nada más bello, y quiero que esta obra se represente en Versalles». La señora de la Poplinière, que estaba presente, no dijo palabra. Rameau no quiso venir, aunque fue invitado. Al día siguiente la señora de la Poplinière me recibió en su cuarto con marcada dureza, afectó rebajar mi obra y me dijo que si bien había alucinado al señor de Richelieu un poco de oropel, ya se había desengañado, y ella me aconsejaba que no fundase esperanzas en mi obra; mas habiendo llegado poco después el duque, me habló en términos muy distintos, pareciéndome siempre dispuesto a hacer ejecutar mi obra delante del rey. «Lo único —me dijo— que no puede pasar es el acto del Tasso, que habrá de cambiarse». Por sólo estas palabras fui a encerrarme en mi casa, y en tres semanas compuse otro acto en lugar suyo, cuyo asunto era Hesiodo inspirado por una musa, donde hallé medios de introducir una parte de la historia de mis conocimientos y de la emulación con que Rameau quería tener la bondad de honrarlos. Había en este acto una elevación menos gigantesca y mejor sostenida que en el del Tasso; y, si los otros dos actos hubiesen estado a la altura de éste, toda la obra habría sostenido ventajosamente la representación; pero, cuando lo estaba terminando, suspendió otra empresa la realización de ésta.

(1745-1747). Durante el invierno siguiente a la batalla de Fontenoy hubo en Versalles muchas fiestas y entre ellas se dieron varias óperas en el teatro des Petites-Écuries. Una de éstas fue el drama de Voltaire titulado la *Princesa de Navarra,* cuya música había compuesto Rameau y que acababa de ser cambiado y reformado bajo el nombre de *Las fiestas de Ramiro.* Este nuevo asunto exigía varios cambios en el antiguo, así en el verso como en la música. Tratábase de hallar alguien que llenase este doble objeto. Voltaire, que se encontraba entonces en Lorena, y Rameau estaban por entonces ocupados ambos en la ópera *El templo de la gloria* y no podían distraerse en esto. El señor de Richelieu pensó en mí y me hizo proponer tomarlo a mi cargo; a fin de que pudiese examinar mejor lo que había que hacer, me envió por separado el poema y la música. Ante todo no quise tocar nada en el verso sin la aquiescencia de su autor, y a este fin le dirigí una carta muy atenta y hasta respetuosa, como correspondía. He aquí su respuesta, cuyo original consta en el legajo A. núm, 1.

15 de diciembre de 1745.

Vos reunís dos talentos que hasta ahora siempre han existido separados. He aquí ya dos poderosos motivos para que os aprecie y procure quereros. Siento por vos que los empleéis en una obra que vale poco. Hace algunos meses, el señor duque de Richelieu me dio orden de que le hiciese imprescindiblemente en un abrir y cerrar de ojos un mal bosquejo de algunas escenas insípidas y truncadas que debían ajustarse a trozos musicales que no les correspondían. Obedecí con la mayor exactitud; lo hice muy aprisa y muy mal. Remití

este miserable croquis al duque contando con que no serviría o con que, a lo menos, podría corregirlo antes. Afortunadamente se halla en vuestras manos y os dejo dueño absoluto: yo no me acuerdo más de ello. No me cabe duda de que habréis rectificado todas las faltas escapadas necesariamente en la composición tan rápida de un simple bosquejo, y que habréis suplido a todo.

Me acuerdo de que, entre otros descuidos, no indiqué en estas escenas, que enlazan los intermedios de música, cómo pasa la princesa granadina de una prisión a un jardín o palacio. Como no es un mago el que la festeja, sino un magnate español, me parece que nada debe hacerse por arte de encantamiento; así pues, os ruego que tengáis la bondad de revisar este pasaje de que sólo conservo un confuso recuerdo. Ved si es necesario que se abra la prisión y que desde ella se haga pasar a nuestra princesa a un magnífico palacio dorado y brillante preparado para ella. Ya sé muy bien que todo esto es muy mezquino y que está muy por debajo de un ser racional la idea de tomar esas bagatelas como cosas de importancia; pero, en fin, ya que se trata de desagradar lo menos posible, preciso es hacerlo del modo más razonable que se pueda, aun cuando se trate de un mal intermedio de ópera.

Me entrego completamente a vos y al señor Ballot, en la seguridad de tener que daros en breve las gracias y reiteraros hasta qué punto tengo el honor de ser, etc.

Nadie se sorprenda al ver la gran cortesía de esta carta, comparada con las otras semidescomedidas que posteriormente me escribió. Había creído que yo privaba mucho con el señor de Richelieu, y la eslasticidad cortesana que todo el mundo le reconoce le obligaba a tener muchos miramientos con un neófito, hasta que conoció mejor la extensión de su crédito.

Autorizado por el señor de Voltaire y dispensado de todo miramiento con respecto a Rameau, que no procuraba más que fastidiarme, me puse a trabajar, y en dos meses estuvo concluida la tarea. En cuanto a los versos, modifiqué poca cosa. Sólo procuré que no se notara la diferencia de los estilos, y tuve la presunción de creer haberlo logrado. Pero en cuanto a la música, mi trabajo fue más largo y más penoso. Además de que tuve que hacer varios trozos preparatorios, entre ellos la introducción, todo el recitado que tuve encargo de componer resultó de una dificultad extrema, por cuanto era preciso enlazar a menudo con pocos versos y modulaciones muy rápidas, sinfonías y coros escritos en tonos muy distantes; pues a fin de que Rameau no me acusase de haber desfigurado sus cantos, no quise cambiar ni transportar ninguno. Salí airoso de este recitado; estaba bien acentuado, lleno de energía, y sobre todo excelentemente modulado. La idea de los dos hombres superiores a quienes se habían dignado asociarme, levantó mi inspiración; y puedo envanecerme de que en este trabajo ingrato y sin gloria, que el público debía hasta ignorar, me sostuve casi siempre a la altura de mis modelos.

La obra, tal cual yo la había dejado, fue representada en el teatro de la Ópera. De los tres autores sólo yo me hallé presente: Voltaire estaba ausente y Rameau no vino o se ocultó. El primer monólogo era muy lúgubre; he aquí el primer verso: «Oh, muerte, ven a cortar de mis desdichas el hilo…». Fue preciso ponerle una música adecuada. Sin embargo, en esto fundó su censura la señora de la Poplinière, acusándome agriamente de haber hecho música de entierro. El señor de Richelieu empezó juiciosamente por enterarse de quién era el autor de este monólogo. Yo le presenté el manuscrito que él mismo me había enviado y probaba que era de Voltaire. «En este caso —dijo— sólo él tiene la culpa». Durante la ejecución todo lo que era

mío fue sucesivamente condenado por la señora de la Poplinière y aprobado por Richelieu; mas como al fin tenía que habérmelas con enemigo fuerte por demás, se me indicó que debía modificar muchas cosas en mi trabajo, sobre las cuales preciso era consultar a Rameau. Lacerado por semejante conclusión en vez de los elogios que esperaba y ciertamente me eran debidos, me retiré con el corazón angustiado. Caí enfermo, extenuado de fatiga, devorado por el despecho; y en seis semanas no me hallé en estado de salir de casa.

Rameau, que estuvo encargado de las modificaciones indicadas por la señora de la Poplinière, me mandó pedir la introducción de mi grande ópera, para sustituirla a la que yo acababa de componer. Afortunadamente presumí la zancadilla y la rehusé. Como no faltaban más que cinco o seis días para la representación, no hubo tiempo para componer otra, y tuvieron que dejar la mía. Estaba compuesta al gusto italiano, muy nuevo por entonces en Francia; sin embargo, agradó, y supe, por medio del señor de Valmalette, maestresala del rey, y yerno del señor Mussard, pariente y amigo mío, que los inteligentes estaban muy satisfechos de mi trabajo y que el público no lo había distinguido del de Rameau. Pero éste, de acuerdo con la señora de la Poplinière, tomó sus medidas para evitar que se supiese que yo había trabajado en aquella obra. En los cuadernos que se distribuyen a los espectadores y en que siempre constan los autores, no se nombraba más que a Voltaire; y Rameau prefirió que se suprimiese su nombre a verlo asociado con el mío.[57]

Así que pude salir de casa, fui a visitar al señor de Richelieu; mas llegué tarde, pues acababa de partir para Dunkerque, donde debía mandar el embarque destinado para Escocia. A su vuelta, dije para mis adentros y para disculpar mi pereza, será demasiado tarde. No habiéndole visto más desde entonces, he perdido el honor de mi trabajo y los honorarios que debía producirme; y el tiempo, el trabajo, mi melancolía, mi enfermedad y el dinero que me costó, todo cargó sobre mí sin proporcionarme un sueldo de beneficio, o mejor de resarcimiento. No obstante, siempre he creído que Richelieu me tenía afecto y que se había formado un concepto ventajoso de mis méritos; pero mi infortunio y la señora de la Poplinière impidieron los efectos de su buena voluntad.

Yo no podía comprender la aversión de esta mujer, a quien me había esforzado en agradar y a quien hacía con regularidad la corte. Gauffecourt me explicó las causas. «Primeramente —me dijo— su amistad con Rameau, de quien es la primera encomiadora, y que no quiere aguantar ningún competidor; y además —añadió— tenéis un pecado original que a sus ojos os condena y no os perdonará jamás, y es ser ginebrino». En seguida me explicó que el abate Hubert, que lo era, y amigo verdadero del señor de la Poplinière, se había esforzado por evitar que se casara con esta mujer, a quien conocía muy bien; y que después del casamiento le había jurado un odio implacable, así como a todos los ginebrinos. «Aunque la Poplinière —añadió— os aprecie, como me consta, no contéis con él, porque está enamorado de su mujer; ella os odia, es ruin y hábil; no adelantaréis nunca nada en esa casa». Yo no eché el

consejo en saco roto.

El mismo Gauffecourt me prestó luego un gran servicio. Acababa de perder a mi virtuoso padre, a los sesenta años de edad, pérdida que sentí entonces menos que en otro tiempo cualquiera en que la estrechez de mi situación no me hubiera preocupado tanto. Mientras vivió, no quise reclamar lo que restaba de los bienes de mi madre y de los cuales percibía él una pequeña renta. Ya no tuve escrúpulo ninguno después de su muerte, mas la falta de prueba jurídica de la muerte de mi hermano ofreció una dificultad que Gauffecourt se encargó de remover y que obvió en efecto, valiéndose de los buenos servicios del abogado de Lolme. Como yo necesitaba en gran manera estos recursos, y como el resultado de mis gestiones era dudoso, esperaba la nueva definitiva con viva ansiedad. Una noche, al entrar en mi casa, hallé la carta que debía contener esta noticia y la cogí para abrirla con un temblor de impaciencia de que me avergonzaba yo mismo. «¿Y qué —me dije con desdén—, Juan Jacobo debe dejarse subyugar a tal extremo por el interés y la curiosidad?». Y en seguida dejé la carta sobre la chimenea, me desnudé, me acosté tranquilamente; dormí mejor que de ordinario, y al día siguiente me levanté bastante tarde, sin pensar ya en mi carta. Mientras me estaba vistiendo, la eché de ver, abríla sin apresurarme y hallé una letra de cambio. Tuve a la vez varias satisfacciones, pero la más viva fue la de haber sabido vencerme a mí mismo. Podría citar muchos otros rasgos semejantes en mi vida, pero tengo que apresurarme demasiado para poder decirlo todo. Envié una pequeña parte de este dinero a mi pobre mamá, recordando con las lágrimas en los ojos aquellos felices tiempos en que lo hubiera puesto todo a sus pies. En todas sus cartas se traslucía la estrechez en que se hallaba; me enviaba montones de recetas y secretos con que pretendía que yo hiciese mi fortuna y la suya. El sentimiento de su miseria le oprimía ya el corazón y apocaba su ánimo. Lo poco que yo le envié fue presa de los bribones que la asediaban. No sirvió de nada: esto hizo que me aburriese de partir con aquellos miserables lo que necesitaba bastante para mí, sobre todo después de la última tentativa que hice para arrancarla de sus manos, como veremos más adelante.

Se deslizaba el tiempo y con él el dinero. Éramos dos y aun cuatro, o por mejor decir, éramos siete u ocho, pues, aunque Teresa era desinteresada como pocas, no sucedía lo mismo con su madre. Así que se vio algo repuesta por mi buen cuidado, llamó a toda su familia para gozar del fruto. Hermanas, hijas, nietas, todos vinieron, excepto su hija mayor, casada con el director de las diligencias de Angers. Cuanto hacía por Teresa quedaba destruido por su madre, que lo aplicaba al servicio de aquellos hambrientos. Como no tenía que habérmelas con una insaciable, y como no me hallaba subyugado por una pasión loca, no cometía locuras. Contento con tener modestamente a Teresa, sin lujo y al abrigo de las necesidades más apremiantes, consentía en que su madre se aprovechase de todo lo que ella ganase con su trabajo, y aun no me limitaba a esto; mas por una fatalidad que me perseguía, mientras mamá era presa de unos bribones, Teresa lo era de su familia, y yo me veía privado de hacer

nada por ninguna de aquellas a quienes quería. Era bien singular que la menor de las hijas de la señora Le Vasseur, única que no había tenido dote, fuese la única también que mantuviese a sus padres, y, después de haber sufrido largo tiempo que le pegasen sus hermanos, hermanas y hasta sus sobrinas, esa pobre muchacha se veía ahora despojada por ellos, sin que pudiese escapar del saqueo más fácilmente que había escapado de los golpes. Sólo una de sus sobrinas, llamada Goton le Duc, era bastante amable y de un carácter bastante dulce, aunque maleado por el ejemplo y por las lecciones de los otros. Como las veía juntas muy a menudo, les daba los nombres con que se llamaban entre sí; llamaba *sobrina* a la sobrina, y *tía* a la tía. Ambas me llamaban tío. De aquí el nombre de tía con el cual he continuado nombrando a Teresa y que a veces mis amigos repetían en tono de broma.

Como se comprende, en semejante situación no tenía que perder momento para salirme de ella. Juzgando que el señor de Richelieu me había olvidado y no esperando ya nada de la corte, hice algunas tentativas para que se representase mi ópera en París: mas hallé dificultades que exigían mucho tiempo para vencerlas, y yo me hallaba cada día más apurado. Entonces se me ocurrió presentar a los italianos mi pieza *Narciso,* la admitieron y tuve entrada libre, lo que me fue muy agradable; mas aquí paró todo. Jamás pude conseguir que se representara, y fastidiado de hacer la corte a los comediantes, lo dejé así. En fin, eché mano del único recurso que me quedaba y único en que hubiera debido pensar. Frecuentando la casa del señor de la Poplinière, me había olvidado de la de Dupin. Aunque parientes, las dos señoras estaban disgustadas y no se trataban; no había relación ninguna entre las dos casas, y sólo Thieriot seguía asistiendo a ambas. Éste se encargó de llevarme de nuevo a casa del señor Dupin. El señor de Francueil se dedicaba entonces a la historia natural y la química, y organizaba un gabinete. Creo que aspiraba a la Academia de Ciencias, a cuyo fin quería componer un libro, y creyó que yo podría servirle para este trabajo. Por su parte la señora Dupin, que también tenía intento de componer un libro, tenía respecto a mí poco más o menos el mismo designio. Hubieran querido tenerme en común como una especie de secretario, y éste era el objeto de los convites de Thieriot. Yo exigía de antemano que el señor de Francueil emplease su influencia con Jelyote para hacer ensayar mi trabajo en la Ópera. Habiendo consentido en ello, *Las musas galantes* se ensayaron primero varias veces en el almacén y después en el gran teatro. En el ensayo general había mucha gente, y varios trozos fueron muy aplaudidos. Sin embargo, durante la ejecución, muy mal dirigida por Rebel mismo, conocí que no pasaría, y hasta que no se hallaba en estado de ser representada sin grandes correcciones.[58] Así es que la retiré sin decir una palabra por no exponerme a una negativa; pero claramente vi por varios indicios que no hubiera pasado, aunque hubiese sido perfecta. El señor de Francueil me había prometido hacerla ensayar, mas no hacerla recibir, y me cumplió lo prometido. Así en esta ocasión como en otras muchas, siempre he creído ver que ni él ni la señora Dupin hacían nada que pudiese favorecerme para la adquisición de alguna reputación en el mundo, quizá por miedo

de que al ver sus libros se supusiese que se habían valido de mis conocimientos. Sin embargo, como la señora Dupin ha creído siempre que los míos eran muy mediocres, y como nunca me ha empleado en escribir sino al dictado, o en investigaciones de pura erudición, este reproche, sobre todo en cuanto a ella, hubiera sido injusto.

(1747-1749). Este último desengaño acabó de anonadarme. Abandoné todo proyecto de ambición y de gloria, y, sin pensar más en los talentos verdaderos o vanos con que tan poco prosperaba, dediqué el tiempo y consagré mis cuidados a procurar la subsistencia para mí y para Teresa por los medios que quisieran los que se encargaban de ampararme. Por lo tanto, me consagré completamente a la señora Dupin y al señor Francueil. Esto no me proporcionó vivir con opulencia, pues con ochocientos o novecientos francos anuales que tuve los dos primeros años, apenas me bastaban para cubrir las primeras necesidades, obligado como estaba a vivir en un cuarto amueblado y vecino a su casa, en un barrio bastante caro, pagando otro alquiler en un extremo de París, a lo último de la calle Saint-Jacques, donde iba a cenar todas las noches, aunque hiciese mal tiempo. Pronto me acostumbré y hasta me aficioné a mis nuevas ocupaciones, sobre todo a la química; seguí varios cursos con Francueil en casa del señor Rouelle, y nos pusimos a emborronar escribiendo sobre esta ciencia, cuando apenas conocíamos sus rudimentos. En 1747 fuimos a pasar el otoño en Touraine, en el castillo de Chenonceaux, casa real sobre el Cher, levantada por Enrique II para Diana de Poitiers, donde todavía se veían sus cifras, y actualmente posesión del señor Dupin, asentista general. En este sitio estuvimos muy divertidos, se comía muy bien y yo engordé como un fraile. La música estaba a la orden del día y compuse varios tríos de canto, llenos de una armonía bastante vigorosa y de que tal vez hablaré de nuevo en el suplemento, si lo hago algún día. También se hicieron comedias, y en quince días compuse una en tres actos titulada *El compromiso temerario,* que se hallará entre mis papeles y no tiene otro mérito que el de ser muy jocosa. También hice otras pequeñas composiciones, entre ellas una pieza en verso titulada *La alameda de Silvia,* nombre de un camino del parque que corría a lo largo del Cher; y todo esto sin dejar mi trabajo sobre la química y el que hacía con la señora Dupin.

Mientras yo engrosaba en Chenonceaux, mi pobre Teresa engrosaba en París por otro estilo; y cuando volví hallé la obra que yo había dejado en el telar más adelantada de lo que había creído. Atendida mi situación, esto me hubiera puesto en grandes apuros si mis comensales no me hubiesen facilitado el único recurso que podía sacarme de ellos. Es uno de esos relatos esenciales que no puedo hacer con toda llaneza, porque sería preciso excusarme o acusarme yo mismo comentándolos, y aquí no debo hacer una cosa ni otra.

Durante la permanencia de Altuna en París, en vez de comer en una fonda lo hacíamos ordinariamente juntos en nuestra vecindad, casi frente a frente al callejón de la Ópera, en casa de cierta señora La Selle, mujer de un sastre, que servía bastante mal de comer, mas cuya mesa no dejaba de ser solicitada a causa de la buena y

decente compañía que en ella se encontraba, pues no se admitía en la misma a ningún desconocido, y era preciso ser presentado por alguno de los concurrentes. El comendador de Graville, viejo crapuloso, hombre de buenas maneras y de chispa, pero libertino, paraba allí y atraía una multitud brillante de jóvenes oficiales de la guardia y de mosqueteros. El comendador de Nonant, galán de todas las muchachas de la Ópera, traía todos los días las últimas noticias de la misma. Los señores Duplessis, teniente coronel retirado, anciano bondadoso y prudente, y Ancelet,[59] oficial de mosqueteros, mantenían un poco de orden en medio de estas gentes. También iban allí comerciantes, arrendadores y proveedores; pero corteses, probos, y de esos que se distinguen en su clase; el señor de Besse, el de Forcade, y otros cuyos nombres he olvidado. En fin, allí se veían personas de buen porte pertenecientes a todos los estados, excepto abates y magistrados, gentes que jamás vi en aquella casa, pues estaba convenido no introducir ninguno. Esta mesa bastante numerosa, era muy divertida sin ser ruidosa; se bromeaba mucho en ella sin grosería. El anciano comendador, en todos sus cuentos de un color algo subido en el fondo, jamás perdía sus formas de antiguo cortesano, y nunca pronunciaba una palabra obscena que no fuese con tanta gracia que hasta las mujeres lo hubieran perdonado. Él daba el tono en la mesa: todos los jóvenes referían sus aventuras galantes con tanta licencia como donaire, y los cuentos de muchachas estaban tanto más en boga cuanto que teníamos el manantial a la puerta, pues la calle que conducía a casa de la señora La Selle era la misma donde estaba la tienda Duchapt, célebre modista, que tenía a la sazón muy lindas muchachas, y nuestros comensales iban a requebrarlas antes o después de comer. Yo me habría divertido como los demás a ser más atrevido, pues no sabía qué hacer sino entrar como ellos; pero jamás supe atreverme. En cuanto a la señora La Selle, continué yendo a comer con frecuencia a su casa, después de la salida de Altuna. Allí aprendí multitud de anécdotas muy divertidas, y poco a poco también adquirí, a Dios gracias, no las costumbres, pero sí las máximas que estaban en boga. Personas de reconocida integridad colocadas en situaciones difíciles, maridos engañados, mujeres seducidas, partos clandestinos, he aquí los asuntos más comunes; y el que más enriquecía la Casa de Expósitos era siempre el más aplaudido. Esto me sedujo; formé mi modo de pensar conforme a lo que veía ser corriente entre personas tan amables, y muy buenos sujetos en el fondo, diciéndome: «Ya que son éstas las costumbres del país, cuando se vive en él bien pueden seguirse». He aquí la salida que yo necesitaba, y me resolví a seguirla gallardamente sin el menor escrúpulo; y el único que tuve que vencer fue el de Teresa, por quien me vi en los mayores apuros para hacerle adoptar este medio, único de salvar su honor. Su madre, que temía además una nueva invasión de chiquillos, vino a apoyarme, y entonces se dejó convencer. Buscóse una comadrona prudente y segura, llamada la señorita Gouin, que vivía en la esquina de San Eustaquio, para confiarle este secreto, y, llegada la ocasión, Teresa fue acompañada por su madre a casa de la Gouin para dar a luz. Yo fui varias veces a verla. Le llevé una cifra que hice por duplicado en dos tarjetas, y se

puso una en las mantillas del niño, que fue depositado por la comadrona en la Casa de Expósitos, del modo acostumbrado. Al año siguiente, vuelta a lo mismo, menos la señal, que fue olvidada. Ya no fue preciso ninguna reflexión de mi parte, ni el asentimiento de su madre: Teresa obedecía, si bien con dolor. Sucesivamente se verán todas las vicisitudes que esta conducta fatal ha producido en mi modo de pensar, así como en mi destino. Entre tanto atengámonos a esta primera época, pues sus consecuencias, tan crueles como imprevistas, me obligarán a recordarlos nuevamente.

De esta época data mi conocimiento con la señora de Épinay, cuyo nombre aparecerá con frecuencia en estas Memorias; se llamaba señorita de Esclavelles, y acababa de casarse con el señor de Épinay, hijo del señor de Lalive de Bellegarde, asentista general. Su marido era músico, así como Francueil. Ella lo era también, y la pasión por este arte estableció una gran intimidad entre estas tres personas. De Francueil me introdujo en casa de la señora de Épinay, donde ambos cenábamos a veces. Era una mujer amable, de talento e instruida, y por consiguiente una buena relación. Pero tenía una amiga, llamada la señorita de Ette, que tenía fama de mujer malévola y que vivía con el caballero de Valory, quien tampoco gozaba de una reputación envidiable. Estoy persuadido de que el trato de estas dos personas hizo daño a la señora de Épinay, a quien la Naturaleza, al darle un temperamento muy exigente, había dotado de cualidades excelentes para moderar sus extravíos o a lo menos hacerlos disimulables. El señor de Francueil le comunicó una parte de la amistad que a mí me tenía, y me confesó las relaciones que le unían con ella, por cuya razón yo no lo diría aquí si no se hubiesen hecho públicas hasta el punto de no ignorarlas el mismo señor de Épinay. De Francueil me confió bien singulares cosas sobre esta señora, de las cuales jamás me habló ella ni sospechó que las supiese, pues nunca dije una palabra ni la diré jamás en este punto a nadie.

Estas mutuas confianzas me colocaban en una situación por demás embarazosa, sobre todo con respecto a la señora de Francueil, que me conocía lo bastante para no desconfiar de mí, aunque sabía que estaba relacionado con su rival. Yo hacía cuanto me era dable para consolar a esta pobre mujer, a quien su marido no pagaba seguramente todo el amor que ella le profesaba. Tenía que escuchar por separado a estas tres personas; guardaba sus secretos con la mayor fidelidad, sin que ninguna de las tres me arrancase jamás ninguno perteneciente a los otros dos, y sin disimular a ninguna de las dos el afecto que me unía a su rival. La señora de Francueil, que quería valerse de mí para muchas cosas, tuvo negativas formales, y la señora de Épinay, que había querido encargarme un día una carta para Francueil, no solamente recibió una respuesta, sino también una explícita declaración de que, si quería que no volviese a su casa, no tenía más que proponerme otra vez una cosa semejante. Debo hacer justicia a la señora de Épinay; lejos de desagradarle este proceder, habló de él a Francueil con elogio y siguió recibiéndome con el mismo agrado. Así es como, en medio de relaciones tempestuosas entre tres personas a quienes apreciaba, conservé hasta el fin su amistad, su estimación y su confianza, conduciéndome con dulzura y

complacencia, pero siempre con rectitud y firmeza. A pesar de mi estupidez y mi nulidad, la señora de Épinay quiso hacerme tomar parte en las diversiones de la Chevrette, castillo inmediato a San Denis, propiedad del señor de Bellegarde. Había allí un teatro donde a menudo se daban algunas representaciones. Diéronme un papel que me estuve estudiando durante seis meses sin descanso, y al fin hubieron de apuntármelo de cabo a rabo. Después de esta prueba no me propusieron más papeles.

Al trabar relaciones con la señora de Épinay, conocí también a su cuñada, la señorita de Bellegarde, que fue a poco condesa de Houdetot. La primera vez que la vi era la víspera de su casamiento; estuvo hablándome largo rato con esa encantadora familiaridad que le es natural. Yo la encontré muy amable; pero estaba bien lejos de prever que esta joven sería algún día el árbitro de mi destino, y me arrastraría, aunque inocentemente, al abismo donde yazgo ahora.

Aunque no haya hablado de Diderot desde mi regreso de Venecia, así como de mi amigo Roguin; no obstante, no había desnudado a uno ni otro, y cada día me había ido ligando con ellos más íntimamente, sobre todo con el primero. Él tenía una Naneta, así como yo una Teresa: era un punto más de contacto entre los dos. Mas la diferencia estaba en que mi Teresa, tan bonita como su Naneta, tenía un carácter dulce y amable, a propósito para enamorar a un hombre de bien; mientras que la suya, de genio áspero y desapacible, nada revelaba que disimulase su mala educación. Sin embargo, él se casó con ella, en lo que hizo muy bien si lo había prometido. Pero yo que no había prometido nada, no me apresuré a imitarle.

También me había ligado con el abate de Condillac, que no era nada, como yo mismo, en literatura, pero que debía ser en el porvenir lo que es hoy día. Yo soy quizá el primero que ha conocido su capacidad y la ha apreciado en lo que valía. Él parecía complacerse también en mi compañía; y mientras que encerrado en mi cuarto de la calle Jean-Saint-Denis, cerca de la Ópera, componía mi acto de *Hesiodo;* venía algunas veces a comer a escote conmigo. Entonces se ocupaba en el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos,* que es su primera obra. Cuando la tuvo concluida, la dificultad estuvo en encontrar un librero que quisiese tomarla. Los de París son arrogantes y duros para todos los principiantes; y la metafísica, entonces muy poco de moda, ofrecía escaso atractivo. Yo hablé a Diderot de Condillac y de su obra, y los puse en relaciones. Eran a propósito para simpatizar y simpatizaron. Diderot comprometió al librero Durant a tomar el manuscrito del abate, y este gran metafísico cobró de su primer libro, y casi por favor, cien escudos, que quizá sin mí no habría encontrado. Como vivíamos en barrios muy separados, nos reuníamos los tres una vez por semana en el Palais-Royal, e íbamos a comer juntos en la fonda de la Cesta Florida. Fuerza es que estas comidas semanales agradasen sobre manera a Diderot, porque él, que faltaba casi siempre a todas las citas, jamás faltó a ninguna de ellas. De aquí vino que yo concibiese el proyecto de escribir una hoja periódica titulada *El burlón,* que debíamos hacer alternativamente Diderot y yo. Borroneé la primera hoja, y esto me hizo conocer a D’Alembert, a quien Diderot había hablado de

ello. Pero acontecimientos imprevistos nos atajaron y este proyecto quedó así.

Estos dos autores acababan de emprender el *Diccionario enciclopédico,* que al principio no debía ser más que una especie de traducción de Chambers, poco más o menos como la del *Diccionario de Medicina* de James, que Diderot había concluido por entonces. Éste quiso que tomase parte en la nueva empresa, y me propuso la parte de música, que acepté y escribí aprisa y mal en tres meses, plazo que me había dado, como a todos los autores que debían cooperar en esta empresa. Mas yo fui el único que estuve a punto el día fijado. Remitíle mi manuscrito, que había hecho poner en limpio por un criado del señor de Francueil, llamado Dupont, que tenía muy buena letra, y a quien pagué su trabajo en diez escudos, sacados de mi bolsillo y que no me han reembolsado jamás. Diderot me había prometido por parte de los libreros una retribución de que nunca más hemos vuelto a hablar.

Esta empresa de la *Enciclopedia* fue suspendida a causa de su prisión. Los *Pensamientos filosóficos* le causaron algunos disgustos sin ulteriores consecuencias. No sucedió así con la *Carta sobre los ciegos,* que no tenía de reprensible sino algunas sátiras personales de que se ofendieron la señora Dupré de Saint-Maur y el señor de Réaumur y por las cuales fue detenido en la torre de Vincennes. Nada es capaz de describir la angustia que me causó la desdicha de mi amigo. Mi funesta imaginación, que siempre se pone en lo peor, se espantó; creí que quedaría allí el resto de su vida, y por poco me vuelvo loco. Escribí a la señora de Pompadour para rogarle encarecidamente que lo hiciese poner en libertad, o que se me permitiese encerrarme con él. Ninguna respuesta recibí a esta carta, que era poco razonable para ser eficaz; y no me lisonjeo de que haya contribuido a los paliativos que algún tiempo después suavizaron la cautividad del pobre Diderot. Pero si hubiese durado con el mismo rigor, creo que habría muerto de desesperación al pie de aquel abominable castillo. Por lo demás, si mi carta produjo poco efecto, tampoco me he jactado de haberla escrito; pues he hablado de ella a muy pocas personas, y nunca al mismo Diderot.

Libro octavo

1749

He debido hacer una pausa al finalizar el libro anterior. Con éste empieza, en su primitivo origen, la larga cadena de mis desgracias.

Habiendo vivido en dos de las casas más brillantes de París, a pesar de mi poca experiencia, no había dejado de adquirir algunas relaciones, entre ellas, en casa de la señora Dupin, la del joven heredero de Sajonia-Gotha, y del barón de Thun, su preceptor; en casa del señor de la Poplinière, la del señor de Seguy, amigo del referido barón y conocido en la república de las letras por su bella edición de Rousseau.[60] El barón nos convidó, a Seguy y a mí, a ir a pasar uno o dos días en Fontenay-sous-bois, donde tenía el príncipe una casa. Fuimos allá, y al pasar por delante de Vincennes, a la vista de la torre, se me desgarró de tal modo el corazón, que el barón notó un cambio en mi rostro. Durante la cena, el príncipe habló de la prisión de Diderot, a quien, con el objeto de hacerme hablar, acusó el barón de imprudente, y lo fui yo por la manera impetuosa de defenderle. Perdonáronme este exceso de celo inspirado por la desdicha de un amigo, y se habló de otra cosa. Estaban allí presentes dos alemanes adictos al príncipe: uno llamado Klupffell, hombre de mucho ingenio, que era su canciller y luego fue su preceptor, después de haber suplantado al barón; era el otro un joven llamado Grimm, que le servía de lector mientras hallaba alguna colocación, y cuyo reducido equipaje anunciaba la premura que tenía por encontrarla.[61] Desde esa misma tarde Klupffell y yo entablamos relaciones que pronto se convirtieron en amistad. Con el señor Grimm no fue la cosa tan aprisa; apenas se atrevía a nada, hallándose muy lejos de tomar el tono altanero que adquirió en lo sucesivo con la prosperidad. Al día siguiente se habló de música, y lo hizo con acierto. Yo tuve una gran satisfacción al saber que acompañaba en el clavicordio. Después de comer, trajeron piezas de música. Pasamos todo el día tocando en el clavicordio del príncipe, y así empezó esta amistad, que al principio me fue tan dulce y al fin tan funesta, y de que tanto tendré que hablar en adelante.

Al volver a París, recibí la agradable noticia de que Diderot había salido de la torre, y de que le habían dado por prisión todo el castillo y el parque de Vincennes bajo su palabra de honor, con permiso de ser visitado por sus amigos. Cuán doloroso me fue no poder volar a verle en seguida; mas, retenidos dos o tres días en casa de la señora Dupin por obligaciones ineludibles, después de tres o cuatro siglos de impaciencia corrí a estrecharle en mis brazos… ¡Momento inexplicable! No se hallaba solo; estaban con él D’Alembert y el tesorero de la Santa Capilla. Al entrar, sólo vi a mi amigo; di un salto y un grito y me precipité a él, abrazándole

estrechamente sin expresarme más que con lágrimas y suspiros, ahogados por la ternura y la alegría. Su primer movimiento al salir de mis brazos fue dirigirse al eclesiástico, diciéndole: «Ya veis cómo me quieren mis amigos». Dominado completamente por la emoción, no reflexioné entonces en este modo de sacar partido de las circunstancias; mas pensando posteriormente en ello, siempre he creído que a mí, puesto en lugar de Diderot, no hubiera sido ésta la primera idea que se me habría ocurrido.

Hallé que la prisión le había afectado mucho. La torre le había causado una impresión terrible; y, aunque en el castillo estaba muy bien y tenía facultad de pasearse por el parque, que ni siquiera está cercado de paredes, tenía necesidad de la compañía de sus amigos para no entregarse a su negro humor. Como seguramente yo era el que más le compadecía, creí también que mi presencia le sería más consoladora que la de ningún otro; a pesar de ocupaciones muy perentorias, iba a verle por lo menos cada dos días, ya solo, ya acompañado de su mujer, pasando con él la tarde.

En el verano de 1749 hizo un calor excesivo. De París a Vincennes hay dos leguas, y yo, que no me hallaba en estado de pagar coches, me iba a pie a las dos de la tarde cuando me hallaba solo, y andaba a prisa con objeto de llegar más pronto. Los árboles del camino siempre podados, al estilo del país, apenas daban sombra, y a menudo, rendido de calor y de fatiga, me dejaba caer en tierra no pudiendo más. Para moderar mi paso, me llevaba siempre algún libro. Un día tomé el *Mercurio de Francia*, y andando y leyendo encontré este tema propuesto por la Academia de Dijon para el premio del siguiente año: *El progreso de las ciencias y de las artes ¿ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?*

Así que hube leído esto se abrieron a mis ojos nuevos horizontes y me volví otro hombre. Aunque tengo un vivo recuerdo de la impresión que me causó, se me han olvidado los pormenores después que los inserté en una de las cuatro cartas dirigidas al señor de Malesherbes; es una de las singularidades de mi memoria más digna de notarse. Me sirve la memoria mientras de ella me fío, pero, desde el momento en que confío el recuerdo al papel, me abandona, y cuando escribo una cosa no la recuerdo ya más. Esto me sucede también con la música. Antes de aprenderla, sabía de memoria innumerables canciones, mas tan luego como supe cantar con el papel delante, no he podido retener ninguna; y dudo mucho que pudiese recitar una completa aun de las que más me han gustado.

Lo que recuerdo muy claramente en el caso presente es que, al llegar a Vincennes, me hallaba presa de una agitación que parecía un delirio. Diderot lo notó: le expliqué la causa y le leí la Prosopopeya de Fabricio, escrita con lápiz debajo de una encina. Me exhortó a dar libre vuelo a mis ideas y a concurrir al certamen. Así lo hice, y desde ese momento me perdí. Todo el resto de mi vida y de mis desdichas fue el inevitable efecto de este momento de extravío.

Mis sentimientos se acomodaron con una rapidez inconcebible al tono de mis ideas. El entusiasmo por la verdad, la libertad y la virtud ahogó todas mis pequeñas

pasiones; y lo más sorprendente es que esta efervescencia subsistió en mi corazón durante más de cuatro o cinco años, llegando a tan alto grado como jamás haya existido en otro corazón humano.

Escribí este discurso de modo muy singular, que casi siempre he seguido en todas mis demás obras. Le consagraba los insomnios de mis noches. Meditaba en el lecho con los ojos cerrados, y volvía y revolvía los períodos en mi mente con inexplicable dificultad; luego, cuando quedaba satisfecho de ellos, los conservaba en mi memoria hasta que pudiese trasladarlos al papel; pero al tiempo de levantarme y vestirme, todo se me olvidaba y, cuando me había colocado frente al papel, no recordaba nada de lo que había compuesto. Ocurrióseme tomar por secretario a la señora Le Vasseur. La había alojado con su hija y su marido más cerca de mí, y venía a mi casa todas las mañanas, para ahorrarme un criado, a encender lumbre y hacerme la comida. A su llegada, desde la cama le dictaba el trabajo de la noche; y este sistema, que he seguido durante mucho tiempo, me ha evitado muchos descuidos.

Cuando estuvo concluido este discurso, se lo mostré a Diderot, a quien le agradó, indicándome algunas correcciones. Sin embargo, esta obra, llena de calor y de energía, carece absolutamente de método y de orden; de cuantas han salido de mi pluma es la más débil de raciocinio, y la más pobre en cuanto a número y armonía; pues, aunque nazca uno con algún talento, el arte de escribir no se aprende repentinamente.

Remití este trabajo sin hablar de él a nadie más, a no ser, a lo que recuerdo, a Grimm, con quien, desde su entrada en casa del conde de Frièse, empecé a vivir en la mayor intimidad. Tenía él un clavicordio que nos servía de pretexto o como punto de reunión, donde pasábamos todos los momentos que nos quedaban libres cantando motivos italianos y barcarolas, sin tregua ni descanso, de la mañana a la noche, o mejor, de la noche a la mañana; y cuando no se me hallaba en casa de la señora Dupin, era seguro que se me encontraba en la de Grimm, o a lo menos con él, ya de paseo, ya en el teatro. Dejé de asistir a la Comedia italiana, donde tenía entrada, porque a él no le gustaba, para ir, pagando, a la Comedia francesa, a la que él era apasionado. En fin, me ligaba a este joven tan poderoso atractivo y fuimos tan inseparables, que hasta la pobre tía quedaba olvidada; es decir, que la veía menos, porque jamás se ha entibiado ni un momento el afecto que le profesaba.

Esta imposibilidad de dividir el poco tiempo que tenía libre para satisfacer mis inclinaciones, renovó con más fuerza que nunca el deseo que tenía desde hacía largo tiempo de no formar más que una casa con Teresa, pero la incomodidad de su numerosa familia y, sobre todo, la falta de dinero para comprar muebles, me lo habían impedido hasta entonces. Presentóse la ocasión de hacer un esfuerzo, y no la dejé escapar. El señor de Francueil y la señora Dupin, conociendo perfectamente que ochocientos o novecientos francos al año no podían bastarme, elevaron espontáneamente mis honorarios anuales hasta cincuenta luises; y además la señora Dupin, sabiendo que deseaba poner casa, me ayudó un tanto al efecto. Con los

muebles que ya tenía Teresa, lo reunimos todo, y, habiendo alquilado una pequeña habitación en la fonda de Languedoc, sita en la calle de Grenelle-Saint-Honoré, perteneciente a unas buenas gentes, nos arreglamos como pudimos, y allí vivimos apacible y agradablemente durante siete años, hasta que salí de allí para ir al Ermitage.

El padre de Teresa era un anciano, buen hombre, muy amable, que temía extremadamente a su mujer, por cuyo motivo le daba el sobrenombre de Lugarteniente criminal, nombre que Grimm transmitió posteriormente, por broma, a la niña. La señora Le Vasseur no carecía de talento, es decir, de destreza; hasta se preciaba de tener urbanidad y modales de gran mundo, pero tenía un embeleco misterioso que era insoportable, pues daba consejos bastante malos a su hija, procurando hacerla disimulada con respecto a mí, y halagaba separadamente a mis amigos a expensas todos ellos y de mí mismo; por lo demás, era bastante buena madre, pues le convenía serlo, y encubría los defectos de su hija en cuanto redundaban en provecho propio. Esta mujer, a quien yo colmaba de atenciones, de cuidados, de regalitos, y cuyo aprecio buscaba de todas veras, era, por la imposibilidad que experimentaba en lograrlo, la única causa de pesar que tenía en mi reducido círculo doméstico; y fuera de esto, puedo decir que he gozado, durante esos seis o siete años, el más perfecto bienestar doméstico que puede ofrecer la flaqueza humana. Mi Teresa tenía un corazón de ángel; con la intimidad crecía nuestro mutuo aprecio, y cada día conocíamos más cuán cierto era que habíamos nacido el uno para el otro. Si nuestros placeres pudiesen escribirse, su sencillez causaría risa; nuestros paseos a solas fuera de la ciudad, donde yo gastaba con la mayor magnificencia ocho o diez sueldos en algún ventorrillo; nuestras pequeñas cenas junto a la ventana, sentados uno enfrente de otro en dos pequeñas sillas colocadas sobre una maleta que tenía la longitud de la abertura, sirviéndonos de mesa la misma ventana; allí respirábamos el aire libre, podíamos ver los alrededores y los transeúntes; y, aunque nos hallábamos en el cuarto piso, estábamos como comiendo en la calle. ¿Quién sería capaz de describir ni aun de apreciar lo delicioso de esas cenas, que por todo manjar se reducían a un pedazo de pan moreno, algunas cerezas, un poco de queso y medio cuartillo de vino para los dos? Amistad, confianza, intimidad, dulzura de alma, ¡cuán deliciosamente lo sazonáis todo! A veces permanecíamos allí sin darnos cuenta de ello hasta medianoche, y no hubiéramos imaginado que fuese tan tarde si la vieja mamá no nos lo hubiese advertido. Pero dejemos estos detalles que parecerán insípidos o risibles; siempre lo he dicho y lo he experimentado: el verdadero goce es indescriptible.

Poco más o menos por este tiempo obtuve uno de género más grosero, el último que tengo que echarme en cara. Dije ya que el ministro Klupffell era un sujeto amable; mi trato con él no era menos íntimo que el que me unía a Grimm, y fue asimismo familiar. Ambos comían algunas veces en mi casa, y estas comidas, algo más que sencillas, eran amenizadas por las libres ocurrencias de Klupffell y por los

chistosos germanismos de Grimm, que aún no se había vuelto purista. En nuestras pequeñas orgías no campeaba la sensualidad; mas era suplida por la alegría, y nos hallábamos tan a gusto reunidos que no podíamos separarnos. Klupffell había puesto casa a una muchacha joven que no dejaba de pertenecer a todo el mundo, porque él solo no podía mantenerla. Una noche, al entrar en un café, le encontramos que salía para irse a cenar con ella. Nosotros le hicimos burla, y él se vengó galantemente obligándonos a tomar parte con ellos, riéndose de nosotros a su vez. Esta pobre criatura me pareció ser de bastante buen carácter, muy dulce, poco a propósito para su destino, para el que estaba educada y amaestrada por una bruja que vivía con ella. Los chistes y el vino nos alegraron hasta el punto de hacernos perder la cabeza. El buen Klupffell no quiso agasajarnos a medias, y sucesivamente pasamos los tres al cuarto contiguo con la pobre muchacha, que no sabía si debía reír o llorar. Grimm ha sostenido siempre que no la había tocado; por consiguiente sería por querer divertirse impacientándonos por lo que permaneció con ella largo tiempo; y si se abstuvo, es poco probable que fuese por escrúpulo, puesto que, antes de entrar en casa del conde de Frièse, vivió en casa de muchachas algo peores en el mismo barrio de San Roque.

Salí de la calle de Moineaux, donde vivía esta chica, casi tan corrido como Saint-Preux[62] salió de la casa donde le habían embriagado, y recordé muy bien mi historia al escribir la suya. Por algo que notó Teresa, y sobre todo por mi aire confuso, conoció que tenía algún pecado sobre la conciencia; me aligeré de este peso por medio de una franca y espontánea confesión. Hice muy bien, pues al siguiente día vino Grimm con aire de triunfo a relatarle mi delito con circunstancias a agravantes, y desde entonces jamás ha cesado de recordarle maliciosamente este hecho; y era en este punto tanto más culpable cuanto que, habiéndome franqueado con él libre y voluntariamente, tenía derecho a esperar que no me haría arrepentir de ello. Jamás tuve ocasión de conocer tan bien la bondad de Teresa; porque más le disgustó el proceder de Grimm que mi misma infidelidad, y no escuché de su boca sino reproches tiernos y conmovedores, en los que jamás noté la más leve sombra de despecho.

La sencillez de alma de esta excelente joven igualaba la bondad de su corazón, que es cuanto puede decirse; a este propósito vale la pena de ser referido un ejemplo que recuerdo. Le había dicho que Klupffell era ministro y capellán del príncipe de Sajonia-Gotha. Un ministro era para ella un hombre tan singular que, confundiendo cómicamente las ideas más diversas, se le ocurrió tomar a Klupffell por el Papa. La primera vez que, al entrar en casa, me dijo que había venido a verme el Papa, creí que se había vuelto loca. Hícela explicarse, y ya me faltó tiempo para referir la anécdota a Grimm y a Klupffell, a quien desde entonces dimos el sobrenombre de Papa y a la muchacha de la calle de Moineaux el de la papisa Juana. Esto daba ocasión a una risa interminable; momentos había en que nos desternillábamos. Los que, en una carta que han querido atribuirme, me han hecho decir que no había reído más que dos veces en mi vida, no me conocieron en aquel tiempo, ni en mi juventud; pues

seguramente no se les hubiera ocurrido semejante idea.

(1750-1752). Al año siguiente, 1750, cuando ya no me acordaba de mi discurso, supe que había sido premiado en Dijon. Esta noticia despertó en mi alma todas las ideas que me lo habían sugerido; les comunicó nueva fuerza, y acabó de fermentar en mi corazón esta primera levadura de heroísmo y de virtud que mi padre, mi patria y Plutarco habían depositado en él. Nada me pareció tan grande y bello como el ser libre, virtuoso, superior a la fortuna y a la opinión, y bastarse a sí mismo. Aunque la funesta vergüenza y el temor de verme silbado me impidieron al principio conducirme de conformidad con estos principios y romper bruscamente con el espíritu de las máximas de mi siglo, desde entonces me decidí resueltamente, y no tardé en ejecutarlo más tiempo que el necesario para que la oposición lo irritase y lo hiciese salir triunfante.

Mientras filosofaba sobre los deberes del hombre, ocurrió un acontecimiento que me hizo reflexionar mejor sobre los míos. Teresa se halló por tercera vez embarazada. Harto sincero conmigo mismo, demasiado altivo en mi interior para desmentir mis propios principios con mis obras, me dediqué a estudiar el destino de mis hijos y mis relaciones con su madre, bajo las leyes de la Naturaleza, de la justicia y de la razón, y también bajo aquellas de esa religión pura, santa, eterna como su autor, que los hombres han manchado fingiendo querer purificar, y que con sus fórmulas han convertido en una religión de palabras, puesto que es muy fácil prescribir lo imposible cuando se dispensa uno de practicarlo.

Si me equivoqué en los resultados, no hay nada más sorprendente que la confianza con que obré. Si yo fuese uno de esos hombres mal nacidos, sordos a la voz de la naturaleza, en el interior de los cuales nunca germinó ningún verdadero sentimiento de justicia y de humanidad, esta dureza hubiera sido muy natural; mas este fuego de corazón, esta sensibilidad tan viva, esta facilidad de tomar cariño a las personas, la fuerza con que me subyuga, el profundo dolor que me causa la necesidad de retirarlo, la benevolencia hacia mis semejantes, el amor ardiente de lo grande, lo verdadero, lo bello y lo justo, este horror al mal de cualquier género que sea, esta imposibilidad de odiar y de hacer mal a nadie ni aun de quererlo, esta ternura, esta emoción dulce y pura que siento en presencia de todo lo que es virtuoso, generoso, amable, ¿pueden confundirse en una misma alma con la depravación que hace hollar sin escrúpulo los más dulces deberes? No; lo siento así y lo digo abiertamente; no es posible. Jamás, ni un solo instante de su vida ha podido ser Juan Jacobo un hombre sin sentimientos, sin entrañas, un padre desnaturalizado. Habré podido engañarme, mas no endurecerme. Si dijera mis motivos, diría demasiado, puesto que, si han podido seducirme a mí, también seducirían a muchos otros, y no quiero exponer a los jóvenes que podrían leerme a que se dejen engañar por el mismo error. Me contentaré con decir que fue tal, que entregando mis hijos a la educación pública por serme imposible educarlos por mí mismo, al destinarlos a ser obreros y campesinos mejor que aventureros y caballeros andantes de la fortuna, creía hacer un acto de ciudadano

y de padre, y me consideré como un miembro de la república de Platón. Desde entonces, más de una vez el pesar me ha indicado que me equivoqué; pero mi razón, lejos de decirme lo mismo, a menudo ha bendecido al cielo por haberles librado así de la suerte de su padre y de la que les amenazaba cuando me viese obligado a abandonarles. Si hubiese dejado a las señoras de Épinay o de Luxembourg, que, ya sea por amistad, ya por generosidad, ya por cualquier otro motivo, quisieron encargarse de ellos posteriormente, ¿habrían sido más dichosos, o a lo menos habrían sido educados como hombres honrados? Lo ignoro; pero estoy seguro que les hubieran enseñado a odiar, y quizás a traicionar a sus padres; es mil veces preferible que no los hayan conocido.

Mi tercer hijo fue también entregado a la inclusa, así como los dos siguientes, pues en total fueron cinco los que tuve. Este proceder me pareció tan bueno, tan sensato, tan legítimo, que, si no me jactaba de ello, sólo fue por respeto a la madre; pero lo dije a todos los que conocían nuestras relaciones; se lo revelé a Diderot, a Grimm, posteriormente a la señora de Épinay, a la de Luxembourg, y esto libre y francamente, sin ninguna necesidad y pudiendo ocultarlo fácilmente, a todo el mundo; pues la Gouin era una buena mujer muy discreta y con la cual podía contar con toda confianza. El único amigo con quien tuve interés en franquearme fue el médico Thierry, que cuidó a mi pobre tía en uno de sus partos, que fue muy dificultoso; en una palabra, mi conducta nunca fue misteriosa, no solamente porque nunca he sabido ocultar nada a mis amigos, sino porque efectivamente no veía en ello ningún mal. Bien considerado todo, escogí para mis hijos lo mejor o lo que creí ser mejor. Yo hubiera querido y quisiera todavía haber sido criado y educado como lo han sido ellos.

Mientras hacía de esta suerte mis confidencias, la señora Le Vasseur las hacía también por su parte, pero con miras menos desinteresadas. Yo las había presentado, a ella y a su hija, a la señora Dupin, que por deferencia a mí tenía con ellas mil bondades. La madre le comunicó el secreto de su hija. La señora Dupin, que es buena y generosa, y a quien ella distaba mucho de participar todo lo que yo hacía a pesar de lo reducido de mis recursos, procuraba proveer a todo, y lo hacía por su parte con una liberalidad que por orden de la madre me ocultó la hija durante mi permanencia en París y no me confesó hasta que estuvimos en el Ermitage después de varios otros desahogos del corazón. Yo ignoraba que la señora Dupin, que jamás me lo dio a entender en lo más mínimo, estuviese tan bien enterada; todavía ignoro si su nuera, la señora de Chenonceaux, lo estuvo también; pero su otra nuera, la señora de Francueil, estaba al corriente de todo, y no pudo callárselo. Hablóme de ello al año siguiente cuando ya no seguía en su casa. Esto me indujo a escribirle acerca de este punto una carta, que se hallará entre mis documentos, y en la cual expongo aquellas razones que podía alegar sin comprometer a la señora Le Vasseur y a su familia, pues las más importantes se referían a ellos, y me las callé.

Estoy seguro de la discreción de la señora Dupin y de la amistad de la de

Chenonceaux; lo estaba de la señora de Francueil, que además murió mucho tiempo antes de que mi secreto fuese divulgado. Jamás pudo serlo sino por las personas a quienes yo lo había confiado, y solamente lo ha sido después de mi rompimiento con ellos. Sólo por este hecho quedan juzgados; sin querer disculpar la reprobación que merezco, todavía prefiero esta culpa a su ruindad. Mi falta es grande, pero es un error; he olvidado mis deberes, pero no ha entrado en mi corazón el deseo de dañar, y las entrañas de padre pueden no haberme hablado con bastante fuerza para hijos jamás vistos; pero hacer traición a la confianza de la amistad, violar el más santo de todos los pactos, publicar los secretos depositados en nuestro seno, complacerse en deshonrar al amigo a quien se ha engañado y que al separarse de nosotros nos respeta todavía, esto no son faltas sino bajezas enormes.

He prometido mi confesión, mas no mi justificación, por lo tanto, me detengo aquí. A mí me toca ser exacto, al lector ser justo. Nunca le pediré más.

El casamiento del señor de Chenonceaux hizo que la casa de su madre me fuese todavía más agradable por el mérito y el talento de la recién casada, joven muy amable, y que pareció distinguirme entre los escribientes del señor Dupin. Era hija única de la señora vizcondesa de Rochechouart, íntima amiga del conde de Frièse, y por ende, de Grimm, que le era muy adicto. Sin embargo, fui yo quien lo introdujo en casa de su hija. Mas como sus caracteres no se avenían, esta relación no siguió; y Grimm, que estaba ya sólo por lo positivo, prefirió la madre, mujer de gran mundo, a la hija, que deseaba amigos seguros que le agradasen sin mezclarse en ninguna intriga, ni desear un nombre entre los grandes. La señora Dupin, no hallando en madama de Chenonceaux toda la docilidad que esperaba, le proporcionó mil disgustos; y la de Chenonceaux, ufana con su mérito o quizás a causa de su nacimiento, prefirió renunciar a los placeres de la sociedad y quedarse casi sola en su habitación a soportar un yugo para el cual se sentía poco a propósito. Esta especie de destierro aumentó mi cariño hacia ella, efecto de esta tendencia natural que me inclina hacia los desgraciados. Hallé en ella un espíritu metafísico y pensador, aunque a veces algo sofístico. Su conversación, que distaba mucho de ser la de una niña que sale del convento, me era sumamente agradable. Sin embargo, apenas contaba veinte años; su cutis tenía una blancura deslumbradora; su talle hubiera sido alto y bello, si se hubiese erguido mejor; su cabello, de un rubio ceniciento y de una belleza poco común, me recordaba el de mi buena mamá en sus mejores tiempos y me agitaba vivamente el corazón. Mas los severos principios que acababa de imponerme, y que estaba resuelto a seguir a toda costa, me pusieron a cubierto de ella y de sus gracias. He pasado durante todo un verano tres o cuatro horas diarias a solas con ella, enseñándole gravemente aritmética y fastidiándola con mis eternas cifras, sin dirigirle jamás una galantería, ni una mirada. Cinco o seis años más tarde, no habría sido tan prudente o tan loco; pero estaba escrito que no había de tener más que un amor en mi vida, y que sería otra la que obtendría los primeros y los últimos suspiros de mi corazón.

Desde que vivía en casa de la señora Dupin, siempre me había contentado con mi suerte, sin dar señales del menor deseo de mejorarla. El aumento que de acuerdo con el señor de Francueil había introducido en mis honorarios, había sido espontáneamente cosa suya. Ese año el señor de Francueil, que cada día me quería más, pensó colocarme en situación más desahogada y menos precaria. Él era recaudador general de rentas. El señor Dudoyer, cajero suyo, era ya anciano, rico y quería retirarse. Francueil me ofreció esta plaza; y para ponerme en estado de desempeñarla, fui durante algunas semanas a recibir las instrucciones necesarias en casa de Dudoyer. Pero ya sea que yo tuviese poco talento para este empleo, ya que el señor Dudoyer, que me pareció ser favorable a otra persona, no me enseñase de buena fe, el caso es que adquirí lentamente y mal los conocimientos que necesitaba, y todo ese orden de cuentas, embrolladas a propósito, nunca pudo entrar en mi cabeza. Sin embargo, sin conocer a fondo la materia, no dejé de comprender la marcha lo bastante para poder desempeñar mi empleo con desembarazo. Así, hasta empecé a desempeñarlo. Tenía a mi cargo los registros y la caja; daba y recibía dinero y recibos; y, aunque tuviese tan poco talento como gusto para este cargo, como empezaba a hacerme reposado la madurez de los años, estaba resuelto a vencer mi repugnancia para entregarme por completo a mi empleo. Desgraciadamente, cuando ya iba estando al corriente, el señor de Francueil hizo un pequeño viaje durante el cual quedé encargado de su caja, donde, sin embargo, no había en aquel entonces más que veinticinco a treinta mil francos. Los cuidados y la zozobra que me dio este depósito me hicieron reconocer que yo no había nacido para ser cajero; y no me cabe la menor duda de que el disgusto interior que tuve durante esta ausencia contribuyó a causarme la enfermedad que padecí después de su regreso.

He dicho en la primera parte que había nacido moribundo. Un vicio de organismo en la vejiga me hizo experimentar durante los primeros años de mi vida una retención de orina casi continua; y mi tía Susana, que me tomó a su cargo, pasó increíbles trabajos para conservarme. Sin embargo, pudo lograrlo al fin; mi robusta constitución tomó el desquite, y mi salud se afirmó de tal modo durante mi juventud, que, exceptuando la enfermedad de languidez, cuya historia he referido, la necesidad de orinar frecuentemente, que el menor acaloramiento me hace siempre incómoda, llegué a la edad de treinta años sin sentir casi mi primera enfermedad. La primera vez que me resentí de ella fue cuando llegué a Venecia. La fatiga del viaje y los terribles calores que había sufrido me dieron un ardor de orina y dolor de riñones que me molestaron hasta la entrada del invierno. Después de haber estado con la paduana, me creí muerto, y, sin embargo, no experimenté la menor incomodidad. Después de haber agotado mis fuerzas más con la imaginación que con el cuerpo, en compañía de mi Zulietta, me sentí mejor que nunca. Sólo después de la detención de Diderot, y con motivo del acaloramiento contraído en mis correrías a Vincennes, durante los terribles calores de aquel verano, me dio una violenta nefritis, y en lo sucesivo jamás he recobrado completamente la salud.

En la época a que me refiero, habiéndome fatigado un poco, tal vez, con el pesado trabajo de aquella maldita caja, tuve una recaída más grave que antes y estuve en cama durante cinco o seis semanas en el más triste estado que imaginarse puede. La señora Dupin me envió el célebre Morand, quien, a pesar de su habilidad y de la destreza de su mano, me hizo sufrir cruelmente sin que lograra sondearme nunca. Me aconsejó que acudiese a Daran, cuyas candelillas más flexibles lograron en efecto insinuarse: pero Morand, al dar cuenta de mi estado a la señora Dupin, le declaró que no me quedaban más que unos seis meses de vida. Este dictamen, de que yo tuve noticia, me hizo reflexionar seriamente acerca de mi estado, y en la tontería de sacrificar el reposo y el bienestar de los pocos días que me quedaban de vida a la sujeción de un empleo que no me agradaba. Por otra parte, ¿cómo concertar los severos principios que acababa de adoptar con un estado tan poco a propósito para ello? ¿Y no sería chocante que yo, cajero de un recaudador general de rentas, predicara el desinterés y la pobreza? Estas ideas fermentaron en mi cabeza tan completamente con la fiebre, se combinaron con tanta fuerza, que desde entonces nada ha sido capaz de arrancármelas; y durante mi convalecencia me confirmé a sangre fría en las resoluciones tomadas durante mi delirio. Renuncié para siempre a todo proyecto de fortuna y de prosperidad. Resuelto a pasar en la independencia y la pobreza el poco tiempo que me restaba de vida, empleé todas las fuerzas de mi alma en romper las cadenas de la opinión, y en hacer con valor todo lo que me parecía bien, sin preocuparme para nada del juicio de los hombres. Son increíbles los obstáculos con que tuve que combatir y los esfuerzos que hice para triunfar. Salí triunfante en cuanto era posible, y más aun de lo que yo mismo había esperado. Si hubiese sabido desprenderme del yugo de la amistad, como del de la opinión, hubiera logrado completamente mi objeto, quizá el más grande, o a lo menos el más útil para la virtud, que jamás mortal alguno haya concebido; pero mientras combatía y reducía a la nada los insensatos juicios de la turba vulgar de los llamados grandes y de los que se titulan sabios, me dejaba subyugar y conducir como un niño por fingidos amigos, que, celosos de verme marchar solo por un nuevo camino, haciendo como que se interesaban mucho por mi felicidad, no procuraban en efecto sino ponerme en ridículo, y empezaron por desprestigiarme para difamarme después. Más que mi celebridad literaria, fue mi reforma personal, que data de esa época, lo que me atrajo sus celos; tal vez me habrían perdonado que brillara en el arte de escribir; mas no pudieron perdonarme que diera con mi conducta un ejemplo que parecía importunarles. Yo había nacido para la amistad; mi carácter comunicativo y dulce la mantenía sin trabajo. Mientras viví ignorado del público, fui querido de cuantos me conocieron, y no tuve un solo enemigo; mas tan luego como tuve un nombre, perdí todos los amigos. Fue un gran infortunio; pero mucho más grande fue todavía el verme rodeado de gentes que tomaban este nombre, y que no emplearon el derecho que les daba sino para arrastrarme a mi perdición. La continuación de estas Memorias desenvolverá esta odiosa trama; aquí no manifiesto más que su origen; pronto se verá

formarse el primer nudo.

En medio de la independencia dentro de la cual quería vivir, era preciso pensar en mi subsistencia, e imaginé al efecto un medio muy sencillo que consistió en copiar música a tanto por página. Si hubiese podido conseguir el mismo objeto por medio de alguna ocupación más importante, la habría tomado; mas siendo de mi gusto este conocimiento, y el único que, sin sujeción personal, me podía dar el pan diario, me atuve a él. Creyendo no tener necesidad de prever nada, y acallando la voz de la vanidad, de cajero de un asentista pasé a ser copista de música. Creí haber ganado mucho con esta elección; y tan cierto es que no me he arrepentido, que no la he dejado sino por necesidad y con el propósito de volver a ella en cuanto pueda.

El éxito de mi primer discurso me facilitó la realización de este propósito. Cuando hube obtenido el premio, Diderot se encargó de hacerlo imprimir. Mientras yo permanecía clavado en el lecho, él me escribió un billete participándome la publicación y su resultado. Se *apodera,* me decía, *de cuanto existe debajo de la bóveda celeste; no hay ejemplo de un éxito semejante.* Este favor del público, de ningún modo buscado, y para un autor desconocido, me inspiró la primera confianza verdadera en mi capacidad, de que había dudado hasta entonces, a pesar del sentimiento interno. Comprendí todas las ventajas que de ello podía sacar para la resolución que estaba próximo a tomar, y juzgué que un copista que gozase de alguna celebridad en la república de las letras, probablemente no carecería de trabajo.

Así que hube tomado y me hube afirmado en esta resolución, escribí un billete al señor de Francueil para participárselo y manifestarle mi agradecimiento a él y a la señora Dupin por todas sus bondades, y para pedirle su parecer. No pudiendo comprenderlo Francueil, creyó que me hallaba todavía en el arrebato de la fiebre, y corrió a verme; pero me halló tan resuelto que me creyó loco y así lo participó a todo el mundo; mas yo dejé que hablasen cuanto quisiesen y seguí mi camino.

Empecé la reforma por mi traje; me quité el oropel y las medias blancas; adopté una peluca sencilla, dejé la espada; vendí mi reloj, diciendo para mis adentros con increíble satisfacción: gracias al cielo, ya no tendré necesidad de saber qué hora es. El señor de Francueil tuvo la amabilidad de esperar todavía mucho tiempo antes de nombrar a otro cajero; mas al fin, viendo que mi resolución era irrevocable, puso en mi lugar al señor de Alibard, antiguo preceptor del joven Chenonceaux, y conocido en botánica por su *Flora parisiensis*.[63]

Por muy austera que fuese mi reforma suntuaria, de momento no la extendí a mi ropa blanca, que era magnífica y numerosa, resto de mi equipaje de Venecia, al cual tenía un cariño particular. A fuerza de considerarlo como un objeto de limpieza, lo convertí en uno de lujo, que no dejaba de serme costoso. Alguien me hizo el buen servicio de librarme de esta servidumbre. La víspera de Navidad, mientras las mujeres estaban en vísperas y yo me hallaba en el concierto espiritual, forzaron la puerta de un granero, donde estaba tendida toda nuestra ropa blanca, después de una colada que se acababa de hacer. Todo lo robaron, y, entre otras, cuarenta y dos

camisas mías de hilo muy fino que constituían lo mejor de mi ropa blanca. Por la descripción que hicieron los vecinos de un hombre que había salido de la casa llevando unos paquetes, contestes todos en la misma hora, Teresa y yo sospechamos de su hermano, que ya era tenido por perverso. La madre rechazó enérgicamente esta sospecha; pero la confirmaban tantos indicios, que a pesar suyo nos quedamos con la sospecha. Yo no me atreví a practicar diligencias, por temor de hallar más de lo que hubiera querido. Este hermano no se presentó más en mi casa, y al fin desapareció completamente. Yo deploré la suerte de Teresa y la mía propia, que nos obligaba al trato de una familia tan mezclada, y la exhorté más que nunca a que rompiésemos tan peligroso yugo. Esta aventura me curó de mi pasión por la ropa blanca lujosa, y desde entonces la he usado siempre muy común, adecuada a mi porte.

Habiendo completado así mi reforma, no pensé más que en consolidarla y hacerla durable, esforzándome en arrancar de mi corazón toda preocupación por el qué dirán y todo lo que podía desviarme, por miedo de la censura, de lo que fuese bueno y razonable en sí. A causa del ruido que levantó mi obra, también fue sonada mi resolución, y me facilitó clientela; de suerte que empecé con bastante éxito. Sin embargo, diversos motivos contribuyeron a impedir que lograse los resultados que hubiese obtenido en otras circunstancias. En primer lugar, mi poca salud; el ataque que acababa de sufrir me dejó de tal modo que nunca me he restablecido por completo; y creo que los médicos me hicieron tanto daño como la misma enfermedad. Sucesivamente me visitaron Morand, Daran, Helvecio, Malouin, Thierry, todos muy sabios, todos amigos míos, que me trataron cada cual a su manera, que no me aliviaron en lo más mínimo y me debilitaron considerablemente. Cuanto más me atenía a sus prescripciones, tanto más pálido, flaco y débil me ponía. Mi imaginación, que ellos llenaban de espanto, midiendo mi estado por el efecto de sus medicinas, no me representaba más que una cadena de sufrimientos, las retenciones, el mal de piedra y por término la muerte. Las tisanas, los baños, las sangrías, todo lo que alivia a los demás, empeoraba mis males. Habiendo notado que las sondas de Daran, únicas que me producían algún efecto y sin las cuales no creía poder vivir, no me daban más que un lenitivo momentáneo, me propuse reunir, gastando bárbaramente, una gran provisión de sondas a fin de tenerlas para toda la vida aun en el caso de que faltase Daran. Durante los ocho o diez años que las he empleado con tanta frecuencia, debo haber gastado con las que me quedan cincuenta luises. Como se comprende, un tratamiento tan caro, tan doloroso y tan penoso no me dejaba trabajar seguidamente, y por otra parte un moribundo no pone gran ardor en ganar el pan de cada día.

Las ocupaciones literarias causaban una distracción no menos perjudicial a mi trabajo diario. Apenas hubo aparecido mi discurso, cuando los defensores de las letras arremetieron contra mí. Indignado de ver tal número de pequeños Josse,[64] que sin entender siquiera la cuestión, querían decidirla a guisa de maestros, tomé la pluma y la emprendí con ellos de suerte que no les quedaron ganas de reír. Cierto señor

Gautier, de Nancy, el primero que cayó bajo mi pluma, fue rudamente tratado en una carta dirigida a Grimm. El segundo fue el mismo rey Estanislao, que no desdeñó entrar en discusión conmigo. El honor que me dispensó me obligó a cambiar de tono para responderle; fui más grave, pero menos enérgico; y, sin faltar al respeto debido al autor, refuté completamente su trabajo. Sabía que había puesto manos en él un jesuita, llamado el padre Menou, y para discernir lo que era del príncipe y lo que del cura, me fié de mi tacto; ataqué sin reparo todas las frases jesuíticas y cogía de paso un anacronismo que creí no podía venir sino del reverendo. Este escrito, que no sé por qué razón ha metido menos ruido que los otros míos, es hasta el presente una obra única en su género. En ella aproveché la ocasión que se me ofrecía de enseñar al público cómo podía un particular defender la causa de la verdad aun contra un soberano. Es difícil usar un tono más respetuoso y más firme al mismo tiempo que el que adopté para responderle. Tuve la suerte de habérmelas con un adversario a quien apreciaba cordialmente y podía manifestárselo sin adulación, y esto lo hice con bastante éxito, pero siempre con dignidad. Mis amigos, asustados por mí, ya creían verme en la Bastilla. Yo no lo temí ni un solo instante, y tuve razón. Este buen príncipe, después de haber visto mi respuesta, dijo: *Me lo tengo bien merecido, no me meto más en estas cosas.* Desde entonces me dio bastantes pruebas de estimación y de benevolencia, de que tendré que citar algunas; y mi opúsculo corrió tranquilamente por Francia y por Europa sin que nadie hallase en él nada que vituperar.

Poco tiempo después, tuve otro adversario que nunca me hubiera esperado: el mismo señor Bordes de Lyon, que diez años antes me había hecho muchos obsequios y prestado varios servicios. Era una amistad que yo no había olvidado, aunque sí descuidado por pereza; y no le había comunicado mis escritos, por carecer absolutamente de ocasión propicia para remitírselos. Por consiguiente, era culpable; y, sin embargo, me atacó con decoro, yo respondí en el mismo tono; pero replicó con más viveza, y esto dio lugar a mi última respuesta, después de la cual nada más dijo; sin embargo, se convirtió en mi más acérrimo enemigo, aprovechó la época de mis desdichas para disparar contra mí horrendos libelos, e hizo un viaje a Londres expresamente para hacerme daño.

Todas estas polémicas me preocupaban mucho, haciéndome perder el tiempo, con poco fruto para el descubrimiento de la verdad y poco provecho para mi bolsillo. Pissot, mi librero entonces, me daba muy poco y a menudo nada por mis folletos; así, por ejemplo, no saqué un maravedí de mi primer discurso: Diderot se lo dio gratuitamente. Era forzoso esperar mucho tiempo e ir sacando sueldo a sueldo lo poco que me daba. Entre tanto, no copiaba; hacía dos oficios, lo cual era el medio más a propósito para que ambos salieran mal.

Además, se contrariaban mutuamente en otro sentido, pues cada uno me obligaba a hacer una vida distinta. El éxito de mis primeros escritos me había puesto de moda; mi posición había excitado la curiosidad y el deseo de conocer a un hombre tan

extraño que no buscaba a nadie y no quería otra cosa que vivir libre y feliz a su manera. Era lo bastante para que no pudiese lograrlo. Mi casa no dejaba de estar un momento llena de gente que bajo diversos pretextos venían a distraerme; las mujeres empleaban mil ardides para tenerme a su mesa. Cuanto más huía del trato de las gentes y más brusco me mostraba, tanto más se obstinaban; no podía rechazar a todo el mundo; y, a pesar de atraerme con mi esquivez mil enemigos, incesantamente me veía subyugado por mi complacencia; de cualquier modo que me manejase apenas me quedaba más de una hora mía.

Entonces conocí que no siempre es tan fácil como parece el ser pobre e independiente; quería vivir de mi trabajo, y el público no quería. Imaginaban mil medios para resarcirme del tiempo que me hacían perder, y al paso que iba, pronto hubiera sido preciso enseñarme como polichinela, a tanto por persona. No conozco sujeción más envilecedora que ésta. No vi mejor remedio que rehusar los regalos grandes y pequeños, sin excepción de personas, pero no logré más que atraer a los dadivosos, que querían tener la gloria de vencer mi resistencia, forzándome a quedarles agradecido a pesar mío.

Tal había que no me hubiese prestado un escudo si se lo hubiera pedido, y no cesaba de importunarme con sus ofrecimientos, y al verlos rehusados tachaba mi modo de obrar, para vengarse, de arrogancia y ostentación.

Como se comprenderá, la resolución que había tomado y el sistema que quería seguir agradaban muy poco a la señora de Le Vasseur, y en cuanto a la hija, todo su desinterés no la impedía seguir las sugestiones de su madre; de suerte que las *amas*, como las llamaba Gauffecourt, no siempre tenían tanta entereza como yo al rehusar los regalos. Aunque me ocultaban muchas cosas, vi lo bastante para conocer que no lo veía todo; y esto me atormentó, menos por la tacha de connivencia que era fácil que me achacaran, como por la idea cruel de no poder jamás ser dueño de mi casa, ni de mí mismo. Suplicaba, exigía, me incomodaba, y todo era inútil; la madre me hacía pasar por un eterno gruñón y por un caprichoso; cuchicheaba continuamente con mis amigos, todo eran misterios y secretos para mí en el interior; y para no exponerme a incesantes tempestades, no me atrevía a enterarme de lo que pasaba, pues para salir de todo ese trabajo se necesitaba una firmeza de que yo no era capaz: sabía gritar, pero no obrar; me dejaban hablar y seguían haciendo lo mismo.

Esta situación penosa, y las importunidades diarias a que me hallaba sujeto acabaron por hacerme desagradables mi habitación y mi estancia en París. Cuando los importunos me permitían salir y yo no me dejaba arrastrar a una u otra parte por mis conocidos, iba a pasearme solo; meditaba acerca de mi gran sistema y escribía con lápiz algo de él en un libro en blanco. He aquí cómo los inconvenientes imprevistos de un estado escogido por mí mismo me metieron para distraerme en la literatura; y he aquí cómo en todas mis primeras obras derramé la bilis y el mal humor que me inducían a escribirlas.

Aun hubo otra cosa que contribuyó a ello. Lanzado a pesar mío en el mundo sin

tener el trato social y sin hallarme en estado de adquirirlo y de poder sujetarme a él, traté de formármelo a mi manera a fin de hallarme dispensado de aprenderlo. Como mi estúpida y loca timidez, que me era imposible vencer, reconocía por causa el temor de faltar al buen parecer, tomé para alentarme la resolución de no hacer caso de él. Me volví cínico y cáustico por vergüenza; afectaba menospreciar la galantería que no sabía practicar. Cierto es que esta aspereza, conforme con mis nuevos principios, se ennoblecía en mi espíritu; adquiriendo la intrepidez de la virtud; y me atrevo a decir que sobre esta augusta base se ha sostenido mucho más tiempo y mejor de lo que hubiera debido esperarse de un esfuerzo tan contrario a mi carácter. Sin embargo, a pesar de la reputación de misantropía que mi exterior y algunas frases afortunadas me dieron en opinión del mundo, lo cierto es que, en este punto, sostuve mal mi papel; mis amigos y conocidos convertían en cordero a este lobo tan feroz, y limitando mis sarcasmos a verdades amargas, pero generales, jamás he sabido dirigir una mala palabra a quienquiera que fuese.

El adivino de la aldea acabó de ponerme en boga, y a poco no hubo en todo París otro hombre más solicitado que yo. La historia de este escrito, que hizo época, se relaciona con mis amistades de entonces. Éste es un detalle que no debo pasar por alto para la inteligencia de lo que va a seguir.

Contaba yo con un número bastante considerable de conocidos, pero sólo con dos amigos: Diderot y Grimm. Por un efecto de mi deseo de reunir todo lo que es caro, era demasiado amigo de ambos, para que pronto no lo fuesen entre sí. Los vinculé y ellos se unieron todavía más estrechamente entre sí que conmigo. Diderot contaba con innumerables relaciones, mientras Grimm, extranjero y recién venido, necesitaba adquirirlas. Yo no deseaba otra cosa que procurárselas; le había presentado a Diderot y le hice conocer a Gauffecourt; le llevé a casa de las señoras de Chenonceaux y de Épinay, y del barón de Holbach, con quien me hallaba relacionado casi a pesar mío. Todos mis amigos lo fueron suyos, cosa muy natural, mas ninguno de los suyos lo fue mío, y esto no lo es tanto. Mientras vivió en casa del conde de Frièse, a menudo nos daba de comer en su casa; pero jamás he recibido el menor testimonio de amistad ni de benevolencia del conde de Schomberch, muy amigo de Grimm, ni de ninguna de las personas, hombres o mujeres, con quienes por su intermedio estuvo Grimm relacionado. Solamente debo hacer excepción del abate Raynal, quien, a pesar de ser amigo suyo, manifestó serlo mío, y me ofreció oportunamente su bolsillo con una generosidad poco común. Mas yo conocía al abate Raynal mucho tiempo antes que le conociese Grimm, y siempre le había sido afecto desde una ocasión en que procedió conmigo con mucha delicadeza y probidad, si bien en asunto de poca importancia, pero que no olvidé jamás.

Este abate Raynal era a la verdad un amigo ardiente. Tuve una prueba de ello poco más o menos por el tiempo a que me refiero, en lo que hizo por Grimm, con el cual estaba estrechamente unido. Éste, después de haber estado algún tiempo en buena amistad con la señorita Fel, vino de repente a enamorarse perdidamente de ella

y quiso suplantar a Cahusac. La hermosa, preciándose de constante, dio calabazas al nuevo pretendiente. Éste tomó la cosa por lo trágico y se le antojó morir. Súbitamente se apoderó de él una de las enfermedades más extrañas que jamás se hayan oído nombrar. Pasaba los días y las noches en un continuo letargo, con los ojos abiertos, el pulso precipitado, pero sin hablar, ni comer, ni moverse; a veces parecía oír, aunque sin responder nunca ni aun por signos; y, a pesar de todo, no estaba agitado, ni sufría dolores, ni tenía fiebre, permaneciendo como si estuviese muerto. El abate Raynal y yo nos repartíamos el trabajo de velarle; el abate, más robusto y con más salud, pasaba allí las noches, sin que dejase de haber siempre a su lado uno de los dos. El conde de Frièse, alarmado, le proporcionó el médico Senac, quien, después de haberlo examinado bien, dijo que aquello no sería nada, y se fue sin recetar. El espanto que me causaba el estado de mi amigo hizo que observara atentamente el semblante del médico, y le vi sonreírse al salir. Sin embargo, el enfermo permaneció muchos días inmóvil, sin tomar caldo ni nada más que algunas cerezas enconfitadas que yo le colocaba de cuando en cuando en la boca, y él tragaba sin la menor dificultad. En la mañana de un hermoso día, se levantó, se vistió, y siguió de nuevo su modo ordinario de vivir, sin que me haya hablado jamás ni tampoco a Raynal, que yo sepa, ni a nadie, de este singular letargo, ni de los cuidados que le prodigamos mientras le duró.

Esta aventura no dejó de hacer ruido; y realmente hubiera sido una anécdota maravillosa que la dureza de una muchacha de la Ópera hiciera morir de desesperación a un hombre. Esta singular pasión hizo que Grimm estuviese de moda; a poco pasó por un prodigio de amor, de amistad y de afecto bajo todos conceptos. Esta opinión hizo que fuese solicitado y festejado en el gran mundo, y esto le alejó de mí, que no había sido nunca para él más que un compañero que tenía a falta de otro mejor. Vi que estaba próximo a dejarme completamente. Esto me afligió, porque todos los vivos sentimientos que afectaba tener para conmigo eran los que con menos ostentación sentía yo por él. A mí me agradaba que él fuese bien recibido en sociedad; pero no hubiera querido que olvidase a su amigo. Un día le dije: «Grimm, vos me olvidáis, mas os lo perdono; cuando la primera efervescencia de vuestro brillante éxito haya producido su efecto, sentiréis su vacío, espero que volveréis a mí y me hallaréis como siempre; entre tanto no os molestéis por mí; os dejo libre y espero». Respondióme que tenía razón y obró en consecuencia de ello tan sin reparo que ya no le vi sino con nuestros comunes amigos.

Nuestro punto principal de reunión, antes que él tuviese tanta intimidad con la señora de Épinay, como tuvo en lo sucesivo, era la casa del barón de Holbach. Este barón era hijo de un noble de nuevo cuño, que disfrutaba de una fortuna bastante considerable, que empleaba recibiendo en su casa a literatos y personas de mérito, entre las que ocupaba él un buen lugar por su inteligencia y sus luces. Relacionado hacía mucho tiempo con Diderot, me había buscado por su mediación aun antes de que mi nombre fuese conocido. Una repugnancia natural me impidió corresponderle

durante largo tiempo; un día en que me pregunto la razón, le dije: «Porque sois demasiado rico». Él se obstinó y venció al fin: mi mayor desdicha fue siempre no poder resistirme a los halagos, y jamás he dejado de tener que arrepentirme de haber cedido.

Otro conocimiento, que se convirtió en amistad tan luego como tuve título para pretenderlo, fue el del señor Duclos. Hacía muchos años que le había visto por vez primera en la Chevrette, en casa de la señora de Épinay, con la cual estaba él muy bien. No hicimos más que comer juntos, y partió el mismo día; pero estuvimos hablando después de comer algunos instantes. La señora de Épinay le había hablado de mí y de mi ópera de *Las musas galantes*. Duclos, dotado de harto talento para que no apreciase a los que tenían algún mérito, había concebido de mí una idea favorable y me invitó a verle. A pesar de mi antigua inclinación aumentada con la circunstancia de conocerle, mi timidez y mi pereza me retuvieron mientras no tuve más motivo de tratar con él que su complacencia; pero, envalentonado por el primer éxito que obtuve y por sus elogios, de que me llegó noticia, fui a verle, vino él, y así empezó entre nosotros una correspondencia que siempre me lo harán querido: le debo el saber, fuera del testimonio de mi propio corazón, que la rectitud y la probidad pueden juntarse alguna vez con el cultivo de las letras.

Otras muchas relaciones menos sólidas y que no mencionaré aquí, fueron efecto del éxito de mis primeras obras, y duraron todo el tiempo que tardó en quedar satisfecha la curiosidad. Era yo un hombre a quien se podía conocer en tan breve tiempo, que nada quedaba que ver de nuevo pasados los primeros momentos. Sin embargo, una mujer que buscó mi amistad por aquel tiempo fue más constante que todas las demás. Ésta fue la marquesa de Créqui, sobrina del señor bailío de Froulay, embajador de Malta, cuyo hermano había precedido al señor de Montaigu en la embajada de Venecia, y a quien había ido yo a visitar a mi vuelta de aquel país. La señora de Créqui me escribió; yo fui a su casa y nos hicimos amigos. Allí comía varias veces; allí vi a muchos literatos, y entre ellos al señor Saurin, autor de *Spartacus*, de *Barnevelt*, etc., que fue posteriormente mi más encarnizado enemigo, sin que yo pueda imaginar otra causa para ello que el llevar el nombre de una persona a quien su padre persiguió villanamente.

Como se ve, para un copista a quien su trabajo debía ocupar desde la mañana a la noche, tenía sobradas distracciones que impedían que la tarea me fuese muy lucrativa, y no me permitían toda la atención necesaria para que hiciese bien mi trabajo; así es que perdía la mitad del tiempo que me dejaban, borrando o raspando mis faltas, o empezando de nuevo la hoja. Esta importunidad hacía que París me fuese cada día más insoportable y me hacía desear ardientemente el campo. Fui varias veces a pasar algunos días en Marcoussis, cuyo vicario era conocido de la señora Le Vasseur, y en cuya casa nos arreglamos todos, de modo que él no estaba descontento. Grimm fue alguna vez allá con nosotros.[65] El vicario tenía buena voz; cantaba bien, y, aunque no sabía música, aprendía su parte con bastante precisión y facilidad. Nos

entreteníamos en cantar mis tríos de Chenonceaux. Compuse dos o tres nuevos, con la letra que Grimm y el vicario compusieron medianamente. Me es imposible no echar de menos esos tríos compuestos y cantados en momentos de un goce puro, y que dejé en Vooton con toda mi música. Tal vez la señorita Devenport los haya hecho servir para rizos; pero merecían ser conservados y están en su mayor parte en muy buen contrapunto. Después de alguno de estos pequeños viajes, en que tenía el placer de ver a la tía, enteramente libre, muy alegre, y en que yo también me divertía mucho, fue cuando escribí al vicario, aunque muy de prisa y mal, una epístola en verso que se hallará entre mis papeles.

Más cerca de París tenía otro sitio donde podía ir a pasar algún tiempo muy a gusto, en casa del señor Mussard, compatriota, pariente y amigo mío, que se había formado un retiro encantador en Passy, donde he pasado momentos deliciosos. Mussard era joyero, hombre de buen sentido, que, después de haber adquirido con su comercio una fortuna regular, y haber casado su única hija con el señor de Valmalette, hijo de un agente de cambio y maestresala del rey, tomó la prudente resolución de abandonar a su edad provecta los negocios, e introducir un intervalo de reposo y de goce entre el bullicio de la vida y la muerte. El bueno de Mussard, verdadero filósofo práctico, vivía tranquilamente en una casa muy agradable que se había hecho construir, donde tenía un jardín plantado por sus propias manos. Cavando a destajo los terraplenes de este jardín, halló conchas fósiles, y en tan grande cantidad, que su exaltada imaginación no vio más que conchas en la Naturaleza y al fin creyó de veras que el Universo no era más que un conjunto de conchas, trozos de conchas, y que toda tierra no era más que un conjunto de conchas desmenuzadas. Ocupado constantemente en este objeto y en sus singulares descubrimientos, se apoderaron de tal manera de su espíritu estas ideas, que al fin se habrían convertido en sistema en su cabeza; es decir, en locura, si, por gran fortuna para su razón, aunque por desgracia para sus amigos, que le querían mucho y que hallaban en su casa el más grato asilo, no hubiese venido la muerte a arrebatarlo por medio de la más cruel y extraña enfermedad, que fue un tumor en el estómago, cada vez mayor, que le impedía comer, sin que durante mucho tiempo pudiese darse con la causa, y que, después de muchos años de sufrimientos, acabó por hacerle morir de hambre. No puedo recordar sin que se me oprima el corazón los últimos momentos de este pobre y digno hombre, que recibiéndonos siempre con tanto gusto a Lenieps y a mí, que éramos los únicos amigos a quienes el espectáculo de sus sufrimientos no nos apartó de su lado hasta que exhaló el último aliento, y que, como digo, se veía reducido a devorar con la vista los manjares que nos hacía servir, sin poder sorber casi otra cosa que algunas gotas de un té muy ligero, que mandaba tirar al momento. Mas antes de estos tristes tiempos, ¡cuántos no he pasado en su casa muy agradables con los amigos escogidos que había juntado! En primera línea he de citar al abate Prévost,[66] hombre muy amable y sencillo, cuyo corazón vivificaba sus escritos, dignos de inmortalidad, y cuyo carácter en sociedad no tenía nada del sombrío colorido que comunicaba a sus obras; el

médico Procope, nuevo Esopo, que tenía mucho partido con las damas; Boulanger, el célebre autor póstumo del *Despotismo oriental* y que, según creo, desarrollaba los sistemas de Mussard sobre la duración del mundo; en cuanto a mujeres, la señora Denis, sobrina de Voltaire, la cual, no siendo a la sazón más que una buena señora, no se jactaba aún de ser literata; la señora Vanloo, no hermosa a la verdad, pero muy hechicera, que cantaba como un ángel, y la misma señora de Valmalette, que, aunque muy flaca, hubiera sido muy amable si hubiese tenido menos pretensiones. Tal era, poco más o menos, la sociedad del señor Mussard, que me habría complacido mucho, si no hubiese preferido sus conferencias sobre su conquiomanía; y puedo decir que durante seis meses trabajé en su gabinete con tanto placer como él mismo.

Mucho tiempo hacía que se empeñaba en persuadirme de que las aguas de Passy me serían provechosas, exhortándome a ir a tomarlas en su casa. Para apartarme un poco de la urbana buraúnda, al fin me rendí, y fui a pasar a Passy ocho o diez días, que me probaron muy bien, más por hallarme en el campo que por efecto de las aguas. Mussard tocaba el violoncelo, y era apasionado por la música italiana. Una noche hablamos largamente de ella antes de acostarnos, y sobre todo de las óperas bufas, que ambos habíamos visto en Italia y nos tenían entusiasmados. Durante la noche, no pudiendo dormir, se me ocurrió pensar cómo podría darse en Francia idea de este género, porque *Les amours de Ragonde*[67] no daban de él la menor idea. Por la mañana, mientras me paseaba y tomaba las aguas, compuse de corrido una especie de versos, adaptándoles algunos cantos que recordé mientras los hacía. Tarareé todo esto en una especie de salón abovedado que había en el jardín; y a la hora de tomar el té, no pude menos de mostrar estos trozos a Mussard y a la señorita Duvernois, su ama de llaves, que era a la verdad una muchacha muy buena y muy amable. Los tres trozos que había bosquejado eran el primer monologo: *He perdido a mi servidor,* el aria de *El adivino, El amor aumenta cuando está inquieto,* y el último dúo, *Nunca, Colin, te comprometas,* etc. Tan no me parecía que esto valiese la pena de concluirse, que, sin los aplausos y el aliento que me daban varios, iba a echar al fuego mis papeles sin pensar más en ellos, como he hecho tantas veces con otras cosas tan buenas como aquélla; pero tanto me excitaron que en seis días escribí el drama, menos algunos versos y bosquejé toda la música, de suerte que al llegar a París no tuve que hacer más que un recitado y todas las partes accesorias; y lo acabé todo con tal rapidez, que en tres semanas estuvo en limpio y en estado de representarse. No faltaba más que un bailable que no se hizo hasta mucho tiempo después.

(1752). Enardecido con la composición de esta obra, deseaba ardientemente oírla y hubiera dado cualquier cosa para verla representar a mi gusto, a puerta cerrada, como se dice que Lulli hizo representar una vez *Armida* para él solo. Como no me era posible tener ese gusto sino en compañía del público, para oír mi obra era indispensable presentarla a la Ópera. Desgraciadamente era un género enteramente nuevo, a que no estaban acostumbrados los oídos; y, por otra parte, la mala fortuna de *Las musas galantes* me hacía prever la de *El adivino* si se presentaba con mi nombre.

Duclos me sacó de apuros encargándose de hacer ensayar la obra y dejando ignorado el autor. A fin de no darme a conocer, yo no presencié el ensayo y los mismos «Violinillos»[68] que la dirigían ignoraban quién era el autor hasta que una aclamación general hubo atestiguado la bondad de la obra. Cuantos la oyeron se prendaron de ella, hasta el punto que desde el día siguiente no se hablaba de otra cosa en círculos y en reuniones. El señor de Cury, intendente de los gastos menores, que había asistido al ensayo, pidió la obra para representarla en la corte, pero Duclos, que sabía mis intenciones, juzgando que yo sería menos dueño de ella en la corte que en París, la rehusó. Cury la reclamó como autoridad; Duclos se mantuvo firme, y el debate entre los dos fue tan vivo que un día iban a salir desafiados de la Ópera, si no les hubiesen separado. Se dirigieron a mí, yo dejé el asunto a Duclos, y fue preciso que volvieran a él. El señor duque de Aumont tomó cartas en el asunto, y al fin Duclos creyó deber ceder a la autoridad, y fue entregada la pieza para ponerse en escena en Fontainebleau.

La parte a que me había dedicado con preferencia y en que más me apartaba de la ordinaria rutina, era el recitado. El mío estaba acentuado de una manera enteramente nueva y seguía naturalmente el curso de la palabra. No quisieron dejar esta horrible innovación, pues temían que se sublevasen los oídos rutinarios. Yo consentía en que Francueil y Jelyotte hiciesen otro recitado, pero no quise meterme en nada.

Cuando todo estuvo dispuesto y el día de la representación fijado, me propusieron que fuera a Fontainebleau, a fin de presenciar a lo menos el último ensayo. Estuve con la señorita Fel, con Grimm y me parece que con el abate Raynal, en un coche de la corte. El ensayo fue regular, y nos satisfizo más de lo que había esperado. La orquesta era numerosa, compuesta de la de la Ópera y la música del rey, juntas. Jelyotte hacía de *Colin;* la señorita Fel, *Colette,* y Cuvillier de *Adivino;* los coros eran los de la Ópera. Yo dije muy poca cosa: Jelyotte fue quien lo dirigió todo; no quise inspeccionar nada de lo que él había hecho; y, a pesar de mi tono romano, estaba avergonzado como un escolar en medio de todo el mundo.

El día de la representación fui a desayunarme en el café del *Grand-Commun.* Allí había mucha gente. Se hablaba del ensayo de la víspera y de las dificultades que había habido para entrar en él. Un oficial que estaba allí dijo que él había entrado sin dificultad, refirió extensamente lo que había pasado, hizo una descripción del autor y relató lo que éste había hecho y dicho; pero lo que más me sorprendió de todo este largo relato, hecho con tanto aplomo como espontaneidad, fue que no había en todo él una sola palabra de verdad. No me era posible dudar de que quien tan sabiamente hablaba de este ensayo no lo había presenciado, puesto que tenía sin reconocerle ante su vista al autor que decía haber visto tanto. Lo más singular de esta escena fue el efecto que en mi ánimo produjo. Aquel hombre era ya de cierta edad, no tenía aire de presumido ni de fatuo; su rostro anunciaba un hombre de mérito y su cruz de San Luis acusaba un antiguo oficial. A pesar de su insolencia y a pesar mío, se me hacía interesante; a medida que iba vomitando sus mentiras, yo me sonrojaba, bajaba los

ojos, me hallaba sobre espinas, y a veces buscaba allá en mi interior si habría algún medio de creer que estaba en un error y obraba de buena fe. En fin, temiendo que alguno me reconociese y afrentase al narrador, me apresuré a tomar mi chocolate sin decir una palabra y, bajando la cabeza al pasar por delante de él, salí lo más pronto que me fue posible, mientras los circunstantes hacían comentarios sobre su relato. Cuando llegué a la calle, me encontré sudando a chorros; y estoy seguro que si alguien me hubiese reconocido y llamado antes de salir, me hubiera visto avergonzado y corrido como un culpable, sólo por el sentimiento del pesar que hubiera tenido que sufrir aquel pobre hombre si se hubiese descubierto su mentira.

Heme aquí llegado a uno de esos momentos críticos de mi vida, donde es difícil concretarme sencillamente a narrar, porque es casi imposible que la narración misma no lleve impreso un carácter de censura o de apología. Con todo, procuraré referir cómo obré y en virtud de qué motivos, sin añadir alabanzas ni vituperios.

Aquel día iba yo con el mismo traje descuidado de ordinario, la barba larga y la peluca mal peinada. Tomando esta falta de decencia por un acto de valor, entré con esta compostura en la misma sala en que poco después debían presentarse el rey, la reina, la familia real y toda la corte. Fui a situarme en el palco adonde me condujo el señor de Cury, y que era el suyo: era un gran palco de escenario, frente de otro pequeño más elevado, donde se situó el rey con la señora de Pompadour. Rodeado de damas y siendo el único hombre que ocupaba un lugar en la parte preferente del palco, no me cabía duda de que se me había colocado allí para ser visto. Cuando se hubo iluminado el teatro, viéndome yo en tal atavío en medio de gentes todas excesivamente adornadas, comencé a encontrarme mal; preguntéme a mí mismo si estaba en mi lugar, si me hallaba allí de un modo conveniente; y, después de algunos minutos de inquietud, me respondí que sí, con una intrepidez más bien hija de la imposibilidad de volver atrás que de la fuerza de mis razones. Dije para mis adentros: «Estoy en mi lugar, puesto que veo representar mi obra, puesto que he sido invitado para ello, y con este fin la he compuesto; además, después de todo, nadie tiene más derecho que yo a gozar del fruto de mi trabajo y de mis estudios. Estoy vestido según es mi costumbre, ni mejor ni peor; si empiezo a dejarme esclavizar de nuevo en algo por la opinión, pronto me hallaré sojuzgado otra vez en todo. Para ser siempre el mismo no debo avergonzarme de presentarme dondequiera que sea en conformidad con la clase a que pertenezco; mi exterior es sencillo y sin aliño, pero no sucio e indecoroso; ni lo es tampoco la barba, puesto que nos la da la Naturaleza y que según los tiempos y las modas es a veces un objeto de adorno. Se dirá que estoy ridículo e impertinente, ¿qué me importa? Es preciso que sepa sufrir el ridículo y el vituperio con tal que no sean merecidos». Después de este corto soliloquio me fortalecí de tal modo en mi resolución, que hasta hubiera sido intrépido en caso necesario. Pero, ya fuese por efecto de la presencia del maestro, ya fuese por natural disposición de los corazones, sólo observé deferencia y consideración en la curiosidad de que era objeto, y esto me conmovió de suerte que volví a sentirme incómodo y temí por la

suerte del melodrama, juzgando que iba a quedar defraudada tan favorable opinión, que parecía no desear sino aplaudirme. Yo me hallaba preparado contra la burla, pero aquel aspecto cariñoso, que no había esperado, me subyugó de tal modo, que al empezarse la representación estaba temblando como un niño.

Pronto, sin embargo, tuve ocasión de serenarme. Los actores desempeñaron muy mal sus papeles, mas en cuanto a la música y el canto fue muy bien. Desde la primera escena, que realmente es de una candidez encantadora, vi levantarse en los palcos un murmullo de sorpresa y de aplauso, hasta entonces inaudito en este género de composiciones. La fermentación fue creciendo hasta el punto de extenderse en breve a toda la concurrencia, y, para hablar a lo Montesquieu, de aumentar su efecto por su efecto mismo. En la escena de los dos mocitos, este efecto llegó a su colmo. En presencia del rey no se aplaude; esto hizo que se oyera todo, con lo que ganaron la obra y el autor. Oía yo alrededor de mí el cuchicheo de las mujeres, que me parecían hermosas como ángeles, y que se decían a media voz: «Esto es bello, encantador; aquí no hay un solo sonido que no hable al corazón». El placer de conmover a tantas personas amables me conmovió a mí mismo hasta asomárseme las lágrimas a los ojos, y no pude contenerlas en el primer dúo viendo que no era yo solo el que lloraba. Tuve un momento de pesar recordando el concierto del señor de Treitorens. Esta reminiscencia me produjo el efecto del esclavo que sostenía la corona sobre la cabeza de los vencedores; pero fue corto, y luego me entregué plenamente al placer de saborear mi gloria. Sin embargo, no me cabe duda de que en este momento la voluptuosidad del sexo entraba por mucho en lo que sentía más que la vanidad de autor; y seguramente si no hubiese habido allí más que hombres, no me hubiera sentido devorado, como lo estaba sin cesar, por el deseo de recoger con mis labios las deliciosas lágrimas que hacía derramar. He visto otras obras excitar arranques de admiración más vivos, pero jamás he visto reinar una embriaguez tan completa, tan dulce, tan conmovedora dominar durante todo el espectáculo, y sobre todo en la corte, un día de primera representación. Los que la vieron deben acordarse, porque el efecto que produjo no tiene igual.

Aquella misma noche el señor duque de Aumont me hizo decir que me hallase en palacio al día siguiente a eso de las once, que me presentaría al rey. El señor de Cury, que me trajo este mensaje, añadió que creía que era para darme una pensión, y que el rey quería participármelo él mismo.

¿Se creerá que la noche que siguió a tan brillante jornada fue angustiosa y llena de perplejidad para mí? Mi primera idea después de esta representación, fue recordar la frecuente necesidad que sentía de salir, que me había hecho sufrir mucho la noche misma de la representación, y podía atormentarme al día siguiente cuando me hallase en las habitaciones reales, en medio de todos los grandes, esperando el paso de Su Majestad. Esta enfermedad era la principal causa que me tenía apartado de los círculos, y que me impedía encerrarme en casas donde hubiese damas. La sola idea del estado a que podía reducirme esta necesidad era capaz de excitarla hasta el punto

de ponerme malo, a menos de un escándalo al cual hubiera preferido la muerte. Sólo las personas que conocen esta situación pueden comprender el temor que debe causar arriesgarse a ello.

Luego imaginaba hallarme delante del rey, presentado a Su Majestad, que se dignaba detenerse para dirigirme la palabra. Allí se necesitaba precisión y presencia de ánimo para responder. Mi maldita timidez, que me hace turbar ante el menor desconocido, ¿no se habría apoderado de mí en presencia del rey de Francia, o me habría permitido escoger lo mejor en el preciso momento de hablar? Sin abandonar el semblante y el tono severo que había adoptado, quería mostrarme agradecido al honor que me dispensaba tan gran monarca. Era forzoso envolver alguna verdad grande y útil en una alabanza delicada y merecida. Para preparar de antemano una feliz respuesta, hubiera sido necesario prever exactamente lo que había de decirme; y aun con eso, estaba seguro de que en su presencia no recordaría una sola palabra de lo que hubiera meditado. ¿Qué papel haría yo en este momento a los ojos de toda la corte si en mi turbación se me escapase una de mis ordinarias tonterías? Este peligro me alarmó, me aterró, me hizo estremecer hasta el punto de resolver decididamente no exponerme a ello.

Verdad es que perdía la pensión que, hasta cierto punto, se me había ofrecido; mas también así me libraba del yugo que me hubiera impuesto. Adiós, verdad, libertad y valor. En adelante, ¿cómo atreverme a hablar de independencia y desinterés? Desde el momento en que recibiese esta pensión ya no podía hacer más que alabar o callarme, y aun, ¿quién me aseguraba que sería satisfecha? ¡Cuántos pasos tendría que dar para ello, a cuántas personas importunar! Me costaría más trabajos conservarla que pasar sin ella. Por consiguiente, al renunciarla creí tomar una resolución muy conforme con mis principios, y sacrificar la apariencia a la realidad. Revelé mi determinación a Grimm, que no objetó nada. A los otros alegué mi salud y partí aquella misma mañana.

Mi marcha fue un hecho ruidoso y generalmente vituperado. Mis motivos no podían ser comprendidos por todo el mundo; acusarme de estúpido orgullo era mucho más breve, y satisfacía la mejor los celos de los que conocían en su interior que no hubieran obrado de igual modo. Al día siguiente, Jelyotte me escribió un billete detallándome los efectos de la representación y de lo prendado que de la obra había quedado el mismo rey. Durante todo el día, me decía, Su Majestad no deja de cantar con la peor voz del reino: *J'ai perdu mon serviteur; j'ai perdu tout mon bonheur.* Añadía a esto que durante la quincena debía darse una segunda representación de *El adivino,* lo cual atestiguaría a los ojos del público el completo buen éxito de la primera.

Dos días después, en el momento de entrar a eso de las nueve de la noche en casa de la señora de Épinay, donde iba a cenar, me hallé interceptado el paso por un coche que estaba a la puerta. Alguien que estaba dentro me indicó que subiera; subo, y me encuentro con Diderot. Me habló de la pensión con un calor que no habría esperado

nunca de un filósofo, tratándose de semejante asunto. No me recriminó el no haber querido presentarme al rey, pero se desencadenó contra mi indiferencia por la pensión. Díjome que si yo era desinteresado para mí, no me era permitido serlo por cuenta de la señora Le Vasseur y de su hija; que no debía omitir ningún medio posible y honrado de darles pan; y como después de todo no se podía decir que hubiese rehusado esta pensión, sostuvo que puesto que se había manifestado voluntad de concedérmela, debía solicitarla y obtenerla a cualquier precio que fuere. Aunque agradeciese su cariñoso celo, no pude admitir sus máximas, y con este motivo tuvimos una disputa acalorada, la primera que he tenido con él; y no las hemos tenido nunca sino de este género; prescribiéndome él lo que yo debía hacer, y negándome yo a ello creía cumplir con mi deber.

Ya era tarde cuando nos separamos. Intenté llevarle a cenar en casa de la señora de Épinay, mas no quiso de ningún modo; y todos los esfuerzos que en diferentes ocasiones he hecho para que se vieran, deseoso yo de relacionar a todas las personas que me son queridas, hasta presentarme con ella a la puerta de su casa, cuya puerta nos tuvo cerrada, siempre se negó a ello, y no hablaba de esta señora sino con desprecio. Pero, después de mi desavenencia con ella, se relacionaron, y entonces él habló de ella de manera muy distinta.

Diderot y Grimm se empeñaron desde entonces en enajenarme la voluntad de mis amas, dándoles a entender que si no estaban mejor era por mala voluntad mía y que a mi lado nunca adelantarían nada. Trataban de inducirlas a abandonarme, prometiéndoles un estanquillo de sal o de tabaco y no sé qué más, por influencia de la señora de Épinay. Hasta quisieron arrastrar al complot a Duclos y a Holbach, pero el primero se negó siempre. Entonces tuve algún indicio de estos manejos, pero no lo supe claramente hasta mucho tiempo después y tuve que deplorar con frecuencia el ciego e indiscreto celo de mis amigos que, procurando reducirme a la más triste soledad, estando molestado de una dolencia crónica como lo estaba, a su entender trataban de hacerme dichoso, valiéndose de los medios más propios para hundirme en la miseria.

(1753). En el siguiente Carnaval, en 1753, se representó *El adivino* en París. Durante este intervalo tuve tiempo para componer la introducción y el intermedio. Éste, tal como está grabado, debía ejecutarse seguidamente y con una acción unida que a mi juicio ofrecía cuadros muy agradables. Mas cuando propuse esta idea a la Ópera, no me escucharon siquiera, y fue preciso hilvanar cantos y danzas siguiendo la costumbre; de aquí que este divertimiento, aunque lleno de ideas bellas, que no deslucen la obra, obtuviese una acogida muy mediana. Quité el recitado de Jelyotte, restableciendo el mío, tal como lo había compuesto al principio y se ha grabado; y este recitado algo afrancesado a la verdad, es decir, arrastrado, por los actores, lejos de chocar a nadie, no agradó menos que las arias, y aun al mismo público le pareció por lo menos tan bueno como aquéllas. Dediqué mi trabajo al señor Duclos, que lo había protegido, declarando que sería mi única dedicatoria; sin embargo, he hecho

otra con su consentimiento, pero todavía debe haberse tenido por más honrado con esta excepción que si no hubiese hecho ninguna.

Sobre esta obra podría referir muchas anécdotas, pero he de decir otras cosas más importantes que no me dejan espacio para extenderme en este punto. Tal vez algún día volveré a hablar de esto en el suplemento. Sin embargo, no puedo resolverme a omitir una, que tal vez tenga relación con todo lo que sigue. Un día, examinando las piezas de música que el barón de Holbach tenía en su gabinete, después que había ojeado música de todos los géneros, me mostró una colección de piezas de clavicordio, diciéndome: «He aquí unas piezas que he compuesto yo; son de buen gusto, muy cantables; nadie las conoce ni las verá nadie más que yo. Deberíais escoger alguna para ponerla en el intermedio de vuestra ópera». Yo, como tenía la cabeza llena de sinfonías y arias, más de las que podía emplear, me fijé muy poco en las suyas. Sin embargo, tanto se empeñó, que por complacencia escogí una pastorela que abrevié, y puse en trío para la entrada de las compañeras de Colette. Algunos meses después, y cuando se representaba *El adivino*, entrando un día en casa de Grimm, hallé todo el mundo sentado alrededor de su clavicordio, de donde se levantó él bruscamente a mi llegada. Mirando maquinalmente a su pupitre, vi en él aquella colección del barón de Holbach, abierta precisamente por la página de aquella pastorela que me había obligado a tomar, asegurádome que no saldría de sus manos. Algún tiempo después vi esta misma colección abierta en el clavicordio de la señora de Épinay, un día que había música en su casa. Ni Grimm ni nadie me ha hablado jamás de ella, y yo no hablo aquí sino porque algún tiempo después corrió el rumor de que *El adivino de la aldea* no era mío. Como yo jamás fui un gran cantor, estoy persuadido de que, a no ser por mi *Diccionario musical*, se habría dicho al fin que ni la conocía.[69]

Poco tiempo antes de que se representase *El adivino de la aldea*, habían llegado a París bufos italianos a quienes hicieron trabajar en el teatro de la Ópera sin saber el efecto que iban a causar. Aunque eran detestables, y aunque la orquesta, entonces muy ignorante, estropeaba a discreción las obras que ponían en escena, no dejaron éstos de causar a la ópera francesa un daño que jamás se ha reparado. La comparación de estos dos géneros de música oídos el mismo día y en el mismo teatro abrió los oídos franceses: no hubo nadie que pudiese sufrir la pesadez de su música al lado del acento vivo y marcado de la italiana; tan pronto como habían concluido los bufos, todo el mundo se marchaba, y se vieron obligados a cambiar el orden de la función poniendo los bufos al final. Se representaron *Eglé, Pigmalion, El silfo;* nada se sostenía. Sólo *El adivino* pudo sostener la competencia y agradó más aun después de *La serva padrona*. Cuando compuse el intermedio, estaba preocupado con todas aquellas obras; ellas fueron las que me sugirieron su idea, y estaba yo bien lejos de prever que lo examinarían comparándolo con todas ellas. Si yo hubiera sido un plagiario, ¡cuántas usurpaciones se habrían puesto de manifiesto, y entonces, qué prisa se habrían dado para divulgarlas! Pero, por más que hayan hecho, no se ha

podido encontrar en mi música la menor reminiscencia de otra alguna; y todos mis cantos, comparados con los pretendidos originales, se han hallado tan nuevos como el carácter de la música que yo había creado. Si hubiesen puesto a Mondonville o a Rameau a semejante prueba, habrían quedado en camisa.

Los bufos crearon a la música italiana ardientes partidarios. París se dividió en dos bandos más enardecidos que si se tratara de una cuestión de política o de religión. Uno, el más poderoso y numeroso, compuesto de los grandes, de los ricos y de las mujeres, sostenía la música francesa; el otro, más activo, más audaz, mas entusiasta, estaba compuesto de los verdaderos inteligentes, de las personas instruidas, de los hombres de genio. Este pequeño grupo se reunía en la Ópera debajo del palco de la reina. El otro partido llenaba todo el resto del patio y de la sala; pero su loco principal estaba debajo del palco del rey. He aquí el origen de los nombres de estos partidos, célebres en aquel tiempo, de *Rincón del rey* y *Rincón de la reina.* Habiendo tomado grandes proporciones, la disputa dio origen a libelos. El *Rincón del rey* quiso mofarse, y fue chasqueado por *El pequeño profeta;* quiso meterse a razonar, y fue aplastado por la *Carta sobre la música francesa.* Estos dos folletos, de Grimm el uno, y mío el otro, son los únicos que sobreviven a esta disputa, por haber desaparecido los demás.

Mas *El pequeño profeta,* que durante mucho tiempo se obstinaron en atribuirme a pesar mío, fue tomado a broma y no causó el menor disgusto a su autor, mientras que la *Carta sobre la música* fue tomada por lo serio y se levantó contra mí la nación entera, que se creyó ofendida en su música. La descripción del increíble efecto que produjo este folleto sería digna de la pluma de Tácito. Era la época de la gran disputa entre el parlamento y el clero. El parlamento acababa de ser desterrado; la fermentación llegaba a su colmo y todo amenazaba una próxima sublevación Apareció el folleto y todas las demás cuestiones quedaron olvidadas: nadie pensó sino en el peligro que corría la música francesa, y ya no hubo sublevación sino contra mí. Fue tal, que la nación jamás se ha apaciguado completamente. En la corte se vacilaba entre la Bastilla y el destierro; la orden del rey iba ya a ser expedida, pero el señor De Voyer hizo comprender la ridiculez de este paso. Cuando se lea que quizá este folleto evitó una revolución en el Estado, se creerá un sueño, y, sin embargo, es una verdad que todo París puede atestiguar aún, pues no han pasado todavía quince años desde que ocurrió esta singular anécdota.

Si no se atentó a mi libertad, a lo menos no escasearon los insultos, y hasta peligró mi vida. La orquesta de la Ópera formó el honrado complot de asesinarme a la salida del teatro. Yo lo supe y asistí a la Ópera con más frecuencia, y hasta mucho tiempo después no supe que el señor Ancelet, oficial de mosqueteros, que era amigo mío, había cortado el efecto del complot, haciéndome escoltar, sin que yo lo supiera, a la salida del coliseo.

La villa acababa de tomar la dirección de la Ópera. El primer acto del preboste de los mercaderes fue quitarme la entrada, y esto del modo más indigno que le fue

posible; es decir, rechazándome públicamente en el momento de entrar; de suerte que me vi obligado a tomar un billete de anfiteatro, para no sufrir la afrenta de tener que volverme. La injusticia era tanto más grande cuanto que el único precio que había puesto a mi obra al cedérsela era una entrada perpetua; pues, aunque esto era ya un derecho de todos los autores y yo lo tenía por dos motivos, no dejé de estipularlo expresamente en presencia del señor Duclos. Es cierto que me enviaron por mis honorarios y por conducto del cajero de la Ópera cincuenta luises que yo no había pedido; pero, además de que esto no llegaba a la cantidad que me correspondía según las reglas, este pago no tenía nada de común con el derecho de entrada, estipulado formalmente y del que era enteramente independiente. Había, pues, en este procedimiento tal complicación de iniquidad y de brutalidad, que el público, a la sazón dominado por la mayor animosidad contra mí, no dejo de indignarse unánimemente; y tal persona hubo que, habiéndome insultado la víspera, al día siguiente gritaba a voz en cuello en la sala que era escandaloso quitar así la entrada a un autor que tan merecida la tenía y podía reclamarla doblemente. Tan cierto es el proverbio italiano que *ognun ama la giustizia in casa d'altrui*.

En este caso no me quedaba más que un camino y era reclamar mi obra, puesto que me quitaban el precio convenido. Al efecto escribí al señor de Argenson, que tenía a su cargo el departamento de la Ópera; y añadí a la carta una nota que no tenía replica y que quedó sin respuesta y sin efecto lo mismo que la carta. El silencio de este hombre injusto me afectó sobremanera, y ciertamente contribuyó a aumentar el poco aprecio con que miré siempre su carácter y su capacidad. Así es como quedó en la Ópera mi trabajo sin que se me pagase el precio por el que lo había cedido. Tratándose del débil contra el fuerte, esto hubiera sido un robo; mas siendo el fuerte contra el débil, no es más que apoderarse de lo ajeno.

En cuanto al producto pecuniario de esta obra, aunque no me hubiese producido la cuarta parte de lo que habría producido a cualquiera otro, no dejó de ser lo bastante para poder vivir con ella algunos años, y ayudar a lo que ganaba copiando, lo que siempre era muy poca cosa. Recibí cien luises del rey, cincuenta de la señora de Pompadour por la representación de Belle-Vue, donde hizo ella misma el papel de Colin, cincuenta de la Ópera, y quinientos francos de Pissot por editarla; de suerte que este entretenimiento, que no me costó más que cinco o seis semanas de trabajo, me produjo casi tanto, a pesar de mi desgracia y mi tontería, como después el *Emilio,* que me había costado veinte años de meditación y tres de trabajo. Mas la holgura pecuniaria que me proporcionó esta obra musical me salió muy cara por los infinitos disgustos que me trajo; porque fue el origen de la secreta envidia que no estalló hasta mucho después. Desde que obtuve ese éxito, ya no vi en Grimm, ni en Diderot, ni en casi ninguno de los literatos conocidos míos, aquella cordialidad, aquella franqueza, aquel placer de verme que hasta entonces me parecía encontrar en ellos. Así que entraba en casa del señor barón, la conversación dejaba de ser general, formábanse pequeños grupos, hablándose en voz baja, y yo me quedaba solo sin saber con quién

hablar. Durante mucho tiempo sufrí este extraño abandono; y viendo que la señora de Holbach, que era amable y dulce, me recibía siempre bien, soporté las groserías de su marido mientras fueron soportables; mas un día empezó a atacarme sin motivo, sin pretexto y con tal brutalidad en presencia de Diderot, que no desplegó los labios, y de Margency, quien frecuentemente me ha dicho después que habían admirado la dulzura y moderación de mis respuestas, que al fin, echado de su casa por efecto de este indigno proceder, salí resuelto a no poner los pies más en ella. Esto no impidió que yo hablase siempre honrosamente de él y de su casa, mientras que él jamás hablaba de mí sino en términos ultrajantes, despectivos, y sin darme otro nombre que el de *este pedantuelo:* y, sin embargo, no podía citar el menor daño de ninguna especie que hubiesen recibido de mí, ni él ni persona alguna por quien se hubiese interesado.

He aquí cómo acabaron por realizarse mis predicciones y mis temores. Yo creo que mis citados amigos me hubieran perdonado que escribiese libros, aunque fuesen buenos, porque esta gloria no les estaba vedada; mas no pudieron perdonarme que hubiese compuesto una ópera, ni su brillante éxito, porque ninguno de ellos era capaz de seguir el mismo camino, ni de aspirar al mismo honor. Sólo Duclos, que se hallaba por encima de esta envidia, pareció hasta aumentar la amistad que me profesaba, y me introdujo en casa de la señorita Quinault, donde fui objeto de tantas atenciones, deferencias y obsequios como habían dejado de prodigarme en casa del señor de Holbach.

Mientras en la Ópera se representaba *El adivino de la aldea,* también se trataba de su autor en la Comedia francesa, aunque con menor éxito. No habiendo podido conseguir durante seis o siete años que los italianos pusiesen en escena mi *Narciso*, me había disgustado con este teatro, por lo mal que sus actores representaban en francés, y de buena gana hubiera dado mi comedia a los franceses con preferencia a ellos. Manifesté este deseo al comediante La None, con quien había trabado amistad, y que, como es sabido, era hombre de mérito y autor. Le agradó *Narciso* y se encargó de hacerlo representar anónimamente, e ínterin me procuró la entrada, que me fue muy grata, pues siempre he preferido el teatro francés a los otros dos. El drama fue recibido con aplauso, y se representó sin dar a conocer el nombre de su autor, mas tengo motivos para creer que los comediantes y muchas otras personas no lo ignoraban. Las señoritas Gaussin y Grand-Val desempeñaban el papel de enamoradas, y, aunque no se comprendió bien el conjunto, a mi entender, no podía decirse que fuese un drama mal representado del todo; no obstante, me sorprendió y conmovió la indulgencia del público, que tuvo la paciencia de oírlo tranquilamente hasta el fin, y hasta sufrir una segunda representación sin dar la menor señal de impaciencia. En cuanto a mí, en la primera me fastidié de tal modo que, no pudiendo aguantar más, salí del teatro antes de concluirse la función y entré en el café de *Procope,* donde hallé a Boissy y a algunos otros, que probablemente se habían fastidiado como yo mismo. Allí dije en alta voz mi *peccavi,* confesándome humilde o altivamente autor

de la comedia, y hablando de ella del modo que pensaba todo el mundo. Esta confesión pública del autor de una mala comedia que cae fue muy admirada, y a mí me pareció muy poco penosa. Hasta encontré un desquite del amor propio en el valor con que la hice; y creo que en esta ocasión hubo más orgullo en hablar que hubiera habido en la estúpida vergüenza de callar. Sin embargo, como era evidente que la comedia, aunque fría en la representación, era de amena lectura, la hice imprimir, y en el prefacio, que es uno de mis mejores escritos, empecé a descubrir mis principios algo más de lo que había hecho hasta entonces.

Pronto tuve ocasión de desenvolverlos completamente en una obra de mayor importancia; pues me parece que fue en este año de 1753 cuando apareció el programa de la Academia de Dijon acerca del origen de la desigualdad entre los hombres. Sorprendido por este gran tema, me extrañó que esta Academia se hubiese atrevido a proponerlo; mas, puesto que ella tenía aquel valor, bien podía yo tener el de tratarlo, y así lo hice.

Para meditar despacio tan grande asunto, hice un viaje de seis o siete días a Saint-Germain con Teresa, con nuestra pupilera, que era una buena mujer, y una amiga suya. Cuento este paseo entre los más gratos de mi vida. Hacía un tiempo magnífico; estas buenas mujeres cuidaron del gasto y de todo; Teresa se entretenía con ellas y yo, sin cuidarme de nada, iba a divertirme en las horas de comer. Todo el resto del día, internado en el bosque, inquiría y buscaba la imagen de los tiempos primitivos, cuya historia tracé con valentía; atacaba sin piedad todas las intrigas de los hombres; allí osaba poner al desnudo su naturaleza; seguí el curso del tiempo y de las cosas que lo han desfigurado, y, comparando al hombre, obra del hombre, con el hombre de la Naturaleza, me atrevía a mostrarle en su pretendido perfeccionamiento el verdadero manantial de sus miserias. Mi alma, exaltada por estas contemplaciones sublimes, se elevaba a la Divinidad; y viendo desde allí a mis semejantes seguir por la ciega senda de sus preocupaciones, de sus errores, de sus desgracias, de sus crímenes, les gritaba con una voz tan débil que no podían oírla: «¡Insensatos que sin cesar os quejáis de la Naturaleza, aprended a conocer que vuestros males dependen de vosotros mismos!».

De estas meditaciones resultó el *Discurso sobre la desigualdad,* obra que agradó a Diderot más que todos mis demás escritos, y para la cual me sirvieron mucho sus consejos,[70] pero que halló muy pocos lectores que lo entendiesen en toda Europa, y ninguno que quisiera hablar de ella. Había sido escrito para optar al premio: así, pues, lo remití, aunque estaba seguro de antemano de que no lo obtendría, y sabía muy bien que los premios de las academias no fueron fundados para obras de este género.

Este paseo y ocupación fueron saludables a mi cuerpo y a mi espíritu. Hacía muchos años ya que, atormentado por mi retención de orina, me había entregado por completo a los médicos, que sin aliviarme agotaron mis fuerzas y destruyeron mi temperamento. Al volver de Saint-Germain me hallé más vigoroso y me sentí mucho mejor. Seguí esta indicación y resolví curar o morir sin médicos ni remedios; me despedí de ellos para siempre y me puse a vivir al día, estándome quieto cuando no

podía andar y andando en cuanto tenía fuerzas para ello. La vida en París en medio de las gentes presuntuosas era tan poco de mi gusto; las cábalas de los literatos; sus odiosas disputas; la falta de buena fe en sus libros; el tono decisivo que emplean en la sociedad me eran tan antipáticos; hallaba allí tan poca dulzura, tan poca cordialidad, tan poca franqueza hasta en el seno de la amistad, que, disgustado de esta vida tumultuosa, empezaba a desear ardientemente la del campo; y pareciéndome que mi ocupación no me permitía vivir en él, iba a pasar algunas horas a lo menos cuando podía. Durante muchos meses, después de comer iba a pasearme solo por el Bosque de Bolonia, meditando asuntos para obras, y no volvía hasta la noche.

(1754-1756). Gauffecourt, que por entonces era íntimo amigo mío, teniendo que ir a Ginebra, me propuso este viaje. Yo lo admití. No me hallaba bastante bien para no necesitar los cuidados de Teresa; resolvióse que ella vendría con nosotros y su madre guardaría la casa; y, habiendo hecho todos los preparativos, partimos juntos los tres, el primero de junio de 1754.

Debo consignar este viaje como época memorable. Hasta la edad de cuarenta y dos años, que a la sazón tenía, fue ésta la primera ocasión en que tuve que arrepentirme del carácter por demás confiado con que había nacido y del que me había dejado llevar hasta entonces sin obstáculo ni reserva. Íbamos en un coche particular, que nos conducía con los mismos caballos a pequeñas jornadas. Yo bajaba a menudo y andaba a pie. Apenas estábamos a la mitad del camino, cuando Teresa manifestó repugnarle altamente quedarse sola en el coche con Gauffecourt, y cuando, a pesar de sus ruegos, quería yo bajar, ella hacía lo mismo y seguía andando. Yo la reñía por este capricho, y hasta me opuse al fin a que siguiera haciéndolo, de modo que acabó por verse obligada a declararme el motivo. Yo creí delirar, me pareció cosa del otro mundo, cuando supe que mi amigo el señor de Gauffecourt, que tenía más de sesenta años, gotoso, impotente, gastado por los placeres, desde nuestra salida se afanaba en corromper a una mujer que ya no era joven ni hermosa y pertenecía a su amigo, y esto por los medios más bajos y vergonzosos, hasta el extremo de presentarle su bolsillo, de procurar tentarla con la lectura de un libro abominable y con las figuras infames de que estaba lleno. Teresa, indignada, le tiró el libro por la portezuela; y supe que habiendo tenido que acostarme el primer día sin cenar a causa de una violenta jaqueca, él había empleado todo el tiempo que estuvieron solos en tentativas y manejos más dignos de un sátiro y de un mico que de un hombre honrado a quien había fiado mi compañera y me confiaba yo mismo. ¡Qué sorpresa! ¡Qué opresión de corazón para mí enteramente nueva! Yo, que hasta entonces había creído que la amistad era inseparable de todos los sentimientos buenos y nobles, que constituyen todo su encanto, me veía por primera vez en la vida obligado a hermanarla con el desdén, a retirar la confianza y la estimación a un hombre a quien apreciaba y de quien me creía apreciado. El desdichado me ocultaba su torpeza, y yo me vi obligado a ocultarle mi desprecio, a fin de no exponer a Teresa, y a guardar en el fondo de mi corazón sentimientos que debía ignorar. ¡Oh, dulce y santa ilusión de

la amistad! Gauffecourt fue el primero que ante mis ojos levantó su velo. ¡Cuántas manos crueles han acudido posteriormente para no dejarlo caer!

En Lyon dejé a Gauffecourt, para tomar el camino de Saboya, no pudiendo resolverme a pasar de nuevo tan cerca de mamá sin volver a verla. La vi; mas ¡en qué estado, Dios mío! ¡Cuánta miseria! De su primitiva virtud, ¿qué le quedaba? ¿Era la misma señora de Warens, tan brillante en otro tiempo, a quien el cura Pontverre me había dirigido? ¡Cuán lastimado quedó mi corazón! No vi otro recurso para ella que cambiar de país. Le reiteré vivamente, aunque en vano, mis instancias, tantas veces repetidas en mis cartas, de que viniese a vivir tranquilamente conmigo, pues quería consagrar mi vida y la de Teresa a hacer dichosa la suya. Pero ella, asida a su pensión, de que, sin embargo, a pesar de serle pagada con exactitud, no cobraba un céntimo hacía mucho tiempo, no quiso escucharme. Todavía le di alguna cantidad, aunque no tanto como hubiera debido y como le hubiera dado si no hubiese estado completamente seguro de que no había de servirle para nada. Durante mi permanencia en Ginebra, hizo un viaje a Chablais, y vino a verme a Granje-Canal, donde se encontró con que le faltaba dinero para continuar el viaje; yo no llevaba conmigo el necesario para el caso y se lo remití una hora después por medio de Teresa. ¡Pobre mamá! Séame permitido citar aquí un nuevo rasgo de su corazón. La última alhaja que le quedaba era una pequeña sortija, y se la quitó del dedo para ponérsela a Teresa, que se la devolvió en el mismo instante, besando y regando con lágrimas aquella noble mano. ¡Ah, entonces era el momento oportuno de pagarle cuanto por mí había hecho! Yo hubiera debido dejarlo todo para seguirla, entregarme a ella hasta su última hora y compartir su suerte cualquiera que fuese. Nada de esto hice. Distraído por otro afecto, sentí entibiarse el que por ella sentía, por no tener la esperanza de poder serle útil. Me condolí de su suerte, mas no la seguí. De cuantos remordimientos he experimentado en mi vida, éste es el más vivo y más permanente. Por esto merecí el terrible castigo que desde entonces no ha cesado de agobiarme. Ojalá que esto haya bastado para expiar mi ingratitud, porque la hubo en mi conducta; mas también ha destrozado demasiado mi corazón para que pueda decirse que es el de un ingrato.

Antes de salir de París, había borroneado la dedicatoria de mi *Discurso sobre la desigualdad.* Concluíla en Chambéry, fechándola en este punto, juzgando que sería mejor para evitar chismes, que no fecharla en Francia ni en Ginebra. Cuando llegué a esta ciudad me abandoné al entusiasmo republicano que a ella me había conducido, entusiasmo que creció de punto por efecto de la acogida que me dispensaron. Festejado, obsequiado en todos los estados, me entregué por completo al celo patriótico, y, avergonzado de verme excluido de mis derechos de ciudadano por haber abrazado otro culto que el de mis padres, me decidí a tomar este último nuevamente. Pensé que siendo el Evangelio el mismo para todos los cristianos, y no difiriendo el dogma en el fondo, sino en cuanto se quería explicar lo incomprensible, en cada país sólo tocaba al soberano fijar el culto y este dogma ininteligible, y que, por

consiguiente, al ciudadano le tocaba admitir el dogma y seguir el culto prescrito por la ley. Mi frecuente trato con los enciclopedistas, lejos de debilitar mi fe, había contribuido a robustecerla por efecto de mi natural aversión por los debates y los partidos. El estudio del hombre y de la Naturaleza me había enseñado a ver en todas partes las causas finales y la inteligencia que las dirigía. La lectura de la Biblia, y sobre todo del Evangelio, a que me dedicaba hacía algunos años, me había enseñado a despreciar el modo bajo y estúpido de interpretar a Jesucristo que tenían las personas menos dignas de comprenderle. En una palabra, la filosofía, descubriéndome lo esencial de la religión, me había librado de esa hojarasca de fórmulas con que los hombres la han ofuscado. Juzgando que para un hombre razonable no había dos modos distintos de ser cristiano, creí también que todo lo que es forma y disciplina dependía en cada país de la iniciativa de las leyes. De este principio tan sensato, tan social, tan pacífico, y que tan crueles persecuciones me ha costado, se deducía que, queriendo ser ciudadano, debía ser protestante y entrar en el culto establecido en mi país. Me resolví y hasta me sometí a las instrucciones del pastor de la parroquia en que yo vivía, situada fuera de la ciudad. No deseé más sino no verme obligado a comparecer ante el consistorio; mas en este punto el edicto eclesiástico era terminante. Bien quisieron hacer una excepción en favor mío, y se nombró una comisión de cinco o seis miembros, que oyese privadamente mi profesión de fe; pero desgraciadamente el ministro Perdriau, hombre amable y dulce, que era amigo mío, me dijo que aquella pequeña asamblea tendría gusto en oírme. Este contratiempo me sobrecogió de tal modo que, habiendo pasado tres semanas estudiando día y noche un pequeño discurso, que tenía preparado, me turbé en el acto de pronunciarlo hasta el punto de no poder decir una palabra, e hice en esta conferencia el papel del escolar más estúpido. Los maestros de ceremonias hablaron por mí, y yo respondía tontamente sí o no; en seguida fui admitido en la comunión, y recobré mis derechos de ciudadano; fui como tal inscrito en el padrón de los ciudadanos y de la clase media, y asistí al consejo general *extraordinario*, para recibir el juramento del síndico Mussard. Tanto me conmovieron las bondades que en esta ocasión me dispensaron el consejo y el consistorio, y el trato afable y fino de todos los magistrados, ministros y ciudadanos, que, instado por el buen Deluc, que me apremiaba sin cesar, y aun más por mi propia inclinación, pensé no volver a París, sino para levantar la casa, poner en orden mis asuntos, colocar a la señora Le Vasseur y a su marido o proveer a su subsistencia, y volver con Teresa a establecerme en Ginebra para el resto de mi vida.

Tomada esta resolución, di tregua a los negocios formales con objeto de pasar el tiempo divirtiéndome con mis amigos hasta el día de mi partida. De todos esos recreos el que más me halagó fue un paseo por el lago que hice con Deluc padre, su nuera, sus dos hijas y mi Teresa. Dimos la vuelta completa empleando en ella siete días, con un tiempo hermosísimo, y conservé vivo el recuerdo de los lugares que me sorprendieron en el otro extremo del lago, cuya descripción hice algunos años

después en *La nueva Eloísa.*

Las principales relaciones que adquirí en Ginebra, ademas de los Deluc, ya citados, fueron el joven ministro Vernes, a quien había ya conocido en París y de quien auguré más de lo que ha probado valer en lo sucesivo; el señor Perdriau, entonces pastor de una aldea, hoy profesor de literatura, cuyo dulce y ameno trato siempre echaré de menos, aunque él haya creído conveniente desprenderse de mí; el señor Jalabert, entonces profesor de física y después consejero y síndico, a quien leí mi *Discurso sobre la desigualdad*, pero no su dedicatoria, y a quien pareció agradarle sobremanera; el profesor Lullin, con quien he estado en correspondencia hasta su muerte, y que hasta había dejado a mi cargo la compra de libros para la biblioteca; el profesor Vernet, que me volvió la espalda, como todo el mundo, después que le había dado pruebas de cariño, que hubieran debido conmoverle, si hay algo capaz de conmover a un teólogo; Chappuis, dependiente y sucesor de Gauffecourt, a quien quiso suplantar y que a su vez fue bien pronto suplantado también; Marcet de Mecières, antiguo amigo de mi padre, y que había manifestado serlo mío, pero que habiendo sido digno en otro tiempo de su patria, al meterse a autor dramático y aspirar a tomar asiento en el Consejo de los Doscientos, cambió de máximas y cayó en ridículo después de su muerte. Pero de quien más esperaba fue de Moutou, joven de gran porvenir por su talento y por su imaginación fogosa, y a quien siempre he querido, aunque su conducta hacia mí haya sido frecuentemente equívoca y esté relacionado con mis enemigos más encarnizados; no obstante ello, no puedo menos de mirarle como llamado a ser algún día el defensor de mi memoria y el vengador de su amigo.

En medio de todas esas distracciones no perdí el gusto ni la costumbre de pasearme solo, y así a menudo daba paseos bastante largos por las orillas del lago, durante los cuales mi entendimiento, acostumbrado al trabajo, no permanecía ocioso. Maduraba el plan ya formado de mis *Instituciones políticas,* de que en breve tendré que hablar; meditaba una historia del *Valais,* el de una tragedia en prosa, cuyo asunto, que era nada menos que Lucrecia, me hacía esperar que aterraría a los burlones de oficio, aunque me atreviese a hacer aparecer aún a esta infortunada, cuando ya no podía presentarse en ningún teatro francés. Al mismo tiempo me ejercitaba en el estudio de Tácito, y traduje el primer libro de su historia, que se hallará entre mis papeles.

Después de cuatro meses de permanencia en Ginebra, volví a París en el mes de octubre, sin pasar por Lyon, para evitar hallarme en el camino con Gauffecourt. Como me proponía no volver a Ginebra hasta la próxima primavera, durante el invierno tomé de nuevo mis costumbres y ocupaciones, de las cuales fue la principal corregir las pruebas de mi *Discurso sobre la desigualdad,* que me imprimía en Holanda el librero Rey, a quien había conocido en Ginebra. Como dediqué esta obra a la República, y esta dedicatoria podía no agradar al consejo, quise saber antes de volver a Ginebra el efecto que allí produciría. Éste no me fue favorable; y aquella

dedicatoria, dictada por el más acendrado patriotismo, no me valió sino enemigos en el consejo y envidias en la clase media. El señor Chouet, a la sazón primer síndico, me escribió una carta atenta, pero fría, que se hallará en mis papeles, legajo A, núm. 3. Recibí algunas felicitaciones de particulares, entre éstos de Deluc y de Jalabert, y esto fue todo; pero no vi en ningún ginebrino una verdadera gratitud por el celo que respiraba esta obra. Tamaña indiferencia escandalizó a cuantos la leyeron. Me acuerdo de que un día, comiendo en Clichy en casa de la señora Dupin con Crommelin, ministro residente de la República, y con el señor de Mayron, éste dijo en plena mesa que el consejo debía hacerme un presente y me debía honores públicos por esta obra y que se deshonraba si no lo hacía. Crommelin, que era un miserable hombrecillo, no se atrevió a responder en mi presencia, pero hizo una horrible mueca que hizo sonreír a la señora Dupin. La única ventaja que obtuve de esta obra, además de la de haber satisfecho a mi corazón, fue el título de ciudadano, que me dieron mis amigos y luego el público a ejemplo suyo, título que he perdido más tarde por haberlo merecido demasiado.

No obstante este mal resultado no hubiera dejado de realizar mi plan de retirarme a Ginebra, si no hubiesen concurrido a disuadirme otros motivos más poderosos. La señora de Épinay, deseando construir un ala que faltaba en el castillo de la Chevrette, gastaba enormes sumas para concluirlo. Un día, habiendo yo ido a ver las obras con esta señora, prolongamos un cuarto de legua nuestro paseo, hasta donde se halla el estanque de las aguas del parque, contiguo al bosque de Montmorency, donde había una deliciosa huerta, con una casita muy destrozada, conocida con el nombre de Ermitage. Este lugar agradable y solitario me había llamado ya la atención cuando le vi por vez primera antes de mi viaje a Ginebra. En un rato de expansión se me había escapado decir: «¡Ah, señora, qué sitio tan delicioso para vivir en él! He aquí un asilo *ex profeso* para mí». La señora de Épinay no había parecido fijarse en mis palabras, mas en esta segunda excursión me sorprendió grandemente hallar, en vez de aquella casucha, una casita casi enteramente nueva, muy bien distribuida, y perfectamente a propósito para tres personas. La señora de Épinay habíala hecho construir en silencio y sin gran costo, destinando para ello una parte de los materiales y de los obreros del castillo. Al ver mi sorpresa me dijo: «He aquí vuestro asilo, señor misántropo; vos la habéis escogido, y os lo ofrece la amistad; espero que os quitará la cruel idea de alejaros de mí». En mi vida creo haberme conmovido tanto ni tan dulcemente; bañé con lágrimas la bienhechora mano de mi amiga; y si desde aquel mismo instante no fui vencido, a lo menos mi resistencia quedó muy debilitada. La señora de Épinay, que no quería sufrir un desaire, me apremió tanto, puso tantos medios en juego, se valió de tantas personas, hasta el punto de ganar a la señora Le Vasseur y a su hija, que al fin salió con la suya. Resolví, pues, y prometí vivir en el Ermitage, renunciando a ir a mi patria; y mientras esperaba que la construcción se secase, ella se cuidó de preparar el ajuar, de suerte que todo estuvo dispuesto en la próxima primavera. Una cosa contribuyó mucho a resolverme, y fue el haberse fijado Voltaire

cerca de Ginebra. Conocí que este hombre causaría allí una revolución; que yo hallaría en mi patria el tono, el carácter y las costumbres que me hacían huir de los parisienses; que me vería obligado a batallar sin tregua y no tenía otra alternativa que parecer por mi conducta un pedante insoportable o un cobarde y un mal ciudadano. La carta que me escribió Voltaire sobre mi última obra me permitió insinuar estos temores en mi respuesta, temores que confirmó el efecto que produjo. Desde entonces tuve a Ginebra por perdida y no me equivoqué. Quizá hubiera debido ir a desafiar de frente la tempestad, si me hubiese sentido bastante fuerte. Pero ¿qué habría hecho yo solo, tímido, sin saber hablar, contra un hombre arrogante, opulento, sustentado con el apoyo de los grandes, dotado de una brillante locuacidad, y siendo ya el ídolo de las mujeres y de los jóvenes? Temía exponer inútilmente mi valor y sólo escuché mi natural pacífico y mi amor por la tranquilidad, que si me engañó entonces, hoy día en este punto me engaña todavía. Retirándome a Ginebra hubiera podido evitarme grandes desdichas, pero mucho dudo que con todo mi ardiente y patriótico celo hubiese podido hacer nada útil y grande para mi país.

Tronchin, que por aquel tiempo fue a establecerse en Ginebra, volvió poco después a París, haciendo el charlatán y llevándose mucho oro. A su llegada vino a verme con el caballero Jaucourt. La señora de Épinay deseaba ardientemente consultarle en privado, pero era difícil conseguirlo; acudió a mí; conseguí que Tronchin fuese a verla, y así, bajo mis auspicios, comenzaron una amistad que estrecharon a expensas mías. Tal ha sido siempre mi destino: tan pronto como he puesto en relaciones a dos amigos que lo fuesen míos separadamente, no han dejado nunca de unirse en contra mía. Aunque en el complot que formaron desde entonces los Tronchin para esclavizar a su patria, debían todos aborrecerme mortalmente, sin embargo el doctor continuó manifestándome benevolencia durante mucho tiempo, de modo que después de su regreso a Ginebra me escribía proponiéndome el empleo de bibliotecario honorario. Mas yo estaba ya resuelto, y esta oferta no me hizo vacilar. [71]

Por este tiempo volví a entrar en casa del barón de Holbach con motivo de la muerte de su mujer, acaecida, así como la de la señora de Francueil, durante mi estancia en Ginebra. Al participármela Diderot me habló de la aflicción del marido; su dolor conmovió mi corazón, yo mismo lo experimenté por la pérdida de aquella amable mujer, y con este motivo escribí una carta al señor de Holbach. Este triste acontecimiento me hizo olvidar todos los motivos de queja que tenía contra él, y cuando hube vuelto de Ginebra, y él de una excursión que hizo por Francia con objeto de distraerse, con Grimm y otros amigos, fui a verle y continué haciéndolo hasta mi salida para el Ermitage. Cuando en su círculo se supo que la señora de Épinay, a quien el barón de Holbach no visitaba aún, me preparaba una habitación, cayeron sobre mí los sarcasmos como granizo, fundados en que, necesitando el incienso y las diversiones de la ciudad, no podría permanecer allí quince días. Conociendo yo lo que valía todo esto, dejé decir y seguí mi camino. No dejó Holbach

de serme útil[72] para colocar al bueno de Le Vasseur, que tenía más de ochenta años, y cuya mujer no cesaba de suplicarme le colocara, porque le estorbaba. Se le metió en una casa de caridad, donde la edad y el pesar de verse lejos de su familia le llevaron al sepulcro al poco tiempo. Su mujer y sus hijos apenas le lloraron, excepto Teresa, que le amaba tiernamente, y jamás ha podido consolarse de su pérdida y de haber permitido que, estando tan próximo su fin, fuese lejos de su lado a acabar sus días.

Poco más o menos por este tiempo recibí una visita inesperada, aunque era de un amigo antiguo. Hablo de mi amigo Ventura, que vino a sorprenderme una mañana cuando nada estaba tan lejos de mi pensamiento, en compañía de otro. ¡Cuán cambiado me pareció! En lugar de sus antiguas gracias, no revelaba más que la crápula, lo que me impidió ser expansivo con él. Mis ojos no eran ya los mismos o la corrupción había embrutecido su espíritu, o todo su primer brillo dependía del de la juventud, que ya no tenía. Le recibí casi con indiferencia, y nos despedimos con bastante frialdad; mas, cuando hubo partido, el recuerdo de nuestros antiguos lazos me representó tan vivamente el de mi juventud, tan dulcemente, tan discretamente consagrada a esa mujer angelical, que al presente estaba tan cambiada casi como él, las pequeñas anécdotas de aquel feliz tiempo, la novelesca jornada de Toune, pasada con tanta inocencia como placer con aquellas encantadoras niñas, cuyo único favor había sido el dejarse besar la mano y de quienes, sin embargo, conservaba recuerdos tan vivos, tan conmovedores y duraderos: todos esos maravillosos delirios de un corazón joven, que había sentido entonces con toda su fuerza y cuya época había creído perdida para siempre; todas esas tiernas reminiscencias me hicieron derramar lágrimas por mi perdida juventud y esos delirios perdidos para siempre. ¡Ah, cuánto más hubiera llorado su tardía y funesta vuelta si hubiese previsto los sufrimientos que me había de costar!

Antes de abandonar a París, durante el invierno que precedió a mi retiro, tuve un placer muy conforme con mis sentimientos, y lo gocé en toda su pureza. Palissot, académico de Nancy, conocido por algunos dramas, acababa de presentar uno en Luneville ante el rey de Polonia y, creyendo probablemente hacer la corte por medio de la comedia, puso en este drama un hombre que había osado medirse con el rey con la pluma en la mano. Estanislao, que era un hombre generoso y no le gustaba la sátira, se indignó de que se atreviese a personalizar así en presencia suya. El señor conde de Tressan, por orden del príncipe, escribió a D’Alembert y a mí participándonos que Su Majestad tenía el intento de que Palissot fuese echado de su academia. Mi respuesta fue rogar vivamente al señor de Tressan que intercediera con el rey de Polonia a fin de obtener gracia para el señor Palissot. Se le concedió la gracia, y al participármelo en nombre del rey, me dijo que este hecho se consignaría en los registros de la Academia. Yo repliqué entonces que esto era más bien perpetuar un castigo que conceder una gracia. En fin, a fuerza de instancias, obtuve que no se mencionara nada en los registros ni quedara rastro alguno público de este asunto. Todo ello fue acompañado así por parte del rey como del señor de Tressan de

testimonios de aprecio y de consideración que me halagaron en extremo; y en esta ocasión observé que el aprecio de los hombres que lo merecen produce un sentimiento mucho más noble y dulce que el de la vanidad. En la colección he incluido copias de las cartas del señor de Tressan con mis respuestas y los originales se encontrarán en el legajo A, números 9, 10 y 11.

Bien comprendo que si algún día estas Memorias salen a luz, yo mismo perpetúo aquí el recuerdo de un hecho del cual hubiera querido no quedase rastro alguno; pero muchos otros refiero bien a mi pesar. El gran objeto de mi tarea, siempre presente a mi entendimiento, el indispensable deber de llenarlo en toda su extensión, no me dejarán desistir por otras consideraciones menores que me apartarían del fin que me propongo. En la singular situación en que me encuentro, debo demasiado a la verdad para que pueda deber más a otro cualquiera. Para conocerme bien es necesario verme en todas las fases de mi vida, buenas y malas. Mis confesiones están necesariamente enlazadas con las de muchas personas; yo hago unas y otras con igual franqueza en todo lo que se refiere a mí, no creyendo deber a nadie más atenciones que las que guardo a mí mismo, y, sin embargo, todavía guardo muchas más. Quiero ser siempre justo y verídico, decir de los demás lo bueno en cuanto me sea posible, no decir jamás lo malo sino en cuanto a mí me atañe, y me vea obligado a ello. ¿Quién tiene derecho a exigir otra cosa de mí en el estado a que me han reducido? No escribo mis confesiones para que se publiquen en vida mía ni en vida de ninguna de las personas interesadas. Si fuese dueño de mi destino y del de este escrito, no vería la luz pública sino mucho tiempo después de mi muerte y de la suya. Pero los esfuerzos que hacen mis poderosos opresores a causa del terror que les inspira la verdad, para borrar sus huellas, me obligan a hacer por conservarlas todo lo que me permiten el más exacto derecho y la más severa justicia. Si mi memoria hubiese de extinguirse conmigo, antes de comprometer a nadie sufriría en silencio un oprobio injusto, pero pasajero; mas ya que mi nombre ha de vivir, debo procurar transmitir con él a la posteridad el recuerdo del hombre infortunado que lo llevó, tal como fue realmente, y no tal como enemigos injustos se afanan sin descanso en describirle.

Libro noveno

1756

La impaciencia por vivir en el Ermitage no me dejó esperar la vuelta de la estación hermosa y tan luego como mi habitación estuvo dispuesta me apresuré a trasladarme con gran rechifla de los amigos del señor de Holbach, que auguraban a voz en cuello que yo no soportaría tres meses de soledad y que al poco tiempo me verían volver corrido a vivir como ellos en París. Pero yo, que al cabo de quince años de hallarme fuera de mi elemento, me veía próximo a entrar nuevamente en él, no hacía el menor caso de sus chanzas. Desde que a pesar mío me veía lanzado en el mundo, no había cesado de echar de menos mi querida Charmettes y la vida apacible que allí había gozado. Yo me sentía nacido para la vida retirada del campo y fuera de ella me era imposible vivir dichoso: en Venecia, con la marcha de los negocios públicos, la dignidad de una especie de representación y el orgullo de ambiciosos proyectos; en París, sumergido en el torbellino del gran mundo, la sensualidad de los convites, el brillo de los espectáculos, los humos de la vanagloria, siempre venían a arrancarme suspiros y a avivar mis deseos los bosquecillos, los riachuelos y mis paseos solitarios. Todos los trabajos a que había podido sujetarme, todos los proyectos de ambición que, como medios, habían animado mi celo, no tenían otro objeto que llegar un día a la paz campestre que en ese instante me lisonjeaba haber logrado. Sin haber conseguido una pequeña fortuna que había creído ser el único medio que podía proporcionarme el cumplimiento de este deseo, juzgué que, por mi situación particular, podía prescindir de ella y llegar al mismo objeto por un camino enteramente opuesto. Ni siquiera tenía un sueldo de renta; pero tenía un nombre y conocimientos; era sobrio y me había desprendido de todas las necesidades más dispendiosas, que son las que nos impone la opinión. Además de esto, a pesar de mi natural pereza, era laborioso cuando quería serlo; y mi pereza no era tanto la de un hombre amigo de no hacer nada como la del que quiere ser independiente y le gusta trabajar a su voluntad. Mi profesión de copista de música no era brillante ni lucrativa; pero era segura. El mundo me aplaudía por haber tenido el valor de abrazarla. Podía estar seguro de que no me faltaría trabajo, y trabajando mucho podía ganar lo suficiente para mí. Todavía me quedaban dos mil francos del producto de *El adivino* y de mis otros escritos que me permitían no vivir con estrechez; y muchas obras que tenía encargadas me prometían poder trabajar a mi gusto, sin cansar a los libreros, sin excederme y aun aprovechando la ociosidad del paseo. Mi servicio, compuesto de tres personas, que todas se ocupaban en algo de utilidad, no era muy costoso. En fin, mis recursos, proporcionados a mis necesidades y deseos, podían ofrecerme razonablemente una vida feliz y duradera en la posición que me había hecho escoger

mi inclinación.

Hubiera podido emprender otro camino más lucrativo, y, en vez de sujetar mi pluma a copiar, dedicarla enteramente a escritos que con el vuelo que había tomado, y que me sentía capaz de sostener, podían proporcionarme la abundancia y hasta la opulencia por poco que hubiese querido juntar los artificios de autor al cuidado de publicar buenos libros. Pero conocí que el escribir para ganar dinero pronto hubiera ahogado mi ingenio y muerto mi talento, que estaba más en mi pluma que en mi corazón, y que era hijo de un modo de pensar elevado y altivo, único que podía alimentarlo. Una pluma venal no puede dar nada grande y vigoroso. La necesidad, tal vez la avidez, me hubiera hecho trabajar atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Si la necesidad del éxito no me hubiese lanzado en el terreno de las cábalas, a buen seguro me hubiera hecho decir más bien lo que agradase a la multitud que lo verdadero y lo útil; y de un autor distinguido como podía serlo, me habría convertido en un emborronador de papel. No, no; siempre he creído que la condición de autor no podía ser ilustre y respetable sino estando lejos de ser un oficio. Es harto difícil pensar noblemente, cuando se hace para vivir. Para poder y atreverse a decir grandes verdades es necesario no depender del éxito. Yo lanzaba mis libros al público con la certeza de haber hablado en pro del bien de la humanidad, sin cuidarme de lo demás. Si la obra no era bien recibida, tanto peor para los que no querían aprovecharse de ella. No necesitaba su aprobación para vivir. Si mis libros no se vendían, mi oficio me bastaba, y esto era precisamente lo que los hacía vender.

El 9 de abril de 1756 salí de París para no volver a habitar más en él; porque yo no llamo vivir en un punto el pasar en él cortas temporadas como lo he hecho en París, Londres y otras ciudades, pero siempre de paso, o bien a pesar mío. La señora de Épinay vino a buscarnos a los tres con su coche; su arrendatario se encargó de mi equipaje, y me instalé desde aquel mismo día. Encontré mi pequeño retiro arreglado y amueblado sencillamente, pero con limpieza y hasta con gusto. La persona que había dirigido este moblaje tenía para mí un valor inestimable, y encontraba delicioso ser el huésped de mi amiga, en una casa que yo había escogido y que había sido expresamente construida para mí.

Aunque hacía frío y aún había nieve, la tierra empezaba ya a vegetar; veíanse violetas y prímulas, apuntaban las yemas de los árboles, y la noche misma de mi arribo fue señalada por el primer canto del ruiseñor, que se hizo oír cerca de mi ventana, en un bosque que había junto a la casa. Después de un ligero sueño desperté, no acordándome de mi traslado, y creí estar aún en la calle de Grenelle, cuando de repente aquel ramaje me hizo estremecer y en rapto de entusiasmo exclamé: «Al fin se han cumplido mis deseos». Mi primera diligencia fue entregarme a la impresión de los objetos campestres que me rodeaban. En vez de empezar por disponer mi habitación, empecé a prepararme para mis paseos, y no hubo senderos, ni soto, ni bosque, ni sitio retirado alrededor de mi casa que al siguiente día no hubiese recorrido. Cuanto más examinaba aquel encantador asilo, tanto más me convencía de

que era lo más a propósito para mí. Este lugar, más bien que salvaje, solitario, me transportaba en mi mente al otro extremo del mundo. Había allí esa conmovedora belleza que difícilmente se halla cerca de las ciudades; el que se hubiese visto transportado allí de repente, nunca se hubiera imaginado que no distaba de París más que cuatro leguas.

Después de algunos días dedicados a mis delirios campestres, me acordé de arreglar mis papeles y ordenar mis ocupaciones. Como lo había hecho siempre, destiné las mañanas a copiar, y las tardes al paseo, pertrechado con mi librito en blanco y mi lápiz; porque, no habiendo podido escribir jamás ni pensar con desahogo sino *sub die,* no tenía el menor intento de cambiar de método, y pensé que el bosque de Montmorency que estaba casi a la puerta de mi casa sería en adelante mi cuarto de estudio. Tenía varios escritos empezados, y los revisé. Era bastante espléndido en proyectos; mas en el bullicio de la ciudad su realización había sido hasta entonces muy lenta. Allí esperaba trabajar con más diligencia cuando tuviese menos distracciones. Creo haber llenado bastante bien esta esperanza; y, para un hombre frecuentemente enfermo, que iba de continuo a la Chevrette, a Épinay, a Eubonne, al castillo de Montmorency, con frecuencia molestado en mi casa por curiosos desocupados, y que empleaba todas las mañanas en la copia, si se cuenta y mide los escritos que hice durante los seis años que pasé, ya en el Ermitage, ya en Montmorency, estoy seguro de que se hallará que si he perdido el tiempo durante este intervalo no ha sido en la ociosidad.

De las diversas obras que tenía bosquejadas, la que hacía más tiempo en que meditaba, y en que más me agradaba ocuparme, en la cual quería trabajar toda mi vida, y que me parecía debía fijar mi reputación, eran mis *Instituciones políticas.* Trece o catorce años hacía que había concebido la primera idea, cuando estando en Venecia había tenido ocasión de observar los defectos de aquel gobierno tan decantado. Desde entonces me había aplicado extensamente al estudio histórico de la Moral. Había visto que todo dependía radicalmente de la política, y que, de cualquier modo que se obrase, ningún pueblo sería otra cosa que lo que le hiciera ser la naturaleza de su gobierno; así, esa gran cuestión del mejor gobierno posible me parecía reducirse a lo siguiente: ¿cuál es la forma de gobierno propia para formar al pueblo más virtuoso, más ilustrado, más prudente, mejor en fin, tomando esta palabra en su sentido más lato? Había creído ver que esta cuestión se relacionaba íntimamente con esta otra, si bien era diferente: ¿cuál es el gobierno que, por su naturaleza, está siempre más cerca de la ley?; y de aquí, ¿qué es la ley? y una cadena de cuestiones de igual importancia. Veía que todo esto me conducía a grandes verdades, útiles a la felicidad del género humano, pero sobre todo a la de mi patria, donde, en el viaje que acababa de hacer, no había encontrado las nociones de la ley y de la libertad bastante rectas ni bastante claras a mi modo de ver; y había creído que este modo indirecto de enseñársela era el más a propósito para no ofender el amor propio de sus miembros y hacerme perdonar el haber visto algo más que ellos en este

punto.

Aunque hacía ya cinco o seis años que trabajaba en esta obra, la tenía aún muy poco adelantada. Los libros de este género necesitan meditación, espacio y tranquilidad. Además, éste lo componía como suele decirse con buena suerte, y no había querido comunicar mi proyecto a nadie, ni aun a Diderot. Temía que había de parecer harto atrevido para el siglo y para el país en que escribía, y que el espanto de mis amigos[73] me había de poner obstáculo en su realización. Todavía ignoraba si se concluiría a tiempo y de manera que pudiese publicarse viviendo yo. Quería poder dar sin obstáculo a mi asunto cuanto éste requiriese, seguro de que, exento completamente de carácter satírico, y no queriendo buscar aplicación ninguna, equitativamente sería siempre irreprensible. Quería usar sin recelo y en toda plenitud del derecho de pensar que tenía por mi nacimiento; pero respetando siempre el gobierno bajo el cual tenía que vivir, sin faltar jamás a sus leyes; y, siempre atento a no violar el derecho de gentes, tampoco quería renunciar por temor a sus ventajas.

También confieso que, siendo extranjero y viviendo en Francia, hallaba mi posición muy favorable para atreverme a decir la verdad; sabiendo muy bien que, continuando como quería hacerlo en no imprimir sin permiso dentro del Estado, nadie tenía derecho a pedirme cuentas de mis máximas y de su publicación en otro lugar cualquiera. En Ginebra mismo hubiera sido mucho menos libre, pues, aunque hubiese hecho imprimir mis libros en cualquier otro país, el magistrado estaba autorizado para epilogar el libro. Esta consideración tuvo no poca parte en hacerme ceder a las instancias de la señora de Épinay y renunciar al proyecto de ir a establecerme en Ginebra. Yo conocía, como he dicho en el *Emilio,* que, a menos de ser intrigante, cuando se quieren consagrar libros al verdadero bien de la patria, no conviene componerlos en ella.

Lo que me hacía ya mi posición más conveniente era la persuasión en que estaba de que el Gobierno de Francia, aunque no me mirase con buenos ojos, estimaría como un deber, si no protegerme, a lo menos dejarme tranquilo. Esto era a mi entender un acto de política muy sencillo y, sin embargo, muy útil para convertir en mérito el tolerar lo que no se podía impedir, puesto que si me hubiesen echado de Francia, que era cuanto tenían derecho a hacer, no por esto hubieran dejado de publicarse mis libros y se hubieran hecho tal vez con menos moderación; mientras que, dejándome tranquilo, conservaban en su poder al autor, como garantía de sus obras, y además destruían en parte preocupaciones muy arraigadas en el resto de Europa granjeándose la reputación de tener un respeto ilustrado al derecho de gentes.

Los que juzgaran por el resultado que mi confianza me engañó, podrían engañarse también. En la tempestad que me ha hundido, mis libros sirvieron de pretexto, pero solamente a mí es a quien se quería perseguir. Poco les importaba el autor, pero querían perder a Juan Jacobo, y lo más malo que encontraron en mis escritos era el honor que éstos me podían proporcionar. Mas no conviene adelantar los sucesos. Ignoro si este misterio, que aún lo es para mí, se aclarará en lo sucesivo a los ojos de

mis lectores. Únicamente sé que, si los principios de que yo había hecho gala hubieran debido atraerme las persecuciones de que he sido víctima, hubiera tardado mucho menos tiempo en sufrirlas; puesto que el libro en que dichos principios se hallan expuestos con más atrevimiento por no decir audacia, había, por decirlo así, producido todo su efecto aun antes de que yo me retirase al Ermitage, sin que nadie hubiese pensado, no digo ya en combatirme por su causa, sino ni siquiera en impedir la publicación de la obra en Francia, donde se vendía tan públicamente como en Holanda. Desde aquella época, salió al público todavía *La nueva Eloísa* con la misma facilidad, por no decir con el mismo aplauso; y, cosa que parece casi increíble, la profesión de fe de esta misma Eloísa moribunda, es exactamente idéntica a la del vicario saboyano. Todo lo que hay de atrevido en *El contrato social* se hallaba ya en el *Discurso sobre la desigualdad;* todo lo que hay de atrevido en el *Emilio* se hallaba igualmente en la *Julia.* Ahora bien, estos atrevimientos y osadías no excitaron ninguna crítica ni clamor contra las dos primeras obras; por consiguiente, tampoco pudieron excitarlos contra las últimas.

Otra tarea casi del mismo género, pero cuyo proyecto era más reciente, me ocupaba mucho más en estos momentos: era extractar las obras del abate de Saint-Pierre, de la que no he podido hablar hasta ahora, arrastrado por el hilo de la narración. La idea de dicho trabajo habíame sido sugerida, después de mi regreso de Ginebra, por el abate de Mably, no ya directamente, sino por mediación de la señora Dupin, que tenía especial interés en hacérmela aceptar. Era ésta una de las tres o cuatro lindas mujeres de París para quienes el viejo abate de Saint-Pierre había sido una especie de niño mimado; si no tuvo ella por completo la preferencia, por lo menos la compartió con la señora de Aiguillon. Conservaba hacia la memoria del buen hombre un respeto y un cariño que hacían honor a ambos, y su amor propio se hubiera sentido agradablemente lisonjeado al ver resucitadas, por su secretario, las obras de su amigo, muertas antes de nacer. Estas mismas obras no dejaban de contener excelentes cosas, pero tan mal expresadas que era difícil hacer interesante su lectura; y es extraño que el abate de Saint-Pierre, que consideraba a sus lectores como a niños grandes, les hablase, sin embargo, como a hombres, por el poco cuidado que ponía en fijar su atención y hacerse escuchar. Ésta era la causa de que me hubiesen propuesto semejante trabajo, como útil en sí mismo y como muy conveniente a un hombre muy laborioso en cuanto a trabajos manuales, pero perezoso como autor, y que, juzgando demasiado penoso el trabajo de pensar, prefería, en materias que eran de su agrado, ilustrar y dar a luz las ideas de otro antes que crear ideas nuevas. Por otra parte, no limitando mis facultades a las simples funciones de traductor, no me estaba prohibido pensar en mí mismo algunas veces, y podía dar a mi trabajo una forma tal que muchas importantes verdades pasarían en él bajo el nombre del abate de Saint-Pierre con más facilidad y éxito que bajo el mío propio. La empresa, por otra parte, no era fácil: tratábase nada menos que de leer, meditar y extractar veinte volúmenes difusos, confusos, llenos de prolijidades, de repeticiones, de puntos de

vista limitados o falsos, entre los que era preciso rebuscar y entresacar algunos grandes, hermosos y que daban valor para sobrellevar tan penoso trabajo. Con frecuencia, hubiera abandonado este trabajo si hubiera podido honradamente hacerlo; pero al recibir los manuscritos del abate, que me fueron dados por su sobrino el conde de Saint-Pierre, a ruegos de Saint-Lambert, me había en cierta manera comprometido a hacer uso de ellos, y hubiera sido preciso o devolverlos o procurar sacar partido de los mismos. Con esta última intención, los había llevado conmigo, al Ermitage, y éste era el primer trabajo a que pensaba consagrar mis ocios. Meditaba además un tercer trabajo, cuya idea había nacido de las observaciones hechas acerca de mí mismo; y me sentía con tanto más valor para emprenderlo cuanto que todo me hacía esperar que había de hacer de él un libro verdaderamente útil a los hombres, y hasta uno de los más útiles que se les pudieran ofrecer, caso de que la ejecución respondiese dignamente al plan que me había trazado.[74] Se ha notado que la mayor parte de los hombres, durante el curso de su vida, difieren a veces enteramente de sí mismos y parecen transformarse por completo en otros muy distintos. No era mi intención hacer un libro para exponer una cosa sobradamente conocida de todos; tenía un objeto más lleno de novedad y más importante, cual era el de investigar las causas de estas variaciones y de fijarme, sobre todo, en aquellas que dependen de nosotros para demostrar cómo podemos encaminarlas a fin de hacernos mejores y más dueños de nosotros mismos. Porque no hay duda que debe ser mucho más penoso para un hombre honrado vencer deseos enteramente formados, que el prevenir, cambiar o modificar en su origen siempre que haya posibilidad de remontarse a él. Un hombre tentado resiste una vez porque es fuerte, y sucumbe otra vez porque es débil; si hubiera sido el mismo que antes, no habría sucumbido.

Sondeando en mi interior e investigando en los demás estas diversas maneras de ser, me encontré con que dependían en gran parte de la impresión anterior de los objetos exteriores, y que, modificados continuamente por nuestros sentidos, y nuestros órganos, llevamos, sin echarlo de ver, en nuestras ideas, en nuestros sentimientos, en nuestras acciones mismas, el efecto de estas modificaciones. Las admirables y numerosas observaciones que yo había llegado a recoger estaban por encima de toda discusión; y, por sus principios físicos, me parecían a propósito para suministrar las reglas de un régimen exterior, que, variado según las circunstancias, podía poner o mantener el alma en el estado más favorable a la virtud. ¡Qué de aberraciones se evitarían a la razón! ¡Qué de vicios se impedirían en su origen si se supiese obligar a la economía animal a favorecer el orden moral que turba con tanta frecuencia! Los climas, los colores, la oscuridad, la luz, los elementos, los alimentos, el ruido, el silencio, el movimiento, el reposo, todo obra sobre nuestra máquina, y, por consiguiente, sobre nuestra alma; todo nos ofrece mil recursos casi seguros para gobernar en su origen los sentimientos de que nos dejamos dominar. Tal era la idea fundamental cuyo bosquejo había ya trazado sobre el papel, y de la que esperaba un efecto tanto más seguro para las gentes bien nacidas que, amando sinceramente la

verdad, desconfían de su debilidad, cuanto que me parecía fácil sacar de ella un libro agradable de leer como lo era también de componer. Sin embargo, he trabajado poco en esta obra, cuyo título era *La moral sensitiva o el materialismo del sabio.* Distracciones, cuya causa no tardará el lector en conocer, me impidieron ocuparme en este trabajo y sabrá también cuál ha sido la suerte de dicho bosquejo literario, que está más enlazada con la mía de lo que pudiera creerse a primera vista.

Además de todo esto, hacía algún tiempo que pensaba en un sistema de educación en que me había rogado que me ocupase la señora de Chenonceaux, a quien hacía temblar por su hijo la que tenía su marido. La autoridad de la amistad hacía que este objeto, aunque menos de mi gusto en sí mismo, halagase mi corazón más que otro alguno. Así es que de todos los asuntos de que acabo de hablar, éste es el único que he llevado a término. El fin que me había propuesto trabajando en esta obra me parece que hacía a su autor acreedor a otro destino. Mas no anticipemos nada acerca de este triste asunto. Harto obligado me veré a hablar de ello en el curso de este escrito.

Todos estos proyectos me ofrecían motivos de meditación para mis paseos; pues, como creo haberlo dicho, no puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies. Sin embargo, había tenido la precaución de pertrecharme de un trabajo de gabinete para los días de lluvia, y fue mi *Diccionario de música,* cuyos materiales dispersos, mutilados e informes hacían necesario casi empezar de nuevo. Trájeme algunos libros que para ello necesitaba; había pasado dos meses sacando extractos de muchos otros, que me prestaban en la biblioteca del rey, de los cuales me permitieron llevar alguno al Ermitage. He aquí mis provisiones para compilar en casa cuando el tiempo no me permitiese salir y me fastidiase de copiar. Este arreglo me venía tan bien que me sirvió así en el Ermitage como en Montmorency y luego también en Motiers, donde acabé esta tarea mientras hacía otros trabajos, hallando siempre que un cambio de trabajo es un descanso.

Durante algún tiempo seguí con bastante exactitud la distribución que me había prescrito y me iba perfectamente; mas cuando la estación hermosa trajo a la señora de Épinay con más frecuencia a Épinay o a la Chevrette, hallé que las distracciones que al principio nada me costaban, pero con las cuales no había contado, desconcertaban mis proyectos. He dicho ya que esta señora tenía relevantes cualidades; apreciaba mucho a sus amigos, les servía con gusto, y, no escaseando el tiempo ni la actividad, merecía que en cambio se tuviesen atenciones con ella. Hasta entonces había llenado este deber sin pensar que lo fuese; mas al fin comprendí que me había echado en hombros una carga que sólo la amistad podía hacer que no sintiera su peso; y había agravado este peso con mi repugnancia por las reuniones numerosas. La señora de Épinay se valió de esto para hacerme una proposición que parecía tender a satisfacer mi gusto, pero que servía más para ella, y consistía en mandarme avisar, cada vez que estuviese sola o poco menos. Convine en ello sin ver a qué me obligaba; de aquí se

siguió que no la visitaba cuando a mí me venía bien, sino a la hora que a ella le convenía y jamás estaba seguro de poder disponer de un solo día. Esta molestia alteró mucho el placer que hasta entonces sentía en ir a verla, y hallé que esta libertad con que ella me había brindado no se me daba sino a condición de no poder utilizarla; y una o dos veces que quise probarlo, hubo tantos mensajes, tantos billetes, tantas alarmas sobre mi salud, que bien claramente vi que no había más excusa capaz de dispensarme de volar a su primera indicación que estar sepultado en la cama. Preciso era sujetarme a este yugo; así lo hice y aun de bastante buena voluntad para tan gran enemigo de la dependencia, porque en gran parte la sincera amistad que le profesaba me impedía sentir demasiado el peso de la cadena que echaba sobre mí. Ella llenaba así en parte el vacío que la ausencia de su ordinaria corte dejaba en su diversión. Para ella era yo un suplemento muy mezquino, pero que valía más aun que una soledad absoluta que no podía soportar. Sin embargo, tenía medios de suplirla mucho más agradablemente desde que había querido conocer la literatura y se le había metido en la cabeza, quieras que no, escribir novelas, cartas, comedias, cuentos y otras frivolidades por el estilo; pero lo que más la entretenía era leerlas; y si en seguida se le ocurría borronear dos o tres páginas, preciso era que estuviese segura por lo menos de tener dos o tres lectores benévolos al fin de este inmenso trabajo. No tenía el honor de pertenecer al número de los elegidos sino cuando me hallaba en compañía de algún otro. Solo, casi siempre era contado por nada, cualquiera que fuese el asunto de que se tratase; y esto no solamente en el círculo de la señora de Épinay sino también en el del señor de Holbach, y en todo sitio donde Grimm era el factótum. Esta nulidad me complacía mucho en todas partes, menos cuando estaba solo con alguien, en cuyo caso no sabía qué partido tomar, no atreviéndome a hablar de literatura, para lo cual no estaba autorizado, ni de galantería, por ser demasiado tímido y por temer como a la muerte el hacer el papel ridículo de un viejo verde; fuera de que esta idea jamás se me ocurrió junto a la señora de Épinay, y quizá no se me hubiera ocurrido una sola vez en mi vida, aunque la hubiese pasado entera a su lado, no porque me inspirase la menor repugnancia, sino porque, por el contrario, la amaba quizá demasiado como amigo para poder quererla como amante. Me agradaba verla y hablar con ella. Su conversación, aunque bastante agradable en sociedad, era árida en particular, y la mía, que no era más florida, no le servía de gran apoyo. Avergonzado de un silencio tan prolongado, me esforzaba para animar la conversación, y, aunque a menudo me fatigaba, nunca me aburría. Yo estaba muy contento prodigándole cuidados, dándole fraternales besos que no me parecía fuesen más sensuales para ella, y esto era todo. Ella estaba muy flaca, era muy blanca, y su seno se parecía al dorso de mi mano. Este defecto solo hubiera bastado para helarme: mi corazón y mis sentidos jamás han creído ver una mujer en una persona que no tenga senos opulentos; éstas y otras causas que es inútil decir aquí, siempre me han hecho olvidar su sexo estando al lado de ella.

Habiéndome resignado así a una sujeción necesaria, la sufría sin resistencia y aun

la encontré, a lo menos el primer año, menos onerosa de lo que hubiera esperado. La señora de Épinay, que ordinariamente pasaba todo el verano en el campo, no pasó en él más que una parte del mismo, ya sea porque sus negocios la retuviesen más tiempo en París o porque la ausencia de Grimm le hiciese menos agradable su estancia en la Chevrette. Yo aproveché los intervalos en que ella no estaba y aquéllos en que había mucha gente, para gozar de la soledad con mi buena Teresa y su madre, de modo que apreciaba todo su valor. Aunque desde hacía algunos años iba con bastante frecuencia al campo, casi era sin gozar de él, y estos viajes, verificados siempre en compañía de personas presuntuosas, inutilizados siempre por la falta de libertad, no hacían más que exaltar mi afición a los placeres campestres, cuya imagen veía tan de cerca para sentir más su privación. Estaba tan aburrido de los salones, de los juegos de agua, de los bosquecillos, de los jardines y de los todavía más fastidiosos *cicerones* de todo esto; estaba tan cansado de folletos, de clavicordios, de tresillo, de enredos, de insípidas agudezas, de desabridas monadas, de cuentos y de cenas, que cuando divisaba algún sencillo espinar, un vallado, una granja, un prado; cuando al pasar por una aldea percibía el olor de alguna tortilla con perifollo; cuando a lo lejos oía el rústico estribillo de la canción de las pastoras, renegaba del arrebol, de los falbalás y del ámbar; y, echando de menos la comida de casa y el vino del cosechero, de buena gana hubiera dado de bofetones al jefe de la partida o anfitrión que me hacían comer a la hora en que ceno, y cenar a la hora de dormir; pero sobre todo a los señores lacayos que devoraban con la vista mi plato, y, so pena de morir de sed, me vendían el vino compuesto de su amo diez veces más caro de lo que me hubiera costado mejor en la taberna.

Heme aquí, en fin, en mi casa; en un asilo solitario y agradable; dueño de pasar los días en esta vida independiente, igual y apacible, para la cual me creía haber nacido. Antes de decir la influencia que este estado, tan nuevo para mí, ejerció sobre mi corazón, conviene recapitular las secretas afecciones a él anejas, a fin de que se pueda seguir mejor en sus causas el progreso de estas nuevas modificaciones.

He considerado siempre el día que me uní a Teresa como un acontecimiento que fijó mi ser moral. Yo necesitaba un afecto, puesto que al fin el que debía satisfacerme se había roto tan cruelmente. La sed de felicidad no se extingue jamás en el corazón humano. Mamá envejecía y se envilecía. Ya no podía ser feliz aquí abajo. No me quedaba sino buscar una dicha que me fuese propia, puesto que había perdido toda esperanza de compartir la suya. Durante algún tiempo estuve vacilando entre una y otra idea, entre uno y otro proyecto. Mi viaje de Venecia me hubiera sumergido en los negocios públicos si el hombre con quien tropecé hubiera tenido sentido común. Yo me desanimo fácilmente, sobre todo en las empresas penosas y largas. El mal éxito de ésta me disgustó de cualquier otra y, mirando, según mi antigua máxima, los objetos lejanos como señuelos para los necios, me decidí a vivir en adelante sin pensar más que en el día, no viendo ya nada en la vida que me impulsase a esforzarme.

Entonces fue precisamente cuando nos conocimos. El carácter dulce de esta

buena muchacha me pareció tan conforme con el mío, que me uní a ella con un afecto a prueba del tiempo y de las perfidias, y, que cuanto hubiera debido romperlo ha servido para aumentarlo. La fuerza de este cariño se conocerá en lo sucesivo cuando descubra las llagas y las heridas con que ha desgarrado mi corazón en lo más crudo de mi desgracia, sin que hasta el momento en que escribo estas líneas se me haya escapado la más mínima queja.

Cuando se sepa que después de haberlo arrostrado todo para no separarme de ella, al cabo de veinticinco años pasados en su compañía, a despecho de la suerte y de los hombres, he acabado por casarme con ella en mis últimos días sin que ella lo esperase ni lo solicitase, sin compromiso ni promesa por mi parte, se creerá que, habiéndome hecho perder la cabeza desde el primer día un amor arrebatado, me ha conducido por grados a la mayor extravagancia; y se creerá; tanto más cuando se sepan las poderosas razones particulares que debían impedirme llegar a ese extremo. ¿Qué pensará, pues, el lector cuando yo le diga, con toda mi veracidad, de que al presente no puede dudar, que desde el primer momento que la vi hasta hoy día jamás he sentido por ella la menor llama de amor; que no la deseé poseer más que a la señora de Warens, y que la necesidad de los sentidos, satisfecha con ella, ha sido para mí únicamente la del sexo, sin que hubiese nada personal? ¿Creerá que, formado de otro modo que los demás hombres, fui incapaz de sentir el amor, puesto que para nada entraba en el afecto que me han inspirado las mujeres que más he querido? Paciencia, ¡oh, lector!, el momento funesto se acerca y harto desengañado has de quedar.

Sin duda me repito, pero es necesario. Mi primera necesidad, la mayor, la más viva, la más inextinguible, tenía asiento únicamente en mi corazón: era la intimidad en el mayor grado posible; por esto necesitaba principalmente una mujer más bien que un hombre, una amiga mejor que un amigo. Esta singular necesidad era de tal índole, que aun no bastaba a llenarla la mayor intimidad corporal; hubiera necesitado dos almas en un mismo cuerpo; sin esto sentía siempre el vacío. Creí que había llegado el momento de llenarlo; aquella joven amable por varios conceptos, y hasta por su físico, sin sombra de arte ni de coquetería, me hubiera bastado con su existencia si a ella le hubiese bastado la mía. Nada tenía que temer por parte de los hombres, pues estoy seguro de ser el único a quien amó, y su frío temperamento no le ha pedido otros, ni aun cuando dejé de existir para ella en este concepto. Yo no tenía familia; ella la tenía, pero el carácter de todos sus miembros difería del suyo y fue tal que yo no pude adoptarla por mía. Ésta fue la primera causa de mi desdicha. ¡Qué no habría yo dado para poder considerarme como el hijo de su madre! Hice cuanto pude para lograrlo, mas todo en vano; por más que quise unir todos nuestros intereses, no lo pude conseguir; fueran los suyos diferentes de los míos, contrarios, y aun opuestos a los de su hija, que ya estaba como aislada de ellos. La madre y sus demás hijos y nietos se convirtieron en otras tantas sanguijuelas, que robaban a Teresa, y aun era éste el menor mal que le hacían. La pobre muchacha, acostumbrada a ceder, aun a sus sobrinas, se dejaba saquear y gobernar sin chistar: y yo veía con dolor que empleaba

mi dinero y mis lecciones sin lograr que le aprovechase nada de cuanto hacía por ella. Probé a separarla de su madre, mas ella no lo consintió jamás; yo respeté su resistencia y la aprecié más; pero su oposición fue perjudicial para nosotros dos. Entregada a su madre, y a los suyos, fue más de éstos que mía y de sí misma, y los consejos que le dieron le causaron más perjuicios que la avidez que tenían; en fin, si gracias al amor que me profesaba, y a sus buenas inclinaciones, no llegó a estar completamente sojuzgada, a lo menos lo estuvo lo bastante para contrarrestar en gran parte el efecto de las buenas máximas que yo me esforzaba en inspirarle; lo bastante para que, de cualquier modo que haya obrado, hayamos continuado siendo siempre dos.

He aquí cómo con un afecto sincero y recíproco a que se había entregado mi tierno corazón, el vacío que en él había jamás pudo verse completamente lleno. Los hijos que podían llenarlo vinieron, y fue peor todavía. Me horripilé tener que entregarlos a esa familia mal educada para que fuesen aun peor educados que ella. Los peligros de la educación de la Inclusa eran mucho menores; esta razón de la resolución que tomé, más fuerte que todas las que expuse en mi carta a la señora de Francueil, fue con todo la única que no me atreví a revelar. Preferí tener menos disculpa en falta tan grave, y no dañar a la familia de una persona a quien amaba. Mas por las costumbres de su desgraciado hermano puede juzgarse si, dígase lo que se quiera, debía exponer nunca a mis hijos a que recibiesen una educación semejante a la suya.

No pudiendo gozar en toda su plenitud de esta sociedad íntima que tanto necesitaba, me procuraba sustituciones que no llenaban el vacío, pero que me lo hacían sentir menos. Careciendo de un amigo que me perteneciese completamente, necesitaba otros, cuyo impulso sobrepujase mi inercia; por eso cultivé y estreché mi amistad con Diderot y con el abate de Condillac; así es cómo contraje una nueva con Grimm, aun más estrecha, y así fue como al fin me hallé, por causa del desgraciado discurso, cuya historia he referido, lanzado de nuevo, sin pensarlo, en la literatura, de donde creía haber salido para siempre.

El modo como empecé me condujo por un camino nuevo a otro mundo intelectual, cuya sencilla y atrevida economía no pude entrever sin entusiasmo. A poco y a vueltas de reflexionar, ya no vi más que error y locura en las doctrinas de nuestros sabios, error y miseria en nuestro orden social. Con la ilusión de mi necio orgullo, me creí nacido para disipar todos esos prestigios; y, creyendo que para hacerme escuchar era forzoso que mi conducta estuviese en conformidad con mis principios, adopté unas costumbres singulares, que no me han dejado seguir, ejemplo que mis pretendidos amigos no han podido perdonarme, que al principio me puso en ridículo y que al fin me habría hecho respetable si hubiese podido perseverar en él.

Hasta entonces había sido bueno; desde aquel momento fui virtuoso, o a lo menos apasionado por la virtud. Esta pasión había empezado en mi cabeza, mas había pasado luego a mi corazón. El más noble orgullo germinó entre los despojos de la

desarraigada vanidad. No fingí nada: fui efectivamente lo que parecía, y lo menos por espacio de cuatro años que duró esta efervescencia, nada hay grande y bello capaz de tomar asiento en el corazón humano de que no fuese capaz el mío quedando entre el cielo y yo. He aquí de dónde nació mi súbita elocuencia; he aquí cómo se derramó en mis primeros libros ese fuego celestial que me abrasaba y de que no se había perdido la menor chispa durante cuarenta años, porque todavía no estaba encendido.

Me hallaba verdaderamente transformado; mis amigos y mis conocidos no me reconocían ya; no era éste aquel hombre tímido y más bien vergonzoso que modesto, que no se atrevía a presentarse ni a hablar; a quien desconcertaba la menor chanza, y a quien hacía sonrojarse la mirada de una mujer. Audaz, valeroso, intrépido, llevaba a todas partes una seguridad tanto más firme cuanto que era sencilla y residía más en mi alma que en mi exterior. El desprecio que mis profundas meditaciones me habían inspirado por las costumbres, las máximas y las preocupaciones de mi siglo, me hacían insensible a las burlas de los que las tenían, y aplastaba sus agudezas con mis sentencias como aplastaría un insecto con mis dedos. ¡Qué cambio! Todo París repetía los acres y mordaces sarcasmos del hombre que, dos años antes y diez después, no ha sabido hallar lo que debía decir, ni la palabra que debía emplear. Imagínese la situación del mundo más contraria a mi carácter, y se tendrá la mía. Recuérdese uno de esos cortos instantes de mi vida en que dejaba de ser yo convirtiéndome en otro, por ejemplo, el momento de que hablo; sólo que en vez de durar seis días o seis semanas, duró seis años y quizá duraría todavía, sin las circunstancias particulares que lo hicieron cesar y me volvieron a la Naturaleza, por encima de la cual había querido elevarme.

Este cambio comenzó tan luego como dejé a París, y tan presto como el espectáculo de los vicios de esta gran ciudad dejó de alimentar la indignación que me había inspirado. Cuando dejé de ver a los hombres, dejé de despreciarlos; y cuando dejé de ver a los malvados, dejé de aborrecerlos. Mi corazón poco inclinado al odio no hizo más que deplorar su miseria, sin distinguir su ruindad. Este estado más dulce, aunque menos sublime, amortiguó muy pronto el ardiente entusiasmo que me había arrebatado durante tanto tiempo; y sin que lo notasen, casi sin hacerme cargo de ello, me volví miedoso, complaciente, tímido; en una palabra: el mismo Juan Jacobo que había sido antes.

Si la revolución no hubiese hecho más que devolverme a mi estado anterior y detenerse aquí, todo hubiera ido bien; pero desgraciadamente fue más lejos y me llevó rápidamente al extremo opuesto. Desde entonces mi espíritu, siempre agitado, no ha hecho más que pasar por el reposo, donde nunca le han permitido fijarse sus oscilaciones constantemente renovadas. Entremos ya en los detalles de esta segunda revolución: época terrible y fatal de una suerte que no tiene ejemplo entre los mortales.

No siendo más que tres personas en nuestro asilo, el ocio y la soledad debían naturalmente estrechar nuestra intimidad, y esto es lo que produjeron entre Teresa y

yo. Pasábamos a la sombra de los árboles horas deliciosas, cuya dulzura jamás había gozado con tanta vivacidad. Parecióme que también ella disfrutaba más que nunca; allí me abrió su corazón sin reserva, y me hizo sobre su madre y su familia revelaciones que hasta entonces había tenido el valor de ocultarme por largo tiempo. Una y otra habían recibido de la señora Dupin innumerables presentes encaminados a mí, pero que la astuta vieja, para que yo no me incomodase, se había apropiado para ella y los suyos, exceptuando a Teresa, a quien prohibía severamente que me lo dijese, orden que la pobre había cumplido con una obediencia increíble.

Pero lo que más me sorprendió fue saber que, además de las conversaciones particulares que habían tenido Diderot y Grimm con la madre y la hija para separarlas de mí, y que no habían producido efecto por la resistencia de Teresa, los dos tenían frecuentes coloquios con la madre, sin que ella pudiese saber nada de lo que tramaban. Sólo sabía que mediaban regalos y veía incesantes idas y venidas misteriosas, cuyo motivo ignoraba completamente. Cuando salimos de París hacía ya mucho tiempo que la señora Le Vasseur tenía la costumbre de ir dos o tres veces cada mes a ver a Grimm y pasaba con él algunas horas en conversaciones tan secretas, que éste siempre hacía salir a su criado.

Yo creí que el objeto de todo esto no era otro que el mismo proyecto de que habían tratado de hacer cómplice a la hija, prometiéndole procurarle, por mediación de la señora de Épinay, un estanquillo de sal o de tabaco, tentándolas, en una palabra, con el incentivo del lucro. Habíanles dado a entender que me hallaba en el caso de no poder hacer nada por ellas; y que, por causa suya, tampoco me era posible adelantar nada en provecho mío. Como no veía mala intención en todo esto, tampoco me resentía grandemente de su proceder; sólo me ofendía el misterio, sobre todo por parte de la vieja, quien iba siendo cada día más gazmoña y zalamera conmigo; lo cual no obstaba para que sin cesar estuviese reprochando a su hija en secreto que me amaba demasiado, que todo me lo decía, que era una estúpida, y que se llevaría un desengaño.

Esa mujer poseía en alto grado el arte de sacar diez maquilas de un costal, de ocultar a uno lo que recibía de otro, y a mí lo que recibía de todos. Podía perdonar su avidez, pero no su disimulo. ¿Qué podía tener que ocultarme, a mí cuya felicidad consistía, como lo sabía ella muy bien, casi únicamente en la de su hija y también en la suya? Lo que yo había hecho por su hija lo había hecho por mí; mas lo que había hecho por ella merecía alguna gratitud; a lo menos hubiera debido agradecérselo a su hija, y amarme porque me amaba ésta. La había sacado de la más completa miseria, me debía su subsistencia y todas las relaciones que tan bien sabía aprovechar. Teresa la había mantenido mucho tiempo con su trabajo y a la sazón la mantenía con lo mío. Cuanto tenía lo recibía de esta hija, por la cual no había hecho nada; y los demás hijos, a quienes había dotado, por quienes se había arruinado, lejos de ayudarla, todavía devoraban su subsistencia y la mía. A mí me parecía que en semejante situación debía considerarme como su único amigo, como su más firme protector, y

que, lejos de formar complots en mi propia casa, debía advertirme fielmente todo lo que podía interesarme, cuando lo sabía antes que yo. Por tanto, ¿con qué ojos podía mirar su conducta falsa y misteriosa? ¿Qué debía pensar sobre todo de los sentimientos que procuraba imbuir en su hija? ¡Cuán monstruosa debía ser su ingratitud cuando trataba de inspirársela a ella!

Todas estas reflexiones dieron al fin por resultado que perdiese enteramente el afecto que podía tenerle, hasta el punto de no poder verla sino con desdén. Con todo, nunca dejé de tratar con respeto a la madre de la compañera de mi vida, y manifestarle en todas ocasiones el respeto y las consideraciones casi de un hijo, si bien es cierto que no me gustaba permanecer en su compañía largo rato, y no es propio de mi genio saberme violentar.

Heme aquí otra vez en uno de estos cortos instantes de mi vida en que he visto la felicidad muy cerca, sin poder alcanzarla y sin que haya sido esto por culpa mía. Si esa mujer hubiese tenido buen carácter los tres hubiésemos sido venturosos hasta el último día de la vida; sólo el último que hubiera quedado hubiera sido digno de lástima. En vez de esto, verá el lector el curso de los acontecimientos y juzgará si estuvo en mi mano cambiarlo.

La señora Le Vasseur, viendo que yo había ganado terreno en el corazón de su hija y ella lo había perdido, se esforzó en reconquistarlo, y en lugar de volver a mí por ella, trató de enajenármela completamente. Uno de los medios que empleó fue llamar a su familia en su ayuda; yo había rogado a Teresa que no hiciese venir a nadie al Ermitage, lo que me prometió cumplir; pues bien, lo que su madre hizo en mi ausencia fue llamar a quien quiso sin consultarla; y luego le hicieron prometer que callaría. Dado ya el primer paso lo demás fue todo fácil; cuando se oculta algo una vez a la persona amada, pronto se pierde el escrúpulo de ocultárselo todo. Tan luego como me iba a la Chevrelle, quedaba el Ermitage lleno de gente que se solazaba a discreción. Una madre siempre ejerce poderosa influencia sobre una hija dócil no obstante, cualesquiera que fuesen los medios que emplease la vieja, nunca pudo lograr que, entrando en sus planes, Teresa formase liga con ella en contra mía; mas la vieja no vaciló en su resolución; viendo de una parte a su hija y a mí, con quienes sólo tenía asegurada la subsistencia, y de la otra a Diderot, Grimm, el barón de Holbach y la señora de Épinay, que prometían mucho y daban algo, no creyó escoger mal decidiéndose por la mujer de un asentista general y un barón. Si yo hubiese visto más claro, no se me habría ocultado que mantenía desde aquel momento una serpiente en mi propio seno; pero mi ciega confianza, que nada había alterado hasta entonces, era tal que ni siquiera imaginaba que hubiese nadie capaz de hacer daño a una persona a quien debiera amar. Al ver urdir mil tramas en derredor mío, no sabía hacer más que lamentar la tiranía de mis amigos que, a mi entender, querían forzarme a ser dichoso a su modo, con preferencia al mío.

Aunque Teresa rehusó entrar en la liga con su madre, le guardó el secreto nuevamente; el motivo que la impulsara era laudable y no diré si hizo bien o mal. Dos

mujeres que tienen secretos gustan de charlar juntas; esto hacía que se estableciese entre ellas la mayor intimidad, y Teresa, dividiéndose entre ella y yo, me hacía sentir algunas veces la soledad en que me dejaba, pues yo no podía contar por compañía la reunión de los tres. Entonces fue cuando sentí vivamente lo mal que había obrado no aprovechando la docilidad que le infundió al principio el amor que me tenía, para cultivar su inteligencia ornándola con conocimientos que, aumentando nuestras conexiones, hubieran contribuido a hacernos más agradable nuestro aislamiento, sin que jamás nos cansara su duración. Esto no quiere decir que se agotase la conversación entre ambos, ni que ella pareciese fastidiarse en nuestros paseos; mas no teníamos bastantes ideas comunes para una fecunda conversación, no pudiendo hablar siempre de nuestros proyectos, limitados entonces a gozar de nuestra situación. Los objetos que se presentaban me sugerían reflexiones que no se hallaban a su alcance. Un afecto que contaba doce años no tenía necesidad de las palabras; nos conocíamos demasiado para tener que comunicarnos nada. Quedaba el recurso de las comadres, la murmuración y las chanzas. En la soledad es donde más se experimenta la ventaja de vivir con alguien que sepa pensar. Yo no necesitaba este recurso para hallarme bien con ella; mas ella lo hubiera necesitado para estar siempre contenta a mi lado. Lo peor era que además era forzoso tener nuestras entrevistas aprovechando las ocasiones, porque su madre, que había llegado a serme importuna, me obligaba a espiarlas; de modo que me hallaba violento en mi propia casa; para decirlo todo de una vez, el amor perjudicaba a la buena amistad. Teníamos relaciones íntimas, sin vivir con intimidad.

Desde el momento en que creí observar que Teresa buscaba a veces pretextos para eludir los paseos que yo le proponía, dejé de proponérselos, sin resentirme de que no le gustaran tanto como a mí. El placer no depende de la voluntad. Yo estaba seguro de su corazón y esto me bastaba. Mientras mi gusto era el suyo, disfrutábamos juntos; cuando no era así, prefería su satisfacción a la mía.

He aquí cómo, defraudada la mitad de mis esperanzas, llevando una vida a mi gusto, en un sitio escogido por mí, con una compañera querida, vine, sin embargo, a encontrarme casi aislado. Lo que me faltaba me impedía gozar de lo que tenía, pues en materia de felicidad o de placeres había de tenerlo todo o nada. Ya se verá por qué me han parecido necesarios estos detalles. Ahora, reanudemos el hilo de la narración.

En los manuscritos que me había entregado el conde de Saint-Pierre, había creído hallar tesoros; mas al examinarlos vi que casi no eran más que la compilación de las obras impresas de su tío, anotadas y corregidas por él, con algunos escritos de corta extensión que no habían visto la luz pública. Sus obras sobre moral me confirmaron en la opinión que me habían hecho formar algunas cartas suyas que la señora de Créqui me había manifestado, y era que Saint-Pierre tenía mucho más talento de lo que me había figurado; mas con el profundo examen de sus obras políticas sólo encontré miras superficiales, proyectos útiles, pero impracticables, por efecto de la idea, que su autor jamás supo desechar, de que los hombres se conducían según les

dictaba su razón, más bien que impulsados por sus pasiones. El alto concepto que tenía de los conocimientos modernos le había hecho adoptar el falso principio de la inteligencia perfeccionada, base de cuantos proyectos proponía y origen de todos sus sofismas políticos. Este hombre raro, honor de su siglo y de su especie, y quizás el único que, desde que existe el género humano, no haya tenido otra pasión que la de la razón, no hizo con todo más que ir de error en error en todos sus sistemas, por haber querido hacer a los demás hombres semejantes a él, en vez de considerarlos como son y seguirán siendo. Trabajó sólo para seres imaginarios, creyendo trabajar para sus contemporáneos

En vista de lo que dejo dicho me hallé perplejo para escoger el método que debía seguir en mi trabajo. Dar el pase a las visiones del autor era no hacer nada de provecho; refutarlas con rigor, hubiera sido poco noble, pues el depósito de sus manuscritos, que yo había aceptado y aun pedido, me imponía el deber de hablar honrosamente de su autor. En esta incertidumbre, tomé al fin una resolución que me pareció la más digna, juiciosa y útil, y fue ofrecer por separado las ideas del autor y las mías, entrando al efecto en sus miras, aclarándolas, extendiéndolas, y no perdonar nada que pudiese contribuir a realzar su valor.

Por tanto, mi trabajo debía componerse de dos partes enteramente separadas: una, destinada a exponer del modo que acabo de decir los diversos proyectos del autor; en la otra, que no debía aparecer hasta que la primera hubiese producido efecto, manifestar mi opinión acerca de estos mismos proyectos, lo que, debo confesarlo, hubiera podido exponerlos alguna vez a la misma suerte que tuvo el soneto del *Misántropo.* Al principio de toda la obra debía ir una vida del autor, para la cual había reunido bastantes materiales que me lisonjeaba de no emplear mal. Había conocido un poco al abate de Saint-Pierre en su vejez, y la veneración que me merecía su memoria era para mí una garantía de que de ningún modo podría el conde estar descontento del concepto que su tío me merecía.

Hice el primer ensayo con *La paz perpetua,* la más considerable y acabada de todas las obras que contenía la colección; y, antes de entregarme a mis reflexiones, tuve el valor de leer todo cuanto el abate había escrito sobre este bello asunto, sin desalentarme jamás por su prolijidad y repeticiones. El público ha visto ya este extracto; así, pues, nada tengo que decir. En cuanto al juicio que del mismo hice, no se ha impreso, e ignoro si se publicara nunca; pero lo escribí al par del extracto. De éste pasé a la *Polisinodia,* o pluralidad de consejos, obra escrita en tiempo de la Regencia, para apoyar el gobierno que ésta había elegido, que valió al abate ser expulsado de la Academia francesa por algunas diatribas contra la administración precedente que incomodaron a la duquesa de Maine y al cardenal de Polignac. Este escrito, lo mismo que el anterior, fue concluido al propio tiempo que su juicio crítico; pero me detuve aquí, sin querer continuar un trabajo que no hubiera debido comenzar.

La consideración que me hizo renunciar a él se presenta naturalmente, y es sorprendente que no se me hubiese ocurrido antes. La mayor parte de las obras del

abate de Saint-Pierre eran o contenían observaciones críticas sobre algunos ramos del gobierno de Francia, y las había tan libres que fue asaz dichoso por haberlas podido hacer impunemente. Pero en las oficinas ministeriales se había tenido siempre al abate de Saint-Pierre por una especie de predicador más bien que por un verdadero político; y le dejaban hablar con entera libertad, porque veían que nadie le hacía caso. Si yo hubiese logrado llamar la atención hacia él, el caso habría sido diferente. Él era francés, yo no; y al atreverme a repetir sus censuras, aunque fuese bajo su nombre, me exponía a que me preguntasen con alguna rudeza, y no injustamente, quién me mandaba a meterme en ello. Mas, por fortuna, antes de ir más lejos, vi el motivo que iba a dar para ser atacado, y me retiré precipitadamente. Ya sabía yo que viviendo en medio de los hombres, y de hombres todos más poderosos que yo, de cualquier modo que me condujese jamás podría ponerme al abrigo del daño que quisiesen hacerme. En todo esto sólo había una cosa que dependía de mí, y era que cuando quisiesen hacérmelo, hubiese de ser injustamente. Esta máxima que me hizo abandonar al abate de Saint-Pierre, me ha hecho renunciar con frecuencia a muchos proyectos más queridos. Esas gentes siempre dispuestas a hacer un crimen de la adversidad se pasmarían si supiesen con qué prolijo cuidado he procurado toda mi vida que nunca se pudiese decir de mis desventuras: «Las tiene bien merecidas».

El abandono de este trabajo me dejó indeciso durante algún tiempo acerca de a cuál había de dedicarme, y este intervalo de ocio fue mi perdición, dejándome libre acceso a las reflexiones sobre mí mismo a falta de objeto exterior en qué ocuparme. Ya no tenía proyecto alguno para el porvenir, que diese pasto a mi imaginación; ni aun me era posible formar ninguno, puesto que la posición en que me hallaba era precisamente tal que en ella se pintaban todos mis deseos; ningún nuevo objeto tenía que desear y, no obstante, mi corazón no se hallaba satisfecho. Y este estado era tanto más cruel en cuanto yo no entreveía otro mejor. Había depositado mis más tiernas afecciones en una persona grata a mi corazón, y ésta me correspondía. Vivía yo con ella ajeno de cuidados y, por decirlo así, a discreción. Sin embargo, ni a su lado ni lejos de ella, dejaba de sentir un secreto pesar que me oprimía el corazón. Al poseerla, aun me parecía que no era mía, y sólo el pensar que yo para ella no era todo hacía que ella fuese casi nada para mí.

Contaba con amigos de ambos sexos, con quienes me unía la amistad más pura, por efecto de la más perfecta estimación: creía que me correspondían verdaderamente, y ni una sola vez había dudado de su sinceridad; con todo, esta amistad me causaba más tormento que halago, por su obstinación, y hasta su afectación en querer contrariar todos mis gustos, mis inclinaciones, mi manera de vivir; de tal modo que bastaba que pareciera que yo deseaba una cosa que sólo me interesaba a mí, aunque en nada dependiese de ellos, para verles coaligarse inmediatamente a fin de obligarme a renunciar a ella. Este empeño en censurar mis deseos sin perdonar nada en ellos, tanto más injusto cuanto que yo, lejos de fiscalizar los suyos, ni siquiera me cuidaba de saberlos, me fue tan cruelmente doloroso, que al

fin no podía recibir una sola carta de alguno de ellos sin que al abrirla, no se apoderase de mí un temor que su lectura justificaba demasiado. Para personas todas más jóvenes que yo que necesitaban bastante para sí mismos las lecciones que me prodigaban, me parecía que era tratarme demasiado como a un niño. Yo les decía: «Queredme como yo os quiero, y por lo demás no os metáis en mis asuntos, como yo no me meto en los vuestros; he aquí todo lo que os pido». Si de estas dos cosas me han concedido una, no ha sido ciertamente la última.

Tenía yo una vivienda aislada en medio de una sociedad encantadora, y siendo en mi casa dueño, podía vivir a mi manera sin que nadie tuviese derecho de inspeccionarla. Mas esta vivienda me imponía deberes que cumplir, dulces, pero indispensables. Mi libertad era precaria; debía esclavizarme por mi propia voluntad, más que por las órdenes que pudiesen darme: no podía decir al levantarme: «Emplearé el día de hoy como mejor me plazca». Hay más: fuera del arreglo hecho con la señora de Épinay, estaba sujeto a otra dependencia mucho más enojosa todavía, por parte del público y de los importunos. La distancia a que me hallaba de París no impedía que diariamente viniese una multitud de desocupados, que, no sabiendo cómo emplear el tiempo, me hacían perder el mío sin el menor escrúpulo. Cuando menos lo esperaba me veía acometido sin piedad; y raras veces he hecho un hermoso proyecto para pasar el día, sin verlo frustrado por algún visitante importuno.

En una palabra, no hallando un goce puro en medio de los bienes que más había codiciado, mi fantasía me llevaba con ímpetu a los serenos días de mi juventud, y a veces exclamaba suspirando: «¡Ah, esto tampoco es aquello de las Charmettes!».

El recuerdo de las diversas épocas de mi vida me llevó a reflexionar sobre el punto a que había llegado, y vime en el ocaso de la vida presa de agudos males, y creyéndome próximo al fin de mi carrera, sin haber gozado plenamente casi ninguno de los placeres que mi corazón anhelaba, sin haber dado libre vuelo a los sentimientos vehementes que en su fondo se escondían, sin haber saboreado, ni haber probado siquiera, esa voluptuosidad embriagadora que sentía vigorosa en mi alma, y que, por falta de objeto, se hallaba en ella comprimida siempre, sin poder exhalarse más que con suspiros.

¿Cómo era posible que con un alma naturalmente expansiva, para la cual vivir era amar, no hubiese hallado hasta entonces todavía un amigo verdadero cuando me sentía nacido para serlo? ¿Cómo era posible que, dotado de un temperamento tan ardiente, con un corazón todo amor, no hubiese éste ardido en su llama por un objeto determinado una vez siquiera? Me veía próximo a las puertas de la vejez, devorado por la necesidad de amar sin haberla podido satisfacer jamás, y a morir sin haber vivido.

Estas reflexiones tristes, pero tiernas, hacían que me reconcentrase en mí mismo con un pesar que no carecía de dulzura. Parecíame que el destino quedaba debiéndome algo. ¿Por qué hacerme nacer con excelentes cualidades, para dejarlas hasta la postre sin aplicación? El sentimiento de mi valor interno me desquitaba en

parte, representándome la injusticia del hecho, y me hacía derramar lágrimas que yo me complacía en dejar correr.

Era la más bella estación del año cuando hacía estas meditaciones, en el mes de junio, a la sombra de frescas arboledas, oyendo el trino del ruiseñor y el murmullo de los arroyos. Todo contribuyó a sumergirme de nuevo en esa molicie asaz seductora, para la que había nacido, pero de la que hubiera debido librarme para siempre el tono áspero y severo a que me había elevado una prolongada efervescencia. Desgraciadamente, ocurrióme recordar la comida del castillo de Toune, y mi encuentro con aquellas dos encantadoras niñas, en la misma estación y en sitios semejantes a éstos en que a la sazón me hallaba. Este recuerdo que me hacía más dulce el de la inocencia a que iba unido, me trajo otros del mismo género. Pronto vi en derredor reunidos cuantos objetos me habían conmovido en mi juventud, la señorita Galley, la de Graffenried, la de Breil, la señora de Basile, la de Larnage, mis jóvenes alumnas, y hasta la salada Zulietta, que mi corazón no puede olvidar. Vime en medio de un serrallo de huríes, de mis antiguas conocidas. No era nuevo el sentimiento que me inspiraba la afición viva que les tenía; mi sangre se enardece y chispea, la cabeza se me va, a pesar de mi cabello ya encanecido, y he ahí al grave ciudadano de Ginebra, al austero Juan Jacobo, convertido de improviso en el extravagante pastor, a eso de los cuarenta y cinco años. Aunque tan repentina y loca, la especie de embriaguez que de mí se apoderó fue tan viva y duradera que para curar de ella fue necesaria la imprevista y terrible crisis de los males en que me precipitó.

Mas por viva que fuese esta embriaguez, no llegó al punto de hacerme olvidar mi situación y mi edad, de lisonjearme con la esperanza de poder inspirar amor todavía, y de despertar en mí la tentación de comunicar este fuego devorador, pero estéril, que desde mi infancia consumía mi corazón en vano. No lo esperaba ni aun lo deseaba. Sabía muy bien que el tiempo de amar había pasado; conocía demasiado cuán ridículos son los galanes rancios para caer en lo mismo, y no era capaz de volverme atrevido y confiado en el ocaso de mi vida, después de haberlo sido tan poco durante mis mejores años.

Por otra parte, siendo amigo de la paz hubiera temido las tormentas domésticas, y amaba demasiado a Teresa para querer exponerla al dolor de ver que otras me inspiraban sentimientos más vivos que ella.

¿Qué hice en esta ocasión? Por poco que me haya conocido, el lector lo habrá adivinado. La imposibilidad de alcanzar los objetos reales me lanzó al país de las quimeras; y no viendo nada real que satisficiese mi delirio, lo distraje con un mundo ideal que mi imaginación creadora pobló en breve de seres conformes con las aspiraciones de mi corazón. Jamás vino tan a propósito este recurso ni resultó tan fecundo. En mis continuos éxtasis me embriagaba a más no poder con los sentimientos más dulces que jamás hayan entrado en el corazón del hombre. Olvidando completamente la raza humana, formé criaturas y sociedades perfectas, tan celestiales por sus virtudes como por su belleza, amigos seguros, tiernos, fieles, tales

como jamás los hallaré aquí abajo. De tal modo me aficioné a cernerme así en el empíreo, en medio de los hermosos seres que allí me rodeaban, que así pasaba las horas y los días olvidado de todo; y, perdiendo el recuerdo de cualquier otra cosa, apenas había tomado aprisa un bocado, cuando ya me desazonaba el prurito de correr a esconderme en mis bosquecillos. Cuando, en el momento de partir para el mundo encantado, llegaba algún desdichado mortal que venía a retenerme sobre la tierra, no podía moderar ni ocultar mi despecho; y, no siendo dueño de mí le recibía tan bruscamente que podía llamarse una brutal acogida. Esto hizo que se confirmase mi reputación de misántropo, de suerte que fue debida a lo mismo que hubiera contribuido a proporcionarme una enteramente opuesta, si hubiesen conocido mejor mi corazón.

En lo más vivo de mi exaltación, de repente, como una cometa, por el cordón que la recoge, fui traído de nuevo a mi lugar por la naturaleza, que se valió de un ataque bastante vivo de mi dolencia. Empleé el único remedio capaz de aliviarme, a saber, las sondas, y esto dio tregua a mis angélicos amores, porque, ademas de que poco está uno para amores cuando sufre, mi imaginación, que se anima en el campo y en las arboledas, languidece y muere en una habitación y debajo de las vigas de un techo. ¡Cuántas veces he sentido que no existiesen dríades! ¡Indudablemente, hubiera puesto en ellas mi cariño!

Otros disgustos domésticos vinieron al propio tiempo a aumentar mis pesares. La señora Le Vasseur, mientras me hacía los mayores cumplimientos, procuraba enajenarme su hija cuanto podía. Recibí diversas cartas de mis antiguos vecinos donde vi que la buena vieja había contraído varias deudas, sin que yo supiese nada, a nombre de Teresa, que, sabiéndolo, no me había dicho una palabra. No me incomodó tanto el tener que pagarlas como haberlo hecho secretamente. ¿Cómo aquella para quien no tuve yo secreto alguno, podía tenerlos para mí? ¿Puede disimularse algo a la persona amada? El círculo del barón, viendo que no hacía viaje alguno a París, empezó a temer de veras que el campo me agradase, y que tuviese la humorada de quedarme en él. Entonces tuvieron principio los ardides con que procuraron llamarme indirectamente a la ciudad. Diderot, no queriendo manifestarse él mismo tan pronto, empezó por enviarme a Deleyre. Éste conocía al primero por mediación de mí, y sin comprender el verdadero objeto, me transmitía las impresiones que Diderot quería comunicarle.

Todo parecía juntarse para arrancarme de mi dulce cuanto loco delirio. Todavía no estaba curado de mi ataque, cuando recibí un ejemplar del poema sobre la ruina de Lisboa, que creía haberme sido remitido por su autor. Esto me obligó a escribirle y hablarle de su obra. Así lo hice en una carta que ha sido impresa mucho tiempo después sin mi permiso, como se verá luego.

Sorprendido de ver a este pobre hombre, agobiado por decirlo así, de prosperidades y de gloria, tronar de continuo amargamente contra las miserias de esta vida y encontrarlo siempre todo mal, concebí el insensato proyecto de hacerle volver

en sí y probarle que todo estaba bien. Voltaire, pareciendo siempre creer en Dios, jamás ha creído sino en el diablo, puesto que su pretendido Dios no es más que un ser maléfico, que, a su entender, sólo se complace en hacer daño. Lo absurdo de esta doctrina, que salta a la vista, es irritante, sobre todo, tratándose de un hombre colmado de toda suerte de bienes, que, desde el seno de la felicidad, se empeña en desesperar a sus semejantes con el horrible y cruel espectáculo de todas las calamidades de que él está exento. Más autorizado que él para pesar y enumerar los males de la vida humana, los examiné con equidad, y le probé que no había uno solo de todos estos males que pudiese inculparse a la Providencia, y que tuvo su origen en el abuso que hizo el hombre de sus facultades, más que en la misma Naturaleza. En esta carta le traté con toda la cortesía y consideración, con todas las atenciones y, puedo añadir, con todo el respeto posible. Sin embargo, sabiendo que era muy susceptible, no le remití esta carta directamente, sino por intermedio del doctor Tronchin, médico y amigo suyo, con amplias facultades para que se la diese o no, según lo creyese más conveniente. Tronchin se la dio y Voltaire me contestó en pocas líneas que, teniendo a su cuidado un enfermo y estándolo él también, dejaba para más adelante el contestarme, y no dijo una palabra sobre el asunto. Al enviarme esta carta, Tronchin me escribió en términos que revelaban poco aprecio hacia el que se la había entregado.

Nunca he publicado estas dos cartas, ni siquiera las he mostrado a nadie, pues no me gusta hacer ostentación de esta clase de pequeños triunfos; pero se hallan originales entre mis papeles, legajo A, números 20 y 21. Desde entonces Voltaire ha publicado la réplica que me había prometido, pero sin enviármela, y es la novela *Cándido*, de que no puedo hablar, porque no la he leído.

Todas estas diversiones hubieran debido curarme radicalmente de mis fantásticos amores, y quizás eran un medio que me ofrecía el cielo de precaverme de sus funestas consecuencias; pero pudo más mi mala estrella; y apenas empezaba a salir otra vez de casa, cuando mi corazón, mi cabeza y mis pies volvieron a tomar el mismo camino. Digo el mismo, pero lo fue sólo hasta cierto punto, porque, algo menos exaltadas, mis ideas se fijaron esta vez en la tierra, aunque escogiendo de un modo tan exquisito todo lo más selecto de cuanto podría encontrarse en ella, que esta elección era casi tan quimérica como el mundo imaginario que había abandonado.

Representéme el amor y la amistad, los dos ídolos de mi corazón, bajo las imágenes más encantadoras. Complacíme en adornarlas con todas las galas del bello sexo que siempre me habían cautivado. Imaginé dos amigas con preferencia a dos amigos porque si es un ejemplo más raro, es también más halagüeño. Dotélas de caracteres análogos, pero diferentes; de cuerpos no perfectos, sino de mi gusto, animados por la benevolencia y la sensibilidad. Una fue morena y rubia la otra; una vivaracha, otra lánguida; una discreta, frágil la otra, pero con una fragilidad tan conmovedora que aun parecía tener mayor virtud. Di a una de las dos un amante por quien tuvo la otra el afecto de una tierna amiga, y aun algo más, pero no admití

rivalidad, ni rencillas, ni celos, porque me es difícil imaginar cualquier sentimiento penoso, y no quería oscurecer este bello cuadro con nada que degradase a la Naturaleza. Prendado de mis dos hermosos modelos me identifiqué cuanto podía con el amante y el amigo; pero lo hice amable y joven, dándole además las virtudes y defectos que en mí sentía.

Para colocar mis personajes en un lugar digno de ellos, me detuve a examinar sucesivamente los que había visto en mis viajes. Mas no hallé floresta bastante agradable, ni paisaje bastante poético para mi gusto. Los valles de Tesalia hubieran podido satisfacerme si los hubiese visto; pero mi imaginación, fatigada de inventar, pedía algún país real que le sirviese de apoyo, y me ilusionase respecto a la existencia de los habitantes que en él quería establecer. Durante mucho tiempo pensé en las islas Borromeas, cuyo delicioso aspecto me había entusiasmado; pero hallé en ellas sobrado ornato y artificio para mis personajes. Necesitaba además un lago y acabé por escoger aquel junto al cual no ha cesado de vagar mi corazón. Fijéme en la parte de las márgenes de este lago donde, desde hacía mucho tiempo, deseaba establecer mi residencia en la imaginaria felicidad que la suerte me ha limitado. El país natal de mi pobre mamá también tenía para mí un atractivo predilecto. El contraste de su situación, la riqueza y variedad de los sitios, la magnificencia, la majestad del conjunto, que halaga los sentidos, conmueve el corazón y eleva el alma, acabaron de resolverme y coloqué mis jóvenes pupilas en Veval. He ahí todo lo que de más fue adicionado en lo sucesivo.

Durante mucho tiempo me limité a un plan tan vago, porque era cuanto bastaba a llenar mi imaginación de objetos gratos, y mi corazón de los sentimientos de que gusta alimentarse. A fuerza de repetirse estas ficciones, al fin tomaron más consistencia y se fijaron en mi cerebro bajo una forma determinada. Entonces fue cuando tuve el capricho de estampar en el papel algunas de las situaciones que aquéllas me ofrecían; y recordando cuanto en mi juventud había sentido, dar así libre vuelo, en cierto modo, a los deseos que no había podido satisfacer, y que me devoraban.

Al principio extendí sobre el papel algunas cartas dispersas, sin orden ni enlace; y cuando quise unirlas me hallé a menudo con bastantes dificultades. Lo que difícilmente podría creerse, y es, sin embargo, la pura verdad, es que la primera y la segunda parte han sido escritas casi enteramente de este modo, sin que tuviese ningún plan determinado, y aun sin prever que algún día me tentaría el deseo de componer un libro en regla. Así se ve que estas dos partes, formadas impremeditadamente con materiales que no fueron preparados para llenar el lugar que ocupan, están llenas de una verbosidad que no se halla en las otras.

En lo más recio de mis delirios recibí una visita de la señora de Houdetot, la primera que me hizo en su vida, mas por desgracia no la última, como se verá en lo sucesivo. La condesa de Houdetot era hija del difunto señor de Bellegarde, asentista general, hermana del señor de Épinay y de los señores de Lalive y de la Briche,

quienes posteriormente han sido ambos introductores de embajadores. Ya he dicho cómo la conocí antes de casarse. Después de su matrimonio no la había visto más que en las fiestas de la Chevrette, en casa de la señora de Épinay, su cuñada. Habiendo pasado con frecuencia varios días con ella así en la Chevrette como en Épinay, no sólo la hallé siempre muy amable, sino que también me parecía ver en ella cierta predilección hacia mí. Gustábale pasear conmigo; ambos éramos andadores, y entre nosotros la conversación jamás languidecía. No obstante, nunca fui a verla a París, aunque me lo había rogado y aun solicitado varias veces. Todavía me la hizo más interesante su amistad con el señor de Saint-Lambert,[75] con quien empezaba a tenerla; y cuando vino a verme en el Ermitage fue para traerme noticias de este amigo, que por entonces creo que estaba en Mahón.

Esta visita se pareció a un principio de novela. Equivocó el camino. El cochero, dejando uno que daba un rodeo, quiso atravesar en línea recta desde el molino de Clair-Vaux al Ermitage: el carruaje se atascó en el fondo de la cañada; ella se decidió a bajar y hacer a pie el resto del trayecto. Pronto se rompió su lindo calzado; se metió en el barro; su séquito se vio apurado para sacarla de allí y al fin llegó al Ermitage llena de lodo, y lanzando ruidosas carcajadas, a que le hice coro al verla llegar de aquella manera. Fue necesario que se mudara toda; Teresa facilitó lo necesario, y yo le supliqué que olvidase su jerarquía para hacer una colación rústica, que le agradó en extremo. Era tarde y estuvo poco rato; mas la entrevista fue tan divertida que la dejó contenta y pareció dispuesta a volver. Con todo, no realizó este proyecto hasta el año siguiente; mas esta tardanza no me precavió de nada.

Difícilmente se adivinaría cómo pasé el otoño: fui guarda de la fruta del señor de Épinay. El Ermitage era el depósito de aguas del parque de la Chevrette y había allí un jardín cercado de paredes guarnecidas de espalderas y otros árboles, que daban al señor de Épinay más fruta que su huerta de la Chevrette, a pesar de que le robaban las tres cuartas partes. Para no ser un huésped absolutamente inútil, me encargué de ser director del jardín e inspector del jardinero. Hasta el tiempo de la fruta todo fue bien; mas a medida que maduraba, desaparecía sin saber qué se había hecho. El jardinero me aseguró que eran los lirones que se la comían toda. Perseguí a los lirones, destruí muchos, mas la fruta desaparecía del mismo modo; púseme en acecho y descubrí al fin que el gran lirón era el mismo jardinero. Éste vivía en Montmorency, desde donde acudía todas las noches con su mujer y sus hijos; se llevaban el acopio de fruta que había hecho durante el día, y la hacía vender en el mercado de París tan sin rebozo como si hubiera tenido una huerta suya. Este miserable, a quien yo colmaba de beneficios, cuyos hijos vestía Teresa, y a cuyo padre, mendigo, casi mantenía, nos robaba con tanta facilidad como descaro, no siendo ninguno de los tres bastante vigilante para obrar con orden; en una sola noche logró saquear mi bodega, que al siguiente día hallé vacía. Mientras no parecía perjudicarme sino a mí, lo sufrí todo; pero queriendo rendir cuentas de la fruta, me vi obligado a denunciar al ladrón. La señora de Épinay me rogó que le pagase y le despidiese y que tomase otro jardinero.

Esto es lo que hice. Como aquel miserable rondaba todas las noches por el Ermitage armado de un gran palo ferrado que parecía una porra, seguido de otros bribones de su misma calaña, para tranquilizar a las mujeres, que estaban espantadas con este hombre, hice que su sucesor se quedase a dormir en el Ermitage; y, viendo que todavía no era esto bastante, hice pedir a la señora de Épinay una escopeta, que puse en el cuarto del jardinero, a quien encargué que no la usara sino en caso de necesidad, y cuando intentasen forzar la puerta o escalar el jardín, y que tirase con pólvora sola, únicamente para ahuyentar a los ladrones. Seguramente no podía tomar menos precauciones para la seguridad común un hombre incomodado, teniendo que pasar el invierno solo en compañía de mujeres tímidas. En fin, adquirí un perrito para que sirviese de centinela. Habiendo venido a verme Deleyre por este tiempo, le referí el caso, y ambos nos reímos de mis pertrechos militares. De vuelta a París, él quiso hacer reír a Diderot con ello, y he aquí cómo el círculo de Holbach supo que de veras quería yo pasar el invierno en el Ermitage. Esta constancia, que no habían esperado, les desorientó; e ínterin hallaban otras intrigas para hacerme desagradable mi asilo; [76] por medio de Diderot comisionaron al mismo Deleyre, quien, habiendo hallado mis precauciones muy naturales al principio, acabó por hallarlas contrarias a mis ideas, y más que ridículas, en cartas donde me llenaba de chanzas desagradables y bastante punzantes para incomodarme si mi genio hubiese estado dispuesto a ello. Pero saturado a la sazón de sentimientos afectuosos y tiernos, y no siendo susceptible de otro alguno, no veía más que bromas en sus agrios sarcasmos y hallaba chocarrero lo que cualquier otro habría tenido por extravagante.

A fuerza de vigilancia y cuidado logré guardar tan bien el jardín que, aunque la cosecha de la fruta fue aquel año mala, el producto fue el triple del de los años precedentes; y es muy cierto que no perdoné nada para preservarla, hasta el punto de escoltar las remesas que dirigía a la Chevrette y a Épinay, y llevar cestas yo mismo. Recuerdo, así, que la tía y yo llevamos una tan pesada, que, próximos a sucumbir bajo el peso de la carga, nos vimos obligados a descansar cada diez pasos, y llegamos sudando a mares.

(1757). Cuando el invierno empezó a sitiarme en casa, quise suspender de nuevo mis ocupaciones caseras; pero me fue imposible. En todas partes veía las dos bellas compañeras, su amigo, sus paseos, el país en que moraban, objetos creados o embellecidos por ellas en mi imaginación. No estaba un momento sosegado, el delirio no me abandonaba; y, después de innumerables esfuerzos vanos para apartar de mi mente todas esas ficciones, al fin me vi enteramente reducido por ellas, y no pensé más que en poner alguna ilación y orden para componer una especie de novela.

Lo que me molestaba grandemente era la vergüenza de desmentirme así yo mismo tan clara y terminantemente. Después de los severos principios que yo acababa de establecer con tanto aparato, después de los austeros principios que había predicado tan vigorosamente, después de tan mordaces invectivas contra los libros afeminados que respiraban amor y molicie, ¿podía darse nada más inesperado, nada

más chocante que verme repentinamente inscrito por mí mismo entre los autores de estos libros por mí tan duramente castigados? Conocía toda la fuerza de esta inconsecuencia, me la echaba en cara, me avergonzaba y hasta me exasperaba; mas nada fue bastante para hacerme entrar en razón. Subyugado completamente, preciso fue someterme a todo riesgo, y resolverme a arrostrar el qué dirán, quedándome la libertad de deliberar en lo sucesivo si me decidiría a mostrar o no mi obra; pues aún no suponía que llegase a publicarla.

Una vez tomada esta resolución, me entregué completamente a mis sueños; y a fuerza de darles vueltas en mi mente, al fin formé la especie de plan en que se han visto desarrollados. Éste era seguramente el mejor partido que podía sacarse de mi locura; el amor de lo bueno, que jamás se ha apartado de mi corazón, la encaminó hacia objetos útiles, donde la moral pudiese ganar algo. Mis cuadros voluptuosos hubieran perdido toda la gracia si en ellos hubiese faltado el suave colorido de la inocencia. Una joven débil es un ser digno de compasión que el amor puede hacer interesante, y que frecuentemente no es menos amable; mas ¿quién puede sufrir sin indignación el espectáculo de las costumbres que están de moda? ¿Y qué cosa más irritante que el orgullo de una mujer infiel, que, pisoteando abiertamente todos sus deberes, pretende que su marido le esté agradecido a la gracia que ella le concede no dejándose coger *in fraganti*? Los seres perfectos no se hallan en la Naturaleza, y la enseñanza que pueden darnos no está a nuestro alcance. Pero si una joven nacida con su corazón tan tierno como virtuoso se rinde al amor siendo doncella, y cuando mujer halla fuerzas en sí misma para vencerlo a su vez y vuelve a ser virtuosa, quienquiera que pretenda que es éste un cuadro escandaloso e inútil, es un mentiroso y un hipócrita a quien no se debe escuchar.

Además de este objeto de moral y de virtud conyugal en que radica todo el orden social me impuse otro, secreto, de concordia y de paz pública; objeto más grande, más importante quizás en sí mismo, y por lo menos en aquella ocasión más interesante. Lejos de calmarse la excitación producida por la *Enciclopedia,* estaba entonces en su mayor fuerza. Los dos partidos, desencadenados uno contra otro con imponderable furor, más bien parecían lobos furiosos, encarnizados, que cristianos y filósofos que recíprocamente deseaban ilustrarse, convencerse y encaminarse a la verdad. Quizá no les falta a uno y a otro más que un jefe turbulento e influyente para que su contienda degenerase en guerra civil; Dios sabe lo que hubiera resultado de una guerra civil de religión, en que la más cruel intolerancia hubiera llegado a su colmo por ambas partes. Enemigo nato de todo espíritu de partido, había dicho con franqueza a unos y a otros verdades amargas, que no habían sido oídas. Entonces acudía a otro expediente, que, en mi simplicidad, me pareció admirable, y fue moderar sus recíprocos odios destruyendo sus preocupaciones y mostrando a cada partido los méritos y virtudes del otro, dignos del público aprecio y del respeto de todos los mortales. Este insensato proyecto, que suponía buena fe en los hombres, y por el cual caía en el defecto que censuré al abate de Saint-Pierre, dio el resultado que

debía dar: no calmó a los partidos, sino que los juntó para atropellarme. Ínterin la experiencia me sacaba de mi locura, me entregué a ella con un celo que me atrevo a llamar digno del objeto que me lo inspiraba, y describí los dos caracteres de Wolmar y de Julia con un alborozo que me hacía esperar que saldrían ambos amables, y lo que es más, el uno para el otro.

Contento con haber bosquejado a grandes líneas mi plan, volví a tomar las situaciones de detalle que había trazado; y del arreglo que hice resultaron las dos primeras partes de *Julia,* que escribí y puse en limpio durante este invierno con un placer inexplicable, empleando el más hermoso papel dorado, arenilla azul y de plata para secar la tinta, cinta azul para coser pliegos; nada en fin me parecía bastante elegante, nada bastante lindo para las dos encantadoras niñas, de quienes estaba enamorado como otro Pigmalión. Cada noche junto al hogar leía y releía estas dos partes a las amas de casa. Sin decir nada, la hija sollozaba conmigo de ternura; la madre, no hallando allí cumplimientos, no comprendía palabra, estaba tranquila y se contentaba con repetir en los momentos de silencio: *señor, esto es muy hermoso.*

La señora de Épinay, inquieta, sabiendo que me hallaba solo, en invierno y en medio de los bosques en una casa aislada, enviaba muy a menudo a saber de mí. Jamás tuve pruebas tan verdaderas de su amistad, ni le correspondí jamás tan vivamente. Mal haría si entre estos testimonios no hiciese especial mención de un retrato suyo que me envió, pidiéndome instrucciones para obtener el mío, que pintó Latour y había estado expuesto en el *Salón.*[77] Tampoco debo omitir otra de sus atenciones, que parecerá risible, pero que es una página de la historia de mi carácter por la impresión que en mí produjo. Un día de cruda helada, al abrir un paquete que me enviaba con varias frioleras de que se había encargado, hallé en él un pequeño zagalejo o refajo, de franela de Inglaterra, que parecía haber sido usado y de que quería que me hiciese una almilla. El tono de su billete era delicioso, lleno de cariño y de ingenuidad. Este cuidado, más que amistoso, me pareció tan tierno como si se hubiese despojado para vestirme, y lleno de emoción besé llorando repetidas veces la carta y el zagalejo. Teresa creyó que me había vuelto loco. Es singular que, de todas las pruebas de amistad que la señora de Épinay me ha prodigado, ninguna me conmovió tanto como ésta; y que aun después de nuestro rompimiento, me ha enternecido siempre su recuerdo. He conservado este billete mucho tiempo; y lo conservaría aún si no hubiese sufrido la misma suerte que mis otras cartas de aquella época.

Aunque en aquel entonces mis retenciones de orina me dejaban poco descanso en el invierno, y durante una parte no pude hacer otra cosa que cuidarme de las sondas, sin embargo, a pesar de todo, fue la época que pasé más grata y con más tranquilidad desde que me fijé en Francia. Durante los cuatro o cinco meses en que por causa del mal tiempo estuve más libre de importunos, gocé mejor que antes y después de las ventajas de esa vida independiente, igual y sencilla, cuyo goce no hacía más que realzar su precio, sin otra compañía real que las dos amas de gobierno y la ideal de

las dos primas. Entonces fue cuando más que nunca me felicitaba cada día de la resolución que había tenido el buen sentido de tomar, sin hacer caso de los clamores de mis amigos, disgustados de verme libre de su tiranía; y cuando supe el atentado de un furioso[78] por medio de Deleyre y la señora de Épinay, que me hablaban en sus cartas de la alarma y agitación que reinaban en París, cuánto agradecí al cielo que me hubiese alejado de esos espectáculos de horrores y de crímenes, que no hubieran hecho más que alimentar y agriar el humor bilioso que me había comunicado el aspecto de los desórdenes públicos, mientras que, no viendo en derredor mío sino objetos risueños y dulces, mi corazón no se entregaba más que a sentimientos agradables. Consigno aquí con placer el curso de los últimos momentos apacibles que me han dejado. La primavera que siguió a este invierno tan sereno vio apuntar el germen de mis desdichas, que todavía no he descrito, y en cuyo conjunto no se verá otro intervalo semejante en que tuviese ocasión de respirar.

Con todo, paréceme recordar que durante este intervalo de paz, ni aun en el fondo de mi soledad podía estar completamente tranquilo, por causa de los contertulios de Holbach. Diderot me suscitó un enredo, y mucho me equivoco o fue durante este invierno cuando salió *El hijo natural*, de que tendré que hablar en breve. Además de que, por diversas causas, que se irán viendo, me han quedado pocos documentos seguros de esa época y esos que me han dejado no sirven mucho para fijar las fechas, Diderot jamás las consignaba, las señoras de Épinay y de Houdetot casi nunca ponían más que el día de la semana, y Deleyre hacía lo mismo las más de las veces. Cuando quise arreglar estas cartas por orden, me fue preciso hallar por tanteo una fecha de que no podía estar seguro. Así, no siéndome posible fijar con certeza el comienzo de todas estas disensiones, prefiero reunir desde luego, en un solo artículo, todo lo que puedo recordar.

La vuelta de la primavera había redoblado mi tierno delirio, y en mis exóticos raptos, había compuesto para las últimas partes de *Julia*, varias cartas que se resienten del éxtasis en que las escribí. Entre otras puedo citar la del Elíseo y la del paseo del lago, que, si mal no recuerdo, se hallan al fin de la parte cuarta. Cualquiera que, al leer estas dos cartas, no sienta ablandársele el corazón con la ternura que me las dictó, debe cerrar el libro: no ha nacido para juzgar en materia de sentimientos.

Precisamente por aquel mismo tiempo recibí de la señora de Houdetot una segunda visita imprevista. Durante la ausencia de su marido, que era capitán de gendarmería, y de su amante, que también estaba en el servicio, se había venido a Eaubonne, en medio del valle de Montmorency, donde había alquilado una bonita casa. Esto motivó una nueva excursión al Ermitage, viaje que hizo a caballo, disfrazada de hombre. Aunque no me gustan esta clase de disfraces, me hizo gracia el corte novelesco de éste, y esta vez sentí amor por ella. Como fue el primero y el único en vida, y cuyas consecuencias hacen que sea de imperecedera y terrible memoria para mí, séame permitido entrar en algunos detalles sobre este punto.

La señora condesa de Houdetot rayaba en los treinta, y no era bella; tenía el rostro

picado de viruelas, su tez carecía de finura, corta de vista y de ojos algo redondos; pero con todo, respiraba juventud, y su fisonomía, a un tiempo dulce y animada, era halagüeña; tenía una enorme cabellera negra, naturalmente ondulada que le llegaba hasta mucho más abajo de la cintura; su talle era esbelto, y en todos sus movimientos había cierta dejadez graciosa. Era de carácter franco y muy agradable; la alegría, el bullicio y la ingenuidad se pintaban bien en ella; abundaba en graciosos chistes no buscados, que a veces se escapaban de sus labios aun a pesar suyo. Poseía diversas habilidades, tocaba el clavicordio, bailaba bien y hacía versos bastante regulares. En cuanto a su carácter, era angelical; su base era la dulzura del alma; excepto la prudencia y la fuerza, reunía todas las cualidades buenas; tenía sobre todo tan excelente tacto, tal fidelidad en el trato social, que ni aun sus mismos enemigos tenían necesidad de ocultarse de ella, y entiéndase que tengo por enemigos suyos a todos los que la aborrecían, puesto que ella por su parte tenía un corazón que era incapaz de odiar, y creo que esta conformidad contribuyó en mucho a que me apasionara de ella. En la confidencia de la mayor intimidad jamás le he oído hablar mal de las personas ausentes, ni aun de su cuñada. No podía disimular lo que pensaba ni sujetar ninguno de sus sentimientos; y estoy persuadido de que hablaba de su amante al mismo marido, como lo hacía a sus amigos, conocidos y a todo el mundo sin distinción. En fin, lo que prueba la pureza y sinceridad de su excelente carácter, es que, sufriendo las mayores distracciones y más risibles ligerezas, a veces se le escapaban algunas asaz imprudentes para sí misma pero nunca ofensivas para nadie.

Habíanla casado muy joven, y a pesar suyo, con el conde de Houdetot, hombre de elevada condición, buen militar, pero jugador, quisquilloso, muy poco amable y a quien jamás ha podido amar. En el señor de Saint-Lambert halló todas las cualidades de su marido, junto con otras más agradables, ingenio, virtudes e instrucción. Si algo tienen perdonable las costumbres de este siglo, es sin duda un afecto depurado por su duración, honrado por sus efectos y que se ha cimentado en una estimación recíproca.

Según he dado a comprender, venía a verme un poco por su gusto, pero principalmente para complacer a Saint-Lambert. Él se lo había suplicado creyendo, con razón, que la amistad que empezaba a establecerse entre nosotros haría que la intimidad nos fuese grata a los tres. Ella sabía que yo estaba al cabo de sus relaciones, y pudiendo hablarme de él sin ambages, era natural que le fuese grata mi compañía. Vino, la vi, y como estaba ebrio de amor sin objeto, esta embriaguez fascinó mis ojos, y este objeto se fijó en ella; vi a mi Julia en la señora de Houdetot, y a poco no vi más que a la señora de Houdetot, pero revestida de todas las perfecciones con que acababa de adornar al ídolo de mi corazón. Para acabar de trastornarme me habló de Saint-Lambert como amante apasionada. ¡Oh fuerza contagiosa del amor! Oyéndola, hallándome a su lado, me sentía dominado de un temblor delicioso que jamás había experimentado junto a nadie. Ella hablaba y yo me sentía conmovido; creía no hacer más que tomar interés por sus sentimientos cuando en realidad los experimentaba semejantes, tragaba a grandes sorbos el veneno del que sólo gustaba la dulzura. En

fin, sin que uno ni otro lo notásemos, me inspiró todo lo que expresaba sentir por su amante. ¡Ay de mí! Cuán tarde se me ocurrió y cuánto me hizo sufrir arder en una pasión, tan desgraciada como viva, por una mujer cuyo corazón llenaba otro amor.

A pesar de los movimientos extraordinarios que había experimentado junto a ella, al principio no noté lo que me había pasado, sino después que hubo partido, cuando queriendo pensar en Julia me quedé pasmado viendo que no podía pensar sino en la señora de Houdetot. Entonces abrí los ojos; sentí mi desdicha y me condolí de ella, mas no preví sus consecuencias.

Durante mucho tiempo estuve titubeando acerca de la conducta que seguiría con ella, como si el verdadero amor dejase bastante libre la razón para deliberar. Todavía no estaba resuelto cuando volvió, cogiéndome desprevenido. Mas entonces yo tenía ya conciencia de mis sentimientos. La vergüenza, compañera del mal, me tuvo mudo y tembloroso ante ella: no me atrevía a levantar los ojos; me hallaba presa de una turbación inexplicable, que ella debió ver indefectiblemente. Yo me resolví a confesárselo, dejándole adivinar la causa, lo cual era decírsela con bastante claridad.

Si yo hubiese sido joven y amable, y la señora de Houdetot en lo sucesivo hubiese sido débil, condenaría aquí su conducta; mas nada de esto fue y no puedo menos de aplaudirla y admirarla. El partido que tomó era tanto el de la generosidad como el de la prudencia. No podía romper bruscamente conmigo sin decir la causa a Saint-Lambert, que la había inducido a que me visitara; esto hubiera sido exponer a dos amigos a un rompimiento y quizás a un escándalo que ella quería evitar. Además me tenía estimación y benevolencia. Tuvo lástima de mi locura, la compadeció sin halagarla y procuró curarme de ella. Deseaba conservar para su amante y para sí misma un amigo de quien hacía mucho caso; de nada me hablaba con tanto placer como de la íntima y dulce sociedad que podríamos formar entre los tres, cuando yo me volviese razonable. No siempre se limitaba a estas exhortaciones amistosas, y cuando era preciso no escaseaba los reproches más duros y por mi parte bien merecidos.

Yo mismo me los prodigaba; tan pronto como me hallé solo, volví en mi acuerdo; después de haber hablado, me sentí más sereno: el amor es menos insoportable cuando es conocido de la persona que lo inspira. A ser posible me habría curado del mío la fuerza con que yo mismo me lo echaba en cara. ¡Cuán poderosos motivos llamé en mi auxilio para ahogarle! Mis costumbres, mis sentimientos, mis principios, la vergüenza, la infidelidad, el crimen, el abuso de confianza, en fin, lo ridículo de abrasarme a mi edad una pasión extravagante por un ser cuyo corazón ocupado no podía corresponderme ni darme esperanza alguna; pasión inoportuna que, lejos de poder ganar nada con la constancia, iba siendo cada día más insoportable.

¿Quién diría que esta última consideración, que debía reforzar todas las demás, fue la que las anuló? ¿Qué escrúpulo, decía entre mí, puedo tener en alimentar una pasión que sólo a mí puede dañar? ¿Soy acaso algún joven galán muy temible para la señora de Houdetot? En vista de mis presuntuosos remordimientos, cualquiera diría

que mi galantería, mi donaire y mi elegancia habían de seducirla. ¡Ah, pobre Juan Jacobo, ama cuanto quieras, con la conciencia tranquila; no temas que tus suspiros le quiten nada a Saint-Lambert!

Hase visto que jamás fui presuntuoso, ni aun en mi juventud. Este modo de pensar era propio de mi ser moral, y halagaba mi pasión; por consiguiente bastó para entregarme a ella sin reserva y aun para reírme del impertinente escrúpulo que me pareció más bien hijo de la vanidad que de la razón. Lección grande para las almas honradas; el vicio jamás las ataca de frente, pero halla medios de sorprenderlas, enmascarándose siempre con algún sofisma, y a menudo con alguna virtud.

Culpable sin remordimiento, en breve lo fui desmedidamente, y véase ahora cómo siguió mi pasión las huellas de mi carácter para arrastrarme al fin hasta el abismo. Al principio, tomó un aspecto humilde para tranquilizarme; y, para hacerme emprendedor, llevó esta humildad hasta la desconfianza. La señora de Houdetot, sin dejar de llamarme a mi deber y a la razón, sin halagar nunca mi locura ni por un momento, me trataba con la mayor dulzura y empleó conmigo el tono de la amistad más tierna. Esta amistad me habría bastado, lo juro, si la hubiese creído sincera; pero hallándola demasiado viva para ser verdadera, se me puso en la cabeza que el amor tan impropio de mi edad y talante, me había envilecido a los ojos de la señora de Houdetot; que esta loquilla quería divertirse conmigo y mis rancias ternuras; que se lo había participado a Saint-Lambert, y que teniendo ambos las mismas miras por efecto de la indignación que les había causado una infidelidad, estaban de acuerdo para acabar de hacerme perder la cabeza y burlarse de mí. Esta tontería que me había hecho desbarrar a la edad de veintiséis años, respecto a la señora de Larnage, a quien no conocía, se me hubiera podido perdonar a los cuarenta y cinco, respecto a la de Houdetot si yo hubiese ignorado que ella y su amante eran harto discretos ambos para gozarse en tan bárbara diversión.

La señora de Houdetot continuó haciéndome visitas que yo no tardé en devolverle. Agradábale andar como a mí mismo y dábamos largos paseos por un país admirable. Contento con amar y atreverme a decirlo, me hubiera hallado en una situación la más dulce a no ser por mi excentricidad, que destruyó todo su embeleso. Al principio, ella no sabía a qué atribuir el mal gesto con que recibía sus caricias; pero, incapaz de ocultar nada de cuanto pasa por mi interior, mi corazón no la dejó mucho tiempo ignorando mis dudas; cuando las supo quiso reírse, mas este proceder no surtió buen efecto, porque me habría producido arrebatos de cólera; entonces cambió de tono. Su compasiva dulzura fue invencible, hízome algunos reproches que me llegaron al alma, y manifestó que la inquietaban en alto grado mis injustos temores. Abusando de esta inquietud yo exigí pruebas de que no se burlaba de mí. Vio que no había otro medio de tranquilizarme y yo fui apremiante; el paso era delicado. Es sorprendente, quizá sin ejemplo, que una mujer, habiendo llegado a regatear, haya salido tan bien del paso. Nada me rehusó de cuanto puede conceder la más tierna amistad. Nada me concedió que pudiese hacerla infiel, y tuve la

humillación de ver que el fuego que en mis sentidos encendían sus ligeros favores, jamás se comunicó a los suyos en lo más mínimo.

En alguna parte[79] he dicho que es preciso no conceder nada a los sentidos cuando se les quiere negar algo. Para conocer cuán falsa resultó esta máxima con respecto a la señora de Houdetot, y cuánta razón tuvo para contar consigo misma, sería forzoso detallar nuestras largas y frecuentes entrevistas, siguiéndolas en toda su viveza durante los cuatro meses que pasamos juntos en una intimidad casi única entre dos amigos de diferente sexo, que se circunscriben a límites que no traspusimos jamás. ¡Ah!, si había tardado tanto en sentir un verdadero amor, ¡cuán bien pagaron entonces el retraso mi corazón y mis sentidos! ¡Cuál será, pues, el arrebato que debe sentirse junto al objeto amado de quien también somos amados, cuando un amor que no compartía el objeto amado puede a tal punto producirlo!

Pero hago mal en decir que ella no lo sentía, pues en cierto modo participaba de mis sentimientos; era el afecto igual por ambas partes, aunque no recíproco. Ambos estábamos ebrios de amor; ella por su amante, yo por ella; nuestros suspiros y deliciosas lágrimas se confundían. Mutuos confidentes, nuestros sentimientos eran tan afines, que no podían menos de confundirse en algún punto; y no obstante, en el seno de esta peligrosa embriaguez, jamás se olvidó de sí un momento; y afirmo y juro que si alguna vez arrastrado por mis sentidos, he intentado hacerla cometer una infidelidad, nunca lo he deseado verdaderamente. La misma vehemencia de mi pasión la contenía. El deber de la privación había exaltado mi espíritu, y el brillo de todas las virtudes adornaba al ídolo de mi corazón. Mancillar su divina imagen hubiera sido destruirla. Hubiera podido cometer el crimen; hay más, en mi fantasía lo cometí cien veces, pero envilecer a mi Sofía, ¡eso nunca! No, mil veces se lo dije a ella misma; aunque hubiese estado en mi poder, aun cuando por su propia voluntad se hubiese entregado a discreción, fuera de algunos breves momentos de delirio, hubiera rehusado ser dichoso a este precio. La amaba demasiado para querer poseerla.

Eaubonne dista cerca de una legua del Ermitage; en mis frecuentes viajes al primer punto, algunas veces me ha sucedido quedarme a dormir allí; un día, después de haber cenado juntos; fuimos a pasear por el jardín a la luz de una clara luna. Al extremo del jardín había un soto bastante grande, por donde fuimos a parar a un lindo bosquecillo, ornado con una cascada cuya idea le había yo dado y ella había mandado construir. ¡Recuerdo imperecedero de inocencia y de placer! En este bosquecillo fue donde, sentados en un banco de musgo, bajo la copa de una acacia cuajada de flor, para expresar los movimientos de mi corazón hallé un lenguaje verdaderamente digno de ellos. Fue la primera y única vez de mi vida; pero estuve sublime, si merece este adjetivo todo lo más amable y seductor que el amor más tierno y más ardiente puede inspirar al corazón de un hombre. ¡Qué de embriagadoras lágrimas no derramé sobre su regazo, y le hice derramar también, aun a su pesar! En fin, en un arranque involuntario exclamó: «¡Ah, no existe otro hombre más digno de ser amado, ni hay amante alguno que ame como vos! Pero vuestro amigo Saint-Lambert nos oye, y mi

corazón es incapaz de amar dos veces». Callé suspirando; la abracé… ¡Ah, dulce abrazo! Pero nada más. Seis meses hacía que vivía sola, es decir, lejos de su amante y de su marido; tres iban transcurridos en que la veía casi todos los días, y siempre existía el amor de un tercero entre ella y yo. Habíamos cenado juntos, estábamos solos en un bosquecillo a la luz de la luna; y después de dos horas de la más tierna y animada conversación, adelantada la noche, salió de este bosquecillo, y de los brazos de su amigo, tan intacta, tan pura como en él había entrado, así de cuerpo como de espíritu. Lector, considera todas estas circunstancias, pues yo no añadiré una sola palabra.

Y no se crea que mis sentidos me dejasen tranquilo como me sucedía con Teresa y con mamá. Ya lo he dicho, esta vez sentía el amor y en toda su energía y con todos sus furores. No describiré las agitaciones, ni los estremecimientos, ni las palpitaciones, ni los movimientos convulsivos, ni los desfallecimientos del corazón que experimentaba continuamente: júzguese por el efecto que me producía su sola imagen. Como dejo dicho, Eaubonne estaba algo distante del Ermitage, yo pasaba por las colinas de Andilly, que son bellísimas. Mientras caminaba iba pensando en aquella a quien iba a ver, en la benévola acogida que me dispensaría, en el beso que me esperaba a mi llegada. Este solo beso, este beso funesto, aun antes de recibirlo me enardecía a tal extremo que se me turbaba la vista, mis trémulas rodillas no podían sostenerme; veíame obligado a detenerme y tomar asiento; todo mi organismo se hallaba en un desorden inconcebible: estaba próximo a desvanecerme. Conociendo el peligro, al partir, procuraba distraerme y pensar en otra cosa; mas apenas había dado veinte pasos, cuando me asaltaban los mismos recuerdos con todos sus accidentes sin que me fuese posible evitarlo; y, cualesquiera que fuesen las medidas que tomase, no tengo memoria de haber podido hacer solo aquel trayecto impunemente una vez siquiera. Cuando llegaba a Eaubonne me sentía débil, extenuado, tendido, apenas podía sostenerme. En el instante de verla todo se desvanecía; a su lado, ya no me molestaba nada más que la importunidad de un vigor inagotable y siempre inútil. Había junto al camino, a la vista de Eaubonne, un ameno terraplén, llamado el monte Olimpo, donde a veces acudíamos cada uno por su lado. Yo era el primero en llegar; estaba destinado a esperarla; pero ¡cuán caro me costaba el esperarla! Para distraerme me esforzaba en escribir con mi lápiz billetes que hubiera podido sellar con mi sangre: jamás pude acabar ninguno con caracteres inteligibles. Al encontrar alguno de ellos en el sitio convenido, no podía descubrir en él otra cosa más que el estado verdaderamente deplorable en que me hallaba al escribirlo. Este estado, y sobre todo su persistencia durante tres meses de irritación continua y de privación, me sumió en una postración de que no he podido recobrarme en muchos años, y acabó por causarme una hernia que llevaré o que me llevará al sepulcro. Tal fue el único goce amoroso del hombre de más fogoso temperamento, pero más tímido al propio tiempo que quizá haya producido la Naturaleza. Tales han sido los últimos días hermosos que fueron concedidos sobre la tierra; aquí empieza el prolongado tejido de los

infortunios de mi vida, en el que se verán pocas interrupciones.

Hase visto en todo el curso de mi vida que mi corazón, transparente como el cristal, jamás ha sabido ocultar, durante un minuto entero, ningún sentimiento algo vivo que en él se hubiese abrigado. Considérese, por tanto, si me fue posible ocultar mucho tiempo el amor que me inspiraba la señora de Houdetot, nuestra intimidad llamaba la atención de todos, no guardábamos secreto ni misterio. Su carácter tampoco lo exigía; y como la señora de Houdetot me profesaba la más tierna amistad, que nada tenía a sus ojos de censurable, y como yo le tenía un aprecio que nadie conocía mejor que yo cuán merecido era; ella, franca, expansiva, atolondrada, y yo, sincero, poco diestro, altivo, impaciente, arrebatado, dábamos en nuestra engañosa seguridad aun más ocasión de crítica que si hubiésemos sido culpables. Ambos íbamos a la Chevrette, donde a menudo nos hallábamos juntos por acaso y a veces también por convenio. Allí vivíamos como en todas partes paseándonos solos todos los días, hablando de nuestros amores, de nuestros deberes, de nuestro amigo, de nuestros inocentes proyectos, en el parque, frente a las habitaciones de la señora de Épinay, al pie de sus ventanas, desde donde, examinándonos constantemente, y creyéndose insultada, su corazón se saciaba por los ojos de indignación y de cólera.

Todas las mujeres poseen el arte de disimular su furor, sobre todo cuando es ardiente; la señora de Épinay, violenta pero reflexiva, lo poseía en grado superlativo. Fingió no ver ni sosospechar nada: al mismo tiempo redoblaba conmigo sus atenciones, sus cuidados y casi sus halagos, se empeñaba en atribuir a su cuñada indignos procederes y manifestar hacia ella un desdén que parecía querer comunicarme. Ya se comprende que no pudo conseguirlo; pero yo estaba en un potro. Desgarrado por sentimientos que me contrariaban al mismo tiempo que estaba agradecido a sus pruebas de cariño, contenía a duras penas mi enojo cuando la veía faltar a la señora de Houdetot. La angelical dulzura de ésta hacía que lo sufriese todo sin quejarse, y aun sin quedar resentida con ella. Por otra parte, estaba con frecuencia tan distraída, y era tan poco sensible a esos manejos, que la mitad de las veces no se hacía cargo de ellos.

Yo estaba tan preocupado con mi pasión que, no viendo más que a Sofía (éste era uno de los nombres de la señora de Houdetot), ni siquiera notaba que había llegado a ser la fábula de toda la casa y de sus concurrentes. El barón de Holbach, que nunca había ido, que yo sepa, a la Chevrette, fue de estos últimos. Si yo hubiese sido tan suspicaz como me he vuelto posteriormente, habría sospechado que la señora de Épinay lo había alentado a realizar esta excursión para proporcionarle el divertido gusto de ver al ciudadano enamorado. Mas yo era entonces tan tonto que ni siquiera veía lo que saltaba a la vista de todos. No obstante toda mi estupidez, no dejé de notar en el barón un semblante más satisfecho, más jovial que de costumbre. En vez de mirarme con malos ojos como de ordinario, me dirigía chistes chocarreros, que yo no comprendía. Yo abría desmesuradamente los ojos sin replicar; la señora de Épinay se reía a carcajada tendida; yo no sabía adivinar lo que les pasaba. Como nada iba más

allá de la broma, lo mejor que yo hubiera podido hacer, si hubiese comprendido, habría sido tolerarla. Pero es indudable que a través de la zumbona alegría del barón se veía brillar en sus ojos una satisfacción maligna, que tal vez me habría inquietado si lo hubiese visto entonces como comprendí posteriormente.

Un día que fui a ver a la señora de Houdetot a Eaubonne, de vuelta de uno de sus viajes a París, la encontré triste y vi que había llorado. Tuve que contenerme, porque se hallaba presente la señora de Blainville, hermana de su marido; mas en cuanto pude hablar un momento, le manifesté mi inquietud. «¡Ah! —me dijo suspirando—; mucho temo que vuestras locuras me van a costar la tranquilidad de mi existencia. Saint-Lambert está informado, y mal informado. Me hace justicia; pero está malhumorado y, lo que es peor, me oculta una parte de la causa. Afortunadamente no le he callado nada de nuestras relaciones, comenzadas bajo sus auspicios. Mis cartas sólo hablaban de vos, así como mi corazón; no le he ocultado más que vuestro insensato amor, del que esperaba yo curaros y que él, sin decírmelo, me lo imputa como un crimen. Nos han jugado una mala partida; me han lastimado; mas no importa; rompamos del todo o sed como debéis ser. No quiero tener que ocultar nada a mi amante».

Éste fue el primer momento en que sentí la vergüenza de verme humillado, por la conciencia de mi falta, ante una mujer joven cuyos justos reproches sufría, y de quien hubiera debido ser el mentor. La indignación que sentía contra mí mismo quizá hubiera bastado para sobreponerme a mi flaqueza, si la tierna compasión que me inspiraba la víctima no hubiese enternecido nuevamente mi corazón. ¡Ay de mí! ¿Podía acaso endurecerse cuando estaba inundado de lágrimas? Esta ternura se cambió bien pronto en ira contra los viles delatores, que no habían visto más que lo malo de un sentimiento criminal, pero involuntario, sin creer, sin imaginar siquiera la sincera rectitud de corazón que lo hacía perdonable. No vacilamos mucho tiempo en sospechar qué mano había dado el golpe.

Sabíamos que la señora de Épinay se carteaba con Sain-Lambert. No era ésta la primera tormenta que aquélla ocasionaba a la señora de Houdetot, de quien se esforzaba por separarla, y el éxito de alguno de sus esfuerzos hacía temblar por las consecuencias. Por otra parte, Grimm, que, si no recuerdo mal, había seguido al señor de Castries al ejército, se hallaba en Westfalia, así como Saint-Lambert, y se veían algunas veces. Grimm había tenido algunas pretensiones acerca de la señora de Houdetot, que lo había desairado, y él, sobremanera ofendido, dejó de visitarla. Imagínese cómo, él, tan modesto, podía suponer con tranquilidad que le fuese preferido un hombre de más edad que la suya y de quien hablaba como de un protegido desde que alternaba con los grandes.

La sospecha que tenía de la señora de Épinay se cambió en certeza desde el momento en que supe lo que había pasado en casa. Cuando yo me hallaba en la Chevrette, Teresa iba con frecuencia, ya para traerme cartas, ya para dispensarme los cuidados que reclamaba mi quebrantada salud. La señora de Épinay le había

preguntado si la señora de Houdetot y yo nos escribíamos y habiendo ella contestado afirmativamente, aquélla la instó para que le facilitase las cartas de ésta, asegurándole que volvería a cerrarlas de modo que no se conocería que hubiesen sido abiertas. Sin dar a entender cuánto la escandalizaba esta proposición, y aun sin avisarme, Teresa se contentó con esconder mejor las cartas que me traía; preocupación muy feliz, porque la señora de Épinay acechaba su llegada, y, esperándola por el camino, llevó varias veces su audacia hasta registrar su seno. Aun hizo más habiéndose convidado a venir a comer a mi casa, juntamente con Margency, por vez primera desde mi estancia en el Ermitage, aprovechó el tiempo en que yo me estaba paseando con el señor de Margency, para entrar en el gabinete con la madre y la hija, e instarlas vivamente a que la enseñasen las cartas de la señora de Houdetot. Si la madre hubiese sabido dónde estaban, habrían sido entregadas; pero afortunadamente no lo sabía como tampoco la hija, y ésta negó que yo hubiese conservado ninguna. Mentira ciertamente llena de discreción, de fidelidad, de generosidad, mientras que la verdad hubiera sido una perfidia. Viendo que no podía seducirla, la señora de Épinay se esforzó en irritarla por medio de los celos, echándole en cara su docilidad y su obcecación. «¿Cómo es posible —le dijo— que no veáis las criminales relaciones que entre ellos existen? Si necesitáis otras pruebas, además de lo que pasa a vuestros ojos, prestaos a lo que es necesario hacer para obtenerlas; decís que rompe las cartas de la señora de Houdetot luego de haberlas leído: bien, recoged cuidadosamente los pedazos y entregádmelos, yo me encargo de juntarlos». Tales eran las lecciones que daba mi amiga a mi compañera.

Teresa tuvo la discreción de callarme todas estas tentativas durante bastante tiempo; pero viendo mi perplejidad, se creyó obligada a decírmelo todo a fin de que, sabiendo de quién tenía que guardarme, me previniese de las traiciones que me preparaban. Mi indignación y mi furor eran indescriptibles. En vez de disimular con la señora de Épinay, a ejemplo suyo, y valerme de contra-astucias, me entregué sin freno a la impetuosidad de mi carácter y, con mi ordinaria irreflexión, estallé abiertamente. Puede verse mi imprudencia por las siguientes cartas, que revelan suficientemente la manera de proceder de uno y otro en esta ocasión.

BILLETE DE LA SEÑORA DE ÉPINAY (Legajo A, núm. 44).

¿Por qué no os veo, amigo mío? Me tenéis inquieta. ¡Me habíais prometido tantas veces que no haríais más que ir y venir del Ermitage! Contando con vuestra promesa, os he dejado libre; ¡y dejáis pasar ocho días sin venir! Si no me hubiesen dicho que gozáis de buena salud, os habría creído enfermo. Os esperaba ayer o anteayer, y no vinisteis. ¡Dios mío! ¿Qué os ha sucedido? No tenéis negocios urgentes; tampoco hay pesares que os aquejen, porque me lisonjeo de que habríais venido a confiármelos inmediatamente. ¿Estáis, pues, enfermo? Sacadme pronto de la inquietud en que me hallo, os lo suplico. Adiós, estimado amigo, y que este adiós me proporcione un saludo vuestro.

RESPUESTA

Hoy miércoles, por la mañana.

Nada puedo deciros todavía. Aguardo estar mejor enterado, y lo estaré tarde o temprano. Entre tanto, estad segura de que la inocencia acusada hallará un defensor bastante enérgico para hacer que los calumniadores tengan que arrepentirse, sean quienes fueren.

SEGUNDA CARTA DE LA MISMA (Legajo A, núm. 45).

¿Sabéis que vuestra carta me espanta? ¿Qué significa? La he leído más de veinticinco veces; a la verdad, no puedo comprenderla. Sólo veo en ella que os halláis inquieto y atormentado y esperáis dejar de estarlo para hablarme de ello. Amigo mío, esto no está conforme con nuestro convenio. ¿Qué se ha hecho de aquella amistad, qué de aquella confianza, y cómo la he perdido? ¿Es por causa mía y conmigo con quien estáis incomodado? Sea lo que fuese, venid esta tarde, os lo suplico; acordaos de que me prometisteis, hace apenas ocho días, no ocultar nada en vuestro corazón y confiaros a mí inmediatamente. Yo vivo, querido amigo, en esta confianza… Mirad, acabo de leer nuevamente vuestra carta; no la comprendo más que antes; pero me hace temblar. Me parece que os halláis cruelmente agitado. Quisiera calmaros; mas como ignoro el motivo de vuestra congoja, no sé qué deciros, sino que seré tan desgraciada como vos hasta que os haya visto. Si no os halláis aquí esta tarde a las seis, salgo mañana para el Ermitage, sin reparar en el tiempo que haga, ni en el estado de mi salud; porque no podría vivir con esta inquietud. Adiós, querido y buen amigo. A todo evento, sin saber si lo necesitáis o no, me atrevo a deciros que procuréis ir con tiento, y detener los progresos que la inquietud adquiere en la soledad. Una mosca parece un monstruo: yo misma lo he experimentado con frecuencia.

RESPUESTA

Miércoles, por la tarde

No puedo ir a veros, ni recibir vuestra visita mientras dure la inquietud en que me hallo. La confianza de que me habláis ya no os será fácil recobrarla. En vuestra solicitud no veo ahora más que el deseo de sacar de las confidencias de otro alguna ventaja que convenga a vuestras miras; y mi corazón, tan dispuesto a explayarse en otro que se abra para recibirle, se cierra a los ardides y a la sutileza. En la dificultad que experimentáis en comprender mi billete reconozco vuestra ordinaria destreza. ¿Me creéis bastante incauto para pensar que no lo habéis comprendido? No; pero yo sabré vencer vuestras sutilezas a fuerza de franqueza. Quiero explicarme más claramente, a fin de que me comprendáis mejor.

Dos amantes perfectamente unidos y dignos de amarse me son queridos: espero que no sabréis a quiénes me refiero, a menos de que os los nombre. Presumo que se ha intentado desunirlos y que han querido servirse de mí para despertar los celos en uno de los dos. La elección no es muy hábil, mas ha parecido cómoda a la malevolencia; y esta malevolencia sospecho que es vuestra. Me parece que esto es un poco más claro.

Así, pues, ¿la mujer a quien más estimo, sabiéndolo yo, cometería la infamia de dividir su corazón y su persona entre dos amantes, y podría yo ser uno de estos dos infames? Si yo supiese que por un solo momento habíais podido pensar así jamás de ella y de mí, os aborrecería hasta la muerte. Pero de lo que yo os acuso es de haberlo dicho y no de haberlo creído. En este caso no comprendo a cuál de los tres habéis querido dañar; pero si amáis la tranquilidad, temblad de haber tenido la desgracia de lograr vuestro deseo. Ni a vos ni a ella he ocultado todo lo malo que pienso de ciertas relaciones; pero quiero que concluyan por un medio tan delicado como su causa, y que un amor ilegítimo se cambie en una amistad imperecedera. Yo, que jamás hice daño a nadie, ¿habría de servir inocentemente para causarlo a mis amigos? No; jamás os lo perdonaría, y sería vuestro enemigo irreconciliable. No respetaría sino los secretos que fuesen sólo vuestros; porque jamás seré un hombre falso.

No creo que la incertidumbre en que me hallo pueda durar mucho tiempo. No tardaré en saber si me he equivocado. Entonces quizá tendré que reparar grandes agravios; nada habré hecho en la vida con tanto gusto. Pero ¿queréis saber cómo expiaré mis faltas durante el poco tiempo que me resta pasar cerca de vos? Haciendo lo que no haría ningún otro; diciéndoos francamente lo que piensa de vos el mundo y las brechas que tenéis que cubrir en vuestra reputación. A pesar de todos los pretendidos amigos que os rodean, cuando me veáis desaparecer podréis decir adiós a la verdad, porque no hallaréis nadie que os la diga.

TERCERA CARTA DE LA SEÑORA DE ÉPINAY (Legajo A, núm. 46).

No entendía vuestra carta de esta mañana; os lo he dicho porque era así. Comprendo la de esta tarde, pero no tengáis cuidado de que conteste a ella; tengo harta necesidad de olvidarla; y, aunque me dais lástima, no he podido evitar la amargura que me ha causado. ¡Yo, tan luego, emplear perfidias y sutilezas con vos! ¡Yo, acusada de la más negra de las infamias! ¡Adiós! Siento que tengáis la… Adiós: no sé lo que me digo… Adiós: me apresuraré a perdonaros. Vendréis cuando queráis; seréis recibido mejor de lo que merecerían vuestras sospechas. Solamente os prevengo que no os cuidéis de mi reputación. Me importa poco la que se me quiera dar. Mi conducta es buena, esto me basta. Por lo demás ignoraba completamente lo sucedido a esas dos personas que me son tan queridas como a vos.

Esta última carta me sacó de una terrible angustia y me sumió en otra no menos cruel. Aunque todas estas cartas y respuestas se hubiesen cambiado en el espacio de un día con rapidez extraordinaria, este intervalo había bastado para dar tregua a mis arrebatos de furor, y dejarme reflexionar acerca de la enormidad de mi imprudencia. Nada me había encomendado tanto la señora de Houdetot como el no inquietarme, dejar a cuidado el salir de este paso, y evitar, sobre todo en aquellos momentos, toda ruptura y escándalo; y yo con los insultos más claros y más atroces colmaba de ira el corazón de una mujer que estaba ya dispuesto a ella. Naturalmente, no debía esperar más que una respuesta tan altanera, desdeñosa y despreciativa que no hubiera podido abstenerme de salir inmediatamente de su casa sin cometer la más indigna cobardía. Afortunadamente ella, aun más diestra que yo airado, evitó reducirme a este extremo por el giro de su respuesta. Mas era forzoso salir o pasar a verla inmediatamente; esta alternativa era inevitable, y, aunque muy embarazado por el tono que tendría que adoptar en la explicación que preveía, me resolví por la última. Pues, ¿qué habría de decir para no comprometer a la señora de Houdetot ni a Teresa?, y desdichada de la que hubiese nombrado. Todo lo temía de la venganza de una mujer implacable e intrigante para aquella que fuera su objeto. Para evitar esta desgracia no había hablado en mis cartas más que de sospechas, a fin de estar dispensado de presentar pruebas. Cierto es que así mi enojo aparecía más injustificado pues una simple sospecha nunca podrá autorizarme para tratar a una mujer, y sobre todo a una amiga, como acababa de tratar a la señora de Épinay. Pero aquí empieza la grande y noble tarea, que he cumplido dignamente, de expiar mis faltas y mis ocultas flaquezas, cargando con faltas más graves de las que era incapaz, y que jamás he cometido.

No tuve que sostener la lucha que había temido, y que se evitó por miedo. A mi llegada, la señora de Épinay se echó en mis brazos hecha un mar de lágrimas. Esta inesperada acogida de parte de una antigua amiga me conmovió profundamente y me hizo llorar mucho también. Yo le dirigía algunas palabras sin sentido; ella me dijo algunas que aún lo tenían menos, y todo paró aquí. La mesa estaba servida; nos sentamos, y esperando la explicación que yo creí diferida para después de cenar, estuve todo el tiempo con semblante preocupado, pues la menor inquietud me subyuga de tal modo que no podría ocultarla a los menos perspicaces. Mi encogimiento debía envalentonarla; sin embargo, no quiso arriesgarse, y después de la cena no hubo más explicaciones que antes. Tampoco las hubo al día siguiente; y en nuestras silenciosas entrevistas no dijimos sino cosas indiferentes, o algunas discretas

frases por mi parte en que, indicando que aún no tenían mis sospechas fundamento seguro, le protestaba con verdad que si resultaban mal fundadas, emplearía mi vida entera en reparar mi injusticia. Ella no reveló la menor curiosidad para saber con precisión cuáles eran estas sospechas, ni cómo las había concebido; y toda nuestra reconciliación así por su parte como por la mía, consistió en el abrazo del primer momento. Siendo sólo ella la ofendida, a lo menos en apariencia, me pareció que no era a mí a quien correspondía buscar una aclaración que tampoco ella procuraba, y me volví del mismo modo que había ido. Por lo demás, viviendo con ella como antes, pronto olvidé esta riña casi por completo, y creí tontamente que también ella la olvidaba, pues parecía no acordarse.

Como luego se verá, no fue ésta la única desdicha que me granjeó mi debilidad; pero también sufría otras no menos sensibles, que no me había acarreado yo mismo, y no reconocían otra causa que el deseo de arrancarme de mi soledad[80] a fuerza de atormentarme en ella. Éstas procedían de Diderot y del círculo de amigos de Holbach. Desde que me instalé en el Ermitage, Diderot no había cesado de hostigarme, ya por sí mismo, ya por medio de Deleyre; y pronto vi, en las bromas de éste sobre mis excursiones silvestres, con qué fruición habían convertido al eremita en enamorado pastor. Pero no se trataba de esto en mis disputas con Diderot: tenían más graves motivos. Después de la publicación del *Hijo natural*, me remitió un ejemplar, que yo leí con el interés y la atención que inspiran las obras de un amigo. Al leer la especie de poética en forma de diálogo que lo acompaña, me sorprendió y aun me contristó un poco el ver, entre otras muchas cosas poco halagüeñas, pero que se podían perdonar, contra los solitarios, esta áspera y dura sentencia, sin ninguna restricción: *sólo el perverso vive aislado.* Esta sentencia es equívoca, y me parece que tiene dos sentidos: uno muy verdadero, otro muy falso; ya que hasta es imposible que un hombre que vive y quiere vivir aislado pueda ni quiera hacer daño a nadie, y por consiguiente que sea un perverso. Por esta razón la sentencia por sí sola exigía una explicación, y además la exigía mucho más de parte de un autor que, en el preciso momento de estamparla, tenía un amigo retirado a un lugar solitario. A mí me pareció chocante e indecoroso que al publicarla se hubiese olvidado de este amigo solitario, o, si de él se acordaba, que no hubiese hecho, a lo menos como máxima general, la honrosa y justa excepción que debía, no solamente a este amigo, sino también a tantos sabios respetados que en todo tiempo han buscado la calma y la paz en la soledad, y de quienes, por vez primera desde que existe el mundo, se le antojaba a un escritor formar otros tantos malvados indistintamente, de una sola plumada.

Yo quería entrañablemente a Diderot, le tenía una estimación sincera, y estaba completamente persuadido de que me correspondía con iguales sentimientos. Pero cansado de su infatigable obstinación en contrariar eternamente todos mis gustos, mis inclinaciones, mi modo de vivir, sobre todo lo que solo a mí me interesaba; irritado de ver un hombre más joven que yo querer gobernarme a la fuerza como a un niño; disgustado de su facilidad en prometer y su tardanza en cumplir; fastidiado de tantas

citas dadas por él sin comparecer a ninguna, y de su capricho en repetirlas expresamente para faltar a ellas; aburrido de aguardarle inútilmente tres o cuatro veces al mes, los días señalados por él mismo, y comer sólo al anochecer, después de haber ido a su encuentro hasta Saint-Denis, y haberle esperado todo el día, tenía ya lleno mi corazón de agravios. Este último me pareció grave y me hirió más profundamente. Le escribí quejándome, pero con una dulzura y enternecimiento que me hizo inundar el papel de lágrimas; y mi carta era bastante conmovedora para hacérselas también derramar a él. Nadie es capaz de adivinar cuál fue su respuesta: hela aquí al pie de la letra (Legajo A, número 33): «Me alegro mucho de que mi obra os haya gustado y conmovido. Veo que en lo tocante a los eremitas no sois de mi parecer; enhorabuena, decid de ellos todo lo bueno que queráis, yo sólo pensaré así de vos y aun habría mucho que decir si se os pudiese hablar sin que os enfadaseis. ¡Una mujer de ochenta años!, etc. Me han dicho una frase de una carta del hijo de la señora de Épinay que ha debido apesadumbraros mucho, o yo conozco mal el fondo de vuestra alma».

Preciso es explicar las dos últimas frases de esta carta.

Al principio de mi estancia en el Ermitage, parecía que la señora Le Vasseur no estaba allí contenta y hallaba la casa harto solitaria. Habiendo recordado con este motivo sus indirectas, le ofrecí enviarla a París si esto le agradaba, pagar allí el alquiler de su habitación, y cuidar de ella lo mismo que si estuviese conmigo todavía. Ella rehusó, asegurando que estaba muy a gusto en el Ermitage, que el aire del campo le probaba; y claramente se veía cuán cierto era; pues, por decirlo así, se rejuvenecía y estaba mucho mejor que en París. Su hija me aseguró además que en el fondo aun le habría disgustado en extremo que abandonásemos el Ermitage, que realmente era un hermoso lugar, pues le gustaba mucho el cuidado del jardín y de la fruta, cuyo manejo estaba a su cargo, pero que había dicho lo que le habían hecho decir para impulsarme a volver a París.

No habiendo salido bien esta tentativa, probaron a obtener por medio del escrúpulo el efecto que no había producido la complacencia: me censuraron como un crimen el conservar allí esta anciana, lejos de los socorros y cuidados que podía necesitar a su edad, sin pensar que ella y muchas otras ancianas, cuya vida prolongan los excelentes aires del país, podían hallar cuanto le fuera necesario en Montmorency, que estaba a dos pasos; y como si no hubiese viejos sino en París, y no pudiesen vivir en ninguna otra parte. La señora Le Vasseur, que comía mucho y con una voracidad extraordinaria, sufría ataques de bilis y fuertes diarreas, que le duraban algunos días y le servían de remedio. En París nunca tomaba ninguno, y dejaba obrar a la Naturaleza. Lo mismo hacía en el Ermitage, sabiendo que nada podía hacer mejor. No importa: porque no había en la campiña médicos ni boticarios, dejarla allí era querer su muerte, por más que ella se encontrase perfectamente bien. Diderot hubiera debido determinar a qué edad no se puede permitir, so pena de homicidio, que los viejos vivan fuera de París.

Ésta era una de las dos atroces acusaciones por las cuales no me exceptuaba en su sentencia, de que *no está sólo más que el malvado;* y esto es lo que significaba su exclamación patética y el *etcétera* que benignamente le había añadido: *¡Una mujer de ochenta años, etcétera!*

A este reproche no creí poder responder mejor que remitiéndome a la misma señora Le Vasseur. Le rogué que escribiese su modo de sentir con toda verdad a la señora de Épinay y para dejarla con más libertad no quise ver su carta, y le enseñé la que voy a trascribir y dirigí yo a la misma, con motivo de una respuesta que yo había querido dar a otra carta de Diderot aún más dura, y que ella me había impedido enviar.

Jueves,

> La señora Le Vasseur os ha de escribir, mi buena amiga; yo le he suplicado que os diga sinceramente lo que piensa. Para dejarla en mayor libertad, le he dicho que no quería ver su carta, y a vos os ruego que no digáis nada de su contenido.
>
> No enviaré mi carta puesto que no lo queréis; pero sintiéndome gravemente ofendido, si conviniese en que no tengo razón cometería una bajeza y una falsedad que no puedo permitirme. El Evangelio ordena al que recibe una bofetada que presente el otro carrillo, pero no que pida perdón. ¿Os acordáis de aquel hombre de la comedia, que grita dando palos: he aquí el oficio del filósofo?
>
> No contéis con impedirle que venga a causa del mal tiempo. Su enojo le dará el tiempo y las fuerzas que le quita la amistad; será la primera vez de su vida que cumpla su promesa de venir. Hará un esfuerzo para venir a repetirme de palabra las injurias que me ha dicho en sus cartas; yo las sufriré con paciencia. Él se volverá a continuar enfermo en París; y yo, según es costumbre, seré un hombre muy odioso, pero ¿qué hacer? Fuerza es sufrir.
>
> Sin embargo, ¿no admiráis, señora, la cordura de este hombre que quería venir a buscarme en coche a Saint-Denis, comer allí y conducirme de nuevo a mi casa en coche; y a quien ocho días después (legajo A, núm. 34), su fortuna no le permite ir al Ermitage sino a pie? No es absolutamente imposible, para hablar a su modo, que éste sea el tono de la buena fe; pero en tal caso es necesario que en ocho días haya sufrido su fortuna extraños cambios.
>
> Participo del sentimiento que os causa la enfermedad de vuestra madre: pero ya veis que vuestro pesar no llega con mucho al mío. Aun se sufre menos viendo enfermas a las personas a quienes se ama, que viéndolas mostrarse injustas y crueles.
>
> Adiós, mi buena amiga: ésta será la última vez que os hable de este desgraciado asunto. Me habláis de ir a París con una sangre fría que en otras circunstancias me haría mucha gracia.

Escribí a Diderot lo que había hecho respecto a la señora Le Vasseur, a propuesta de la misma señora de Épinay; y habiendo escogido aquélla, como es de suponer, quedarse en el Ermitage, donde se hallaba muy bien, donde siempre tenía compañía, y donde vivía muy satisfecha, Diderot ya no supo de qué echar mano para censurarme y buscó el pretexto en esta precaución mía, sin dejar de hallar también criminal por mi parte la estancia continuada de la señora Le Vasseur en el Ermitage, aunque esta continuación fuese por voluntad suya y aunque sólo de ella hubiera dependido y dependió siempre volver a París, con los mismos auxilios míos que recibía a mi lado.

He aquí la explicación del reproche de la primera carta de Diderot, núm. 33. La del segundo se halla en su carta núm. 34: «El Letrado (era un sobrenombre dado por Grimm al hijo de la señora de Épinay), el Letrado debe haberos escrito que hay sobre

la muralla veinte pobres que se mueren de hambre y de frío y esperan el ochavo que les dabais. Esto es una muestra de nuestras conversaciones… y si oyeseis lo demás no os agradaría menos».

He aquí mi respuesta a este terrible argumento, de que parecía tan satisfecho Diderot:

> Creo haber respondido al *Letrado,* es decir, al hijo de un asentista general, que no compadecía a los pobres que él había visto en la muralla esperando mi ochavo, pues que probablemente él les habría resarcido con creces; que los pobres de París no podrían quejarse de este cambio y que yo no hallaría fácilmente uno tan bueno para los de Montmorency, que mucho más lo necesitaban. Aquí hay un respetable viejo que, después de haber pasado toda su vida trabajando, no pudiendo ya más, se muere de hambre en su ancianidad. Mi conciencia se siente más satisfecha con los dos sueldos que le doy cada lunes que con los cien ochavos que habría distribuido entre los mendigos de la muralla. Vosotros los filósofos sois muy divertidos, puesto que consideráis a los habitantes de las ciudades como los únicos con quienes tenéis deberes que cumplir. Donde se aprende a amar y a ser útil a la humanidad es en el campo; en las ciudades se aprende a despreciarla.

Tales eran los singulares escrúpulos en virtud de los cuales un hombre de talento tenía la imbecilidad de considerar seriamente como un crimen mi alejamiento de París, y con mi propio ejemplo pretendía probarme que no se podía vivir fuera de la capital sin ser un malvado. Ahora no comprendo por qué cometí la tontería de responderle y de incomodarme, en vez de reírme en sus barbas por toda respuesta. Entre tanto, las decisiones de la señora de Épinay y los clamores del círculo holbáquico, de tal modo habían fascinado a la gente en favor suyo, que generalmente se le daba la razón a él en este asunto, y que la señora de Houdetot, gran admiradora de Diderot, quiso que yo fuese a verle en París y que hiciese todo lo posible para una reconciliación, que, a pesar de ser por mi parte sincera y completa, fue de corta duración. El argumento de que se valió y que ganó a mi corazón fue que, en aquellos momentos, Diderot era desgraciado. Además de la tempestad que se levantó contra la *Enciclopedia,* sufría a la sazón otra muy violenta con motivo de su obra, que, a pesar de la historieta que había puesto al principio, le acusaban de haber tomado por entero de Goldoni. Diderot, aun más sensible a la crítica que Voltaire, se hallaba abrumado. La señora de Grafigny había cometido la vileza de hacer correr el rumor de que yo había roto con él en esta ocasión. Juzgué que sería justo y generoso probar públicamente lo contrario; y fui a pasar dos días, no solamente con él, sino hasta en su propia casa. Después de mi instalación en el Ermitage, éste fue el segundo viaje que hice a París. El primero lo había hecho para ir a auxiliar al pobre Gauffecourt, que tuvo un ataque de apoplejía, de que jamás se llegó a ver completamente restablecido y durante el cual no abandonó su lecho hasta que estuvo fuera de peligro.

Diderot me recibió bien. ¡Cuántos agravios puede borrar el abrazo de un amigo! ¿Qué resentimiento puede quedar después en el corazón? Tuvimos pocas explicaciones. No se necesitan para recíprocas invectivas. No hay que hacer más que una cosa: a saber, olvidarlas. No había habido ocultos procederes, a lo menos que yo supiese; no era como con la señora de Épinay. Me mostró el plan del *Padre de*

familia. «He aquí —le dije yo—, la mejor defensa del *Hijo natural.* Guardad silencio, trabajad con cuidado esta obra, y luego echádsela de repente al rostro a vuestros enemigos por toda respuesta». Así lo hizo y le fue muy bien. Hacía cerca de seis meses que yo le había enviado las dos primeras partes de la *Julia* para que me diese su parecer, mas no la había leído todavía. Leímos un cuaderno juntos, y todo le pareció hojarasca; éste fue el término que usó; es decir, cargado de palabras y redundante. Yo mismo lo había percibido; pero era la verbosidad de la fiebre; nunca he podido corregirlo. Las últimas partes no son así. La cuarta, sobre todo, y la sexta, son modelos de dicción.

El segundo día de mi llegada, se empeñó en llevarme a cenar en casa del señor de Holbach. Lejos estaba yo de semejante intento; pues hasta quería romper el convenio sobre el manuscrito de Química, que me indignaba deber a semejante hombre; pero Diderot logró arrastrarme. Juróme que el señor de Holbach me quería entrañablemente, que era preciso perdonarle un tono que empleaba con todo el mundo y que tenían que sufrirlo sus amigos más que nadie. Me hizo ver que rehusar el producto de aquel manuscrito, habiéndolo aceptado dos años antes, era afrentar al donador, que no lo merecía, y que no admitirlo podría interpretarse mal, como un tácito reproche por haber pasado tanto tiempo sin cerrar el trato. «Yo —añadió— veo todos los días a Holbach y conozco mejor que vos el estado de su alma. Si tuvieseis motivos para estar descontento de él, ¿creéis a vuestro amigo capaz de aconsejaros una bajeza?». En resumen, con mi ordinaria flaqueza, me dejé subyugar, y fuimos a cenar en casa del barón, que me recibió como de costumbre. Pero su mujer me trató con frialdad y casi con descortesía. Ya no era aquella amable Carolina que me manifestaba tanta benevolencia de soltera. Yo había creído experimentar desde mucho tiempo antes que, desde que Grimm frecuentaba la casa de Aine, no se me veía allí con tan buenos ojos.

Mientras yo estaba en París, llegó Saint-Lambert del ejército; como lo ignoraba, no le vi hasta después de mi regreso al campo, primero en la Chevrette, y luego en el Ermitage, donde vino con la señora de Houdetot para quedarse a comer conmigo. Ya puede juzgarse con cuánto placer les recibiría, pero mucho más me complació todavía la buena inteligencia con que les vi. Satisfecho de no haber turbado su felicidad, yo mismo gozaba de ella, y puedo jurar que durante mi loca pasión, y sobre todo en aquel momento, aunque hubiese podido suplantarle cerca de la señora de Houdetot, no hubiera querido hacerlo ni siquiera pensarlo. Hallábala yo tan amable amando a Saint-Lambert, que difícilmente podía imaginar que hubiese podido serlo tanto amándome a mí mismo; y no queriendo turbar su intimidad, todo lo que verdaderamente deseaba de ella en mi delirio era que se dejase amar. En fin, por más violenta que fuese mi pasión por ella, hallaba tan grato ser el confidente como el objeto de sus amores, y jamás he mirado a su amante como mi rival, sino como mi amigo. Se dirá que esto no era aún amor; sea, pero entonces era más aún.

Saint-Lambert se condujo como hombre discreto y juicioso; como yo era el único

culpable, también fui el solo castigado, y aun con indulgencia. Me trató con dureza, pero amistosamente, vi que había perdido algo de su estimación, pero nada de su amistad. Me consolé, sabiendo que me sería más fácil recobrar la primera que la segunda, y que era él harto sensato para confundir una debilidad involuntaria y pasajera con un vicio de carácter. Si en cuanto había pasado había culpa de mi parte, era bien poca. ¿Era yo quien había ido en busca de su dama? ¿No me la había enviado él mismo? ¿No era acaso ella quien había venido a buscarme? ¿Podía dejar de recibirla? ¿Qué había yo de hacer? Sólo ellos habían hecho el mal y yo había sufrido sus consecuencias. En mi lugar él habría hecho lo mismo que yo, quizá peor; porque al fin, por más fiel, por más apreciable que fuese la señora de Houdetot, era mujer; él estaba ausente, las ocasiones eran frecuentes, las tentaciones vivas, y le hubiera sido muy difícil defenderse siempre con igual éxito contra un hombre más emprendedor. En semejante situación, era seguramente mucho para ella y para mí haber podido trazarnos límites que nunca nos permitiésemos pasar.

Aunque en el fondo de mi alma tuviese yo un testimonio bastante honroso, estaban en contra mía tantas apariencias, que la invencible vergüenza que me dominó delante de él me daba el aspecto de un culpable, y él abusaba a menudo de mi situación para humillarme. Un solo caso bastará para describir nuestra posición respectiva. Estábale leyendo, después de comer, la carta que el año anterior había escrito a Voltaire, de la cual había oído hablar. Se durmió durante la lectura; y yo, en otro tiempo tan altivo, hoy tan apocado, nunca me atreví a interrumpir la lectura, y continué leyendo mientras él siguió roncando. Tales eran mis bajezas, y tales sus venganzas; pero su generosidad jamás le permitió cometer tales actos sino entre los tres.

Cuando hubo partido nuevamente, hallé en la señora de Houdetot un cambio notable con respecto a mí. Me sorprendió tanto como si no hubiese debido esperarlo; lo sentí más de lo que hubiera debido, y esto me hizo mucho daño. Parecía que todo aquello de que yo esperaba mi curación no hacía sino hundir más en mi corazón el dardo que al fin he roto más bien que arrancado.

Estaba firmemente resuelto a dominarme y a hacer todo lo posible para convertir mi loca pasión en una amistad pura y duradera. Había al efecto formado los más bellos proyectos, para cuya realización necesitaba el concurso de la señora de Houdetot. Cuando quise hablarle, la encontré distraída, cortada; sentí que había dejado de agradarle mi trato, y vi claramente que había pasado algo que ella no quería decirme y que no he sabido nunca. Este cambio, del cual me fue imposible obtener una explicación, me hirió cruelmente. Me pidió sus cartas; yo se las devolví todas, con una fidelidad de que me hizo la injuria de dudar un momento. Esta sospecha fue otra herida inesperada para mi corazón, que tan bien debía ella conocer. Me hizo justicia, pero no fue en el primer momento; comprendí que el examen del paquete entregado por mí le había hecho conocer su falta; conocí que se arrepentía y esto me resarció algún tanto. No podía ella retirar sus cartas sin devolverme las mías, pero me

dijo que las había quemado; yo me aventuré a dudarlo y confieso que lo dudo todavía. No; tales cartas no se arrojan al fuego. Se han juzgado ardientes las de *Julia.* ¡Oh Dios mío, qué se habría dicho entonces de aquéllas! No; la mujer capaz de inspirar un amor semejante jamás tendrá valor para quemar sus pruebas. Pero tampoco temo que haya abusado de ellas; no la creo capaz de hacerlo, y además estaba previsto. El inocente pero vivo temor de verme burlado me llevó a empezar esta correspondencia en un tono que puso mis cartas al abrigo de las revelaciones. Llevé la familiaridad adquirida en mi embriaguez hasta el punto de tutearla; pero ¡de qué modo! Era imposible que la ofendiese. Sin embargo, se quejó de ello varias veces, aunque inútilmente; sus quejas no hacían más que avivar mis temores; y, por otra parte, yo no podía resolverme a retroceder. Si estas cartas existen todavía y algún día se publican, se sabrá cómo he amado. El dolor que me causó la frialdad de la señora de Houdetot y la certeza de no haberla merecido me hicieron tomar el singular partido de quejarme de ello al mismo Saint-Lambert. Mientras esperaba el efecto de la carta que le escribí con este motivo, me entregué a distracciones que hubiera debido buscar más pronto. Compuse piezas musicales para las fiestas que hubo en la Chevrette. El placer de honrarme a los ojos de la señora de Houdetot con un talento a que era aficionada excitó mi numen; y contribuía a animarlo otro motivo, a saber: el deseo de manifestar que el autor de *El adivino de la aldea,* sabía música; pues notaba hacía mucho tiempo que alguien trabajaba en secreto para hacerlo dudar, a lo menos en cuanto a la composición. Mi estreno en París, las pruebas a que me habían sometido varias veces, así en casa del señor Dupin como en la del señor de la Poplinière; la cantidad de música que había compuesto durante catorce años en medio de los más célebres artistas y a sus propios ojos; en fin, la ópera *Las musas galantes,* esta misma de *El adivino,* un motete que había compuesto para la señorita Fel, que lo cantó en el concierto espiritual; tantas conferencias como había celebrado sobre este bello arte con los más grandes maestros, todo parecía deber evitar o disipar semejante sospecha. Sin embargo, existía, aun en la Chevrette, donde vi que el señor de Épinay tampoco estaba exento de duda. Sin dar a entender que lo notaba, me encargué de componer un motete para la dedicación de la capilla de la Chevrette, y le supliqué que él mismo me diese la letra a gusto suyo. Dio encargo de hacerla a Linant, ayo de su hijo, que la hizo a propósito para el caso, y ocho días después de haberme sido entregada estuvo compuesto el motete. Esta vez el despecho fue mi Apolo, y jamás salió de mis manos música más armoniosa. La letra empezaba con estas palabras: *Ecce sedes hic Tonantis*.[81] La pompa de la introducción responde a las palabras, y todo el resto del motete es de una belleza de canto que sorprendió a todo el mundo. Lo había arreglado para gran orquesta. Épinay reunió los mejores sinfonistas. La señora Bruna, cantatriz italiana, lo cantó y fue bien acompañada. El motete tuvo un éxito tan grande, que posteriormente se ha cantado dos veces en el concierto espiritual, donde, a pesar de las ocultas cábalas, y la mala ejecución, por dos veces ha obtenido el mismo aplauso. Para el santo del señor de Épinay di la idea de una

especie de melodrama, medio pantomima, que compuso su esposa, y para la cual también hice la música. Grimm, al llegar, oyó hablar de mis triunfos armónicos. Una hora después no se habló más de ellos, pero a lo menos no se puso más en duda, que yo sepa, si sabía de composición.

Apenas estuvo Grimm en la Chevrette, donde yo no encontraba ya gran deleite, cuando acabó de hacerme insoportable mi estancia con una conducta tal como no la había visto en nadie, y de que ni siquiera tenía idea. La víspera de su llegada me desalojaron de la habitación de preferencia que ocupaba, contigua a la de la señora de Épinay; dispusiéronla para el señor Grimm, dándome otra más lejana. He aquí, dije yo riendo a la señora de Épinay, cómo los recién venidos desalojan a los antiguos, y me pareció cortarse. Aquella misma noche comprendí mejor la causa de ello, sabiendo que entre su cuarto y el que yo había ocupado existía una puerta oculta de comunicación, que ella había juzgado inútil mostrarme. Sus relaciones con Grimm no eran ignoradas de nadie, ni en su casa, ni del público, ni aun de su marido; con todo, lejos de confiármelo a mí, dueño de secretos que le importaban mucho más, y de quien estaba segura, me lo ocultó siempre con tenaz empeño. Comprendí que esta reserva provenía de Grimm, quien, siendo depositario de todos mis secretos, no quería que yo lo fuese de ninguno de los suyos.

Por mucho que mis antiguos sentimientos aún no extinguidos y el mérito real de aquel hombre me inclinasen en favor suyo, no fueron bastantes a resistir el empeño con que él destruyó mi inclinación. Su modo de presentarse fue el del conde de Tuffière; apenas se dignó devolverme el saludo; ni una sola vez me dirigió la palabra, y pronto me corrigió de dirigírsela yo, no respondiéndome. Siempre tomaba la delantera y se apoderaba del lugar preferente, sin fijarse nunca en mí. Y aun esto pase, si no lo hubiese hecho con un tono afectado muy chocante, como podrá juzgarse por un rasgo entre mil. Una tarde en que la señora de Épinay se sentía algo molesta, dijo que la llevasen un bocado a su cuarto, y subió para cenar junto a la lumbre. Me propuso subir con ella y lo hice. En seguida vino Grimm. La mesita estaba ya puesta y no había más que dos cubiertos. Sirvieron: la señora de Épinay se colocó en uno de los dos sitios junto al fuego, y el señor Grimm tomó un sillón, se colocó en el otro extremo, colocó la mesita entre ellos dos, desplegó su servilleta y se preparó a comer sin decirme una palabra. La señora de Épinay se ruborizó, y, para obligarle a reparar su grosería, me ofreció su propio sitio. Él no dijo nada, ni me miró. Yo, no pudiendo aproximarme al fuego, tomé el partido de pasearme por el cuarto esperando que me trajesen un cubierto. Dejóme cenar en un extremo de la mesa, lejos del fuego, sin dispensarme la menor atención, a mí a quien tenía incomodado, teniendo más edad que él, más antiguo en la casa, cuya entrada me debía, y a quien, además, hubiera debido obsequiar como favorecido por la dama. Todas sus maneras conmigo corresponden perfectamente a esta muestra. No me trataba precisamente como a un inferior, sino como inexistente. Gran trabajo me costaba reconocer en él al antiguo fámulo que, en casa del príncipe de Sajonia-Gotha,

se honraba con mis miradas. Todavía hallaba más inconciliable el profundo silencio y la insultante presunción con la tierna amistad que hacía gala de tenerme, en presencia de aquellos que sabía eran amigos míos. Cierto es que casi no la revelaba sino lamentando mi mala fortuna, de que yo mismo no me quejaba, compadeciendo mi triste suerte, con la que yo estaba contento, y quejándose de verme rehusar con dureza los benévolos cuidados que decía quererme dispensar. Con esta maña, hacía admirar su tierna generosidad, vituperaba mi ingrata misantropía e insensiblemente habituaba a todo el mundo a no imaginar, entre un protector como él y un infeliz como yo, sino relaciones de favor de una parte y obligaciones de la otra, sin suponer siquiera como posible una amistad de igual a igual. Yo buscaba inútilmente qué era lo que podía deber a este nuevo protector; le había prestado dinero, él no me lo prestó nunca; le había velado durante su enfermedad, él apenas vino a verme cuando yo la tuve; le había hecho amigo de todos mis amigos, él nunca me puso en relación con ninguno de los suyos; lo había encomiado con todas mis fuerzas y él, si me ha encomiado, fue menos públicamente y de distinta manera. Jamás me dispensó, ni me ofreció siquiera ningún servicio de ninguna especie. ¿Cómo, pues, podía ser mi Mecenas? ¿Cómo ser yo su protegido? No obstante, esto me sucedía y me sucede aún.

Cierto es que era arrogante con todo el mundo, desde el más alto al más bajo, pero con nadie tan brutalmente como conmigo. Acuérdome de que una vez Saint-Lambert estuvo a punto de tirarle un plato a la cabeza, a causa de una especie de mentis que aquél le dirigió en plena mesa, diciéndole groseramente: *Eso no es verdad.* A su tono naturalmente decisivo, añadió la suficiencia de los recién llegados, y se puso en ridículo a fuerza de impertinencias. El trato con los grandes le había seducido hasta el punto de darse él mismo un tono que sólo emplean los menos sensatos de aquéllos. Nunca llamaba a su criado sino gritando *ea*, como si monseñor no supiese cuál de sus numerosos criados estaba de guardia. Cuando le hacía algún encargo, le echaba el dinero en el suelo en vez de entregárselo en la mano. En fin, olvidando enteramente que era hombre, le trataba con un menosprecio tan chocante, con un desdén tan crudo en todas circunstancias, que aquel pobre muchacho, un buen sujeto, que le había proporcionado la señora de Épinay, dejó de servirle por no poder sufrir semejantes tratamientos: era el La Flueur de este nuevo Glorieux.

Tan fatuo como vanidoso, y a pesar de sus grandes ojos turbios y de su desmadejado semblante, tenía pretensiones de afortunado con las mujeres; y desde su pantomima con la señorita Fel, pasaba, para muchas de ellas, por hombre de grandes sentimientos. Esto lo había puesto de moda, y le había despertado la afición hacia los cuidados mujeriles; empezó a echárselas de elegante; su tocado vino a ser de grande importancia; todo el mundo supo que hacía uso de afeites, y yo, que no lo creía, empecé a creerlo, no solamente por el embellecimiento de su cutis, y por haberlos hallado en su tocador, sino porque una mañana, al entrar en su cuarto, le hallé cepillándose las uñas con una escobilla, fabricada expresamente; trabajo que continuó

delante de mí sin la menor aprensión. Entonces juzgué que el hombre que emplea dos horas cada mañana para cepillarse las uñas podía muy bien emplear algunos instantes en llenar de color los hoyos de su piel. El bueno de Gauffecourt, que no tenía pelo de tonto, le había apellidado con bastante gracia *Tirante el Blanco.*

Todo esto no eran más que ridiculeces, pero muy antipáticas a mi carácter, y así acabaron por hacerme el suyo sospechoso. Me costó trabajo creer que un hombre de cabeza tan vana pudiese tener un corazón recto. De nada se enorgullecía tanto como de su alma sensible y de la intensidad de su sentimiento. ¿Cómo podía esto concertarse con los defectos que son propios de las almas mezquinas? ¿Cómo pueden dejar a un corazón sensible ocuparse sin cesar de tantas puerilidades hacia su personita los vivos y continuos impulsos que le arrastran fuera de sí mismo? ¡Ah, Dios mío!, el que siente arder su corazón en este celeste fuego tiende a exhalarlo, y quiere manifestar su interior. Querría asomar el corazón al rostro, y sería incapaz de imaginar nunca ningún otro afeite.

Entonces me acordé del sumario de su moral, que me había expuesto la señora de Épinay, quien lo había adoptado. Este sumario consistía en un solo artículo; a saber: que el único deber del hombre es seguir las inclinaciones de su corazón. Cuando supe que tenía este principio, me dio mucho en qué pensar, pero en breve me convencí de que este principio era la regla de su conducta, y en lo sucesivo me dio de ello, desgraciadamente, hartas pruebas. Ésta es la doctrina interna de que tanto me ha hablado Diderot; pero que jamás me ha explicado.

Recordé también los frecuentes avisos que me había dado, hacía muchos años, de que este hombre era falso, que sabía jugar con los sentimientos, y sobre todo, que no me quería. Me acordé de varias anécdotas que con este motivo me habían referido el señor de Francueil y la señora de Chenonceaux, que le tenían en poca estima, y debían conocerle, puesto que ésta era hija de la señora de Rochechouart, íntima amiga del difunto conde de Frièse, y que aquél, entonces muy relacionado con el vizconde de Polignac, había frecuentado mucho el palacio real, precisamente cuando Grimm empezaba a introducirse en él. Todo París supo su desesperación después de la muerte del conde de Frièse. Fuerza era sostener la reputación que se había granjeado con motivo de los rigores de la señorita Fel, cuya farsa hubiera visto yo mejor que nadie a no haber estado a la sazón tan ciego, y fue preciso llevarle al palacio de Castries, donde desempeñó dignamente su papel, entregado a la más cruel aflicción. Todas las mañanas iba allá a llorar copiosamente en el jardín, teniendo en los ojos su pañuelo bañado en lágrimas, mientras estaba a la vista del palacio; mas al volver por cierta calle del jardín, algunas personas, cuya presencia ignoraba, le vieron meterse al instante el pañuelo en la faltriquera, y sacar un libro. Esta observación repetida fue pronto divulgada por París y casi al mismo tiempo olvidada. Yo mismo la había olvidado, pero me la trajo nuevamente a la memoria lo que pasó conmigo. Me hallaba gravemente enfermo en la calle de Grenelle: él estaba en el campo, y una mañana vino sin aliento, diciendo que acababa de llegar en aquel momento; un instante

después supe que había llegado la víspera, y que se le había visto en el teatro aquel mismo día.

Recordé mil hechos de esta especie; pero lo que sobre todo me sorprendió fue una observación que extrañé haber tardado tanto en hacer. Había proporcionado a Grimm el conocimiento de todos mis amigos, y todos habían pasado a serlo suyos. Tanto me costaba separarme de él, que casi no hubiera querido conservar la entrada de una casa donde él no hubiese sido recibido. Sólo rehusó admitirlo la señora de Créqui, y así casi desde entonces dejé de visitarla. Por su parte Grimm se procuró otros amigos de su clase como de la del conde de Frièse. De todos estos amigos jamás lo ha sido mío ni uno solo; él nunca me dijo una sola palabra siquiera para dármelos a conocer; y de cuantos he encontrado alguna vez en su casa, ninguno me ha manifestado jamás la menor benevolencia, ni el mismo conde de Frièse en cuya casa vivía Grimm, y con el cual por consiguiente me hubiera sido grato entrar en relaciones, ni con el conde de Schomberg, pariente suyo, con quien Grimm tenía más familiaridad.

Más aun; mis propios amigos, que yo hice suyos y que todos me eran afectos antes de conocerle a él, cambiaron después visiblemente con respecto a mí. Nunca me ha puesto en contacto con ninguno de los suyos; yo le proporcioné todos los míos, y acabó por quitármelos todos. Si éstos son los efectos de la amistad, ¿cuáles serán, pues, los del odio?

Al principio, el mismo Diderot me advirtió varias veces que Grimm, que tanta confianza me merecía, no era amigo mío. Posteriormente usó otro lenguaje cuando él mismo hubo de dejar de serlo.

El modo como había dispuesto de mis hijos no me hacía necesario el concurso de nadie. Sin embargo, hícelo saber a mis amigos sólo para que lo supiesen, para no parecer a sus ojos mejor de lo que realmente era. Estos amigos eran tres: Diderot, Grimm y la señora de Épinay; y Duclos, el más digno de mi confianza, fue el único a quien no la hice. No obstante lo supo. ¿Por quién? Lo ignoro. No es muy probable que esta infidelidad procediese de la señora de Épinay, quien sabía que imitándola, si yo hubiese sido capaz de hacerlo, hubiera podido vengarme cruelmente de ella. Quedan Grimm y Diderot, a la sazón tan estrechamente unidos, sobre todo contra mí, que es por demás probable que este crimen lo cometieron en común. Apostaría que Duclos, a quien no confié mi secreto, y que, por tanto, era dueño de él, ha sido el único que me lo ha guardado.

Grimm y Diderot, en su proyecto de enajenarme a Teresa y a su madre, habían hecho varios esfuerzos para arrastrarle con ellos; pero él les rechazó siempre con desdén. Hasta más tarde no me dijo lo que entre ellos había pasado con este motivo, pero desde luego supe por Teresa lo bastante para ver en todo esto algún secreto designio y que se quería disponer de mí, si no contra mi voluntad, a lo menos sin mi consentimiento; o bien que trataban de emplear a estas dos personas como instrumentos para algún fin misterioso. No era seguramente rectitud todo esto, y la prueba incontestable es que Duclos se oponía a ello. ¡Ahora que vengan y me digan

que esto no era amistad!

Esta pretendida amistad me era tan fatal en el interior de casa como fuera de ella. Las largas y frecuentes conversaciones con la señora Le Vasseur, durante muchos años, habían cambiado ostensiblemente a esta mujer con respecto a mí, y este cambio distaba mucho de serme favorable. ¿De qué trataban, pues, en estas singulares entrevistas? ¿A qué venía este profundo misterio? ¿Era bastante agradable la conversación de aquella vieja para que fuese tan afortunada y bastante importante para hacer de ella tan gran secreto? Durante los tres o cuatro años que duraron estos coloquios me habían parecido ridículos; mas, pensando nuevamente en ellos, empezaron a sorprenderme. Esta sorpresa hubiera llegado hasta la inquietud si hubiese sabido lo que esta mujer me preparaba.

A pesar del pretendido celo por mí de que Grimm se vanagloriaba, difícil de conciliar con el tono que adoptaba conmigo, nada me venía de su parte que fuese ventajoso para mí, y la conmiseración que fingía tenerme tendía más bien a envilecerme que a servirme. Hasta me quitaba, cuando le era posible, el recurso del oficio que había escogido, desacreditándome como copista; y en este punto, convengo en que decía la verdad; pero no le tocaba decirla. Probaba que no lo decía en broma sirviéndose de otro copista y no dejándome nada de cuanto podía quitarme. Hubiérase dicho que su proyecto consistía en hacerme depender de él y de su influencia para mi subsistencia, y agotar mis recursos hasta que me viese reducido a ello.

Presumiendo todo esto, mi juicio hizo callar a mi corazón, que todavía hablaba en favor suyo. Juzgué su carácter por lo menos sospechoso; y en cuanto a su amistad la tuve por falsa. Luego, resuelto a no verle más, lo participé a la señora de Épinay apoyando mi resolución en varios hechos sin disculpa, que al presente tengo olvidados.

Ella combatió vivamente esta resolución, aunque sin saber qué replicar a los motivos en que estaba fundada. No se había concertado todavía con él; pero al día siguiente, en vez de entenderse verbalmente conmigo, me envió una mañosa carta, que habían redactado juntos y en la cual, sin entrar en el detalle de los hechos, trataba de justificarle aduciéndome su carácter reconcentrado; y, recriminándome por haber sospechado en él perfidia para conmigo, me exhortaba a reconciliarme con él. Esta carta me hizo vacilar, y me acabó de vencer en una conversación que tuvimos después para la cual estaba mejor preparada que la vez primera; llegué a creer que podía haber juzgado mal, y que en este caso, tratándose de un amigo, tenía que reparar una ofensa grave. En una palabra, así como lo había hecho varias veces con Diderot y con el barón de Holbach, por inclinación y debilidad juntamente, di todas las satisfacciones que tenía derecho a exigir; fui a buscar a Grimm, como otro Jorge Dandin, a excusarme de los agravios que él me había inferido; siempre en la falsa persuasión, que me ha hecho cometer mil bajezas con mis fingidos amigos, de que no hay odio que no se desarme a fuerza de dulzura y buenos procederes; mientras que,

por el contrario, el rencor de los perversos no hace más que acrecentarse con la imposibilidad de hallar motivo justificado; y el sentimiento de su propia injusticia es un nuevo perjuicio para el que es objeto de ella. Sin salir de mi propia historia, tengo una prueba evidente de esta máxima en Grimm y en Tronchin, que han venido a ser mis enemigos más implacables por gusto, por inclinación, por capricho,[82] sin poder exponer el menor agravio de ninguna especie que de mí hayan recibido, y cuya ira crece de día en día, como la de los tigres, por la facilidad que tienen de satisfacerla.

Yo esperaba que Grimm, confundido por mi condescendencia y por mi iniciativa, me recibiría con los brazos abiertos; pero me recibió a lo emperador romano, con un ceño nuevo para mí. Yo no me hallaba preparado para semejante acogida. Cuando, embarazado con un papel tan poco a propósito para mí, hube expuesto en pocas palabras y con aire tímido el objeto que llevaba, antes de perdonarme y con mucha majestad, pronunció una interminable arenga que tenía preparada y que contenía la larga enumeración de sus virtudes, sobre todo en materia de amistad. Insistió mucho en una idea que al principio me sorprendió vivamente; y fue que todo el mundo le veía conservar siempre los mismos amigos. Mientras él hablaba, yo para mis adentros me decía que sería muy cruel para mí ser yo excepción única de esta regla; mas tanto y con tanta afectación la repitió, que me hizo pensar que si no siguiese más que los sentimientos de su corazón estaría menos prendado de esta máxima y que se servía de ella como de un arma útil a sus miras en los medios de medrar. Hasta entonces me había hallado en el mismo caso; siempre había conservado todos mis amigos; desde mi más tierna infancia ni uno solo había perdido, a no ser por la muerte, y, no obstante, hasta entonces nunca me había fijado en ello; no era efecto de una máxima que yo me hubiese prescrito. Y siendo una ventaja común a ambos, ¿a qué venía a jactarse de ella como de una superioridad sobre mí, si de antemano no trataba de quitármela? En seguida trató de humillarme enumerando las pruebas de la preferencia que obtenía de nuestros comunes amigos. Yo lo veía tan bien como él; la cuestión estaba en saber cómo la había obtenido: si a fuerza de méritos o de astucia, si elevándose él o rebajándome a mí. En fin, cuando hubo marcado a su gusto toda la distancia que de él me separaba para realzar el valor de la gracia que iba a concederme, nos dimos el ósculo de paz en un ligero abrazo que pareció el que da el rey a los nuevos caballeros. Yo no sabía lo que me pasaba, estaba absorto; no sabía qué decir, ni acertaba a despegar los labios. Esta escena tuvo enteramente el carácter de la amonestación que dirige un preceptor a sus discípulos. No puedo recordarla sin pensar cuán engañosos son los juicios fundados en las apariencias, a que tanto crédito da el vulgo, y cuán frecuentemente la audacia y la altivez están de parte del culpable, mientras el inocente se halla confuso y avergonzado.

Estábamos reconciliados, y siempre era esto un alivio para mi corazón, que tanto sufre con la discordia. Como se comprende, con semejante avenencia no cambió Grimm su modo de obrar; sólo sirvió para quitarme a mí el derecho de quejarme. Asi, pues, tomé la resolución de sufrirlo todo, sin decir una palabra.

Tantos sufrimientos repetidos me sumieron en una postración que me dejó casi sin fuerzas para recobrar el dominio sobre mí mismo. Sin tener contestación de Saint-Lambert, olvidado de la señora de Houdetot, sin osar franquearme con nadie, empecé a temer que, haciendo de la amistad el ídolo de mi corazón, había sacrificado mi vida a una quimera. Hecha la prueba de todas mis relaciones, sólo quedaban dos hombres que hubiesen conservado toda mi estimación, y en quienes podía confiar mi corazón: Duclos, a quien había perdido de vista desde mi retiro en el Ermitage, y Saint-Lambert. Respecto al segundo, creí no poder reparar bastante lo mal que había obrado con él sino abriendo a sus ojos mi corazón; y resolví hacerle mis confesiones sin reserva en cuanto no comprometiesen a su amada. No me cabe duda de que este camino era un nuevo lazo que mi pasión me tendía queriendo aproximarme a ella; pero lo cierto es que yo me habría echado sin reserva en los brazos de su amante, que me habría entregado completamente a su dirección, y que habría llevado la franqueza hasta donde podía llegar. Ya me resolvía a escribirle una segunda carta, a la cual estaba seguro de obtener contestación, cuando supe la triste causa de su silencio a la primera. No había podido resistir hasta el fin las fatigas de aquella campaña. La señora de Épinay me dijo que acababa de sufrir un ataque de parálisis; y la señora de Houdetot, que acabó por enfermar de aflicción, y no pudo escribirme desde luego, me participó desde París, donde se hallaba, dos o tres días después que se hacía conducir a tomar los baños de Aix-la-Chapelle. No diré que esta infausta nueva me afligiese tanto como a ella; pero dudo mucho que la opresión que me causó fuese menos dolorosa que su dolor y sus lágrimas. El sentimiento de que se hallase en tal estado, aumentado con el temor de que la inquietud hubiese contribuido a ello, me conmovió más que todo cuanto hasta entonces me había sucedido; y sentí cruelmente que, en mi propia estimación, me faltaba la fuerza necesaria para soportar tanta pena. Por fortuna este generoso amigo no me dejó mucho tiempo en tal abatimiento; a pesar de su ataque no me olvidó, y no tardé en saber por él mismo que había juzgado harto mal de su estado y sentimientos. Pero ya es tiempo de entrar en la exposición de la gran revolución de mi destino, de la gran catástrofe que ha dividido mi vida en dos partes tan distintas, y que ha hecho que de una causa muy leve hayan resultado tan terribles efectos.

Un día, cuando menos lo pensaba, la señora de Épinay me envió a buscar. Al entrar, noté en sus ojos y en todo su aspecto una turbación que me sorprendió tanto más cuanto que era en ella muy extraordinaria, pues nadie sabía ordenar mejor su semblante y todos sus movimientos. «Amigo mío —me dijo—, parto para Ginebra: mi pecho se halla en mal estado, pierdo la salud de tal modo que es preciso abandonarlo todo e irme a consultar a Tronchin». Esta resolución, tan bruscamente tomada, y al comenzar la estación rigurosa, me sorprendió tanto más cuanto que la había dejado treinta y seis horas antes sin que se tratara de ello. Yo le pregunté quién la acompañaba, y me dijo que su hijo y el señor de Linant, añadiendo con cierto abandono: «Y ¿vos, oso mío, no vendréis también?». Como no creí que hablase con

formalidad, sabiendo que, en la estación que iba a entrar, apenas me hallaba yo en estado de salir de casa, me chanceé con motivo de la utilidad que podría reportar a un enfermo la compañía de otro enfermo; ella pareció no haberme hecho de veras esta proposición, y no se habló más del asunto. Luego conversamos solamente de los preparativos de su viaje, de que se ocupaba con mucha diligencia, resuelta como estaba a partir dentro de quince días.

No se necesitaba gran penetración para comprender que este viaje tenía un motivo secreto que se me ocultaba. Este secreto, que lo era también para todos los de la casa, fue descubierto el día siguiente por Teresa, a quien se lo reveló Teissier, el maestresala, quien lo supo de la doncella. Aunque no lo deba a la señora de Épinay, está harto enlazado con los que de ella poseo para que pueda separarlo; así, guardaré silencio sobre este punto. Mas estos secretos, que no han salido ni saldrán jamás de mis labios ni de mi pluma, han sido harto sabidos para que puedan ignorarlos todas las personas que rodeaban a la señora de Épinay.

Conocido el motivo de este viaje, hubiera reconocido el secreto impulso de una mano enemiga, en la tentativa de hacerme ir como rodrigón de la señora de Épinay; pero ella insistió tan poco, que me hizo persistir en mi creencia de que esta tentativa no era formal, y me reí del magnífico papel que habría representado si hubiese cometido la tontería de aceptar. Por lo demas, ella ganó mucho con mi negativa, pues logró que su mismo marido la acompañara.

Algunos días después, recibí de Diderot la carta que voy a transcribir. Este billete, doblado muy rudimentariamente de modo que pudiese leerse fácilmente sin abrirlo, me fue dirigido a casa de la señora de Épinay, y encargado al señor de Linant, ayo del hijo y confidente de su madre.

BILLETE DE DIDEROT (Legajo A, núm. 52).

He nacido para amaros y causaros sinsabores. Acabo de saber que la señora de Épinay va a Ginebra y no se dice que vos la acompañéis. Amigo mío, si estáis contento de ella debéis iros con ella; si os tiene disgustado debéis iros mucho más aprisa. ¿Acaso os molesta el peso de las obligaciones que tenéis con ella? Pues he ahí una ocasión propicia para satisfacerlas en parte y quitaros algún peso de encima. Tal vez no hallaréis otra en vuestra vida en que podáis manifestarle vuestro agradecimiento. Va a un país donde se hallará como caída de las nubes. Se halla enferma y necesitará entretenimientos y distracciones. ¡Y en invierno, amigo mío! La objeción de vuestra salud es quizá más importante de lo que yo creo; pero ¿estáis hoy peor que un mes atrás y de lo que lo estaréis al entrar la primavera? ¿Haréis mejor el viaje dentro de tres meses? En cuanto a mí, os aseguro que si no pudiese tolerar la silla de manos, tomaría un bastón y la seguiría a pie. Y luego, ¿no teméis que se interprete mal vuestra conducta? Se os tachará de ingrato o de que os retiene algún motivo secreto. Ya sé muy bien que como quiera que obréis siempre tendréis el sentimiento de la conciencia; pero ¿es bastante acaso? ¿Se puede hasta cierto punto menospreciar el de los demás hombres? Por lo demás, amigo mío, yo os escribo esta carta para desquitarme con vos y conmigo mismo. Si os desagrada, arrojadla al fuego, y no nos acordemos de ella, como si no la hubiese escrito. Os saludo, os quiero y os abrazo.

El temblor de la cólera, la turbación que me dominaban al leer esta carta, y que apenas me permitieron concluir, no me impidieron notar la destreza con que Diderot fingía en ella un tono más dulce, más cariñoso, más digno que en todas las demás suyas, en que me trataba a lo más de querido, sin dignarse darme el nombre de amigo.

Fácilmente vi por qué venía indirectamente esta carta, cuyo sobrescrito, forma y marcha disimulaban bastante mal el rodeo que había dado; porque ordinariamente nos escribíamos por el correo, o por las mensajerías de Montmorency, siendo ésta la primera y única vez que se sirvió de aquel conducto.

Cuando el primer arrebato de indignación me permitió escribir, tracé precipitadamente la siguiente respuesta, que llevé en seguida del Ermitage, en donde a la sazón me hallaba, a la Chevrette, para mostrarla a la señora de Épinay a quien en mi ciego enojo quise leerla yo mismo, así como la carta de Diderot.

> Querido amigo: no podéis saber la importancia de las atenciones que debo a la señora de Épinay, ni hasta qué punto me sujetan, ni si realmente me necesita en su viaje, ni si desea que yo la acompañe, ni si me es posible hacerlo, ni las razones que pueda tener para abstenerme. No me niego a discutir con vos todos estos puntos; pero, entre tanto, convengamos en que prescribirme lo que debo hacer de un modo tan terminante, sin hallaros bien enterado, es, mi querido filósofo, obrar con ligereza. Lo peor que veo en todo esto es que el consejo no proviene de vos, y además de que no estoy dispuesto a dejarme conducir, a la sombra de vuestro nombre, por un tercero, ni por un cuarto; en todo esto hallo ciertos rodeos que no hablan muy alto en favor de vuestra franqueza y de que en obsequio vuestro y mío haréis muy bien de absteneros en adelante.
>
> Teméis que se interprete mal mi conducta; mas yo apuesto a que un corazón como el vuestro es incapaz de pensar mal del mío. Otros tal vez hablarían mejor de mí si me pareciese más a ellos. ¡Líbreme Dios de merecer su aprobación! Que me espíen e interpreten los malvados. Rousseau no es hombre que los tema, ni Diderot es hombre para escucharlos.
>
> Queréis que arroje al fuego vuestro billete si me desagrada, y que no se hable más del asunto: ¿creéis que así se olvida lo que de vos proviene? Amigo mío, tan poco os importan mis lágrimas, en los sinsabores que me dais, como mi vida y mi salud, por los cuidados que me exhortáis a tomar. Si pudieseis corregiros de esto, vuestra amistad me sería más grata, y yo sería menos digno de lástima».

Al entrar en la habitación de la señora de Épinay, hallé a Grimm con ella, y me alegré de ello. Leíles en voz alta y clara ambas cartas con una intrepidez de que no me hubiera creído capaz, añadiendo al concluir algunas frases que no la desmentían. En vista de esta audacia inesperada en un hombre de ordinario tan tímido los vi a ambos aterrados y aturdidos, sin responder palabra; vi sobre todo a este hombre arrogante bajar los ojos, incapaz de sostener el fuego de mis miradas; mas en el instante mismo en el fondo de su alma juraba mi perdición, y estoy seguro de que la fraguaron antes de separarse.

Poco más o menos por este tiempo fue cuando recibí al fin, por intermedio de la señora de Houdetot, la respuesta de Saint-Lambert (Legajo A, núm. 57), fechada aún en Wolfenbuttel, pocos días después de su accidente, a mi carta, que había estado mucho tiempo en el camino. Esta respuesta me proporcionó un gran consuelo, que mucho a la sazón necesitaba, por el testimonio de estima y amistad que contenía, y me dio valor y fuerzas para merecerlas. Desde este instante cumplí con mi deber; mas es indudable que si Saint-Lambert hubiese sido menos sensato, menos generoso, menos discreto, yo estaba perdido sin remedio.

La estación iba siendo cruda y todo el mundo abandonaba el campo. La señora de Houdetot me indicó el día en que se proponía venir a despedirse de la campiña y me citó en Eaubonne. Casualmente este día fue el mismo en que la señora de Épinay salía de la Chevrette para ir a terminar en París los preparativos de su viaje.

Afortunadamente partió por la mañana, y, al despedirla, aún tuve tiempo de ir a comer con su cuñada. Llevaba en el bolsillo la carta de Saint-Lambert, que leí varias veces durante el trayecto, y me sirvió de égida contra mi debilidad. Tomé y llevé a cabo la resolución de no ver en la señora de Houdetot más que a mi amiga y la amante de mi amigo; y pasé a solas con ella cuatro o cinco horas en deliciosa calma, infinitamente preferible, aun como goce, a esos accesos de ardiente fiebre que hasta entonces había experimentado junto a ella. Como sabía muy bien que mi corazón no había cambiado, agradeció los esfuerzos que hice para dominarme, me apreció más, y tuve la satisfacción de ver que su amistad no se había extinguido. Hízome saber que Saint-Lambert estaba próximo a regresar; pues aunque bastante restablecido de su ataque, ya no se hallaba en estado de soportar las fatigas de la guerra y abandonaba el servicio para venirse a vivir tranquilamente a su lado. Concebimos el bello proyecto de una estrecha unión entre los tres, y podíamos esperar que su realización sería duradera, puesto que formaban su base todos los sentimientos que pueden unir a corazones sensibles y rectos, y entre los tres reuníamos bastantes conocimientos para bastarnos a nosotros mismos sin necesidad de elementos ajenos. ¡Ay de mí! ¡Cuando así me entregaba a la esperanza de tan dulce vida, lejos estaba de imaginar la que me esperaba!

En seguida hablamos de mi situación presente respecto a la señora de Épinay. Le enseñé la carta de Diderot y mi respuesta; hícele una relación detallada de cuanto había pasado y le manifesté mi resolución de marcharme del Ermitage. Ella se opuso vivamente y con razones poderosas para mi corazón; díjome cuánto le habría gustado que yo hubiese hecho el viaje de Ginebra, previendo que no dejarían de comprometerla tomando pie de mi negativa, que es lo que parecía indicar de antemano la carta de Diderot. Sin embargo, como sabía mis motivos tan bien como yo mismo, no insistió sobre este punto, pero me recomendó que evitase a cualquier precio todo rompimiento y paliase mi negativa con razones bastante plausibles para alejar la injusta sospecha de que ella pudiese tener parte en mi resolución. Le dije que no me imponía una tarea fácil; pero que, resuelto a expiar mis faltas, aun a trueque de mi reputación, quería anteponer la suya a la mía en cuanto el honor me lo permitiese. Luego se conocerá si he sabido cumplir mi palabra.

Puedo jurar que, lejos de haber perdido mi desgraciada pasión nada de su fuerza, jamás amé a mi Sofía tan viva y tiernamente como aquel día. Mas fue tal la impresión que la carta de Saint-Lambert, el sentimiento del deber, y el horror de la perfidia me causaron, que, durante esta entrevista, mis sentidos me dejaron completamente en paz a su lado, y ni siquiera tuve la tentación de besarle la mano. Al despedirnos, ella me dio un beso en presencia de su servidumbre. Este beso, tan diferente de los que le había arrebatado bajo el follaje, me probó que había recobrado el imperio sobre mí mismo; estoy casi seguro de que si mi corazón hubiese podido fortalecerse en la calma, en menos de tres meses habría curado radicalmente.

Aquí concluyen mis relaciones personales con la señora de Houdetot…,

relaciones de que cada cual puede haber juzgado por las apariencias según las inclinaciones de su propio corazón, pero durante las cuales la pasión que me inspiró esta amable mujer, pasión quizá la mas viva que hombre alguno haya sentido, se elevará siempre a gran altura entre el cielo y nuestras almas, por los raros y penosos sacrificios que hicimos ambos en aras del deber, del honor, del amor y de la amistad. Nos habíamos elevado demasiado uno a los ojos de otro, para envilecernos fácilmente. Para resolverse a perder una estima de tanto precio hubiera sido necesario ser indignos de ella; y la misma energía de los sentimientos que nos podían hacer culpables fue lo que nos impidió llegar a serlo.

Así es como, después de una amistad tan prolongada con una de estas dos mujeres, y un amor tan ardiente hacia la otra, me despedí separadamente de las dos en un mismo día, de la una para no volver a verla en mi vida, y de la otra para no verla más que dos veces en las ocasiones que diré luego.

Después de su partida me hallé perplejo ante la perspectiva de tener que llenar deberes apremiantes y contradictorios, efecto de mis imprudencias. Si yo me hubiese hallado en situación normal, después de la proposición del viaje a Ginebra y de haberlo rehusado, no tenía que hacer sino quedarme tranquilo, y estaba dicho todo. Pero las cosas no podían quedar en el estado en que yo imprudentemente las había colocado, y no podía evitar ulteriores explicaciones sino dejando el Ermitage; precisamente lo que acababa de prometer a la señora de Houdetot que no haría, a lo menos por de pronto. Además me había exigido que diese a mis pretendidos amigos motivos que justificasen mi negativa a emprender el viaje, a fin de que no se la imputasen a ella. No obstante, yo no podía alegar la verdadera causa sin ofender a la señora de Épinay, a quien a la verdad debía estar agradecido después de cuanto había hecho por mí. Bien considerado todo, me hallaba en la dura pero inevitable alternativa de faltar a la señora de Épinay, a la señora de Houdetot, o a mí mismo, y me resolví por lo último. Tomé esta resolución con orgullo, plenamente, sin tergiversar y con una generosidad digna, seguramente, de borrar las faltas que me habían reducido a este extremo. Este sacrificio, de que mis enemigos han sabido sacar partido y que tal vez esperaban, ha sido la causa de la pérdida de mi reputación, y, por el buen cuidado que han puesto en ello, me ha enajenado la estimación pública; pero me ha devuelto la mía, y me ha consolado en mis aflicciones. Como se verá, no es la última vez que he hecho semejantes sacrificios, ni la última tampoco en que se hayan valido de ellos para agobiarme.

El único que me pareció no haber tomado parte alguna en este enredo fue Grimm, y a él resolví dirigirme. Escribíle una larga carta, manifestando lo ridículo de querer que tuviese la obligación de hacer este viaje a Ginebra; la inutilidad y además el estorbo que hubiera proporcionado a la señora de Épinay, y los inconvenientes que habrían resultado para mí mismo. No pude resistir en esta carta a la tentación de dejarle entrever que yo estaba enterado de todo, y que me parecía singular la tentación de que fuese yo el acompañante, mientras él se creía dispensado de ello, y

nadie hacía mención de él. Esta carta, en que no pudiendo exponer claramente mis razones, me vi obligado a salirme de la cuestión a menudo, a los ojos del público me habría hecho aparecer como culpable por varias causas; pero era un ejemplo de reserva y de discreción para las personas que, como Grimm, estaban enteradas de lo que en ella me callaba y que justificaban plenamente mi conducta. Tampoco temí poner un motivo más en contra mía, dando a conocer a mis demás amigos el parecer de Diderot, para insinuar que la señora de Houdetot había pensado del mismo modo, como era de verdad, pero callando que hubiese cambiado de parecer en vista de mis razones. De ningún otro modo podía destruir mejor la sospecha de connivencia conmigo, más que pareciendo descontento de ella en este asunto.

Esta carta terminaba con un acto de confianza que a cualquiera habría conmovido; pues exhortando a Grimm a que pesara mis razones y a que me diese su parecer, le decía que, cualquiera que fuese, éste sería el que seguiría; y ésta era mi intención, aunque hubiese opinado por mi partida; porque habiendo sido el señor de Épinay acompañante de su mujer en este viaje, el mío tomaba entonces un carácter muy diferente; mientras que al principio quisieron darme a mí este empleo, y no se pensó en él sino después de mi negativa.

La respuesta de Grimm se hizo esperar y fue extraña. Voy a transcribirla (Legajo A, núm. 59).

> La marcha de la señora de Épinay se ha diferido; su hijo está enfermo y es preciso esperar a que se halle restablecido. Meditaré vuestra carta. Entre tanto, estad tranquilo en vuestro Ermitage, yo os haré avisar a tiempo. Como regularmente tardará algunos días en marchar, no hay que apresurarse. Si lo juzgáis conveniente, podéis mientras tanto ofreceros a ella, aunque esto además me parece inútil, pues conociendo vuestra posición tan bien como vos mismo, no dudo que responderá como debe a vuestro ofrecimiento; y lo que vais a ganar con todo esto es que podréis decir a los que os censuren que si no habéis ido, no es por no haberos brindado. Por lo demás, no sé por qué os empeñáis en que el filósofo sea el portavoz de todo el mundo; y por qué, siendo su consejo que partáis, creéis que todos vuestros amigos pretenden lo mismo. Si escribís a madame de Épinay, su respuesta puede serviros de réplica a todos sus amigos, puesto que tanto es vuestro anhelo replicarles. Adiós: saludad a la señora de Le Vasseur y al Criminal.[83]

Sorprendido con la lectura de esta carta, indagaba con inquietud lo que podía significar, y no encontraba nada. ¡Cómo! ¡En vez de responder simplemente a mi carta, se toma tiempo para pensar en ella, como si no le hubiese bastado el que había dejado transcurrir! Hasta me advierte la suspensión en que me quiere tener, como si se tratase de resolver un profundo problema, como si le conviniese quitarme todo medio de penetrar su modo de sentir hasta el momento en que quiera declarármelo. ¿Qué significan estas precauciones, retardos y misterios? ¿Es así como se responde a la confianza? ¿Es éste el comportamiento de la rectitud y de la buena fe? En vano buscaba alguna interpretación favorable a esta conducta. Cualquiera que fuese su designio, siéndome contrario, su posición le facilitaba el medio de ejecutarlo, sin que yo por la mía pudiese oponerle ningún obstáculo. Siendo favorito en casa de un alto príncipe conocido en el gran mundo, dando el tono a las reuniones y círculos que nos eran comunes y en los que era oráculo, podía con su ordinaria astucia, disponer de

todos sus resortes; y a mí, solo en mi Ermitage, alejado de todo, sin ayuda de nadie, sin ninguna comunicación, no me quedaba más que esperar y estar tranquilo; sólo escribí a la señora de Épinay, con motivo de la enfermedad de su hijo, una carta tan cortés, cuanto era dable, pero sin caer en el lazo de ofrecerme a ir con ella.

Después de un eterno esperar en la cruel incertidumbre en que este hombre bárbaro me había sumergido, supe, al cabo de ocho o diez días, que la señora de Épinay había partido, y aquél me dirigió una segunda carta. Constaba sólo de ocho o diez líneas, que no acabé de leer… Era un rompimiento, pero en términos tales, como puede dictarlos solamente el odio más infernal, y hasta eran estúpidos a fuerza de querer ser ofensivos. Me ordenaba que no compareciese más a su presencia, como el rey que destierra de sus estados a un vasallo. Para que su carta sirviese de risa no faltaba más que leerla con más sangre fría. Sin copiarla, aun sin acabar de leerla, se la devolví inmediatamente con la adjunta:

> Yo me oponía a la justa desconfianza que inspirabais; acabo de conoceros demasiado tarde.
>
> He aquí la carta que os habéis querido tomar tiempo para meditar: os la devuelvo; no es para mí. Podéis mostrar la mía a todo el mundo, y aborrecerme abiertamente; siempre será, por vuestra parte, una falsedad menos.

Lo que le decía sobre poder presentar mi carta anterior, se refería a una cláusula de la suya donde se puede conocer la refinada astucia que desplegó en todo este asunto.

He dicho que para las personas que no estuviesen enteradas, mi carta podía hacerme juzgar mal. Él lo vio con placer; pero ¿cómo prevalerse de esta ventaja sin comprometerse? Mostrando esta carta se exponía a ser tachado de abusar de la confianza de su amigo.

Para salir de apuros, imaginó romper conmigo del modo más ofensivo que le fuese posible; envaneciéndose en su carta del favor que me dispensaba no dando a conocer la mía. Bien seguro estaba él de que, llevado de la indignación, rehusaría su fingida discreción, y le permitiría manifestar mi carta a todo el mundo. Esto era precisamente lo que deseaba, y todo fue como lo había preparado. Hizo correr mi carta por todo París, acompañada de comentarios de su cosecha, que, no obstante, no lograron todo el éxito que él se había prometido. El permiso de enseñar mi carta, que había sabido arrancarme, no bastó para que dejase de vituperarse la facilidad con que me había cogido por la palabra para hacerme daño. A todos se les ocurría preguntar qué agravios personales le había inferido para autorizar un odio tan violento. En fin, resultaba que aun cuando yo hubiese cometido tales faltas que le hubiesen obligado a romper la amistad, aun después de extinguida, siempre conservaba derechos que él hubiera debido respetar. Pero desgraciadamente, París es frívolo; estas observaciones del momento se olvidan; el que está en auge se mantiene; el manejo de la intriga y la perversión se renueva, y su efecto, renaciendo sin cesar, pronto borra cuanto le ha precedido.

He aquí de qué manera, después de haberme estado engañando durante tanto

tiempo, al fin este hombre se quitó la máscara ante mí, persuadido de que, en el estado a que había llevado las cosas, dejaba de necesitar de ella. Yo, libre del temor de ser injusto con este miserable, le abandoné a su propia conciencia, y dejé de pensar en él. Ocho días después de haber recibido esta carta, obtuve la respuesta a la que había dirigido a la señora de Épinay, fechada en Ginebra (Legajo B, núm. 10). Por el tono que en ella empleaba por vez primera en su vida, comprendí que, contando con el buen resultado de sus medidas, obraban ambos de concierto, y que teniéndome por hombre perdido sin remedio, se abandonaban sin riesgo en adelante al placer de acabar de aplastarme.

En efecto, mi situación era deplorable. Veíame abandonado de todos mis amigos, sin saber por qué ni cómo. Diderot, que se jactaba de continuar siéndome fiel él solo y que hacía tres meses que me estaba prometiendo una visita, no hallaba nunca el momento de hacerla. El invierno empezaba a dejarse sentir y con él los ataques de mis ordinarias dolencias. A pesar de ser vigoroso, mi temperamento no había podido soportar el combate de tan contrarias pasiones. Me hallaba en una postración tal, que no me dejaba fuerzas ni valor para resistir nada; aun cuando mis compromisos y las continuas observaciones de Diderot y de la señora de Houdetot me hubiesen permitido abandonar el Ermitage en esos momentos, no sabía a dónde ir ni cómo hacer el trayecto. Me hallaba inmóvil y estupefacto, sin poder obrar ni pensar. La sola idea de tener que dar un paso, que escribir una carta, que pronunciar una palabra, me hacía temblar. Con todo, no podía dejar de contestar a la señora de Epinay, a menos de confesarme digno de las calificaciones con que ella y su amigo me abrumaban. Determinéme a participarle mis sentimientos y resoluciones, no dudando un solo instante que por humanidad, por generosidad, por bien parecer y por los buenos sentimientos que había creído descubrir en ella, a pesar de los malvados, se apresuraría a acceder a ellos. He aquí mi carta:

> En el ERMITAGE 23 de noviembre de 1757.
>
> Si se muriese de dolor, no viviría yo. Pero, en fin, he tomado una resolución. Se ha extinguido la amistad entre nosotros; pero la que ya no existe conserva derechos que sé respetar. No he olvidado las mercedes que os debo y podéis estar segura de obtener de mí todo el agradecimiento que se debe a quien se tiene la obligación de dejar de amar. Cualquiera otra explicación sería inútil: yo tengo el testimonio de mi conciencia y os remito a la vuestra.
>
> He querido salir del Ermitage, como era mi deber; pero pretenden que es necesario que permanezca en él hasta la primavera, y puesto que lo quieren mis amigos, esperaré aquella estación aquí, si consentís en ello.

Una vez escrita y expedida esta carta, no pensé más que en tranquilizarme, cuidando de mi salud, procurando recobrar mis fuerzas y tomar las medidas oportunas para salir en la primavera sin ruido y sin publicar un rompimiento. Pero así no les salía la cuenta al señor Grimm y a la señora de Épinay, como se verá luego.

Por fin, algunos días después tuve el placer de recibir de Diderot la visita tantas veces prometida y no cumplida. No podía venir más a propósito; era mi más antiguo amigo, casi el único que me quedaba; puede juzgarse cuánto placer tuve al verlo en

esas circunstancias. Tenía el corazón oprimido y me desahogué en su seno. Le aclaré muchos hechos que le habían ocultado, disfrazado o supuesto; le referí cuanto me era permitido de lo que había pasado; no quise ocultarle lo que sabía demasiado, a saber, que un amor tan desgraciado como insensato había sido el instrumento de mi perdición; pero jamás convine en que la señora de Houdetot lo supiese, o a lo menos que supiese que yo se lo hubiese declarado. Le hablé de los indignos manejos de la señora de Épinay para sorprender las inocentes cartas que su cuñada me escribía. Quise que oyese estos detalles de la propia boca de las personas a quienes aquélla había tratado de seducir. Teresa hizo el relato exacto; pero ¡cuál fue mi asombro cuando tocó el turno a la madre, y le oí declarar y sostener que no sabía palabra del asunto! Éstas fueron sus palabras, y jamás se contradijo. Aún no hacía cuatro días que me había repetido el relato a mí mismo, y ahora me desmentía a la faz de mi amigo. Este rasgo me pareció decisivo, y entonces sentí vivamente la imprudencia que había cometido conservando tanto tiempo a mi lado una mujer semejante. No me deshice en invectivas contra ella; apenas me digné dirigirle algunas palabras de desprecio, y conocí cuánto debía a la hija, cuya inquebrantable rectitud contrastaba con la indigna ruindad de la madre. Mas desde aquel momento tomé una resolución respecto de la vieja, y sólo esperé el momento oportuno para llevarla a cabo.

Este momento llegó más pronto de lo que yo esperaba. El día 10 de diciembre recibí de la señora de Épinay la respuesta a mi carta precedente. He aquí su contenido:

> GINEBRA, 1.º de diciembre de 1757. (Legajo B, núm 11).
>
> Después de haberos dado, durante muchos años, todas las pruebas posibles de interés y de amistad, no me queda más que compadeceros. Sois muy desdichado. Deseo que vuestra conciencia esté tan tranquila como la mía; quizá sea esto necesario para el reposo de vuestra vida.
>
> Puesto que queríais salir del Ermitage, y puesto que debíais hacerlo, extraño que vuestros amigos os hayan retenido. De mí sabré deciros que no consulto los míos acerca de mis deberes; nada más tengo que deciros acerca de los vuestros.

Una despedida tan imprevista, pero expresada con tanta precisión no me dejaba un instante que vacilar. Era forzoso salir inmediatamente, cualquiera que fuese el tiempo que hiciera, en cualquier estado que me hallara, aunque hubiera de acostarme en los bosques y sobre la nieve, de que estaba entonces cubierta la tierra, y a pesar de lo que pudiera decirme la señora de Houdetot; pues yo bien deseaba complacerla en todo, pero no hasta la infamia.

Halléme en el mayor apuro de mi vida; pero estaba firmemente resuelto y juré estar a los ocho días fuera del Ermitage a todo evento. Me propuse sacar mis ropas y papeles, resuelto a abandonarlos en el campo si fuese necesario, con tal de devolver las llaves dentro de los ocho días, pues lo que principalmente quería era que estuviese hecho todo antes de que se pudiese escribir a Ginebra y recibir contestación. Me sentía con más valor que nunca y había recobrado todas mis fuerzas, que el honor y la indignación me devolvieron. La señora de Épinay había contado que éstas me

faltarían, mas la fortuna ayudó mi audacia; el señor Mathas, procurador fiscal del príncipe de Condé, oyó hablar de mis apuros y me hizo ofrecer una pequeña casa que tenía en su jardín de Mont-Louis, en Montmorency, que acepté sin vacilar, con gratitud. Pronto nos convinimos en cuanto al precio; hice comprar apresuradamente algunos muebles; a fin de disponer con ellos y con los que teníamos un dormitorio para Teresa y para mí. Mandé trasladar mis baúles con gran trabajo y excesivo costo; mas, a pesar del hielo y de la nieve, en dos días desalojé el Ermitage y el día 15 de diciembre entregué las llaves, después de haber pagado los salarios del jardinero, puesto que no podía pagar el alquiler.

En cuanto a la señora Le Vasseur, le declaré la necesidad de separarnos; su hija trató de disuadirme, pero fui inflexible. Hícela marchar a París en el coche de las mensajerías, con todos los muebles y objetos que eran comunes a la madre y a la hija. Entreguéle algún dinero y me obligué a pagar el alquiler de su habitación en casa de sus hijos o en otra parte, a proveer a su subsistencia mientras me fuese posible, y a no dejarla sin pan mientras lo tuviera para mí.

En fin, a los dos días de mi llegada a Mont-Louis, escribí a la señora de Épinay la siguiente carta:

> MONTMORENCY, 17 de diciembre de 1757.
>
> Señora: Nada es más natural y necesario que salir de vuestra casa, puesto que no aprobáis mi permanencia en ella. En vista de haberos negado a consentir que pasase el resto del invierno en el Ermitage, salí de él el día 15. Era mi destino entrar y salir de él contra mi voluntad. Os agradezco el tiempo que me habéis inducido a permanecer allí, y os lo agradecería mucho más si no me hubiese costado tan caro. Por lo demás, razón tenéis en creerme desdichado; nadie mejor que vos sabe cuánto debo serlo. Si es una desgracia equivocarse en la elección de los amigos, también lo es, y no menos cruel, sufrir el desengaño de un error tan agradable.

Tal es el relato fiel de mi permanencia en el Ermitage y de los motivos que me obligaron a salir de él. No me ha sido posible suspenderlo, y me importaba seguirlo con la mayor exactitud porque esta época de mi vida ha tenido en lo sucesivo una influencia que se extenderá hasta mis últimas horas.

Libro décimo

1758

La fuerza extraordinaria que para abandonar el Ermitage me había dado una efervescencia pasajera, me abandonó tan luego como hube realizado la mudanza. Apenas establecido en mi nueva vivienda, cuando me acometieron fuertes y vivos ataques de retención de orina, que se complicaron con la nueva molestia de una hernia que me atormentaba desde hacía tiempo, sin saber que lo fuese. A poco me vi presa de los más crueles accidentes. El médico Thierry, antiguo amigo mío, vino a verme, y me hizo saber el estado en que me hallaba. Las sondas, las candelillas, los vendajes, todo el aparato de las enfermedades propias de la edad avanzada reunido en derredor mío, me dio a entender duramente que el corazón no puede continuar impunemente siendo joven cuando el cuerpo ha dejado de serlo. La estación bella no me devolvió las fuerzas, y pasé todo el año de 1758 en un estado de languidez tal que creí tocar al fin de mi vida, cuyo término veía con fruición aproximarse. Desengañado de las quimeras de la amistad, desprendido de cuanto me había hecho amar la vida, nada veía ya en ella que pudiese hacérmela agradable. No descubría sino males y miserias, que me impedían disponer de mí. Anhelaba el momento de quedar libre y escapar de mis enemigos. Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.

Parece que mi retirada a Montmorency desconcertó a la señora de Épinay; probablemente no la había previsto. Mi triste estado, el rigor de la estación, el abandono general en que me hallaba, todo les hizo creer, a Grimm y a ella, que reduciéndome al último extremo, me obligarían a pedir merced, y a desatender a las últimas bajezas para no ser echado de un asilo de donde el honor me ordenaba salir. Me mudé tan bruscamente que no tuvieron tiempo de prevenir el golpe; y no les quedó otro camino sino echar el resto, y acabar de perderme o intentar apaciguarme. Grimm tomó el primer partido: mas yo creo que la señora de Épinay hubiera preferido el último; y lo creo por su respuesta a mi última carta, donde dulcificó mucho el tono que había tomado en las precedentes, y en donde parecía abrir la puerta a un arreglo. La mucha tardanza de esta respuesta, que se hizo aguardar un mes entero, indica bien a las claras la dificultad que encontraba para darle un giro conveniente, y las deliberaciones que la precedieron. No podía ir más allá sin exponerse; pero en vista de sus cartas precedentes, y después de mi brusca salida de su casa, no puede menos de llamar su atención el cuidado con que en esta carta evita toda aspereza. Voy a transcribirla íntegramente, a fin de que pueda juzgarse con conocimiento de causa.

GINEBRA, 17 de enero de 1758. (Legajo B. núm. 23).

Hasta ayer no he recibido vuestra carta del 17 de diciembre. Hánmela enviado dentro de una caja llena de diferentes objetos, que ha estado todo este tiempo en camino. Sólo responderé a la posdata; en cuanto a la carta, no la entiendo bien; y, si estuviésemos en el caso de explicarnos, me parece que todo lo acaecido resultaría ser una mala inteligencia. Volvamos a la posdata; recordaréis que convinimos en que el salario del jardinero del Ermitage pasaría por vuestras manos, a fin de que mejor conociese que dependía de vos, y para evitaros escenas tan ridículas e impropias como las acaecidas con su predecesor. Prueba de ello es que se os ha remitido al efecto los primeros trimestres, y que yo había convenido con vos, pocos días antes de mi partida, en reembolsaros vuestros adelantos. Ya sé que al principio pusisteis alguna dificultad, pero estos adelantos os había rogado yo que los hicieseis; era muy fácil desquitarme, y así lo tratamos. Cahouet me ha participado que no habéis querido recibir este dinero; fuerza es que haya en esto algún *quid pro quo*. Doy nuevamente orden para que os lo entreguen, y no veo por qué habéis de querer pagar al jardinero, a pesar de nuestros convenios y aun más allá del tiempo que habéis vivido en el Ermitage. Por consiguiente, espero que, recordando cuanto acabo de deciros, no rehusaréis que se os reembolse de los adelantos que habéis tenido la bondad de hacer por mí.

No pudiendo confiar en la señora de Épinay después de cuanto había pasado, no quise reanudar mis relaciones con ella; no respondí a esta carta, y nuestra correspondencia acabó aquí. Viendo que yo había tomado una resolución, ella la tomó también; y entrando desde entonces de lleno en los planes de Grimm y del círculo del barón de Holbach, unió sus esfuerzos a los de éstos, para hundirme. Mientras ellos trabajaban en París, ella lo hacía en Ginebra. Acabó lo que ella había empezado el mismo Grimm, que fue a reunirse con ella posteriormente. Tronchin, a quien ganaron sin trabajo, les secundó poderosamente, y vino a ser el más furioso de mis perseguidores, sin haber tenido jamás el menor motivo de queja en contra mía, lo mismo que Grimm. De acuerdo los tres, sembraron ocultamente en Ginebra el germen de la intriga que se desarrolló más adelante.

Más trabajo les costó en París, donde yo era más conocido, y donde, menos dispuestos los corazones al odio, no recibieron tan fácilmente sus impresiones. Para asestar sus golpes con más destreza, empezaron por divulgar que era yo quien les había abandonado. (Véase la carta de Deleyre, legajo B, núm. 30). Después de esto, siempre fingiéndose amigos míos, sembraban astutamente sus malignas acusaciones pareciendo quejarse de la injusticia de su amigo. De ahí resultaba que, no recelando nada, todo el mundo estaba más dispuesto a escucharlos y a vituperarme. Las sordas acusaciones de perfidia y de ingratitud se esparcían con más precaución, y por consiguiente con mejor éxito. Supe que me imputaban atroces delitos, sin que jamás me fuese imposible averiguar en qué los hacían consistir. Por lo que pude deducir de los públicos rumores, se reducían a estos cuatro crímenes capitales: primero, mi retirada al campo; segundo, mi amor por la señora de Houdetot; tercero, haberme negado a acompañar a Ginebra a la señora de Épinay; cuarto, mi salida del Ermitage. Si a esto añadieron otros motivos de queja, se precavieron tan bien, que me ha sido completamente imposible llegar a saber jamás en qué se fundaban.

En este punto es donde creo poder fijar la formación de un sistema adoptado después por los que disponen de mí, con un progreso y un éxito tan rápidos que tendría el carácter de prodigio para los que ignorasen con cuánta facilidad se

establece todo lo que tiende a favorecer la malignidad entre los hombres. Es necesario explicar ahora en pocas palabras lo que tiene de visible a mis ojos este oscuro y profundo sistema.

Teniendo ya un nombre conocido y célebre en toda Europa, yo había conservado la sencillez de mis primitivos gustos. Mi mortal aversión a todo lo que se llamaba partido, facción, cábala, me había mantenido libre, independiente, sin otro yugo que las afecciones de mi corazón. Solo, extranjero, aislado, sin apoyo, sin familia, atento únicamente a mis principios y a mis deberes, seguía intrépidamente el camino de la rectitud, sin adular, sin lisonjear jamás a nadie contra la injusticia y la verdad. Además, retirado en la soledad hacía dos años, careciendo de noticias, sin relaciones con el mundo, sin que me enterasen ni yo tuviese curiosidad de saber cuanto pasaba, vivía a cuatro leguas de París, tan separado de esta ciudad por mi descuido como lo hubiera estado por los mares en la isla de Tinian.

Grimm, Diderot, Holbach, hallándose, al contrario, en el centro del torbellino, vivían en medio del gran mundo, y entre los tres abrazaban casi todas las esferas: grandeza, hombres de talento, literatos, abogados y mujeres; de esta suerte, poniéndose de acuerdo, podían hacerse escuchar de todos. Ya se echa de ver la ventaja que esta posición debe dar a tres hombres perfectamente unidos contra uno solo, en la situación en que me hallaba. Cierto es que Diderot y Holbach no eran (a lo menos no puedo creer que lo fuesen) capaces de tramar maquinaciones infames; el uno no tenía bastante maldad,[84] el otro carecía de suficiente habilidad; mas por esto mismo la coalición era más estrecha. Grimm concebía el plan él solo, y no revelaba a los otros dos más de lo que necesitaban saber para cooperar a su realización. Facilitaba este concurso el ascendiente que sobre ellos había adquirido, y el efecto del conjunto respondía a la superioridad de su talento.

Con este superior talento fue como, conociendo la ventaja que podía sacar de nuestras situaciones respectivas, formó el proyecto de destruir completamente mi reputación, y formarme otra enteramente opuesta, sin comprometerse, empezando por elevar en torno mío una muralla de tinieblas que me fue imposible atravesar para descubrir sus manejos y quitarle la máscara.

Esta empresa era difícil por cuanto era preciso paliar la iniquidad a los ojos de los que debían concurrir a cometerla. Preciso era engañar a las personas honradas, apartar de mí a todo el mundo y no dejarme un solo amigo, pequeño ni grande. ¡Qué digo! Era preciso no dejar llegar hasta mí una sola palabra de verdad. Si un solo hombre generoso hubiese venido diciéndome: «Os la echáis de virtuoso, y, sin embargo, ved cómo os tratan y de qué modo os juzgan: ¿qué respondéis a esto?». La verdad hubiera triunfado, y Grimm estaba perdido. Él lo sabía; pero ha sondeado su propio corazón, y ha estimado a los hombres en lo que valen. Siento mucho, por el honor de la humanidad, que calculase con tanto acierto.

Yendo por tan subterráneas vías, sus pasos, para ser seguros, habían de ser muy lentos. Doce años ha que sigue su plan, y todavía le queda que hacer lo más difícil,

que es engañar al público entero. Todavía hay en este público ojos que le han seguido más de cerca de lo que se figura, mas, temiéndolo, no se atreve aún a sacar a luz su trama.[85] Pero ha encontrado el poco difícil medio de hacer entrar en su trama al poder, y éste dispone de mí. Sostenido con semejante apoyo, avanza con menos riesgo. Como los satélites del poder no tienen generalmente empacho de rectitud, y mucho menos de franqueza, no debe temer la indiscreción de ningún hombre de bien; porque lo que sobre todo necesita es que yo permanezca envuelto en impenetrables tinieblas, y que su trama esté siempre oculta a mis ojos, sabiendo muy bien que por mucho arte que haya desplegado en ella, jamás podría ocultarse a mis miradas. Su mayor destreza consistía en parecer lisonjearme mientras me calumniaba y aun dar a su perfidia el carácter de generosidad.

Experimenté los primeros efectos de este sistema con las sordas acusaciones del círculo de Holbach, sin que me fuese posible saber ni aun conjeturar en qué consistían estas acusaciones. Deleyre me decía en sus cartas que se me imputaban ruindades; Diderot me decía lo mismo, aunque con menos claridad; y cuando entraba en explicaciones, todo se reducía a los delitos capitales anteriormente citados. En las cartas de la señora de Houdetot notaba un enfriamiento gradual, que no podía atribuir a Saint-Lambert, por cuanto éste continuaba escribiéndome con la misma amistad y hasta vino a verme después de su regreso. Tampoco podía echarme yo mismo la culpa, puesto que nos habíamos separado contentos uno de otro, y por mi parte nada había ocurrido desde entonces sino mi salida del Ermitage, de cuya necesidad ella misma se había convencido. No sabiendo a qué atribuir esta frialdad, que no quería ella confesar, pero acerca de la cual mi corazón no se engañaba, me sentía inquieto. Sabía que ella procuraba tener contentos a su cuñada y a Grimm, a causa de su amistad con Saint-Lambert, y temí sus manejos. Esta agitación abrió nuevamente mis llagas, y comunicó a mi correspondencia un aire borrascoso, hasta el punto de disgustarla completamente. Yo vislumbraba mil crueldades sin ver nada con claridad. Me hallaba en la situación más insoportable para un hombre cuya imaginación se enciende fácilmente. Si hubiese vivido de todo punto aislado, si no hubiese sabido nada, hubiera estado más tranquilo; pero mi corazón tendía aún a sentimientos por cuyo medio mis enemigos podían herirme mil veces; y los débiles rayos que llegaban hasta mi asilo sólo servían para dejarme ver la lobreguez de los misterios que se me ocultaban.

Indudablemente habría sucumbido a tan cruel tormento, asaz insoportable para mi carácter abierto y franco, que, a causa de la imposibilidad de ocultar mis sentimientos, me hace temerlo todo de los que se ocultan de mí, si muy afortunadamente no se hubiesen presentado objetos que me interesasen lo bastante para servir de saludable distracción a los que a pesar mío me ocupaban. En la última visita que Diderot me había hecho en el Ermitage, me había hablado del artículo *Ginebra,* que D’Alembert había puesto en la *Enciclopedia;* me había dicho que este artículo, concertado con los ginebrinos de alta jerarquía, tenía por fin el establecer un

teatro en Ginebra; que por consiguiente estaban tomadas todas las medidas y que no tardaría en realizarse. Como Diderot parecía hallar todo esto perfectamente, como no dudaba del resultado, y yo tenía con él sobrados debates para que además disputásemos acerca de este punto, no le dije nada; pero, indignado al ver estos manejos para seducir a mi patria, esperé con impaciencia el volumen de la *Enciclopedia* donde se hallaba este artículo, para ver si había medio de hacerle alguna réplica que pudiese evitar este malhadado golpe. Recibí el volumen poco después de haberme establecido en Mont-Louis, y hallé el artículo escrito con mucho arte y habilidad y digno de la pluma de que había salido. Sin embargo, esto no me hizo desistir de responderle; y a pesar del abatimiento en que me hallaba, a pesar de mis sufrimientos y de mis dolencias, del rigor de la estación y la incomodidad de mi nueva vivienda, que aún no había tenido tiempo de arreglar, puse manos a la obra con un celo que lo venció todo.

Durante un invierno bastante rudo, en el mes de febrero, y en la situación que dejo descrita, iba a pasar dos horas cada mañana, y otras tantas cada tarde, en una torrecilla desabrigada, que había en el extremo del jardín en que se hallaba mi habitación. Esta torrecilla, que terminaba en forma de terrado, estaba situada sobre el valle y estanque de Montmorency, y me ofrecía por término de la perspectiva el sencillo pero respetable castillo de Saint-Gratien, retiro del virtuoso Catinat. En este lugar, entonces cubierto de hielo, fue donde sin abrigo contra el viento y la nieve, y sin otro fuego que el de mi corazón, en el espacio de tres semanas compuse mi *Carta a D'Alembert acerca de los espectáculos.* Éste es el primero de mis escritos (pues *Julia* estaba todavía en la mitad) en que he hallado un verdadero placer en el trabajo. Hasta entonces me había inspirado la indignación de la virtud; mas esta vez me inspiraron la ternura y la dulzura del alma. Las injusticias de que no había sido más que espectador me habían irritado; aquéllas de que fui objeto me entristecieron; y esta tristeza sin hiel era la de un corazón sobrado amante, sobrado tierno, que, engañado por los que había creído de su temple, se veía obligado a retraerse dentro de sí mismo. Preocupado con todo cuanto acababa de sucederme, conmovido aún por tan violentas agitaciones de mi corazón, mezclaba el sentimiento de sus pesares con las ideas que la meditación del asunto me había sugerido, y mi trabajo se resintió de esta mezcla. Sin echarlo de ver, describí mi situación presente; pinté a Grimm, a la señora de Épinay, a la de Houdetot, a Saint-Lambert, y a mí mismo. Derramé escribiendo deliciosas lágrimas, ¡ay de mí! Harto se ve allí que el amor, este amor fatal de que me esforzaba en curar, aún no había salido de mi pecho. A todo esto se mezclaba cierto enternecimiento interno, pues sintiéndome morir, creía dar al público mi último adiós. Lejos de temer la muerte, la veía acercarse con placer: pero me dolía dejar a mis semejantes sin que conociesen lo que valía, sin que supiesen cuánto hubiera merecido ser amado por ellos si me hubiesen conocido mejor. He aquí las secretas causas del tono singular que domina en esta obra, y que contrasta tan notablemente con el de la anterior.[86]

Estaba retocando y poniendo en limpio esta carta, y me disponía a hacerla imprimir, cuando, después de un prolongado silencio, recibí una de la señora de Houdetot, que me sumergió en una aflicción nueva, la mayor que jamás haya experimentado. En esta carta (Legajo B, núm. 34), me decía que mi pasión por ella era conocida en todo París; que habiendo llegado este rumor a oídos de su amante, por poco le cuesta la vida; que al fin le hacía justicia y habían hecho las paces, pero que por él, por ella misma y para atender a su reputación, debía romper completamente conmigo; asegurábame, por lo demás, que ni uno ni otro dejarían nunca de interesarse por mí, que me defenderían públicamente, y que, de cuando en cuando, enviarían a saber de mí.

¡También tú, Diderot!, exclamé yo. ¡Indigno amigo!… Con todo, aún no pude resolverme a juzgarlo. Mi debilidad era conocida de otras personas a quienes podía la carta referirse. Quise dudar…, pero en breve me fue imposible. Poco después Saint-Lambert hizo un acto digno de su generosidad. Conociendo bastante mi corazón, consideró el estado en que debía yo hallarme, vendido de una parte por mis amigos y desamparado de los otros, y vino a verme. La primera vez, pudo detenerse poco tiempo; pero volvió otra en que, desgraciadamente, como no le esperaba, me hallé fuera de casa, y conversó con Teresa durante más de dos horas, en las cuales se dijeron mutuamente varias cosas que me convenía supiésemos él y yo. La sorpresa con que supe por él que nadie dudaba de que hubiese yo vivido con la señora de Épinay, del mismo modo que Grimm ahora, no puede compararse sino con la que experimentó él mismo al saber que este rumor era completamente falso. Con gran sentimiento de la dama, Saint-Lambert se hallaba en el mismo caso que yo, y toda la luz que resultó de esta conversación acabó de extinguir en mi corazón el menor escrúpulo de haber roto definitivamente con ella. Con respecto a la señora de Houdetot, refirió detalladamente a Teresa varias circunstancias que ella y aun la misma señora de Houdetot ignoraban, que no sabía nadie más que yo, que sólo había revelado a Diderot en el seno de la amistad, y precisamente fue Saint-Lambert a quien escogió para confiárselo. Este último rasgo me decidió, y resuelto a romper con Diderot para siempre, no deliberé sino en cuanto al modo: pues había observado que en los rompimientos secretos salía yo perjudicado, por cuanto dejaban la máscara de la amistad a mis enemigos más crueles.

Las reglas de urbanidad, establecidas en el mundo sobre este punto, parecen dictadas por el espíritu de falsedad y de traición. Seguir pareciendo amigo de una persona, cuando se ha dejado de serlo, es reservarse medios de hacerle daño sorprendiendo a la gente honrada. Acordéme de que cuando el ilustre Montesquieu rompió con el padre de Tournemine, se apresuró a declararlo en alta voz, diciendo a la faz del mundo: «No se den oídos al padre de Tournemine ni a mí, cuando hable uno de otro; porque hemos dejado de ser amigos». Esta conducta fue muy aplaudida, y todo el mundo alabó su franqueza y generosidad. Yo me resolví a seguir este ejemplo con Diderot: pero ¿cómo publicar este rompimiento, desde mi retiro,

auténticamente, pero sin escándalo?

Ocurrióme introducir en mi obra, en forma de nota, un pasaje del *Eclesiástico,* que revelaba este rompimiento, y aun su causa, con bastante claridad para todo el que estuviese al corriente, y nada significaba para el resto del mundo, cuidando además de no designar en mi obra el amigo a que renunciaba sino con la consideración que siempre se debe a la amistad, aun extinguida. Todo esto puede verse en la misma obra.

Todo en el mundo es suerte o desgracia; y parece que todo acto de valor es un crimen en la adversidad. El mismo paso que se había admirado en Montesquieu, a mí solamente me valió reproches y vituperios. Tan luego como estuvo impreso mi escrito y tuve ejemplares, remití uno a Saint-Lambert, quien, la misma víspera me había escrito en nombre de la señora de Houdetot, y en el suyo propio, una carta impregnada de la amistad más tierna (Legajo B, núm. 37). He aquí la que me escribió devolviéndome el ejemplar:

EAUBONNE, 10 de octubre de 1758. (Legajo B, núm. 38).

En verdad, señor, no puedo aceptar el presente que acabáis de hacerme. Al llegar al pasaje de vuestro prefacio donde, hablando de Diderot, citáis un texto del *Eclesiastés* (se equivoca, es el *Eclesiástico*), se me ha caído el libro de las manos. En las conversaciones de este verano, me habéis parecido convencido de la inocencia de Diderot en las pretendidas indiscreciones que le imputabais. Puede que os haya ofendido: yo lo ignoro; pero sé muy bien que no os ha dado derecho para insultarle en público. Vos no ignoráis las persecuciones que sufre, y unís la voz de un antiguo amigo a los gritos de la envidia. No puedo disimularos cuánto me exaspera esta atrocidad. No vivo en intimidad con él, pero le respeto, y me duele mucho el pesar que causáis a un hombre de quien a lo menos delante de mí no habéis manifestado otra queja que la de tener alguna debilidad. Diferimos demasiado en cuanto a principios para que jamás podamos estar conformes. Olvidad mi existencia, lo que no os será muy difícil. Yo jamás he hecho a ningún hombre beneficio ni daño de los que se recuerdan largo tiempo. Por mi parte os prometo olvidar vuestra persona y no recordar sino vuestro talento.

Esta carta me causó tanta indignación como dolor, y recobrando nuevamente mi altivez en el exceso de mi miseria, le respondí lo siguiente:

MONTMORENCY, 11 de octubre de 1758.

Señor: Al leer vuestra carta os he dispensado el honor de sorprenderme de ella y he cometido la tontería de trastornarme; pero la he juzgado indigna de contestación.

Os participo que no quiero continuar copiando para la señora de Houdetot. Si no le conviene conservar las copias mías que tiene, puede devolvérmelas; yo le devolveré su dinero. Si las conserva, de todos modos debe enviar por el resto del papel y del dinero. Al mismo tiempo le ruego que me devuelva el prospecto de que es depositaria. Adiós, señor.

El valor en el infortunio irrita a los corazones cobardes, pero agrada a los generosos. Parece que este billete hizo entrar en razón a Saint-Lambert, y que se arrepintió de lo que había hecho; pero, a su vez sobrado orgulloso para confesarlo de plano, aprovechó, y preparó quizás el medio de amortiguar el golpe que me había asestado. Quince días después recibí del señor de Épinay la siguiente carta:

Jueves, 26. (Legajo B, núm. 10).

> He recibido, señor, el libro que habéis tenido la amabilidad de remitirme y que leo con el mayor placer. Igual sentimiento he experimentado siempre con la lectura de todas las obras que han salido de vuestra pluma. Os doy las más cumplidas gracias. Hubiera ido a dároslas en persona, si mis negocios me hubiesen permitido quedarme algún tiempo en vuestra vecindad; pero este año he podido permanecer muy poco tiempo en la Chevrette. Los señores Dupin deben venir el domingo próximo a comer en casa. Creo que serán de la partida los señores de Saint-Lambert, de Francueil y la señora de Houdetot; os agradecería en el alma que quisieseis tomar parte en ella. Todas las personas que habrá en casa desean veros, y se alegrarán de compartir conmigo el placer de pasar con vos una parte del día. Tengo el honor de repetirme vuestro afectísimo, etc.

Esta carta me hizo latir horriblemente el corazón. Después de haber sido durante un año el blanco de las conversaciones en París, la idea de dar un espectáculo frente a frente de la señora de Houdetot, me hacía temblar, y apenas me sentía con valor para sostener esta prueba. No obstante, puesto que ella y Saint-Lambert lo deseaban, puesto que Épinay hablaba en nombre de todos los convidados y que no nombraba a ninguno a quien yo no desease ver, creí que, después de todo, no me comprometía aceptando una comida, a la cual, hasta cierto punto, era invitado por todos. Prometí, pues, asistir. El domingo hizo mal tiempo; el señor de Épinay me envió su coche y fui.

Mi llegada causó sensación. Jamás he recibido una acogida más halagüeña. Diríase que todos conocían cuánto necesitaba que me infundiesen confianza. Solamente los corazones franceses conocen esta clase de delicadezas. Sin embargo, hallé más gente de la que me esperaba; entre otros, el conde de Houdetot, que me era completamente desconocido, y su hermana la señora de Blainville, que no me hubiera hecho falta ninguna. El año anterior había venido varias veces a Eaubonne: su cuñada, en nuestros paseos solitarios, a menudo la había plantado, y a consecuencia de esto tenía contra mí un resentimiento que satisfizo a sus anchas en esta comida; pues ya se ve que la presencia del conde de Houdetot y de Saint-Lambert me ponía en una situación difícil, y que un hombre que sentía dificultad y molestia en las conversaciones más sencillas no haría un gran papel en semejante ocasión. Jamás he sufrido tanto, ni me he hallado tan encogido, ni recibido ataques tan imprevistos. En fin, cuando nos levantamos de la mesa me alejé de esta arpía, y tuve el placer de ver acercarse a mí a Saint-Lambert y a la señora de Houdetot; hablamos juntos, una parte de la tarde, de cosas indiferentes a la verdad, pero con la misma familiaridad que antes de mi delirio. Este proceder me llegó hasta el alma, y si Saint-Lambert hubiese podido leer en ella, de seguro que hubiera quedado satisfecho de mí. Puedo jurar que, aunque al llegar, la vista de la señora de Houdetot me había causado una grande agitación, al volverme casi no pensaba en ella, y sólo me preocupaba Saint-Lambert.

A pesar de los malignos sarcasmos de la señora de Blainville, esta comida me hizo mucho bien, y me felicité de no haberme negado a asistir a ella. Allí conocí que las intrigas de Grimm y de los tertulianos de Holbach no me habían enajenado los amigos antiguos;[87] pero lo que más me halagó fue ver que los sentimientos de la señora de Houdetot y de Saint-Lambert estaban menos modificados de lo que yo había creído; y comprendí al fin que, al tenerla apartada de mí, era más bien por celos

que por menosprecio. Esto me consoló y me tranquilizó. Seguro ya de no ser objeto de menosprecio para los que merecían mi estimación, me dediqué a modificar los movimientos de mi corazón con más valor y mejor éxito. Si no logré extinguir completamente en él una pasión culpable y desdichada, a lo menos sometí tan bien sus vestigios, que desde entonces no me han hecho cometer ninguna imprudencia. Las copias para la señora de Houdetot, que ella me hizo tomar de nuevo, mis obras, que continué remitiéndole a medida que se publicaban, aun me proporcionaron de cuando en cuando algunos recados y cartas suyas indiferentes, pero halagüeñas. Aun hizo más, como se verá en lo que sigue, y la conducta recíproca de los tres, cuando hubo cesado nuestro trato, puede servir de ejemplo para el modo de separarse los hombres de bien cuando no les conviene verse más.

Otra ventaja me proporcionó esta comida, y fue la de que se hablase de ella en París, sirviendo de refutación incontestable al rumor que esparcían mis enemigos por todas partes, de que yo estaba reñido mortalmente con todos los comensales, y sobre todo con el señor de Épinay. Al salir del Ermitage, le había escrito una carta dándole las gracias con toda delicadeza, a la que respondió con no menos finura; y las mutuas atenciones no cesaron así con él como con su hermano, el señor de Lalive, que hasta vino a verme a Montmorency, y me envió sus grabados. Exceptuando las dos cuñadas de la señora de Houdetot, jamas he estado mal con ninguno de la familia.

Mi carta a D'Alembert tuvo un éxito extraordinario. Todas mis obras lo habían tenido, pero éste me fue más favorable. Enseñó al público a desconfiar de las insinuaciones del círculo de amigos de Holbach. Éste, con su ordinaria suficiencia, había predicho que yo no estaría tres meses en el Ermitage. Cuando vio que había estado veinte, y que, obligado a salir de él, continuaba fijando mi residencia en el campo, sostuvo que era esto pura obstinación; que yo me aburría de gran manera en mi retiro; pero que, irritado por el orgullo, prefería morir allí víctima de mi tenacidad, a retractarme y volver a París. La carta a D'Alembert respiraba una dulzura de alma que claramente se veía no ser fingida; si yo hubiese vivido de mal humor, mi estilo se habría resentido de ello; así se notaba en los escritos que había hecho en París; en el primero que compuse en el campo, aquella sombra había desaparecido. Para los que saben observar, esta prueba era decisiva. Así se vio que yo estaba en mi elemento.

A pesar de la dulzura que reinaba en ella, esta obra me granjeó un nuevo enemigo entre los literatos, por efecto de mi aturdimiento y de mi mala fortuna. Había conocido a Marmontel en casa del señor de la Poplinière, y posteriormente le había visto varias veces en casa del barón. A la sazón Marmontel publicaba *El Mercurio de Francia.* Como yo tenía el orgullo de no enviar mis obras a los periodistas, y, sin embargo, quería enviarle a él ésta, pero sin que se creyese que era a título de tal, ni para que hablase de ella en *El Mercurio,* escribí en su ejemplar que no la enviaba al director de *El Mercurio,* sino al señor Marmontel. Yo creí hacerle un bello cumplido; él creyó ver en esto una cruel ofensa, y se convirtió en enemigo mío irreconciliable. Escribió contra esta misma carta con urbanidad, pero con una hiel que se percibe

fácilmente y desde entonces jamás ha perdido ocasión alguna de hacerme daño en la sociedad y de maltratarme indirectamente en sus obras: tan difícil es dejar de herir el muy irritable amor propio de los hombres de letras, y tal es el cuidado que debe ponerse en los obsequios que se les tributan para no dejar pasar nada que pueda tener siquiera la menor apariencia de equívoco.

(1759). Tranquilo ya por todos conceptos aproveché la calma e independencia que disfrutaba para trabajar de nuevo con más constancia. En ese invierno acabé *Julia* y se la remití a Rey, que la imprimió al año siguiente. Con todo, este trabajo fue interrumpido por una ligera diversión, bastante desagradable. Supe que se preparaba en la Ópera una nueva representación de *El adivino,* e incomodado al ver que esa gente disponía arrogantemente de lo mío, tomé de nuevo la memoria que había escrito el señor de Argenson y que había quedado sin respuesta; y habiéndola retocado, por medio del señor Sellon, ministro residente de Ginebra, que tuvo la amabilidad de encargarse de ello, la remití con una carta al señor conde de Saint-Florentin, quien había reemplazado a de Argenson en el departamento de la Ópera. Saint-Florentin prometió responder, pero no lo hizo, Duclos, a quien escribí lo que pasaba, habló a los violines, quienes ofrecieron devolverme no mi ópera, sino las entradas, que de nada podían servirme. Viendo que de ningún lado podía esperar justicia, abandoné este asunto; y la dirección de la Ópera, sin atender a mis razones ni escucharlas, ha continuado disponiendo y aprovechándose como de cosa propia de *El adivino de la aldea,* que incontestablemente me pertenece a mí solo.[88]

Desde que había sacudido el yugo de mis tiranos, llevaba una vida bastante tranquila y apacible: privado del placer de ciertas amistades harto vivas, también estaba libre del peso de sus cadenas. Disgustado de amigos protectores, que querían disponer absolutamente de mi destino y a pesar mío esclavizarme a sus pretendidos beneficios, estaba resuelto a no apartarme en adelante de las relaciones de simple benevolencia, que, sin cercenar la libertad, hacen la vida grata, y cuyo fundamento estriba en un fondo de igualdad. De esta clase, tenía todas las que me eran necesarias para gozar de las delicias de la sociedad sin sufrir su tiranía; y tan luego como hube ensayado este género de vida comprendí que era el necesario a mi edad, para acabar mis días en calma, lejos de la tempestad, de las disensiones, y de los enredos en que acababa de verme sumergido.

Durante mi permanencia en el Ermitage, cuando estuve en Montmorency, había adquirido en la vecindad algunas relaciones que me eran gratas, y que a nada me sujetaban. Era la primera la del joven Loyseau de Mauléon, quien, empezando a la sazón la carrera del foro, ignoraba qué lugar le tocaría en ella. Yo no participaba de sus dudas: pronto le señalé la ilustre carrera que se le ve recorrer hoy día. Le vaticiné que, si era severo en la elección de las causas, y jamás defendía más que la justicia y la virtud, su genio, elevado por este sentimiento sublime, igualaría al de los más grandes oradores. Ha seguido mi consejo, y ha tocado sus resultados. Su defensa del señor de Portes es digna de Demóstenes. Todos los años venía a Saint-Brice, distante

un cuarto de hora del Ermitage, a pasar las vacaciones en el feudo de Mauléon, que pertenecía a su madre, y donde había vivido en otro tiempo el gran Bossuet. He ahí un feudo cuya nobleza sería difícil de sostener a la altura a que la elevaría una sucesión de semejantes dueños.

En el mismo pueblo de Saint-Brice tenía al librero Guerin, hombre de talento, instruido, amable y de los de más jerarquía en su clase. Éste me hizo conocer a Juan Néaulme, librero de Amsterdam, corresponsal y amigo suyo, quien posteriormente imprimió el *Emilio*.

Más cerca aún tenía al señor Maltor, cura de Grosley, hombre nacido más bien para diplomático y ministro que para cura de aldea, y a quien hubiesen dado por lo menos una diócesis si para repartirlas se atendiese al mérito. Había sido secretario del conde de Luc, y había conocido mucho a Juan Bautista Rousseau. Estimando la memoria de este ilustre desterrado, y lleno de horror por la del trapacero Saurin, que causó su perdición, sabía de los dos anécdotas curiosas, que Séguy no había puesto en la historia de aquél, todavía manuscrita; y me aseguraba que el conde de Luc, lejos de tener nunca queja ninguna de él, hasta su muerte le había profesado la más ardiente amistad. El señor Maltor, a quien el de Vintimille había proporcionado este retiro, bastante agradable, después de la muerte de su protector, había estado en otro tiempo ocupado en varios negocios de que aún conservaba memoria, a pesar de su vejez, y acerca de los cuales razonaba muy bien. Su conversación, tan instructiva como amena, no se resentía de su curato; a los conocimientos propios del hombre retirado en su estudio, reunía el tono de un hombre de mundo. De todos mis vecinos permanentes fue el que más me hizo disfrutar con su compañía y de quien más me dolió apartarme.

En Montmorency estaban los oratorianos, entre ellos el padre Berthier, profesor de física, a quien me aficioné a pesar de cierto barniz de pedantería a causa del aspecto de hombría de bien que tenía. Con todo, no me era fácil concertar esta gran sencillez con el arte y deseo que tenía de meterse en todas partes, en casa de los grandes, de las mujeres, de los filósofos y de los devotos. Sabía hacerse a todo. Yo me complacía con él, y hablaba del profesor a todo el mundo, lo que seguramente llegó a sus oídos. Un día me dio las gracias, chanceándose de que le tuviese por hombre de bien. Había en su sonrisa un no sé qué de sardónico, que, a mis ojos, cambió totalmente su fisonomía; y desde entonces la he recordado con frecuencia. No hallo mejor comparación para esta sonrisa que la del Panurgo comprando los carneros de Dindenaut. Nuestras relaciones databan desde el principio de mi llegada al Ermitage, donde venía a verme muy a menudo. Ya me hallaba yo establecido en Montmorency cuando él partió para volver a vivir en París, donde veía con frecuencia a la señora Le Vasseur. Un día, cuando menos lo pensaba, me escribió, de parte de esta mujer, participándome que el señor Grimm se ofrecía a encargarse de su manutención, y pidiéndome permiso para aceptar la oferta. Supe que se trataba de una pensión de trescientas libras y que la señora Le Vasseur debía venir a vivir en Deuil,

entre la Chevrette y Montmorency. No hablaré de la impresión que esta nueva me causó, que habría sido menos sorprendente si Grimm hubiese tenido diez mil libras de renta, o relaciones más comprensibles con esta mujer, y si no hubiesen hallado tan criminal el hecho de llevarla al campo, donde ahora le agradaba volver, como si desde entonces se hubiese vuelto joven. Yo comprendí que la buena vieja no me pedía este permiso, que no le hubiera hecho ninguna falta si yo se lo hubiese negado, sino a fin de no exponerse a perder lo que le daba yo por mi parte. Aunque esta caridad me pareció muy extraordinaria, no me sorprendió tanto entonces como me ha sorprendido después. Pero aun cuando hubiese sabido lo que después he penetrado, tampoco habría dejado de dar mi consentimiento, como lo hice, y como estaba obligado a hacerlo, a menos de sobrepujar la oferta del señor Grimm. Desde entonces el padre Berthier me curó un poco de la imputación de hombría de bien, que tan chocante le había parecido, y que tan ligeramente le había yo echado a cuestas.

Este mismo padre Berthier era conocido de dos hombres que procuraron trabar relaciones conmigo, y no sé por qué, pues sus gustos y los míos tenían poca afinidad. Eran hijos de Melquisédec, y nadie conocía su país, familia, y probablemente ni aun su verdadero nombre. Eran jansenistas, y pasaban por unos sacerdotes disfrazados, quizá a causa de su modo ridículo de llevar las tizonas que nunca olvidaban. El gran misterio de que siempre se rodeaban les daba un aire de cabecillas, y siempre he creído que hacían la *Gaceta eclesiástica*. El uno, alto, apacible y zalamero, se llamaba Ferraut; el otro, pequeño, rechoncho, fisgón, quisquilloso, se llamaba Minard. Se daban el nombre de primos; vivían en París con D'Alembert, en casa de su nodriza, llamada la señora Rousseau, y habían tomado una pequeña habitación de Montmorency para los veranos. Ellos mismos se hacían el gobierno de la casa, sin criado ni mandadero, encargándose alternativamente una semana cada uno de ir a la compra, hacer la cocina y barrer la casa. Por lo demás vivían muy bien, y algunas veces comíamos unos en casa de otros. No sé por qué se ocupaban de mí; pero yo no me cuidaba de ellos sino porque jugaban al ajedrez; y para hacer una mezquina partida, sufría cuatro horas de fastidio. Como se colaban en todas partes y querían meterse en todo, Teresa les llamaba las *comadres*, nombre que les ha quedado en Montmorency.

Tales eran, con mi huésped el señor Mathas, que era un buen hombre, mis principales conocidos del campo. En París me quedaban bastantes para vivir allí agradablemente, cuando quisiera, fuera del círculo de los literatos, en que no tenía otro amigo que Duclos, pues Deleyre era todavía demasiado joven; y, aunque después de haber visto de cerca los manejos de la pandilla filosófica respecto a mí, se hubiese apartado completamente de ella, o a lo menos así lo había yo creído, no me era posible olvidar la facilidad con que había sido el comodín de aquella gente cerca de mí.

En primer lugar tenía allí a mi anciano y respetable amigo el señor Roguin. Era un amigo de mis buenos tiempos, no debido a mis escritos, sino a mí mismo, que por

esta razón lo he conservado siempre. El bueno de Lenieps, compatriota mío, y su hija, que a la sazón aún vivía, la señora Lambert. Un joven ginebrino llamado Coindet, al parecer buen muchacho, cuidadoso, oficioso, activo, pero ignorante, confiado, glotón, presumido, que había venido a verme desde el principio de mi estancia en el Ermitage, y, sin otro introductor que él mismo, a poco y a pesar mío había establecido sus reales en mi casa. Tenía éste algún gusto por el dibujo y conocía los artistas, así es que me sirvió para las laminas de *Julia;* se encargó de la dirección de los dibujos y de las planchas, y salió bien de su empeño.

Tenía allí también la casa del señor Dupin, la cual si bien brillaba menos que durante los buenos tiempos de la señora Dupin, seguía siendo todavía, por el mérito de sus dueños y lo escogido de las personas que en ella se reunían, una de las mejores casas de París. Como a nadie me había dedicado con preferencia a ellos, como no les había dejado sino para vivir libre, no cesaron de tenerme amistad, y yo estaba seguro de ser siempre bien recibido por la señora Dupin. Además podía contarla entre mis vecinas del campo, desde que al fin se había decidido a edificar una habitación en Clichy, donde a veces iba yo a pasar uno o dos días, y donde habría ido más si la señora Dupin y la de Chenonceaux hubiesen vivido mejor avenidas. Mas la dificultad de dividirme en una misma casa entre dos mujeres que no simpatizaban, me hacía hallar Clichy harto molesto. Unido a la señora de Chenonceaux con una amistad más familiar y más íntima, tenía el placer de verla más desahogadamente en Deuil, casi a la puerta de mi casa, donde ella había alquilado una casita, y aun en mi propia casa, adonde venía a verme con bastante frecuencia.

Tenía a la señora de Créqui, que habiéndose entregado a la devoción, había cesado de ver a los D’Alembert, los Marmontel, y la mayor parte de los literatos, exceptuando, si no me equivoco, el abate Trublet, quien era a la sazón una especie de zorro con quien ella misma estaba enojada. Había procurado conocerme, y no dejé perder su benevolencia ni su correspondencia. Me remitió pollas cebadas del Mans, como aguinaldo; y estaba dispuesta a venir a verme el año siguiente, cuando se interpuso un viaje de la señora de Luxembourg. Le debo aquí un lugar señalado, y siempre lo ocupará en mis recuerdos.

Contaba con otro hombre, a quien, a falta de Roguin, hubiera debido colocar en primer lugar: mi antiguo colega y amigo Carrió, antes secretario titular de la embajada española en Venecia, luego en Suecia, donde estuvo encargado por su corte de muchos negocios, y al fin, nombrado realmente, secretario de embajada en París. Vino a sorprenderme en Montmorency cuando menos lo esperaba. Pertenecía a una orden de caballería, cuyo nombre he olvidado, y llevaba una hermosa cruz de pedrería. Al hacer las pruebas, se había visto obligado a añadir una letra a su nombre de Carrió y llevaba el de caballero de Carrión. Le hallé siempre el mismo, el mismo excelente corazón, y cada día más amable. Hubiera recobrado con él la intimidad de antes, si Coindet, interponiéndose, como de costumbre, no hubiese aprovechado mi alejamiento para insinuarse en lugar y nombre míos en su confianza y suplantarme a

fuerza de celo en servirle.

La memoria de Carrión me recuerda uno de mis vecinos del campo, y haría mal si lo pasara en silencio en cuanto he de confesar mi proceder inexcusable con respecto a él. Era éste el honrado señor Le Blond, que me había hecho un favor en Venecia, y que habiendo venido a hacer un viaje por Francia con su familia, había alquilado una casa de campo en la Briche, no lejos de Montmorency.[89] Tan luego como supe que era vecino mío, me alegré en el alma, y me hice un placer más bien que una obligación de visitarle. Al efecto, partí al día siguiente; pero encontré por el camino otras personas que venían a verme a mí, y fue preciso volverse. Dos días después salí de nuevo al efecto, y encontré que había ido a París a comer con toda su familia. La tercera vez, estaba en su casa, mas oí voces de mujeres, y vi a la puerta un coche que me asustó. Yo quería, a lo menos por vez primera, verle con libertad, y hablar de nuestras antiguas relaciones. En fin, fui dejando la visita un día para otro, de suerte que la vergüenza de llenar semejante deber tan tarde, hizo que lo dejase completamente. Después de haber osado esperar tanto, ya no me atrevía a presentarme. Esta dejadez, de que el señor Le Blond debe estar justamente indignado, dio a sus ojos el carácter de ingratitud a mi pereza, y, sin embargo, yo me sentía tan poco culpable que, si hubiese podido hacer algo que agradase a dicho señor, aun sin saberlo él, estoy bien seguro de que no me hubiera hallado perezoso. Pero la indolencia, el descuido y las dilaciones en los pequeños deberes que tenía que llenar, me han hecho más daño que los grandes vicios. Mis peores faltas han sido de omisión: raras veces he hecho lo que no debía hacer, y desgraciadamente aún he hecho menos veces lo que convenía.

Puesto que he vuelto a mis conocidos de Venecia, no debo olvidar uno que con ellos se enlaza, y cuyas relaciones no había interrumpido, así como las otras, sino desde hacía mucho menos tiempo. Me refiero al señor de Joinville, quien había continuado dándome muestras de amistad, después de su vuelta a Génova. Le agradaba mucho verme y hablar conmigo de los asuntos de Italia y de las locuras del señor de Montaigu, de quien, por su parte, sabía muchos rasgos, por las oficinas de relaciones exteriores, donde tenía numerosos conocidos. También tuve el gusto de ver nuevamente en su casa a mi antiguo camarada Dupont, que había comprado un destino en su provincia y cuyos negocios le llevaban algunas veces a París. El señor de Joinville fue mostrándose cada día más aficionado a mi trato, hasta que llegó a ser molesto, y aunque vivíamos en barrios muy apartados, había querellas entre nosotros cuando pasaba una semana entera sin ir a comer a su casa. Cuando iba a Joinville, quería siempre que yo fuese con él; mas habiendo pasado una vez ocho días allí, que me parecían muy largos, no quise volver otra vez. El señor de Joinville era ciertamente un hombre galante, y aun amable hasta cierto punto; pero de escaso ingenio: era buen mozo, un poco prendado de sí y medianamente fastidioso. Tenía una colección singular, quizá única en el mundo, de que se ocupaba mucho, y de la que hacía ocuparse a sus huéspedes que a veces no hallaban la diversión tan

agradable como él. Era una colección completa de *vaudevilles* de la corte y de París, desde hacía más de cincuenta años, donde se hallaban muchas anécdotas que inútilmente se buscarían en otra parte. He aquí unas memorias para la historia de Francia que no se hallarían en ninguna otra nación.

Un día, en lo mejor de nuestra amistad, me recibió de un modo tan frío, tan glacial e inusitado por él, que, después de haberle dado ocasión de explicarse, y aun de haberle instado a ello, salí de su casa con la resolución, que he cumplido, de no volver a poner los pies en ella; pues yo no vuelvo a donde he sido mal recibido una vez, y aquí no había un Diderot que abogase por el señor de Joinville. Yo me devanaba en vano los sesos buscando qué agravio podía haberle hecho. Estaba seguro de no haber hablado de él ni de los suyos sino del modo más honroso; pues le quería sinceramente; y además de que no tenía que decir de él más que bien, mi máxima más inviolable ha sido siempre no hablar sino honrosamente de las casas que frecuentaba.

He aquí lo que conjeturé a fuerza de pensar y repensar en ello. La última vez que nos habíamos visto, me había dado de cenar en casa de unas muchachas que él conocía, en compañía de dos o tres empleados de Relaciones Exteriores, gentes muy amables, que no parecían libertinos; y puedo jurar que por mi parte pasé la velada meditando tristemente sobre la desdichada suerte de esas criaturas. Yo no pagué mi escote, porque estábamos convidados a cenar por el señor de Joinville; tampoco di nada a las chicas, porque no les hice ganar, como a la paduana, lo que hubiera podido ofrecerles. Salimos todos bastante alegres, y muy amigos. Tres o cuatro días después, sin haber vuelto a aquella casa, fui por la tarde a la de Joinville, a quien no había visto desde entonces, y me recibió como llevo dicho. No pudiendo atribuirlo a otra causa que a alguna mala inteligencia relativa a esta cena, y viendo que no quería explicarse, tomé mi resolución y dejé de verle; pero continué enviándole mis obras; a menudo me hizo dar parabienes; y habiéndole encontrado un día en el salón de descanso de la Comedia, me dijo cuánto sentía mi ausencia de su casa, instándome para que fuese a verle, pero no me dejé vencer. Así, pues, más bien parecía esto una querella que un rompimiento. Con todo eso, no habiéndole vuelto a ver, ni oído hablar de él desde entonces, hubiera sido tarde para reanudar nuestras relaciones después de una interrupción de años. He aquí por qué no entra el señor de Joinville aquí en lista, aunque hubiese frecuentado bastante tiempo su casa.

No alargaré ahora esta misma lista con muchos otros conocidos menos familiares, o que, por mi ausencia, habían dejado de serlo, y que no dejé de ver alguna vez en el campo, así en mi casa como en las de la vecindad, tales como, por ejemplo, los abates de Condillac y de Mably, los señores de Mayrand, de Lalive, de Boisjelou, Watelet, Ancelet, y otros que sería largo enumerar. Tampoco insistiré sobre mis relaciones con el señor de Margency, gentilhombre del rey con ejercicio, antiguo miembro del círculo de Holbach, de que se había salido como yo, y antiguo amigo de la señora de Épinay, de quien como yo se había apartado; lo mismo haré acerca de las que me unían con su amigo Desmahis, autor célebre, pero efímero, de la comedia *El*

impertinente. El primero era vecino mío de campo pues Margency se hallaba cerca de Montmorency. Éramos antiguos conocidos; pero la vecindad y cierta conformidad de experiencias nos hacían más íntimos. El segundo murió poco después. Era hombre de mérito y de ingenio, mas también tenía un poco del tipo de su comedia; era un tanto fatuo con las mujeres, y no fue muy sentida su muerte.

No obstante lo dicho, no puedo omitir una nueva correspondencia de aquel tiempo que ha influido demasiado sobre el resto de mi vida, para que deje de consignar su comienzo. Me refiero al señor de Lamoignon de Malesherbes, primer presidente de la *Cour des aides,* a la sazón encargado de la librería, que dirigía con tanta ilustración como afabilidad y contentamiento de los literatos. No había ido a verle en París ni una sola vez; sin embargo, siempre había encontrado en él la mayor benevolencia en cuanto a la censura; y yo sabía que más de una vez había dejado bastante mal parados a los que escribían contra mí. Con motivo de la impresión de *Julia* tuve nuevas manifestaciones de su bondad; las pruebas de una obra tan larga era muy costoso hacerlas venir de Amsterdam por el correo, y teniendo él franco el porte, permitió que le fuesen dirigidas para enviármelas a mí, igualmente francas de porte como lo hacía, gracias al sello del señor canciller, su padre. Cuando la obra estuvo impresa, no permitió su venta en el reino sino después que se hubo hecho una edición que él mandó hacer para mí, a pesar de mí mismo; como esta edición hubiera sido por mi parte un robo hecho a Rey, a quien había vendido el manuscrito, no sólo no quise aceptar el presente que me correspondía por esto sin su consentimiento, que dio muy generosamente, sino que quise partir con él las cien pistolas a que ascendió este presente y que no quiso admitir. Por estas cien pistolas tuve el disgusto de ver horriblemente mutilada mi obra, cosa de que Malesherbes no me había prevenido, y de impedir la venta de la edición buena hasta que la mala estuvo agotada.

Siempre he tenido al señor de Malesherbes por hombre de una rectitud a toda prueba. Nunca me ha hecho dudar un momento de su probidad nada de lo que me ha ocurrido; pero tan débil como honrado, a veces daña a las personas por quienes se interesa a fuerza de quererlas preservar. No solamente hizo eliminar más de cien páginas en la edición de París, sino que hizo una eliminación que podía tener el carácter de infidelidad en un ejemplar de la edición buena que remitió a la señora de Pompadour. En alguna parte de esta obra he dicho que la mujer de un carbonero es más digna de respeto que la querida de un príncipe. Esta frase se me había ocurrido en el calor de la composición sin alusión a nadie, lo juro. Al releer la obra, vi a quién se aplicaría. Sin embargo, por efecto de la máxima muy imprudente de no quitar nada por temor de las aplicaciones que pudiesen hacerse, mientras en mi conciencia tuviese el testimonio de no haberlas hecho al escribir, no quise quitar esta frase, y me contenté con sustituir a la palabra rey que había puesto al principio, la de príncipe. Este paliativo no pareció al señor de Malesherbes suficiente: él la quitó toda, con un cartón que hizo imprimir expresamente y meter con tanta limpieza como fue posible en el ejemplar de la señora de Pompadour. Ella no ignoró esta sustitución; hubo

alguna alma caritativa que se la comunicó. Pero yo no lo supe sino mucho tiempo después cuando empecé a experimentar las consecuencias.

¿No es también aquí donde tuvo origen el odio encubierto, pero implacable, de otra dama que se hallaba en un caso semejante, sin que yo supiese nada de ello, ni aun la conociese cuando escribía este pasaje? Cuando se publicó el libro yo la conocía ya, y esto me inquietó mucho. Así lo dije al caballero de Lorency, que se rió de mí, asegurándome que tampoco la había ofendido, que ni siquiera le había llamado la atención. Yo le creí quizá con harta ligereza; y me tranquilicé muy pronto.

Al entrar el invierno recibí una nueva prueba de la benevolencia del señor de Malesherbes, que le agradecí en extremo, aunque no juzgase conveniente aprovecharla. Había en el *Journal des Savants* una plaza vacante. Margency me escribió proponiéndomela como cosa que salía de él mismo. Pero fácil me fue comprender por el giro de su carta (Legajo C, núm. 33), que estaba instruido y autorizado; y él mismo me dijo posteriormente (Legajo C, núm. 47) que había tenido el encargo de hacerme este ofrecimiento. El trabajo de esta plaza era poca cosa. No había que hacer sino dos extractos cada mes, para los que me traerían los libros, sin que tuviese necesidad de ir a París una sola vez; ni aun para hacer al magistrado una visita de gracias. Por ende entraba en una sociedad de literatos de primer orden, los señores de Mairan, Clairant, de Guignes y el abate Barthélemy, de los cuales conocía ya a los dos primeros y me hubiera gustado entrar en relaciones con los otros dos. En fin, por un trabajo tan poco penoso y que podía hacer tan cómodamente se me ofrecía un sueldo de ochocientos francos, anejos a esta plaza. Antes de resolverme, estuve deliberando algunas horas, y puedo jurar que sólo me hizo deliberar el temor de incomodar a Margency y de disgustar al señor de Malesherbes. Mas al fin, la molestia insoportable de no poder trabajar a mi antojo y de hallarme sujeto a trabajar en días determinados, y más aun la certeza de que llenaría mal las funciones de que había de encargarme, sobrepujó a todo y me resolvieron a rehusar un empleo para el cual tan poco a propósito me sentía. Yo sabía que todo mi talento consistía en cierto entusiasmo por las materias que había de tratar, y que solamente podía animar mi ingenio el amor de lo grande, de lo verdadero, de lo bello. ¿Y qué me hubieran importado la mayor parte de los asuntos que hubiera tenido que compilar de los libros y los libros mismos? Mi indiferencia hubiera helado mi pluma y empobrecido mi ingenio. Figurábanse que yo podía escribir por oficio, como los demás literatos, cuando jamás he sabido escribir sino movido por la pasión, y no era esto seguramente lo que necesitaba el *Journal des Savants.* Por tanto escribí a Margency una carta dándole las gracias, con toda la discreción posible, detallándole mis motivos de tal suerte que ni él ni el señor de Malesherbes pudieran atribuir a esquivez ni orgullo el hecho de rehusar su ofrecimiento. Así, pues, aprobaron ambos mi resolución, sin que me diesen la menor muestra de desagrado; y esta cuestión quedó tan secreta que el público jamás ha tenido de ella la menor noticia.

Esta proposición no se me hizo en ocasión a propósito para que yo la aceptara;

pues hacía algún tiempo ya que proyectaba abandonar completamente la literatura, y sobre todo la ocupación de autor. Cuanto acababa de sucederme me había disgustado en extremo de los literatos, y estaba convencido de que era imposible continuar la misma carrera sin tener alguna conexión con ellos. No lo estaba menos de la gente del gran mundo, y en general de la vida mixta que acababa de llevar, mitad para mí, y mitad para las sociedades para las que no servía. Conocía más que nunca, y por una experiencia constante, que toda asociación desigual es siempre desfavorable a la parte débil. Viviendo en medio de gentes opulentas y de diferente clase de la que yo había escogido, sin tener casa como ellos, me veía obligado a seguirles en muchas cosas; y varios pequeños gastos, que no eran nada para ellos, eran para mí tan ruinosos como indispensables. Cualquier otro, cuando va a una quinta, se lleva su criado, que le sirve así en la mesa como en su cuarto; manda a buscar lo que le hace falta; no teniendo nada que hacer directamente con los servidores de la casa, no viéndoles siquiera, no les da gajes sino cuando y como le place; pero yo, solo, sin criado, estoy a la merced de los de la casa, cuyas simpatías es necesario captarse, a fin de no tener que sufrir mucho; y tratado como un igual de su amo, es indispensable tratar a la gente como tal y aun hacer por ellos más que ningún otro, porque en efecto tenía de ello una verdadera necesidad. Vaya con Dios aun cuando hay pocos sirvientes; pero en las casas a que he ido he encontrado muchos, todos muy arrogantes, tunantes y listos en cuanto se refiere a su interés; y los muy ladinos se componían de suerte que yo necesitase sucesivamente de todos. Las mujeres de París, dotadas de tanta penetración, no tienen acerca de esto idea alguna exacta; y a fuerza de querer que pudiese ahorrar gastos, me arruinaban. Si cenaba algo lejos de mi casa, en vez de permitir que enviase por un coche, la señora de la casa hacía enganchar los caballos para volverme; ella quedaba contenta evitándome el gasto de los veinticuatro sueldos del fiacre, pero no pensaba en el escudo que yo regalaba al lacayo y al cochero. Una mujer me escribía desde París al Ermitage o a Montmorency, y pensando que su carta me había de costar cuatro sueldos de porte, me la remitía por uno de sus criados, que llegaba sudando a mares, y a quien daba yo de comer y un escudo que seguramente tenía bien ganado. Proponíame ir a pasar ocho o quince días en su quinta, diciendo para sí: «Siempre será un ahorro para ese pobre muchacho; pues durante ese tiempo nada le costará su manutención», y no consideraba tampoco que durante aquel tiempo yo no trabajaba; que mi casa, mi alquiler, mi ropa y mis vestidos no ahorraban nada, que el barbero me costaba el doble, y que no dejaba de costarme el vivir en su casa más de lo que me hubiera costado en la mía. Aunque limitase mis pequeñas larguezas a las casas donde habitualmente iba, no dejaban de serme ruinosas, y puedo asegurar que he dejado lo menos veinticinco escudos en casa de la señora de Houdetot, en Eaubonne, donde no he dormido más de cuatro o cinco veces, y más de cien pistolas entre Épinay y la Chevrette durante los cinco o seis años en que fui su concurrente más asiduo. Estos gastos son inevitables para un hombre de mi carácter, que no sabe proveerse de nada, ni ingeniarse, ni soportar el aspecto de un criado que refunfuña y

que sirve de mala gana. En casa de la misma señora Dupin, donde era considerado como de familia y donde hacía mil favores a los sirvientes, jamas he obtenido los suyos sino a cambio de mi dinero. En lo sucesivo ha sido preciso renunciar completamente a esas pequeñas liberalidades, que mi situación no me ha permitido continuar; y así es como me han hecho sentir con más dureza el inconveniente de alternar con gentes de otra posición que la propia.

Aun si esta vida hubiese sido de mi gusto, me habría consolado de un oneroso dispendio consagrado a mi placer, pero arruinarse fastidiándose, era demasiado insoportable; y yo había sentido tanto el peso de este género de vida, que, aprovechando el intervalo de libertad en que por entonces me hallaba, había determinado perpetuarlo, renunciando totalmente a la alta sociedad, a escribir obras literarias, a toda relación con literatos, y a encerrarme por el resto de mi vida en la esfera estrecha y apacible para la que me sentía nacido.

El producto de la *Carta a D’Alembert* y de *Julia o la nueva Eloísa* había reanimado un poco mi bolsillo, que se había agotado mucho en el Ermitage, y me veía con cerca de mil escudos. El *Emilio,* que me puse a escribir seriamente, cuando hube concluido la *Eloísa,* estaba muy adelantado, y su producto debía doblar por lo menos esta suma. Formé el proyecto de colocar estos fondos de manera que produjesen una pequeña renta vitalicia, la cual, unida al producto de copiar, me diese lo bastante para subsistir sin escribir más. Aun tenía comenzadas otras dos obras. La primera era mis *Instituciones políticas.* Examiné el estado de este libro, encontré que aún exigía muchos años de trabajo, y no tuve valor de proseguirlo y esperar a que estuviese concluido para llevar a cabo mi proyecto. Así, pues, renunciando a esta obra, resolví sacar de ella lo que pudiese utilizar, para quemar todo el resto; y realizando este trabajo con ahínco, sin interrumpir el del *Emilio,* en menos de dos años di la última mano al *Contrato social.*

Quedaba el *Diccionario musical.* Éste era un trabajo de obrero que podía hacerse en cualquier tiempo, y que no tenía otro móvil que un producto pecuniario. Reservé para más tarde el proseguirlo o abandonarlo a mi comodidad, según que reunidos mis otros recursos me hiciesen aquel trabajo necesario o superfluo. En cuanto a la *Moral sensitiva,* que sólo estaba en bosquejo, la abandoné completamente.

Como tenía por último proyecto, si podía vivir sin copiar música, la idea de alejarme de París, donde la afluencia de forasteros me hacía la subsistencia costosa y me arrebataba el tiempo de proveer a ella, para evitar en mi retiro el fastidio en que dicen cae un autor cuando ha dejado la pluma, me reservaba una ocupación que pudiese llenar el vacío de mi soledad, sin que me diese la tentación de hacer imprimir nada en vida. No sé por qué capricho Rey me instaba respetuosamente hacía mucho tiempo a que escribiese las memorias de mi vida. Aunque hasta entonces no fuesen muy interesantes por los hechos, yo conocía que podían llegar a serlo por la franqueza que era capaz de usar; y resolví formar con ellas una obra única, por su veracidad sin ejemplo, a fin de que a lo menos una vez siquiera pudiese verse a un

hombre tal como es interiormente. Siempre me había reído de la falsa sinceridad de Montaigne, quien, fingiendo confesar sus defectos, pone gran cuidado en no atribuirse sino aquellos que tienen carácter agradable; cuando yo, que siempre me he creído, y bien considerado, aun me creo el mejor de los hombres, estoy convencido de que no hay interior humano, por puro que sea, que no tenga algún vicio feo. Yo sabía que se me presentaba a los ojos del público bajo un aspecto tan poco parecido al mío, y a veces tan disforme, que, a pesar de lo malo, de que no quería callarme nada, no podía menos de ganar aun mostrándome tal cual soy. Por otra parte, como esto no era hacedero sin sacar a luz también el modo real de ser de otras personas, y por consiguiente no pudiendo esta obra aparecer sino después de mi muerte y la de muchos otros, esto me animó a hacer mis *Confesiones*, de que jamás habría de tener que avergonzarme delante de nadie. Por tanto, determiné consagrar mis ocios a llevar a buen término esta empresa, y me puse a recoger las cartas y papeles que podían guiar o despertar mi memoria, echando de menos en gran manera todo lo que había roto, quemado y perdido hasta entonces.

Este proyecto de retiro absoluto, uno de los más sensatos que en mi vida haya formado, estaba impreso firmemente en mi espíritu, y ya me ocupaba en llevarlo a cabo, cuando el cielo, que me preparaba otra suerte, me arrojó en un nuevo torbellino.

Montmorency, antiguo y hermoso patrimonio de la ilustre casa de este nombre, no le pertenece ya desde la confiscación. Con la hermana del duque Enrique, ha pasado a la casa de Condé, quien ha cambiado el nombre de Montmorency en el de Enghien; y este ducado no tiene otro castillo más que una vieja torre, donde están los archivos, y donde se recibe el homenaje de los vasallos. Pero en Montmorency o en Enghien se ve un hotel particular, construido por Croisat, llamado el *Pobre*, el cual, teniendo la magnificencia de los más soberbios palacios, merece y lleva el nombre de tal. El aspecto imponente de este hermoso edificio, el terraplén sobre el cual se levanta, su vista quizá única en el mundo, su vasto salón pintado de mano maestra, su jardín diseñado por el célebre Le Nôtre, todo ello forma un conjunto cuya sorprendente majestad tiene, sin embargo, un no sé qué de sencillez, que sostiene y acrecienta la admiración. El señor mariscal duque de Luxembourg, que ocupaba entonces esta casa, venía todos los años al país que había pertenecido a sus antepasados a pasar cinco o seis semanas en dos veces, como simple habitante, pero con un lujo que no desdecía del antiguo esplendor de su casa. En el primer viaje que hizo después que hube fijado mi residencia en Montmorency, el señor mariscal y su señora enviaron un ayuda de cámara a saludarme de su parte, invitándome a cenar en su casa siempre que quisiese. Cada vez que volvieron, no dejaron de reiterar el mismo cumplido y la misma invitación. Esto me recordaba la señora de Beuzenval convidándome a cenar en el antecomedor. Los tiempos habían cambiado, pero yo seguía el mismo; yo no quería que me dejasen a segunda mesa, y me importaba poco la de los grandes. Hubiera preferido que me dejasen siendo lo que era, sin festejarme ni rebajarme; respondí discreta y respetuosamente a la cortesanía de los señores de Luxembourg,

pero no acepté sus ofrecimientos; y, estremeciéndome así por causa de mis molestias como de mi timidez y poca locuacidad a la sola idea de presentarme en una asamblea de personas de la corte, ni me presenté en el palacio tan siquiera a hacer una visita para manifestar mi agradecimiento; aunque comprendí muy bien que esto era lo que querían, y que todo este empeño era más bien debido a curiosidad que a benevolencia.

Siguieron, sin embargo, las invitaciones, y aun fueron en aumento. Habiendo venido a Montmorency la señora condesa de Boufflers, que tenía mucha intimidad con la señora mariscala, envió a saber de mí, añadiendo que deseaba venir a verme. Yo respondí como debía, pero no solté las amarras. En el viaje de pascuas del siguiente año, 1759, el caballero Lorenzi, que pertenecía a la corte del señor príncipe de Conti y al círculo de la señora de Luxembourg, vino a verme varias veces; trabamos relaciones y me instó a que fuese a palacio, pero no lo hice. En fin, una tarde, cuando menos lo pensaba, me veo llegar al señor mariscal de Luxembourg, seguido de cinco o seis personas. Entonces no hubo medio de resistir; so pena de pasar por soberbio y mal educado, no pude menos que devolverle la visita, e ir a hacer la corte a la señora mariscala, de parte de la cual me había colmado de frases halagüeñas. Así, bajo funestos auspicios, empezaron unas relaciones que no pude evitar por más tiempo, pero que me hizo temer hasta que estuve comprometido en ellas un presentimiento asaz fundado.

Yo temía mucho a la señora de Luxembourg. Sabía que era amable; la había visto varias veces en el teatro y en casa de la señora de Dupin, hacía diez o doce años, cuando era duquesa de Boufflers, y brillaba aún por su primera hermosura. Pero pasaba por maligna, y en una tan gran señora esta reputación me hacía temblar. Apenas la vi quedé subyugado. La encontré encantadora, con esa belleza que no altera el tiempo, la más influyente sobre mi corazón. Esperaba hallar en ella una conversación mordaz y llena de epigramas; pero, lejos de esto, la hallé muy superior. La conversación de la señora de Luxembourg no manifiesta una imaginación fogosa. No abunda en agudezas, no es tampoco propiamente sutil; pero tiene una delicadeza exquisita que no admira nunca, y agrada siempre. Sus alabanzas son tanto más embriagadoras en cuanto son más sencillas, diríase que se le escapan sin pensar, y que es sólo su corazón el que las deja brotar, únicamente porque se encuentra henchido de ellas. Desde la primera visita, y a pesar de mi encogimiento y mi tosca frase, creí notar no haberle desagradado. Todas las mujeres de la corte saben daros a entender lo mismo cuando quieren, sea o no verdad; pero no todas saben como la de Luxembourg haceros esta persuasión tan dulce que ni siquiera se os ocurre dudar. Desde el primer día, mi confianza en ella hubiera sido tan completa, como no tardó en serlo, si su nuera, la señora duquesa de Montmorency, joven loquilla bastante maligna y, a mi entender, algo enredadora, no la hubiese emprendido conmigo, y, a fuerza de elogios de su mamá y fingidas lisonjas de cuenta propia, no hubiese despertado en mí la sospecha de ser burlado.

Tal vez me habría tranquilizado difícilmente, si las excesivas bondades del señor mariscal no hubiesen confirmado su formalidad. Nada más sorprendente, visto mi tímido carácter, que la prontitud con que admití su deseo de considerarnos como iguales, si ya no es la facilidad con que él admitió la independencia en que manifesté yo querer vivir. Persuadidos ambos de la razón que me asistía al estar contento de mi situación y no querer cambiar, ni él ni la señora de Luxembourg han parecido intentar ocuparse del estado de mi bolsillo o de mi fortuna; aunque no podía dudar del tierno interés que por mí se tomaban, jamás me han propuesto ningún empleo, ni me han ofrecido su influencia, exceptuando una sola vez en que la señora de Luxembourg pareció decidida a hacerme querer entrar en la Academia Francesa. Yo alegué mi religión; replicó que esto no era un obstáculo, y que, de lo contrario, ella se encargaba de obviarlo. Entonces dije que, aun cuando sería para mí un alto honor pertenecer a tan ilustre cuerpo, no habiendo admitido la oferta del señor de Tressant, y en cierto modo del rey de Polonia, de entrar en la Academia de Nancy ya no podía dignamente entrar en ninguna, y la señora de Luxembourg no habló más del asunto. Esta sencillez de relaciones con tan altos personajes, que todo lo podían en mi favor, siendo y mereciendo ser el señor de Luxembourg amigo particular del rey, contrasta singularmente con el continuo cuidado, no menos importuno que oficioso, de los amigos protectores que acababa de rechazar, y que más bien procuraban rebajarme que favorecerme.

Cuando el señor mariscal fue a verme en Mont-Louis, me fue imposible recibirle cómodamente con su comitiva en mi humilde habitación, no porque me viese obligado a ello por la falta de limpieza, sino porque el piso estaba en estado ruinoso y temía que el peso de la comitiva lo hundiese. Menos preocupado por el peligro que me rodeaba que por el que corría el mariscal, a causa de su afabilidad para conmigo, me apresuré a sacarle de allí y a llevarle a mi destartalada torrecilla: le dije la razón de lo que había hecho; él se lo dijo a la señora mariscala, y ambos me instaron a aceptar, para mientras reparasen mi habitación, una en el palacio, o, si lo prefería, un edificio aislado que se hallaba en medio del parque, llamado el pequeño castillo. Este último merece especial mención.

El parque o jardín de Montmorency no está situado en un llano como el de la Chevrette: es desigual, quebrado, sembrado de colinas y hondonadas, de que el hábil artista sacó partido para dar variedad a los bosquecillos, ornamentos, lagos, perspectivas, y, por decirlo así, para multiplicar a fuerza de arte y de ingenio un espacio en sí mismo bastante limitado. Este parque está coronado en lo alto por el terraplén y el castillo; en el fondo hay una garganta que se abre y prolonga por el valle, cuyo ángulo llena un gran estanque. Entre los naranjos que ocupan esta prolongación, y el agua rodeada de laderas ornadas de árboles y bosquecillos, se halla el edificio mencionado. Éste y el terreno que le rodea habían pertenecido al célebre Le Brun, quien se complació en edificarlo y adornarlo con ese gusto exquisito de arquitectura y ornato en que se había amamantado tan gran pintor. Desde entonces ha

sido reedificado este castillo, pero siempre bajo el plan de su primer dueño. Es pequeño y sencillo, pero elegante.

Como se encuentra situado en un fondo, entre el estanque de los naranjos y el gran depósito de agua, por consiguiente sujeto a la humedad, le atraviesa una galería que corre entre dos líneas de columnas, por medio de la cual el aire, recorriendo todo el edificio, le mantiene seco, a pesar de su situación. Cuando se mira este edificio desde la altura opuesta en que se ve en perspectiva, parece completamente rodeado de agua, y se creería una isla encantada; o la más bella de las tres Borromeas, llamada *Isola Bella,* en el lago Mayor.

En este solitario edificio fue donde me dieron a escoger entre los cuatro departamentos que encerraba completos, además de los bajos, que contenían un salón de baile, una sala de billar y una cocina. Tomé la más pequeña y modesta, situada sobre la cocina, que tuve también. Reinaba allí una limpieza encantadora; el moblaje era blanco y azul. En esta profunda y deliciosa soledad, en medio de los bosques y de las aguas, de los variados conciertos de los pájaros, percibiendo el perfume de la flor de naranjo, fue donde compuse en un continuo éxtasis el quinto libro de *Emilio,* cuyo colorido bastante fresco debo en gran parte a la impresión del sitio donde escribía.

¡Con qué anhelo corría al peristilo todas las mañanas, al salir el sol, a respirar un aire embalsamado!; allí tomaba con Teresa un delicioso café con leche; el perro y la gatita nos hacían compañía. Este solo cortejo me hubiera bastado para toda mi vida, sin experimentar jamás un momento de fastidio. Aquello era para mí el paraíso terrestre, pues vivía con igual inocencia, gozando la misma felicidad.

En el viaje de julio, los señores de Luxembourg me dispensaron tantas atenciones y tanto me lisonjearon, que, viviendo en su casa y colmado de sus bondades, no pude menos de corresponder viéndoles a menudo. Casi no me apartaba de su lado; por la mañana, iba a saludar a la señora mariscala, y me quedaba a comer. Por la tarde, iba a paseo con el mariscal; pero no me quedaba a cenar a causa de la mucha concurrencia y porque se cenaba demasiado tarde para mí. Hasta entonces, todo iba perfectamente, y no hubiera habido mal alguno si yo hubiese sabido atenerme a esto. Pero jamás he sabido guardar un término medio en mis afecciones y llenar simplemente los deberes de la sociedad. Siempre he querido ser todo o nada; pronto fui todo, y viéndome festejado, acariciado por personas de esta consideración, traspasé los límites y sentí por ellos una amistad que no es permitido sino entre iguales. Desplegué toda familiaridad en mis modales, mientras ellos jamás se cansaron de la política a que me habían acostumbrado. Sin embargo, nunca estuve por completo con todo mi aplomo en presencia de la señora mariscala; pues, aunque no estaba perfectamente tranquilo acerca de su carácter, aun temía más su ingenio. Esto era sobre todo por lo que más me imponía. Yo sabía que era un poco difícil en la conversación, y que tenía derecho a serlo: sabía que las mujeres, y sobre todo las grandes damas, quieren absolutamente que se las entretenga, que mejor es ofenderlas que fastidiarlas; y por sus comentarios acerca de lo que habían dicho las que se habían marchado, deducía lo que debía

pensar de mis tonterías. Así apelé a un suplemento para salvar con ella mi dificultad de hablar, y fue leer. Ella había oído hablar de *Julia;* sabía que se estaba imprimiendo, y manifestó deseos de ver esta obra; yo le ofrecí leérsela, y ella aceptó. Cada mañana, iba a eso de las diez; el señor de Luxembourg venía también, y se cerraba la puerta. Yo leía junto a su lecho, y medía de tal modo mis lecturas, que habría habido materia para todo el tiempo de su permanencia en Montmorency, aun cuando no hubiere sido interrumpido.[90] El éxito de este expediente sobrepujó mis esperanzas. La señora de Luxembourg se interesó por *Julia* y por su autor; no hablaba sino de mí, no se ocupaba sino de mí, me lisonjeaba todo el día, abrazándome diez veces al día. Quiso que estuviese siempre a su lado en la mesa, y cuando algún personaje quería tomar este sitio, ella le decía que era el mío, y le hacía colocar en otro. Ya se comprenderá la impresión que esta encantadora actitud me causaba, a mí, que me dejo subyugar por las menores muestras de afección. Yo me aficionaba realmente a ella en proporción al afecto que me manifestaba. Todo mi temor al ver esta pasión, y el sentirme interiormente incapaz de sostenerla, era que se cambiase en disgusto, y desgraciadamente para mí este temor fue harto fundado.

Fuerza es que hubiese entre su modo de sentir y el mío una oposición natural, puesto que independientemente del sinnúmero de patochadas que se me escapaban a cada instante en la conversación, aun en mis cartas, y cuando en mejores relaciones me creía estar con ella, había cosas que la desagradaban, sin que yo pudiese imaginar por qué. No citaré sino un ejemplo como podría citar veinte. Supo que yo hacía para la señora de Houdetot una copia de *Julia* a tanto la página, y quiso poseer una en las mismas condiciones. Se la prometí, y considerándola por esto entre mis parroquianos, le escribí una carta respetuosa y discreta con este motivo, a lo menos tal era mi intención. He aquí su respuesta, que me dejó más frío que la nieve.

VERSALLES, hoy martes. (Legajo C, núm. 43).

Estoy embelesada, estoy satisfecha: vuestra carta me ha causado un placer infinito, y me apresuro a participároslo y a daros las gracias.

He aquí textualmente los términos de vuestra carta: *«Aunque vos sois en verdad una parroquiana muy buena, me duele tener que admitir vuestro dinero, cuando habría de ser yo el que debiera pagar el placer de trabajar por vos»*. No os digo más. Estoy quejosa de que nunca me habléis de vuestra salud, cuando es lo que más me interesa. Os quiero de todo corazón; y os aseguro que me duele tener que escribíroslo, pues me gustaría podéroslo decir personalmente. El señor de Luxembourg os quiere y os abraza cordialmente.

Al recibir esta carta, me apresuré a contestarla, esperando mejor aclaración para protestar contra cualquier interpretación viciosa; y después de haberme ocupado durante algunos días en este examen con la inquietud que es de suponer y siempre sin comprender una palabra, he aquí cuál fue mi última carta sobre este asunto:

MONTMORENCY, 8 de diciembre de 1757.

Desde mi última carta he examinado mil y mil veces el pasaje en cuestión. Lo he considerado en su sentido propio y natural y en todos los sentidos que se le pueden dar y, francamente, señora mariscala, no sé si soy yo,

o sois vos, quien debe excusarse.

Diez años hace que se escribieron estas cartas. A menudo he pensado en ellas durante este tiempo, y tal es aún hoy día mi estupidez en este punto, que no he logrado conocer qué pudo encontrar en este pasaje, no sólo ofensivo, sino que siquiera pudiera disgustarla.

A propósito de este ejemplar manuscrito de *Julia* que quiso poseer la señora de Luxembourg debo decir aquí lo que imaginé para hacer que se distinguiese de cualquier otro. Tenía escritas aparte las aventuras de milord Eduardo, y había vacilado mucho acerca de si las incluiría o no, ya por entero, ya en extracto, en esta obra, donde me parecían hacer falta. Al fin me resolví a excluirlas enteramente, porque no teniendo el mismo carácter de todo el resto, habrían perjudicado a su interesante sencillez. Cuando conocí a la señora de Luxembourg, tuve para obrar así otra razón más poderosa, y era que en estas aventuras había una marquesa romana de carácter odioso, algunos rasgos de la cual, sin serle aplicables, hubieran podido serle aplicados por los que sólo la conocían por su reputación. Por consiguiente, me felicité de haber tomado esta determinación y me afirmé en ella. Mas, con el ardiente deseo de enriquecer su ejemplar con algo que no tuviese otro alguno, tuve la desgraciada idea de pensar en esas aventuras y proponerme hacer un extracto para añadirlas a él. Proyecto insensato, cuya extravagancia no puede explicarse sino por la ciega fatalidad que me arrastraba hacia mi perdición.

Quos vult perdere Jupiter dementat.[91]

Cometí la estupidez de hacer ese extracto con gran cuidado y mucho trabajo, y enviárselo como si fuese lo mejor del mundo; indicándole al propio tiempo que había quemado el original, que el resumen solamente lo tendría ella y que nadie lo vería, a menos de que lo mostrase ella misma; lo que, lejos de probarle mi prudencia y mi discreción, como yo creía, no era más que advertirle el juicio que yo mismo formaba acerca de la aplicación de los rasgos que hubieran podido ofenderla. Tal fue mi imbecilidad que no dudaba de que le agradaría en extremo mi proceder. Pero no recibí de ella los elogios que esperaba, y, con gran sorpresa mía, jamás me habló del cuaderno que le había remitido. Yo, por mi parte, siempre satisfecho de la conducta en este punto por mí observada, no comprendí el efecto que había producido hasta mucho tiempo después por otros indicios.

Para dar realce a su manuscrito, tuve además otra idea más razonable, pero que no ha dejado de serme igualmente funesta, aunque por efectos más lejanos: de tal modo concurre todo a realizar la obra del destino cuando éste consagra a alguno a la desgracia. Pensé ornar este manuscrito con dibujos de las láminas de *Julia,* que tenían el mismo tamaño que el manuscrito. Pedí textos a Coindet, dibujos que me pertenecían por todos conceptos, y tanto más en cuanto le había cedido el producto de las láminas, que se vendieron en gran número. A Coindet le sobra astucia que a mí

me falta. A fuerza de hacerse pedir esos dibujos, logró saber para qué los quería. Entonces, so pretexto de añadirles algún ornato, hizo que se le dejaran y acabó por presentarlos él mismo.

Ego versiculos feci, tulit alter honores.[92]

Esto acabó de introducirlo en el palacio de Luxembourg, con cierto carácter. Desde mi establecimiento en la pequeña quinta, venía a verme con mucha frecuencia, y siempre aparecía por la mañana, sobre todo cuando los señores de Luxembourg se hallaban en Montmorency. Esto hacía que, por pasar el día con él, no fuese a palacio; quejáronse de mi ausencia, dije la causa, y me instaron a que llevase a Coindet conmigo. Esto es lo que buscaba el ladino. Así, pues, gracias a la excesiva bondad que por mí tenían, un dependiente del señor Thélusson, que a veces le daba asiento en su mesa, cuando no tenía quien le acompañase, se halló de repente admitido en la de un mariscal de Francia con los príncipes, las duquesas, y cuanta grandeza había en la corte. Nunca olvidaré que un día en que se veía obligado a regresar antes que de costumbre a París, el señor mariscal dijo, después de comer, a sus comensales: «Vamos a pasear por el camino de Saint-Denis, así acompañaremos al señor Coindet». El pobre muchacho perdió la serenidad; yo me conmoví de tal modo, que no pude pronunciar una sola palabra y seguí detrás de todos, llorando como un niño y pensando que había que besar las huellas de este buen mariscal. Mas la prosecución de la historia de las copias me ha hecho anticipar los sucesos. Volvamos a seguir los acontecimientos por su orden, en cuanto me lo permita mi memoria.

Tan luego como la casita de Mont-Louis estuvo dispuesta, hícela amueblar decente y sencillamente y me fijé de nuevo en ella, no pudiendo renunciar a la ley que yo mismo me había impuesto, al abandonar el Ermitage, de vivir siempre en una habitación que fuese mía: mas tampoco pude resolverme a abandonar mi departamento de la quinta. Conservé la llave y, prendado de aquellos deliciosos almuerzos del peristilo, iba con frecuencia a dormir allí, pasando a veces dos o tres días como en una casa de campo. Entonces era yo quizá el hombre que tenía la vivienda mejor y más agradable de Europa. Mi casero, el señor Mathas, que era el mejor hombre del mundo, había dejado enteramente bajo mi dirección las obras de reparación de Mont-Louis: puso a mis órdenes sus trabajadores, y ni siquiera quiso meterse en nada. Así fue como hallé medio de hacerme construir en el piso principal, de una sola sala que tenía antes, una habitación completa, compuesta de alcoba, antecámara y guardarropa. En los bajos estaba la cocina y el cuarto de Teresa. La torrecilla me servía de gabinete, gracias a una buena pared de cristales y a una chimenea que se mandó construir. Cuando volví allá, me entretuve en arreglar la terraza, donde ya daban sombra las ramas de dos hileras de tilos jóvenes, que aumenté con otras dos para formar un gabinete de verdor; hice colocar en medio una mesa y dos bancos de piedra; rodeélos de lilas, jeringuillas, madreselvas; hice colocar

una platabanda de flores paralela a las hileras de los árboles; y esta terraza, más elevada que la del castillo, cuya vista era por lo menos igualmente bella, y en la cual había yo reunido multitud de pájaros, me servía de salón para recibir a los señores de Luxembourg, al duque de Villeroy, al príncipe de Tringry, al marqués de Armentières, a la duquesa de Montmorency, la duquesa de Boufflers, la condesa de Valentinois, la condesa de Boufflers y otras personas de esta jerarquía que no desdeñaban venir en peregrinación desde el palacio hasta Mont-Louis por una cuesta muy fatigosa. Estas visitas las debía todas al favor que me dispensaban los señores de Luxembourg; yo lo conocía así y mi corazón les rendía homenaje. En uno de estos raptos de ternura fue cuando una vez dije al señor de Luxembourg, abrazándole: «¡Ah, señor mariscal, yo aborrecía a los grandes antes de conoceros; ahora les aborrezco más aún, desde que me hacéis comprender tan bien cuán fácil les sería hacerse adorar!».

Por lo demás, invoco a los que me han visto durante esta época, a que digan si jamás han notado que ese brillo me haya seducido un solo instante, ni el vapor de este incienso me haya desvanecido; si me han visto menos igual en mi compostura, menos sencillo en mis maneras, menos afable con la gente del pueblo, menos familiar con mis vecinos, menos pronto a prestar un servicio a todo el mundo, cuando he podido, sin cansarme jamás de las importunidades sinnúmero, y a menudo nada razonables con que me han agobiado. Si mi corazón me conducía al palacio de Montmorency por el sincero cariño que a sus dueños profesaba, también me llevaba a la vecindad para gozar las delicias de esta vida igual y sencilla, fuera de la cual no hay dicha para mí. Teresa había trabado amistad con la hija de un albañil, vecino mío, llamado Pilleu: yo la trabé con el padre; y después de haber comido no sin pesar en palacio, por complacer a la señora mariscala, ¡con qué solicitud volvía por la tarde para cenar con el bueno de Pilleu y su familia, ya en su casa, ya en la mía!

Además de estas dos habitaciones, tuve a poco una tercera en el palacio de Luxembourg, cuyos dueños tanto me instaron para que fuese a verles de cuando en cuando, que al fin cedí, a pesar de mi aversión por París, donde no había estado, desde mi retiro en el Ermitage, sino dos veces únicas, como lo tengo referido, y aun no iba allá sino en los días convenidos, únicamente para cenar, y volverme a la mañana siguiente. Yo entraba y salía por el jardín que daba al paseo; de modo que podía decir, sin faltar a la verdad más estricta, que no había puesto los pies en las calles de París.

En medio de esta prosperidad pasajera, se preparaba de lejos la catástrofe que debía ponerle fin. Poco tiempo después de mi regreso a Mont-Louis, contraje, bien a pesar mío, como de ordinario, relaciones con una nueva persona que forma también época en mi historia. Por lo que sigue se deducirá si en bien o en mal. Fue la marquesa de Verdelin, vecina mía, cuyo marido acababa de comprar una quinta en Soisy, cerca de Montmorency. La señorita de Ars, hija del conde del mismo nombre, varón de elevada alcurnia, pero pobre, había casado con el señor de Verdelin, viejo, feo, sordo, duro, brutal, celoso, con una cicatriz en la cara, tuerto, aunque por lo

demás era un buen hombre si se le sabía llevar el genio, y poseedor de quince a veinte mil libras de renta, con las cuales la casaron. Este galán que blasfemaba, gritaba, gruñía, echaba pestes y hacía llorar a su mujer todo el día, acababa por hacer cuanto ella quería, y esto para hacerla rabiar, puesto que ella sabía darle a entender que era él quien lo quería y no ella. El señor de Margency, de quien he hablado, era el amigo de la señora, y vino a serlo del señor. Hacía algunos años que les había alquilado su quinta de Margency, entre Eaubonne y Andilly, donde se hallaban precisamente cuando mis amores con la señora de Houdetot. Esta señora y la de Verdelin se conocían por mediación de la de Aubeterre, su común amiga; y como el jardín de Margency obstruía el camino que la de Houdetot hacía para ir al monte Olimpo, su paseo favorito, la de Verdelin le entregó una llave para pasar. Por medio de esta llave, frecuentemente pasaba yo con ella; mas, como nunca me han gustado los encuentros imprevistos, cuando por casualidad la señora de Verdelin se hallaba por allí, yo dejaba a las dos, sin decirle nada, y me adelantaba. A causa de este proceder poco galante, no podía tenerme ella en buen concepto, y, sin embargo, cuando fue a Soisy, no dejó de buscarme. Vino varias veces a Mont-Louis sin encontrarme; y viendo que yo no le devolvía la visita, acudió, para obligarme, al expediente de remitirme macetas de flores para mi terraza. Entonces fue preciso ir a darle las gracias. No hubo menester más para que quedásemos amigos.

Estas relaciones comenzaron tempestuosas como todas las que contraía a pesar mío, y aun en lo sucesivo jamás fueron enteramente tranquilas. El modo de sentir de la señora de Verdelin era demasiado opuesto al mío. Las maliciosas agudezas y los epigramas son tan naturales en ella, que es preciso una atención continua, muy fatigosa para mí, para conocer cuándo se burlan de uno. Ahora recuerdo una bagatela que bastará para darlo a conocer. Su hermano acababa de obtener el mando de una fragata en corso contra los ingleses. Yo discurría sobre el modo de armarla, sin perjudicar su ligereza, cuando ella dijo con naturalidad: «Si no se toman más cañones de los que se necesitan para batirse». Raras veces la oí hablar bien de ninguno de mis amigos ausentes sin hallarle algún *pero.* Donde no encontraba algo malo veía algo ridículo, sin exceptuar a su mismo amigo Margency; pero lo más insoportable que tenía esta mujer era la continua molestia de sus interminables envíos, de sus regalitos, de sus billetitos, cuya contestación me costaba grandes esfuerzos, y siempre una nueva molestia para dar las gracias o para rehusar. No obstante, a fuerza de verla, acabé por dedicarme a ella. Tenía sus pesares, lo mismo que yo. Las recíprocas confidencias hicieron interesantes nuestras entrevistas; nada enlaza tanto los corazones como llorar juntos. Nos buscábamos para consolarnos, y a menudo esta necesidad me ha hecho olvidar muchas cosas. Desplegué tanta dureza en mi sinceridad con ella, que después de haber manifestado alguna vez tan poco aprecio por su carácter, era preciso tenerlo realmente en mucho para creer que pudiese perdonarme. He aquí una muestra de las cartas que le he escrito algunas veces, donde es de notar que en ninguna de sus respuestas pareció haberse dado por ofendida en lo

más mínimo.

> MONTMORENCY, 5 de noviembre de 1760.
>
> Señora: Decís no haberos explicado bien para hacerme comprender que yo me explico mal, y me habláis de vuestra pretendida tontería para darme a conocer la mía. Decís que no sois más que una pobre mujer, como si temieseis que se os tratase así, y me dais una satisfacción, con el objeto de indicarme que os la debo yo. Sí, señora, lo sé perfectamente; yo soy quien escoge mal los términos para el gusto de una bella dama francesa que se fija tanto en las palabras y habla tan bien como vos. Pero tened en cuenta que yo las tomo en el sentido común de la lengua, sin estar al corriente, o sin preocuparme de las discretas acepciones que les da la virtuosa sociedad de París. Si alguna vez mis frases son equívocas, creo que mi conducta debe resolver la ambigüedad, etc.

El resto de la carta continúa poco más o menos por el mismo estilo. Véase la respuesta (Legajo D, núm. 241), y considérese cuánta moderación encierra un corazón de mujer capaz de no sentir por semejante carta más resentimientos del que respira esta respuesta, único que jamás me ha mostrado. Emprendedor y atrevido hasta el descaro, Coindet, que espiaba la ocasión de agarrarse a mis amigos, no tardó en introducirse en casa de la señora de Verdelin, y a poco tuvo en ella más familiaridad que yo mismo. Era un tipo singular: presentábase en mi nombre a todos mis amigos, se plantaba allí y comía sin aprensión ninguna. Llevado de su gran celo por mi bien, jamás hablaba de mí sin que le asomaran lágrimas a los ojos; pero cuando venía a verme, se guardaba muy bien de decirme nada de esto y menos aún lo que sabía que me interesaba. En vez de revelarme lo que había sabido, dicho o visto que me importase, me escuchaba y hasta me hacía preguntas, y nunca sabía de París más de lo que yo mismo le decía; en fin, aunque todo el mundo me hablaba de Coindet, él jamás me hablaba de nadie; no era reservado y misterioso sino con su amigo. Pero dejemos ahora a Coindet y a la señora de Verdelin; ya los hallaremos de nuevo.

Algún tiempo después de mi regreso a Mont-Louis, vino a verme el pintor Latour, trayendo un retrato mío al pastel, que había expuesto en la galería de pinturas hacía algunos años. Este retrato me lo había querido regalar, yo no lo acepté; mas la señora de Épinay, que me había dado el suyo y quería poseer éste, me había obligado a pedírselo; en este intervalo ocurrió mi rompimiento con la señora de Épinay, le devolví su retrato, y no creyéndome ya obligado a entregarle el mío, lo coloqué en mi cuarto de la torrecilla. El señor de Luxembourg lo vio, le pareció bien, se lo ofrecí, lo aceptó y se lo remití. Tanto el mariscal como su mujer comprendieron que yo me alegraría de poseer los suyos; mandáronlos hacer en miniatura por hábil mano, los hicieron colocar en una caja de dulces de cristal de roca, montada en oro, y me la regalaron de un modo tan fino que me dejó prendado. La señora de Luxembourg no consintió de ningún modo que su retrato se colocase en el lugar preferente de la caja. Varias veces me había echado en cara que yo quería más al mariscal que a ella; yo no lo había negado, porque era la verdad, y me manifestó así claramente, aunque con galantería, que no había olvidado esta preferencia.

Poco más o menos por este tiempo cometí una tontería que seguramente no contribuyó a conservarme sus simpatías. Aunque yo no conocía al señor de Silhouette, y me sentía poco inclinado hacia él, tenía una idea ventajosa de su administración. Cuando empezó a cargar la mano sobre los agiotistas, vi que no lo hacía en tiempo oportuno; pero hice votos por su buen éxito, y cuando supe que había perdido su plaza le escribí, en mi atolondramiento, la siguiente carta, que no trataré de justificar.

MONTMORENCY, 2 de diciembre de 1759.

Dignaos admitir el homenaje de un solitario a quien no conocéis, pero que os aprecia por vuestro talento, que os respeta por vuestra administración y que os hizo el honor de creer que no la conservaríais mucho tiempo. No pudiendo salvar el Estado sino a expensas de la capital que lo ha perdido, habéis arrostrado los clamores de los especuladores. Cuando os veía aplastar a esos miserables, envidiaba vuestro lugar; cuando os veo abandonar el puesto con valor, os admiro. Podéis estar satisfecho de vos mismo, porque os queda un honor de que gozaréis sin rival por largo tiempo. Las maldiciones de los malvados son la gloria del hombre justo.

(1760). La señora de Luxembourg supo que yo había escrito esta carta y me habló de ella en el viaje de Pascuas; yo se la puse de manifiesto; deseó una copia, y se la di; pero cuando se la entregué, yo ignoraba que ella era del número de aquellos especuladores que estaban interesados en los subarriendos y que había hecho caer a Silhouette. Hubiérase dicho, en vista de mis tonterías, que me complacía en excitar el odio de una mujer amable y poderosa, a quien en realidad quería más y más cada día, y de quien estaba bien lejos de querer caer en desgracia, aunque, a fuerza de torpezas, hacía todo lo necesario para conseguirlo. Creo superfluo advertir que a ella se refiere la historia de la opiata del señor Tronchin, de que hablé en la primera parte; la otra dama era la señora de Mirepoix. Ni una ni otra me han vuelto a hablar jamás de ello ni parecido acordarse en lo más mínimo; pero presumir que la señora de Luxembourg lo haya podido olvidar realmente, me parece muy difícil, aun cuando nada se supiese de los subsiguientes acontecimientos. Yo, por mi parte, procuraba tranquilizarme al considerar el resultado de mis tonterías, pensando que no había cometido ninguna con intención de ofenderla: como si hubiese mujer capaz de perdonar semejantes faltas, aun teniendo la seguridad más completa de que no ha tomado en ellas la voluntad parte alguna.

Aunque ella parecía no ver ni sentir nada, y yo no observara aún disminución en sus atenciones, ni cambio alguno en su modo de proceder, la continuación y hasta el aumento de presentimientos harto fundados me hacían temer sin cesar que este afecto se trocase en fastidio. ¿Podía esperarse de tan gran señora una constancia a toda prueba, dada mi poca destreza en sostenerla? Ni siquiera sabía ocultarle este sordo presentimiento que me inquietaba, y me encogía más y más, como podrá verse por la siguiente carta, que encierra una extraña predicción.

N. B. Esta carta, sin fecha en mi borrador, es del mes de octubre de 1760 a lo más tarde.

> ¡Cuán crueles son vuestras bondades! ¿A qué turbar la paz de un solitario que renuncia a los placeres la vida por no experimentar sus pesares? En vano he pasado mi vida yendo en pos de sólidas afecciones; jamás he podido encontrarlas entre las personas que pertenecían al estado donde podía yo esperarlas: ¿será acaso entre las de vuestra condición donde deba buscarlas? No me tientan la ambición ni el interés; soy poco vano y poco miedoso; todo puedo resistir menos los halagos. ¿Por qué me atacáis ambos a dos por una debilidad que es necesario vencer, puesto que, con la distancia que nos separa, los desbordamientos de los corazones sensibles no deben aproximar el mío a vos? ¿Será bastante el agradecimiento para un corazón que no conoce dos maneras de entregarse y no conoce más que la amistad? ¡La amistad, señora mariscala, he aquí mi desdicha! En vos y en el señor mariscal es muy hermoso el uso de esta expresión; pero yo soy un insensato en querer cogeros por la palabra. Vos os divertís, yo me aficiono; y al final del juego me esperan nuevos pesares. ¡Cuánto detesto vuestros títulos y os compadezco porque los lleváis! ¡Tan digna me parecéis de gozar las delicias de la vida privada! ¡Qué lástima que no viváis en Clarens! Yo iría allí a buscar la felicidad de mi vida; pero ¿acaso es en el castillo de Montmorency, o en el palacio de Luxembourg donde debe verse a Juan Jacobo? ¿Es acaso a esos sitios adonde un amigo de la igualdad debe llevar los afectos de un corazón sensible, que, pagando así el aprecio que se le demuestra, cree dar tanto como recibe? Vos también sois buena y sensible, lo sé, lo he visto, y me duele no haberlo podido creer más pronto; pero en la categoría a que pertenecéis, en vuestro modo de vivir, no hay impresión alguna duradera; y tantos objetos nuevos se borran mutuamente de un modo tan completo, que ninguno permanece. Vos me olvidaréis, señora, después de haberme imposibilitado para imitaros. Habréis hecho mucho para hacerme desgraciado y no merecer perdón.

Yo me refería igualmente en esta carta al señor de Luxembourg con objeto de hacer el cumplido menos duro para ella; pues, por lo demás, estaba perfectamente seguro de él, tanto que ni siquiera se me había ocurrido la menor duda sobre la duración de su amistad. Nada de cuanto me intimidaba por parte de la señora mariscala se extendió jamás hasta él. Jamás he tenido la menor desconfianza acerca de su carácter, que yo sabía ser débil, pero recto. No me esperaba un enfriamiento, ni tampoco un afecto heroico, y la sencillez y familiaridad de nuestro trato indicaban cuánto contábamos recíprocamente el uno con el otro. Ambos teníamos razón: yo honraré y amaré mientras viva la memoria de tan digno señor; y sea lo que fuere lo que hayan podido hacer para que me privase de su aprecio, estoy tan seguro de que murió queriéndome, como si yo hubiese cerrado sus ojos.

En el segundo viaje a Montmorency, el año 1760, habiendo concluido la lectura de *Julia*, recurrí a la del *Emilio* para sostenerme al lado de la señora de Luxembourg; mas esta vez no me salió tan bien, ya sea porque el asunto no le agradase tanto, ya porque al fin la fastidiase tanta lectura. Sin embargo, como ella estaba en que yo me dejaba engañar por los libreros, quiso encargarse de hacer imprimir esta obra a fin de sacar de ella mejor partido. Yo accedí, bajo la condición expresa de que no se imprimiría en Francia; en este punto tuvimos una larga discusión; yo pretendía que era imposible obtener un permiso tácito, y que era imprudente, además, el pedirlo, y no quería que la obra se imprimiese de otra suerte en el reino; ella sostenía que esto ni aun sería una dificultad para la censura, con el sistema que el gobierno había adoptado. Halló medio de hacer entrar en sus miras al señor de Malesherbes, y éste me escribió una larga carta de su puño, para probarme que la *Profesión de fe del vicario saboyano* era precisamente una obra tal que había de merecer la aprobación de todo el género humano, y por de pronto la de la corte especialmente. A mí me sorprendió ver a este magistrado, siempre minucioso, presentarse tan decidido en este

asunto. Como la impresión de un libro que merecía su aprobación era legítima por este solo hecho, no me quedaba objeción alguna que hacer. Con todo, por un escrúpulo extraordinario, exigí siempre que la obra se imprimiese en Holanda, y aun por el librero Néaulme, que no me contenté con indicar, sino que exigí expresamente; consintiendo por lo demás en que la edición se hiciese a cuenta de un librero francés, y que cuando estuviese concluida se vendiese en París, o donde mejor les pluguiera, atendido a que en esta venta no tenía yo nada que ver. He aquí exactamente lo que fue convenido entre la señora de Luxembourg y yo; después de lo cual, le entregué mi manuscrito.

Había traído consigo en este viaje a su nieta la señorita de Boufflers, que es hoy la señora duquesa de Lauzun. Llámase Amelia. Era una niña encantadora, de una figura, de una suavidad y una timidez verdaderamente virginales. Su aspecto era lo más amable e interesante; los sentimientos que inspiraba, los más tiernos y más castos. Por otra parte, era todavía muy niña, apenas tenía once años. La señora mariscala, que la encontraba muy tímida, se esforzaba en animarla; varias veces me permitió que le diera un beso, lo que hice con mi ordinaria tosquedad; en vez de los primores que habría dicho otro cualquiera en mi lugar, yo me quedaba mudo, cortado, y no sé cuál de los dos se ruborizaba más, la pobre niña o yo. Un día la encontré en la escalera de la quinta; venía de ver a Teresa, con quien se hallaba todavía su aya. No sabiendo qué decirle, le pedí un beso, que en la inocencia de su corazón no me negó, habiendo recibido uno aquella misma mañana por orden de su abuela y en su presencia. Al día siguiente, leyendo el *Emilio* a la cabecera de la cama de la señora mariscala, di precisamente en un pasaje donde con razón censuro lo que había hecho en la víspera. Ella halló la reflexión muy justa, y con este motivo dijo algo muy sensato que me hizo ruborizar. Cuánto maldigo mi increíble estupidez, que tan a menudo me ha hecho parecer vil y culpable, cuando no era sino tonto y encogido, estupidez que se toma por una mala excusa en un hombre a quien se cree dotado de talento, y puedo jurar que en este reprensible beso, así como en los demás, mi corazón y mis sentidos no eran menos puros que los de la niña Amelia; y hasta debo añadir que, si hubiese podido evitar su encuentro, lo hubiera hecho; no porque no me agradase verla, sino por la dificultad de hallar de paso alguna frase agradable que decirle. ¿Cómo es que una niña intimida a un hombre a quien no ha asustado el poder de los reyes? ¿Qué partido tomar, cómo debe conducirse un hombre que no acierta a decir nada de repente? Si me empeño en hablar a las personas que encuentro, suelto infaliblemente una barbaridad; si no digo nada, soy un misántropo, un huraño, un oso. Mejor me hubiera sido ser completamente imbécil; pero las prendas que me han faltado en el mundo han hecho de las que he tenido los instrumentos de mi perdición.

Hacia el fin del verano de este mismo año, la señora de Luxembourg hizo una buena obra, de que a mí me tocó alguna parte. Habiendo ofendido Diderot muy imprudentemente a la princesa de Robeck, hija del señor de Luxembourg, Palissot, a quien ella protegía, la vengó por medio de la comedia *Los filósofos*, en la que a mí se

me puso en ridículo y Diderot fue en extremo maltratado. El autor me trató con alguna consideración, menos, según creo, a causa de lo que me debía, que por temor de disgustar al padre de su protectora, que sabía que me apreciaba. El librero Duchesne, a quien yo no conocía entonces, me envió esta pieza cuando estuvo impresa; y sospecho que fue por orden de Palissot, quien tal vez creyó que vería con placer los ultrajes inferidos a un hombre con quien había roto mis relaciones, y se equivocó de medio a medio. Al romper con Diderot, a quien creía menos malo que indiscreto y débil, no he dejado de conservar en el alma un cariñoso afecto hacia él, y aun estimación y respeto por nuestra antigua amistad, que durante mucho tiempo fue tan sincera por su parte como por la mía. Bien diferente fue con Grimm, hombre falso por naturaleza, que no me amó jamás, que ni siquiera es capaz de amar, y que de propósito, sin motivo alguno de queja y sólo para satisfacer su negra envidia, se ha convertido, hipócritamente, en mi más cruel calumniador. Éste nada es ya para mí; el primero siempre será mi antiguo amigo. Al ver esta odiosa pieza, se me exaltó la bilis; no pude soportar su lectura, y, sin concluirla, se la devolví a Duchesne, acompañada con la siguiente carta:

> MONTMORENCY, 21 de mayo de 1760.
>
> Muy señor mío: El verme alabado en la pieza que me habéis remitido, me ha causado una impresión desagradable. No puedo aceptar este horrible presente. Estoy persuadido de que al remitírmela no habéis olvidado que he tenido el honor de ser amigo de una persona respetable, vilmente manchada y calumniada en este libelo.

Duchesne enseñó esta carta, y Diderot, a quien hubiera debido conmover, se incomodó por ella. Su amor propio no le dejó perdonarme la superioridad de un proceder generoso, y supe que su mujer se desencadenaba en todas partes contra mí con una acritud que me inquietó muy poco, sabiendo que era tenida generalmente por una verdulera.

A su vez, Diderot halló un vengador en el abate Morellet, que hizo contra Palissot un escrito imitando *El pequeño profeta,* intitulado *La visión,* donde injuriaba muy imprudentemente a la señora de Robeck, cuyos amigos le hicieron meter en la Bastilla; pues en cuanto a ella, naturalmente poco vengativa, y a la sazón moribunda, estoy persuadido de que no tuvo la menor parte en ello.

D'Alembert, que era íntimo del abate Morellet, me escribió con el objeto de inducirme a pedir a la señora de Luxembourg que solicitase su libertad, prometiéndole, en agradecimiento, tributarle elogios en la *Enciclopedia*.[93] He aquí mi respuesta:

> No he esperado vuestra carta, señor, para manifestar a la señora mariscala el pesar que me causaba la detención del abate Morellet. Ya sabe el interés que por él me tomo, y sabrá el que os tomáis vos; y, para interesarse ella misma, le bastará saber que es un hombre de valer. Por lo demás, aunque ella y el señor mariscal me honran con una benevolencia que es el consuelo de mi vida, y el nombre de vuestro amigo sea para ellos una recomendación para el abate Morellet, ignoro hasta qué punto les convendrá, en la ocasión presente, emplear la influencia aneja a su alcurnia y a la consideración debida a sus personas. Mas yo no creo

que la desdicha en cuestión se deba a la señora princesa de Robeck tanto como parece lo creéis vos; y aun cuando así fuese, no debe suponerse que el placer de la venganza pertenezca exclusivamente a los filósofos, y cuando éstos quieren ser mujeres, ellas querrán ser filósofos.

Os pondré al corriente de lo que me diga la señora de Luxembourg cuando le presente vuestra carta, y, entre tanto, creo conocerla bastante para poder aseguraros de antemano que, aun cuando tuviese el placer de contribuir a que se pusiese en libertad al abate Morellet, no aceptaría el tributo de agradecimiento que le ofrecéis en la *Enciclopedia,* aunque se honre con ello, porque no hace el bien por la alabanza, sino para satisfacer las tendencias de su buen corazón.

Hice cuanto pude para excitar la conmiseración de la señora de Luxembourg en favor del pobre cautivo, y lo logré de modo que hizo un viaje a Versalles expresamente para ver al conde de Saint-Florentin, viaje que acortó el de Montmorency, pues el señor mariscal se vio obligado a abandonarlo al propio tiempo para ir a Rouen, adonde le enviaba el rey como gobernador de Normandía, a causa de alguna agitación del parlamento, que se quería contener. He aquí la carta que me dirigió la señora de Luxembourg, a los dos días de su partida:

VERSALLES, hoy miércoles. (Legajo D, núm. 23).

Ayer a las seis de la mañana, partió el señor de Luxembourg, y aun yo no sé si marcharé a reunirme con él. Espero noticias suyas, porque él mismo ignora el tiempo que estará fuera. He visto al señor de Saint-Florentin, que se halla bien dispuesto en favor del abate Morellet; pero encuentra obstáculos que, no obstante, espera obviar la primera vez que despache con el rey, que será en la próxima semana. También he solicitado la gracia de que no le desterrasen, pues se trataba de hacerlo enviándole a Nancy. He ahí lo que he podido obtener; pero os prometo no dejar tranquilo al señor de Saint-Florentin, hasta que el asunto haya tenido el fin que deseáis.

Séame, ahora, permitido deciros cuánto me ha dolido tener que separarme de vos tan pronto; pero me lisonjeo de que así lo creáis. Os quiero de todo corazón y por toda mi vida.

Algunos días después recibí de D’Alembert la siguiente carta, que me causó un verdadero placer:

Hoy 1.º de agosto. (Legajo D, núm. 26).

Gracias a vuestro empeño, mi querido filósofo, el abate ha salido de la Bastilla, y su detención no tendrá ulteriores consecuencias. Sale para el campo, y os da, lo mismo que yo, un millón de gracias y parabienes. *Vale et me ama.*

El abate me escribió también algunos días después otra carta dándome las gracias (Legajo D, núm. 29), que, a la verdad, no me pareció respirar mucha efusión y en la cual parecía atenuar en cierto modo el servicio que le había prestado; algún tiempo después supe que D’Alembert y él me habían, no diré suplantado, pero sí hasta cierto punto venido a ser mis sucesores cerca de la señora de Luxembourg, con quien había yo perdido tanto como ellos habían ganado. Sin embargo, estoy lejos de sospechar que el abate Morellet haya contribuido a mi desgracia; le estimo en mucho para pensarlo. En cuanto al señor D’Alembert, nada diré ahora, pues me ocuparé de él más adelante.

Al mismo tiempo me ocurrió otro incidente, que ocasionó la última carta que he escrito al señor de Voltaire, con motivo de la cual puso el grito en el cielo, pero sin

mostrarla jamás a nadie. Yo haré aquí lo que él no ha querido hacer.

El abate Trublet, a quien yo conocía un poco, pero a quien había visto apenas, me escribió, el 13 de junio de 1760 (Legajo D, núm. 11), participándome que el señor Formey, amigo y corresponsal suyo, había impreso en su periódico mi carta al señor de Voltaire sobre el desastre de Lisboa. El abate Trublet quería saber cómo había podido hacerse esta impresión, y en su estilo picaresco y jesuítico, me pedía mi parecer sobre la reimpresión de esta carta, sin querer darme el suyo. Como yo aborrezco soberanamente los ardides de esta clase, le manifesté mi agradecimiento como correspondía, pero me expresé con una dureza que no dejó de sentir; y que no le impidió probar a embaucarme aun con dos o tres cartas, hasta que supo cuanto quería saber.

A pesar de cuanto decía Trublet, comprendí muy bien que Formey no había hallado esta carta impresa, y que de él procedía la impresión primera. Sabía que era un ladrón desvergonzado, que sin ambages se apropiaba las obras de los otros, aunque todavía no había llegado a la increíble impudencia de quitar de un libro ya conocido del público el nombre de su autor, sustituirlo con el suyo y venderlo.[94] Mas ¿de dónde sacó el manuscrito? He aquí la cuestión que no era difícil resolver, pero ante la que tuve la simplicidad de estar indeciso. Aunque Voltaire era en esta carta honrado con exceso, como al fin, a pesar de su proceder impropio, hubiera tenido motivo de queja si yo la hubiese hecho imprimir sin su consentimiento, me resolví a escribirle sobre este punto. He aquí esta segunda carta a que no dio respuesta alguna, y por la que fingió estar irritado hasta el furor, con el fin de satisfacer mejor su brutalidad:

> MONTMORENCY, 17 de junio de 1760.
>
> Había creído, señor, no volver jamás a tener correspondencia con vos. Pero, sabiendo que la carta que os escribí en 1756 ha sido impresa en Berlín, debo daros cuenta de mi conducta sobre este particular, y cumpliré este deber con veracidad y con ingenuidad.
>
> Habiendo sido realmente dirigida a vos esa carta, no estaba destinada a la impresión. Yo se la comuniqué bajo condición a tres personas a quienes no podía negarlo, y a quienes los mismos derechos impedían con mayor razón aun abusar de mi confianza violando su promesa. Estas tres personas son: la señora de Chenonceaux, nuera de la señora Dupin, la señora condesa de Houdetot, y un alemán, llamado el señor Grimm. La primera, deseando que esta carta se imprimiese, me pidió permiso para ello. Yo le dije que dependía del vuestro. Se os pidió; vos lo negasteis, y no se trató más del asunto.
>
> Sin embargo, el señor abate Trublet, con quien no me une ninguna clase de relaciones, acaba de escribirme, con una honradez llena de atención, que habiendo recibido los números de un periódico del señor Formey, había leído en ellos esta misma carta, con una advertencia en que el editor, con fecha 23 de octubre de 1759, dice haberla hallado algunas semanas antes en las librerías de Berlín, y que siendo una de esas hojas volantes que desaparecen luego para siempre, ha creído deber darle un lugar en su periódico.
>
> He aquí cuanto sé. Es indudable que hasta ahora nadie había oído hablar siquiera de esta carta en París. Forzosamente el ejemplar que ha caído en manos del señor Formey, ya sea manuscrito o impreso, no puede haber salido sino de las vuestras, lo que no es verosímil, o de una de las tres personas que he nombrado. Por último, está fuera de toda duda que las dos damas son incapaces de tamaña infidelidad; nada más puedo saber desde este rincón; pero vos tenéis relaciones por medio de las cuales os sería fácil, si valiese la pena, remontaros hasta el origen y aclarar el hecho.
>
> En la misma carta el abate Trublet me dice tener guardado el periódico y que no lo prestará sin mi consentimiento, el cual podéis estar seguro de que no daré. Mas este ejemplar puede no ser único en París,

> donde deseo que esta carta no se imprima y haré para conseguirlo cuanto esté de mi parte. Si no pudiese evitarlo, y, sabido con tiempo, me fuese dado obtener la preferencia, no vacilaría en hacerla imprimir yo mismo, como lo creo justo y natural.
>
> En cuanto a vuestra respuesta a la carta en cuestión, no ha sido comunicada a nadie, y podéis estar seguro de que no se imprimirá sin vuestro consentimiento,[95] que seguramente no cometeré la indiscreción de pediros, sabiendo perfectamente que el escrito que un hombre dirige a otro no es para el público. Pero si quisieseis escribir una para ser publicada, y dirigírmela, os prometo juntarla fielmente a la mía, sin replicar una palabra.
>
> No puedo deciros que os tengo afecto; me habéis hecho el daño que más dolor podía causarme, a mí, discípulo y entusiasta vuestro. En premio del asilo que habéis recibido de Ginebra, la habéis perdido; me habéis enajenado las simpatías de mis conciudadanos, en cambio de los aplausos que a la faz de todos ellos os he prodigado; vos me hacéis insoportable la permanencia en mi país; vos me haréis morir en tierra extranjera, privado de todos los consuelos de los moribundos, y arrojado, por toda gloria, en un muladar; mientras que a vos se os dispensarán, en mi país, todos los honores que puede apetecer un hombre. Os aborrezco, en fin, puesto que así lo habéis querido; pero os odio como hombre más digno aun de amaros, si vos lo hubieseis querido. De todos los sentimientos que habíais inspirado a mi corazón, no me quedan más que la admiración que no puede negarse a vuestro talento y la afición a vuestros escritos. No es culpa mía si no puedo estimar en vos nada más que vuestro talento. Nunca faltaré al respeto que le es debido, ni al modo de obrar que este respeto exige. Adiós.[96]

En medio de todas estas mezquindades literarias, que me confirmaban más y más en mi resolución, recibí el honor más grande que las letras me han proporcionado y el que más me ha lisonjeado, con la visita que el príncipe de Conti se dignó hacerme por dos veces, una en la quinta y otra en Mont-Louis, escogiendo además ambas veces la ocasión de que la señora de Luxembourg no estaba en Montmorency, con el objeto de hacer más evidente que venía para mí. Nunca he dudado que las primeras bondades de este príncipe las debo a la señora de Luxembourg, y a la de Boufflers; mas tampoco me cabe duda de que debo a sus propios sentimientos y a mí mismo las que no ha cesado de dispensarme desde entonces.

Como mi habitación de Mont-Louis era muy pequeña, y la situación de la torrecilla era bellísima, conduje allí al príncipe, quien, para colmo de mercedes, quiso que tuviese el honor de jugar con él al ajedrez. Yo sabía que él ganaba al caballero Lorenzi, el cual jugaba más que yo. Sin embargo, a pesar de los signos y gestos del caballero y demás asistentes, que fingí no ver, gané las dos partidas que jugamos. Al concluir, le dije con tono respetuoso, pero grave: «Monseñor, venero demasiado a V. A. Serenísima para no ganarle siempre en el ajedrez». Este gran príncipe, dotado de ingenio y de luces, tan digno de no ser adulado, conoció en efecto, a lo menos así lo creo, que no había allí sino yo que le tratase como hombre, y tengo motivos para creer que me lo agradeció realmente.

Aunque no me lo hubiese agradecido, no me arrepentiría de no haberle querido engañar en nada, y tampoco tengo que arrepentirme haber correspondido mal a sus bondades, pero sí de haberlo hecho alguna vez con poca finura, mientras él usaba una gracia infinita en el modo de dispensármelas. Pasados algunos días, me envió una cesta de caza que recibí como debía. Algún tiempo después, me mandó otra, y uno de sus monteros de caza me escribió por orden suya que era de los parques de Su Alteza y muerta por su propia mano. Recibíla también; pero escribí a la señora de Boufflers

diciéndola que otra vez no lo admitiría. Esta carta fue generalmente vituperada, y merecía serlo. Rehusar presentes de esta especie de un príncipe de sangre real que, además, hacía el regalo con tanta discreción, era más bien portarse como hombre rústico y mal educado, que se olvida de lo que ha sido, que como hombre altivo que quiere conservar su independencia. Jamás he vuelto a leer esta carta en mi colección, sin ruborizarme y sin arrepentirme de haberla escrito. Mas al fin no he emprendido mis *Confesiones* para callarme las impertinencias, y ésta me indigna demasiado a mí mismo para permitirme disimularla.

Si no cometí la de convertirme en su rival, poco le faltó; pues a la sazón la señora de Boufflers era todavía su querida, y yo no lo sabía. Venía a verme con frecuencia, acompañada del caballero Lorenzi: era bella y joven aún; descubríase en ella su sentimiento romántico, y yo lo tuve siempre novelesco, lo cual nos aproximaba bastante. Estuve a punto de enamorarme, y creo que ella lo conoció; el caballero lo notó también; a lo menos me habló de ello de manera que parecía darme ánimos. Pero esta vez fui prudente, y ya era tiempo de serlo a los cincuenta años. Penetrado de la lección que acababa de dar a los viejos verdes en mi carta a D’Alembert, me avergoncé de aprovecharla tan mal yo mismo; y por otra parte sabiendo lo que había ignorado, hubiera sido preciso perder la razón para llevar tan allá mi atrevimiento. En fin, mal curado aun tal vez de mi pasión por la señora de Houdetot, conocí que nada podía reemplazarla en mi corazón y me despedí del amor para siempre. En el momento en que escribo esto, acabo de recibir los peligrosos avances de una mujer joven que tiene puestos en mí sus peligrosos ojos; pero si ella ha fingido olvidar mis doce lustros, yo me he acordado de ellos. Después de salir de este paso, no temo las recaídas, y respondo de mí para el resto de mis días.

Habiéndose hecho cargo la señora de Boufflers de la emoción que me había causado, pudo notar también que había sabido dominarme. No soy bastante loco ni bastante vanidoso para creer que pudiese quererme a mi edad: mas, por algunas conversaciones que tuvo con Teresa, creía haberle inspirado curiosidad; si esto es así, y ella no me ha perdonado esta curiosidad frustrada, fuerza es confesar que nací para ser víctima de mis flaquezas, puesto que el amor vencedor me fue tan funesto y me lo ha sido más aun vencido.

Aquí termina la colección de cartas que me ha servido de guía en estos dos libros. Desde este momento no puedo seguir sino las huellas de mis recuerdos, pero tales son los que conservo de esta época cruel, y es tan honda la impresión que me han causado, que, perdido en el inmenso mar de mis desdichas, no puedo olvidar los detalles de mi primer naufragio, aunque de sus efectos no me quede más que una confusa memoria. Así, pues, en el siguiente libro puedo todavía proseguir con bastante seguridad. Si voy más lejos, no podré hacerlo sino a tientas.

Libro undécimo

1761

Julia, que estaba en prensa hacía mucho tiempo, empezaba a meter ruido, aunque no apareció hasta fines de 1760. La señora de Luxembourg había hablado de ella en la corte, y la de Houdetot en París. Ésta obtuvo además, por mediación de Saint-Lambert, mi permiso de hacerla leer ante el rey de Polonia, a quien agradó en extremo. Duclos, a quien la hice leer también, había hablado de ella a la Academia. Todo París estaba impaciente por ver esta novela: las librerías de la calle de Saint-Jacques y las del *Palais-Royal* se llenaban de gente que preguntaban por ella. Apareció al fin, y, contra lo que suele ocurrir, su éxito correspondió a la impaciencia con que era esperada.[97] La señora esposa del delfín, que fue de las primeras que la leyeron, habló de ella al señor de Luxembourg como de una obra encantadora. Entre los literatos las opiniones anduvieron divididas; pero en el público hubo un sentimiento unánime; y sobre todo las mujeres se prendaron del libro y del autor, hasta el punto de haber pocas, aun entre las de alta jerarquía, a quienes no hubiese yo conquistado si me lo hubiese propuesto. Tengo de ello datos que no quiero revelar y que, sin necesidad de haber hecho la prueba, autorizan mi afirmación. Es singular que este libro haya alcanzado en Francia mayor éxito que en el resto de Europa, aunque los franceses, tanto hombres como mujeres, no quedan en ella muy bien parados. Contra lo que yo había creído, donde se recibió con más frialdad fue en Suiza, y donde más calurosamente en París. ¿Imperan, pues, más en París que en ninguna otra parte la amistad, el amor y la virtud? Indudablemente no, pero reina allí un sentido exquisito que transporta los corazones a su imagen, y que nos hace amar en los demás los sentimientos puros, tiernos y honrados que ya nos han abandonado. La corrupción es igual en todas partes; ya no existen virtudes ni buenas costumbres en Europa; pero si aún queda algún cariño hacia ellas, debe buscarse en París.[98]

A través de tantas preocupaciones y pasiones ficticias, es preciso saber analizar bien el corazón humano para encontrar en él los verdaderos sentimientos de la Naturaleza. Se necesita una finura de tacto que no se adquiere sino en el trato del gran mundo para sentir, si se me permite la frase, la delicadeza de sentimiento de que está llena esta obra. No vacilo en colocar su cuarta parte al lado de *La princesa de Clèveris* y afirmar que, si estos dos trozos no hubiesen sido leídos sino en provincias, jamás se habría comprendido todo su valor. No hay, pues, que asombrarse de que el mayor éxito de este libro fuese el que tuvo en la corte. Abunda en rasgos llenos de viveza, pero velados, que deben agradar más en ella, porque está más ejercitada en penetrarlos. Con todo, es necesario aún hacer otra distinción; esta lectura no es

seguramente a propósito para esa clase de personas de ingenio que sólo son astutas y que no tienen penetración sino para comprender el mal, y que no ven nada en donde no debe verse más que el bien. Por ejemplo, si *Julia* se hubiese publicado en cierto país, que me callo, estoy seguro de que nadie hubiera concluido su lectura y que habría muerto al nacer.

He reunido la mayor parte de las cartas que recibí referentes a esta obra, en un legajo, que se halla en manos de la señora de Nadaillac. Si algún día aparece esta colección, se verán en ella cosas muy singulares, y un contraste de opiniones que manifiesta lo que es tener que habérselas con el público. Lo que menos se ha notado en esa obra, siendo lo que la distinguirá siempre, es la sencillez del argumento y el encadenamiento de su interés, que, concentrado en tres personas, se sostienen durante seis volúmenes, sin episodios, sin aventuras novelescas, sin maldad de ninguna clase, ni en las personas ni en las acciones. Diderot ha prodigado grandes elogios a Richardson por la prodigiosa variedad de sus cuadros y la multitud de sus personajes. En efecto, Richardson tiene el mérito de haberlos presentado bien caracterizados todos: mas en cuanto a su número, precisamente es lo que tiene de común con los más insípidos novelistas; que a fuerza de personajes y de aventuras suplen su esterilidad. Es muy fácil despertar la atención presentando incesantemente caras nuevas y acontecimientos inauditos, que pasan como las figuras de la linterna mágica; pero sostener esta atención con los mismos objetos y sin maravillosos acontecimientos es a la verdad más difícil, y si, en igualdad de condiciones, la sencillez de la acción aumenta la belleza de la obra, las novelas de Richardson, superiores en tantos otros puntos, no podrían en éste entrar en paralelo con las mías. Actualmente ha muerto, lo sé y no ignoro la causa; pero resucitará.

Todos mis temores consistían en que, a fuerza de sencillez, mi narración fuese lánguida, y en que no hubiese podido darle bastante interés para sostenerla hasta el fin; pero me tranquilizó un hecho que, por sí solo, me ha lisonjeado más que todos los parabienes que esta obra ha podido granjearme.

Apareció a principios del carnaval. Un vendedor de libros la llevó a la princesa de Talmont,[99] un día de baile en la Ópera. Después de cenar se hizo vestir para ir al baile, y, mientras llegaba la hora, se puso a leer la novela. A medianoche ordenó que enganchasen y siguió leyendo. Fueron a decirle que el coche estaba dispuesto, y nada respondió. Viendo sus criados que iba siendo tarde, fueron a advertirla que eran las dos de la madrugada. «No hay prisa aún», replicó, siempre leyendo. Más tarde, viendo su reloj parado, llamó para preguntar la hora; le contestaron que eran las cuatro. «Siendo así —dijo—, es demasiado tarde para ir al baile; que desenganchen». Se hizo desnudar, y pasó el resto de la noche leyendo.

Desde que me contaron este rasgo, siempre he deseado ver a la señora de Talmont, no sólo para saber por ella misma si esto es exacto, sino también porque siempre he creído que es imposible sentir por *La nueva Eloísa* un interés tan vivo, sin poseer ese sexto sentido, ese sentido moral, de que tan pocos corazones están

dotados, y sin el cual ninguno sería capaz de comprender el mío.

Lo que puso a las mujeres tan a mi favor fue la persuasión en que estaban de que yo había escrito mi propia historia y de que el héroe de esta novela era yo mismo. Esta creencia era tan firme, que la señora de Polignac escribió a la de Verdelin suplicándola que procurase lograr de mí que le dejase ver el retrato de Julia. Todo el mundo creía imposible que se pudiesen expresar con tanto calor sentimientos que no se hubiesen experimentado, ni describir así los raptos del amor sino poniendo de manifiesto el propio corazón. En esto andaban acertados; es muy cierto que escribí esta novela bajo el dominio del más ardiente éxtasis, pero se equivocaban creyendo que habían sido necesarios seres reales para producirlo; estaban lejos de concebir hasta qué punto pudieron interesarme seres imaginarios. Sin algunas reminiscencias de juventud y sin la señora de Houdetot, los amores que he sentido y descrito habrían tenido únicamente por objeto a las sílfides; pero no quise confirmar ni destruir un error que me era ventajoso. En el prefacio en diálogo que hice imprimir aparte, puede verse cómo sobre este particular dejé al público en suspenso. Los rigoristas dicen que yo hubiera debido declarar la verdad abiertamente; no veo qué es lo que podía obligarme a ello, y creo que en esta declaración hecha sin necesidad habría habido más estultez que franqueza.

Poco más o menos, por este mismo tiempo apareció *La paz perpetua,* cuyo manuscrito había entregado el año anterior a cierto señor de Bastide, autor de un diario llamado *El Mundo,* donde, quieras que no, se empeñaba en insertar todos mis manuscritos. Era conocido de Duclos y vino en su nombre a instarme para que le ayudara a llenar *El Mundo.* Había oído hablar de *Julia* y quería que yo la publicase en su periódico: quería asimismo insertar el *Emilio;* y hubiera deseado hacer lo mismo con el *Contrato social,* si no hubiese ignorado su existencia. En fin, apurado por sus instancias, me resolví a cederle por doce luises mi extracto de *La paz perpetua.* Convinimos en que se imprimiría en su periódico; pero, tan luego como fue propietario de este manuscrito, juzgó conveniente hacerlo imprimir aparte, con algunas eliminaciones que exigió el censor. ¿Qué tal hubiera sido si le hubiese entregado mi juicio crítico sobre esta obra, del cual, por gran fortuna, no hablé al señor de Bastide y no entró en nuestro trato? Este juicio crítico se halla aún manuscrito entre mis papeles. Si algún día ve la luz pública, se verá en él cuánto han debido hacerme reír las burlas y la presunción de Voltaire acerca de este asunto, viendo tan bien como veía el alcance de este pobre hombre en las materias políticas de que se metía a hablar.

En el colmo de los aplausos que recibía del público y del favor de las señoras, me veía decaer en el palacio de Luxembourg, no por parte del señor mariscal, quien parecía redoblar cada día su bondad y su amistad hacia mí, sino por parte de la señora mariscala. Desde que ya no me quedaba nada que leerle, no me eran tan accesibles sus habitaciones; y durante los viajes a Montmorency, aunque yo me presentaba con bastante exactitud, casi no la veía sino en la mesa, donde el lugar que me estaba

señalado no se hallaba ya junto al suyo. Como no me lo ofrecía, me hablaba poco, y yo no tenía gran cosa que decirle, prefería tomar otro, donde me hallase más libre, sobre todo por la noche; pues maquinalmente y poco a poco iba tomando la costumbre de colocarme más cerca del señor mariscal.

A propósito de la noche, recuerdo haber dicho que no cenaba en el castillo, y esto era verdad al principio de nuestras relaciones; pero como el señor de Luxembourg no comía y ni siquiera se sentaba a la mesa, resultó de ahí que al cabo de muchos meses, y teniendo ya familiaridad en la casa, todavía no había comido en su compañía, lo que tuvo la amabilidad de hacerme notar, y esto me determinó a cenar allí alguna vez, cuando había poca gente. Y me agradaba mucho, porque se comía sin aparato y, como suele decirse, en un rincón de la mesa; mientras que la cena era muy larga, porque se hacía con reposo al volver de un largo paseo; muy buena, porque el señor de Luxembourg era gastrónomo; y muy agradable, pues la señora de Luxembourg hacía los honores con una gracia encantadora. Sin esta explicación, difícilmente se comprendería el final de una carta del señor de Luxembourg (Legajo C, núm. 86), donde dice que recuerda con placer nuestros paseos; sobre todo, añade, cuando volviendo al anochecer no hallábamos en el patio huella alguna de las ruedas de carrozas; y es que, como todas las mañanas se pasaba el rastrillo sobre la arena del patio para borrar los surcos, yo deducía por el número de ellos, el de la gente que había acudido durante la tarde.

En el trascurso de este año de 1761 llegaron a su colmo las pérdidas continuas que sufrió este buen señor, desde que yo tenía el honor de verle: como si los males que me preparaba el destino hubiesen debido empezar por el hombre a quien más quería y que más merecía mi cariño. En el primer año, perdió a su hermana, la señora duquesa de Villeroy; en el segundo a su hija, la señora princesa de Robeck; en el tercero, perdió en el duque de Montmorency a su único hijo, y a su nieto en el conde de Luxembourg, los únicos y últimos herederos de su nombre y de su familia. Soportó todas estas pérdidas con un valor aparente; pero empezó a declinar su salud y su corazón no dejó de manar sangre durante el resto de su vida. La muerte imprevista y trágica de su hijo debió serle tanto más sensible, cuanto que ocurrió precisamente en el momento en que el rey acababa de concederle para dicho hijo, y prometerle para su nieto, la sucesión de su empleo de capitán de guardias de corps. Tuvo el pesar de ver extinguirse poco a poco la vida de este último, joven de las más bellas esperanzas, y esto por la ciega confianza de la madre en el médico, que hizo morir a este pobre niño de inanición, dándole medicinas por todo alimento. ¡Ah!, si me hubiesen creído, el abuelo y el nieto vivirían todavía. ¡Cuánto no dije, cuánto no escribí al señor mariscal, qué de advertencias no hice a la señora de Montmorency sobre el régimen más que austero a que sujetaba a su hijo por su fe en el médico! La señora de Luxembourg, que pensaba como yo, no quería usurpar la autoridad de su madre; el señor de Luxembourg, hombre suave y débil, no era amigo de contrariar. La señora de Montmorency tenía en Bordeu una fe de que al fin fue víctima su hijo. ¡Cuán

alegre estaba ese pobre niño cuando le permitían venir a Mont-Louis con la señora de Boufflers, a pedir de comer a Teresa y dar algún alimento a su hambriento estómago! ¡Cuánta lástima me causaban las miserias de la grandeza, cuando veía al único heredero de tantos bienes, de tan alto nombre, de tantos títulos y dignidades, devorar con la avidez de un mendigo un mezquino pedacito de pan! En fin, por más que hice y dije, triunfó el médico y el niño murió de hambre.

La misma confianza en los charlatanes, que hizo morir al nieto, abrió el sepulcro del abuelo, junto con la pusilanimidad en querer ocultar los achaques de la edad. El señor de Luxembourg había tenido por intervalos un poco de dolor en el dedo gordo del pie, y en Montmorency le dio un ataque que le produjo insomnio y un poco de fiebre. Yo me aventuré a pronunciar la palabra gota, y la señora de Luxembourg me reprendió. El ayuda de cámara, cirujano del señor mariscal, sostuvo que no era gota, y se puso a curar la parte dañada con un bálsamo tranquilo. Desgraciadamente se calmó el dolor, y cuando reapareció, no dejaron de emplear el mismo remedio que lo había calmado; su constitución se alteró, aumentaron los males y con ellos los remedios; y la señora de Luxembourg, que vio al fin que lo que tenía su marido era la gota, se opuso a aquel insensato tratamiento. Entonces se ocultaron de ella, y el señor de Luxembomg murió por su propia culpa al cabo de algunos años, por haberse obstinado en curar. Pero no nos adelantemos tanto en la relación de las desdichas: ¡cuántas otras he de referir antes de ésta!

Es singular la fatalidad con que todo lo que podía yo hacer y decir se convertía en motivo de disgusto para la señora de Luxembourg, precisamente cuando más deseo tenía de conservar su benevolencia. Las repetidas aflicciones que aquejaban al señor de Luxembourg aumentaban en mí el afecto que le tenía, y por consiguiente, el que me merecía la señora de Luxembourg, porque siempre me han parecido tan sinceramente unidos, que los sentimientos que uno de ellos me inspiraba se extendían necesariamente al otro. El señor mariscal envejecía; su asiduidad en la corte, los cuidados que le ocasionaba, las continuas cazas y, sobre todo, la fatiga del servicio, exigían el vigor de un joven, y yo no veía el suyo nada capaz de sostener esta carrera. Puesto que sus títulos debían ser dispersados, y su nombre debía extinguirse con él, poco le importaba continuar una vida laboriosa, cuyo principal objeto había sido obtener el favor del príncipe para sus hijos. Un día en que estábamos solos los tres, quejándose de las fatigas de la corte, como hombre a quien sus pérdidas habían descorazonado, osé hablarle de retiro, y darle el consejo que Cineas dio a Pirro. Él suspiró, sin responder decisivamente. Mas en el primer momento en que la señora de Luxembourg me vio a solas, me riñó vivamente por este consejo, que pareció haberla alarmado, añadiendo una reflexión que me pareció muy justa, y me hizo renunciar a tratar otra vez de este asunto; y es que el hábito prolongado de vivir en la corte se convertía en una necesidad verdadera, que al presente era hasta una distracción para el señor de Luxembourg, y que el retiro que yo le aconsejaba sería para él más que un reposo un destierro donde la ociosidad, el fastidio y la tristeza pronto acabarían por

consumirle. Aunque ella debió ver claramente que me había persuadido, aunque debió contar con la promesa que le hice y que cumplí, jamás pareció estar completamente tranquila sobre este punto, y recuerdo que desde entonces mis entrevistas con el señor mariscal fueron más raras y casi siempre interrumpidas.

Mientras mi torpeza y mala suerte de consuno me perjudicaban respecto a ella, las personas cuyo trato más frecuentaba y a quienes más quería estaban lejos de favorecerme. Sobre todo, el abate de Boufflers, joven tan brillante cuanto es posible serlo, nunca me pareció dispuesto en favor mío; y no solamente fue el único del círculo de la señora mariscala que jamás me dispensó la menor atención, sino que hasta noté que en todos los viajes que hacía a Montmorency perdía yo algo en ella; verdad es que, aun sin quererlo él mismo, bastaba para ello su sola presencia, pues la sal y gracia de sus agudezas hacían resaltar mis pesados *spropositi*. Los dos primeros años vino raras veces a Montmorency, y entonces me sostuve regularmente por efecto de la indulgencia de la señora mariscala; pero tan pronto como vino más frecuentemente, quedé anonadado sin remedio. Yo hubiera querido refugiarme bajo sus alas, y hacer de modo que me cobrase amistad; pero la misma causa que me obligaba a agradarle me impidió lograrlo; y lo que hice con poca destreza a este fin, acabó de perderme con la señora mariscala, sin valerme nada por parte de él. Con tanta capacidad hubiera podido distinguirse en todo; mas la imposibilidad de aplicarse y el gusto por la disipación le han impedido pasar de una medianía. Posee, en cambio, muchos conocimientos, que es cuanto se necesita en el gran mundo, donde él quería brillar.

Versificaba regularmente, escribía buenas cartas, tocaba un poco el sistro y pintarrajeaba algo al pastel. Ocurrióle hacer el retrato de la señora de Luxembourg, y resultó un emplasto. Ella dijo que en nada se le parecía, y era la verdad. El muy pícaro me consultó a mí; y yo, como un bobo y un embustero, dije que era parecido. Quería lisonjear al abate; pero con esto hacía poco favor a la señora mariscala, quien apuntó este rasgo en el registro de mis torpezas; y el abate habiendo logrado su objeto, se burló de mí. Este tardío ensayo me enseñó a no querer halagar ni adular a despecho de Minerva.

Mi talento consistía en saber decir a los hombres verdades útiles, pero duras, con bastante valor y energía; fuerza era atenerme a esto. Yo no había nacido para decir lisonjas, ni aun siquiera para cantar alabanzas. El poco acierto de las que he querido formular me ha causado más daño que la acritud de mis censuras. Voy a citar de ello un ejemplo tan terrible, que sus consecuencias no sólo han decidido de mi destino para el resto de mi vida, sino que tal vez determinarán mi reputación en la posteridad.

Durante los viajes a Montmorency, venía alguna vez el señor de Choiseul a cenar en el castillo, adonde un día llegó a tiempo que yo salía. Se habló de mí: el señor de Luxembourg le refirió lo que me había pasado en Venecia con el señor de Montaigu, y el de Choiseul dijo ser lástima que yo hubiese abandonado esta carrera, añadiendo que si me resolvía a entrar de nuevo en ella, tendría un gran placer en colocarme. El

señor de Luxembourg me lo participó, y lo agradecí tanto más cuanto que no estaba acostumbrado a verme mimado por los ministros; y, a pesar de mis resoluciones, quizá no hubiera sabido abstenerme de cometer la locura de aceptar, si mi salud me hubiese permitido pensar en ello. Jamás se apoderó de mí la ambición sino en los cortos intervalos que otras pasiones me dejaban libre; mas uno de estos intervalos hubiera bastado para vencerme. Esta buena intención del señor de Choiseul ganó mi corazón, o acrecentó el aprecio en que le tenía por el talento que revelaban algunas operaciones de su ministerio; particularmente el *Pacto de familia* me pareció anunciar un hombre de Estado de primer orden. También le era favorable en mi estimación el poco caso que yo hacía de sus predecesores, sin exceptuar a la señora de Pompadour, a quien consideraba como un primer ministro; y cuando corrió el rumor de que uno de los dos echaría al otro, creí hacer votos por la gloria de Francia haciéndolos por que triunfase el señor de Choiseul. La señora de Pompadour siempre me había sido antipática, aun cuando, antes de su fortuna, la había visto en casa de la Poplinière llevando todavía el nombre de señorita de Etioles. Posteriormente me disgustó su silencio en la cuestión de Diderot, así como su modo de proceder conmigo, lo mismo con motivo de *Las fiestas de Ramiro* y de *Las musas galantes,* como respecto a *El adivino de la aldea,* que no me había valido, en ningún sentido, productos proporcionados al éxito que obtuvo; y en todas ocasiones la había encontrado poco dispuesta a favorecerme; esto no obstó para que el caballero Lorenzi me dijese que debería hacer algo en loor de la señora de Pompadour, insinuándome que esto podría serme útil. Yo me indigné, tanto más cuanto que vi claramente que no lo decía de *motu proprio,* sabiendo que este hombre, nulo por sí mismo, era incapaz de obrar sino por impulso ajeno. Yo no sé contenerme bastante para haber podido ocultarle el desdén que me inspiraba su proposición, ni disimular a nadie mi poca inclinación hacia la favorita; estaba seguro de que ella lo conocía, y todo esto agregaba a mi natural inclinación mi propio interés en los votos que hacía por el señor de Choiseul. Preocupado por el aprecio que su talento me merecía, que era cuanto de él conocía; lleno de agradecimiento por su buena voluntad; ignorando por lo demás totalmente, desde mi retiro, sus gustos y su modo de vivir, le miraba de antemano como el vengador del público y el mío; y, como a la sazón daba al *Contrato social* la última mano, indiqué en él con un solo rasgo lo que pensaba de los ministerios precedentes y del que empezaba a eclipsarlos. En esta ocasión falté a mi más constante máxima, y, además, no tuve presente que, cuando se quiere alabar o vituperar con energía, sin citar nombres, es preciso adaptar de tal modo los elogios a las personas a quienes se refieren, que el amor propio más susceptible no pueda encontrar en ellos el menor equívoco. En este punto me hallaba tan confiado que ni siquiera se me ocurrió la idea de que pudiese haber quien se equivocase. Pronto se verá si acerté.

Una de las cosas molestas que me ocurrían consistía en tener siempre autoras entre mis relaciones. Yo creía evitarlo, a lo menos con la grandeza; pero no fue así: aun allí hube de encontrarme con lo mismo. No obstante, que yo sepa, la señora de

Luxembourg jamás tuvo esta manía; pero sí la señora condesa de Boufflers. Escribió ésta una tragedia en prosa, que fue leída, paseada y encomiada entre los amigos del señor príncipe de Conti, y acerca de la cual, aun no satisfecha con tantos elogios, quiso consultarme también a mí para obtener los míos, que le dispensé, aunque moderados, tales como la obra lo merecía. Además creí deber advertirle que su obra, intitulada *El esclavo generoso*, se parecía mucho a otra inglesa muy poco conocida, pero, sin embargo, traducida, intitulada *Oroonoko*. La señora de Boufflers me dio las gracias por el aviso, asegurándome, con todo, que su drama nada tenía de común con el otro. Yo jamás he hablado de este plagio a nadie más que a ella misma, y esto para cumplir una obligación que ella me había impuesto, lo que no ha obstado para que este paso me recordase a menudo desde entonces el resultado del que dio Gil Blas cumpliendo con el arzobispo predicador.

Además del abate de Boufflers, que no me quería, además de la señora de Boufflers, que tenía conmigo resentimientos que ni las mujeres ni los autores perdonan jamás, ninguno de los demás amigos de la señora mariscala me pareció nunca dispuesto a serlo mío. Uno de ellos era el presidente Hénault, el cual, relacionado con los autores, participaba de sus defectos; lo mismo la señora du Deffand y la señorita de Lespinasse, ambas muy relacionadas con Voltaire, e íntimas amigas de D'Alembert, con quien acabó por unirse la última, se entiende, dignamente y con honor, y no puede entenderse de otro modo. Al principio había empezado yo por interesarme mucho por la señora du Deffand, a quien la pérdida de la vista convertía para mí en un objeto de conmiseración; pero su modo de vivir, tan contrario al mío, que la hora de levantarse del uno era casi la de acostarse del otro; su ilimitada pasión por los ingenios juguetones; la importancia que daba, ya en bien, ya en mal, a los más miserables estropajos que aparecían: el despotismo y apasionamiento de sus oráculos; su capricho exagerado a favor o en contra de cualquier cosa, que no le permitía hablar de nada sino convulsivamente; sus increíbles preocupaciones, su invencible obstinación, el entusiasmo por disparatar a que le llevaba la terquedad de sus apasionados juicios; todo esto desvaneció rápidamente mi deseo de dedicarme a su amistad. Desde aquel momento disminuyó mi asiduidad, y bastó que lo notase para enfurecerse conmigo; yo, aunque conociendo cuán temible era una mujer de este carácter, preferí exponerme al azote de su odio que al de su amistad.

Como si no bastase tener tan pocos amigos entre los de la señora de Luxembourg, tenía además enemigos en la familia. No fue más que uno, mas por la posición en que hoy día me encuentro vale tanto como ciento. No es éste ciertamente su hermano, el señor duque de Villeroy; porque no solamente había venido a verme, sino que me había invitado varias veces a que fuese a Villeroy; y como yo había respondido a esta invitación tan discreta y respetuosamente como me había sido posible, partiendo de esta respuesta vaga como si fuese un consentimiento, había dispuesto con los señores de Luxembourg un viaje de unos quince días, en el cual debía yo tomar parte y me fue propuesto. Como los cuidados que exigía mi salud no me permitían entonces

viajar sin peligro, supliqué al señor de Luxembourg que tuviese la bondad de excusarme. Por su respuesta (legajo D, núm. 3), puede verse que esto se hizo con la mejor armonía imaginable; y el señor duque de Villeroy no me manifestó menos benevolencia que antes. Su sobrino y heredero, el joven marqués de Villeroy, no participó respecto a mí de los sentimientos con que su tío me honraba, y, lo confieso, tampoco del respeto que éste me merecía. Sus aires de tronera me lo hicieron insoportable, y mi frialdad me granjeó su aversión. Una noche en la mesa llegó hasta el punto de jugarme una pasada, de que salí malamente porque soy estúpido, porque no tengo presencia de ánimo, y porque el enojo, en vez de aguzar la poca que tengo, me la quita. Yo tenía un perro que me habían dado cachorro, a poco de mi llegada al Ermitage y a quien puse por nombre Duque. Este perro, no bonito, pero sí raro en su especie, en quien tenía un compañero y un amigo, y que ciertamente merecía mejor este título que la mayor parte de los que lo llevan, había llegado a ser célebre en el castillo de Montmorency, por su instinto afectuoso, sensible y por el cariño que mutuamente nos profesábamos; mas por una pusilanimidad muy tonta, había cambiado su nombre por el de Turco,[100] como si no hubiese otros innumerables perros que se llaman Marqués, sin que ningún marqués se ofenda. El marqués de Villeroy, que supo este cambio de nombres, me atacó de tal modo con este motivo, que me vi obligado a referir en plena mesa lo que había hecho. Lo que había en ello de ofensivo en cuanto al nombre de *Duque* no consistía tanto en habérselo dado al perro como en habérselo quitado, y lo peor fue que estaban presentes varios duques; el señor de Luxembourg lo era y su hijo también. El marqués de Villeroy, que había de serlo, y lo es hoy día, se gozó cruelmente con el apuro en que me había puesto, y con el efecto que esto produjo. Al día siguiente me aseguraron que su tía le había reprendido duramente por ello; puede juzgarse si, dado el caso que existiese esta reprimenda, ha podido serme muy favorable en su ánimo.

Contra todo esto no tenía, lo mismo en el palacio de Luxembourg que en el Temple, otro apoyo que el del caballero Lorenzi, que hizo profesión de ser amigo mío; pero lo era más de D’Alembert, a la sombra del cual pasaba entre las mujeres por un gran geómetra. Era aquél, a la sazón, el chichisbeo, o mejor, el comodín de la señora condesa de Boufflers, muy amiga también de D’Alembert; y el caballero de Lorenzi no existía ni pensaba sino por ella. Por consiguiente, lejos de tener alguien que sirviese de contrapeso a mi ineptitud para sostenerme cerca de la señora de Luxembourg, cuanto la rodeaba parecía concurrir a desprestigiarme. No obstante, fuera del *Emilio*, de que quiso encargarse, me dio por ese tiempo otra prueba de interés y benevolencia, que me hizo creer que, aun disgustándose conmigo, me conservaba y conservaría siempre la amistad que tantas veces me había prometido para toda la vida.

Tan luego como creí poder contar con este sentimiento de su parte, empecé por aliviar mi corazón con ella, confesándole todas mis faltas; teniendo la inviolable máxima de manifestarme a los ojos de amigos tal como soy exactamente: ni mejor ni

peor. Le declaré las relaciones que me ligaban a Teresa, y todo lo que de ellas había resultado, sin omitir lo que había hecho de mis hijos. Ella recibió mis confesiones muy bien, hasta demasiado bien, no dirigiéndome las censuras que merecía; y lo que sobre todo me conmovió vivamente fue ver las finezas que prodigaba a Teresa, haciéndole regalitos, llamándola, exhortándola a que fuese a verla, recibiéndola con mil caricias y abrazándola con frecuencia delante de todos. Esta pobre muchacha estaba radiante de alegría y de agradecimiento, que yo compartía con ella, pues los favores que en ella me dispensaban los señores de Luxembourg me conmovían mucho más vivamente aun que los que me hacían directamente.

Durante mucho tiempo las cosas siguieron así: mas, al fin, la señora mariscala llevó su bondad hasta el punto de querer retirar uno de mis hijos. Ella sabía que yo había hecho poner una seña en las mantillas del mayor; me pidió el duplicado y se lo entregué. Para ir a buscarlo, se valió de La Roche, su ayuda de cámara y hombre de su confianza, que hizo vanas pesquisas, no hallando nada, aunque al cabo de sólo doce o catorce años, si los registros de la inclusa hubiesen estado en debido orden, o las investigaciones se hubiesen hecho con cuidado, esa señal hubiera debido encontrarse. Sea como fuere, este mal resultado no me causó tanto pesar, como si no hubiese perdido de vista al niño desde su nacimiento. Si a favor de la señal me hubiesen presentado alguno por mío, la duda de si en efecto lo era, de si no habría sido sustituido por otro, me habría oprimido el corazón a causa de la incertidumbre y no habría gozado con todo su embeleso; los verdaderos sentimientos de la naturaleza para mantenerse necesitan apoyarse en el hábito, a lo menos durante la infancia. El alejamiento prolongado de un hijo a quien no se conoce, aun debilita y destruye al fin los sentimientos paternos y maternos, y jamás amaremos tanto al que se da a una ama de leche como al que se ha criado ante nuestros ojos. Esta reflexión puede atenuar mis culpas en sus efectos, pero en cambio las agrava en su origen.

Quizá no será inútil consignar que, por medio de Teresa, este mismo La Roche conoció a la señora Le Vasseur, a quien Grimm continuaba teniendo en Deuil, junto a la Chevrette, y muy cerca de Montmorency. Cuando yo partí, me valí de La Roche para seguir remitiendo a esta mujer el dinero que nunca he cesado de enviarle y creo que a menudo le llevaba también presentes de parte de la señora mariscala; así, pues, no había por qué compadecerla, aunque ella se quejaba siempre. En cuanto a Grimm, como no me gusta hablar de las personas a quienes debo aborrecer, jamás hablé de él a la señora de Luxembourg sino a pesar mío; pero ella lo trajo a colación diversas veces, sin decirme qué concepto le merecía, y sin dejarme penetrar jamás si era o no conocido suyo. Como no me gusta ser reservado con las personas a quienes amo si no lo son conmigo, sobre todo cuando se trata de lo que les concierne a ellas, posteriormente he pensado varias veces en aquella reserva, pero sólo cuando otros hechos han traído esta reflexión naturalmente.

Después de haber pasado mucho tiempo sin oír hablar del *Emilio*, desde que lo había entregado a la señora de Luxembourg, supe al fin que se había vendido en París

al librero Duchesne; y éste había realizado un trato acerca de la misma obra con Néaulme, de Amsterdam. La señora de Luxembourg me envió los dos duplicados del contrato celebrado con Duchesne para que los firmase. En éstos vi que la letra era de la misma mano que la de las cartas que me dirigía el señor de Malesherbes, quien no me escribía de su propio puño, y esta certeza de que aquel contrato se hacía a la vista y con anuencia del magistrado, hizo que los firmase con confianza. Duchesne me daba seis mil francos por el manuscrito, mitad al contado, y creo que cien o doscientos ejemplares. Habiendo firmado los dos duplicados, se los devolví a la señora de Luxembourg, quien así lo deseaba, y conservó uno, entregando el otro a Duchesne, sin devolverme el primero, que jamas he vuelto a ver.

El agradecimiento que debía a los señores de Luxembourg me había distraído un tanto de mi proyecto de retiro; pero no me había hecho renunciar a él. Aun en el periodo en que más favor gozaba por parte de la señora mariscala, siempre conocí que mi sincero afecto hacia el señor mariscal o hacia ella era lo único que podía hacerme soportable cuanto les rodeaba; y todos mis apuros consistían en conciliar esta afición con un género de vida más conforme con mis gastos y menos contraria a mi salud, que continuamente mantenían alterada aquellas cenas y molestias, a pesar de todo el cuidado que ponían en no exponerme a empeorar: porque así en este punto como en todo, las atenciones que me tenían fueron llevadas hasta donde era posible; por ejemplo, todas las noches el señor mariscal, que se acostaba temprano, quieras que no, me acompañaba al retirarme, lo que no dejó de hacer sino hasta poco antes de mi desgracia, sin que me sea posible adivinar la causa.

Aun antes de notar el enfriamiento de la señora mariscala, a fin de no exponerme a él, ya deseaba realizar mi antiguo proyecto; mas, careciendo de medios para realizarlo, me vi obligado a esperar la conclusión del contrato sobre el *Emilio.* Mientras tanto di la última mano al *Contrato social,* y se lo remití a Rey, admitiendo los mil francos que me dio por él. Tal vez no debo omitir un hecho que tiene relación con este manuscrito; remitílo bien cerrado a Duvoisin, pastor del país de Vaud y capellán del palacio de Holanda, que venía a verme una que otra vez, y se encargó de enviarlo a Rey, con quien estaba en relaciones. Este original, escrito en letra menuda, era muy pequeño y no llenaba su faltriquera. Sin embargo, al entrar en la ciudad, no sé cómo cayó en manos de los guardas, quienes lo abrieron, lo examinaron, y cuando lo reclamó en nombre del embajador lo devolvieron en seguida; lo que le facilitó poder leerlo, como me confesó ingenuamente haberlo hecho, elogiando mucho la obra y sin decir una palabra de crítica ni de censura, reservándose indudablemente ser el vengador del cristianismo para cuando se hubiese publicado. Volvió a cerrar el manuscrito y se lo remitió a Rey. Tal fue en substancia la narración que me hizo en la carta en que me dio cuenta de este asunto, y es cuanto de ello he sabido.

Además de estos dos libros y de mi *Diccionario musical,* en que seguía trabajando a intervalos, tenía algunos otros escritos de menos importancia, todos en disposición de publicarse, y que aun me proponía dar a luz, separadamente o bien

incluyéndolos en una colección completa de mis obras, si alguna vez llegaba a emprenderla. El principal de estos escritos, cuya mayor parte se halla aún manuscrita en poder de Peyrou, era un *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, que di a leer al señor de Malesherbes y al caballero de Lorenzi, quien me lo elogió. Yo contaba con que todas estas producciones reunidas me reportarían por lo menos, pagados los gastos, un capital de ocho a diez mil francos, que quería colocar en renta vitalicia a nombre mío y de Teresa; después de lo cual iríamos, como tengo dicho, a vivir juntos en un rincón de provincia, sin dar más al público materia para ocuparse de mí y sin ocuparme yo mismo en otra cosa que en terminar apaciblemente mi carrera, continuando en sembrar alrededor mío todo el bien que me fuese posible y escribir a mis anchas las memorias que meditaba.

Tal era mi proyecto, cuya ejecución vino a facilitar la generosidad de Rey, la que no he de callar. Este librero, de quien tanto mal me dijeron en París, es, no obstante, de cuantos he tratado, el único de quien tuve siempre motivos para quedar satisfecho.[101] A la verdad teníamos con frecuencia disputas sobre la impresión de mis obras; él era ligero, yo arrebatado. Mas en punto a intereses y a lo que se relaciona con ellos, aunque jamás formulásemos contrato alguno en forma, siempre ha obrado conmigo con la mayor exactitud y probidad. Él es también el único que me ha confesado francamente que con mis obras le iba bien; y a menudo me ha dicho que me debía su fortuna, ofreciéndome darme parte de ella. No pudiendo traducir en hechos su gratitud directamente en favor mío, quiso darme un testimonio de ella, a lo menos en la persona de mi ama, a quien señaló una pensión vitalicia de trescientos francos, consignando en el acta que era un agradecimiento a los beneficios que yo le había proporcionado. Esto lo hizo de modo que quedó entre los dos, sin ostentación, sin pretensiones, sin ruido, y si no hubiese sido yo el primero en hablar de ello a todo el mundo, nadie lo hubiera sabido. Este proceder me conmovió de tal modo que, desde entonces me hallo ligado a Rey con una amistad verdadera. Algún tiempo después deseó que fuese padrino de uno de sus hijos, yo accedí a ello, y una de las cosas que más siento en la situación a que me han reducido, es que me hayan imposibilitado de hacer que en adelante mi afecto sea útil a mi ahijada y a sus padres. ¿Por qué, siendo tan sensible a la modesta generosidad de este librero, lo soy tan poco a las ruidosas demostraciones de tantas personas de alto copete que pregonan pomposamente el bien que han querido hacerme y que jamás he experimentado? ¿Es culpa suya o mía? ¿Son ellos vanidosos o soy yo ingrato? Sensato lector, pesa y decide; yo por mi parte me callo.

Esta pensión fue un gran recurso para la manutención de Teresa y un grande alivio para mí. Mas fuera de esto, estaba yo bien lejos de aprovecharme de ella directamente para mí, así como tampoco de los regalos que le hacían. Siempre ha dispuesto de todo ella misma. Cuando yo guardaba su dinero, le rendía cuentas con toda fidelidad, sin emplear jamás un ochavo en nuestros gastos comunes, aun cuando ella tenía más dinero que yo. *Lo que es mío es de los dos*, le decía, *y lo tuyo te*

pertenece a ti sola. Jamás he dejado de portarme con ella en conformidad con esta máxima que le he repetido con frecuencia. Los que han cometido la bajeza de acusarme de que recibía en sus manos lo que rehusaba en las mías, juzgaban sin duda de mi corazón por los suyos y me conocían muy mal. Yo aceptaría sin escrúpulo el pan que ella hubiese ganado, pero nunca lo que le hubiesen dado. En este punto apelo a su propio testimonio ahora y cuando, según el curso natural de las cosas, me sobreviva. Desgraciadamente es poco económica bajo todos conceptos, poco cuidadosa y gasta mucho, no porque sea vana y golosa, sino únicamente por negligencia. Nada es perfecto aquí abajo; y puesto que es preciso que sus excelentes cualidades tengan un contrapeso, prefiero que tenga defectos a que tenga vicios, aunque aquéllos nos causen tal vez más daño a entrambos. Los cuidados que me he tomado por ella, como en otro tiempo por mamá, a fin de acumularle algunos ahorros que pudiesen servirle algún día de recurso, son inimaginables; pero siempre fueron trabajo perdido. Ni una ni otra han podido contar jamás consigo mismas; y, a pesar de todos mis esfuerzos, siempre han gastado cuanto han recibido. Por más sencillamente que Teresa vista, la pensión de Rey jamás le habría bastado para ello, si yo no le hubiese añadido algo todos los años. Ni ella ni yo hemos nacido para ser ricos jamás; pero esto no lo cuento en el número de nuestras desdichas.

El *Contrato social* se imprimía con bastante rapidez. No así el *Emilio,* cuya publicación esperaba para realizar el proyecto de retiro que acariciaba. De cuando en cuando Duchesne me enviaba modelos de impresión para escoger, y cuando había elegido, en vez de empezar me remitía otros. Cuando al fin hubimos resuelto acerca de la forma y de la letra, y cuando había ya muchas hojas impresas, por una ligera modificación que hice en una prueba, lo empezó todo de nuevo, y al cabo de seis meses nos encontrábamos como el primer día. Durante todos estos ensayos vi claramente que la obra se imprimía en Francia al mismo tiempo que en Holanda, y que se hacían a la vez dos ediciones. Lejos de haber sido cómplice en la edición de Francia, siempre me había opuesto a que se hiciese; mas al fin, puesto que de grado o por fuerza se llevaba a cabo, y puesto que servía de modelo para la obra, era forzoso verla y corregir las pruebas a fin de evitar que estropeasen y desfigurasen mi libro. Por otra parte, el magistrado se conformaba de tal modo con la impresión de esta obra, que en cierto modo era él mismo quien dirigía la empresa, me escribía muy a menudo y hasta vino a verme con este motivo en la ocasión de que voy a hablar en breve.

Mientras que Duchesne avanzaba a paso de tortuga, retenido por él, Néaulme seguía aun más lentamente, pues no le remitían con fidelidad los pliegos a medida que se imprimían. Creyó éste notar mala fe en el proceder de Duchesne, es decir, de Guy, que hacía sus veces; y viendo que no se cumplía lo pactado, me escribía carta tras carta llenas de clamores y quejas que yo podía remediar menos aun que las que yo mismo tenía. Su amigo Guérin, que a la sazón me veía con frecuencia, me hablaba incesantemente de este libro, pero siempre con la mayor reserva. Sabía y no sabía que

se imprimía en Francia; sabía y no sabía que el magistrado andaba en ello; compadeciéndome por los quebrantos que me iba a causar este libro, parecía acusarme de imprudencia sin quererme decir jamás en qué consistía; siempre hablaba con segunda intención y buscaba rodeos; parecía no hablar sino para hacerme hablar a mí. Mi confianza era entonces tan completa, que me reía del tono circunspecto y misterioso que empleaba en este asunto, como de una costumbre contraída en los despachos de los ministros y magistrados que frecuentaba. Seguro de haber procedido en toda regla bajo todos conceptos respecto de esta obra, firmemente persuadido de que no sólo podía contar con las simpatías y la protección del magistrado, sino que hasta merecía y tenía el favor del ministerio, me felicitaba de mi valor para hacer bien, y me reía de mis pusilánimes amigos que parecían temer por mí. Uno de ellos fue Duclos, y confieso que mi confianza en su rectitud y en sus luces hubiera podido alarmarme, como lo estaba él, si la hubiese tenido menos en la utilidad de la obra y en la probidad de sus patrocinadores. Desde casa del señor Baille vino a verme a tiempo en que el *Emilio* estaba en prensa y me habló del mismo. Yo le leí la *Profesión de fe del vicario saboyano;* escuchó muy tranquilamente y me parece que con gran placer. Cuando hube concluido, me dijo: «Esto, ciudadano, ¿forma parte de un libro que se imprime en París?». «Sí —dije yo— y deberían imprimirlo en el Louvre, por orden del rey». «Convengo en ello —replicó—, pero hacedme el favor de no decir a nadie que me habéis leído este trozo». Esta sorprendente manera de expresarse me extrañó sin asustarme. Sabiendo que Duclos veía con frecuencia a Malesherbes, me parecía extraño que pensase de un modo tan diferente sobre un mismo objeto.

Hacía más de cuatro años que vivía en Montmorency sin haber pasado un solo día en cabal salud. Aunque allí el aire es excelente, las aguas son malas, y esto podía muy bien ser una de las causas que contribuían a empeorar mis habituales dolencias. Hacia fines del otoño de 1761 se agravó mi enfermedad, y pasé un invierno entero sufriendo sin descanso. El mal físico era aumentado con mil inquietudes, de ahí que éstas fuesen aun más sensibles. Hacía algún tiempo que me turbaban sordos y tristes presentimientos, sin que yo mismo supiese el objeto. Recibía cartas anónimas bastante singulares y también otras firmadas que no lo eran menos. Entre ellas recibí una de un consejero del Parlamento de París, quien descontento del orden de cosas establecido, y no augurando un porvenir lisonjero, me consultaba sobre la elección de un asilo en Ginebra o en Suiza para retirarse con su familia. Otra recibí del señor de…, magistrado presidente en el Parlamento de…, quien me proponía redactar para este Parlamento, que a la sazón estaba mal con la corte, memorias y representaciones: ofreciéndome todos los documentos y materiales que necesitase. Cuando sufro soy susceptible de mal humor; en esta situación me hallaba al recibir estas cartas y se vio en mis respuestas, rehusando redondamente lo que me ofrecían. No me arrepiento de mis denegaciones, porque esas cartas podían ser lazos tendidos por mis enemigos,[102] y lo que me pedían era contrario a principios de que entonces menos que nunca quería apartarme; mas, pudiendo rehusar con dulzura, lo hice con dureza y en esto es

en lo que hice mal.

Las dos cartas que acabo de citar se hallarán entre mis papeles. La del consejero no me sorprendió del todo, porque yo pensaba, como él y muchos otros, que el estado de Francia amenazaba un próximo trastorno. Los desastres de una guerra desgraciada, que procedían de faltas todas del gobierno; el increíble desorden de la hacienda; la continua incertidumbre de la administración, presa hasta entonces de dos o tres ministros en guerra abierta entre sí, y que, para hacerse mutuamente daño, precipitaban el reino a su ruina; el descontento general del pueblo y de todos los cuerpos del Estado; la contumacia de una mujer obstinada que, sacrificando siempre a sus gustos sus luces, si es que las tenía, separaba siempre de los empleos a los más capaces para colocar a los que le agradaban más, todo concurría a justificar la previsión del consejero, del público y la mía. Esta previsión me puso varias veces en el caso de pensar yo mismo en buscar un asilo fuera del reino, antes de que sobreviniesen las sublevaciones que parecían amenazarle; pero tranquilizado por la idea de mi pequeñez y de mi carácter apacible, creí que ninguna tempestad podía penetrar hasta el seno de la soledad donde yo deseaba vivir, y sólo me inquietaba ver que, en este estado de cosas, el señor de Luxembourg se prestaba a desempeñar comisiones que debían hacerle perder algo del buen concepto que merecía su gobierno. Yo hubiera querido que él se procurase una retirada a todo evento, por si llegaba el caso de que la gran máquina se desplomase, como parecía de temer en semejante estado de cosas; y aún hoy mismo me parece indudable que si las riendas del gobierno no hubiesen parado al fin a una sola mano,[103] la monarquía francesa se hallaría ahora reducida al último extremo.

A medida que empeoraba mi estado, iba con más lentitud la impresión del *Emilio*, y fue al fin suspendida, sin que pudiese saber por qué motivo, sin que Guy se dignase escribirme ni responderme, sin que pudiese saber nada de nadie, ni de cuanto pasaba, pues de Malesherbes se hallaba a la sazón en el campo. Una desdicha, cualquiera que sea, jamás me turba ni abate, mientras sepa en qué consiste; pero tengo propensión a temer las tinieblas: me asusta y me repugna su lobreguez; lo misterioso me inquieta siempre, es harto contrario a mi carácter, abierto hasta la imprudencia. Creo que el aspecto del más horroroso monstruo me asustaría poco; mas si de noche creo ver una figura bajo un lienzo blanco, tengo miedo. He ahí, pues, cómo mi imaginación se inflamaba con este prolongado silencio y se empeñaba en forjar fantasmas. Cuanto más a pecho tomaba la publicación de mi mejor y última obra, más me atormentaba buscando qué podía detenerla; y llevándolo siempre todo al extremo, en la suspensión de la impresión del libro, creía ver su supresión. Entre tanto, no pudiendo imaginar ni el por qué ni el cómo, estaba en la incertidumbre más cruel del mundo. Escribía carta tras carta a Guy, al señor de Malesherbes, a la señora de Luxembourg, y las respuestas no venían o no llegaban cuando las aguardaba, lo que me preocupaba de tal modo que me hacía delirar. Por desdicha supe en aquel mismo tiempo que el padre Griffet, jesuita, había hablado del *Emilio* y había citado algunos pasajes. En aquel

instante mi imaginación voló como un rayo y me descubrió todo el misterio de iniquidad; vi en ello la marcha tan clara y seguramente como si me hubiese sido revelada. Figuréme que los jesuitas, furiosos por el tono despreciativo con que hablaba de los colegios, se habían apoderado de mi obra; que eran los que habían detenido la edición; que instruidos por Guerin, su amigo, de mi estado presente, y previendo mi muerte próxima, de la que yo no dudaba, querían retardar la impresión hasta entonces, con el designio de cortar y alterar mi obra, y de achacarme, para llenar sus miras, sentimientos distintos de los míos. La multitud de hechos y de circunstancias que vinieron a agolparse en mi ánimo a causa de esta locura, a darle verosimilitud, más aun, a manifestarme su evidencia y demostración, fue extraordinaria. Yo sabía que Guerin estaba entregado en cuerpo y alma a los jesuitas; y a consejo de éstos atribuía todas las manifestaciones de amistad que aquél me había hecho; creí que por instrucción suya me había instado a tratar con Néaulme; que habían obtenido los primeros pliegos de mi obra de dicho Néaulme; que luego habían encontrado medio de detener la impresión en casa de Duchesne, y tal vez de apoderarse de mi manuscrito para modificarlo a su comodidad, hasta que mi muerte les dejase libres para publicarlo disfrazado a su gusto. A pesar de la zalamería del padre Berthier, siempre había sentido que los jesuitas distaban mucho de quererme, no sólo por ser enciclopedista, sino porque todos mis principios eran aun más opuestos a sus máximas y a su influencia que la incredulidad de mis compañeros, puesto que el fanatismo ateo y el fanatismo devoto, siendo afines por su común intolerancia, pueden hasta llegar a unirse, como lo han hecho en la China y como lo hacen contra mí; mientras que la religión razonable y moral, destruyendo todo poder humano sobre las conciencias, deja sin recurso a los árbitros de este poder. Yo sabía que el señor canciller era también muy amigo de los jesuitas, y temía que el hijo, intimidado por el padre, se viese obligado a abandonarles la obra que había protegido. Hasta creía ver el efecto de este abandono en los embrollos que comenzaban a suscitarme con motivo de los dos primeros libros: exigían cartones por meras bagatelas; cuando los otros dos volúmenes estaban, como lo sabían muy bien, tan llenos de cosas más fuertes, que hubiera sido necesario refundirlos completamente, si hubiesen querido censurarlos al tenor de los primeros. Además sabía, y el mismo señor de Malesherbes me lo había dicho, que el abate de Grave, a quien había encargado inspeccionase esta edición, era también partidario de los jesuitas. No veía más que jesuitas por todas partes, sin pensar que, en vísperas de ser anonadados y enteramente ocupados en su propia defensa, les importaba más ocuparse en otras cosas que en ir a entorpecer la impresión de un libro donde no se trataba de ellos. No digo bien al decir *sin pensar,* porque lo cierto es que pensé en ello; y fue también una objeción que no se olvidó de hacerme el señor de Malesherbes tan luego como tuvo noticia de mi desvarío; pero por una de esas extravagancias del hombre que desde el fondo de su retiro quiere dar con el secreto de los grandes negocios, de que no sabe una palabra, jamás quise creer que los jesuitas estuviesen en peligro, y el rumor que

en este sentido se esparcía me pareció ser un señuelo armado por ellos para adormecer a sus adversarios. Sus pasadas victorias, que jamás se habían desmentido, me daban una idea tan terrible de su poder, que yo deploraba ya la vileza del Parlamento. Sabía que el señor de Choiseul había estudiado con los jesuitas, que la señora de Pompadour no estaba mal con ellos, y que su liga con las favoritas y los ministros había parecido siempre a uno y a otros ventajosa contra sus comunes enemigos. La corte parecía no meterse en nada; y persuadido de que si la Compañía recibía algún rudo golpe, jamás lo recibiría del Parlamento, porque éste no sería bastante fuerte para asestárselo, en esta inacción de la corte hallaba yo el fundamento de su confianza y el augurio de su triunfo. En fin, no viendo en todos los rumores que corrían más que un artificio suyo para poder acudir a todo, no dudaba de que a poco aplastarían al jansenismo, al Parlamento, a los enciclopedistas y a cuantos no hubieran tolerado su yugo; y que si al fin dejaban aparecer mi libro, no sería sin haberlo transformado de modo que les sirviese de arma, prevaliéndose de mi nombre para sorprender a mis lectores.

Me sentía morir. No comprendo cómo esta extravagancia no acabó de sepultarme; tan horrible era para mí la idea de que mi memoria sería deshonrada después de mi muerte en mi mejor y más digna obra. Jamás he temido tanto la muerte; y creo que si me hubiese abandonado la vida en estas circunstancias, habría muerto desesperado. Hoy mismo que veo desarrollarse sin obstáculo la más negra, la más horrenda trama que jamás se ha formado contra la memoria de un hombre, moriré mucho más tranquilo, seguro de dejar en mis escritos un testimonio que triunfará tarde o temprano de las maquinaciones de los hombres.

(1762). El señor de Malesherbes, testigo y confidente de mis inquietudes, empleó para calmarlas una diligencia que prueba la inagotable bondad de su corazón. La señora de Luxembourg contribuyó a esta buena obra, y fue muchas veces a casa de Duchesne para saber lo que sucedía con esta edición. Al fin se volvió a trabajar en esta impresión y siguió con más regularidad, sin que jamás haya podido saber por qué se había suspendido. El señor de Malesherbes tuvo la amabilidad de venir a Montmorency para tranquilizarme, y pudo lograrlo; mi perfecta confianza en su rectitud triunfó del extravío de mi pobre cabeza e hizo eficaz todo lo que él llevó a cabo para calmarme. Habiendo visto mi angustia y mi delirio, era natural que me hallase digno de compasión, y así fue. Entonces recordó las murmuraciones constantemente desmentidas de la cábala filosófica que lo rodeaba. Cuando fui a vivir al Ermitage, divulgaron, como tengo dicho, que yo no aguantaría mucho tiempo. Cuando vieron que perseveraba, dijeron que era por obstinación, por orgullo, por vergüenza de retractarme; pero que me fastidiaba atrozmente y que vivía allí infeliz. El señor de Malesherbes lo creyó así y me lo escribió. Impresionado al ver que participaba de este error un hombre a quien tenía en tanto aprecio, le escribí cuatro cartas consecutivas, donde, haciendo la exposición de los verdaderos motivos de mi conducta, le describí fielmente mis gustos, mis inclinaciones, mi carácter y lo que mi

corazón sentía. Estas cuatro cartas, escritas sin borrador, precipitadamente, a vuela pluma y aun sin ser releídas, son quizá la única cosa que he escrito con facilidad en toda mi vida, y, lo que es muy sorprendente, en medio de mis sufrimientos y del extremo abatimiento en que me hallaba. Gemía, sintiéndome desfallecer, al pensar que dejaba en el ánimo de las gentes honradas una opinión tan falsa de mí; y por medio del bosquejo trazado rápidamente en estas cuatro cartas, procuraba suplir en algún modo la falta de las Memorias que me había propuesto escribir. Estas cartas, que agradaron al señor de Malesherbes, el cual las mostró en París, son una especie de sumario de lo que refiero aquí más detalladamente, y por esto mismo merecen ser conservadas. Entre mis papeles se hallará la copia que hizo sacar él a ruego mío y me remitió algunos años después.

Lo único que en lo sucesivo me afligió, creyendo hallarme próximo a la muerte, fue no tener ningún literato de confianza en cuyas manos pudiese depositar mis papeles para que hiciese una elección después de mi muerte. Desde mi viaje a Ginebra había contraído amistad con Moultou, hacia quien me sentía inclinado y deseaba que viniese a cerrar mis ojos. Yo le manifesté mi deseo y creo que él habría hecho con gusto este acto de humanidad si sus negocios y su familia se lo hubiesen permitido. Privado de este consuelo, quise a lo menos manifestarle mi confianza, remitiéndole la *Profesión de fe del vicario,* antes de su publicación. Esto le fue grato; mas por su respuesta vi que no participaba de la confianza con que yo esperaba el efecto que había de hacer. Deseó poseer algún trozo mío que no lo tuviese nadie más, y le remití una *Oración fúnebre del difunto duque de Orleáns*, que había compuesto para el abate de Arty y que no fue pronunciada por no habérsele encargado a él, contra lo que esperaba.

Cuando se reanudó la impresión, fue siguiendo hasta el fin, tranquilamente, y ocurrió la singularidad de que, habiendo exigido severamente varias correcciones en los dos primeros tomos, dejaron pasar los dos últimos sin decir nada y sin que su contenido obstase en lo más mínimo para la publicación. Con todo, aún experimentaba algún temor que no debo pasar en silencio. Después de haber temido a los jesuitas, temí a los jansenistas y a los filósofos. Enemigo de cuanto lleva el nombre de partido, facción o cábala, jamás he esperado nada bueno de las personas que a ellos pertenecen. Las *Comadres* habían abandonado hacía algún tiempo su antigua estancia y se habían establecido en mi vecindad; de modo que desde su vivienda se oía cuanto se hablaba en la mía y en mi azotea, y desde su jardín podía escalarse muy fácilmente mi torrecilla. En ésta había yo establecido mi gabinete de estudio, de suerte que allí estaba mi mesa cubierta de pruebas y hojas del *Emilio* y del *Contrato social;* y cosiendo estas hojas a medida que me las remitían, tenía mis volúmenes mucho tiempo antes de su publicación. Mi indiscreción, mi dejadez, mi confianza en el señor Mathas, dentro de cuyo jardín me hallaba encerrado, hacía que, olvidándome con frecuencia de cerrar mi torrecilla, la hallase abierta por la mañana; cosa que no me hubiera inquietado si no hubiese creído notar trastorno en mis

papeles. Después de haber hecho esta observación diferentes veces, tuve más cuidado en cerrar la torre, aunque el cerrojo era malo y no podía darse más que media vuelta a la llave. Parando mejor atención, hallé entonces aun más desarreglo que cuando lo dejaba todo abierto. En fin, uno de mis volúmenes quedó eclipsado durante un día y dos noches, sin que me fuese posible dar con él hasta la mañana del tercer día que lo hallé sobre mi mesa. Jamas he sospechado del señor Mathas, ni de su sobrino Dumolin, porque ambos me querían y tengo confianza completa en ellos. En cambio empezaba a tenerla menor en las *Comadres.* Sabía que, a pesar de ser jansenistas, estaban algo relacionadas con D'Alembert y vivían en la misma casa. Esto me inquietó y me obligó a estar más atento. Llevé los papeles a mi cuarto y cesé completamente de ver a aquella gente, porque supe que se vanagloriaban, en muchas casas, de tener el primer volumen del *Emilio,* que yo había cometido la imprudencia de prestarles; y, aunque continuaron siendo mis vecinos, hasta que yo me marché, desde entonces no he vuelto a tener comunicación con ellos.

El *Contrato social* salió a luz uno o dos meses antes que el *Emilio.* Rey, de quien siempre había exigido que no introduciría furtivamente en Francia ninguno de sus libros, se dirigió al magistrado para obtener el permiso de introducir éste por Rouen, adonde hizo el envío por mar. No logró respuesta alguna, y sus fardos permanecieron en Rouen muchos meses, al cabo de los cuales se los devolvieron, después de haber intentado confiscarlos; pero metió Rey tanto ruido, que se los devolvieron. Algunos curiosos trajeron de Amsterdam unos cuantos ejemplares que circularon con poco ruido. Mauléon, que había oído hablar de este libro y que había leído alguna cosa, me habló de él con un tono tan misterioso, que me sorprendió, y hasta me hubiera inspirado cuidado, si, seguro de estar en regla bajo todos conceptos y no tener que reprobarme nada, no me hubiese tranquilizado con mi gran máxima. Además, no dudaba de que el señor de Choiseul, ya dispuesto en favor mío, y agradecido al elogio que el aprecio que me merecía me había dictado al escribir esta obra, me sostendría en esta ocasión contra la malevolencia de la señora de Pompadour.

A la sazón tenía motivos para contar más que nunca con la bondad del señor de Luxembourg, y en caso necesario con su apoyo, porque nunca me dio pruebas de amistad más frecuentes ni más afectuosas. En el viaje de Pascuas no me permitió ir al castillo el triste estado en que me hallaba; entonces él fue a verme todos los días; y viéndome sufrir sin tregua, tanto se empeñó, que me determinó a ser visitado por el hermano Côme;[104] le envió a buscar, lo trajo él mismo, y tuvo el valor, a la verdad raro y meritorio en un gran señor, de quedarse durante la operación, que fue cruel y larga. Sin embargo, no se trataba sino de sondar; pero jamás había podido serlo, ni aun por Morand, que lo probó muchas veces, siempre en vano. El hermano Côme, que tenía una destreza y una ligereza de manos sin igual, logró al fin introducir una algalia muy pequeña, después de haberme hecho sufrir dos horas, durante las cuales me esforcé por retener las quejas, a fin de no desgarrar el compasivo corazón del buen mariscal. Al primer examen, el hermano Côme creyó encontrar una gran piedra,

y me lo dijo; al segundo no la encontró ya. Después de haber comenzado la operación por segunda y tercera vez, con un cuidado y una exactitud que me hicieron hallar más largo el tiempo, declaró que no había piedra, pero que la próstata era cirrosa y de un tamaño extraordinario; halló la vejiga grande y en buen estado, y acabó por declararme que yo sufriría mucho y que viviría largo tiempo. Si la segunda predicción se cumple como la primera, no está próximo el fin de mis males.

Así es como, después de haber sido tratado sucesivamente durante tantos años por males que no tenía, supe al fin que mi enfermedad, incurable sin ser mortal, duraría tanto como yo. Mi imaginación, reprimida por este conocimiento, no me presentó ya la perspectiva de una muerte cruel en medio de los dolores del cálculo. Cesé de temer que un cabo de candelilla que hacía mucho tiempo se me había roto en la uretra, hubiese formado el núcleo de una piedra. Libre de los males imaginarios, para mí más crueles que los reales, sobrellevé mejor estos últimos. Desde entonces he sufrido constantemente mucho menos de mi enfermedad, y nunca puedo acordarme de que debo este alivio al señor de Luxembourg sin enternecerme nuevamente con su memoria.

Vuelto, por decirlo así, a la vida, y más que nunca ocupado en el plan con arreglo al cual quería pasar el resto de ella, para ejecutarlo sólo esperaba la publicación del *Emilio.* Pensaba en la Turena, donde había estado ya, y que me agradaba mucho, tanto por la dulzura del clima, como por la de los habitantes.

La terra molle e lieta e dilettosa
Símili a se gli abitator produce.[105]

Yo había hablado ya de mi proyecto al señor de Luxembourg, que quiso hacerme desistir de él; mas otro día le volví a hablar del mismo, como de cosa resuelta. Entonces me propuso el castillo de Merlou, a quince leguas de París, como un asilo que podía convenirme, y en el cual él y la duquesa tendrían un placer en establecerme. Esta proposición me conmovió y no me desagradó. Ante todo era preciso ver el lugar y convinimos el día en que el señor mariscal había de enviar a su ayuda de cámara con un coche para llevarme allá. El día convenido me hallé muy incómodo; preciso fue aplazar el viaje, y los contratiempos que sobrevinieron me privaron de llevarlo a cabo. Posteriormente supe que Merlou no pertenecía al señor mariscal, sino a su señora, y esto me consoló más fácilmente de no haber ido.

Al fin apareció el *Emilio* sin que oyese hablar más de cartones ni de ninguna otra dificultad. Antes de su publicación el señor mariscal me pidió todas las cartas de Malesherbes referentes a esta obra. La gran confianza que ambos me merecían y mi profunda tranquilidad de espíritu me impidieron reflexionar en lo que esto tenía de extraordinario y aun de alarmante. Anteriormente el señor de Malesherbes me había indicado que retiraría las cartas escritas por mí a Duchesne durante mi inquietud acerca de los jesuitas, y fuerza es confesar que no hacían mucho honor a mi razón.

Mas yo le dije que en ningún caso quería pasar por mejor de lo que era y que podía dejarle aquellas cartas. Ignoro lo que hizo.

Este libro no fue recibido con aquel estrépito de aplausos que alcanzaban todos mis escritos. Jamás hubo publicación alguna que obtuviese tantos elogios particulares, ni tan poca aprobación del público. Lo que de ella me dijeron, lo que me escribieron las personas más capaces de juzgarla, me confirmaron en la creencia de que ésta era la mejor y más importante de mis obras. Mas todo esto fue dicho con las más singulares precauciones, como si hubiese importado conservar secreto lo bien que de ella se pensaba. La señora de Boufflers, que me indicó que el autor de este libro merecía estatuas y el homenaje de todo el género humano, me rogó sin rodeos, al final de su carta, que se la devolviera. D'Alembert, el cual me escribió diciéndome que esta obra ponía fuera de duda mi superioridad, y había de colocarme a la cabeza de todos los literatos, no firmó su carta, aunque había firmado todas las que hasta entonces me había dirigido. Duclos, amigo seguro, hombre veraz, pero circunspecto, que apreciaba este libro, evitó hablarme de él por escrito. La Condamine se fijó en la *Profesión de fe,* y se escapó por la tangente. Clairant en su carta se limitó al mismo trozo: pero no temió expresar la emoción que le había causado; y textualmente me dijo que esta lectura había reanimado su viejo espíritu: de todas las personas a quienes remití mi libro fue el único que dijo alta y libremente a todo el mundo el buen concepto que le merecía.

Mathas, a quien asimismo di un ejemplar antes de que se pusiese en venta, lo prestó al señor de Blaire, consejero del Parlamento, padre del intendente de Estrasburgo. Blaire tenía una quinta en Saint-Gratien, y Mathas, antiguo conocido suyo, iba a verle allí algunas veces cuando podía. Dióselo a leer antes de haber circulado, y Blaire, al devolvérselo, le dijo estas mismas palabras, que me fueron repetidas el mismo día: «He aquí un libro magnífico, señor Mathas, pero del cual se hablará en breve más de lo que desearía su autor». Cuando éste me lo dijo me eché a reír, no viendo en ello más que la importancia de un togado que hace de todo un misterio. Ninguna de las frases alarmantes que se me dirigieron me causó más impresión, y lejos de prever de ningún modo la catástrofe que tan cerca estaba, seguro de la utilidad y de la bondad de mi libro; seguro de haber obrado en toda regla bajo todos conceptos; seguro, como creía estarlo, de la influencia de la señora de Luxembourg, y hasta del favor del ministerio, yo mismo me aplaudía la resolución de retirarme en lo mejor de mis triunfos, y cuando acababa de aplastar a todos mis émulos.

Sólo una cosa me inquietaba en la publicación de esta obra, y esto menos por mi seguridad que por descargo de mi corazón. En el Ermitage y en Montmorency, había visto de cerca y con indignación las vejaciones que un exceso de celo en favor de los placeres de los príncipes hace caer sobre los infelices labradores, obligados a sufrir los perjuicios que causa la caza en sus campos, sin osar defenderse a no ser a fuerza de ruido, y viéndose en la necesidad de pasar la noche junto a sus habas y guisantes,

con calderos, tambores y cascabeles, para ahuyentar los jabalíes. Testigos de la bárbara crueldad con que el señor conde de Charolais hacía tratar a esas pobres gentes, había dicho algo sobre esta crueldad hacia el fin del *Emilio.* Ésta fue otra infracción de mis máximas que no ha quedado impune. Supe que los servidores del señor príncipe de Conti no se portaban con mucha menos dureza en sus tierras; temí que este príncipe, a quien tenía un respeto y agradecimiento profundos, creyese dicho para él lo que me había inspirado el sentimiento de humanidad irritado contra su tío y se ofendiese por ello. No obstante, como mi conciencia estaba completamente segura acerca de este punto, me tranquilicé apoyándome en ella e hice bien. A lo menos nunca he sabido que este gran príncipe se haya fijado en este pasaje, escrito mucho tiempo antes de que él me conociera.

Pocos días antes o después de la publicación de mi libro, porque no recuerdo exactamente el tiempo, apareció otra obra sobre el mismo tema, sacada, palabra por palabra, de mi primer tomo, a excepción de algunas vulgaridades que habían mezclado en este extracto. Este libro llevaba el nombre de un ginebrino llamado Balexsert, y en la portada decía haber ganado el premio en la academia de Harlem. Fácilmente comprendí que esta academia y este premio eran una creación flamante para ocultar el plagio a los ojos del público; mas también vi que había en esto alguna intriga previa de que no comprendí una palabra; ya porque se hubiese comunicado mi manuscrito, sin lo cual no hubiera podido hacerse este robo, ya con el objeto de inventar la historia de este pretendido premio, a la cual era preciso dar algún fundamento. Hasta muchos años después no penetré el misterio, y entreví lo que había puesto en juego el señor Balexsert por algunas palabras escapadas a Ivernois.

Los sordos mugidos que preceden a la tempestad empezaban a dejarse oír, y todas las personas de alguna penetración vieron claramente que, con motivo de mi libro y de mí, se tramaba una conjuración que no tardaría en estallar. Por mi parte, tal fue mi confianza y mi estupidez, que, lejos de prever mi desdicha, ni siquiera sospechaba la causa después de haber sentido sus efectos. Empezaron por divulgar con bastante destreza, que pues había tal encono contra los jesuitas, no podía manifestarse una indulgencia parcial para con los libros y los autores que atacaban a la religión. Me echaban en cara haber puesto mi nombre en el *Emilio,* como si no hubiese hecho lo mismo con todos mis demás escritos, a lo que nada habían tenido que oponer. Parecían temer verse obligados a practicar algunas diligencias desagradables, pero que harían necesarias las circunstancias a que había dado lugar la imprudencia mía. Llegaron a mí estos rumores sin inquietarme en lo más mínimo; ni siquiera se me ocurrió la idea de que pudiese haber en todo esto nada tocante a mi persona, pues me sentía perfectamente irreprensible, apoyado en regla bajo todos conceptos, y no temía que la señora de Luxembourg me dejase en un atolladero, por una culpa que, si existía, era completamente suya. Pero sabiendo cómo van las cosas en semejantes ocasiones, y que es costumbre proceder contra los libreros, dejando a los autores, estaba con cuidado por el pobre Duchesne, si el señor de Malesherbes le llegaba a

abandonar.

Yo seguí tranquilo. El ruido aumentó y pronto cambió de tono. El público, y sobre todo el Parlamento, parecían irritarse al ver mi tranquilidad. Al cabo de algunos días, la fermentación fue terrible; y cambiando de objeto las amenazas, se encaminaron directamente a mí. Oíase decir sin rebozo a los individuos del Parlamento, que de nada servía quemar los libros, y era necesario quemar a sus autores. En cuanto a los libreros, nadie se ocupaba de ellos. La primera vez que llegaron a mí estos propósitos, más dignos de un inquisidor de Goa que de un senador, creí firmemente que sería una invención de la jauría holbáquica que tendría por objeto asustarme para hacerme huir. Me reí de esta trama pueril, y me decía, burlándome de ellos, que si hubiesen sabido la verdad de las cosas, habrían buscado otro medio para infundirme miedo; mas tales llegaron a ser los rumores, que se vio claramente que la cosa iba de veras. Los señores de Luxembourg habían adelantado este año su segundo viaje a Montmorency, de suerte que ya estaban allí a principios de junio. Oí hablar muy poco de mis nuevos libros, a pesar del ruido que metían en París, los dueños de la casa no me hablaron de ellos una sola palabra. Sin embargo, una mañana en que me hallaba solo con el señor de Luxembourg, éste me dijo: «¿Habéis hablado mal del señor de Choiseul en el *Contrato social*?». «¿Yo? —le dije, retrocediendo de sorpresa—; no, os lo juro; al contrario, con una pluma que no es lisonjera, he hecho de él el mejor elogio que ministro alguno haya recibido». Y en seguida le cité el pasaje. «¿Y en el *Emilio*?» —volvió a preguntar—. «Ni una palabra —respondí yo—; allí no hay nada que a él se refiera». «¡Ah! —dijo con más viveza que de ordinario—; era preciso hacer lo mismo en el otro libro, o ser más claro». «Yo he creído serlo —añadí—; le apreciaba bastante para ello». Iba a tomar de nuevo la palabra, le vi próximo a abrir los labios; pero se detuvo y calló. ¡Desdichada política de cortesano, que en los mejores corazones domina a la amistad misma!

Esta conversación, aunque corta, me dio luz sobre mi situación, a lo menos, bajo cierto punto de vista, y me hizo comprender que, en efecto, era a mí a quien querían dañar. Deploré esta inaudita fatalidad que hacía redundar en perjuicio mío cuanto bien hacía o debía. Sin embargo, puesto que en este asunto la señora de Luxembourg y el señor Malesherbes eran mi escudo, no comprendí cómo podían componérselas para descartarlos a ellos y venirse directamente a mí; porque conocí muy bien desde entonces que ya no se trataba de equidad ni de justicia, y que no se andarían con reparos para examinar si yo era o no culpable. Entre tanto la tempestad mugía más y más. No había nadie, hasta el mismo Néaulme, que en el exceso de su habladuría no manifestase arrepentimiento por haberse metido en nada tocante a esta obra, y la certeza en que parecía estar de la suerte que amenazaba al libro y a su autor. Había con todo una cosa que siempre me daba ánimo; veía a la señora de Luxembourg tan tranquila, tan contenta y hasta tan risueña, que era necesario estar muy satisfecha de su proceder para no tener la menor zozobra respecto a mí, para no dirigirme una sola palabra de conmiseración ni de excusa, para ver el giro que tomaba este asunto con la

misma sangre fría que si no hubiese tomado en él parte alguna y como si nunca se hubiese interesado por mí. Lo asombroso es que no me decía nada absolutamente, cuando a mí me parecía que hubiera debido decirme alguna cosa. La señora de Boufflers parecía menos tranquila. Iba y venía con alterado semblante, se agitaba mucho y me aseguraba que el señor príncipe de Conti trabajaba mucho también con el objeto de parar el golpe que me preparaban, y que atribuía siempre a las circunstancias, en las cuales importaba mucho al Parlamento no dejarse acusar por los jesuitas de indiferencia en materia de religión. No obstante, parecía contar poco con el resultado de los pasos que daba él y de los suyos. Sus conversaciones, más alarmantes que tranquilizadoras, tendían todas a persuadirme a que me ocultara, y me aconsejaba siempre que fuese a Inglaterra, donde me ofrecía muchos amigos, entre ellos, el célebre Hume, que lo era suyo hacía mucho tiempo. Viendo que persistía en permanecer tranquilo, acudió a un medio más capaz de doblegarme, y fue darme a entender que si me prendían y me interrogaban, no podría menos de nombrar a la señora de Luxembourg, y que la amistad que me tenía la hacía acreedora a que no me expusiese yo por no comprometerla. Respondí que en tal caso podía estar tranquila, pues no la comprometería jamás. Ella replicó que era más fácil tomar que cumplir semejante resolución; y en esto tenía razón, sobre todo tratándose de mí, que estaba resuelto a no perjurar ni mentir jamás ante los jueces, cualquiera que fuese el riesgo que pudiese correr diciendo la verdad.

Viendo que esta reflexión me había impresionado algún tanto, sin que, no obstante, pudiese resolverme a huir, me habló de pasar algunas semanas en la Bastilla, como medio de sustraerme a la jurisdicción del Parlamento, que no entiende de los prisioneros de Estado. Nada objeté a esta singular gracia, con tal que no fuese solicitada en mi nombre. Como no me habló más de esto, posteriormente pensé que sólo me había hecho esta proposición para sondearme, y que no habían querido emplear un medio que ponía término a todo.

Pocos días después, el señor mariscal recibió del cura de Deuil, amigo de Grimm y de la señora de Épinay, una carta en que le decía saber por buen conducto que el Parlamento debía proceder contra mí con la mayor severidad, y que en tal día, que precisaba, se daría orden de prenderme. Este aviso me pareció venir de los holbáquicos; sabía que el Parlamento era muy afecto a los procedimientos legales y que era infringirlos todos el comenzar en este caso por un auto de prisión, antes de saber jurídicamente si yo admitía el libro y si realmente era su autor. Solamente, decía yo a la señora de Boufflers, los crímenes que envuelven una amenaza a la seguridad pública pueden motivar un decreto de prisión contra el acusado, por temor de que eluda el castigo. Mas cuando se quiere castigar un delito como el mío, que merece honores y recompensas, se procede contra el libro, evitando habérselas con el autor. A esto respondió haciendo una distinción sutil que he olvidado, encaminada a probarme que decretaban mi prisión para hacerme un favor, en vez de señalarme día para ser oído. Al día siguiente recibí una carta de Guy, que me participaba, que,

habiéndose hallado aquel mismo día en casa del procurador general, había visto en su despacho el borrador de una requisitoria contra el *Emilio* y su autor. Nótese que el expresado Guy era el socio de Duchesne, quien había impreso la obra; el cual, por su parte, perfectamente tranquilo, daba por caridad este aviso al autor. Puede juzgarse cuán poco digno de crédito juzgué todo esto. ¿Era tan sencillo, tan natural, que un librero, admitido en audiencia por el señor procurador general, leyese tranquilamente los manuscritos y los borradores esparcidos sobre el despacho de este magistrado? La señora de Boufflers y otros me confirmaban lo mismo. En vista de los absurdos con que me atronaban incesantemente los oídos, tentado estuve de creer que todos se habían vuelto locos.

Conociendo perfectamente que había en todo esto algún misterio que no querían revelarme, esperaba tranquilamente los acontecimientos, descansando en mi rectitud y en mi inocencia, y teniéndome por harto afortunado, cualesquiera que fuesen las persecuciones que me esperasen, con ser llamado al honor de sufrir por la verdad. Lejos de temer y ocultarme, iba todos los días a palacio y todas las tardes daba el paseo de costumbre. El día 8 de junio, víspera del decreto, lo di en compañía de los dos profesores oratorianos, el padre Alamanni y el padre Mandard. Nos llevamos a los Champeaux una merienda, que saboreamos con muy buen apetito. Habíamos olvidado los vasos; suplimos su falta con pajas de centeno, con las cuales aspiramos el vino de la botella, jactándonos de elegir tubos muy anchos, para chupar a cual más. En mi vida he estado tan alegre.

Ya dije cómo perdí el sueño en mi juventud. Desde entonces tenía la costumbre de leer por la noche en la cama, hasta que sentía cerrárseme los ojos. Entonces apagaba la luz y procuraba adormecerme algunos instantes que no eran muy largos. Mi lectura ordinaria de la noche era la Biblia, y de esta suerte la leí toda lo menos cinco o seis veces seguidas. Aquella noche, hallándome más desvelado que de ordinario, prolongué más mi lectura, y leí todo el libro que termina con el levita de Efraim, y que, si no me equivoco, es el *Libro de los Jueces;* pues desde entonces no he vuelto a verlo. Esta historia me impresionó vivamente y me hallaba preocupado por una especie de sueño cuando de repente fui distraído de él por el ruido, y la luz. Teresa, que la llevaba, alumbraba al señor La Roche, quien, viéndome incorporarme bruscamente, me dijo: «No os alarméis; vengo de parte de la señora mariscala, que os escribe y os envía una carta del señor príncipe de Conti». En efecto, en la carta de la señora de Luxembourg hallé la que un expreso del señor príncipe acababa de llevarle avisándole que, a pesar de todos sus esfuerzos, se había resuelto proceder contra mí con todo rigor. «La fermentación, le decía, es extrema; nada puede evitar el golpe; lo exige la corte y lo quiere el Parlamento: a las siete de la mañana se decretará su prisión e irán a prenderle en seguida. He logrado que si se aleja, no se le persiga; mas, si persiste en dejarse coger, se le prenderá». La Roche me instó, de parte de la señora mariscala, a que me levantase y fuese a conferenciar con ella. Eran las dos y acababa de acostarse. «Os espera —añadió La Roche—, y no quiere dormirse sin haberos

visto». Yo me vestí aprisa y corrí hacia allá.

Me pareció hallarla agitada, siendo la primera vez que así la veía. Su turbación me conmovió, y en este momento de sorpresa en medio de la noche, yo mismo no estaba exento de emoción; mas, al verla, me olvidé de mí mismo para no pensar sino en ella, y en el triste papel que iba a representar si yo me dejaba prender; porque, sintiéndome con bastante valor para no decir nunca más que la verdad, aunque debiese perjudicarme y perderme, no me sentía con bastante presencia de ánimo ni suficiente destreza, ni quizá con la firmeza necesaria para no comprometerla si me veía acosado. Esto me decidió a sacrificar mi gloria a su tranquilidad, a hacer en esta ocasión por ella lo que nada hubiera sido capaz de obligarme a hacer por mí. Desde el momento en que me hube resuelto, se lo declaré, no queriendo disminuir el precio de mi sacrificio, haciéndoselo comprar. Estoy seguro de que no pudo equivocarse acerca del motivo de mi determinación; sin embargo, ni una sola palabra me dijo que revelase agradecimiento. Esta indiferencia me chocó tanto que hasta tuve impulsos de retractarme: pero vino el señor mariscal y a poco llegó de París la señora de Boufflers. Ellos hicieron lo que hubiera debido hacer la señora de Luxembourg. Yo me dejé adular; me dio vergüenza el retractarme, y ya no se trató sino del lugar donde me escondería, y de la ocasión de mi marcha. El señor de Luxembourg me propuso permanecer en su casa algunos días de incógnito para deliberar y tomar despacio las medidas necesarias; yo no consentí en ello, como tampoco en la proposición de ir secretamente al Temple, y me obstiné en querer partir aquel mismo día antes que permanecer oculto en parte alguna.

Conociendo que tenía en el reino enemigos secretos y poderosos, juzgué que, a pesar de mi apego a Francia, debía salir de ella para mi tranquilidad. Mi primer impulso fue retirarme a Ginebra; pero un instante de reflexión bastó para disuadirme de cometer esa necedad. Sabía que el ministerio francés, más poderoso aun en Ginebra que en París, no me dejaría más tranquilo en una de estas ciudades que en la otra, si había resuelto atormentarme. Sabía que el *Discurso sobre la desigualdad* había excitado contra mí en el consejo un odio tanto más peligroso, cuanto que no osaba manifestarse. Y sabía, por último, que cuando apareció *La nueva Eloísa,* a instancias del doctor Tronchin, se había apresurado a prohibirla; pero viendo que nadie le imitaba, ni aun en París, se avergonzó de esta ligereza y levantó la prohibición: por consiguiente no me cabía duda de que, hallando ahora una ocasión más propicia, tendría buen cuidado de aprovecharla. Además no ignoraba que, a pesar de ponerme buena cara, en todos los corazones ginebrinos reinaba contra mí una secreta envidia, que no esperaba más que una ocasión oportuna para saciarse. Con todo, el amor a la patria me atraía hacia la mía, y si hubiese podido lisonjearme de vivir en paz en ella, ni un instante hubiera vacilado: mas no permitiéndome el honor ni la razón refugiarme allí como un fugitivo, resolví acercarme solamente a ella, e ir a esperar en Suiza la determinación que tomasen en Ginebra respecto a mí. Luego se verá que esta incertidumbre no duró mucho tiempo.

La señora de Boufflers desaprobó grandemente este plan y se esforzó nuevamente para determinarme a pasar a Inglaterra; mas no pudo vencerme. Jamás he tenido simpatía ni por Inglaterra ni por los ingleses; y, sin que acertase a comprender la causa, lejos de vencer mi repugnancia, toda la elocuencia de la señora de Boufflers parecía aumentarla.

Resuelto a partir en aquel mismo día, desde la mañana me marché para todo el mundo, y La Roche, a quien envié a buscar mis papeles, no quiso decir ni aun a Teresa si estaba o no ausente. Desde que me había resuelto a escribir algún día mis Memorias, había acumulado muchas cartas y otros papeles; de suerte que fueron necesarios varios viajes para transportarlos. Puse aparte un montón de esos papeles ya escogidos, y empleé el resto de la mañana en seguir escogiendo entre los demás, a fin de no llevarme sino lo que pudiese servirme y quemar lo demás. El señor de Luxembourg quiso ayudarme en este trabajo, el cual resultó tan largo que no pudimos concluirlo en toda la mañana, y no me quedó tiempo para quemar nada. El señor mariscal me ofreció encargarse de terminarlo, quemar él mismo lo que no sirviese, sin fiarse de nadie más, y remitirme todo lo que hubiera separado. Yo acepté la oferta, contento con poder librarme de este cuidado, para poder pasar las pocas horas que me quedaban con personas queridas que iba a dejar para siempre. Tomó la llave del cuarto donde dejé esos papeles, y, a ruego mío, envió a buscar a mi pobre Teresa, que se consumía en la mortal duda de lo que habría sido de mí y de lo que sería de ella, esperando a cada instante a los alguaciles, sin saber cómo conducirse ni qué responderles. La Roche la condujo al castillo sin decirle nada: ella me creía muy lejos ya, y al verme llenó el aire con sus gritos y se precipitó en mis brazos. ¡Oh amistad, correspondencia de los corazones, hábito, intimidad! En este dulce y cruel momento se compendiaron todos los días de felicidad, de ternura y de paz pasados juntos, para hacerme sentir más lo desgarrador de la primera separación, después de haber vivido cerca de diecisiete años casi sin perdernos de vista ni un solo día. El mariscal, testigo de este abrazo, no pudo contener las lágrimas y nos dejó. Teresa no quería apartarse de mi lado; mas yo le hice comprender el inconveniente que había en seguirme en aquellos momentos, y la necesidad de que se quedara para liquidar mis efectos y recoger mi dinero. Cuando se decreta la prisión de un hombre, es costumbre el apoderarse de sus papeles, sellar sus efectos, o inventariarlos y nombrar un depositario. Era, pues, necesario, que se quedase para observar lo que ocurriera, y sacar de todo el mejor partido posible. Le prometí que nos reuniríamos en breve; el señor mariscal confirmó mi promesa; mas nunca quise decirle a dónde iba, a fin de que, al ser interrogada por los que fueran a prenderme, pudiese alegar con verdad su ignorancia sobre este punto. Al abrazarla en el momento de separarnos, yo mismo experimenté una conmoción muy extraordinaria, y en un momento de transporte, ¡ay de mí!, harto profético, le dije: «Hija mía, es necesario que te armes de valor. Has compartido conmigo la prosperidad de mis días más felices; ahora sólo te queda compartir mis miserias, ya que lo quieres. No esperes más que afrentas y calamidades

en mi compañía. La suerte que para mí empieza en este triste día me perseguirá hasta mi hora postrera».

No tenía que hacer sino pensar en la marcha. Los alguaciles debían haber venido a las diez. Eran las cuatro de la tarde cuando partí, y aún no habían llegado. Se había resuelto que tomaría la posta. Como yo no tenía silla, el señor mariscal me dio un birlocho y me prestó caballos y un postillón hasta la primera posta, donde, en virtud de sus diligencias, no tuvieron dificultad en proporcionarme caballos.

Como no había comido en la mesa, ni me había dejado ver en el castillo, las señoras vinieron a despedirse de mí en el entresuelo, donde había pasado el día. La señora mariscala me besó varias veces, con semblante asaz triste; pero ya no sentí en estos besos el calor que animaba los que me había prodigado dos o tres años antes. La señora de Boufflers me besó también y me dirigió muy lisonjeras frases. El beso que más me sorprendió fue el de la señora de Mirepoix; pues también estaba presente. La señora mariscala de Mirepoix tiene un temperamento extremadamente frío, es muy honesta y reservada, y me parece que no está completamente exenta de la altivez propia de la casa de Lorena. Nunca había hecho gran caso de mí. Sea porque me halagase este inesperado honor, y procurase aumentar su precio, o que este abrazo llevase de su parte algo de esa conmiseración que es natural en los corazones generosos, ello es que hallé en su acción y en su mirada no sé qué de enérgico que me llegó al alma. Pensando con frecuencia nuevamente en ello, he sospechado después que, no ignorando la suerte a que estaba condenado, no había podido evitar un momento de compasión por mi destino.

El señor mariscal no decía una palabra; estaba pálido como un cadáver, y quiso acompañarme de todos modos hasta la silla que me esperaba en el abrevadero. Atravesamos todo el jardín sin desplegar los labios. Yo tenía una llave del parque, de que me serví para abrir la puerta; hecho lo cual, en vez de guardármela, se la devolví sin decir nada, y él la tomó con sorprendente vivacidad, hecho en que no he podido menos de pensar a menudo desde entonces. Jamás he tenido un instante tan amargo como el de esta separación. El abrazo fue largo y mudo: uno y otro presentíamos que era nuestro último adiós.

Entre la Barre y Montmorency hallé una carroza de alquiler donde iban cuatro hombres vestidos de negro que me saludaron sonriendo. Por lo que Teresa me ha dicho acerca del aspecto de los alguaciles, de la hora de su llegada y del modo cómo procedieron no me cabe duda de que eran ellos; sobre todo habiendo sabido posteriormente que en vez de darse a las siete la orden de prenderme, como me lo habían anunciado, no se había dado hasta mediodía. Fue preciso atravesar todo París. En un calesín completamente descubierto no se puede ir muy oculto, y en las calles vi a muchas personas que me saludaron como conocidas, mas no reconocí a ninguna. Por la noche me desvié del camino con el objeto de pasar por Villeroy. En Lyon los correos deben ser presentados al comandante, cosa que podía ser embarazosa para mí, que no quería mentir ni cambiar de nombre. Por tanto, fui con una carta de la señora

de Luxembourg a suplicar al señor de Villeroy que hiciese de modo que se me exceptuase de esta obligación. El señor de Villeroy me dio una carta de que no hice uso porque no pasé por Lyon, y ha quedado cerrada aún entre mis papeles. El señor duque me instó grandemente a que pasase la noche en Villeroy; mas yo preferí volver a tomar el camino, y en el mismo día anduve dos postas.

Mi silla era ruda, y yo me hallaba harto incómodo para poder hacer largas jornadas. Por otra parte mi aspecto era poco imponente para que me sirviesen bien; y es sabido que en Francia los caballos de posta no corren sino dando latigazos al postillón. Creí suplir el ademán y las palabras pagando con exceso; esto fue peor aún. Me tomaron por un patán que viajaba por encargo y que iba en posta por vez primera en su vida. Desde entonces no me dieron sino rocines, siendo juguete de los postillones, y acabé por donde hubiera debido empezar, teniendo paciencia y resignándome a callar e ir como mejor les pluguiese.

Para no fastidiarme por el camino, tenía en qué ocuparme entregándome a las reflexiones que se me ocurrían sobre cuanto acababa de sucederme, pero ni mi cabeza ni la situación de mi corazón estaban para ello. La facilidad con que olvido el mal pasado, por muy reciente que sea, es extraordinaria. Cuanto más me asusta y me turba preverlo mientras está por venir, tanto más se debilita su recuerdo en mi memoria y se extingue fácilmente después de haberlo pasado. Mi cruel imaginación, que se atormenta sin cesar con los males no presentes todavía, divierte mi memoria y me impide recordar los que han pasado. Contra lo que ha pasado no es necesario precaverse, y es inútil ocuparse en ello. En cierto modo sufro de antemano mis desdichas; y cuanto más pesar me ha costado su perspectiva, tanto mayor facilidad hallo en olvidarlas; mientras que, por el contrario, constantemente preocupado por mi pasada felicidad, la recuerdo pensando y fijándome en ella, hasta el punto de poder gozarla nuevamente cuando quiero. A esta feliz disposición debo el no haber conocido nunca ese humor rencoroso que fermenta en un corazón vengativo por efecto del continuo recuerdo de las ofensas recibidas, y se atormenta a sí mismo con todo el daño que quisiera causar a su enemigo. Naturalmente colérico, he sentido la ira, y hasta el furor en los primeros impulsos; pero jamás se ha arraigado en mi corazón un deseo de venganza. Me acuerdo poco de la ofensa para que me preocupe mucho su autor. No pienso en el mal que me ha hecho, sino en el que puede causarme todavía, y si estuviese seguro de no recibir otro alguno, en el mismo instante olvidaría el que me hubiese inferido. Se nos predica mucho el perdón de las ofensas; indudablemente es una virtud muy hermosa, pero que yo no tengo. Ignoro si mi corazón sería capaz de sofocar su rencor, porque jamás lo ha sentido, y olvido demasiado a mis enemigos para tener el mérito de perdonarlos, y no diré cuánta molestia se dan ellos mismos para molestarme a mí. A su merced estoy: pueden hacer cuanto quieran, y hacer uso de esa facultad. Sólo una cosa está por encima de su poder, y en esto los desafío: y es que, atormentándose por mí, no pueden obligarme a que me atormente por causa suya.

Al día siguiente de haberme puesto en camino, tan completamente había olvidado cuanto acababa de suceder al Parlamento, a la señora de Pompadour, al señor de Choiseul, Grimm, D'Alembert y sus tramas, y a sus cómplices, que ni siquiera me habría vuelto a acordar de ellos durante todo el viaje, a no ser por las precauciones que me veía obligado a tomar. Lo que recordé en lugar de todo esto fue mi última lectura de la víspera de mi partida. Asimismo recordé los *Idilios*, de Gessner, que me había enviado su traductor Hubert, hacía algún tiempo. Estas dos ideas se refrescaron de tal modo en mi memoria, se mezclaron de tal suerte en mi mente, que probé a reunirlas tratando el tema del *Levita de Efraim* al estilo de Gessner. Ese estilo bucólico y candoroso parecía poco a propósito para un asunto tan atroz, y tampoco era de presumir que mi situación me sugiriese ideas muy risueñas para amenizarlo. Apenas lo hube ensayado, cuando me sorprendió lo florido de mis ideas y la facilidad con que las vertía. En tres días compuse los tres primeros cantos de este pequeño poema, que acabé posteriormente en Motiers; y estoy seguro de no haber hecho en mi vida otra obra en que reine una pureza de costumbres más tierna, un colorido más fresco, pinturas mas candorosas, mayor propiedad, una sencillez más al gusto antiguo en todo, y esto a pesar de lo horrible del asunto, que en el fondo es abominable; de suerte que además tuve el mérito de la dificultad vencida. Si el *Levita de Efraim* no es la mejor de mis obras, será siempre para mí la más querida. Jamás la he vuelto a leer, ni lo haré sin sentir el aplauso interno de un corazón sin hiel, que, lejos de agriarse por sus desdichas, se consuela consigo mismo, y en sí mismo encuentra medio de desquitarse. Que se junten todos esos grandes filósofos, tan superiores, según sus libros, en la adversidad que no sufrieron jamás; póngaseles en una situación semejante a la mía, y en los primeros momentos de la indignación del honor ultrajado, déseles a componer una obra de este género: veremos cómo salen del paso.

Al partir de Montmorency para Suiza, había determinado pararme en Iverdun, en casa de mi antiguo y buen amigo el señor de Roguin, que se había retirado allí hacía algunos años y me había invitado a que fuese a verle. Por el camino supe que yendo por Lyon se daba un rodeo; esto me dispensó de pasar por él. Mas en cambio era preciso pasar por Besançon, plaza de guerra y, por consiguiente, sujeta al mismo inconveniente. Entonces se me ocurrió desviarme del camino y pasar por Salins, so pretexto de ir a ver al señor de Mayrand, sobrino de Dupin, que tenía un empleo en las salinas, y tiempo atrás me había instado vivamente a que le hiciese una visita. Este recurso me produjo buen efecto; no encontré al señor de Mayrand; satisfecho al verme dispensado de detenerme, seguí mi camino sin que nadie me molestase.

Al entrar en territorio de Berna, hice parar el calesín; bajé, me prosterné, abracé, besé la tierra y exclamé en un momento de arrebato: ¡Oh cielo, protector de la virtud, te doy gracias! ¡Estoy al fin en tierra de libertad! De esta suerte, confiado y ciego en mis esperanzas, siempre me he apasionado por lo que había de ser causa de mis desgracias. El postillón, sorprendido, me creyó loco; volví a subir en mi silla, y pocas horas después tuve el placer tan puro como vivo de hallarme en los brazos del

respetable Roguin. ¡Ah, respiremos algunos instantes en casa de este digno huésped! Necesito cobrar valor y fuerzas; pronto hallaré en qué emplearlos.

Si me he extendido en el relato que acabo de hacer, sobre todo en las circunstancias que he podido recordar, no ha sido sin motivo. Aunque no parezcan muy luminosas, cuando se tiene el hilo de la trama pueden arrojar luz sobre su curso, y, por ejemplo, sin dar la primera idea del problema que voy a proponer, facilitan mucho su resolución.

Supongamos que para el buen éxito de la maquinación cuyo objeto era yo, fuese absolutamente necesario mi alejamiento; para lograrlo, todo debía pasar, poco más o menos, como pasó; pero si, no dejándome asustar por la embajada nocturna de la señora de Luxembourg y turbar por sus alarmas, hubiese continuado con la firmeza con que había empezado, y en vez de permanecer en palacio me hubiese vuelto a mi cama a dormir tranquilamente la fresca mañana, ¿se hubiera decretado igualmente mi prisión? Tesis magna de que depende la solución de muchas otras, y para el examen de la cual no es inútil tener presentes la hora del decreto conminatorio y la del decreto real. Ejemplo grosero, pero palpable, de la importancia de los menores detalles en la exposición de los hechos, cuyas secretas causas se buscan, para descubrirlas por inducción.

Libro duodécimo

1762

Aquí empieza el cúmulo de tinieblas en que me hallo enterrado hace ocho años, sin que, por ninguno de los medios que he ensayado, me haya sido posible atravesar su espantosa oscuridad. En el abismo de males en que me hallo sumergido, siento las heridas de los golpes que se me asestan; vislumbro el instrumento inmediato, pero no puedo ver la mano que lo dirige ni los medios que pone en juego. El oprobio y las desgracias caen sobre mí como por sí mismos y sin dejar rastro. Cuando mi corazón desgarrado deja escapar algún gemido, parezco un hombre que se queja sin motivo; y los autores de mi ruina han encontrado el inconcebible arte de hacer al público cómplice de sus maquinaciones, sin que lo sospeche ni descubra el efecto. Al narrar, pues, los hechos que me conciernen, los malos tratos que he sufrido y cuanto me ha pasado, me es imposible remontarme a la mano directiva y fijar las causas al relatar los hechos. Estas causas primitivas se hallan indicadas en los tres libros precedentes; todos los intereses relativos a mí, todos los motivos secretos están indicados allí. Pero me es imposible explicar, ni aun por conjeturas, cómo se combinan estas diversas causas para producir los extraños acontecimientos de mi vida. Si entre mis lectores hay alguno bastante generoso que quiera profundizar estos misterios y descubrir la verdad, vuelva a leer con cuidado los tres libros precedentes, a cada hecho que lea en los siguientes, tome los informes que estén a su alcance, remóntese de intriga en intriga y de agente en agente hasta los primeros motores de todo; ya sé a punto fijo el término a que le conducirán sus pesquisas; mas yo me pierdo en la oscura y tortuosa senda de los subterráneos que a él le han de guiar.

Durante mi permanencia en Iverdun, conocí a toda la familia del señor Roguin, y, por tanto, a su sobrina la señora Boy de la Tour y a sus hijas, cuyo padre conocí en otro tiempo en Lyon, según creo haber dicho. Esta señora había venido a Iverdun para ver a su tío y a sus hermanos; su hija mayor, de unos quince años de edad, me embelesó por su buen sentido y su excelente carácter, y trabé la más tierna amistad con madre e hija. Esta ultima estaba destinada por el señor Roguin a ser esposa de un coronel, sobrino suyo, ya de cierta edad, que también me manifestaba el mayor afecto; mas, aunque el tío estaba empeñado en este matrimonio, aunque el sobrino lo deseaba mucho también y yo me tomé un grande interés por la satisfacción de ambos, la gran desproporción de edades y la extremada repugnancia de la niña, me hicieron cooperar con la madre a estorbar este casamiento, que no se llevó a efecto. El coronel se casó después con la señora de Dillan, parienta suya, que poseía un carácter y una belleza muy gratos a mi corazón y que le ha hecho el más feliz de los maridos y de los padres. Con todo, el señor Roguin no ha podido olvidar que yo me opuse a sus

deseos en esta ocasión. Me he consolado de ello con la certeza de haber llenado, así respecto de él como de su familia, los más santos deberes de la amistad, que no consisten en hacerse siempre agradable, sino en aconsejar siempre lo mejor.

No estuve mucho tiempo en duda acerca de la acogida que me esperaba en Ginebra, en el caso de que me ocurriese volver allá. Quemaron mi libro, y decretaron mi prisión el día 18, esto es, nueve después de haberse hecho en París. Había en este segundo decreto tal cúmulo de increíbles absurdos, y en él estaba tan formalmente violado el edicto eclesiástico, que no quise dar crédito a los primeros que me lo dieron a conocer; y cuando lo vi bien confirmado, temí que una infracción tan manifiesta de las leyes, empezando por la del buen sentido, causaría un trastorno en Ginebra. Mas pude tranquilizarme, pues todo siguió como antes. Si algún rumor se levantó en el populacho, fue únicamente contra mí, y fui tratado públicamente por todas las vocingleras y los pedantes como un escolar a quien se amenaza con el látigo por no haber sabido la lección de catecismo.

Dichos decretos fueron la señal del grito de maldición que se levantó contra mí en toda Europa con un furor sin ejemplo. Todas las gacetas, todos los periódicos, todos los folletos levantaban contra mí el más terrible somatén. Sobre todos los franceses, ese pueblo tan dulce, tan cortés, tan generoso, que tanto se precia de benévolo y deferente con los desgraciados, olvidando repentinamente sus virtudes favoritas, se distinguió por el número y la violencia de los ultrajes con que me agobiaba a porfía. Yo era un impío, un ateo, un forajido, un furioso, una bestia feroz, un lobo. El continuador del *Journal de Trévoux* hizo una digresión sobre mi pretendida *licantropía* que revelaba la suya con bastante claridad. En fin: hubiérase dicho que las gentes de París temían tener que habérselas con la policía si al publicar algún escrito, cualquiera que fuese el asunto que tratase, se olvidaban meter en él algún insulto a mí encaminado. Buscando en vano la causa de esta unánime animosidad, estuve tentado por creer que todo el mundo se había vuelto loco. ¡Cómo!, el redactor de *La paz perpetua* alimenta la discordia; el editor de *El vicario saboyano* es un impío; el autor de *La nueva Eloísa,* un lobo; el del *Emilio,* un furioso. ¡Dios mío!, ¿qué hubiera sido a haber publicado el *Libro del espíritu* o cualquier otra obra semejante? Y sin embargo, en la tempestad que se movió contra el autor de este libro, el público, lejos de unir su voz a la de sus perseguidores, le vengó con sus elogios. Compárese su libro con los míos, la diferente acogida que han obtenido, el trato que han recibido ambos autores en los diversos Estados de Europa; hállense para estas diferencias causas que puedan satisfacer a una persona sensata: he ahí cuanto pido, y me doy por satisfecho.

Tan bien me hallaba en Iverdun, que accedí a las reiteradas instancias de Roguin y de toda su familia para que me quedase. El señor de Moiry de Gingis, bailío de esta ciudad, también me animaba con su benevolencia a permanecer en el lugar de su mando. El coronel se empeñó de tal modo en que aceptara un pequeño pabellón que había en su casa, situado entre el patio y el jardín, que al fin lo admití, y en seguida se apresuró a prepararlo y amueblarlo con todo lo necesario a mi reducida estancia. El

mesnadero Roguin, uno de los más asiduos a mi lado, no me dejaba en todo el día. Yo estaba siempre agradecido a tantos halagos, mas a veces también me importunaban. Se había designado ya el día en que se desalojaría mi casa, y había escrito a Teresa que podía venir a reunirse conmigo, cuando supe de repente que se levantaba en Berna una tempestad contra mí, atribuida a los fanáticos, y cuya primera causa jamás he podido penetrar. El senado, movido sin saber por quién, no quería dejarme tranquilo en mi retiro. Al primer aviso que tuvo el señor bailío de esta fermentación, escribió en favor mío a varios miembros del gobierno, censurando su ciega intolerancia y avergonzándoles de que rehusasen a un hombre de mérito el asilo que tantos bandidos encontraban en sus Estados. Personas sensatas han presumido que el calor de estos reproches había contribuido a agriar más bien que a dulcificar los ánimos. Como quiera que sea, ni su influencia ni su elocuencia fueron bastantes a parar el golpe. Sabiendo la orden que debía darme de antemano, me previno, y por no esperar esta orden resolví partir al siguiente día. La dificultad estaba en saber a dónde ir, viendo que para mí estaban cerradas Ginebra y Francia, y previendo perfectamente que, en este asunto, cada cual se apresuraría a imitar a su vecino.

La señora Boy de la Tour me ofreció una casa vacía, pero amueblada, que pertenecía a su hijo y estaba situada en la villa de Motiers, Val-de-Travers, condado de Neufchâtel. Para llegar allá, sólo tenía que atravesar una montaña. La oferta venía tanto más a propósito, cuanto que en los Estados del rey de Prusia debía yo estar naturalmente al abrigo de las persecuciones, ya que a lo menos la religión no podía servir de pretexto. Mas había una secreta dificultad, que no me convenía revelar, y era bastante para hacerme vacilar. El innato amor a la justicia que siempre devoró mi corazón, unido a mi oculta inclinación a Francia, me había inspirado aversión hacia el rey de Prusia, quien, con sus máximas y su conducta, me parecía que hollaba todo respeto hacia la ley natural y a todos los deberes humanos. Entre los cuadros con estampas con que había adornado mi torrecilla de Montmorency, había un retrato de este príncipe que llevaba al pie un dístico que acababa así:

Il pense en philosophe, et se conduit en roi.[106]

Este verso que, puesto por otra pluma hubiera sido un elogio, tenía en la mía un sentido nada equívoco, y que por otra parte aclaraba bastante el verso precedente.[107] Cuantos habían venido a verme, y no eran pocos, habían visto este dístico. El caballero de Lorenzi hasta lo había copiado para dárselo a D'Alembert, de quien yo no dudaba que habría tenido el buen cuidado de indisponerme, gracias a él, con el príncipe. Además había aumentado este primer agravio en un pasaje del *Emilio,* donde, bajo el nombre de Adrasto, rey de los daunios, se veía bastante a quién aludía, observación que no había escapado a los glosadores, puesto que la señora de Boufflers me había puesto en el caso de hablar de este asunto varias veces. Así, pues, tenía la seguridad de estar inscrito con tinta roja en los registros del rey de Prusia; y

suponiendo además que sus principios eran los que osaba atribuirle, por esto sólo, ni mis escritos ni su autor podían serle agradables; porque es sabido que los malvados y los tiranos siempre me han aborrecido de muerte, aun sin conocerme, y sólo por la lectura de mis obras.

No obstante, me atreví a entregarme en sus manos, y creí correr poco riesgo. Sabía que las pasiones bajas no subyugan sino a los hombres pequeños, y hacen poca mella en las almas de gran temple, tal como siempre había considerado la suya. Juzgué que en su arte de reinar entraba el de mostrarse magnánimo en semejantes ocasiones, y que no estaba fuera de su carácter el serlo en efecto. Juzgué que no titubearía un instante entre una vil y fácil venganza y el amor de la gloria: y, poniéndome en su lugar, creí muy posible que se valiese de las circunstancias para agobiar con el peso de su generosidad a un hombre que había pensado mal de él. Fui, pues, a establecerme en Motiers, con una confianza cuyo valor le creí capaz de comprender, diciendo para mis adentros: Cuando Juan Jacobo se eleva hasta ponerse al lado de Coriolano, ¿no estará Federico a la altura del general de los volscos?

El coronel Roguin quiso de todas maneras pasar la montaña conmigo y venir a instalarme en Motiers. Una cuñada de la señora Boy de la Tour, llamada Girardier, que se hallaba muy cómoda en la casa que yo iba a ocupar, no me vio con mucho gusto; pero me puso de buen grado en posesión de mi estancia, e ínterin venía Teresa, y mi pequeño ajuar quedaba instalado, comí con ella.

Desde mi salida de Montmorency, conociendo muy bien que en adelante iría fugitivo sobre la tierra, vacilé en permitirle que viniese a juntarse conmigo y a participar de la vida errante a que me veía condenado. Presentía que por efecto de esta catástrofe iban a cambiar nuestras relaciones, y que cuanto hasta entonces había sido favor y buenas obras por mi parte, en lo sucesivo lo serían por la suya. Si su cariño era bastante para resistir la prueba de mis desgracias, su corazón habría de ser desgarrado, y su dolor aumentaría mis males. Si mi desgracia entibiaba su corazón, ella haría valer su constancia como un sacrificio; y, en vez de experimentar el placer con que yo partiría con ella el último pedazo de pan, no vería más que el mérito que contraía siguiéndome voluntariamente doquiera que me llevase la suerte.

Fuerza es decirlo todo: no he disimulado los defectos de mi pobre madre, ni los míos; no debo hacer una excepción a favor de Teresa; y, por grande que sea el placer que encuentro en tributar el honor debido a una persona que me es tan cara, tampoco quiero ocultar sus faltas, aun suponiendo que un cambio involuntario en las afecciones del corazón sea verdaderamente un defecto. Hacía mucho tiempo que reparaba el enfriamiento del suyo. Conocía que yo no era ya para ella lo que fui en nuestros buenos años; y lo sentía tanto más cuanto que yo era para ella siempre el mismo. Volví a dar con el mismo inconveniente, cuyo efecto había experimentado cerca de mamá, y este efecto fue también el mismo con Teresa. No vayamos a buscar perfecciones que no ofrece la Naturaleza: lo mismo sucedería con otra mujer cualquiera. Por muy razonable que me hubiese parecido el partido que había tomado

respecto de mis hijos, jamás me había dejado el corazón completamente tranquilo. Al meditar sobre mi *Tratado de la educación,* vi que había descuidado deberes de que nada podía dispensarme, y mis remordimientos fueron al fin tan vivos que casi me arrancaron la confesión pública de mi falta; al principio del *Emilio* se trasluce tan fácilmente,[108] que parece imposible que, en vista de este pasaje, haya habido quien tuviese valor de echármela en cara. Mi situación era entonces la misma, y aun peor por efecto de la animosidad de mis enemigos que no deseaban otra cosa sino hallarme en falta. Temí la reincidencia, y, no queriendo correr este riesgo, preferí condenarme a la abstinencia a exponer a Teresa a verse de nuevo en el mismo caso. Por otra parte, había observado que el uso de las mujeres empeoraba sensiblemente mi estado. Este doble motivo me había hecho tomar determinaciones que alguna vez había infringido, pero en que persistía con mayor constancia hacía tres o cuatro años; de esta época data también el enfriamiento de Teresa. Me tenía la misma adhesión por deber, mas ya no me la tenía por amor. Necesariamente esto hacía menos agradables nuestras relaciones, y yo me imaginaba que, segura de la continuación de mis cuidados por ella, dondequiera que estuviese, tal vez prefería quedarse en París a errar conmigo. No obstante, había manifestado tanto dolor en el acto de nuestra separación, me había exigido tan formales promesas de que nos reuniríamos, tan vivamente manifestaba este deseo desde mi partida, así al señor príncipe de Conti como al señor de Luxembourg, que, lejos de tener valor para hablarle de separación, apenas lo tuve para pensarlo yo mismo, y habiendo sentido dentro de mi corazón cuán imposible me era prescindir de ella, no pensé más que en llamarla incesantemente. Así, pues, le escribí que se pusiese en camino, y así lo hizo. Apenas hacía dos meses que nos habíamos separado; pero en tantos años era la primera vez, y para ambos había sido muy cruel. ¡Qué conmoción al abrazarnos! ¡Cuán dulces son las lágrimas de ternura y de alegría! ¡Cuánto se sacia mi corazón con ellas! ¿Por qué me han hecho derramar tan pocas de esta especie?

Al llegar a Motiers había escrito a milord Keith, mariscal de Escocia, gobernador de Neufchâtel, para participarle mi retiro a los Estados de su majestad y pedirle su protección. Respondióme con la generosidad que era notoria en él y que de él esperaba. Invitóme a ir a verle, lo que verifiqué en compañía del señor Martinet, alcaide del castillo de Val-de-Travers, que gozaba de gran favor cerca de su excelencia. El venerable aspecto de este ilustre y virtuoso escocés me conmovió profundamente, y desde aquel mismo instante comenzó entre los dos este vivo afecto que por mi parte ha sido siempre el mismo, y que lo hubiera sido igualmente por la suya, si los traidores que me han arrebatado todos los consuelos de la vida no hubiesen aprovechado mi alejamiento para abusar de su ancianidad y desfigurarme a sus ojos.

Jorge Keith, mariscal hereditario de Escocia, y hermano del célebre general Keith que vivió gloriosamente y murió en el campo del honor, había salido de su país cuando joven, y fue proscripto de él por haber sido adicto a la causa de los Estuardos,

con quienes se disgustó en breve por causa del espíritu de injusticia y tiranía que en ellos descubrió y que fue siempre su carácter dominante. Permaneció largo tiempo en España, cuyo clima le agradaba mucho, y acabó, lo mismo que su hermano, por adherirse al rey de Prusia, quien sabía conocer a los hombres y les acogió como ellos merecían. Vio bien recompensada esta acogida con los servicios que le prestó el mariscal Keith, y con otra cosa mucho más preciosa todavía, la sincera amistad de milord mariscal. La grande alma de este hombre digno y enteramente republicano, sólo podía doblegarse bajo el yugo de la amistad; pero se le entregó tan completamente, que, teniendo principios muy diferentes, no vio más que a Federico desde el momento en que le tomó cariño. El rey le encomendó negocios importantes, le envió a París, a España; y al fin, viéndole ya viejo y que necesitaba descanso, le dio como retiro el gobierno de Neulchâtel, con la deliciosa ocupación de hacer feliz a esta pequeña comarca.

Los neufchatelenses, que sólo gustan de oropeles y cosas que hagan ruido, que nada entienden en punto al fondo de las cosas y aguzan el ingenio para construir frases pomposas, viendo un hombre frío y poco ceremonioso, tomaron su sencillez por altanería, su franqueza por rusticidad, su laconismo por ignorancia; mostráronse ariscos a sus benévolos cuidados, porque, queriendo ser útil y no mimador, no sabía acariciar a las personas que no estimaba. En el ridículo asunto del ministro Petitpierre, que fue echado por sus compañeros por no haber querido que se condenasen eternamente, habiéndose opuesto milord a las usurpaciones de los ministros, vio levantarse contra él todo el país, cuyo partido tomaba; cuando llegué yo, esa estúpida murmuración no había cesado aún. Cuando menos, pasaba por hombre que se dejaba imbuir; y de cuanto se le imputaba, tal vez era esto lo menos injusto. Al ver a este venerable anciano, mi primer impulso fue enternecerme al considerar lo flaco de su cuerpo, ya descarnado por los años; mas al fijar la vista en su animada fisonomía, franca y noble, me sentí embargado por un respeto mezclado de confianza que fue superior a cualquier otro sentimiento. Al corto cumplido que le dirigí al presentarme, respondió hablando de otra cosa como si hiciese ocho días que estuviese yo allí. Ni siquiera nos invitó a que nos sentásemos; el tieso castellano permaneció en pie, mas yo vi en la penetrante y fina mirada de milord cierto no sé qué tan cariñoso, que, hallándome desde luego sin encogimiento, fui sin cumplidos a sentarme a su lado en el sofá. Por el tono familiar que tomó en seguida, conocí que esta libertad le agradaba y que él mismo se decía: éste sí que no es neufchatelense.

¡Singular efecto de la gran conexión de caracteres! En una edad en que el corazón ha perdido su natural calor, el de este buen viejo se reanimó para mí de un modo que sorprendió a todo el mundo: vino a verme so pretexto de cazar codornices y pasó dos días conmigo sin tocar una escopeta; y entre ambos se estableció una amistad tal, porque ésta es la verdadera expresión, que no podíamos prescindir uno de otro. El castillo de Colombier, donde pasaba el verano, distaba seis leguas de Motiers; allá iba yo a pasar veinticuatro horas cada quince días por lo menos, luego volvía como había

ido, esto es, como peregrino, y cada vez más prendado de él. La emoción que en otro tiempo experimentaba en mis excursiones desde el Ermitage a Eaubonne era muy diferente sin duda; pero no era más dulce que la que me embargaba al aproximarme a Colombier. ¡Cuántas lágrimas de ternura he derramado en el camino pensando en las paternales atenciones, en las amables virtudes y en la dulce filosofía de este respetable anciano! Yo le llamaba padre, él me daba el nombre de hijo. Estos dos nombres dan en parte una idea del afecto que nos unía, pero no la da enteramente de lo que nos necesitábamos uno a otro, y del continuo deseo de estar juntos. Él quería de todos modos darme habitación en el castillo de Colombier, y me instó durante mucho tiempo a que tomase por vivienda el departamento que ocupaba cuando iba. Al fin le dije que en mi casa me hallaba con más libertad y que prefería pasar mi vida yendo a visitarle. Esta franqueza mereció su aprobación, y no me habló más del asunto. ¡Oh buen milord, oh digno padre mío! ¡Cuánto se enternece mi corazón al pensar en vos! ¡Ah, bárbaros, qué golpe me habéis asestado, apartándolo de mí! Pero no, no, grande hombre, vos sois y seréis siempre el mismo para mí, que soy constante. Os han engañado, pero no os han cambiado.

Milord mariscal no carece de defectos; es un sabio, pero es un hombre. A pesar de su penetración, del más fino tacto que puede darse, del más profundo conocimiento de los hombres, a veces se deja engañar; y entonces no se desengaña jamás. Tiene un carácter singular, y en su modo de sentir hay algo de caprichoso y extravagante. Parece olvidar a las personas que ve todos los días, y cuando menos lo esperan se acuerda de ellas: sus finezas parecen inoportunas; sus regalos son de capricho y no de conveniencia. Da o envía repentinamente lo primero que se le ocurre, de gran precio o de ningún valor, indistintamente. Un joven ginebrino que deseaba entrar al servicio del rey de Prusia se presentó a él: milord, en vez de una carta, le dio un saquito de guisantes con encargo de presentarlo al rey, quien empleó inmediatamente al portador de tan extraña recomendación. Estos genios elevados tienen entre sí un lenguaje que las almas vulgares no comprenderán jamás. Estas pequeñas rarezas, semejantes a los caprichos de una mujer bonita, me hacían a milord mariscal más interesante. Estoy seguro, y lo he experimentado en lo sucesivo, de que ninguna influencia ejercían en sus sentimientos, ni en las atenciones que le prescribía la amistad en los casos formales. Asimismo, en su modo de favorecer, empleó la misma singularidad que en sus costumbres. No citaré más que un rasgo acerca de una bagatela. Como la jornada de Motiers a Colombier era muy larga para mí, yo la dividía ordinariamente en dos, partiendo después de comer y anocheciendo en Brot, a mitad del camino. El hostelero, llamado Sandoz, tenía que solicitar en Berlín una gracia que le importaba extraordinariamente, y me rogó que impetrara de Su Excelencia el pedirla por él. Yo le llevé conmigo de buen grado; le dejé en la antecámara y hablé del asunto a milord, que no me respondió palabra. Pasa la mañana, y al atravesar la sala para ir a comer, encuentro al pobre Sandoz que se consumía esperando. Yo, creyendo que milord lo había olvidado, le vuelvo a hablar de él antes de sentarnos a la mesa; tampoco me

respondió nada. Este modo de darme a entender cuánto le importunaba, me pareció algo duro, y me callé compadeciendo por lo bajo al pobre Sandoz. Al día siguiente, cuando volvía, me sorprendió dándome las gracias por la buena acogida y la buena mesa que había hallado en casa de Su Excelencia, quien además había admitido su solicitud. Tres semanas después milord le envió el rescripto que había pedido, expedido por el ministro y firmado por el rey, y esto sin haberme querido decir jamás ni responder una sola palabra, ni tampoco a él, sobre este asunto, del cual creí no quería encargarse.

Quisiera no cesar de hablar de Jorge Keith; a él debo mis últimos recuerdos felices; todo el resto de mi vida no ha sido más que aflicciones y opresiones de corazón. Su memoria es tan triste y tan confusa, que no me es posible establecer orden alguno en mis relatos: en adelante me veré obligado a coordinarlos al acaso y según se presenten.

No estuve mucho tiempo inquieto acerca de mi asilo, pues me sacó de dudas la respuesta del rey a milord mariscal, en quien, como se comprende, hallé un buen abogado. No sólo su majestad aprobó lo que él había hecho, sino que le encargó (porque ha de decirse todo) que me diese doce luises. El buen mariscal, embarazado con semejante comisión, y no sabiendo cómo cumplirla cortésmente, procuró atenuar el insulto transformando este dinero en provisiones e indicándome que tenía orden de proveerme de leña y de carbón para inaugurar mi pequeño menaje; y añadió, quizá de su cosecha, que el rey tendría un placer en hacerme construir una casa a gusto mío, si yo quería escoger terreno. Esta última oferta me conmovió mucho y me hizo olvidar la mezquindad de la otra. Sin aceptar ninguna de las dos, consideré a Federico como a bienhechor y protector mío, y me aficioné tan sinceramente a él, que me tomé desde entonces tanto interés por su gloria como había hallado injustos sus triunfos. En la paz que hizo poco tiempo después, manifesté mi alegría con una iluminación de muy buen gusto: era un cordón de guirnaldas, con que adorné la casa en que vivía, y donde, en verdad, tuve la vengativa altivez de gastar casi tanto dinero como él había querido darme. Hecha la paz, creí que habiendo llegado al colmo de su gloria militar y política, la adquiriría de otro género dando nueva vida a sus Estados, haciendo reinar en ellos el comercio y la agricultura, creando un nuevo suelo y cubriéndolo con un pueblo nuevo, manteniendo buenas relaciones con todos sus vecinos y constituyéndose en árbitro de Europa, después de haber sido su terror. Podía deponer la espada sin riesgo alguno, seguro de que nadie le obligaría a tomarla nuevamente. Viendo que no procedía al desarme, temí que hiciese mal uso de sus ventajas, y que no fuese grande sino a medias. Atrevíme a escribirle con este motivo, y tomando el tono familiar, adecuado a los hombres de su temple, elevé hasta él esta santa voz de la verdad, que tan pocos reyes pueden escuchar. Sólo en secreto, y entre los dos, me tomé esta libertad, sin hacer partícipe de ello ni al mismo milord mariscal, y remití mi carta al rey bien cerrada. Milord la remitió sin preguntar su contenido. El rey no respondió a ella; y algún tiempo después, habiendo ido milord mariscal a Berlín, le

dijo únicamente que yo le había reñido mucho. Con esto comprendí que mi carta había sido mal recibida y que la franqueza de mi celo se había tomado por la rusticidad de un pedante. En el fondo, esto podía ser muy bien; tal vez no dije lo que convenía, y no tomé el tono que correspondía. No puedo responder sino del sentimiento que me puso la pluma en la mano.

Poco tiempo después de haberme establecido en Motiers-Travers, teniendo todas las seguridades posibles de que me dejarían tranquilo, adopté el traje armenio. No era esto una idea nueva; en el curso de mi vida se me ocurrió varias veces, y pensé en ello a menudo en Montmorency, donde el frecuente uso de las sondas, condenándome a permanecer mucho en mi cuarto, me hizo conocer mejor todas las ventajas del traje talar. La proporción de conocer a un sastre armenio que venía de cuando en cuando a ver a un pariente que tenía en Montmorency, me indujo a aprovecharla para adoptar este nuevo traje aun a riesgo del qué dirán, que me importaba muy poco. Con todo, antes de tomarlo, quise consultar a la señora de Luxembourg, a quien le pareció muy bien. Me pertreché, pues, de un pequeño equipo armenio; pero el huracán levantado contra mí fue causa de que difiriese su uso para más tranquilos tiempos, y sólo hasta algunos meses después, cuando me vi reducido a recurrir a las sondas por nuevos ataques, creí poder tomar en Motiers este nuevo traje sin riesgo alguno, sobre todo después de haber consultado con el pastor de la comarca, quien me dijo que podía llevarlo, aun en el mismo templo, sin escándalo. Adopté, pues, la chaqueta, el caftán, el gorro forrado y el cinturón; y, después de haber asistido así vestido al culto divino, no hallé inconveniente en llevarlo a casa de milord mariscal. Viéndome su excelencia vestido de este modo, por todo cumplimiento, me dijo: *Salamaleki;* después de esto no hablamos más del asunto y no llevé otro vestido.

Habiendo abandonado completamente la literatura, no pensé más que en llevar una vida dulce y tranquila, en cuanto de mí dependiese. Hallándome solo jamás he conocido el fastidio, aun no teniendo absolutamente nada que hacer: mi imaginación, llenando todo vacío, es bastante por sí sola para ocuparme. Lo que jamás he podido soportar es la habladuría de las tertulias, donde están todos sentados unos enfrente de otros, sin tener más que afilar la lengua. Cuando se va de camino, cuando se pasea, vaya con Dios; a lo menos los pies y los ojos hacen alguna cosa; pero permanecer quieto, con los brazos cruzados, hablando del tiempo que hace y de las moscas que vuelan, o, lo que es peor, dirigirse mutuos cumplidos, es para mí un suplicio insoportable. Por no vivir como un salvaje, se me antojó aprender a fabricar cordoncillos; iba a hacer mis visitas con la almohadilla, o me colocaba, como las mujeres, a la puerta de la casa trabajando y hablando con los transeúntes. Esto me hacía soportar lo vacío de la charla y pasar el tiempo sin fastidiarme en casa de mis vecinas, muchas de las cuales eran bastante amables y no carecían de ingenio. Una de ellas, llamada Isabel de Ivernois, hija del procurador general de Neufchâtel, me pareció bastante apreciable para entablar con ella una amistad particular, que le ha sido grata por los provechosos consejos que le he dado y por las atenciones que le he

devuelto en ocasiones importantes; de suerte que, al presente digna y virtuosa madre de familia, tal vez me debe su razón, su marido, su felicidad y su vida. Por mi parte yo le debo muy dulces consuelos, sobre todo durante un invierno muy triste, en que, en lo más recio de mis males y de mis penas, venía a pasar con Teresa y conmigo largas veladas que hallábamos muy cortas por efecto de su carácter alegre y del mutuo desahogo de nuestros corazones. Ella me llamaba su papá, yo la llamaba hija mía, y espero que estos nombres, que seguimos dándonos, no dejarán de serle tan queridos como a mí. A fin de que mis cordoncillos sirviesen de alguna utilidad, los regalaba a mis jóvenes amigas, cuando se casaban, a condición de que criarían ellas mismas a sus hijos. De este modo regalé uno a su hermana, y lo ha merecido; Isabel recibió también otro, que no ha merecido menos por su buen deseo; pero no ha tenido el gusto de ver cumplida su voluntad. Al enviarles estos cordones, escribí una carta a cada una; la primera de estas dos cartas ha sido divulgada; mas la segunda no estaba destinada a tanto ruido: la amistad no se aviene con la ostentación.

Entre las relaciones que adquirí en la vecindad, en cuyo detalle no entraré, debo consignar la del coronel Pury, que tenía una casa en la montaña, adonde venía a pasar los veranos. Yo no tenía empeño alguno en conocerle, porque no ignoraba que no era bien visto en la corte, ni por milord mariscal, a quien no visitaba. Sin embargo, como vino a verme y me prodigó finezas, me vi precisado a visitarle yo también; esto siguió, y alguna vez comíamos juntos. En su casa conocí al señor Du Peyrou, con quien trabé una amistad demasiado íntima para que pueda pasarla por alto.

El señor Du Peyrou era americano, hijo de un comandante de Surinam, cuyo sucesor, el señor de Chambrier, de Neufchâtel, se casó con la viuda. Habiendo quedado viuda por segunda vez, vino a establecerse en el país de su segundo marido. Du Peyrou, hijo único, muy rico, y tiernamente amado por su madre, había sido criado con bastante esmero, y había sabido aprovechar la educación. Poseía, aunque someramente, muchos conocimientos, alguna afición a las artes, y sobre todo se preciaba de haber cultivado su inteligencia; su aire de holandés, frío y filosófico, su atezado rostro, su carácter silencioso y retraído, favorecían mucho esta opinión. Aunque joven todavía, era sordo y padecía de gota. De ahí resultaba que todos sus movimientos fuesen muy pausados, muy graves; y, aunque le agradaba disputar, alguna vez hasta largamente, en general hablaba poco, porque no oía. Este exterior me subyugó. Dije para mis adentros: «He ahí un hombre pensador, discreto; un hombre tal que ha de ser una felicidad tenerlo por amigo». Para acabar de preocuparme, dirigíame a menudo la palabra, sin decirme jamás el menor cumplimiento. Me hablaba poco de mí, poco de mis libros y muy poco de sí mismo; no carecía de ideas, y cuanto decía era bastante exacto.

Esta exactitud y esta uniformidad me atrajeron. No tenía el ánimo elevado de milord mariscal, ni su finura, pero sí su naturalidad; esto siempre era parecérsele en algo. No me entusiasmé con él, pero le cobré aprecio; y poco a poco éste trajo la amistad. Con él olvidé completamente la objeción que había hecho al barón de

Holbach de ser demasiado rico; y creo que hice mal. He aprendido a dudar de que a un hombre que goza de una gran fortuna, sea quien fuere, puedan agradarle sinceramente mis principios y mi persona.

Durante bastante tiempo, vi con poca frecuencia a Du Peyrou, porque yo no iba a Neufchâtel, y él no venía sino una vez al año a la montaña del coronel Pury. ¿Por qué no iba yo a Neufchâtel? Es una puerilidad que no debo callar.

Aunque protegido por el rey de Prusia y por milord mariscal, si al principio evité la persecución en mi asilo, no pude evitar las murmuraciones del público, de los magistrados municipales y de los ministros. A consecuencia del impulso dado por Francia, no era de buen tono dejar de inferirme a lo menos algún insulto; hubiérase temido parecer que desaprobaban a mis perseguidores, dejando de imitarles. Las personas de jerarquía de Neufchâtel, esto es, los amigos de los ministros de esta ciudad, dieron el primer impulso, intentando excitar contra mí el consejo de Estado. No habiendo obtenido buen éxito en esta tentativa, los ministros se dirigieron al magistrado municipal, quien hizo prohibir mi libro incontinenti, y tratándome en todas ocasiones con poca mesura, daba a entender y aun decía que si yo hubiera querido fijarme en la ciudad, no lo habría permitido. Llenaron su *Mercurio* de impertinencias y de las más chabacanas gazmoñerías, que, haciendo reír a las personas sensatas, no dejaban de excitar al pueblo y animarle contra mí. Todo esto no impedía que, al decir de ellos, debiese estarles muy agradecido por la extraordinaria gracia que me dispensaban dejándome vivir en Motiers, donde ninguna autoridad tenían; de buena gana me habrían medido el aire por jarros, con tal que lo hubiese pagado bien caro. Querían que les agradeciese la protección que el rey me dispensaba a pesar de ellos, y sin cesar trabajaban para quitármela. En fin, no pudiendo lograrlo, después de haberme causado todo el daño que pudieron, y de haber empleado todas sus fuerzas en difamarme, haciendo de la necesidad virtud, se jactaron de la bondad que conmigo empleaban, tolerándome en su país. Yo hubiera debido reírme en sus barbas por toda respuesta; pero fui tan tonto que me enfadé, y cometí la estupidez de no querer ir a Neufchâtel; resolución que cumplí durante cerca de dos años, como si no fuese honrar demasiado a tales gentes el prestar atención a su manera de obrar, que, buena o mala, no puede atribuírseles, porque jamás obran de *motu proprio.* Por otra parte, los espíritus faltos de luz y de cultura, que no conocen otro objeto digno de su aprecio que la fama, el poder y el dinero, están bien lejos aun de sospechar que se deba algún respeto al talento y que se deshonra el que lo ultraja.

Cierto alcalde de una aldea, que por sus malversaciones había sido depuesto, decía al lugarteniente de Val-de-Travers, marido de mi Isabel: *dicen que este Rousseau tiene tanto talento; traédmelo, y veremos si es verdad.* Seguramente, el descontento de un hombre que usa este tono debe importar poco a los que de él son objeto.

En vista del modo como se me trataba en París, en Ginebra, en Berna y en Neufchâtel mismo, no esperaba mayores miramientos del pastor del pueblo. No

obstante, habiéndole sido recomendado por la señora Boy de la Tour, me había recibido muy bien; mas en este país donde se halaga igualmente a todo el mundo, las caricias no significan nada. Pero después de mi solemne reconciliación con la Iglesia reformada y viviendo en un país reformado, no podía, sin faltar a mi obligación y a mi deber de ciudadano, desatender la profesión pública del culto en que había vuelto a entrar; por consiguiente asistía al servicio divino. Por otra parte, presentándome a la mesa sagrada temía exponerme a la afrenta de una repulsa; y no era probable que, después del alboroto levantado en Ginebra por el consejo y en Neufchâtel por cierta clase, quisiese administrarme tranquilamente la comunión en su iglesia. Viendo, pues, aproximarse la época, me resolví a escribir al señor de Montmollin (tal era el nombre del ministro), para dar testimonio de buena voluntad y participarle que seguía siempre unido de corazón a la Iglesia protestante, y al mismo tiempo para evitar cavilaciones acerca de los artículos de fe, le dije que no quería explicación ninguna especial sobre el dogma. Habiéndome así puesto en regla tocante a este punto, quedé tranquilo, en la persuasión de que el señor de Montmollin no rehusaría admitirme sin la discusión previa, en que yo no quería entrar, y que así quedaría hecho todo sin que pudiese achacárseme la menor falta. Nada de esto sucedió: en el momento en que menos lo esperaba, el señor de Montmollin vino a declararme que, no solamente me admitía a la comunión en la forma por mí propuesta, sino que además él y los ancianos se tendrían por muy honrados contándome en su rebaño. En mi vida recibí mayor ni más consoladora sorpresa. Vivir siempre aislado en la tierra me parecía un destino muy triste, sobre todo en la adversidad. En medio de tantas proscripciones y persecuciones hallaba un deleite inefable en poder decirme: «A lo menos estoy entre mis hermanos»; y fui a comulgar con tal emoción y lágrimas de ternura, que tal vez eran la preparación que más grata puede ser a Dios.

Algún tiempo después, milord me envió una carta de la señora de Boufflers (venida, o a lo menos así lo presumo) por conducto de D’Alembert, que conocía a milord mariscal. En esta carta, la primera que esta señora me escribía desde mi salida de Montmorency, me reprendía vivamente por la que había escrito al señor de Montmollin, y sobre todo por haber comulgado. Comprendí tanto menos a qué venía su amonestación, cuanto que, después de mi viaje a Ginebra, siempre había declarado abiertamente ser protestante, y había ido muy públicamente al hotel de Holanda, sin que nadie encontrase en ello nada que decir. Me parecía chistoso que la señora condesa de Boufflers quisiese meterse a dirigir mi conciencia en materia de religión. No obstante, como no me cabía duda de que su intención (aunque no comprendía una palabra) era la mejor del mundo, no me ofendió esta singular reprimenda, y le respondí sin enojo, diciéndole mis motivos.

Entre tanto las injurias impresas seguían su curso, y sus benignos autores vituperaban al poder público el que me tratara con harta suavidad. Este concurso de ladridos, que seguía, encubriéndose sus autores, tenía algo de siniestro y espantoso. Por mi parte dejaba decir sin inmutarme. Me aseguraron que la Sorbona había

pronunciado contra mí una censura, a que no di crédito alguno. ¿Cómo podía la Sorbona inmiscuirse en este asunto? ¿Querría tal vez asegurar que yo no era católico? Todo el mundo lo sabía. ¿Querría probar que yo no era un buen calvinista? ¿Qué le importaba? Esto hubiera sido tomarse un cuidado muy extravagante, constituirse en sustituto de nuestros ministros. Antes de haber visto este escrito, creí que lo hacían pasar por emanado de la Sorbona, para mofarse de ella; después de haberlo visto, lo creí más todavía. En fin, cuando ya no pude dudar de su autenticidad, sólo me fue dado creer que la Sorbona debía ser encerrada en el manicomio.

(1763). Más me afectó otro escrito, porque procedía de un hombre a quien siempre aprecié y cuya constancia admiraba, lamentando su ceguedad. Me refiero a la pastoral del arzobispo de París contra mí. Creí deber responderle, lo que podía hacer sin rebajarme; éste era un caso poco más o menos como el del rey de Polonia. Nunca me han gustado las disputas brutales, a lo Voltaire; yo no sé batirme sino con dignidad; y quiero que el que me ataque no deshonre mis estocadas, para que me digne defenderme. No me cabía duda de que esta pastoral era debida a los jesuitas; y, aunque a la sazón también ellos estaban en desgracia, reconocía en esto su antigua máxima que consiste en aplastar a los desvalidos. Por consiguiente, yo también podía seguir mi antigua máxima, de honrar al autor titular y fulminar rayos contra la obra; y esto es lo que creo haber hecho con bastante éxito.

La estancia en Motiers me era muy grata; y para resolverme a acabar allí mis días sólo me faltaba un medio seguro de subsistir; mas en este país se vive muy caro; y yo había visto deshacerse todos mis antiguos proyectos a causa de la disolución de mi casa, por tener que cambiar de residencia, por la venta o dispersión de todos mis muebles y por los gastos que había tenido que hacer desde mi salida de Montmorency. Veía disminuirse cada día el pequeño capital que me quedaba; bastaban dos o tres años para consumir el resto, sin que vislumbrase medio de sustituirlo, a menos de volver a escribir, tarea funesta a que había renunciado ya.

Persuadido de que todo cambiaría en breve respecto a mí, y de que el público, repuesto de su frenesí, obligaría a los poderosos a avergonzarse del suyo, sólo procuraba prolongar mis recursos hasta que llegase este feliz cambio, que me dejaría más en estado de escoger entre los que pudieran ofrecerse. Al efecto, tomé de nuevo mi *Diccionario musical*, que con diez años de trabajo tenían muy adelantado, y al que solamente faltaba dar la última mano y ponerlo en limpio. Mis libros, que me habían sido remitidos hacía poco tiempo, me facilitaron los medios necesarios para concluir esta obra; con mis papeles, que recibí al propio tiempo, pude empezar la tarea de mis Memorias, única obra de que, en adelante, quería ocuparme; y comencé por copiar cartas en una colección que pudiese ayudar a mi memoria en el orden de los hechos y de las épocas. Tenía hecha ya la elección de las que a este efecto había querido conservar, y en cerca de diez años no había interrupción alguna. Mas, al disponerme a transcribirlas, hallé un vacío que me sorprendió. Comprendía cerca de seis meses, desde octubre de 1756 hasta el mes de marzo inmediato. Recordaba perfectamente

haber hallado en el acto de escoger mis papeles cartas de Diderot, de Deleyre, de la señora de Épinay, de la de Chenonceaux, etc., que llenaban este vacío, y que luego no encontré en parte alguna. ¿Qué había sido de ellas? ¿Había puesto alguien la mano en mis papeles, durante los meses que estuvieron en el palacio de Luxembourg? Esto no era creíble, y yo había visto que el señor mariscal tenía la llave del cuarto donde habían sido depositados. Como muchas cartas de mujeres y todas las de Diderot estaban sin fechas, y me había visto obligado a suplirlas de memoria y por tanteo, para colocarlas por orden, creí al principio haber cometido errores al poner las fechas, y examiné todas las que carecían de ella, o que las llevaban puestas por mí, a fin de ver si encontraba las que faltaban. Nada conseguí con este ensayo; vi que el vacío era muy positivo, y no pude dudar de que las cartas habían sido sustraídas. ¿Por quién y para qué? He aquí lo que había: estas cartas, anteriores a mis grandes disputas correspondientes a la época de mi primer delirio por *Julia,* no podían interesar a nadie. En ellas se veían a lo más algunos chismes de Diderot, algunas bromas de Deleyre, muestras de amistad de la señora de Chenonceaux y aun de la de Épinay, con quien estaba en aquel entonces en el mejor acuerdo. ¿A quién podían interesar tales cartas? ¿Qué se proponían hacer con ellas? Hasta siete años más tarde no he sospechado el execrable objeto de este robo.

El convencimiento de la realidad de este déficit me impulsó a revistar mis borradores para ver si descubriría algún otro, y encontré algunos que, vista mi falta de memoria, me hicieron suponer que habría otros entre la multitud de mis papeles. Los que noté fueron el borrador de la *Moral sensitiva,* y el del extracto de las *Aventuras de milord Eduardo.* Este último confieso que me hizo sospechar de la señora de Luxembourg. Quien me remitió esos papeles fue La Roche, su ayuda de cámara, y no creí que hubiese nadie más que ella en el mundo a quien pudiese importarla este mamotreto; mas ¿qué había en el otro que pudiese interesarle, ni en las cartas sustraídas, que, aun suponiendo malos designios, no podían servir para causarme daño alguno, a menos de falsificarlas? Del señor mariscal, cuya invariable rectitud y verdadero afecto por mí me eran conocidos, no pude sospechar ni un solo instante; ni aun me fue dado fijar durante mucho tiempo mis sospechas en la señora mariscala. Lo más razonable que se me ocurrió, después de haberme fatigado largamente buscando el autor de este robo, fue imputarlo a D’Alembert, quien, relacionado ya con la señora de Luxembourg, habría encontrado medio de escudriñar estos papeles y apoderarse de lo que le hubiese venido en voluntad, así en punto a manuscritos como entre las cartas, ya fuese para ver de jugarme alguna mala pasada, ya para apropiarse lo que pudiese convenirle. Supuse que, engañado por el título de la *Moral sensitiva,* había creído hallar el plan de un verdadero tratado de materialismo, del cual habría sacado contra mí el partido que es de suponer. En la seguridad de que pronto se desengañaría con el examen del borrador, y resuelto a abandonar completamente la literatura, estos hurtos me tuvieron sin cuidado, no siendo los primeros que había sufrido de la misma mano,[109] sin quejarme. A poco dejé de pensar en esta

infidelidad como si no me hubiesen hecho ninguna, y me puse a reunir los materiales que me habían dejado, para trabajar en mis *Confesiones.*

Durante mucho tiempo creí que en Ginebra el cuerpo de ministros, y por lo menos los ciudadanos y burgueses reclamarían contra la infracción del edicto en el decreto dictado contra mí. Mas yo estaba tranquilo, a lo menos en apariencia, pues había un descontento general que no esperaba más que una ocasión para manifestarse. Mis amigos, o los que se llamaban tales, me escribían carta tras carta exhortándome a que fuese a ponerme a su frente, asegurándome una reparación pública del consejo. El temor del desorden o de los disturbios que podía ocasionar mi presencia, me impidió ceder a sus instancias; y, fiel al juramento que había hecho en otro tiempo de no mezclarme jamás en ninguna discusión civil en mi país, preferí dejar subsistir el agravio y desterrarme para siempre de mi patria, antes que volver a entrar en ella por medios violentos y peligrosos. Verdad es que había llegado a esperar que la burguesía o clase media haría representaciones legales y pacíficas contra una infracción que le interesaba en extremo; pero no fue así; los que la dirigían buscaban menos la verdadera reparación de los agravios que la ocasión de hacerse necesarios. Se tramaban maquinaciones, pero se guardaba silencio dejando alzar la voz, digámoslo así, a las vocingleras y a los camanduleros que el consejo atizaba para hacerme odioso a los ojos del populacho, y atribuir su desafuero al celo por la religión.

Habiendo esperado en vano más de un año que alguien reclamase contra un procedimiento ilegal, tomé al fin una resolución: viéndome abandonado de mis conciudadanos, resolví renunciar a mi ingrata patria, donde nunca había vivido, de la cual no había recibido favor ni servicio alguno, y que en premio de la honra que había procurado ofrecerle, me trataba tan indignamente con consentimiento unánime, puesto que aquellos que debían hablar nada dijeron. Por consiguiente, escribí al primer síndico, que en aquel año lo era, si no me equivoco, el señor Fabre, una carta en que abdicaba solemnemente mi derecho de ciudadanía, y en la cual, por lo demás, observé la decencia y la moderación que siempre he empleado en los actos de altivez que la crueldad de mis enemigos me ha arrancado a menudo en medio de mis desdichas.

Este paso abrió al fin los ojos a los ciudadanos: conociendo que, por la cuenta que les tenía, habían hecho mal abandonando mi defensa, la tomaron cuando ya era tarde. Tenían otras quejas que añadir a ésta, e hicieron con ellas una serie de representaciones muy bien razonadas que ensancharon y reforzaron a medida que las duras y repugnantes denegaciones del consejo, que se veía sostenido por el ministerio de Francia, les hicieron comprender mejor la realidad del proyecto de someterlos. Estos altercados dieron origen a varios folletos que nada decidían, hasta que de repente aparecieron las *Cartas escritas desde el campo,* obra compuesta en favor del consejo, con sumo arte, por efecto de la cual el partido de las representaciones, reducido al silencio, quedó por algún tiempo anonadado. Este trabajo, monumento imperecedero del raro talento de su autor, era del procurador general Tronchin,

hombre capaz e ilustrado y muy conocedor de las leyes y del gobierno de la república. *Siluit terra.*

(1764). Repuestos de su primer abatimiento los autores de las representaciones emprendieron una respuesta, de que salieron medianamente airosos con el tiempo. Mas todos los ojos se dirigieron hacia mí, como hacia el único capaz de lidiar con tal adversario con probabilidad de confundirle. Confieso que pensaba lo mismo; e impelido por mis antiguos conciudadanos que me juzgaban obligado a ayudarles con mi pluma en un apuro que yo les había traído, puse manos a la obra de la refutación de las *Cartas escritas desde el campo,* y parodié este título con el de *Cartas escritas desde la montaña,* que puse a las mías. Concebí y realicé este proyecto tan secretamente que, en una entrevista que tuve en Thonon con los jefes del partido representador, para hablar de sus negocios, durante la cual me enseñaron el plan de su réplica, no les dije una palabra de la mía, que estaba ya terminada, temiendo que sobreviniese algún obstáculo a su impresión si llegaba la menor noticia de ella, ya fuese a los magistrados o a mis enemigos particulares. A pesar de esto no pude evitar que esta obra fuese conocida en Francia antes de su publicación; mas prefirieron dejarla aparecer a que pudiese yo averiguar demasiado cómo habían descubierto mi secreto. Acerca de este hecho diré lo que he sabido, que se reduce a muy poca cosa, y me callaré lo que he conjeturado.

En Motiers recibía yo tantas visitas como en el Ermitage y Montmorency; pero la mayor parte eran de una especie muy diferente. Los que hasta entonces habían ido a verme eran personas que, teniendo conexión conmigo por la clase de conocimientos, de gustos o de principios, los alegaban como causas de sus visitas, y me ponían desde luego en el caso de tratar de materias en que podía conversar con ellos. En Motiers ya no era así, sobre todo tratándose de Francia. Venían oficiales u otras personas que no tenían la menor afición a la literatura, que la mayor parte ni siquiera habían leído mis obras, y que, según ellos decían, no dejaban de haber andado treinta, cuarenta, sesenta, cien leguas para venir a verme y admirar al hombre ilustre, célebre, muy célebre, al grande hombre, etc. Porque desde entonces no han cesado de echarme groseramente al rostro las más impudentes lisonjas, de que me había librado hasta la sazón la estima de los que me habían rodeado. Como la mayor parte de estas inesperadas visitas no se dignaban nombrarse ni decir su condición; como sus conocimientos y los míos eran muy diferentes, y no habían leído ni ojeado mis obras, no sabía de qué hablarles, y esperaba a que lo hiciesen ellos, puesto que debían saber y decirme a qué venían. Como se comprende, esto no me proporcionaba conversaciones muy interesantes, aunque pudiesen serlo para ellos, según lo que querían saber; pues como yo no desconfiaba de ellos, me expresaba sin reservas sobre todas las preguntas que tenían por conveniente hacerme; y comúnmente se iban casi tan enterados de mi situación como yo mismo.

Fue a verme, por ejemplo, un señor de Feins, escudero de la reina y capitán de caballería del regimiento de la Reina, quien tuvo la constancia de pasar muchos días

en Motiers, y aun de seguirme a pie hasta Ferrière, llevando su caballo de las riendas, sin tener conmigo otro punto de contacto que el de ser ambos conocidos de la señorita Fiel, y saber, como yo, jugar al dominguillo. Antes y después del señor de Feins recibí otra visita mucho más extraordinaria. Llegaron dos hombres a pie conduciendo cada uno un mulo cargado con su pequeño equipaje, se alojaron en la posada, dieron ellos mismos el pienso a sus mulos, y preguntaron por mí. Por el traje de estos arrieros se creyó que eran contrabandistas; y en seguida corrió la voz de que unos contrabandistas venían a visitarme. Por su manera de presentarse conocí desde luego que eran gente de otra condición; pero sin ser contrabandistas podían muy bien ser aventureros, y esta duda me tuvo un tiempo en guardia. No tardaron en tranquilizarme. Uno era el señor de Montauban, llamado el conde de la Tour du Pin, gentilhombre del Delfinado y el otro el señor Destier, de Carpentras, antiguo militar, que, no pudiendo ostentar su cruz de San Luis, se la había metido en el bolsillo. Estos señores, ambos muy amables, tenían mucho ingenio; su conversación era agradable e interesante; su manera de viajar, tan acomodada a mi gusto como ingrata para los gentileshombres franceses, despertó en mí una especie de afición a ellos que con nuestro trato no podía menos de consolidarse. No pararon aquí estas relaciones, pues todavía subsisten, y han venido a verme varias veces, aunque ya no a pie; esto era bueno para la introducción; pero cuanto más les trataba, menos conexión hallaba entre sus gustos y los míos, entre sus máximas y las mías; mejor veía que no estaban familiarizados con mis escritos, que entre ellos y yo no existía una verdadera simpatía. ¿Qué buscaban, pues, en mí? ¿Por qué vinieron a verme con semejante aparejo? ¿A qué permanecer varios días conmigo? ¿A qué venir tantas veces? ¿A qué desear tan vivamente ser mis huéspedes? En aquel entonces no se me ocurrieron estas preguntas; he pensado en ellas algunas veces posteriormente.

Agradecido a su iniciativa, mi corazón se entregaba sin reflexión, sobre todo al señor Destier, cuyas maneras más espontáneas me agradaban más. Hasta llegué a estar en correspondencia con él, y cuando quise hacer imprimir las *Cartas de la montaña,* me valí de él para dar esquinazo a los que esperaban mi paquete por el camino de Holanda. Me había hablado mucho, y tal vez adrede, de la liberad de la prensa de Avignon, y me había ofrecido sus buenos oficios, para el caso de que me conviniese hacer imprimir allí alguna cosa. Aproveché este ofrecimiento, y sucesivamente le remití por el correo mis primeros cuadernos. Después de haberlos conservado durante bastante tiempo, me los devolvió manifestándome que ningún librero se había atrevido a tomarlos; y me vi obligado a volver a Rey, tomando la precaución de no remitir los cuadernos sino uno a uno, y no soltar los siguientes hasta tener aviso de la recepción de los anteriores. Antes de la publicación de la obra, supe que había sido vista en las secretarías de los ministros; y de Escherny, de Neufchâtel, me habló de un libro *Del hombre de la montaña,* que de Holbach le había dicho ser mío. Yo le aseguré, como era la verdad, no haber escrito ningún libro que llevase ese título. Cuando aparecieron las cartas, se puso furioso y me acusó de mentiroso,

aunque no le hubiese dicho más que la verdad. He aquí cómo tuve la seguridad de que mi libro era conocido. No dudando de la fidelidad de Rey, me vi obligado a encaminar por otro lado mis conjeturas; y lo que me pareció más acertado fue que mis remesas habían sido abiertas en el correo.

Otra de las relaciones adquiridas poco más o menos por aquel mismo tiempo, que al principio sólo consistió en cartas, fue la de cierto señor Laliaud, de Nîmes, quien desde París me escribió rogándome que le remitiese el perfil de mi retrato sacado a la silueta, diciendo que lo necesitaba para mi busto en mármol, que hacía labrar por Le Moine, con el objeto de colocarlo en su biblioteca. Si lo hizo con el objeto de insinuarse en mi ánimo, fuerza es confesar que se salió con la suya. Yo creí que un hombre que deseaba tener mi busto en mármol en su biblioteca estaría prendado de mis obras, que, por consiguiente, sería partidario de mis principios, y que me amaría por tener un alma seria del temple de la mía. Era difícil que esta idea no me sedujese. Posteriormente vi al señor Laliaud, quien se ha mostrado muy atento en prestarme multitud de pequeños favores, para entrometerse mucho en mis ordinarios quehaceres. Por lo demás, dudo mucho que ninguna de mis obras forme parte del pequeño número de libros que ha leído en su vida. Ignoro si tiene biblioteca, y aun si es mueble de su uso; en cuanto al busto, se ha limitado a un mal boceto en barro, hecho por Le Moine, con arreglo al cual ha hecho grabar un retrato horrible, que no deja de correr con mi nombre, como si en algo se me pareciese.

El único francés que pareció venir a verme por predilección por mis sentimientos y mis obras, fue un joven oficial del regimiento de Limousin, llamado Séguier de Saint-Brisson, a quien se ha visto y tal vez se ve aún brillar en París y en el mundo por sus amables cualidades y por sus aspiraciones a la agudeza de ingenio. Había ido a verme a Montmorency en el invierno que precedió a mi calamidad, y encontré en él una viveza de sentimiento que me agradó. Posteriormente me escribió a Motiers; y sea que quisiese halagarme, o que realmente se encaprichase con el *Emilio*, el caso es que me participó que abandonaba el servicio para vivir independiente, y que iba a aprender el oficio de carpintero. Tenía éste un hermano mayor, capitán en el mismo regimiento, que era el predilecto de la madre, devota exagerada, dirigida por no sé qué abate gazmoño y enemiga del menor, a quien acusaba de irreligioso, y hasta del irremisible crimen de mantener relaciones conmigo. He aquí los agravios por los cuales quiso romper con ella y tomar la resolución que dejo indicada, todo por echárselas de Emilito.

Alarmado de ver esta petulancia, me apresuré a escribirle para hacerle cambiar de resolución empleando en mis exhortaciones toda la energía de que era yo capaz; y fueron escuchadas. Volvió a cumplir con su deber respecto de su madre, y retiró de las manos de su coronel la dimisión que le había presentado y de que éste tuvo la prudencia de no hacer uso alguno, para dejarle tiempo de reflexionarlo mejor. Vuelto en sí de sus manías, dio en otra algo menos chocante, pero que no me disgustaba menos: fue la de hacerse autor. Dio sin interrupción dos o tres folletos que revelaban

algún talento, mas no tengo que arrepentirme de haberle dispensado elogios que le animasen a proseguir en esta senda.

Algún tiempo después vino a verme, e hicimos juntos la romería de la isla de San Pedro. En este viaje le hallé muy diferente de cuando vino a verme a Montmorency: tenía un no sé qué de afectado, que al pronto no me chocó mucho, pero que después he recordado con frecuencia. Aún vino a verme otra vez en el hotel de Saint-Simon, a mi paso por París para ir a Inglaterra. Allí supe (lo que él no me había dicho) que vivía en el gran mundo y que veía con bastante frecuencia a la señora de Luxembourg. En Trye, no dio señales de vida, ni me hizo decir nada por su parienta la señorita Séguier, que era vecina mía, y la que jamás me pareció serme favorable. En una palabra, el apasionamiento del señor de Saint-Brisson fue momentáneo, como la amistad del de Feins; pero éste nada me debía, y el primero me debía alguna cosa, a menos de que las locuras que yo le había ahorrado no hubiesen sido más que una comedia suya: lo que en el fondo podría ser muy bien.

Otras y aun más visitas recibí procedentes de Ginebra. Los Deluc, padre e hijo, me tomaron sucesivamente por enfermero: el padre cayó enfermo por el camino; el hijo ya lo estaba al salir de Ginebra, y ambos vinieron a establecerse en mi casa. Ministros, parientes, santurrones, quídams de todos géneros venían de Ginebra y de Suiza, mas no como los de Francia, para admirarme y mofarse de mí, sino para reñirme y catequizarme. El único que me fue agradable fue Moultou, que vino a pasar tres o cuatro días conmigo, y hubiera querido retenerle más tiempo. De todos ellos el más constante, el más tenaz y que me dominó a fuerza de importunidades, fue un comerciante de Ginebra llamado Ivernois, francés refugiado, y pariente del procurador general de Neufchâtel. Este señor de Ivernois de Ginebra venía dos veces al año a Motiers, sin otro objeto que el de visitarme, permanecía en mi casa de la mañana a la noche, durante una porción de días seguidos, se hacía mi acompañante en mis paseos, me traía innumerable variedad de regalitos, se insinuaba a pesar mío en mi confianza y se mezclaba en todos mis asuntos, sin que entre él y yo hubiese la menor conformidad de ideas, ni de inclinaciones, ni de sentimientos, ni de nociones. Dudo que en toda su vida haya leído un libro entero de ninguna especie, y que sepa siquiera de qué tratan los míos. Cuando empecé a herborizar me siguió en mis excursiones botánicas, sin ser aficionado a ello y sin tener nada que decirme, ni yo a él. Hasta tuvo el valor de pasar tres días conmigo en un figón de Goumoins, desde donde había esperado echarle a fuerza de fastidiarle y de hacerle comprender cuánto me fastidiaba; y todo esto sin que jamás me haya sido posible desanimar su increíble constancia, ni penetrar su fundamento.

Entre todas las relaciones que adquirí y mantuve sólo por fuerza, no debo omitir la única que me fue grata y me inspiró un verdadero interés: es la de un joven húngaro que vino a establecerse a Neufchâtel, y luego pasó a Motiers algunos meses después de mi llegada. En el país se le conocía con el nombre de barón de Sauttern, bajo el cual había sido recomendado desde Zurich. Era alto y bien formado, de

simpático semblante y de un trato afable y dulce. Dijo a todo el mundo, y a mí mismo me dio a entender, que sólo había venido a Neufchâtel por mí y para avezarse a la virtud con mi trato. Su fisonomía, su tono y sus maneras me parecieron conformes con sus palabras; y hubiera creído faltar a uno de los más sagrados deberes, despidiendo a un joven en quien nada veía que no fuese amable y que me buscaba con tan respetable motivo. Mi corazón no sabe entregarse a medias. En breve obtuvo toda mi amistad, toda mi confianza, y llegamos a ser inseparables. Formaba parte de todas mis correrías pedestres y se complacía en ellas. Le presenté a milord mariscal, quien le prodigó mil halagos. Como aún no podía expresarse bien en francés, no me hablaba ni me escribía sino en latín; yo respondía en francés, y esta mezcla de las dos lenguas en nada disminuía la facilidad y la viveza de nuestras conversaciones. Me habló de su familia, de sus negocios, de sus aventuras, de la corte de Viena, cuyos detalles íntimos parecía conocer muy bien. En fin, durante cerca de dos años que pasamos en la mayor intimidad, siempre hallé en él una dulzura de carácter a toda prueba, costumbres no sólo decorosas, sino hasta elegantes, gran pulcritud en su persona, una decencia extraordinaria en sus conversaciones, en fin, todas las señales de un hombre bien nacido, que me lo hicieron harto apreciable para que no me fuese caro.

En lo más vivo de nuestras relaciones, Ivernois de Ginebra me escribió que estuviese alerta con el joven húngaro que había venido a establecerse cerca de mí, pues le habían asegurado ser un espía que el gobierno de Francia había puesto a mi lado. Este aviso podía parecer tanto más alarmante, en cuanto en el país donde me hallaba todo el mundo me advertía que anduviese con cuidado, que me espiaban y que procuraban hallar medio de atraerme hacia el territorio de Francia, para jugarme allí una mala pasada.

Para cerrar de una vez para siempre la boca a estos impertinentes soplones, propuse a Sauttern, sin advertirle nada, un paseo pedestre a Pontarlier, que admitió. Cuando hubimos llegado allí, le di la carta de Ivernois para que la leyera, y luego, abrazándole con calor, le dije: «Sauttern no necesita que yo le dé pruebas de mi confianza, pero es necesario probar al público que sé ponerla en buena parte». Este abrazo fue muy placentero: fue uno de estos goces del alma que los perseguidores son incapaces de conocer y de arrebatar a los oprimidos.

Jamás creeré que Sauttern fuese un espía, ni que me haya hecho traición; pero me ha engañado. Mientras yo desahogaba mi pecho sin reserva con él, tuvo valor para cerrarme constantemente el suyo y engañarme con mentiras. No sé qué historia hilvanó, que me hizo creer necesaria su presencia en su país, y le exhorté que partiese a la mayor brevedad. Partió, y cuando le juzgaba ya en Hungría, supe que se hallaba en Estrasburgo. No era ésta la vez primera. Anteriormente había causado allí disturbios entre un matrimonio, y el marido, sabiendo que Sauttern me visitaba, me había escrito. Nada omití yo para encaminar a la esposa a la virtud y para llamarle a él a su deber; mas cuando ya les creía perfectamente desprendidos uno de otro, se

habían reunido de nuevo, y el marido tuvo la condescendencia de volver a acoger él mismo al joven en su casa; desde entonces no me quedó nada que hacer. Surge que el pretendido barón me había engañado con un cúmulo de mentiras. No se llamaba Sauttern, sino Sauttersheim. En cuanto al título de barón que se le daba en Suiza, yo no podía tacharle de farsante, porque jamás lo había tomado; mas no me cabe duda de que fuese por lo menos hidalgo; y milord mariscal, que era muy ducho en punto a conocer a los hombres, y que había estado en su país, siempre le consideró y trató como a tal.

Tan luego como se hubo marchado, la sirvienta de la posada donde comía en Motiers se confesó embarazada de él. Era una mujer tan asquerosa, y Sauttern, generalmente estimado y considerado en todo el país por su conducta y sus buenas costumbres, se preciaba tanto de pulcro, que esta impudencia chocó a todo el mundo. Las más lindas jóvenes del país, que le habían prodigado inútilmente sus zalamerías, estaban furiosas: yo estaba lleno de indignación, hice cuanto pude para que se prendiese a esta desvergonzada, ofreciendo pagar todos los gastos y salir fiador de Sauttersheim, a quien escribí, en la firme persuasión de que no sólo este embarazo no era obra suya, sino que era fingido y que todo esto no era más que un enredo puesto en juego por sus enemigos y los míos. Yo quería que volviese para confundir a esta infame y a los que la impulsaban a hablar. La flojedad de su respuesta me sorprendió. Escribió al pastor de la parroquia a que pertenecía aquella desvergonzada, y procuró que se acallara el asunto; visto lo cual, dejé de mezclarme en ello, pasmado de ver que un hombre tan crapuloso hubiese podido ser bastante dueño de sí mismo para engañarme con su reserva en la más íntima familiaridad.

Desde Estrasburgo, Sauttersheim fue a París a buscar fortuna, y no encontró más que miseria. Me escribió diciendo su *peccavi;* y me conmoví recordando nuestra antigua amistad, y le envié algún dinero. El año siguiente, a mi paso por París volví a verle poco más o menos en el mismo estado, pero grande amigo del señor Laliaud, sin que me fuese dable saber de dónde procedían sus relaciones, ni si eran antiguas o recientes. Dos años después, Sauttersheim volvió a Estrasburgo, desde donde me escribió, y donde ha muerto. He aquí en compendio la historia de nuestras relaciones, y lo que sé de sus aventuras; mas al deplorar la suerte de este desdichado joven, jamás dejaré de creer que era bien nacido y que todo el desorden de su conducta se debe a las circunstancias en que se encontró.

Tales fueron las amistades y relaciones que adquirí en Motiers. Mas ¡cuántas como éstas no hubieran sido necesarias para compensar las crueles pérdidas que sufrí al mismo tiempo!

Fue la primera la del señor de Luxembourg, quien, después de haber sido atormentado durante mucho tiempo por los médicos, fue al fin su víctima, pues trataron su enfermedad, en que no quisieron reconocer la gota, como si pudiesen curarla.

Si he de hacer caso de la relación que me hizo La Roche, criado de confianza de

la señora mariscala, es indudable que por este ejemplo, tan crudo como memorable, se deben deplorar las miserias de la grandeza.

La pérdida de este buen señor fue tanto más sensible para mí, cuanto que era el único amigo verdadero que yo tenía en Francia; y la afabilidad de su carácter era tal, que me había hecho olvidar completamente su jerarquía, de modo que me avisté con él como si fuese un igual mío. No cesaron nuestras relaciones con mi huida; siguió escribiéndome como antes; pero me pareció notar que la ausencia o mi desdicha había entibiado su afecto. Es muy difícil que un cortesano conserve su adhesión a quien sabe que está en desgracia con el Poder. Por otra parte conceptué que el notable ascendiente que sobre él ejercía la señora de Luxembourg no me había sido propicio, y que ésta habría aprovechado mi alejamiento para influir contra mí en su ánimo. En cuanto a ella, a pesar de alguna demostración afectada, y cada día más rara, fue progresivamente mostrando más a las claras el cambio que en ella se operó respecto a mí. Me escribió a Suiza de cuando en cuando hasta cuatro o cinco veces, después de lo cual no me volvió a escribir; y era necesaria toda mi preocupación, toda mi confianza, toda la ceguedad que aún me dominaba, para no ver en ella más que tibieza conmigo.

El librero Guy, socio de Duchesne, quien después de mi partida frecuentaba mucho el palacio de Luxembourg, me escribió diciéndome que yo estaba comprendido en el testamento del señor mariscal. Nada había en esto que no fuese muy natural y muy creíble, así es que no lo dudé. Esto me hizo deliberar conmigo mismo acerca de mi conducta respecto del legado. Bien considerado todo, resolví admitirlo, cualquiera que pudiera ser, y hacer esta distinción por un hombre que, en una categoría donde la amistad penetra raras veces, me la había tenido verdadera. Pero me vi dispensado de cumplir con este deber, porque no oí hablar más de este legado, real o ficticio; y a la verdad me hubiera costado un pesar tener que infringir una de las grandes máximas de moral, lucrando con la muerte de alguien cuya existencia me hubiese sido querida. Durante la última enfermedad de nuestro amigo Mussard, Lenieps me propuso que aprovechara el agradecimiento que mostraba a nuestros cuidados, para insinuarle que hiciese algo en favor nuestro. «¡Ah, amigo Lenieps —le dije—, no manchemos con pensamientos de interés los tristes, pero sagrados deberes que llenamos con nuestro moribundo amigo! Espero no ver nunca mi nombre en el testamento de nadie y, sobre todo, en el de ningún amigo mío». Poco más o menos por este mismo tiempo, milord mariscal me habló del suyo y de lo que se proponía hacer por mí, a que le respondí lo que dejo dicho en la primera parte.[110]

Mi segunda pérdida, aún más sensible, y mucho más irreparable, fue la de la mejor de las mujeres y de las madres, quien, ya cargada de años y agobiada de enfermedades y de miserias, abandonó este valle de lágrimas para ir a la mansión de los buenos, donde el grato recuerdo del bien que acá abajo se ha hecho constituye su eterna recompensa. ¡Id, alma dulce y bienhechora, junto a los Fénelon, los Bernex, los Catinat y los que, en situación más humilde, han abierto, como ellos, sus

corazones a la verdadera caridad! ¡Id a gozar el fruto de la vuestra y preparad para vuestro discípulo el lugar que espera ocupar algún día a vuestro lado! ¡Dichosa vos que en medio de vuestros infortunios, a los que puso término el cielo, no tuvisteis el cruel espectáculo de los suyos! Temiendo contristarla con el relato de mis primeros desastres, no le había escrito desde mi llegada a Suiza; pero escribí al señor de Conzié preguntándole por ella, y él fue quien me participó que había dejado de consolar a los que sufrían y de sufrir también ella. Pronto dejaré asimismo de sufrir yo; pero si creyese no volver a verla en la otra vida, mi débil imaginación se vería privada de la idea de la felicidad perfecta que allí me prometo.

Mi tercera pérdida y la última, porque desde entonces ya no me han quedado amigos que perder, fue la de milord mariscal. No murió; pero, cansado de servir a ingratos, abandonó Neufchâtel, y desde entonces no le he visto más. Vive aún y espero que me sobrevivirá: gracias a él no se han roto todas mis afecciones de la tierra: aún existe un hombre digno de mi amistad; porque su verdadero precio se halla aun más en la que se experimenta que en la que uno inspira; pero he perdido los consuelos que la suya me prodigaba, y solamente puedo colocarle en la categoría de aquellos a quienes amo todavía, mas con quienes no me liga vínculo alguno. Fue a Inglaterra a recibir su indulto del rey, y rescatar sus bienes anteriormente confiscados. No nos separamos sin hacer propósito de reunirnos, que parecían casi tan gratos para él como para mí. Pensaba establecerse en su castillo de Keith-Hall, inmediato a Aberdeen, y yo debía después ir allá; mas este proyecto me halagaba demasiado para poder esperar que se realizase. No permaneció en Escocia: la tierna solicitud del rey de Prusia le volvió a Berlín, donde luego se verá cómo me vi imposibilitado de reunírmele.

Previendo la tormenta que empezaba a suscitarse contra mí, antes de marcharse, me envió espontáneamente cartas de naturaleza, que parecían ser una precaución muy segura para que no pudiesen echarme del país. La comunidad de Couvet en Val-de-Travers, imitando el ejemplo del gobernador, me dio cartas gratuitas de comulgar, como las primeras. Pasando así a ser de todo punto ciudadano del país, me hallaba al abrigo de toda expulsión legal, hasta para con el príncipe; pero jamás ha sido por las vías legales como han podido perseguir al hombre que mejor ha respetado siempre las leyes.

No creo deber contar en el número de las pérdidas que sufrí por este tiempo la del abate de Mably. Habiendo vivido en casa de su hermano, me había relacionado un poco con él, pero jamás con tanta intimidad; y tengo algún motivo para creer que sus sentimientos para conmigo habían cambiado de naturaleza, desde el momento en que yo había adquirido más celebridad que él. Pero cuando la publicación de las *Cartas de la montaña,* vi la primera manifestación de su mala voluntad. Corrió por Ginebra una carta dirigida a la señora Saladin, que se atribuía a él, en la cual se hablaba de esa obra como se hablaría de los clamores sediciosos de un demagogo desenfrenado. El aprecio que me merecía el abate de Mably, y el caso que hacía de sus luces, no me

permitió creer ni un solo instante que esta extravagante carta fuese suya. Por consiguiente, tomé la resolución que me inspiró mi franqueza de remitirle una copia de la carta, advirtiéndole que se la atribuían. No me respondió. Este silencio me dejó pasmado; pero considérese mi estupor cuando la señora de Chenonceaux me dijo saber que la carta era realmente del abate y que la mía le había dejado confundido en extremo. Porque, en fin, aun cuando hubiese tenido razón, ¿cómo podía excusar un pago ruidoso y público, dado voluntariamente, sin obligación, sin necesidad, con el único fin de abrumar en lo más recio de su desgracia a un hombre a quien siempre había manifestado benevolencia y que jamás le había faltado en nada? Algún tiempo después aparecieron los *Diálogos de Foción,* donde no vi más que una compilación de mis escritos, hecha sin recato y sin vergüenza. Al leer este libro comprendí que su autor estaba decidido en cuanto al modo de portarse conmigo, y que en adelante no tendría peor enemigo que él. No creo que me haya perdonado el *Contrato social,* harto superior a sus fuerzas, ni la *Paz perpetua,* y estoy seguro de que sólo mostró empeño en que yo extractase las obras del abate de Saint-Pierre porque suponía que no saldría tan airoso del paso.

Cuanto más avanzo en el curso de mi relato, menos orden y encadenamiento puedo guardar en él. La agitación del resto de mi vida no ha dejado a los acontecimientos tiempo suficiente para ordenarse en mi mente. Han sido demasiado numerosos, demasiado embrollados, demasiado desagradables para que se puedan narrar sin confusión. La única impresión viva que me han dejado es la del horrible misterio que cubre su origen y del estado deplorable a que me han reducido. Mi narración ya no puede continuar sino a la ventura y según como los hechos se presenten a mi espíritu. Recuerdo que en el tiempo en que vengo hablando, enteramente ocupado en mis *Confesiones,* hablaba muy imprudentemente de ellas a todo el mundo, no imaginando siquiera que nadie pudiese tener interés, ni voluntad, ni poder para oponer obstáculos a esta empresa; y aun cuando lo hubiese creído, no habría sido mucho más discreto, por la imposibilidad total en que me hallo, por efecto de mi carácter, de tener oculto nada de cuanto siento y pienso. Por lo que puedo colegir, el conocimiento de este mi propósito fue la verdadera causa de la tormenta que levantaron para expulsarme de Suiza y ponerme a merced de quien me impidiese llevarlo a cabo.

Otro proyecto tenía en cierne que no era visto con mejores ojos por los que temían el primero: era el de hacer una edición general de mis escritos. Ésta me parecía necesaria para hacer constar cuáles de los libros que llevaban mi nombre eran verdaderamente míos, y poner al público en el caso de poder distinguirlos de los escritos con nombres supuestos que mis enemigos me atribuían para desacreditarme y envilecerme. Fuera de esto, esta edición era un medio sencillo y decoroso de asegurarme el pan; y era el único, puesto que, habiendo renunciado a escribir, mis Memorias no podían aparecer mientras yo viviese, y no ganando un ochavo de ninguna otra manera y gastando siempre, veía acabarse mis recursos con el producto

de mis últimos escritos. Esta razón me había obligado a dar mi *Diccionario musical* aún informe. Éste me había valido cien luises al contado y cien escudos de renta vitalicia; pero también había de ver en breve agotados los cien luises quien prefería más sesenta anuales; y cien escudos de renta no eran nada para un hombre sobre quien llovían incesantemente, como estorninos, los prójimos y pordioseros.

Presentóseme una compañía de negociantes de Neufchâtel con el fin de emprender una edición general de mis obras; y un impresor o librero de Lyon, llamado Reguillat, vino no sé cómo a meterse entre ellos para dirigirlos. El trato se hizo bajo condiciones razonables y suficientes para llenar mi objeto. Entre obras impresas y manuscritos tenía que llenar seis volúmenes en cuarto; además me comprometí a corregir la edición; en pago debían darme una pensión vitalicia de mil seiscientas libras de Francia y mil escudos al contado.

(1765). Ya estaba concluido el trato, aunque no firmado, cuando aparecieron las *Cartas escritas desde la montaña.* El terrible escándalo que se levantó contra esta obra infernal y su abominable autor, espantó a la compañía y se deshizo el negocio. Yo podría comparar el efecto producido por esta última obra al de la *Carta sobre la música francesa,* si esta carta, atrayéndome el odio y exponiéndome a los peligros, no me hubiese dejado a lo menos la consideración y el aprecio. Pero, al ver esta última obra, pareció que en Ginebra y en Versalles extrañaban que se dejase respirar a un monstruo como yo. El consejo, excitado por el ministro residente de Francia y dirigido por el gobernador general, dio sobre mi obra una declaración en la cual, en medio de los más atroces calificativos, declaraba que era indigna de ser quemada por el verdugo, añadiendo, con una maestría que tiene algo de burlesco, que no se puede replicar a ella ni mencionarla para nada sin deshonrarse. Quisiera poder copiar aquí este documento; pero desgraciadamente no lo tengo, y no recuerdo de él una sola palabra. Deseo ardientemente que alguno de mis lectores, animado por el amor a la verdad y a la equidad, tenga a bien leer por completo las *Cartas escritas desde la montaña;* y me atrevo a decir que conocerá la estoica moderación que reina en ellas, recordando los sensibles y crueles ultrajes con que a porfía abrumaban a su autor. Mas no pudiendo responder a las injurias, porque no las había, ni a las razones, porque eran incontestables, tomaron el partido de parecer demasiado enfurecidos para querer replicarme; y lo cierto es que, si tomaban por injurias los argumentos irrefutables, debían darse por muy ofendidos.

El partido de las representaciones, lejos de presentar queja alguna contra esta odiosa declaración, siguió la senda que aquélla le trazaba: y, en vez de valerse como de un trofeo de las *Cartas de la montaña,* que disfrazaron para escudarse con ella, cometieron la vileza de no honrar ni hacer justicia a esta obra escrita para su defensa y a ruego suyo, ni mencionarla, ni nombrarla, aunque tácitamente sacasen de ella todos sus argumentos, y a pesar de que la exactitud con que siguieron el consejo con que termina fue la única causa de su salvación y su victoria. Ellos me habían impuesto este deber: yo lo había llenado; había servido a mi patria y su causa hasta el

fin. Les rogué que abandonasen la mía y que no se acordasen sino de sí mismos en sus desavenencias. Hiciéronlo al pie de la letra, y yo sólo me he mezclado en sus asuntos para exhortarles sin cesar a mantener la paz, no dudando que, si se obstinaban, se verían aplastados por Francia. Esto no ha sucedido; comprendo la razón, pero no es éste el lugar de decirla.

El efecto producido por las *Cartas de la montaña* en Neufchâtel fue al principio muy tranquilo. Remití un ejemplar al señor de Montmollin, quien lo recibió bien y lo leyó sin objeción. Estaba enfermo, lo mismo que yo; cuando estuvo restablecido vino a verme amigablemente y no me habló de nada. No obstante, empezaban las murmuraciones, y quemaron el libro no sé dónde. Desde Ginebra, de Berna, y quizá de Versalles, el foco de la efervescencia pasó muy pronto a Neufchâtel, y sobre todo a Val-de-Travers, donde aun antes de que las clases elevadas hubiesen hecho ningún movimiento aparente, habían empezado a concitar al pueblo por ocultos medios. Me atrevo a decir que yo debía ser querido del pueblo en aquel país, como lo he sido en todos aquéllos donde he morado, puesto que derramaba las limosnas a manos llenas, no dejaba que hubiese indigente alguno en derredor mío, no rehusaba a nadie ningún servicio que estuviese a mi alcance y fuese justo, y me familiarizaba tal vez demasiado con todo el mundo, evitando con todas mis fuerzas cualquier distinción que pudiese excitar la envidia. Todo esto no fue bastante para impedir que el populacho levantado secretamente no sé por quién, se animase por grados contra mí hasta el furor y me insultase públicamente en pleno día, no sólo en el campo y en los caminos, sino en medio de la calle. Aquellos que más beneficios me debían eran los más encarnizados; y había gente a quien todavía continuaba dispensándolos que, no atreviéndose a mostrarse, excitaba a los otros, pareciendo querer vengarse así de la obligación en que estaban conmigo. Montmollin parecía no ver nada y no aparecía todavía; mas, como se acercaba la época de la comunión, vino a mi casa para aconsejarme que me abstuviese de presentarme, asegurándome, por lo demás, que no me quería causar daño alguno y me dejaría tranquilo. Este obsequio me pareció extravagante, y, recordando la carta de la señora de Boufflers, no podía concebir a quién importase tanto que yo comulgara o no. Como consideraba que acceder a ello hubiera sido una cobardía de mi parte, y además no quería dar al pueblo este nuevo pretexto de clamar contra el impío, me negué abiertamente a las pretensiones del ministro, quien se volvió a su casa descontento, diciéndome que me arrepentiría de ello.

Él no podía prohibirme la comunión por su sola autoridad: era preciso que lo hiciera el consistorio que me había admitido; y mientras éste no dijese nada, yo podría presentarme libremente sin temor de ser rechazado. Montmollin se hizo dar por la clase elevada la comisión de citarme ante el consistorio para que diese cuenta de mi fe y excomulgarme en caso de negativa. Esta excomunión sólo podía dictarla el consistorio y por mayoría de votos. Pero los labradores que, con el nombre de ancianos, componían esta asamblea, presididos y, como se comprende muy bien,

dirigidos por su ministro, no debían ser naturalmente de un parecer contrario al suyo, principalmente en materias teológicas que aun entendían menos que él. Por consiguiente fui citado, y resolví comparecer.

¡Qué feliz circunstancia y qué triunfo para mí si yo hubiese sabido hablar, y, por decirlo así, hubiese tenido mi pluma en la boca! Con qué superioridad, con qué facilidad hubiera aterrado a este pobre ministro en medio de sus seis patanes. Habiendo olvidado el clero protestante todos los principios de la reforma por la avidez de dominar, para recordárselos y reducirle al silencio, me bastaba comentar mis primeras *Cartas de la montaña,* que había cometido la torpeza de censurarme. La materia estaba ya completa; no tenía que hacer sino desarrollarla, y nuestro hombre quedaba confundido. No habría sido yo tan tonto que me mantuviese a la defensiva; me era muy fácil convertirme en agresor aun sin que él lo notara, o sin que pudiese esquivarlo. Los cleriguillos de jerarquía, no menos atolondrados que ignorantes, me habían puesto ellos mismos en la posición más ventajosa que hubiera podido desear para aplastarlos a discreción. Mas era preciso hablar, y hablar de improviso, hallar las ideas, los giros, las palabras más oportunas en el momento, tener siempre presencia de ánimo, siempre una constante sangre fría y no turbarme jamás un solo instante. ¿Qué podía yo esperar de mí, conociendo mi ineptitud para expresarme de repente? Me había visto reducido al más humillante silencio en Ginebra, ante una asamblea dispuesta toda en favor mío, y de antemano resuelta a aprobarlo todo. Ahora sucedía todo lo contrario; tenía que habérmelas con un quisquilloso, que tenía la astucia en cambio del saber, que me tendería mil lazos antes de que yo descubriese ninguno, y que estaba resuelto a cogerme en falta a toda costa. Cuanto más examinaba esta situación, tanto más peligrosa me parecía, y conociendo la imposibilidad de salir airoso de ella, imaginé otro recurso. Medité un discurso para pronunciarlo ante el consistorio, donde le recusé dispensándome de responder. Esto era muy sencillo: escribí el discurso y me puse a estudiarlo de memoria con sin igual ardor. Teresa se reía de mí oyéndome hablar entre dientes y repetir incesantemente las mismas frases para que me quedasen en la memoria. Esperaba que al fin retendría todo el discurso; sabía que el alcaide del castillo, como empleado del príncipe, asistiría al consistorio: que, a pesar de los manejos y de las botellas de Montmollin, la mayor parte de los ancianos estaban prevenidos en favor mío: tenía de mi parte la razón, la verdad, la justicia, la protección del rey, la autoridad del consejo de Estado, los votos de todos los buenos patricios a quienes interesaba el establecimiento de esta información: todo contribuía a animarme.

La víspera del día señalado sabía todo el discurso de memoria, y lo recitaba perfectamente. Lo repasé durante toda la noche mentalmente; mas al día siguiente ya no lo sabía; tartamudeaba a cada palabra, me creía ya en presencia de la ilustre asamblea, me turbaba, balbuceaba y se me iba la cabeza; en fin, casi al momento de marchar me faltó el valor completamente; me quedé en casa y me resolví a escribir al consistorio enumerando rápidamente mis motivos y pretextando mis achaques, que

realmente, en el estado que a la sazón me hallaba, difícilmente me habrían permitido sostenerme durante la sesión entera.

El ministro, turbado con mi carta, remitió la sesión a otro día. En el ínterin, por sí mismo y por medio de los suyos, dio mil pasos para seducir a aquellos de los ancianos que, siguiendo la inspiración de su conciencia antes que la de él, no opinaban a su gusto ni al de las personas de categoría. Por muy poderosos que para esta clase de gente debiesen ser sus argumentos sacados de la bodega, no pudo granjearse ninguno fuera de los dos o tres que ya le eran adictos y a quienes se daba el nombre de sus almas condenadas. El empleado del príncipe y el coronel Pury, que en esta ocasión se mostró muy activo, mantuvieron a los otros en su deber; y cuando ese Montmollin quiso proceder a la excomunión, su consistorio, por mayoría de votos, se la negó rotundamente. Reducido entonces al último recurso de amotinar al populacho, se puso a trabajar con sus cofrades y otros abiertamente, y con tan buen éxito, que, a pesar de los vivos y frecuentes rescriptos del rey, a pesar de todas las órdenes del consejo de Estado, al fin me vi obligado a abandonar el país para no exponer al empleado del príncipe a que se hiciese asesinar defendiéndome.

De todo esto tengo un recuerdo tan confuso, que me es imposible establecer orden ni enlace alguno en las ideas que vuelven a mi memoria, y no puedo relatarlas sino dispersas y aisladas, tal como se presentan. Recuerdo que había habido con las clases altas una especie de negociación, en que Montmollin había sido mediador. Había fingido que se temía fuese turbada la tranquilidad del país a causa de mis escritos y que se le imputase mi libertad de escribir. Me había hecho saber que si yo me obligaba a abandonar la pluma, se olvidaría lo pasado; y como yo estaba ya resuelto a hacerlo, no titubeé en tratar con él y con aquellas clases, condicionalmente y sólo en materias de religión. Halló medio de obtener este escrito por duplicado a favor de una modificación que en él exigió. Habiendo sido rechazada la condición por aquellas clases, le pedí que se me devolviese el escrito, y solamente me devolvió uno de los dos ejemplares, conservando el otro que decía habérsele extraviado. Después de esto, el pueblo, impelido abiertamente por los ministros, se burló de los rescriptos del rey, de las órdenes del consejo de Estado, y ya no conoció freno alguno. Fui declarado el Anticristo en el púlpito, y perseguido en el campo como un espíritu maligno. Servía de señal al populacho mi traje de armenio, cuya inconveniencia experimentaba cruelmente, pero me parecía una cobardía quitármelo en tales circunstancias. No pude resolverme a hacerlo, y me paseaba tranquilamente por el país con mi caftán y mi gorro de pieles, rodeado de los gritos de los chiquillos y a veces de sus pedradas. En ocasiones, al pasar junto a las casas, oía que sus habitantes decían: «Traedme la escopeta, que voy a pegarle un tiro». Yo no por esto apresuraba el paso, lo que les ponía furiosos, pero jamás pasaron de la amenaza, a lo menos en punto a las armas de fuego.

Durante toda esta fermentación, no dejé de experimentar algunos grandes placeres que me llegaron al alma. El primero fue poder hacer un acto de agradecimiento por

conducto de milord mariscal. Todas las personas honradas de Neufchâtel, indignadas al ver los malos tratamientos que yo sufría y los manejos de que era víctima, execraban a los ministros, conociendo muy bien que obedecían a extrañas sugestiones y que no eran más que los satélites de otros que se ocultaban haciéndoles obrar, y temieron que lo hecho conmigo diese origen al fundamento de una verdadera inquisición. Los magistrados y, sobre todo, el señor Meuron, sucesor del de Ivernois en el cargo de procurador general, empleaban todas sus fuerzas para defenderme. Aunque simple particular, el coronel Pury hizo más y con mejor resultado; él fue quien encontró medio de obligar a que Montmollin cediese en su consistorio, manteniendo a los ancianos firmes en su deber. Como tenía influencia, la empleó cuanto pudo para contener la sedición; pero no tenía más que la autoridad de las leyes, de la justicia y de la razón que oponer a la del dinero y del vino. La partida era desigual, y en este punto venció Montmollin. No obstante, agradecido a sus cuidados y a su diligencia, hubiera querido poder devolverle beneficio por beneficio, y pagarle así lo que por mí había hecho. Yo sabía que él quería en extremo una plaza de consejero de Estado, mas no habiéndose portado a gusto de la corte en la cuestión del ministro Petitpierre, estaba en desgracia con el príncipe y el gobernador. No obstante, me aventuré a escribir en favor suyo a milord mariscal; hasta me atreví a hablar del empleo que deseaba, y con tan buena suerte que, contra lo que todo el mundo esperaba, le fue conferido casi inmediatamente por el rey. Así es como la suerte, que siempre me ha colocado demasiado alto o demasiado bajo, seguía llevándome al retortero de uno a otro extremo; y mientras el populacho me cubría de lodo, yo hacía un consejero de Estado.

Otra de mis satisfacciones fue la visita que vino a hacerme la señora de Verdelin con su hija, a quien había llevado a los baños de Bourbonne, desde donde llegó hasta Motiers, y se alojó dos o tres días en mi casa. A fuerza de atenciones y cuidados, había vencido al fin mi tenaz repugnancia; y vencido mi corazón por sus halagos, le pagaba toda la amistad que durante tanto tiempo me había manifestado. Este viaje me conmovió, sobre todo en las circunstancias por que atravesaba, en las cuales, para sostener mi valor, necesitaba mucho los consuelos de la amistad. Temiendo que le impresionasen los insultos que me infería el populacho, hubiera querido evitarle semejante espectáculo, pero no me fue posible; y aunque su presencia contuvo algún tanto a los insolentes durante nuestros paseos, vio lo bastante para conocer lo que pasaba en las otras ocasiones. Durante su permanencia en mi casa, fue cuando empezaron a atacarme de noche hasta en mi propia habitación. Su doncella halló una mañana la ventana de mi cuarto cubierta de piedras, arrojadas durante la noche. Un banco muy pesado y perfectamente sujeto que había en la calle junto a la puerta, fue desprendido, arrastrado y apoyado de punta contra la puerta; de suerte que, a no haberlo visto, el primero que hubiese abierto la puerta para salir, hubiera sido forzosamente aplastado. La señora de Verdelin no ignoraba nada de cuanto pasaba; pues, además de lo que ella misma veía, su criado, hombre de confianza, era muy

conocido en el pueblo, se trataba con todo el mundo y hasta se le vio hablar con Montmollin. No obstante, ella pareció no fijarse en nada de cuanto me sucedía, no me habló de Montmollin ni de nadie, y apenas respondió a lo que acerca de este asunto le dije alguna vez. Únicamente, pareciendo persuadida de que la residencia en Inglaterra me convenía más que en alguna otra parte, me habló mucho del señor Hume, quien a la sazón se hallaba en París, de la amistad que me tenía y de su deseo de serme útil en su país. Ya es tiempo de decir algo del señor Hume.

En Francia, y sobre todo entre los enciclopedistas, había adquirido una gran reputación con sus tratados de comercio y de política, y últimamente notable fama con su *Historia de la Casa de los Estuardos,* única de sus obras de que yo había leído alguna cosa en la traducción del abate Prevost. A falta de haber leído sus demás obras, creía, por lo que de él me habían dicho, que el señor Hume unía a un espíritu muy republicano las paradojas inglesas en favor del lujo. En virtud de esta opinión, toda su apología de Carlos I me parecía un prodigio de imparcialidad y me formé una gran idea de su virtud así como de su ingenio. El deseo de conocer a este hombre raro y de obtener su amistad había aumentado mucho las tentaciones que de pasar a Inglaterra me daban por efecto de las instancias de la señora de Boufflers, íntima amiga de Hume. Al llegar a Suiza, recibí de él, por conducto de esta dama, una carta en extremo lisonjera, en la cual, además de elogiar altamente mi genio, me invitaba con premura a que pasase a Inglaterra ofreciéndome toda su influencia y todos sus amigos para que aquella residencia me fuese grata. Hallé un nuevo motivo en milord mariscal, compatriota y amigo del señor, quien me confirmó en el buen concepto que yo había formado y me refirió además una anécdota literaria a él referente, que le había sorprendido mucho, y que me sorprendió también a mí mismo. Hallándose Vallace, que había escrito contra Hume con motivo de la población de los antiguos, ausente cuando se imprimía su obra, Hume se encargó de corregir las pruebas y vigilar la edición. Esa conducta era propia de mi carácter; de un modo análogo había vendido yo copias a diez cuartos el ejemplar de una canción que habían hecho contra mí. Por consiguiente, me hallaba predispuesto en favor de Hume, cuando la señora de Verdelin vino a hablarme vivamente de la amistad que él decía tenerme, y de su solicitud para hacerme los honores de Inglaterra, porque así es como ella se expresaba. Instóme mucho a que aprovechase este afecto, escribiese al señor Hume; mas como yo no tenía naturalmente gran inclinación a Inglaterra, y no quería tomar esta resolución sino en el último extremo, no quise escribir ni prometer, pero la dejé dueña de hacer cuanto juzgase conveniente para mantener al señor Hume en sus buenas disposiciones. Al marcharse, me dejó en la persuasión, por todo lo que me había dicho acerca de este hombre ilustre, de que era amigo mío, y más aun de que ella era amiga suya.

Después que hubo marchado, Montmollin dio nuevo impulso a sus manejos, y el populacho ya no conoció freno alguno. Yo, sin embargo, seguía paseándome tranquilamente en medio de los gritos, y dando nuevo incentivo a mis paseos la

afición a la botánica, que iniciada al lado del doctor de Ivernois, me hacía recorrer el país herborizando, sin inmutarme por los clamores de toda aquella canalla, cuyo furor se excitaba con mi sangre fría. Una de las cosas que más me afectaron fue ver que las familias de mis amigos,[111] o de los que se llamaban tales, tomaban parte ostensiblemente en la liga de mis perseguidores; por ejemplo, las Ivernois, sin exceptuar siquiera el padre y el hermano de mi Isabel, Boy de la Tour, pariente de la amiga en cuya casa yo moraba, y la señora Girardier, su cuñada. Este Pedro Boy era tan imbécil, tan estúpido, y se portó tan brutalmente, que, por no encolerizarme, me prometí burlarme de él, y escribí un folleto de pocas páginas, al estilo del *Pequeño profeta*, intitulado *La visión de Pedro de la montaña, llamado el Vidente*, en el cual hallé medio de excitar bastante la risa con los milagros que a la sazón servían de pretexto a mi persecución. Du Peyrou hizo imprimir en Ginebra este escrito de ningún valor, que en el país logró un éxito mediano; a pesar de toda su agudeza, los neufchatelenses apenas perciben la sal ática ni la broma, en cuanto es un poco sutil.

Puse un poco más de cuidado en otro escrito de la misma época, cuyo manuscrito se hallará entre mis papeles y cuyo motivo conviene decir aquí.

En medio del mayor furor de los decretos y de la persecución, los ginebrinos se habían distinguido particularmente gritando tumultuosamente contra mí y acosándome con todas sus fuerzas; y mi amigo Vernes, entre otros, con una generosidad verdaderamente teológica, escogió precisamente aquellas circunstancias para publicar contra mí unas cartas donde pretendía probar que yo no era cristiano. Estas cartas nada valían a pesar del tono presuntuoso con que estaban escritas, aunque, según se aseguraba, tuviese parte en ellas el naturalista Bonnet: porque éste, a pesar de ser materialista, no deja de tener una ortodoxia muy intolerante en cuanto se trata de mí. No tuve la menor tentación ciertamente de responder a este escrito; pero, habiéndose presentado la oportunidad de decir sobre él dos palabras en las *Cartas de la montaña*, puse en ellas una notita bastante desdeñosa, que enfureció a Vernes. Atronó éste a Ginebra con sus gritos de ira, y de Ivernois me indicó que estaba fuera de sí. Algún tiempo después apareció una hoja suelta anónima, que en vez de con tinta parecía escrita con agua del Flegetón. En esta carta se me acusaba de haber abandonado a mis hijos en medio de la calle y de llevar conmigo una corredora de cuerpos de guardia, de estar consumido por los vicios, corrompido por la sífilis, y otras gentilezas por el estilo. No me fue difícil reconocer a su autor. Al leer este libelo, mi primera idea fue dar su verdadero valor a todo lo que entre los hombres se llama fama y reputación; viendo tratar de frecuentador de burdeles a un hombre que no los conoció en su vida, y cuyo mayor defecto consistió siempre en ser tímido y vergonzoso como una virgen, y que me hacían pasar corrompido por la sífilis, a mí que no sólo no tuve en la vida el menor síntoma de ningún mal de esta especie, sino que, según los peritos en el arte, me hallo conformado de suerte que no podía contraerla. Bien considerado todo, creí que el mejor modo de refutar este libelo era hacerlo imprimir en la ciudad donde hubiese vivido más tiempo; y lo envié a

Duchesne para que lo imprimiese tal cual estaba, con una advertencia en que nombraba al señor Vernes, y algunas ligeras notas para la aclaración de los hechos. No contento con haber hecho imprimir esta hoja, la remití a muchas personas, entre ellas al señor príncipe Luis de Wirtemberg, quien había tomado la iniciativa en nuestras relaciones con mucha delicadeza, y con quien a la sazón estaba en correspondencia. Este príncipe, Du Peyrou y otros, parecieron dudar de que Vernes fuese el autor del libelo, y me reprobaron haberle nombrado con harta ligereza. En virtud de sus manifestaciones, me entró escrúpulo, y escribí a Duchesne que suprimiese esta hoja. Guy me escribió haberlo hecho; ignoro si era verdad; le he hallado mentiroso en tantas ocasiones, que una más no sería maravilla; y desde entonces me hallo envuelto en estas profundas tinieblas a través de las cuales me es imposible penetrar verdad ninguna.

El señor Vernes soportó esta imputación con una moderación que hubiera sido más que sorprendente en un hombre que no la hubiese merecido, sobre todo teniendo en cuenta el furor que antes había revelado. Me escribió dos o tres cartas muy comedidas, cuyo objeto me pareció era ver de penetrar por mis respuestas hasta qué punto estaba yo enterado, y si tenía alguna prueba contra él. Yo le respondí a las dos primeras, corta, seca y duramente en el sentido, pero sin grosería, de lo cual no se incomodó. Viendo en su tercera carta que trataba de entablar una especie de correspondencia, le dejé sin réplica: entonces hizo que me hablase Ivernois. La señora de Cramer escribió a Du Peyrou diciéndole que tenía la seguridad de que el libelo no era de Vernes. Nada de esto fue bastante para debilitar mi persuasión; mas como al fin podía equivocarme, y en este caso debía dar una satisfacción auténtica, hícele decir por Ivernois que se la daría tal que la hallaría cumplida, si podía indicarme quién era el verdadero autor del libelo, o a lo menos probar que no lo era él. Aun hice más: conociendo perfectamente que, después de todo, si no era culpable, no tenía yo derecho de exigir que me probase nada, me resolví a escribir en una memoria bastante lata las razones de mi persuasión, y someterla al fallo de un árbitro que Vernes no pudiese recusar. Difícilmente se acertaría cuál fue el que yo elegí: puse por tal el consejo de Ginebra. Yo declaraba al terminar la memoria que, si después de haberla examinado y hecho las indagaciones que hubiese creído necesarias, las cuales le eran muy fáciles, declaraba el consejo que el señor Vernes no era el autor del libelo, dejaría sinceramente de creer que lo fuese desde aquel mismo instante, e iría a echarme a sus plantas para pedirle perdón hasta que lo hubiese obtenido. Me atrevo a decir que mi celo ardiente por la equidad, la rectitud, la generosidad de mi alma, mi confianza en este amor a la justicia, innato en todos los corazones, jamás se revelaron tan completa y visiblemente como en esta discreta y conmovedora memoria, donde, sin vacilar, tomaba a mis más implacables enemigos por árbitros entre el calumniador y yo. Leí esta composición a Du Peyrou, quien opinó que la suprimiese, y así lo hice. Me aconsejó que esperase las pruebas que Vernes prometía, las cuales esperé y espero todavía; fue su parecer que me callase mientras esperaba; callé, pues, y callaré

durante el resto de mi vida, quedando vituperado por haber achacado a Vernes un delito grave falsamente y sin pruebas, aunque yo sigo interiormente persuadido, convencido, como de mi propia existencia, de que él es el autor del libelo. Mi memoria se halla en manos del señor Du Peyrou; si algún día ve la luz pública, se hallarán allí los motivos que yo tenía, y espero que en ella se conocerá el alma de Juan Jacobo, que mis contemporáneos han conocido tan mal.[112]

Tiempo es ya de volver los ojos a la catástrofe que cayó sobre mí en Motiers, y a mi salida de Val-de-Travers, después de una estancia de dos años y medio, y de haber sufrido con inquebrantable constancia durante ocho meses el trato más indigno. Me es imposible recordar con claridad los detalles de esta época ingrata; pero se encontrarán en la relación que publicó Du Peyrou, y de la cual tendré que hablar después.

Desde que hubo partido la señora de Verdelin, iba siendo la agitación más viva; y, a pesar de los reiterados rescriptos del rey, a pesar de las frecuentes órdenes del consejo de Estado, a pesar de las diligencias del alcaide y de los magistrados del lugar, el pueblo, considerándome de veras como el Anticristo, y viendo la inutilidad de sus clamores, pareció al fin querer pasar a vías de hechos; en los caminos empezaban ya a rodar los guijarros alrededor mío, aunque lanzados todavía de muy lejos para que pudiesen alcanzarme. En fin, la noche de la feria de Motiers, que es a principios de septiembre, me vi atacado en mi casa de tal modo, que corrió peligro la vida de los que habitaban en ella.

A medianoche oí un gran ruido en la galería que había detrás de la casa. Cayó una lluvia de piedras lanzadas contra una puerta y una ventana que daban a esta galería con tal estrépito, que mi perro que dormía en ella, y había empezado por ladrar, se calló de miedo, y se ocultó en un rincón royendo el piso en busca de salida. Yo me levanté al estrépito, e iba a salir de mi cuarto para ir a la cocina, cuando un guijarro lanzado con vigorosa mano atravesó la cocina después de haber roto la ventana, abrió la puerta de mi cuarto y vino a caer al pie de mi cama; de suerte que, si me adelanto un segundo, me hubiera dado en el estómago. Pensé que el ruido tenía por objeto atraerme hacia allá, y el guijarro recibirme a mi salida. Corro a la cocina, donde hallo a Teresa, que también se había levantado y venía hacia mí toda temblorosa. Nos guarecimos contra una pared, fuera de la dirección de la ventana, para evitar que nos alcanzasen las piedras y deliberar sobre lo que debíamos hacer: porque salir para pedir socorro era el medio más seguro de hacernos apedrear. Afortunadamente, la criada de un buen viejo que vivía debajo de mi habitación se levantó al ruido y corrió a llamar al alcaide, cuya casa estaba inmediata a la nuestra. Saltó aquél de su lecho, y casi a medio vestir vino inmediatamente con la guardia, que a causa de la feria rondaba aquella noche, y casualmente se halló cerca. La vista de aquel estrago sobrecogió de tal modo al alcaide, que le hizo palidecer; y al ver tantas piedras que llenaban la galería, exclamó: «¡Dios mío, esto es una cantera!». Examinando el piso bajo, se halló forzada la puerta de un pequeño patio, por donde habían intentado

escalar la galería para entrar en la casa. Al indagar por qué la guardia no había notado o impedido el desorden, resultó que los de Motiers se habían obstinado en querer hacer esta guardia sin corresponderles, aunque tocaba el turno a otro lugar. Al día siguiente el alcaide envió una relación al consejo de Estado, el cual dos días después le ordenó que abriese una información sobre este hecho, que prometiese una recompensa y el secreto a los denunciadores de los culpables, y que en el ínterin pusiese guardias, a expensas del príncipe en mi casa y en la suya. Al día siguiente, el coronel Pury, el procurador general Meuron, el alcaide Martinet, el recaudador Guyenet, el tesorero Ivernois y su padre, en una palabra, cuantas personas distinguidas había en el país, vinieron a verme y unieron sus instancias para inducirme a que cediese ante la borrasca, y a que saliese por lo menos por algún tiempo de una parroquia donde ya no podía vivir con tranquilidad y consideración. También observé que el alcaide, asustado por los furores del populacho arrebatado, y temiendo que llegasen hasta él, hubiera visto con gusto que me alejara lo más pronto posible, a fin de no hallarse en el compromiso de protegerme, y poder marcharse también él, como lo hizo poco después de mí. Cedí, pues, y aun con bastante pena, pues no podía soportar el espectáculo del furor popular, que me desgarraba el corazón.

Más de un retiro tenía para escoger. Desde que la señora de Verdelin había vuelto a París, me había hablado en varias cartas de cierto señor Walpole, a quien llamaba ella milord, el cual, penetrado de un gran celo en favor mío, me ofrecía, en una de sus posesiones, un asilo que ella me describía en los términos más lisonjeros, entrando, en punto a la subsistencia, en tales detalles que revelaban hasta qué punto se ocupaba con ella de este proyecto dicho milord Walpole. Milord mariscal siempre me había recomendado Inglaterra o Escocia, y me ofrecía igualmente un asilo en sus posesiones, pero me brindaba también con otro que me tentaba mucho más, en Potsdam, cerca de su residencia. Acababa de participarme una conversación que con él había tenido el rey acerca de mí, y era una especie de invitación a que fuese allá; y la señora duquesa de Sajonia-Gotha estaba tan persuadida de que se realizaría este viaje, que me escribió instándome a que fuese a verla de paso y me detuviese algún tiempo a su lado; pero la Suiza tenía para mí tal atractivo mientras me fuese posible vivir en ella, que aproveché esta ocasión para realizar un proyecto en que me venía ocupando hacía algunos meses y de que no he podido hablar aún por no cortar el hilo de la narración.

Consistía este proyecto en ir a establecerme en la isla de San Pedro, perteneciente al hospital de Berna, en medio del lago de Bienne. En una excursión a pie que hice el verano anterior con Du Peyrou, visitamos esta isla, y me agradó de tal manera, que desde entonces pensé sin cesar en los medios de establecerme en ella. El mayor obstáculo consistía en que la isla era propiedad de los berneses, quienes tres años antes me habían arrojado groseramente de su país; y además de que mi amor propio se resentía de volver adonde tan mal me habían recibido, tenía motivos para creer que

no me dejarían más tranquilo en esta isla de lo que me habían dejado en Iverdun. Sobre este punto había consultado a milord mariscal, quien, pensando como yo, que los berneses me verían con gusto relegado en esta isla teniéndome allí como en rehenes, para los escritos que pudiese tener la tentación de publicar, había hecho sondear su ánimo por cierto señor Sturler, antiguo vecino suyo de Colombier. Éste se dirigió a los jefes del Estado, y en vista de su respuesta aseguró a milord mariscal que los berneses, arrepintiéndose de su anterior conducta, deseaban verme establecido en la isla de San Pedro y dejarme allí tranquilo. Para mayor precaución, antes de arriesgarme a ir a fijar allí mi residencia, hice tomar nuevos informes por el coronel Chaillet, quien me confirmó lo mismo, y habiendo recibido el recaudador de la isla orden de sus superiores de darme alojamiento, creí no correr riesgo alguno yendo allí con el consentimiento tácito así del soberano como de los propietarios; porque no podía esperar que los señores de Berna reconociesen abiertamente el proceder injusto que habían observado conmigo, y faltasen así a la máxima más inviolable de todos los soberanos.

La isla de San Pedro, llamada en Neufchâtel de *La Motte,* en medio del lago de Bienne, tiene cosa de media legua de perímetro; mas en este pequeño espacio ofrece todas las principales producciones necesarias a la vida. Hay en ella campos, prados, huertos, bosques, viñas, y gracias a su terreno variado y montañoso está el conjunto distribuido de un modo tanto más agradable cuanto que, no descubriéndose todas sus partes juntamente, unas a otras se realzan y favorecen, de suerte que la isla parece más grande de lo que realmente es. Un terraplén muy elevado constituye su parte occidental que mira hacia Gleresse y Bonneville. En este terraplén hay plantada una extensa alameda, cuyo centro ocupa un gran salón, donde durante la vendimia se reúnen todos los domingos los vecinos de las cercanas playas para bailar y regocijarse. En toda la isla no hay más que una casa, pero grande y cómoda, donde vive el recaudador, y sita en una hondonada que la tiene al abrigo de los vientos.

A quinientos o seiscientos pasos de la isla, por la parte sur, hay otra isla mucho más pequeña, inculta y desierta que parece haber sido desprendida en otro tiempo de la mayor por las tempestades, y entre cuyas arenas no se ven más que sauces y persicarias, mas donde hay, sin embargo, un montículo elevado, cubierto de césped y muy agradable. La forma de este lago es un óvalo casi regular. Sus costas, menos ricas que las de los lagos de Ginebra y de Neufchâtel, no dejan de ofrecer una perspectiva bastante bella, sobre todo en la parte occidental, que está muy poblada y sembrada de viñas al pie de una cadena de montañas, poco más o menos como la *Côte Rôtie,* aunque no da un vino tan excelente. Yendo en dirección de Sur a Norte se encuentra el bailiaje de San Juan, Bonneville, Bienne y Nidau en el extremo del lago, todo mezclado con lugares muy agradables.

Tal era el asilo de que me había prendado, y donde resolví ir a fijarme al abandonar a Val-de-Travers.[113] Esta elección estaba tan conforme con mi carácter pacífico, y mi inclinación a la soledad y a la pereza, que la enumero entre los dulces

sueños que más vehementemente me han apasionado. Parecíame poder estar en esta isla más separado de los hombres, más al abrigo de sus injurias, más olvidado: en una palabra, mejor entregado a las dulzuras de la ociosidad y de la vida contemplativa. Yo hubiera querido verme de tal modo en esta isla que no hubiese tenido en adelante trato alguno con los mortales; y es muy cierto que tomé todas las medidas imaginables para sustraerme a la necesidad de mantener ninguno.

Era necesario subsistir; y, así por lo caro de los géneros, como por la dificultad de los transportes, la subsistencia es cara en esta isla, donde además se vivía a la discreción del recaudador. Esta dificultad fue obviada por medio de un arreglo que Du Peyrou quiso hacer conmigo en sustitución de la compañía que había emprendido y abandonado la edición general de mis obras. Hice su arreglo y distribución, me comprometí a enviarle las memorias de mi vida, y le hice depositario general de mis papeles, con la expresa condición de no hacer uso de ellos hasta después de mi muerte, deseando acabar tranquilamente mi carrera sin despertar en el público mi memoria. Por este medio, la pensión vitalicia que se encargaba de pagarme bastaba a mi subsistencia. Habiendo recobrado todos sus bienes, milord mariscal me había ofrecido una de mil doscientos francos, que yo no quise aceptar sino a condición de reducirla a la mitad. Entonces quiso entregarme el capital con el objeto de emplearlo, lo que rehusé también por la dificultad de colocarlo. Entrególo, pues, a Du Peyrou, en cuyas manos ha quedado, y quien me paga la renta vitalicia en la forma convenida con el instituidor. Juntando, pues, mi arreglo con Du Peyrou, la pensión de milord mariscal, cuyos dos tercios eran reversibles a Teresa después de mi muerte, y la renta de trescientos francos que acreditaba de Duchesne, podía contar con una subsistencia decorosa para mí y, faltando yo, para Teresa, a quien dejaba setecientos francos de renta entre la pensión de Rey y la de milord mariscal: así no debía temer que le faltase el pan, como tampoco a mí. Pero estaba decretado que el honor me obligaría a rechazar todos los recursos que la fortuna y mi trabajo me proporcionasen, y moriría tan pobre como he vivido. Considérese si, a menos de ser el más vil de los infames, hubiera podido admitir ciertos arreglos que han tenido siempre el buen cuidado de presentar como ignominiosos, procurando arrebatarme todo recurso, para obligarme a consentir en mi deshonra. ¿Cómo pudieron dudar del partido que tomaría en esta alternativa? Siempre han juzgado de mi corazón por los suyos.

Tranquilo en cuanto a la subsistencia, nada había que me tuviese con cuidado. Aunque abandonaba libre el campo a mis adversarios, en el noble entusiasmo que había dictado mis escritos y en la constante uniformidad de mis principios dejaba un vivo testimonio de mi espíritu que correspondía al que toda mi conducta ofrecía de mi carácter. No necesitaba otra defensa contra mis calumniadores; podían éstos pintar otro hombre con el nombre mío; mas no podían engañar sino a los que quisiesen ser engañados. Yo podía entregarles mi vida para que la criticasen y escudriñasen desde el principio hasta el fin, y estaba seguro de que, en medio de mis faltas y de mis flaquezas, en medio de mi ineptitud para soportar yugo alguno, siempre se hallaría un

hombre justo, bueno, sin hiel, sin odio, sin envidia, pronto a reconocer sus propias faltas, más pronto aún a olvidar las ajenas, que busca su felicidad en las pasiones cariñosas y dulces, y que en todas las cosas emplea una sinceridad que raya en imprudencia y en el más increíble desinterés.

Me despedía, pues, en cierto modo de mi siglo y de mis contemporáneos, y daba un adiós al mundo confinándome a esta isla por el resto de mis días; pues ésta era mi resolución, y allí era donde pensaba al fin llevar a cabo el gran proyecto de esta vida ociosa a que hasta la sazón había consagrado en vano toda la poca actividad que el cielo me había concedido. Aquella isla iba a ser para mí la de Papimania, este venturoso país donde se duerme.

On y fait plus, on n'y fait nulle chose.[114]

Este *más aun* lo era todo para mí, pues yo nunca había echado de menos el sueño; la ociosidad me bastaba; y, con tal de no hacer nada, prefiero a dormir soñar despierto. Habiendo huido la edad de los proyectos novelescos, y habiéndome aturdido más bien que halagado el humo de la gloria vana, por última esperanza no me quedaba más que la de vivir sin sujeciones, en una calma eterna. Ésta es la vida de los bienaventurados en la celeste morada, y en ella consistía en adelante mi felicidad.

Los que tantas contradicciones me achacan no dejarán de ver otra en lo presente. Dije que me hacía insoportables las reuniones su ociosidad, y heme aquí buscando la soledad para entregarme en ella únicamente a la ociosidad. Con todo, soy así; si hay en esto alguna contradicción, acháquese a la Naturaleza y no a mí; mas tan poca es la que puede haber, que por esto precisamente es por lo que siempre soy el mismo. La ociosidad de las reuniones es mortal por ser forzada, la del aislamiento es encantadora por ser libre y voluntaria. Estando en compañía, me mortifica no hacer nada, por lo mismo que estoy obligado a ello: fuerza es permanecer allí clavado en una silla o en pie, plantado como una estaca, sin mover pies ni cabeza, sin atreverme a correr, saltar, gritar, ni gesticular cuando me viene en voluntad, sin atreverme aun a meditar, teniendo a la vez todo el fastidio de la ociosidad y todo el tormento de la sujeción; obligado a prestar atención a todas las tonterías que se dicen y a todos los cumplimientos que se hacen y a fatigar incesantemente mi espíritu para no dejar de colocar a mi vez mi equivoquillo y mi embuste. ¿Y a esto se llama ociosidad? Esto es un trabajo propio de forzados.

El sosiego que yo deseo no es el de un haragán que permanece con los brazos cruzados en total inacción, y no piensa, porque no se mueve. Es a la vez el de un niño que se mueve sin cesar para no hacer nada y el de un viejo chocho que divaga, en tanto que sus brazos permanecen quietos. Me gusta ocuparme en hacer bagatelas, empezar mil cosas sin acabar ninguna, ir y venir a mi antojo, cambiar de proyecto a cada instante, seguir el vuelo de una mosca, querer perforar una roca para ver lo que está debajo, emprender con ardor un trabajo de diez años y abandonarlo sin pesar a

los diez minutos, malgastar el día entero sin orden ni concierto, y no seguir más que el capricho del momento.

La botánica, tal como la he considerado siempre, y del modo como empezaba a constituir una pasión para mí, era precisamente un estudio ocioso capaz de llenar de pasatiempos toda mi vida, sin dejar espacio a los delirios de la imaginación ni al fastidio de una ociosidad completa. Vagar perezosamente por los bosques y la campiña, tomar maquinalmente esto o aquello, ya una flor, ya una rama, coger las hierbas al acaso, observar mil y mil veces lo mismo y siempre con igual interés, porque todo lo olvidaba, era bastante a pasar la eternidad sin aburrirme un solo instante. Por más elegante, admirable y variada que sea la estructura de los vegetales, no llama bastante la atención del ignorante para despertar su interés. Esta constante analogía, hermanada, sin embargo, con esta variedad prodigiosa que reina en su organización, no maravilla sino a los que tienen alguna idea del sistema vegetal; los demás, ante el espectáculo de todos estos tesoros de la naturaleza, no sienten más que una admiración estúpida y monótona. No ven detalle alguno, porque ni siquiera saben lo que es necesario mirar; tampoco ven el conjunto, porque no tienen idea de esta cadena de relaciones y combinaciones que abruma con sus maravillas el espíritu del observador. Yo me hallaba, y mi falta de memoria debía mantenerme siempre, en el dichoso caso de saber sobrado poco para que todo fuese nuevo para mí. Los diversos terrenos en que la isla, aunque pequeña, estaba dividida, me ofrecían una variedad de plantas suficiente para el estudio y el esparcimiento de toda mi vida. No quería dejar un solo palmo sin examen, y ya me disponía para hacer, con una inmensa colección de observaciones curiosas, la *Flora petrinsularis*.

Llegó Teresa con mis libros y mis efectos. Nos pusimos a pensión en casa del recaudador de la isla. Su mujer tenía hermanas en Nidau, que venían a verla sucesivamente una después de otra y hacían compañía a Teresa. Así hice el ensayo de una vida tranquila como hubiera querido pasar la mía, y la afición que le cobré sólo me sirvió para hacerme sentir más la amargura de la que tan prontamente debía sustituirla.

Siempre me ha gustado extraordinariamente la vista de las aguas, y su aspecto me sumerge en un delicioso sueño, aunque a menudo sin determinado objeto. Cuando hacía buen tiempo, jamás dejaba al levantarme de acudir a la azotea y respirar el aire saludable y fresco de la mañana, y tender la vista sobre el horizonte de este hermoso lago, cuyas riberas y las montañas que las decoran, alegraban mi vista. No hallo homenaje más digno a la Divinidad que esta muda admiración, excitada por la contemplación de sus obras y que no se expresa por medio de actos determinados. Comprendo que los habitantes de las ciudades, que no ven sino paredes, calles y crímenes, tengan poca fe; mas no puedo comprender cómo pueden carecer de ella los campesinos y, sobre todo, los solitarios. ¿Cómo no se eleva su espíritu cien veces cada día en éxtasis hacia el autor de las maravillas que les sorprenden? En cuanto a mí, una prolongada costumbre me lleva a esas elevaciones del corazón, que no

imponen la fatiga de pensar, sobre todo al levantarme cuando me hallo rendido por mis insomnios. Mas para esto es preciso que hiera mis miradas el encantador espectáculo de la Naturaleza. En mi cuarto, mis plegarias son más raras y más secas; mas, al contemplar un hermoso paisaje, me siento conmovido sin saber por qué. He leído que un sabio obispo, al visitar su diócesis, halló una vieja que, por toda oración, no sabía decir más que *¡Oh!*, y le dijo: «Buena vieja, continuad rogando siempre así; vuestra oración vale más que las nuestras. Esta mejor oración es también la mía».

Después de almorzar, me apresuraba a escribir con repugnancia algunas desdichadas cartas, anhelando ardientemente el dichoso tiempo de no tener que escribir ninguna. Revolvía durante cortos momentos mis libros y papeles para desembalarlos y ordenarlos, más bien que para leerlos; y este arreglo, que venía a ser para mí el trabajo de Penélope, me proporcionaba el placer de andar de ceca en meca breve rato, y, fastidiándome de ello a poco lo dejaba para pasar las tres o cuatro horas que me quedaban de la mañana en el estudio de la botánica, y sobre todo del sistema de Linneo, hacia el cual adquirí una pasión de que jamás he podido curarme bien, aun después de haber conocido su variedad. A mi entender, este gran observador es el único que, con Ludwig, hasta el presente ha visto la botánica como naturalista y filósofo; pero la ha estudiado demasiado en herbarios y jardines y no lo bastante en la Naturaleza misma. De mí sabré decir que tenía por jardín la isla entera. Tan luego como tenía necesidad de hacer o comprobar alguna observación, con el libro debajo del brazo me trasladaba a los bosques o a los prados, y una vez allí me reclinaba en tierra junto a la planta en cuestión para examinarla en el mismo terreno a mi comodidad. Este método me ha servido mucho para conocer los vegetales en su estado natural, antes de haber sido cultivados y desnaturalizados por la mano del hombre. Se dice de Fagon, primer médico de Luis XIV, el cual nombraba y conocía perfectamente todas las plantas del Jardín Real, que se hallaba tan ignorante en el campo que no conocía ninguna. Yo soy precisamente lo contrario: conozco algo de lo que produce la Naturaleza, pero nada del arte del jardinero.

Por la tarde, me abandonaba completamente a mi carácter sosegado y perezoso y a seguir sin regla el impulso del momento. Cuando no soplaba el viento, iba a menudo, inmediatamente después de levantarme de la mesa, a meterme solo en una barquilla, que el recaudador me había enseñado a guiar con un solo remo, y me engolfaba en medio del agua. El momento en que me apartaba de la orilla me causaba una satisfacción que llegaba a estremecerme, cuya causa me es imposible decir ni comprender bien, si no es quizá un secreto placer de verme así fuera del alcance de cualquier malvado. Luego vagaba solo por este lago, acercándome a veces a las riberas, sin abordar jamás. A menudo, dejando mi lancha a merced del viento y del agua, me abandonaba a meditaciones sin objeto, que, no por ser estúpidas, eran menos gratas. A veces exclamaba con ternura: «¡Oh Naturaleza; oh madre mía! Heme aquí bajo tu sola custodia; aquí no hay ningún hombre sagaz y trapacero que se interponga entre tú y yo». Así me alejaba hasta media legua de la tierra y hubiera

querido que aquel lago fuese el Océano. No obstante, para complacer a mi pobre perro, a quien no le gustaba tanto como a mí tan larga permanencia en el agua, seguía ordinariamente un rumbo determinado, y consistía en ir a desembarcar en el islote, pasearme por él una o dos horas, o tenderme sobre el césped en la cima del montecillo, para embriagarme con el placer de admirar aquel lago o su contorno, para examinar y analizar todas las hierbas que se hallaban a mi alcance, y para forjarme, como otro Robinson, una vivienda imaginaria en esta pequeña isla; así llegué a aficionarme vivamente a este cerrillo. ¡Cuán ufano me sentía siendo piloto y guía cuando podía llevar a paseo conmigo a Teresa con la recaudadora y sus hermanas! Allí condujimos con toda pompa conejos para poblarla, y he aquí otro motivo de fiesta para Juan Jacobo. Esta colonización me hizo aún más interesante el islote, adonde iba desde entonces más a menudo y con mayor placer para ver los progresos de sus habitantes.

A estas diversiones agregaba una que me traía a la memoria la dulce vida de las Charmettes y a que la estación me brindaba particularmente. Consistía en el detalle de los cuidados rústicos para la recolección de las legumbres y de las frutas, que Teresa y yo teníamos un placer en compartir con la recaudadora y su familia. Recuerdo que, habiendo venido a verme un bernés llamado señor Kirchberger, me halló encaramado en un gran árbol, con un saco atado alrededor de la cintura, y ya tan lleno de manzanas que no podía moverme. No me disgustó esta sorpresa y otras parecidas, pues esperaba que los berneses, testigos del empleo de mis ocios, no tratarían ya de turbar su sosiego, y me dejarían en paz con mi soledad. Hubiera preferido verme confinado por su voluntad a serlo por la mía propia, porque así hubiera estado más seguro de no ver turbado mi reposo.

He aquí otra confesión respecto de la cual cuento de antemano con la incredulidad de mis lectores, obstinados siempre en juzgarme por sí mismos, aunque en todo el curso de mi vida se hayan visto forzados a ver mil afecciones internas muy distintas de las suyas. Lo más extraño es que, negándome todos los sentimientos buenos o indiferentes de que carecen, se hallan siempre dispuestos a suponérmelos tan malos, que ni siquiera pueden existir en corazón humano; entonces hallan muy sencillo ponerme en abierta contradicción con la Naturaleza, y hacer de mí un monstruo tal que hasta sea imposible. Nada les parece increíble, por absurdo que sea, como tienda a denigrarme; nada extraordinario les parece posible desde el momento en que tiende a honrarme.

Mas, crean o digan lo que quieran, no por ello dejaré de exponer fielmente lo que fue, hizo y pensó Juan Jacobo Rousseau, sin explicar ni justificar las singularidades de sus sentimientos y de sus ideas, ni averiguar si otros han pensado como él. Tanto me aficioné a la isla de San Pedro, y la mansión en ella me era tan grata, que, a fuerza de circunscribir todos mis deseos a esta isla, concebí el de no salir más de ella. Las visitas que había de devolver a los vecinos, las excursiones que hubiera debido hacer a Neufchâtel, a Bienne, a Iverdun, a Nidau, fatigaban ya mi imaginación. Tener que

pasar un día fuera de la isla me parecía arrebatado a mi felicidad; y salir del recinto de este lago era para mí salir de mi elemento. Por otra parte, la experiencia de lo pasado me había hecho temeroso: bastaba que halagase mi corazón alguna ventura, para que hubiese de esperar su pérdida; y el vivo deseo de acabar mis días en esta isla era inseparable del temor de verme forzado a salir de ella. Había contraído el hábito de ir por la tarde a sentarme sobre la arena de la orilla, sobre todo cuando el lago estaba agitado. Experimentaba un goce singular viendo quebrarse las ondas a mis pies. Allí veía un trasunto del mundano bullicio y de la paz de mi mansión; y esta idea me enternecía a veces hasta el punto de sentir las lágrimas correr por mis mejillas. No turbaba este sosiego, que disfrutaba con apasionamiento, más que el temor de perderlo; pero esta inquietud era tal, que llegaba a menoscabar aquella dulzura. Veía mi situación tan precaria que no osaba contar con ella. ¡Ah, con cuánto placer, me decía, cambiaría la libertad de salir de aquí, que para nada quiero, por la seguridad de poder quedarme para siempre! ¡Ojalá me tuviesen retenido por fuerza en vez de consentir mi estancia por favor! Los que no hacen sino tolerarme pueden echarme a cada instante; ¿puedo esperar que mis perseguidores, viéndome aquí dichoso, me permitan seguir siéndolo? ¡Ah!, tolerar mi estancia es poco; quisiera que me confinasen en la isla, y estar obligado por fuerza a vivir en ella, para no verme obligado a tener que salir de la misma. Yo miraba con envidiosos ojos al dichoso Micheli Ducret, quien, tranquilo en el castillo de Arberg, para ser feliz no había tenido más que quererlo. En fin, a fuerza de entregarme a estas reflexiones y al inquietante presentimiento de nuevas tormentas, siempre prontas a desencadenarse sobre mí, llegué a desear con increíble ardor que, en vez de consentir solamente mi permanencia en esta isla, me fuese designada por prisión perpetua; y puedo jurar que si de mí solo hubiese dependido el hacerme condenar a ello, lo habría hecho con el mayor gusto, prefiriendo mil veces la necesidad de pasar allí el resto de mi vida al peligro de ser expulsado.

No permaneció este temor vano largo tiempo. Cuando menos lo esperaba recibí una carta del señor bailío de Nidau, a cuyo gobierno pertenecía la isla de San Pedro: en esta carta me intimaba, de parte de Sus Excelencias, la orden de salir de la isla y de sus Estados. Creí soñar al leerla. Nada menos natural, nada menos razonable, nada menos previsto que una orden semejante: pues yo había considerado mis presentimientos más bien como las inquietudes propias de un hombre alarmado por su desdicha, que como una previsión que tuviese el menor fundamento. Las medidas que había tomado para asegurarme del sobrentendido beneplácito del soberano, la tranquilidad con que me habían permitido establecerme, las visitas de varios berneses y del mismo bailío, quien me había colmado de obsequios y agasajos, el rigor de la estación durante la cual era una barbaridad expulsar a un hombre enfermo, todo me hizo creer, como a muchas otras personas, que había en esta orden alguna equivocación, y que algunos mal intencionados habían escogido a propósito la época de las vendimias y del escaso concurso al Senado para asestarme bruscamente este

golpe.

Si hubiese dado oídos a mi primera indignación, habría partido inmediatamente. Mas ¿a dónde ir? ¿Qué hacer al entrar el invierno, sin objeto, sin preparativos, sin conductor, sin vehículo? A menos de abandonarlo todo, papeles, muebles, ropa e intereses, se necesitaba tiempo para disponerlo, y en la orden no se expresaba si me lo daban o no. La continuidad de desdichas empezaba a postrar mi valor. Por vez primera sentí mi natural altivez doblarse bajo el yugo de la necesidad; y, a pesar del descontento de mi corazón, fue preciso humillarme a pedir una prórroga. Para hacerla interpretar, me dirigí al mismo señor de Graffenried que me había enviado la orden. Éste la reprobaba vivamente en la carta y me la intimaba con el mayor pesar; el testimonio de dolor y de estimación de que rebosaba me parecía una dulce invitación a que le abriese mi corazón, y así lo hice. También creí que mi carta abriría los ojos a aquellos hombres inicuos y comprenderían su barbarie, y, si tan cruel orden no era revocada, por lo menos me concederían un plazo razonable, y quizá el invierno entero, para preparar mi retiro y escogerlo.

Esperando la respuesta, me puse a reflexionar sobre mi situación y a deliberar sobre el partido que debía tomar. Tantas dificultades hallé por todos lados, la desazón me había afligido tan profundamente, y mi salud era por entonces tan mala, que me dejé abatir completamente, y el efecto de mi abatimiento fue quitarme los pocos recursos que podían quedar en mi ánimo para salir lo menos mal posible de mi triste situación. Era evidente que en cualquier asilo adonde pudiese refugiarme no podía sustraerme a ninguno de los dos modos de expulsión que habían empleado; la una levantando contra mí el populacho por ocultos caminos, y la otra echándome abiertamente sin alegar motivo alguno. No podía, pues, contar con ningún asilo seguro, a menos de ir a buscarlo más lejos de lo que mis fuerzas y la estación parecían permitirme. Llevando todo esto de rechazo mi pensamiento a las ideas que acababan de preocuparme, me atreví a desear y proponer que prefiriesen disponer de mí en cautividad perpetua, a obligarme a errar incesantemente sobre la tierra, expulsándome sucesivamente de todos los asilos que escogiese. Dos días después de mi carta primera, escribí otra al señor de Graffenried, rogando que hiciese esta proposición a Sus Excelencias. La respuesta de Berna a una y a otra fue una orden, concebida en los términos más formales y más duros, de que saliese de la isla y de todo el territorio mediato e inmediato de la república en el espacio de veinticuatro horas y que no volviese a entrar jamás en él, bajo las más terribles penas. Este momento fue horrible. Posteriormente me he encontrado en angustias mayores; en apuros más grandes, jamás. Pero lo que más me afligió fue tener que renunciar al proyecto por el cual deseaba pasar el invierno en la isla. Tiempo es ya de relatar la fatal anécdota que ha puesto el colmo a mis desastres y que ha arrastrado en mi ruina a un pueblo afortunado, cuyas nacientes virtudes prometían igualar un día a las de Esparta y Roma. Yo había hablado de los corsos, en el *Contrato social*, como de un pueblo nuevo, el único de Europa que no estaba gastado por la legislación; y había

indicado lo mucho que podía esperarse de un pueblo semejante, si tenía la fortuna de hallar un sabio guía. Mi obra fue leída por algunos corsos, que quedaron agradecidos a la manera honrosa con que yo hablaba de ellos; y el caso en que se hallaban de trabajar por el establecimiento de su república hizo pensar a sus jefes en pedirme mis ideas sobre este importante asunto. Cierto señor Butta-Foco, que pertenecía a una de las primeras familias del país y era en Francia capitán en el *Royal-Italien*, me escribió al efecto y me facilitó varios datos que yo le había pedido para ponerme al corriente de la historia de la nación y del estado del país. El señor Paoli me escribió también varias veces y, aunque ya conocía yo que semejante empresa era superior a mis fuerzas, creí no poder negar mi concurso para una obra tan grande y hermosa, cuando hubiese adquirido todas las instrucciones necesarias para ello. En este sentido contesté a uno y a otro, y esta correspondencia continuó hasta mi partida.

Precisamente por el mismo tiempo supe que Francia enviaba tropas a Córcega y que había concluido un tratado con los genoveses. Este tratado, este envío de tropas me inquietaron, y, sin imaginar aún que tuviese yo nada que ver con ello, juzgué imposible y ridículo trabajar en una obra que exige un sosiego tan profundo como las instituciones de un pueblo, en el momento en que éste quizá iba a ser sojuzgado. No ocultaba mis inquietudes al señor Butta-Foco, que me tranquilizó con la certeza de que, si hubiese algo en este tratado contrario a la libertad de su nación, un buen ciudadano como él no seguiría sirviendo a Francia. En efecto, el interés que se tomaba por la legislación de los corsos y sus íntimas relaciones con el señor Paoli no podían inspirarme sospecha alguna por su parte; y cuando supe que hacía frecuentes viajes a Versalles y a Fontainebleau y que estaba relacionado con el señor de Choiseul, no deduje sino que estaba seguro del verdadero intento de la corte de Francia, y me lo dejaba entrever sin querer explicarse claramente por cartas.

Todo esto me tranquilizaba en parte. Sin embargo, no pudiendo explicarme este envío de tropas francesas, no cabiendo razonablemente imaginar que fuesen allá para proteger la libertad de los corsos, que se hallaban perfectamente en estado de defenderse solos contra los genoveses, no podía tranquilizarme por completo, ni ocuparme seriamente en la legislación propuesta, hasta tanto que tuviese pruebas sólidas de que todo esto no era un juego dispuesto para burlarme. Hubiera deseado en gran manera tener una entrevista con Butta-Foco, verdadero medio de obtener las aclaraciones que necesitaba. Hízomela esperar, y yo la aguardaba con la mayor impaciencia. Ignoro si él proyectaba verdaderamente tenerla; pero, aun cuando la hubiese deseado, mis desastres me habrían impedido aprovechar este deseo.

Cuanto más meditaba sobre la propuesta empresa, cuanto más me engolfaba en el examen de los documentos que tenía en mis manos, tanto más experimentaba la necesidad de estudiar de cerca el pueblo cuyas instituciones se habían de establecer, la tierra que habitaba y las relaciones a que era necesario apropiar estas instituciones. Cada día veía más claro que me era imposible adquirir de lejos todos los datos necesarios para encaminarme; así lo escribí a Butta-Foco. Él mismo lo conoció; y, si

no me resolví determinadamente a pasar a Córcega, me ocupé mucho en los medios de hacer este viaje. Hablé de él al señor Dastier, quien, habiendo servido anteriormente en dicha isla a las órdenes del señor de Maillebois, debía conocerla; pero éste se esforzó en hacerme desistir de mi propósito; y confieso que la horrible pintura que me hizo de los corsos y de su país enfrió mucho el deseo que tenía de ir a vivir en medio de ellos.

Mas cuando las persecuciones de Motiers me hicieron pensar salir de Suiza, se reanimó en mí este deseo con la esperanza de hallar al fin entre aquellos insulares ese reposo que no querían dejarme en parte alguna. Sólo una cosa me espantaba en este viaje: era la ineptitud y la adversión que tuve siempre por la vida activa a que iba a verme condenado. Nacido para meditar a mis anchas en la soledad, no era a propósito para hablar, agitarme, tratar de negocios entre los hombres. La Naturaleza, que me había concedido el primero de esos dones, me había negado el segundo, y conocía que, sin tomar parte directa en los asuntos públicos, me vería obligado, tan luego como llegase a Córcega, a corresponder a la solicitud del pueblo, y a conferenciar muy frecuentemente con los jefes. El mismo objeto de mi viaje exigía que, en vez de procurar el retiro, buscase en el seno de la nación las luces que necesitaba. Era indudable que ya no sería dueño de mí mismo; que, arrastrado a pesar mío en un torbellino para el cual no había nacido, llevaría una vida enteramente opuesta a mis inclinaciones y que serviría para mi descrédito. Preveía que, sosteniendo mal con mi presencia la fama de capacidad que hubiesen podido conquistarme mis libros, me desacreditaría en Córcega y perdería la confianza que me habían dispensado, en perjuicio suyo tanto como en el mío, y sin la cual yo no podía llevar a cabo con buen éxito el trabajo que de mí esperaban. Estaba seguro de que, saliendo así de mi esfera acabaría por serles inútil y labraría mi desgracia.

Atormentado, combatido por tempestades de todo género, cansado de viajes y persecuciones durante muchos años, sentía vivamente necesidad del reposo de que mis bárbaros enemigos se complacían en privarme; entonces más que nunca deseaba esta amable ociosidad, esta dulce quietud de espíritu y de cuerpo que tanto había codiciado, y a la que limitaba mi corazón su felicidad suprema, vuelto en sí de las quimeras del amor y de la amistad. Entreveía con terror los trabajos que iba a emprender, la tumultuosa vida a que iba a entregarme: y si la magnitud, la belleza, la utilidad del objeto daban aliento a mi valor, me lo quitaba la imposibilidad de salir airoso en mi empresa. Veinte años de meditación profunda, a mis solas, me hubieran costado menos que seis de una vida activa, en medio de los hombres y de los negocios, y seguro de obtener mal éxito.

Acudí a un recurso que me pareció capaz de conciliarlo todo. Echado de todos mis refugios por los secretos amaños de mis ocultos perseguidores, y no viendo más que la Córcega donde pudiese esperar para mis ancianos días el reposo que no querían dejarme en parte alguna, resolví trasladarme allá con las instrucciones de Butta-Foco, tan luego como me fuese posible; mas para vivir tranquilo tenía que

renunciar al trabajo de la legislación, a lo menos en apariencia, y, para pagar a mis huéspedes su hospitalidad, limitarme a escribir su historia sobre el mismo terreno, salvo tomar sin ruido las instrucciones necesarias para serles más útil si veía oportunidad para lograrlo. Empezando así por no comprometerme a nada, esperaba hallarme en estado de meditar en secreto y con más desahogo un plan que pudiese convenirles, pero esto sin renunciar completamente a mi cara soledad, ni sujetarme a un género de vida que me era insoportable, y para el cual no servía.

Mas este viaje, dada mi situación, no era cosa fácil. Por lo que me había dicho el señor Dastier, no había de encontrar las más simples comodidades de la vida sino llevándolas conmigo; ropa blanca, vestidos, vajilla, batería de cocina, papel, libros, todo había de llevarlo conmigo. Para trasladarme allí con mi ama, preciso era pasar los Alpes, y en un trayecto de doscientas leguas llevar en pos inmenso bagaje; era preciso atravesar los Estados de varios soberanos; y, por el espíritu que reinaba en toda Europa, debía naturalmente esperar que, tras de mis males, hallaría obstáculos por todas partes, y cada cual tendría a honor agobiarme con alguna nueva desgracia y violar conmigo todos los derechos de gentes y de la humanidad. El costo inmenso, las fatigas, los riesgos de un viaje semejante me obligaban a calcular anticipadamente lo que podía ocurrir, y pesar bien todas las dificultades. La idea de hallarme al fin solo, sin recursos a mi edad, y alejado de todos mis conocidos, a merced de ese pueblo bárbaro y feroz, tal y como me lo pintaba el señor Dastier, era muy propia para hacerme pensar en una resolución semejante antes de llevarla a cabo. Deseaba ardientemente la entrevista que Butta-Foco me había hecho esperar, y aguardaba su efecto para resolverme.

Mientras andaba en estas vacilaciones, ocurrieron las persecuciones de Motiers que me obligaron a retirarme. Yo no me hallaba dispuesto a emprender un largo viaje, y sobre todo el de Córcega; esperaba noticias de Butta-Foco, y me refugié en la isla de San Pedro, de donde fui arrojado al entrar el invierno, como dejo dicho. Los Alpes cubiertos de nieve hacían entonces para mí esta emigración impracticable, sobre todo con la precipitación que me prescribían. Cierto que la extravagancia de semejante orden imposibilitaba su realización: pues, aun cuando hubiese tenido alas, apenas hubiera podido obedecer teniendo que salir de esta soledad, encerrada en medio de las aguas, sin más espacio que veinticuatro horas, desde la intimación de la orden, para preparar la marcha, hallar barcos y coches para salir de la isla y de todo el territorio. Así lo escribí al señor bailío de Nidau al contestar a su carta, y me apresuré a dejar este país de iniquidad. He aquí cómo fue preciso renunciar a mi acariciado proyecto y cómo, no habiendo podido en mi desaliento obtener que dispusiesen de mí, resolví, a invitación de milord mariscal, trasladarme a Berlín, dejando a Teresa pasar el invierno en la isla de San Pedro con mis efectos y mis libros, y depositando mis papeles en manos de Du Peyrou. Tanta prisa me di, que a la mañana siguiente salí de la isla, y llegué a Bienne aun antes de mediodía. A punto estuvo de poner término a mi viaje un incidente, cuyo relato no debe ser omitido.

Tan luego como se divulgó el rumor de que yo tenía orden de abandonar mi asilo, tuve una afluencia de visitas del vecindario, y sobre todo de berneses que venían con la más detestable falsía a adularme, apaciguarme y asegurarme que habían aprovechado el momento de las vacaciones y escasa concurrencia al Senado para dictar e intimarme esta orden, contra la cual, decían, estaba indignado todo el Consejo de los Doscientos. Entre esta turba de consoladores vinieron algunos de la ciudad de Bienne, pequeño Estado libre enclavado en el de Berna, y entre ellos un joven llamado Wildremet, cuya familia pertenecía a la alta jerarquía y tenía mayor influencia en esta pequeña ciudad. Wildremet me invitó vivamente, en nombre de sus conciudadanos, a que escogiese mi retiro entre ellos, asegurándome que deseaban solícitamente recibirme: que sería para ellos una gloria, un deber, hacerme olvidar las persecuciones que había sufrido; que allí no tenía que temer influencia alguna de los berneses; que Bienne era una ciudad libre, que no recibía leyes de nadie, y que todos los ciudadanos estaban resueltos unánimemente a no escuchar sugestión alguna que me fuese contraria.

Viendo Wildremet que no lograba vencer mi resistencia, se hizo apoyar por varias otras personas, así de Bienne como de sus cercanías, y hasta de Berna mismo, entre las cuales se contaba el mismo Kirchberger, de quien he hablado, cuyas prendas y principios le hacían interesante a mis ojos, y el cual me había visitado con frecuencia desde mi instalación en Suiza. Pero la solicitud menos prevista y más viva fue la del señor Barthès, secretario de la embajada de Francia, quien vino a verme con Wildremet; me instó repetidamente a que cediese a su invitación, y me sorprendió por el vivo y tierno interés que parecía tomarse por mí. Yo no conocía absolutamente a ese señor; no obstante, veíale emplear en sus razonamientos el calor y el celo de la amistad, y veía que realmente anhelaba persuadirme de que me estableciese en Bienne. Hízome el más pomposo elogio de esta ciudad y de sus habitantes, con quienes se manifestaba tan íntimamente unido que les llamó en presencia mía, varias veces, protectores y padres suyos.

Esta conducta de Barthès me desorientó en todas mis conjeturas. Siempre había sospechado que el señor Choiseul era el autor oculto de todas las persecuciones que yo experimentaba en Suiza. La conducta del ministro de Francia residente en Ginebra y la del embajador en Soleure confirmaban claramente esta sospecha; veía la oculta influencia de Francia en cuanto me sucedía en Berna, en Ginebra, en Neufchâtel, y no creía tener en Francia ningún enemigo poderoso sino el duque de Choiseul. ¿Qué podía pensar, pues, de la visita de Barthès y del tierno interés que parecía tomarse por mi suerte? Aún mis desdichas no habían destruido esa confianza natural en mi corazón, y la experiencia no me había enseñado aún a ver siempre emboscadas en los halagos. Quería en medio de mi sorpresa hallar la razón de esa benevolencia de Barthès: no era bastante cándido para creer que observase este proceder de *motu proprio;* veía en ella una publicidad, y aun una afectación que revelaba ocultas intenciones, y estaba bien lejos de haber hallado jamás en ninguno de esos agentes

subalternos esa intrepidez generosa que, en semejante situación, había enardecido mi corazón con frecuencia.

En otro tiempo había conocido un poco al caballero de Beauteville en casa del señor de Luxembourg, y me había manifestado alguna benevolencia; desde que era embajador, me había dado algunas pruebas de acordarse de mí y hasta me había invitado a que fuese a verle en Soleure; invitación que, sin admitirla, agradecí en extremo, pues no estaba acostumbrado a verme tratado con tanta finura por los empleados. Presumí, por consiguiente, que el señor de Beauteville, sujeto a seguir sus instrucciones en lo relativo a los asuntos de Ginebra, condoliéndose de mis desdichas me había procurado por su iniciativa particular este asilo de Bienne, donde pudiese vivir tranquilo bajo sus auspicios. Yo agradecí en el alma esta atención, mas no quise aprovecharla; y, ya bien determinado a emprender el viaje a Berlín, anhelaba ardientemente el momento de reunirme a milord mariscal, persuadido de que sólo a su lado hallaría un verdadero sosiego y una felicidad duradera.

Cuando salí de la isla, Kirchberger me acompañó hasta Bienne, donde hallé a Wildremet y algunos berneses que me aguardaban en el punto de desembarque. Comimos juntos en la posada; y al llegar, mi primer cuidado fue hacer buscar una silla de posta, pues quería partir a la mañana siguiente. Durante la comida, aquellos señores reiteraron sus instancias para retenerme entre ellos, y esto con tal calor y tan conmovedoras protestas, que, a pesar de mi firme propósito, mi corazón, que jamás ha sabido resistirse a las caricias, se dejó vencer por las suyas. Tan luego como me vieron titubear, redoblaron de tal modo sus esfuerzos, que al fin cedí consintiendo en quedarme, por lo menos hasta la próxima primavera.

Wildremet se apresuró en seguida a procurarme una habitación, y me encareció como una gran suerte haber encontrado un cuarto interior pequeño y feo, en un tercer piso, que daba sobre un corral, donde tenía por regalo la vista de las hediondas pieles de un gamucero. Mi patrón era un hombre pequeño de mala traza y asaz bribón, de quien supe al siguiente día que era un libertino jugador y muy mal visto en el barrio; no tenía hijos, ni mujer, ni criados. Tristemente encerrado en mi solitaria celda, en el más alegre país del mundo, me hallaba de tal suerte, que había para morirse de melancolía en pocos días. Lo que me afectó más, a pesar de cuanto me habían dicho de la solicitud de los habitantes en recibirme, fue que al pasar por las calles, no vi en ningún semblante el menor asomo de afecto en las miradas, ni la menor deferencia en las maneras. Con todo, aún estaba determinado a quedarme allí, cuando supe, vi y experimenté, desde el mismo día siguiente, que había en la ciudad una fermentación terrible por mi causa. Varias personas solícitas vinieron galantemente a decirme que al otro día debían intimarme, del modo más duro posible, la orden de salir inmediatamente del Estado, esto es, de la ciudad. Yo no sabía a quién dirigirme; cuantos habían contribuido a retenerme se desvanecieron; Wildremet había desaparecido, de Barthès no oí hablar más, y parece que su recomendación no me hubiera sido muy útil entre los protectores y los padres que se había atribuido en mi

presencia. Cierto señor de Van Travers, bernés, que tenía una casa cercana a la ciudad, me ofreció, no obstante, un asilo en ella, esperando, me dijo, que allí podría evitar verme apedreado; pero esta merced no me pareció bastante halagüeña para tentarme a prolongar mi estancia en este hospitalario pueblo.

Entre tanto, habiendo perdido tres días con este retardo, habían pasado con mucho las veinticuatro horas que los berneses me habían dado para salir de todos sus Estados, y, conociendo su dureza, no dejaba yo de estar intranquilo acerca de cómo me dejarían atravesarlos; el señor bailío de Nidau vino muy a propósito para sacarme de apuros. Como él había reprobado altamente el violento proceder de Sus Excelencias, creyó, en su generosidad, deber darme una prueba pública de que no tomaba en él parte alguna, y no temió salir de su bailío para hacerme una visita en Bienne. Vino la víspera de mi partida, y, lejos de hacerlo de incógnito, hasta ostentó el ceremonial, viniendo *in fiocchi* en su carroza con su secretario, y me trajo un pasaporte en nombre suyo, para atravesar el Estado de Berna a mi comodidad y sin temor de verme molestado. La visita me fue más grata que el pasaporte, y casi la hubiera agradecido tanto, aun cuando hubiese tenido por objeto favorecer a otra persona que a mí. Nada hay que influya más sobre mi corazón que un acto de valor hecho a propósito, en favor del débil injustamente oprimido.

En fin, después de procurarme con trabajo una silla de postas, salí a la mañana siguiente de esta tierra homicida, antes de que llegase la diputación con que debían honrarme, y aun antes que pudiese volver a ver a Teresa, a quien había indicado que viniese a reunirse conmigo cuando creí detenerme en Bienne y a quien apenas tuve tiempo de escribir dos palabras participándole mi nuevo desastre.

Si algún día tengo valor para escribir la parte tercera, se verá cómo, creyendo partir para Berlín, partí en efecto para Inglaterra, y cómo las dos damas que querían disponer de mí, después que a fuerza de intrigas me habían echado de Suiza, donde no me tenían bastante en poder suyo, lograron al fin ponerme en manos de su amigo.

Añadí lo siguiente a la lectura que de este escrito hice a la señora condesa de Egmont, al señor príncipe Pignatelli, a la señora marquesa de Mesme y al señor marqués de Juigné.

He dicho la verdad; si hay quien sepa algo contrario a lo que acabo de exponer, aun cuando fuese mil veces probado, no sabe sino mentiras e imposturas; y, si rehúsa profundizarlas y ponerlas en claro conmigo mientras estoy en vida, no es amante de la justicia ni de la verdad. Por mi parte, lo declaro altamente y sin temor: cualquiera que, aun sin haber leído mis obras, examinando por sus propios ojos mis sentimientos, mi carácter, mis costumbres, mis inclinaciones, mis placeres, mis hábitos, pueda creerme un malvado, es un hombre digno de la horca.

Así acabé mi lectura, y todos se callaron. La señora de Egmont fue la única que me pareció conmovida: se estremeció visiblemente, pero se repuso en breve, y guardó silencio, así como los demás. Tal es el fruto que saqué de esta lectura y de mi declaración.

Fin de «Las Confesiones»

Notas

[1] El 28 de junio. <<



[2] La batalla de Belgrado fue ganada por el príncipe Eugenio en 1717 contra los turcos. <<

[3] Los tenía muy brillantes para su condición. El pastor, su padre, que la idolatraba, se había esmerado en su educación. Mi madre dibujaba y cantaba acompañándose de la tiorba. Había leído mucho y componía versos tolerables. Improvisó los siguientes paseando un día con su cuñada y sus hijos, durante la ausencia de su hermano y de su marido, a propósito de lo que se hablaba en aquel instante:

Ces deux messieurs qui sont absents

Nous sont chers de bien de maniéres:

Ce sont nos amis, nos amants;

Ce sont nos maris et nos frères

Et les pères de ces erfants.

Lo que traduce en su versión E. Lorenzo Olivares:

Por motivos diferentes

Nos son caros los ausentes:

Por amigos, por amantes,

Por maridos, por parientes

Y padres de estos infantes.—*R. U.* <<



[4] Los dolores del parto sorprendieron a la madre de Juan Jacobo mientras estaba de visita en casa de la señora Bernard. *Rafael Urbano.* <<



[5] Era una retención de orina, casi continua, causada por un vicio de conformación en la vejiga. *R. U.* <<



[6] Se llamaba la señora Conceru, Juan Jacobo le señaló una pensión de cien libras que no dejó de satisfacer nunca, ni hasta en sus situaciones más difíciles. *R. U.* <<

[7] Así es la canción:

Un coeur s'expose
A trop s'engager
Avec un berger;
Et toujours l'epine est sous la rose.

«No me atrevo, Tirsis, / a escuchar tu caramillo / bajo el olmo / pues por ello andamos en lenguas en la aldea. / Un corazón se expone / al comprometerse demasiado / con un pastor. / Y siempre hay una espina bajo la rosa». *R. U.* <<

[8] El barrio alto era el barrio aristocrático de Ginebra. *R. U.* <<

[9] Sin Jacob Spon, el nombre de Pontverre, tan famoso en la historia de la República, no se conocería sino tradicionalmente en la municipalidad ginebrina, y como un jefe de partido. Lo mismo ocurriría con los *Caballeros de la Cuchara*, hoy enteramente olvidados. «Formaban éstos, dice Spon, una hermandad que fue instituida en 1527 en un castillo del país de Vaud, donde algunos caballeros, comiendo la sopa con cucharas de brezo, se vanagloriaban de comerse con ellas algún día a los ginebrinos. Cada uno de ellos llevaba colgada su cuchara al cuello, como distintivo. Escogieron por capitán a Francisco de Pontverre, señor de Terny, bravo e intrépido guerrero. Estos caballeros, sujetos todos al duque de Saboya, eran enemigos de la ciudad de Ginebra, a la que proporcionaron una multitud de calamidades, destrozando los campos y maltratando a los proveedores de la población. La noche del 25 de marzo de 1529 (conocida por la *noche de las escalas*) concibieron el proyecto, en número de siete a ochocientos individuos, de escalar la ciudad; pero fracasaron en su intento. Protegidos después por el obispo, renovaron el asalto en 1530, sin éxito también. En el mismo año fueron quemados sus castillos». Después de esa época no vuelven a mencionarse los *Caballeros de la Cuchara*. Su capitán Pontverre, habiendo entrado en Ginebra el 2 de enero de 1529, reconocido y perseguido hubo de refugiarse en un hospital, escondiéndose debajo de una cama. Obligado a salir del escondite para defenderse, fue muerto. Véase *Histoire de Genève*, edic. de 1730, en 4.º, t. I, págs. 190 y ss. *R. U.* <<

[10] Leonor Francisca Luisa de la Tour, que es como se llamaba, nació en Vevey (Vaud), el 16 de mayo de 1699, y no un año más tarde, como dice J. J. Rousseau un poco más adelante, del noble Juan Bautista de la Tour y Susana Luisa Warner y, viuda en primeras nupcias del señor Blancheney. Fallecida su madre cuando ella tenía escasamente un año, y nuevamente casado su padre cinco años después, pasó su infancia entre sus tías, estando con su padre sólo un año antes de morir él en 1709.

La señorita de la Tour no tenía quince años cuando vino a ser la señora de Warens al casarse con Sebastián Isaac de Loys, señor de Villardin y de Warens, el 22 de septiembre de 1713. *R. U.* <<



[11] Víctor Amadeo II, duque de Saboya, rey de Sicilia de 1718 a 1720. Al perder la Sicilia se le dio en cambio el reino de Cerdeña, del que abdicó en 1790. *R. U.* <<

[12] El 8 de septiembre de 1726. *R. U.* <<

[13] Ana Genoveva de Borbón Condé, segunda esposa de Enrique II, duque de Longueville, arrastró a su marido a tomar parte en la Fronda, guerra civil promovida en Francia durante la minoría de Luis XIV, entre el partido de la corte y el Parlamento, a consecuencia de la mala política económica del cardenal Mazarino. En su segundo período fue donde brilló madame de Longueville, verdadera alma del movimiento. Su marido, preso y libertado, se separó de la causa que defendía por enemistarse con Condé y, enojado por la conducta de su esposa, se separó también de ella. Después de una vida galante y llena de intrigas, al quedarse viuda ingresó en un convento de Carmelitas, donde murió en 1679. *R. U.* <<

[14] Rousseau se refiere al vicario que figura en el lib. IV de *Emilio o la educación. R. U.* <<

[15] O sea purismo en escribir la lengua italiana, seguir los preceptos gramaticales de la célebre Academia de la Crusca, fundada por Antonio Francisco Grazziani en Florencia en 1582 para fijar el idioma. Se llama de la crusca, porque crusca quiere decir salvado y el objeto principal de la corporación es limpiar el idioma como se limpia la harina separándola del salvado para la fabricación del pan. *R. U.* <<

[16] Inventada por Herón de Alejandría y perfeccionada por Niewentit. Se trata de un simplicísimo aparato, que puede verse en cualquier tratado antiguo de Física, en el cual la compresión del aire hace funcionar un surtidor. Es un verdadero juguete y no ha tenido mayores aplicaciones. *R. U.* <<

[17] Protagonista de *Julia o la nueva Eloísa. R. U.* <<

[18] *Sea que un antiguo respeto por la sangre de sus amos*

Hablase aún en su favor en el corazón de esos traidores. <<

[19] La opiata o mermelada de Tronchin era una especie de purgante, muy en boga durante esa época, compuesto de canela, goma y aceite de almendras dulces. Las dos señoras que no se atreve a nombrar aquí, las designa en el libro X. Eran la mariscala de Luxembourg y la señora de Mirepoix. *R. U.* <<



[20] Faucigny es una pequeña región de la alta Saboya, que con Chablais son el límite que hoy existe entre Francia y Suiza. *R. U.* <<

[21] Elías Fréron, que nació en Quimper en 1719, y murió en París en 1776, fue uno de los más célebres libelistas franceses. Profesor del Colegio de Luis el Grande, abandonó luego a los jesuitas para dedicarse al periodismo, al que consagró los veintidós últimos años de su vida. Su labor se dirigió principalmente contra Voltaire y los enciclopedistas. *R. U.* <<

[22] No es que se llamase así. Su verdadero nombre era Jacobo Luis Nicolor. Rousseau lo llama por el título profesional, porque al escribir *Las Confesiones* había olvidado ya el nombre del músico. *R. U.* <<



[23] Rousseau no dice qué oficio era. La frase siguiente hace suponer que el padre de la Merceret era músico. *R. U.* <<

[24] *¡Qué capricho!*

¡Qué injusticia!

¡Cómo! Tu Clarisa

traicionaría tus ardores, etc. <<

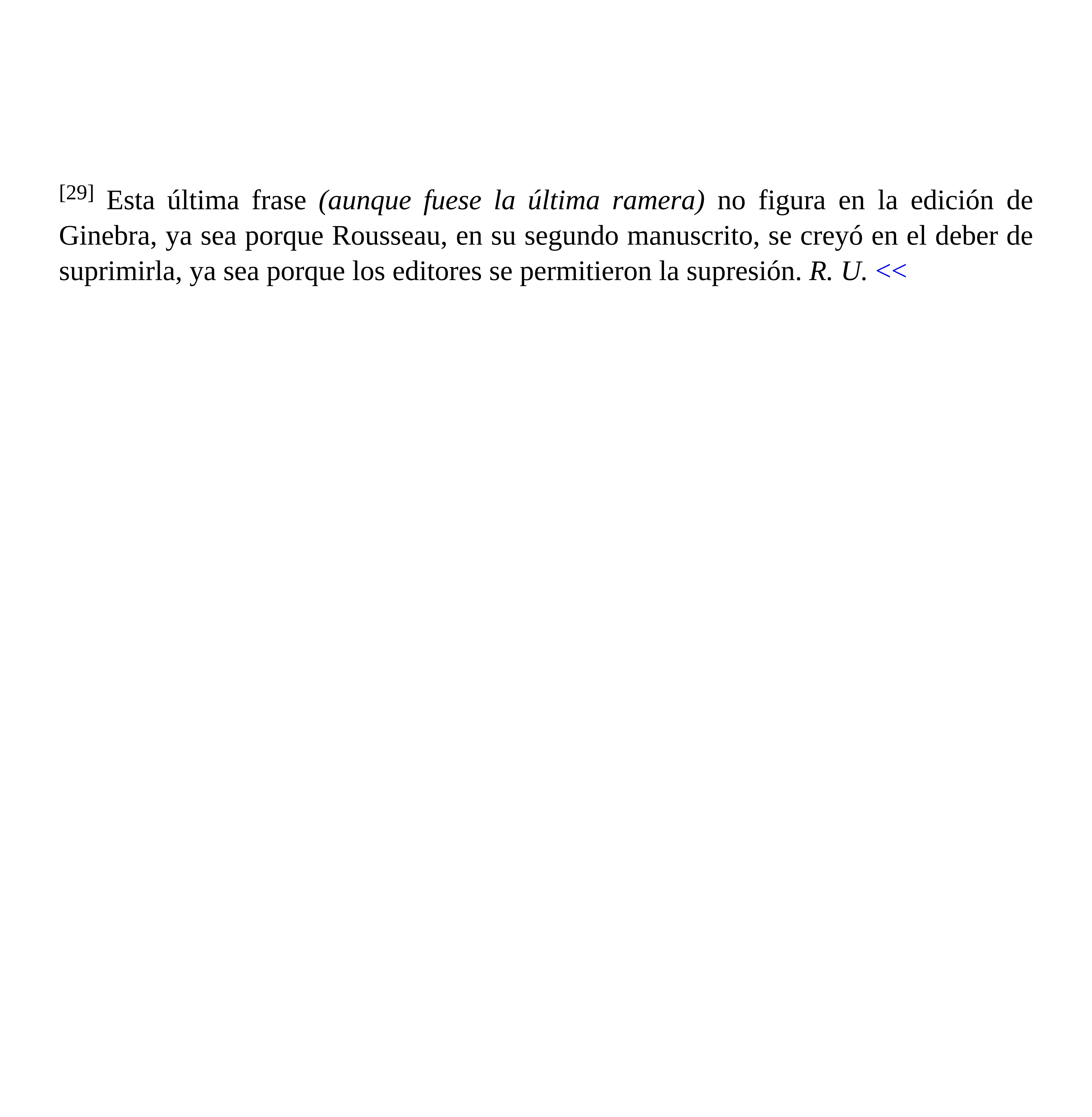
[25] Estos recuerdos de Rousseau aparecen en *La nueva Eloísa. R. U.* <<

[26] Pensaste que educar a tu sobrino
me había de halagar, ¡oh viejo chocho! <<



[27] A lo que parece, entonces no tenía la fisonomía que más tarde han pintado en mis retratos. <<

[28] Los antoninos constituyeron una congregación religiosa fundada en 1095 para honrar las reliquias de San Antonio, solitario y asceta de la Tebaida. Bajo Urbano II, transformóse en una orden de canónigos regulares. Reformada la orden repetidas veces, en 1775 resolvió suprimirla Pío VI, cediendo gran parte de sus bienes a la orden de los Caballeros de Malta. *R. U.* <<



[29] Esta última frase *(aunque fuese la última ramera)* no figura en la edición de Ginebra, ya sea porque Rousseau, en su segundo manuscrito, se creyó en el deber de suprimirla, ya sea porque los editores se permitieron la supresión. *R. U.* <<

[30] La botánica. <<

[31] La tierra, el infierno, el cielo mismo,
todo se estremece ante el Señor. <<

[32] Lo he visto después, encontrándolo totalmente transformado. ¡Gran mago es el señor de Choiseul! Ninguna de mis antiguas amistades se ha librado de sus metamorfosis. (Esta *nota de Rousseau*, que aparece en el primer manuscrito, no se encuentra en la edición de Ginebra). <<

[33] Estas cartas sólo fueron reunidas en volumen en 1745. Rousseau no puede referirse sino a aquellas que aparecieron aisladamente, y que Voltaire, halagado por tener semejante corresponsal, dejaba circular. *Nota de Musset-Pathay.* <<

[34] El 1.º de junio de 1740. *R. U.* <<

[35] El accidente le ocurrió el 27 de junio de 1737, y no estuvo ciego mucho tiempo, ni probablemente nunca. El día 12 de julio, es decir, dieciséis días después, firmó así ante el mismo notario, al que dictara su curioso testamento, un poder a nombre de Santiago Barillot, de Ginebra, para que gestionase en su nombre los derechos de sucesión sobre los bienes de su madre y de su hermano. *R. U.* <<

[36] Se refiere al manual de ajedrez del famoso jugador Gioachino Greco, llamado «El Calabrés», publicado en 1689 y que alcanzó gran crédito en Francia, sobre todo por lo brillante de su juego. *R. U.* <<

[37] Francisco Andrés Danican Filidor, nació en Dreux (Euve et Loire), en 1726. A los veinte años fue admitido en los coros de la Real Capilla de Versalles. Se dedicó a la música con fortuna y no teniendo quince años compuso un motete que agradó tanto a Luis XV, que le gratificó con cinco luises. A esta edad Filidor era ya un buen jugador de ajedrez, juego muy en boga entre los músicos de la Capilla por haberles prohibido el rey los juegos de azar. Filidor fue, sin embargo, antes que nada, músico, habiendo escrito más de veinticinco óperas. El ajedrez lo utilizó como recurso en los momentos apurados de su vida. Su célebre obra *Análisis del juego del ajedrez,* traducida a todos los idiomas, fue publicada en francés, en Londres en 1749. Filidor jugaba al mismo tiempo con dos o tres adversarios y sin mirar los tableros. Murió en Londres, el 24 de agosto de 1795, por el pesar que le causó la negativa de un pasaporte para ir a ver a su familia a París y saber al mismo tiempo que estaba en la lista de sospechosos de la Revolución. *R. U.* <<



[38] Felipe Stamma, célebre jugador de ajedrez, natural de Alepo (Siria), autor de las célebres *Cien partidas desesperadas*, que se publicaron en 1735. *R. U.* <<



[39] «Cuanto yo deseaba era una casa de campo no muy grande, con un huerto en que hubiese un arroyo, y cerca de ella un pequeño bosque» (Horacio, Sátira II, V). <<

[40] «Los dioses me dieron más aun de lo que pedía» *(ibid)*. <<

[41] El célebre jesuita Dionisio Pétau (1583-1652), famoso por sus trabajos de cronología, es conocido entre nosotros designándole a la manera latina. Es el famoso padre Petavio. Una de sus obras de más mérito es la edición que publicó en 1612 de las obras de Sinesio. *R. U.* <<

[42] Libro III. <<

[43] El 8 de mayo de 1738 el marqués de Lautrec, embajador de Francia, y los diputados de Zurich y de Berna resolvieron la controversia que existía entre los magistrados y los ciudadanos de Ginebra. Es posible que J. J. se refiera a este acontecimiento. *Nota de Musset-Pathay.* <<

[44] Sobrino del filósofo. <<



[45] Castillo que pertenecía al príncipe de Conti; el pueblo está a quince leguas de París, cerca de Gisors. *R. U.* <<

[46] A menos que no se haya engañado en su elección, o que aquella con la cual se ha unido haya cambiado después de carácter por un concurso de causas extraordinarias, cosa que no es de todo punto imposible. Si se admitiera sin excepción esta consecuencia, debería juzgarse a Sócrates por su mujer Xantipa, y a Dión por su amigo Calippo; lo que sería el más inicuo y más falso juicio que jamás se haya formado. Por lo demás, no se haga ninguna aplicación injuriosa a mi mujer. Ella es, a la verdad, más corta de entendimiento y fácil de engañar de lo que yo había creído; mas por su carácter casto, excelente, sin malicia, es digna de toda mi estimación y se la tendré mientras viva. <<

[47] Véase en la *Correspondencia* (febrero de 1743) una carta que permite apreciar cómo el abate Desfontaines cumplió su promesa. *R. U.* <<

[48] Así lo he creído tan cierto y por tanto tiempo que, después de mi vuelta a París, a él fue a quien confié el manuscrito de mis *Confesiones*. El desconfiado Juan Jacobo jamás ha podido creer en la falsedad y la perfidia hasta que ha sido su víctima.

En el primer manuscrito se lee, en vez de esta nota: «Lo hubiera pensado siempre si no hubiera vuelto nunca a París». <<



[49] Ayuda de cámara del cardenal de Fleury. Véase las *Memorias* del mariscal de Richelieu. *R. U.* <<



[50] Dudo que no fuera el de S. Samuel. Los nombres propios se me olvidan completamente. <<

[51] En todas las ediciones se lee Carrio, sin acento final. El verdadero apellido del secretario de la embajada española creo que debía ser acentuado como lo es actualmente entre quienes lo llevan hoy en Manresa, descendientes de un famoso guerrillero en la guerra de la Independencia y uno de los héroes del Bruch. *R. U.* <<

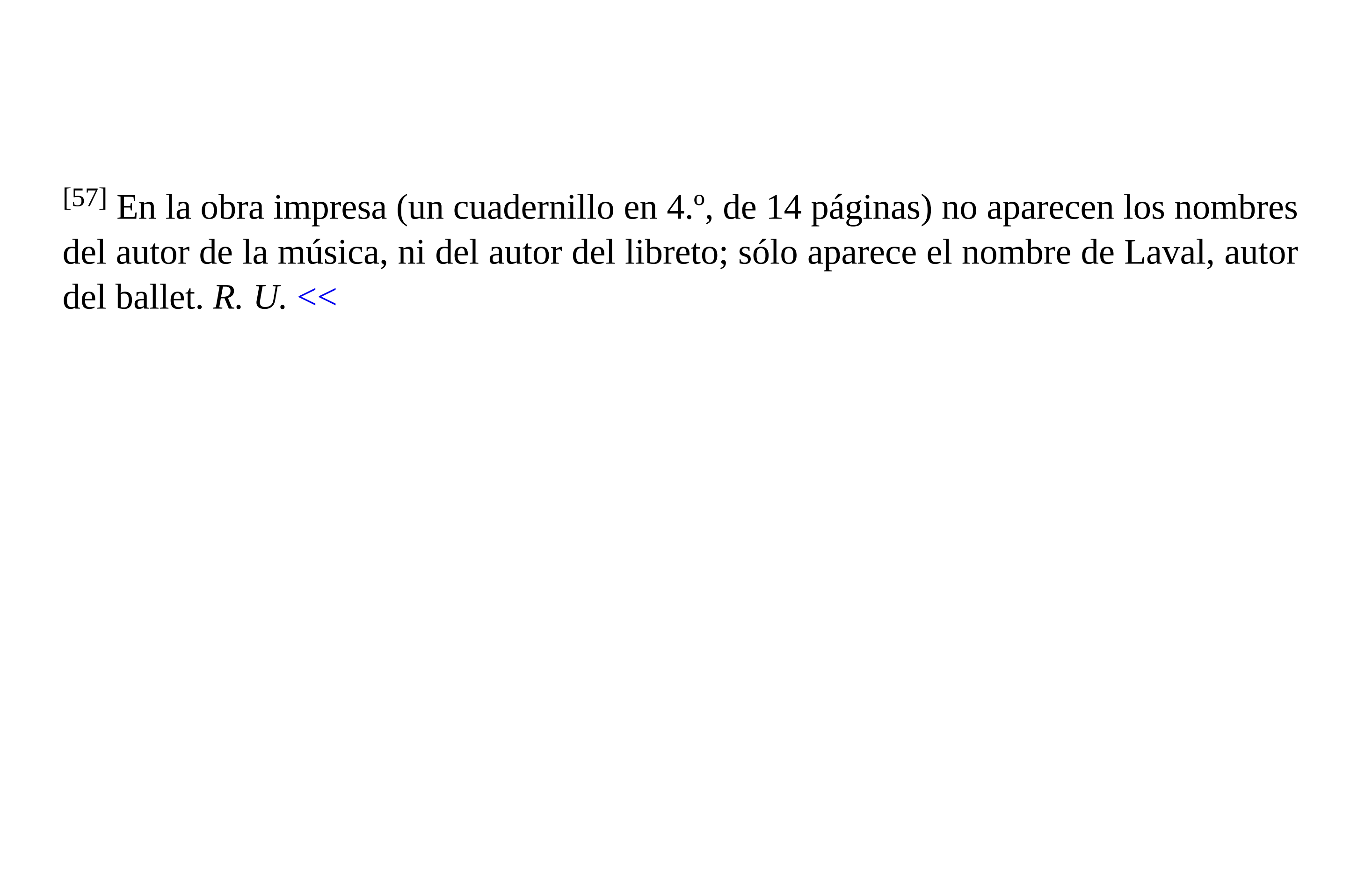
[52] El conde de Gages batió a los austríacos en Lombardía; obligado después a retirarse ante la superioridad de las fuerzas enemigas, logró hacerlo mediante una serie de hábiles maniobras, conservando su pequeño ejército intacto. *Nota de Musset-Pathay.* <<

[53] Nativo de Forli, ciudad italiana de la Romania. *R. U.* <<

[54] He renunciado a este proyecto. <<

[55] Manuel Ignacio Altuna nació en Azcoitia el 3 de septiembre de 1722. Estudió en Madrid en el Seminario de Nobles. Pasó luego a Nápoles, Roma, Venecia y París. En 1749 casó en Fuenterrabia con doña Brígida de Zuloaga. *R. U.* <<

[56] Teresa Le Vasseur nació en Orleáns el 21 de septiembre de 1721. Tenía nueve años menos que Juan Jacobo y contaba veintitrés cuando le conoció. Sus padres se llamaban Francisco Le Vasseur y María Renoux. *R. U.* <<



[57] En la obra impresa (un cuadernillo en 4.º, de 14 páginas) no aparecen los nombres del autor de la música, ni del autor del libreto; sólo aparece el nombre de Laval, autor del ballet. *R. U.* <<

[58] En una nota escrita de puño y letra del marqués de Girardin, encabezando uno de los manuscritos de las *Confesiones*, se lee lo siguiente: «La viuda posee el manuscrito original y único de la partitura, letra y música, de *Las musas galantes*, que yo hice buscar con mucho trabajo en Inglaterra». *R. U.* <<

[59] A este Ancelet fue a quien di una comedia mía titulada *Los prisioneros de guerra,* que había escrito después de los desastres de los franceses en Baviera y Bohemia y que jamás osé confesar haber escrito ni mostrar; y esto por la singular razón de que el rey, la Francia y los franceses jamás fueron tan enaltecidos ni más sinceramente que en esta pieza; y porque llamándome republicano y revolucionario, no osé declararme panegirista de una nación cuyas máximas eran contrarias a las mías. Más condolido de las desdichas de Francia que los franceses mismos, temía que se tachase de lisonja y bajeza la expresión de un afecto sincero, cuya época y causa he manifestado en la primera parte y me he avergonzado de confesar. <<



[60] Juan Bautista Rousseau, famoso poeta lírico nacido en París en 1671 y fallecido en 1741. *R. U.* <<

[61] Federico Melchor Grimm nació el 26 de septiembre de 1723 en Ratisbona. Era hijo de un pastor luterano y estudió en Leipzig. Una vez en Francia trató con los principales escritores. Su famosa *Correspondence litteraire* es una crónica quincenal que durante treinta y siete años (1753-1790) subvencionaron los principales soberanos de Europa por conocer las novedades políticas, literarias y mundanas de París. A este periódico manuscrito no sólo estuvieron suscritos los reyes sino los políticos, como Horacio Walpole, y los artistas como el maestro de capilla Mozart.

Grimm murió en Gotha el 19 de diciembre de 1807. Véase sobre él el libro de Ed. Sherer, *Melchior Grimm*, París, Calman Levy, 1890. *R. U.* <<

[62] Protagonista de *Julia o la nueva Eloísa. R. U.* <<

[63] No me cabe duda de que todo esto será actualmente referido de manera muy distinta por Francueil y sus consortes; pero yo me remito a lo que dijo en aquel entonces y mucho tiempo después a todo el mundo, hasta la formación del complot, y que deben recordar todas las personas de buen sentido y buena voluntad. <<

[64] Monsieur Josse, personaje de *L’amour médecin*, de Molière. *R. U.* <<

[65] Ya que me he olvidado de referir aquí una pequeña aventura, aunque memorable, que me ocurrió allí con el expresado Grimm, una mañana que debíamos ir a comer a la fuente de Saint-Vandrille, no volveré sobre ella; mas pensando después, he deducido que ya por entonces abrigaba en el fondo del corazón el complot que ejecutó luego con un éxito tan prodigioso. <<

[66] Antonio Francisco Prévost d’Exiles, que ha inmortalizado su nombre como autor de la celebrada novela *Manon Lescaut*, nació en 1697 y murió en 1763. Cuando Rousseau le conoció, el célebre abate era capellán del príncipe Conti. *R. U.* <<



[67] Libreto de Néricault Destouches y música de Mouret, representada por primera vez en la Ópera en 1742. *R. U.* <<



[68] Así es como se designaba a Rebel y a Francoeur, que se dieron a conocer desde muy jóvenes tocando siempre juntos en los salones. <<

[69] Yo no preveía aún que, al fin y al cabo, se diría a pesar del *Diccionario*. <<

[70] En la época en que esto escribí no tenía aún la menor sospecha del gran complot que urdieron Diderot y Grimm; de otro modo fácilmente hubiera conocido cuánto abusaba el primero de mi confianza para comunicar a mis escritos ese tono duro y sombrío que dejaron de tener desde el momento en que cesó de dirigirme. Los puntos en que el filósofo argumenta cerrando los oídos a los lamentos de la desgracia a él son debidos; y aun me había aconsejado otros más duros, que no pude resolverme a emplear. Mas yo, atribuyendo este humor sombrío a la influencia de su prisión, de lo cual se halla en su *Clairval* una dosis bastante considerable, jamás pensé que, al aconsejarme, obedeciese a la menor ruindad. <<

[71] El doctor Tronchin, amigo y paisano de Juan Jacobo, tenía tres años más que él. Fue amigo y médico de Voltaire. Su piedad calvinista le llevó a enemistarse con éste y al propio tiempo con Rousseau. Interesado por Rousseau, le ofreció la plaza de bibliotecario de Ginebra; pero Rousseau, demasiado caviloso, atacado ya de manía persecutoria, creyó que se le quería anular, tenía celos de Voltaire y estaba enojado con los ginebrinos por la acogida que dispensaron a su *Discurso sobre desigualdad. R. U.* <<

[72] He aquí un ejemplo de las faltas en que me hace incurrir mi memoria. Mucho tiempo después de haber escrito esto, hablando con mi mujer sobre el bueno de su anciano padre acabo de saber que no fue Holbach, sino Chenonceaux, a la sazón miembro de la junta de administración del Hôtel-Dieu, quien le hizo colocar. Lo había olvidado tan completamente, estaba tan unido en mi memoria el recuerdo de Holbach con aquella época, que hubiera jurado que era este último. <<

[73] Lo que sobre todo me inspiraba este temor era la prudente severidad de Duclos, pues en cuanto a Diderot no sé por qué todas mis conferencias con él tendían siempre a hacerme satírico y mordaz más de lo que yo propendía a serlo por naturaleza. Esto mismo fue lo que me hizo desistir de consultarle sobre un trabajo en que únicamente quería emplear toda la fuerza del raciocinio sin el menor vestigio de humorismo ni de parcialidad. Del tono que había tomado para esta obra puede juzgarse por el del *Contrato social* que está sacado de ella. <<

[74] El abate Saint-Pierre, físico, médico, filósofo, fue autor de un proyecto de *Paz perpetua* y de un discurso, donde proponía reemplazar por consejeros a los ministros. Murió en 1743. *R. U.* <<

[75] El marqués de Saint-Lambert, cuatro años más joven que Rousseau —había nacido en 1716—, dejó la carrera de las armas por las letras, fue poeta, colaboró en la *Enciclopedia*, y casi al fin de su vida fue académico. Su celebridad la debe, sin embargo, a haber sido el amante de la señora de Houdetot, a quien de manera tan loca amó Juan Jacobo. Saint-Lambert, algunos años antes, había tenido relaciones amorosas con la señora du Châtelet, la amiga de Voltaire; la señora du Châtelet quedó encinta y murió a consecuencias del parto. *R. U.* <<

[76] Ahora me admira mi estupidez de no haber visto, cuando esto existía, que el despecho con que la pandilla de Holbach me vio ir y quedarme en el campo, debíase a que no tenía en su poder a la señora Le Vasseur para guiarla con su sistema de imposturas por medio de reglas fijas de tiempos y lugares. Esta idea, que tan tarde se me ocurre, aclara perfectamente lo extraño de su conducta que en cualquier otro caso es inexplicable. <<

[77] Mauricio Quintín de la Tour, célebre pastelista del reinado de Luis XV, hizo entre otros retratos los de Voltaire, Diderot, D'Alembert y Mme. Pompadour. Murió en 1788. *R. U.* <<

[78] El atentado de Damiens a Luis XV, acaecido el 4 de enero de 1757. *R. U.* <<

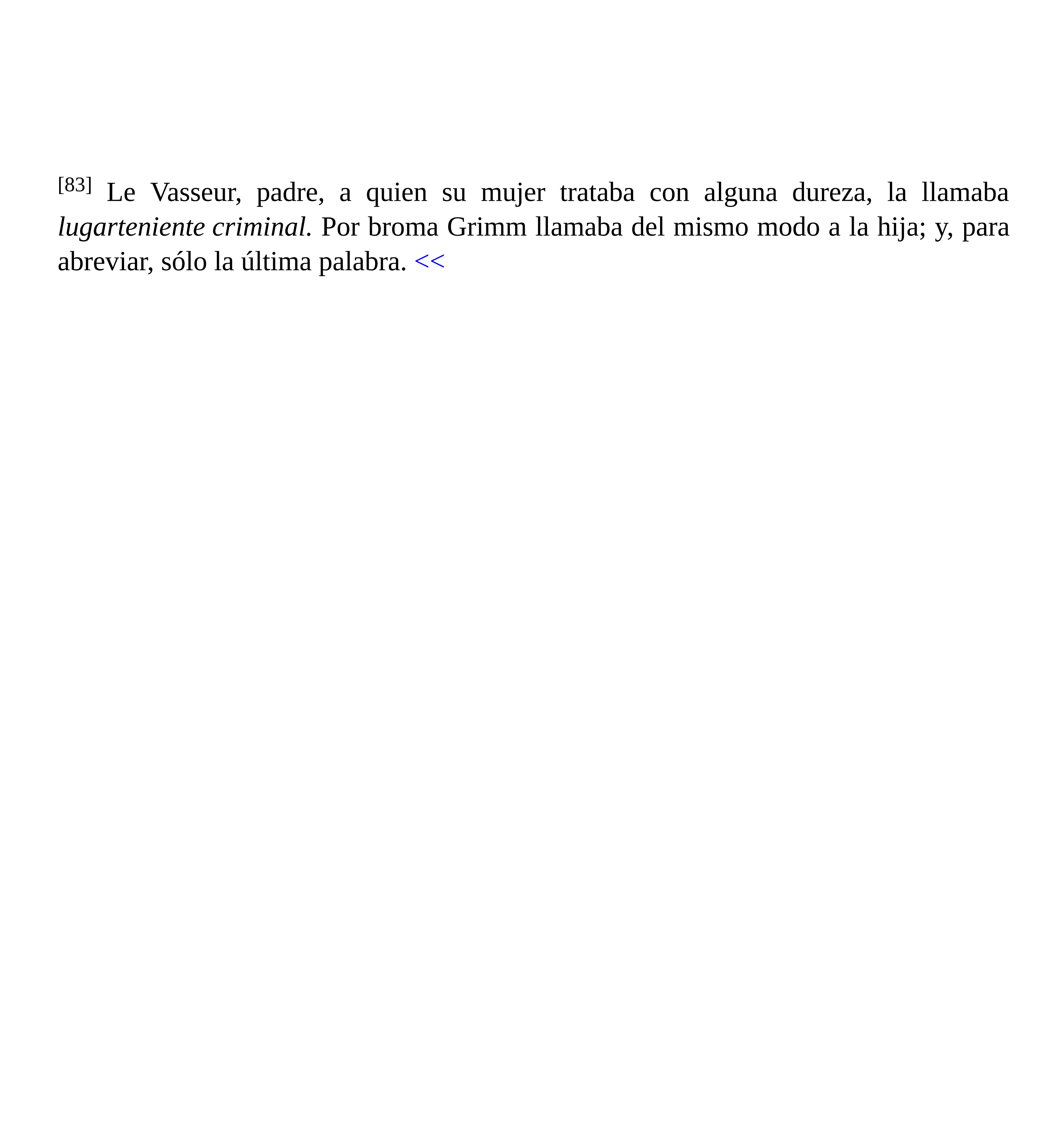
[79] Refiérese a *Julia o la nueva Eloísa*, part. III, carta XVIII. *R. U.* <<

[80] Es decir, de arrancar de allí a la vieja, de quien necesitaba para tramar sus maquinaciones. Es mucho, que, durante esta prolongada tormenta, mi estúpida confianza me haya impedido ver que no era a mí, sino a ella, a quien querían ver nuevamente en París. <<

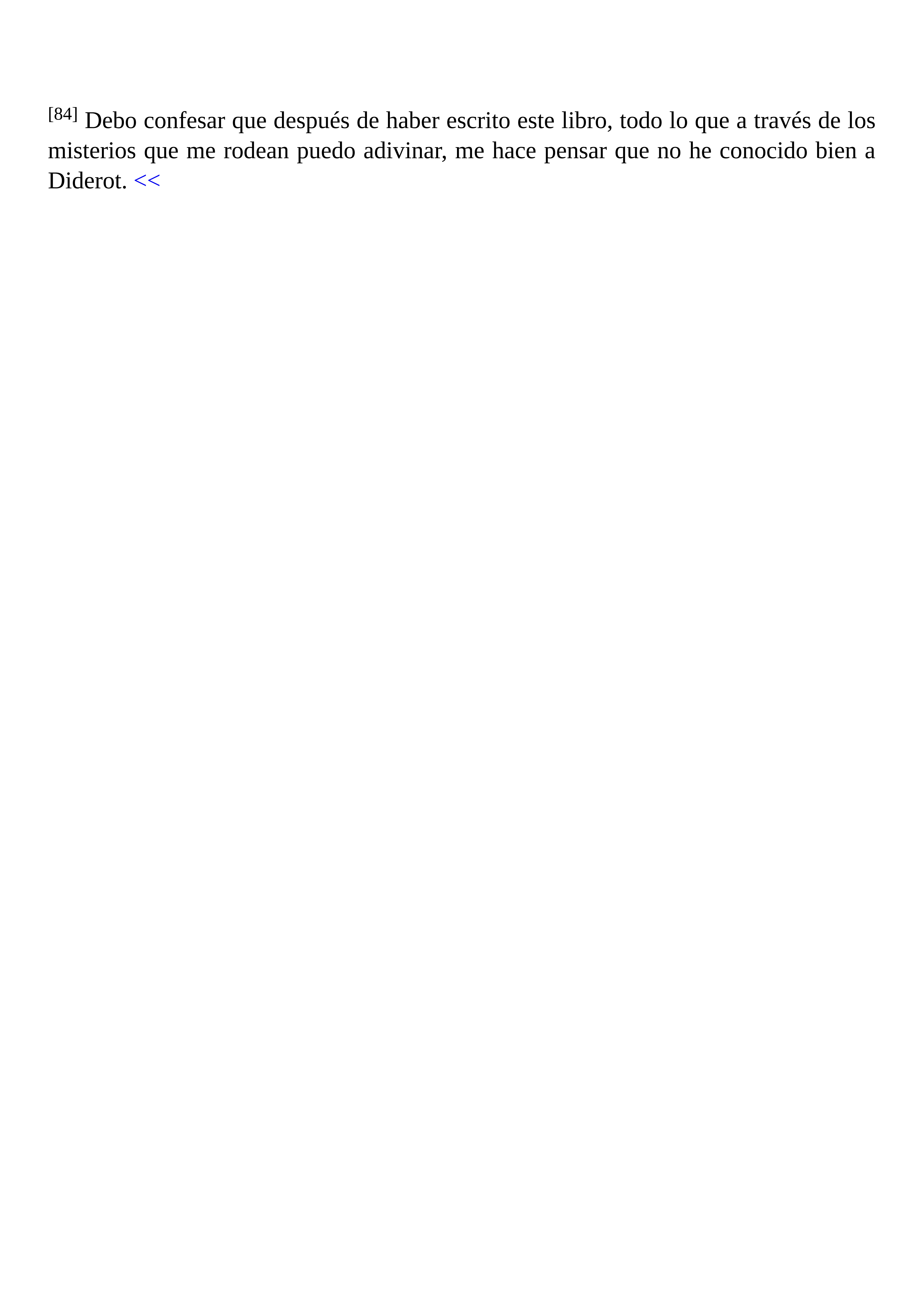


[81] Posteriormente he sabido que esta letra era de Santeul, y que el señor de Linant dulcemente se la había apropiado. <<

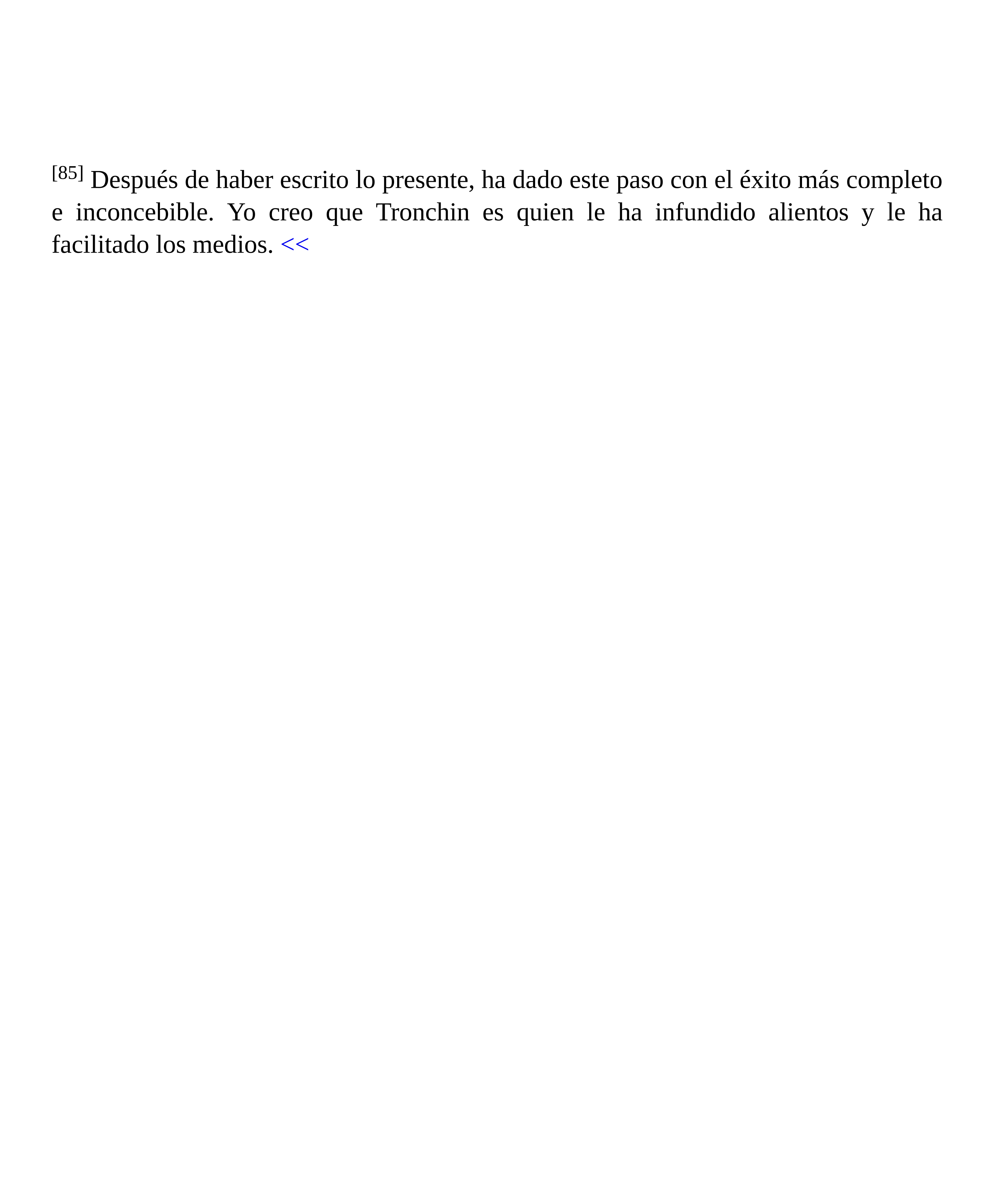
[82] He dado al último el mote de *Juglar,* posteriormente; pero sólo después de su enemistad declarada y después de las sangrientas persecuciones que me suscitó en Ginebra y fuera de ella. Y aun suprimí ha poco este nombre sabiéndome enteramente víctima suya. La miserable venganza es indigna de mi corazón, y el odio jamás echa raíces en él. <<



[83] Le Vasseur, padre, a quien su mujer trataba con alguna dureza, la llamaba *lugarteniente criminal*. Por broma Grimm llamaba del mismo modo a la hija; y, para abreviar, sólo la última palabra. <<



[84] Debo confesar que después de haber escrito este libro, todo lo que a través de los misterios que me rodean puedo adivinar, me hace pensar que no he conocido bien a Diderot. <<



[85] Después de haber escrito lo presente, ha dado este paso con el éxito más completo e inconcebible. Yo creo que Tronchin es quien le ha infundido alientos y le ha facilitado los medios. <<

[86] *Discurso sobre la desigualdad.* <<



[87] He aquí lo que, en la sencillez de mi alma, creía aún cuando escribí mis *Confesiones.* <<



[88] Ahora es suya, por efecto de un nuevo arreglo que fue hecho recientemente conmigo. <<



[89] Cuando esto escribía, lleno de mi antigua y ciega confianza, estaba muy lejos de sospechar el verdadero motivo y el efecto de este viaje a París. <<



[90] La pérdida de una gran batalla, que afligió mucho al rey, obligó al señor de Luxembourg a volver precipitadamente a la corte. <<

[91] *Júpiter ciega a quienes quiere perder.*

Este pensamiento aparece con frecuencia en los poetas griegos (Homero, Píndaro, Eurípides). *Nota de Boissonade.* <<

[92] *Yo hice los versos, pero otro recogió el honor* (Virgilio). <<



[93] Esta carta y otras muchas desaparecieron del palacio de Luxembourg, mientras estuvieron depositados mis papeles allí. <<

[94] De este modo se ha apropiado posteriormente del *Emilio*. <<

[95] Se notará que en cerca de siete años que lleva de fecha esta carta no he hablado de ella, ni la he mostrado a alma viviente. Lo mismo ha sucedido con las dos cartas que el señor Hume me obligó a escribirle el verano último, hasta que él mismo levantó con ellas la zambra que todo el mundo sabe. Lo malo que tengo que decir de mis enemigos, se lo digo a ellos mismos en secreto; lo bueno, cuando existe, lo digo en público de buena voluntad. <<

[96] Nótese mi insistencia en esta ciega y estúpida confianza, en medio del comportamiento que más debía desengañarme. No me ha abandonado hasta después de mi regreso de París, en 1770. <<



[97] El abate Brizard cuenta que, en los primeros días de su aparición, el librero hacía pagar doce centavos por hora a las personas a quienes se la alquilaba. *R. U.* <<

[98] Yo escribía esto en 1769. <<

[99] No fue a ella, sino a otra dama cuyo nombre ignoro; pero se me ha confirmado el hecho. <<

[100] En francés, ambas palabras suenan casi de la misma manera (*Duc* y *Turc*). *R. U.*
<<



[101] Cuando escribía esto estaba muy lejos de imaginar y de creer los fraudes que he descubierto posteriormente en la impresión de mis obras y que él se ha visto obligado a confesar. <<



[102] Sabía, por ejemplo, que el presidente… estaba entregado a los enciclopedistas y a los amigos de Holbach. <<

[103] Se refiere al duque de Choiseul. *R. U.* <<

[104] Baseilhac Côme, conocido por el hermano Côme, fue un fraile fuldense (1703-1781) que ejerció con éxito la cirugía, y dedicándose con preferencia a la urología, fundó un hospital dos años antes de morir. Su *Método de extraer la piedra* es una obra clásica sobre el particular. *R. U.* <<



[105] La tierra es sonriente, agradable, de cultivo fácil, y sus habitantes se le asemejan en todo (Tasso). *R. U.* <<

[106] Piensa como filósofo y obra como rey. <<

[107] Este verso era:

La gloie, l’ntéret, voila son dieu, sa loi.

(La gloria, el interés, son su dios, su ley). <<

[108] Es éste el pasaje: «Quien no cumple sus deberes de padre, no tiene derecho a serlo. Ni la pobreza, ni el trabajo, ni el respeto humano lo dispensan de alimentar y educar a sus hijos. Lectores, podéis creerme: predico que quien tiene entrañas y descuida tan santos deberes, derramará sobre su culpa, durante mucho tiempo, amargas lágrimas y no encontrará nunca consuelo». (*Emilio*, Libro I). *R. U.* <<

[109] En sus *Elementos de música* había visto muchas cosas sacadas de lo que sobre el particular tenía yo escrito para la *Enciclopedia*, y que le fue remitido muchos años antes de la publicación de sus *Elementos.* Ignoro la parte que puede haber tenido en un libro titulado *Diccionario de bellas artes;* pero he hallado en él artículos de los míos copiados palabra por palabra, y esto mucho tiempo antes de que tales artículos se insertasen en la *Enciclopedia*. <<

[110] Libro II, primera parte. <<

[111] Esta fatalidad comenzó desde mi estancia en Iverdun, pues, habiendo muerto el mesnadero Roguin, uno o dos años después de mi salida de esta población, el anciano padre Roguin tuvo la buena fe de indicarme con dolor que entre los papeles de su pariente se habían encontrado pruebas de que formaba parte en la confabulación formada para expulsarme de Iverdun y del estado de Berna. Esto probaba claramente que aquella trama no era, como quería hacerse creer, debida a los santurrones, puesto que el mesnadero Roguin, lejos de serlo, llevaba el materialismo y la incredulidad hasta la intolerancia y el fanatismo. Por lo demás, en Iverdun nadie se había captado tantas simpatías, nadie me había prodigado tantas finezas, elogios y halagos como él. Seguía al pie de la letra el plan predilecto de mis perseguidores. <<

[112] El famoso folleto *Los sentimientos de un ciudadano*, no era obra del sacerdote Vernes sino del propio Voltaire, que no pudo resistir ya a Juan Jacobo, y que además había sido denunciado por él como el autor de otro folleto anticatólico, el *Sermón de los cincuenta*. Rousseau parece, sin embargo, que no se enteró de que fuera Voltaire el autor del escrito y siempre se lo atribuyó al sacerdote Vernes. *R. U.* <<

[113] No será inútil, tal vez, advertir que dejaba allí a un enemigo particular en cierto señor Terraux, alcalde de Verrières, hombre poco estimado en el país; pero que tiene un hermano que goza de buena fama y está empleado en las oficinas del señor Saint-Florentin, a quien había ido a ver el alcalde antes de la aventura citada. Las pequeñas observaciones de esta especie, aunque nada significan, pueden conducir en lo sucesivo al descubrimiento de muchos caminos subterráneos. <<



[114] Se hace más aun, pues no se hace nada. Verso de La Fontaine, en *Le diable de Papefiguières.* <<